LA REVOLUCIÓN MOLECULAR

FÉLIX GUATTARI

Traducción de Guillermo de Eugenio Pérez

errata naturae

primera edición: febrero de 2017 título original: *La Révolution moléculaire*

Esta obra ha recibido una ayuda a la edición del Ministerio de Educación, Cultura y Deporte.

 C / Doctor Fourquet 11, local dcho.

28012 Madrid info@erratanaturae.com www.erratanaturae.com

isbn: 978-84-16544-34-9 depósito legal: M-43460-2016 código bic: JPWJ ilustración de portada: Miguel Brieva

maquetación: A. S. impresión: Kadmos

IMPRESO EN ESPAÑA - PRINTED IN SPAIN

ÍNDICE

MÁQUINA TELEGRAMA

DIECINUEVE LÍNEAS MÁQUINA

SENTIDO ÚNICO SIN SENTIDO / *FEED BACK* MÁQUINAS TÉCNICAS - ARTE

- *SOCIUS* SISTEMAS SEMIÓTICOS / MÁQUINAS CADA VEZ MÁS DESTERRITORIALIZADAS / LIQUIDACIÓN UNIVERSALES, SIGNIFICANTE, ETC. / MÁQUINAS ABSTRACTAS = CRISTALIZACIÓN DE POTENCIALIDADES, BAILE SILENCIOSO MÁS ALLÁ DE COORDENADAS TIEMPO, ESPACIO, SUBSTANCIAS DE EXPRESIÓN, MATERIA INTENSIVA / ABOLICIÓN PUNTOS FIJOS TRASCENDIENDO HISTORIA / INVARIANTES PROVISORIAS TEJIDAS SOBRE *PHYLUM* MAQUÍNICO / AGENCIAMIENTOS COLECTIVOS / RUPTURA ENUNCIACIÓN INDIVIDUADA / SUJETO RESPONSABLE - CULPABLE FUERA / *SPLITTING* DEL YO, CARENCIA, FALO, COMPLEJOS ESTRUCTURALIZADOS LINGÜISTICALIZADOS, TRADUCTIBILIDAD UNIVERSAL FUERA, FUERA, FUERA... SIGNIFICACIÓN SIEMPRE CUESTIÓN DE PODER / SIGNIFICADOS DOMINANTES / GRAMATICALIDAD DOMINANTE / ESPECIALISTAS INTERPRETACIÓN = POLICÍAS DEL SIGNIFICANTE / LADO DESEO = POTENCIA

- RIZOMA / LADO PODER = AGUJERO NEGRO, ARBORESCENCIA, JERARQUÍA, MANIQUEÍSMO DE LOS VALORES / FIN DEL ENCERRARSE-EN-SÍ = DEVENIR ANIMAL, PLANTA, COSMOS / DEVENIR MUJER, NIÑO = DESHACER ESTRATIFICACIONES DE PODER / RIZOMA, ENTRADAS MÚLTIPLES = MÁQUINAS TÉCNICAS, ARTE, *SOCIUS*, SISTEMAS SEMIÓTICOS - SENTIDO ÚNICO SINSENTIDO / MUTACIONES MÁQUINAS ABSTRACTAS, PLAN DE

CONSISTENCIA MAQUÍNICO / ESTRATOS - REPRESENTACIÓN - PRODUCCIÓN - SIGNO - COSA - *SOCIUS,* FUERA / RUPTURA OPOSICIÓN SUJETO - OBJETO / SEMIOTIZACIÓN ABIERTA / AGENCIAMIENTOS MAQUÍNICOS / PROCESO COLECTIVO ENUNCIACIÓN - PRODUCCIÓN / SUJETO TRASCENDENTAL FUERA / MULTIPLICIDADES / INTENSIDADES DESTERRITO-RIALIZADAS

TUMBA PARA UN EDIPO *A modo de dedicatoria a Luden Sébagy*

Pierre Clastres

La muerte, ¿entiendes, colega?... pero ¿qué muerte? ¿Esa de la que se habla, la muerte dulce que viene durante el sueño, o la otra, la muerte y sanseacabó?

Durante un periodo de mi vida, a los seis o siete años, tenía cada noche la misma pesadilla: veía a una señora vestida de negro que se acercaba a mi cama. Yo tenía mucho miedo. Entonces me despertaba, y ya no quería volver a dormirme. Una noche mi hermano me prestó su fusil de aire comprimido, diciéndome que si volvía a aparecer sólo tenía que dispararle. Ella nunca regresó. Pero lo que más me asombra, lo recuerdo bien, es que el fusil (real) ni siquiera estaba cargado.

Esta historia se desarrolla en dos partes. Del lado izquierdo del escenario —la parte del significado— está mi tía Emilia (la hermana de mi padre): con su nombre fúnebre, sus ropas negras, su manía de entrometerse en todo... Del lado derecho —la parte del significante— se encuentra *el armario,* el armario con espejo que estaba enfrente de mi cama, en casa de mis padres. ¡Sí, sí! El arma desarmada, el armario, la dama del sudario, las armas de mi yo precario, la señora-negro-de-misa, la artemisa, la miseria de los años treinta, mi padre, que había fracasado en su intento de criar conejos de angora con la ayuda de la tía Emilia: con la crisis y después de tener que malvender el negocio ¡acabamos

comiéndonos los conejos! Papá estaba al borde del suicidio, pero pensó en sus hijos...

La muerte, el espejo. Yo, que estoy allí, pero que también podría no estar. Yo, todo sí. Yo, todo no. Yo, todo o nada.

También está la historia del perro. Me mordió, o me tiró al suelo de guijarros frente a la mansión de Maigremont, donde vivía la tía Germaine —la hermana de mi abuela materna—, justo delante de un gran aposento sombrío al nivel de la calle, con un billar y una cosa de esas para probar vestidos, chaquetas o no sé cuántos tipos de ropa: un cuerpo sin cabeza, un cuerpo al que se podría apuñalar sin que sintiera nada, montado sobre un eje de madera y coronado por un boliche también de madera. Más tarde lo asocié con las palabras *corpse* y *body*. Las encontré en un vocabulario, un libro con las tapas azules —como el «azul del cielo»—. Y aún después lo relacioné con el cuerpo sin órganos[1] deleuziano.

Más vale tener dientes que habitar las áridas montañas de la abstinencia.

Yo, sin hacer ni decir nada, una cosa que se aferra precariamente a un recuerdo en ruinas de Normandía. La muerte en este jardín. El diente del perro. Un perro en el balcón preparándose para saltar. Un perro en la noche. El nombre del perro del nombre del padre. Puro sujeto de renuncia, quiere decirme que dice algo. Un perro que piensa. También está el perro pringoso que baja los escalones al final de *Los olvidados*[2]. Animales, palabras animadas totémicas de la muerte. Una paloma en el jardín de mi tío paterno. Se infla igual que una rana. Ahora es un águila. El/ttsií de mi padre. Un águila gigantesca y amenazante. Disparo, disparo sin parar. Es como un *maniquí.* ¡No hay nada que hacer! Ese gigante con el que Charlot está empeñado en pelearse inútilmente. (Le incrusta la cabeza en una lámpara de

[1] Se podría definir el cuerpo sin órganos como algo que se construye, que se fabrica a partir de una serie de ejercicios de experimentación, los cuales consisten en tomar nuestro cuerpo y abrirlo a un sinnúmero de conexiones con potencias de todo tipo. Ese proceso, de conformidad con un conjunto de procedimientos, daría lugar a una suerte de desarticulación del organismo y desorganización de los sentidos (nota de los editores, a partir de ahora N. de los E.).

[2] Se refiere a la película de Buñuel, México, 1950 (nota del traductor, N. del T.).

gas). Después de días de reflexión sobre el texto de ese sueño acabé por comprender que la paloma y el águila eran dos partes de la dirección de mi antiguo domicilio —nostalgia— «la rué de l'Aigle, la Garenne-Colombe»: territorialidad de la infancia que se esfuma por una esquina. ¿Quién sería yo si no fuera de papá-mamá? El pájaro muerto levanta el vuelo. Aquí estoy yo. Irreversible desprendimiento de una pulsión de muerte. Y esta vez el fusil (imaginario) estaba cargado.

Se acabaron los perros ambiguos, los grandes excrementos de perro sobre la gravilla. Todo o nada. El águila o la paloma. Los dos no caben en el mismo espacio. De todas formas, al final, nada de nada. Maniqueísmo perverso. Tierra natal reventada, como el huevo en el plato de mi primo —materno—, siempre en Maigremont, en la gran cocina de abajo. Tierra natal desprendida igual que se desprende una esquina de tela encerada de la mesa en otra cocina.

Seis meses permanecí en casa del tío Charles, que tenía un jardín con pájaros. No le quedaba mucho de vida: cáncer de fumador. ¡Al principio pensábamos que no duraría más que unos pocos días! Después de aquello nunca jamás regresé a la casa —paterna—.

Un enorme agujero en la pared, en el sitio donde normalmente estaba mi *piano:* la idea de la *vacuidad.* Más allá: la calle, una encrucijada, esa especie de islote que destaca en la acera frente a la salida de la Mutualidad. Un poco más lejos: un gran vendedor de pianos. L. S. estaba allí, apoyado en el muro. Fue poco antes o después de su suicidio. No lo sé. Pero ya había atravesado el muro edípico. ¡Aunque es cierto que se quedó encerrado en él! ¡Él tenía razón, sabía más que yo! Yo no quería saber. Dentro estaba mi madre, en el piso de abajo. Puede que en el primer piso estuviera mi padre. O puede que se hubiera marchado —ya— ¡no se sabe adonde! Como hizo mi abuelo paterno, al que no llegué a conocer; en todo caso, no debería haberlo hecho.

> Mamá detrás de una ventanilla. Una oficina rural de correos. Es la hora de cierre. Llego justo a tiempo. O demasiado tarde. Ella ha terminado de hacer las cuentas. La caja está cerrada. Yo insisto. ¡Silencio! Me hace un signo con la cabeza señalando, a la derecha,

una puerta que se abre sobre un oscuro vacío. Silencio. Terror. Que no nos oiga. ¡Tendría que estar ya cerrado y finiquitado! ¿Quién, él? Seguramente sea mi padre tumbado en su lecho de muerte. Espera a que ella venga a reunirse con él. Es una historia de toma de corriente: la *lámpara* va a apagarse; todo está perdido. Entonces consigo volver a enchufar la historia, justo a tiempo...

Tengo nueve años, todavía faltan algunos meses antes de que estalle la guerra; estoy en Normandía, en casa de mi abuela —materna—. Escuchamos «El traidor de Stuttgart»: Jean Herold Paquis... Mi abuelo —en segundas nupcias—, un tipo enorme y gentil, está sentado en el excusado. La puerta se queda abierta para que pueda oír la radio. A sus pies, mi caja de recortes: las pequeñas muñecas de papel a las que hacía vestidos. El yayo tiene la cabeza entre las rodillas; los brazos le cuelgan. ¿Va a coger mis juguetes? ¡Me dan ganas de gritarle algo! Silencio. Giro la cabeza, lentamente —una eternidad— hacia la luz del aparato de radio. Un estruendo espantoso. Esparcido por el suelo. La abuela grita. Congestión. Cortar un trozo de oreja. Llamar a los * vecinos, solo en medio de la noche. Gritar, gritar...

«¿Quieres verlo por última vez?». Un periódico sobre la cara. Por las moscas... Un periódico sobre los botes de mermelada que la abuela acababa de llenar... por las moscas.

Un cadáver en lo alto de la alacena, donde solían estar los botes de mermelada.

Había escrito un poema para que lo pusieran dentro de su ataúd. «¿Quieres una rima buena de verdad?». Me dijo: «En lugar de *hoja muerta*, no tienes más que escribir *las hojas se mueren*». «Pero eso no puede ser, abuelito». «¡Que sí, te lo digo yo!». Tendría que haberle preguntado a otro, porque —aunque yo le quería mucho— es posible que no tuviera mucha idea. Había sido obrero. Un tipo raro. Un huelguista. Fue en Monceau-les-Mines. Se enfrentaron. Hubo muertos.

Acercarse al suicidio. Objeto fóbico. Morir para conjurar a la muerte. *Corpse*. *Body*. Carnes que se convulsionan para acabar con la finitud. La

muerte en el hueco de la mano, el dedo sobre el gatillo, para otros mil desastres. Bajar la tapa del inodoro. Tirar de la cadena. Voluntad de impotencia.

Una bala en la boca, otra en el corazón. A su hermano le habían volado la cabeza hacía sólo un año. Fusil de caza. A boca- jarro. Yo no me enteré de nada. Militar sin comprender. Su manera de decir «mierda». Furor. Como si me hubieran disparado.

Ingenuas golondrinas. Rubia cabellera. Por la mañana temprano en el metro. Vuelve a verme cuando tengas dinero para pagarme, pequeño, vuelve cuando hayas conseguido, de alguna forma, un buen puesto. En realidad, ella no se encontraba cómoda. Puede que ni siquiera hubiera sabido qué hacer con un puesto así.

Es peor el remedio que la enfermedad. Dime, con sinceridad, ¿crees que podría con ello? Tu ingenuidad y tu entusiasmo me asombran. Es cierto que me siento mucho mejor. Pero precisamente eso es lo que más me agobia, porque de todas formas ya es demasiado tarde. Ahora soy demasiado viejo. No puedo volver a empezar. ¿Me oyes? ¿O es que finges que no me crees simplemente por deformación profesional? Ya sabes, por fin he descubierto cómo hacerlo. Sólo con pensarlo me entusiasmo. Pero tengo que esperar todavía, sólo podría hacerse en primavera... Ya verás, te gustará... Dormir en la playa, con la marea que sube, después de haberse tomado unos cuantos comprimidos, justo los necesarios para dejarse llevar sin resistencia.

Intimidad secreta con todos los que no consienten que la muerte les llegue desde afuera. Trabajar el luto como un pianista trabaja sus escalas. ¿Una muerte para conjurar algo peor? ¿Una muerte que se hubiera transformado en algo propio, en algo familiar? ¡Pero hay otra muerte, esa sobre la que no decimos nada, la que no podemos localizar, la que pone en fuga todas las cosas! Hay dos políticas del suicidio: la paranoico-familiarista de Werther y la del incesto esquizo de Kleist. Por un lado, una muerte humana y significativa, compréndelo mamá, ya no podía más, te comprendo, hijo mío, entendido mi general, todos nos entendemos, la muerte guiñando un ojo, la muerte miserable; por otro

lado, una muerte orgullosa, la deriva contemplativa, o esto o lo otro, hasta el infinito, una disolución por desatención.

La imagen significante, para convencer, para poner en escena el acto mortal, seca sus lágrimas: ¡se acabó la comedia! La imagen se aferra a la muerte simbólica, a la muerte insensata del deseo. Al principio es posible que no fuera más que un juego, un vértigo —¡asústame!—. Pero la imagen se adhiere a la cadena maquínica, se rompe, se desgarra. La muerte de la imagen se abre entonces sobre un deseo más desterritorializado. Por cada ruptura hay una nueva muerte que se rebela. ¡Que te den a ti y a tu papá-mamá! Ya que estoy ebrio, me ofrezco para el holocausto. Decidir lo indecidible. Ocupar un lugar entre los «suicidados de la sociedad»[3]. Negarse a participar en la farsa en el preciso momento en que se ha vuelto *políticamente* intolerable. Una muerte para borrar la última línea de fuga posible. Y también para fastidiar al *socius*[4]. Sus trucos atrapabobos que hablan del ser-para-la-muerte, su asistencia social del ser-para-el-margen, sus cócteles Eros-Tánatos. El último reflejo en las imágenes escarchadas de la espera, el desgarro insoportable, en fin, la muerte diamantina del deseo innombrable.

REVOLUCIÓN MOLECULAR Y LUCHA DE CLASES

[3] Referencia al ensayo de Antonin Artaud, *Van Gogh, Le suicidé de la société*, París, K. éditeur, 1947. Trad. cast.: Van *Gogh, el suicidado por la sociedad,* Buenos Aires, Argonauta, 2007 (N. del T.).

[4] En origen, la palabra *socius* remite a la diversas tribus autónomas de la península italiana que mantuvieron una alianza militar con la República romana hasta la llamada «Guerra de los aliados», (los cuales deseaban que se les concediera la ciudadanía romana). Deleuze y Guattari se apropian del término para designar la realidad económica y social, la «máquina social». (N. de los E.).

EL FIN DE LOS FETICHISMOS

Detrás de Marx y de Freud, detrás de la marxología y la freudología, se encuentra la realidad merdosa del movimiento comunista y del movimiento psicoanalítico. Es de allí de donde hay que partir y es allí adonde debemos volver siempre. Y cuando hablo de mierda casi no se trata de una metáfora: el capitalismo lo reduce todo al estado de mierda, es decir, al estado de flujos indiferenciados y decodificados de los que cada uno debe extraer su parte de una manera privada y culpabilizada. Se trata del régimen de la intercambiabilidad: cualquier cosa, dentro de su «justa» medida puede equivaler a cualquier otra. Marx y Freud, por ejemplo, reducidos al estado de papilla dogmática, podrán ser comercializados sin ningún riesgo para el sistema. El marxismo y el freudismo, escrupulosamente neutralizados por los cuerpos constituidos del movimiento obrero, del movimiento psicoanalítico y de la Universidad, no solamente no incomodan a nadie, sino que han llegado incluso a convertirse en los garantes del orden establecido, la demostración por reducción al absurdo de que es imposible amenazarlo seriamente. Se objetará que no debemos imputar a esas teorías las desviaciones de aquellas prácticas que proclaman su filiación con ellas, que su mensaje original ha sido traicionado, que, precisamente, convendría remontarse a las fuentes, revisar las traducciones defectuosas, etc. Ésa es la trampa fetichista. No hay ningún ejemplo, en el campo de las ciencias, de un respeto semejante de los textos y de las fórmulas enunciadas por los grandes sabios. El revisionismo es aquí la norma. Las teorías constituidas son incesantemente relativizadas, disueltas, dislocadas. Aquellas que resisten son asediadas una y otra vez. Lo ideal no sería en absoluto momificarlas, sino hacer que se abran hacia otras construcciones, también provisionales,

pero mejor afianzadas en el terreno de la experiencia. Lo que cuenta, en última instancia, es el uso que se hace de una teoría. Por lo tanto, no podemos dejar de lado la actualización del marxismo y del freudismo. Es necesario partir de las prácticas existentes para remontarse a los vicios de origen de las teorías, puesto que, de una manera o de otra, este tipo de distorsiones saca a relucir sus puntos débiles. La actividad teórica difícilmente puede escapar a la tendencia del capitalismo, que consiste en ritualizar y en apropiarse de toda práctica, a poco subversiva que ésta sea, separándola de las catexis[5] deseantes: la práctica teórica no puede esperar salir de su gueto si no es abriéndose a las luchas reales.

La primera tarea de una teoría del deseo debería ser la de intentar discernir cuáles son las posibles vías de irrupción en el campo social, más que la de avalar el ejercicio casi místico de la escucha en la consulta del psicoanalista, tal y como ha evolucionado desde Freud. De forma paralela, todo desarrollo teórico relacionado con la lucha de clases actual debería esforzarse prioritariamente por abrirse a la producción deseante y a la creatividad de las masas. El marxismo, en todas sus versiones, ignora el deseo y pierde su fuerza en la burocratización y en el humanismo, mientras que el freudismo no solamente ha permanecido ajeno desde sus orígenes a la lucha de clases, sino que además no ha cesado de desfigurar sus primeros hallazgos sobre el deseo inconsciente para intentar reconducirlo,

---

[5] La palabra «catexis» aparece en toda la obra freudiana para designar el concepto alemán de *Besetzung*, que podría traducirse también por «carga», «ocupación» o «investidura». Tanto Deleuze como Guattari hacen una reapropiación crítica de este concepto aplicándolo a la esfera de lo social, y lo dividen en dos tipos: las catexis preconscientes de interés y las catexis inconscientes de deseo. La noción de catexis de estos autores se comprende mejor atendiendo a la manera en que ambos conciben el deseo, noción por la que se inclinan frente a la de libido: el deseo tendría un carácter de reciprocidad entre lo social y lo individual, desde un plano molar hasta un plano molecular, una reciprocidad de la que carecería la noción de libido. A partir de esta primera división adjetivan el término de otras formas, por ejemplo: la «catexis social» no debe ser reducida a la «catexis familiar», tal como haría el psicoanálisis freudiano, acercándola a la «catexis fascista». La llamada «catexis fascista» haría referencia propiamente al carácter cerrado de cualquier grupo sobre otro, partiendo de la simple idea de que ninguna individualidad es en realidad individual. En este sentido, el deseo está «emplazado» en los grupos, es decir, en las catexis de interés (N. de los E.).

con las manos esposadas, a las normas familiares y sociales del orden dominante. Negarse a hacer frente a esas carencias fundamentales, tratar de enmascararlas, significa hacer creer que los límites internos de esas teorías son límites realmente infranqueables.

Hay dos maneras de consumir enunciados teóricos: una es la del universitario que toma *o* deja el texto en su integridad, la otra es la del *amateur* apasionado, que a la vez lo toma *y* lo deja, manipulándolo a conveniencia, intentando utilizarlo para determinar sus coordenadas y para orientar su vida. La única actitud admisible en este campo es tratar de que un texto funcione. Y desde este punto de vista, lo que permanece vivo en el marxismo y en el freudismo no es la coherencia de sus enunciados, sino la enunciación rupturista, una cierta forma de deshacer el hegelianismo, la economía política burguesa, la psicología universitaria, la psiquiatría clásica, etc.

La idea misma de una conjunción entre dos cuerpos separados —el marxismo y el freudismo— produce una perspectiva sesgada. Los pedazos de un marxismo fragmentado pueden y deben conducir a una teoría y a una práctica que se ocupen del deseo; los pedazos de un freudismo fragmentado pueden y deben conducir a una práctica que se ocupe de la lucha de clases. Toda garantía teórica de una separación entre el ejercicio privado del deseo y el campo público de las luchas conduce de forma implícita a la asimilación capitalista. La propiedad privada de los medios de producción está intrínsecamente vinculada con la apropiación del deseo por el yo, la familia y el orden social. Se comienza por neutralizar en el trabajador todo acceso al deseo a través de la castración familiarista, los ardides consumistas, etc., para apropiarse a continuación, ya sin dificultad, de su fuerza de trabajo. Separar el deseo del trabajo: tal es el primer imperativo del Capital. Desvincular la economía política de la economía deseante: tal es la misión de los teóricos que se ponen a su servicio. El trabajo y el deseo sólo entran en contradicción dentro del marco de relaciones de producción, de relaciones sociales y de relaciones familiares bien definidas: las del capitalismo y el

socialismo burocrático. No hay formación del deseo y de los complejos psicosexuales que esté radical y definitivamente separada de la represión y de los complejos psicosociales. Decir, por ejemplo, de los chinos de hoy en día, que su maoísmo sigue dependiendo de un Edipo universal sería igual que considerar el maoísmo en sí mismo como algo eterno, que renace una y otra vez de sus cenizas. La historia no avanza en ese sentido. Desde el punto de vista del deseo, un revolucionario en la Francia posterior a Mayo del 68 pertenece a una raza distinta que su padre en junio del 36. ¡No hay un Edipo que se transmita del uno al otro! ¡Ni rivalidad ni identificación! ¡Ninguna continuidad en el cambio! Y si es cierto que la historia contemporánea está formada por este tipo de rupturas, entonces los teóricos de lo social y también los del psicoanálisis harían bien en tomar las medidas necesarias para reciclarse, y muy en serio.

ARNO MÜNSTER: *¿Es posible desedipizar el psicoanálisis sin una revolución total del psicoanálisis y del marco institucional de la psiquiatría?*

FÉLIX GUATTARI: Las instituciones psiquiátricas y el psicoanálisis no son espacios cerrados. No existe, por un lado, una lucha particular que hay que llevar a cabo en las empresas con los obreros, otra en los hospitales con los enfermos y una tercera en la universidad con los estudiantes. El problema de la universidad, como pudimos comprobar en Mayo del 68, no es un problema *de* los estudiantes y *de* los profesores, sino que es un problema del conjunto de la sociedad, en la medida en que se ponen en cuestión tanto la relación entre la transmisión del conocimiento, la formación de las clases dirigentes y el deseo de las masas como las exigencias de la industria, etc. ¿Cuál fue la respuesta del poder estatal frente a la agitación en el medio estudiantil? Centrar el problema sobre el propio objeto, reducirlo a la estructura y la organización de la

Universidad. Lo mismo sucede con la psiquiatría y las sociedades psicoanalíticas: la cuestión actualmente no es saber cómo se podría modificar la práctica del psiquiatra y del psicoanalista, o las actitudes de los grupos de enfermos, sino algo más fundamental, saber de qué manera funciona la sociedad para que hayamos llegado a una situación como ésta. Una sociedad que interpreta toda producción por la ley del beneficio tiende a separar definitivamente la producción deseante de la producción social. El deseo se inclina del lado de lo privado; lo social del lado del trabajo rentabilizado. Hay que preguntarse: ¿acaso la producción del deseo, un sueño, una práctica amorosa, una utopía concreta, llegarán a conquistar, en el plano social, la misma dignidad en su existencia que la producción mercantil de coches o de materias grasas? El valor de un bien, antes de depender de la dualidad fuerza de trabajo-medios técnicos (capital variable-capital constante), está enraizado en una división del deseo que determinará lo que va a asimilarse y lo que va a ser rechazado. Lo que interesa al capitalista son las diferentes máquinas[6] de deseo y de producción que puede enchufar a su máquina de explotación: tus brazos, si eres barrendero; tus capacidades intelectuales, si eres ingeniero; tus capacidades de seducción, si eres modelo; todo el resto no solamente no le interesa, sino que ni siquiera quiere oír hablar de ello. Todo lo que habla en nombre de ese resto no puede sino alterar ese orden productivo. Así, las

---

[6] El concepto de «máquina» es fundamental en el pensamiento de Guattari, así como en el de Deleuze, y por supuesto a lo largo del presente libro. Según ambos autores, el capitalismo no es como tal «un modo de producción», ya que no es un sistema, sino un conjunto de dispositivos de servidumbre maquínica *[asservissement machinique]* y a la vez un conjunto de dispositivos de sujeción social *[assujettissement socidlé].* Los dispositivos son máquinas, si bien estas máquinas ya no dependen de la *techne.* La máquina tecnológica sería sólo un caso de maqumismo. Hay máquinas técnicas, máquinas estéticas, máquinas económicas, máquinas sociales, máquinas deseantes, etc. Uno puede vivir «sometido a servidumbre» o puede estar «sujeto a una máquina» (técnica, social, comunicativa, etc.). Estamos bajo la servidumbre de una máquina en tanto constituimos una pieza, uno de los elementos que le permiten funcionar. Estamos sujetos a la máquina en cuanto somos sus usuarios, en cuanto somos sujetos de acción de los que ella se sirve. La sujeción maquínica actúa sobre la dimensión molar del individuo (su ámbito social, sus roles, sus fundones, sus representariones), mientras que la

máquinas deseantes proliferan sobre las máquinas industriales y sociales. Sin embargo, son constantemente vigiladas, canalizadas, aisladas las unas de las otras, cuadriculadas. ¿Puede ese control alienante considerarse legítimo e inherente a la condición social del hombre, o es posible superarlo? He aquí la pregunta fundamental.

Al atacar la fijación del psicoanálisis con el Edipo, con él superyó, ataca usted también una parte de la herencia teórica de Freud.

Freud no comprendía gran cosa de la esquizofrenia. Muchas de las luchas entre tendencias internas del movimiento psicoanalí- tico se comprenden mejor si uno las considera desde el punto de vista de esta hostilidad fundamental de Freud hacia la psicosis. La psicosis y la revolución han sido objetos tabú. La normalidad se identificaba con la aceptación de la «vida en familia». Freud despreciaba el delirio, recordemos, por ejemplo, el caso del presidente Schreber. Y despreciaba también a las mujeres. Su representación de la sexualidad y de la sociedad es enteramente falocéntrica. En Análisis *terminable e interminable*, el problema de la castración aparece como un último escollo ante el que se detiene el psicoanálisis: el hombre rechaza la necesaria castración porque no quiere ser «como una mujer», mientras que la mujer no acepta su carencia de pene, etc. Freud es incapaz de percibir el carácter de lucha social que subyace a este

servidumbre maquínica actúa sobre la dimensión molecular, preindividual e infrasocial (los afectos, las sensaciones, los deseos, las relaciones aún no individualizadas, no asignables a un sujeto). (N. de los E.).

tipo de «resistencia». Tanto la mujer como el hombre rechazan la castración. La noción clave aquí es la del superyó. Se trata de saber si el superyó es una formación surgida del medio social y transmitida a través de la familia, de tal manera que el individuo acaba por desear su propia represión y por asumirla mediante toda una serie de relevos, empezando por la pareja de progenitores, o bien

si hay que aceptarla como una escisión necesaria en el seno de la tópica psicoanalítica, la única que permitiría al sujeto alcanzar un equilibrio para garantizar que el yo se adapte correctamente a la realidad. Desde esta última perspectiva, la autoridad del padre y las imágenes de la jerarquía social no son más que instrumentos de la sacrosanta castración. La trampa es ineludible: o el deseo desea su propia represión, haciéndose por tanto cómplice de ésta —¡en cuyo caso encuentra su lugar dentro de la norma, que puede ser un lugar angustiado y neurótico, pero no por ello deja de ser el lugar que le corresponde!—, o por el contrario se rebela contra el orden establecido y es acorralado por todas partes.

Con la intención de desarrollar un poco estas cuestiones hace quince años propuse la noción de *transversalidad* para expresar la capacidad que tiene una institución a la hora de modificar los «datos de aceptación del superyó» de tal manera que puedan levantarse ciertos síntomas, ciertas inhibiciones[3]. La modificación del «coeficiente local de transversalidad» implica la existencia de un núcleo erótico, un eros de grupo, y que el sujeto-grupo se haga cargo de la política local, aunque sólo sea de modo parcial. De esta manera una formación social puede modificar la «causalidad» inconsciente que pone en marcha la actividad del superyó. Esta modificación en la aceptación de los datos del superyó puede desembocar en una modificación estructural de la tópica. En tales condiciones, el problema de la represión y

[3] *Psychanalyse et transversálité,* París, Maspero, 1972. Trad. cast.: *Psicoanálisis y transversalidad,* Buenos Aires, Siglo xxi, 1976 (nota del autor, a partir de ahora, N. del A.).

de la inhibición cambia completamente de sentido. Cuando el psicoanálisis aprueba y respalda lo que sucede en la escuela, en la familia, en el ejército, etc., está siendo reaccionario, pura y simplemente. Ninguna maduración existencial, ningún *splitting*[4] *del yo,* ninguna carencia, ninguna castración sería capaz de justificar la intervención represiva de un tercero. No importa si decimos que no se trata del padre real, que en realidad estamos hablando de una

lógica estructural que debería permitir al sujeto fundarse como deseo dentro del orden significante, que debe renunciar a toda costa a sus placeres imaginarios indiferenciados para acceder a «lo simbólico» —lo simbólico es como el postre, lo pedimos o no lo pedimos, ¡en eso consiste todo!—, toda esa parafernalia teórica sólo está ahí para justificar, para facilitar la escucha del analista. ¡Dejad que la sociedad se ocupe de todo! Nosotros nos encargaremos del deseo, vamos a prepararle un terrenito secreto sobre el espacio del diván. ¡Hay que decir: todo va a ir bien! El psicoanálisis funciona muy bien, y eso es precisamente lo que lo hace tan peligroso. No es suficiente con denunciarlo: hay que introducir un revulsivo, algo que demuestre hasta qué punto es inútil y carente de interés.

Una consecuencia de eso sería desplazar el terreno de la lucha contra el psicoanálisis al dominio de lo social y combatir en el terreno de la política.

Yo concibo el esquizoanálisis como una lucha política desde todos los «frentes» de la producción deseante. No se trata de centrarse en un solo aspecto. El problema del análisis es el problema del movimiento revolucionario. El problema del movimiento re-

[42] El clivaje *(splitting* en inglés y *Spaltung* en alemán) corresponde, en psiquiatría y en psicoanálisis, a la no coherencia unificada del yo, que se encuentra dividido en varias instancias contradictorias. En estas dos especialidades la interpretación clásica, siguiendo a Breuer y a Freud, es tomar el clivaje como el modo de funcionamiento de la psicosis (N. del T.).

voludonario es el de la locura, el problema de la locura es el de la creación artística... La transversalidad no expresa nada más que ese nomadismo de los «frentes». El inconsdente es desde el prindpio un agendamiento[5] sodal: el agenciamiento colectivo de las enunciadones virtuales. Sólo en un segundo momento puede llegar a distinguirse dentro de los enunciados lo que te corresponde a ti, lo que me corresponde a mí y lo que corresponde a la ley. El inconsdente desconoce la propiedad privada de los enunciados tanto

como la del deseo. El deseo es siempre extraterritorial, desterritorializado, desterritorializador; pasa por endma y por debajo de todas las barreras. No importa que el psicoanálisis redefina sus conceptos, los pase por la criba lingüística, lógica, antropológica, nunca se sale de su dominio originario, que es el de la familia y el capitalismo. Sirve al capitalismo de religión y de sustituto. Su papel consiste en acomodar la represión, «personalizándola» como diríamos de un R16. El pecado y la confesión ya no funcionan como antes. Hay que liberar el deseo de lastres. Las baratijas ya no sirven, hace falta algo que sea inutilizable, impermeable e imputresdble: una prostitución subjetiva, un ritual interminable. Una vez «enganchado» a esta nueva droga, ya no hay que temer que el sujeto se implique realmente en una lucha social. La realidad debe estar siempre a las puertas del gabinete del psicoanalista. No se trata, para hablar con propiedad, de defender los valores del capitalismo,

’ Se trata de un concepto creado a partir de una palabra que quizás pierda ciertos matices de significado en su traducción del francés al castellano. «Agendamiento» proviene del verbo latino *ago*, agís, *agere*, que significa «hacer», y por lo tanto está ligado a una pragmática. Puede definirse como la reladón de co-funrionamiento entre elementos heterogéneos que comparten un territorio y tienen un devenir (al contrario que el concepto de estructura, ya se aplique en el psicoanálisis o la antropología, donde los elementos que se integran son de carácter homogéneo y solidarios entre sí. Igualmente sirve de contrapunto al concepto de identidad, pues un agendamiento reladonará términos que son multiplicidades y, como deda- mos, siempre en devenir). Deleuze describe dos vertientes del agendamiento: la colectiva de enundadón (producción de enunaados) y la maquínica de deseo (producdón de deseo). (N. de los E.).

sino sólo de fingir que no existen. De esta dicotomía entre la producción social y las producciones del deseo debe ocuparse la lucha revolucionaria, allí donde la represión familiar se ejerce contra la mujer, el niño, los drogadictos, los alcohólicos, los homosexuales, etc. Esta micro-lucha de clases no puede realizarse en el terreno psicoanalítico.

i Cuál sería el lugar del psicoanálisis en las luchas de emancipación?

¡Está tan anquilosado que, a decir verdad, no veo qué lugar podría ocupar en las luchas sociales, si no como fuerza de apoyo de la reacción! Esto no quiere decir que haya que condenar toda práctica del análisis, incluyendo el análisis dual. Pero nos hace plantearnos dos tipos de preguntas: por un lado, el descentra- miento del análisis sobre los grupos-sujetos en contacto con la realidad política, o con una actividad de autoanálisis creativa; y por otro lado, una lucha continua contra la reintroducción de esquemas sociales represivos. Un análisis de grupo, por ejemplo, del tipo Slavson o Ezriel[6] puede ser tan nocivo como un análisis dual si no se distingue la función real de los polos parentales: ¿qué parte del padre y de la madre interviene en la relación neurótica? ¿El padre interviene en cuanto polo simbólico integra- dor, o no es, a pesar de sí mismo, más que la cabeza de la hidra social? Tomemos un ejemplo de la obra de Kafka.

En un momento en el que K., el personaje de *El proceso,* casi se ha liberado de la influencia de su proceso edípico, visita al pintor Titorelli, quien le muestra sus telas. Todas ellas son exactamente idénticas. Un psicoanalista podría ver en ello un mecanismo clásico de clausura de las identificaciones sobre lo mismo,

‘Samuel Richard Slavson (1880-1981) es uno de los pioneros americanos de la psicoterapia de grupo. Henry Ezriel (1910-1985) es un psicoanalista inglés, miembro de la célebre Tavistock Clinic de Londres, que concibió formas especiales de trabajo psicoanalítico en grupo (N. de los E.).

que desencadena un sistema de desdoblamiento. El esquizoa- nálisis no tratará de detectar la clave general de un mecanismo así; se esforzará en seguir las vías de diferenciación que parten de ahí, la proliferación de nuevas intensidades, de nuevas ramificaciones del rizoma inconsciente... Jamás considerará que algo tiene que ver con el yo, el padre o la madre en cuanto polo de identificación. Para él no hay un padre en sentido general. Para los psicoanalistas tradicionales, por el contrario, todo tiene que ver siempre con las mismas funciones paternales y maternales, siempre en el mismo triángulo. Para ellos tanto el padre que va al banco como el que

trabaja en una oficina, el inmigrante, el que es un parado, el alcohólico, son todos el mismo padre. El padre no es otra cosa que un elemento en un sistema relacio- nal indeterminado. Pero, en realidad, cada constelación familiar es enteramente diferente dependiendo del contexto. Uno no se encuentra confrontado al mismo tipo de relaciones con la autoridad paternal en un barrio marginal de Abiyán o en una ciudad industrial de Alemania. No nos encontramos con el mismo complejo de Edipo, ni con la misma homosexualidad. Parece una tontería tener que repetir cosas tan evidentes, y sin embargo resulta necesario denunciar sin cesar las generalizaciones abusivas: ¡no hay ninguna estructura universal del espíritu humano o de la libido!

¿Así que el esquizoanalista es alguien que quiere efectuar una síntesis entre el análisis de la economía social y de la economía libidinal en esta sociedad?

Síntesis quizás no sea la palabra apropiada. Se trata más que nada de no reducir los hechos a un esqueleto lógico; al contrario, lo que hay que hacer es enriquecerlos, seguir los encadenamientos, las pistas reales, las implicaciones sociales. La repetición produce la diferencia. La repetición no constituye aquí el final de algo, la clausura de un proceso, sino que, al contrario, marca un umbral de desterritorialización, señala una mutación deseante. La repetición de la misma imagen, la representación fija, la catatonía, pueden constituir respuestas a una agresión. Las fotos, por ejemplo, no desempeñan el mismo papel en la vida y en la obra de Kafka, quien nos conduce a través de idas y venidas constantes entre el odio y la fascinación. En calidad de cargo directivo (pues no era en absoluto un burócrata miserable), Kafka se veía confrontado a su propio deseo microfascista de someter al otro, de dominarlo; por ejemplo, en el seno de una jerarquía burocrática. El otro, fijado por una fotografía, es dominado a distancia, cristalizado en una especie de

sumisión, con la cabeza baja y la mirada huidiza. Tras su encuentro con Felice[7] las cosas cambian. La libido se vuelve más imperiosa. El objetivo es siempre poseer al otro a distancia, pero no siempre de la misma forma. Kafka quiere poseer a Felice sólo a través del juego de las cartas de amor. No se trata aquí de una Felice-objeto, sino de lo más palpitante que hay en ella. La imagen ya no está fija, prolifera sobre sí misma. La identidad se multiplica; a través de las cartas encontramos innumerables Felices e innumerables Kafkas. Por lo tanto, la posesión no se realiza desde el exterior, sino por el interior. La seducción amorosa y la sumisión semiótica devienen así ejercicios mucho más complejos. Ya no se trata de un fenómeno imaginario global, sino de una especie de técnica de encantamiento, que pone enjuego tanto la fascinación literaria como el prestigio vinculado a los títulos y a las funciones. Paso a paso, se va accediendo a las conexiones sociales que «poseen» a Felice y a Kafka, que los alienan dentro del mismo entorno. Ambos son, efectivamente, burócratas fascinados por la potencia de la burocracia. (Y, en cierto modo, la denuncia que hace Kafka de esta burocracia no es más que una negación). El análisis de este nue-

[7]Felice Bauer (1887-1960) mantuvo una relación epistolar con Kafka entre 1912 y 1917. Él se prometió con ella en dos ocasiones, pero rompió el compromiso en los dos casos (N. del T.).

vo tipo de «perversión» epistolar, de la perversión burocrática, nos conduce así al análisis de la pútrida burocracia austrohúnga- ra y del caldo de cultivo del cual emergerá el eros nazi. Todo esto es demasiado esquemático, sin duda, pero lo que querría indicar es que si uno se contenta con poner de manifiesto en un análisis la identificación imposible de Kafka con su papá boticario, pasará por alto toda la dinámica social de la libido. Kafka no es, como se ha dicho, un escritor del siglo xix, prisionero de sus conflictos familiares. Es un escritor del siglo xix que describe un proceso en estado emergente con unas repercusiones de las que apenas hemos comenzado a tomar conciencia.

En el Antiedipo*, hablando sobre el esquizoanálisis, evoca usted una identificación posible entre el analista, el enfermo y el militante. ¿Qué quería decir exactamente con* eso?

Gilles Deleuze y yo nunca hemos hablado de *identificación* entre el analista y el esquizofrénico. Lo que decimos es que el analista, como el militante, como el escritor, igual que cualquiera, están más o menos implicados en procesos esquizo. Y siempre hemos distinguido el proceso esquizo del psicòtico del asilo, cuyo proceso esquizo está precisamente bloqueado, o se debate *en el vacío.* No decimos que los revolucionarios deban identificarse con los locos que dan vueltas en el vacío, sino que deben llevar a cabo sus empresas teniendo en cuenta el modelo del proceso esquizo. El esquizofrénico es un tipo que, por una u otra razón, ha entrado en conexión con un flujo deseante que amenaza el orden social, aunque sólo sea al nivel de su entorno inmediato. Éste interviene inmediatamente para detenerlo. De lo que se trata aquí es de la organización libidinal en su proceso de desterrito- rialización y no de la detención de ese proceso. El analista, como el militante, debe dejarse llevar por el proceso y no ponerse al servicio del proceso de la represión social edipizante, diciendo por ejemplo: «Eso te pasa porque tienes una *tendencia* homosexual» (así es como se ha pretendido analizar el delirio del presidente Schreber) o «Es porque, en ti, la pulsión de muerte es un mal intrínseco al eros». Si es cierto que los cambios sociales en el futuro serán, como yo creo, absolutamente inseparables de una multitud de *revoluciones moleculares* al nivel de la economía del deseo, entonces el esquizoanálisis tendría que ver con una perspectiva revolucionaria. Cuando se trata de hacer saltar todos los obstáculos, las esquematizaciones del capitalismo, las sobrecodificadones del superyó, las territorialidades primitivas reconstituidas artificialmente, etc., el trabajo del analista, del re- voludonario y del artista confluyen.

*¿Tiene la clínica de La Borde una significación especialmente importante en su proyecto de liberación, o hay que considerarla como una solución a medias, con todas las características del reformismo actual
en el psicoanálisis?*

En efecto, es una tentativa reformista, prisionera del Estado, de la Seguridad Social, de la representación que los enfermos se hacen de la enfermedad, de la ideología médica y de la jerarquía social, del dinero, etc. Por lo tanto, en este sentido, no es sino un experimento a pequeña escala fácil de reprimir e incluso de manipular. Dicho esto, se encuentra en una posición de ruptura con respecto al resto de la sociedad, suficiente para proporcionar los medios que hagan reflexionar a un cierto número de personas. Si yo hubiera tenido que trabajar como psicoanalista de gabinete o como profesor, me hubiera costado mucho, por ejemplo, poner en cuestión los dogmas psicoanalíticos y marxistas. Sólo modificando progresivamente las formas de tutela que pesan sobre el deseo puede un trabajo en equipo constituir máquinas analíticas y militantes de un nuevo tipo. Cuanto más pienso que resulta ilusorio confiar en una transformación gradual de la sociedad, más creo que las iniciativas microscópicas como las comunidades, los comités de barrio, la organización de una guardería en una facultad, etc., pueden desempeñar un papel absolutamente fundamental. Es así, trabajando a través de pequeñas iniciativas como éstas, como se contribuye a desencadenar grandes rupturas como la del Mayo del 68. ¡El «22 de marzo» en sus inicios era casi una broma! En este sentido creo en un reformismo permanente de la organización revolucionaria. Más valen diez fracasos repetidos cuyos resultados sean insignificantes que una pasividad embrutecida ante los mecanismos de distorsión y las manipulaciones burocráticas de los militantes profesionales.
La cuestión que se le plantea al movimiento obrero revolucionario es la de un desajuste entre:

- las relaciones de fuerza perceptibles en la lucha de clases,
- la catexis deseante real de las masas.

El capitalismo explota la fuerza de trabajo de la clase obrera y manipula en su beneficio las relaciones de producción, pero también se insinúa en la economía deseante de los explotados. La lucha revolucionaria no puede circunscribirse sólo al ámbito de las relaciones de fuerza perceptibles. Debe, por lo tanto, desarrollarse en todos los niveles de la economía deseante contaminados por el capitalismo. (En el ámbito del individuo, la pareja, la familia, la escuela, el grupo militante, la locura, las prisiones, la homosexualidad, etc.).

Los objetos y los métodos de la lucha son diferentes en función de los distintos niveles. Los objetivos genéricos del tipo de «el pan, la paz, la libertad...» requieren la existencia de organismos políticos que se inserten en el campo de las relaciones de fuerza y que, por tanto, reagrupen estas fuerzas, constituyendo bloques. Estas organizaciones se ven obligadas por las circunstancias y el deber a ser «representativas», a coordinar las luchas, a proponer una táctica y una estrategia. Por otro lado, no es posible que la lucha «microscópica» contra el fascismo, ese que se instaura en el seno de las máquinas deseantes, pase por la mediación de «delegados», «representantes», o de bloques identificados de una vez y para siempre. El «enemigo» ha cambiado de rostro: puede ser el aliado, el camarada, el responsable e incluso puede ser uno mismo. Nunca podemos estar seguros de que, en un momento u otro, no nos inclinaremos del lado de una política burocrática o del prestigio, de una interpretación paranoica, de una complicidad inconsciente con los poderes establecidos, de una interiorización de la represión.

Estas dos luchas pueden no ser mutuamente excluyentes:

- la lucha de clases y la lucha revolucionaria de liberación implican la existencia de *máquinas de guerra* capaces de oponerse a las fuerzas opresivas y, por eso mismo, funcionan a partir de cierto centralismo, según un mínimo necesario de coordinación;
- la lucha en el frente del deseo y los agenciamientos colectivos que actúan mediante el análisis permanente, la *subversión de todos los poderes* en todos los ámbitos.

¿No es absurdo que esperemos derrocar el poder de la burguesía para sustituirlo por una estructura que reproduce *la forma* de ese mismo poder? La lucha de clases en Rusia, en China, etc., nos ha demostrado que, incluso después de que el poder burgués haya sido depuesto, la forma de ese poder será capaz de reproducirse en la estructura del Estado, en la de la familia, e incluso en los distintos rangos de la revolución. ¿Cómo impedir que el poder centralizador y burocrático se superponga a la coordinación necesaria que implica una máquina de guerra revolucionaria? En el nivel de lo global, la lucha implica unas etapas y unos intermediarios. En el nivel de lo microscópico lo que hay, ya desde el principio, es un tipo de transición directa al comunismo, una liquidación inmediata del poder de la burguesía en la medida en que este poder es encarnado por el burócrata, el líder o el militante.

El centralismo burocrático se transmite constantemente al movimiento obrero a partir del modelo centralista del Capital. El Capital controla y recodifica la producción manejando los flujos monetarios y ejerciendo un poder coercitivo en el marco de las relaciones de producción y del capitalismo monopolista estatal. El mismo tipo de problema se plantea con el socialismo burocrático, pero la producción real no tiene ninguna necesidad de este tipo de recodificación, que sólo sirve para ponerle trabas. Las mayores máquinas productivas de las sociedades industriales podrían continuar funcionando perfectamente sin ese centralismo. Está claro que una concepción distinta de las relaciones entre la producción, la

distribución y el consumo, o entre la producción, la formación y la investigación, conduciría al derrumbamiento de los poderes jerárquicos y despóticos tal y como existen en las relaciones de producción actuales. Desde ese momento, la capacidad de innovación de los trabajadores podría liberarse. El fundamento del centralismo no es económico, sino político. El centralismo en el movimiento obrero desemboca en una forma parecida de esterilización. ¡Admitamos que las luchas más eficaces y de mayor amplitud no necesitan ser coordinadas por los altos mandos de los estados burocráticos! Pero sólo con la condición de que la economía deseante de los trabajadores deje de estar contaminada por la subjetividad burguesa, que hace de ellos cómplices inconscientes de la tecnocracia capitalista y de la burocracia del movimiento obrero.

A ese respecto convendría evitar caer en la dicotomía simplista entre:

- el centralismo «democrático»;
- el anarquismo, el espontaneísmo.

Desde luego, los movimientos marginales y las comunidades no van a ganar nada con dejarse seducir por el mito del retorno a una era pretecnológica, de una vuelta a la naturaleza; por el contrario, tienen que afrontar una sociedad real, con relaciones sexuales y familiares reales, etc. Por otro lado, hay que reconocer que el movimiento obrero organizado se ha negado hasta ahora a admitir su propia contaminación interna, el hecho de que ha sido corrompido por el poder burgués. Y ninguna ciencia establecida podría ayudarle en eso actualmente[8]. ¡Ni la sociología, ni la

[8] Guattari propondrá más tarde el método «ecosófico» (Véase Félix Guattari, *Qu'est-ce que l'écosophier,* París, Lignes, 1985. Trad. cast.: *¡Qué es la ecosofia?,* Buenos Aires, Cactus, 2015) (N. de los E.).

psico-sociología, ni la psicología, y mucho menos el psicoanálisis, han tomado el relevo del marxismo en ese ámbito! El freudismo, bajo la apariencia de una ciencia, presenta como normas infranqueables los propios procedimientos de la subjetivación burguesa, a

saber: el mito de una necesaria castración del deseo, su sumisión al triángulo edípico y una interpretación significante que tiende a separar el análisis de sus implicaciones sociales reales.

Ya he hablado antes de la posibilidad de acabar con el centralismo tecnocrático de la producción capitalista partiendo de otra concepción posible de las relaciones entre producción, distribución y consumo, por una parte, y entre la producción, la investigación y la formación, por la otra. Eso es algo que evidentemente tendría que transformar por completo las formas de relación con el trabajo, y en particular la brecha entre el trabajo al que se le reconoce un valor de utilidad (considerado como socialmente útil por el capitalismo, por la clase dominante) y el trabajo «inútil» del deseo. El conjunto de la producción, que genera tanto el valor mercantil como el valor de uso, tanto la producción individual como la colectiva, está bajo la tutela de un tipo de organización que impone un cierto modo de división social del trabajo. La desaparición del centralismo capitalista implicaría por lo tanto una modificación profunda de las técnicas y de las formas de producción. Es posible concebir nuevas relaciones de producción en un contexto marcado por una industria altamente desarrollada, por el progreso de la informática, etc., formas que no sean contrarias a la producción deseante, artística, onírica... Dicho de otro modo, la cuestión consiste en saber si se puede escapar a la oposición exduyente entre el valor de uso y el valor de cambio. La alternativa, que consiste en decir «rechacemos toda forma desarrollada de producción, volvamos a la naturaleza», no hace sino reproducir la brecha entre los distintos campos de la producción: la producción deseante y la producción social reconocida como útil.

La relación entre los individuos, los grupos y las clases es algo vinculado a la manipulación de los individuos por el sistema capitalista. Los individuos como tales son fabricados por él con el fin de satisfacer los imperativos de su modo de producción. La idea de que desde el primer momento existirían individuos y grupos de individuos que constituirían la base de la sociedad bajo la forma de

la familia, etc., es un producto de las necesidades del sistema capitalista. Todo cuanto se constituye alrededor del individuo como objeto privilegiado para el estudio de las ciencias humanas, no hace sino reproducir la escisión entre el individuo y el campo social. Siempre que se aborda una práctica social concreta, ya sea la palabra, la locura, o cualquier otra cosa que tenga algo que ver con los procesos del deseo real, se hace sin hablar de los individuos. La lingüística, por ejemplo, evita ocuparse de las funciones de integración y de coerción sociales de la lengua al contentarse con definir su objeto en términos de comunicación entre individuos. La lingüística comienza apenas a desembarazarse de la ideología burguesa con el estudio de los problemas que introducen la connotación, el contexto, lo implícito, etc., y todo aquello que el lenguaje efectúa fuera de las relaciones abstractas entre individuos; es el repliegue de las relaciones de producción capitalistas sobre el campo social del deseo lo que produce un flujo entre individuos decodificados como requisito para la captación de fuerza de trabajo.

¿Introdujeron los acontecimientos de Mayo del 68 una transformación virtual del movimiento revolucionario en Francia, en particular en torno a esta cuestión de la economía del deseo? ¡Lina fractura de ese tipo, si realmente tuvo lugar, tendría consecuencias sociales y políticas considerables! Todo lo que podemos decir es que desde el debilitamiento del estalinismo, desde que una parte importante de la juventud obrera y estudiantil se ha desvinculado de los modelos militares tradicionales, se ha producido, no una fractura importante, sino un conjunto de pequeños escapes del deseo, pequeñas rupturas en el sistema despótico que domina las organizaciones representativas.

La fractura que provocó en Francia el Mayo del 68 fue neutralizada al cabo de algunas semanas. Podríamos decir incluso al cabo de dos semanas. Ello no impide que tuviera consecuencias enormemente profundas que todavía dejan sentir sus repercusiones en diferentes ámbitos. Incluso si sus efectos no se manifiestan ya a

escala nacional, en todo el país, continúa ejerciendo su influencia como una forma de infiltración a distintos niveles. Ha nacido una nueva mirada, un nuevo enfoque de los problemas de la militancia. Antes del 68, habría sido inconcebible el mero hecho de considerar, por ejemplo, que las intervenciones en favor de los detenidos por delitos civiles pudieran tener un sentido político de cualquier clase; habría sido impensable concebir que los homosexuales pudieran manifestarse en las calles y defender su situación particular en relación con el deseo.

Los movimientos de liberación de las mujeres, la lucha contra la represión psiquiátrica, etc., han cambiado completamente su sentido y su forma de actuación. Los problemas se plantean, por lo tanto, de una manera distinta, pero sin que se haya producido realmente una transformación profunda. Esto se debe sin duda a la ausencia de una gran máquina de guerra revolucionaria. Hay que reconocer que un cierto número de representaciones dominantes continúa causando estragos en el interior de los propios grupos revolucionarios. Ya han comenzado a surgir algunas críticas contra la burocratización de los sindicatos: el principio de «delegación de poder» en la vanguardia del partido o el sistema de «cadena de transmisión» entre las masas y el partido se está poniendo en cuestión, pero los militantes continúan siendo prisioneros de muchos de los prejuicios de la moral burguesa y de actitudes represivas con respecto al deseo. Puede que eso explique el hecho de que el Mayo del 68 no produjera una contestación del psicoanálisis como sí sucedió con la psiquiatría.
El psicoanálisis ha conservado una cierta autoridad en la medida en que algunos de los prejuicios psicoanalíticos han sido adoptados por el movimiento.

La verdadera ruptura sólo podrá efectuarse en el momento en que empiecen a replantearse cuestiones tales como la buro- cratización de las organizaciones, la actitud represiva que los militantes adoptan respecto a sus mujeres y a sus hijos, su desconocimiento del problema del agotamiento, de la neurosis, del delirio —es frecuente

que se nieguen a escuchar a cualquiera que se haya «derrumbado», haciéndole a un lado, considerando que está «acabado», que ya no tiene lugar dentro de la organización, e incluso que se ha convertido en un elemento peligroso...—: sólo cuando tales cuestiones pasen, si no al centro de las preocupaciones políticas, al menos a ser consideradas como igual de importantes que cualquier otra cuestión organizativa, tanto como la necesidad de confrontar el poder de la burguesía, del patrón, de la policía... sólo entonces se producirá una auténtica ruptura. Hay que sostener la lucha contra nuestros propios líderes, contra nuestra propia policía interior. No se trata en absoluto, como piensan algunos maoístas, de un frente secundario, de una lucha irrelevante, marginal. Mientras se mantenga la dicotomía entre la lucha de clases y la lucha del deseo, continuarán produciéndose todo tipo de manipulaciones. Resulta significativo que, después de Mayo del 68, la mayor parte de los movimientos revolucionarios no haya comprendido la importancia de la fractura puesta de manifiesto por la lucha estudiantil. De pronto, los estudiantes, los jóvenes trabajadores han «olvidado» el respeto debido al conocimiento y al poder de los profesores, los capataces, los supervisores, etc. Han roto con una cierta forma de sumisión a los valores del pasado y han abierto una nueva vía. Pues bien, todo esto se ha achacado al espontaneísmo, es decir, a una forma de expresión transitoria que tendría que ser superada para alcanzar una fase «superior» que estaría dominada por el funcionamiento de organizaciones centralistas. El deseo ha surgido entre las masas; se le ha permitido instalarse, se ha esperado a que se calme, a que se discipline. No se ha comprendido que este nuevo tipo de revueltas será a partir de ahora inseparable de todas las luchas económicas y políticas del futuro.

Cuando se habla de marxismo y de freudismo, se piensa en un cierto tipo de aproximación a los textos de Freud y de Marx. Si se lo considera desde cierto punto de vista, el freudismo debería definirse como reaccionario en todos sus posicionamientos sociales, en todos

sus anáfisis con respecto a la relación entre el individuo y la familia, mientras que, por su lado, el marxismo sería en el mejor de los casos insuficiente para determinar las cuestiones relacionadas con el deseo. ¡Esto no significa que ya no haya nada que hacer con los textos de Freud y de Marx!

El problema consiste en saber cómo utilizarlos. Como en todo enunciado, hay dos tipos posibles de uso. Un uso que se sirve del texto como medio de identificación para esclarecer las conexiones sociales reales, el sucederse de las luchas, y un uso que tiende a replegarse, a reducir la realidad al texto.

A menudo persiste una actitud dogmática a la hora de precisar la relación entre el freudismo y el marxismo. Creo que no podremos escapar de este callejón sin salida hasta que no empecemos a expresarnos sin reparos acerca de la realidad de las luchas, pero de las luchas efectivas. ¡Mientras se mantenga una separación en compartimentos estancos entre la vida privada y la vida pública, no avanzaremos! Sea cual sea el tema sometido a discusión, ya se trate de la práctica del militante, de la práctica del médico o de una práctica familiar, conyugal, etc., plantéate cuáles son las prácticas inmediatas que están en juego ¿En qué consisten, si no es en hacer explícitas las afianzas políticas y las implicaciones de clase? De no ser así, entonces no hacemos más que refugiamos en los discursos.

En otra situación que no fuera la actual sería posible empezar a hablar de las relaciones entre la política del deseo y la política revolucionaria, ¡pero sólo a partir del momento en que empecemos a poner «las cartas sobre la mesa», como suele decirse, o incluso a «sacar los pies del tiesto»!

Durante los debates, hay quienes han enfatizado la idea de que, dentro de nuestro campo de acción, el dilema principal consistiría en elegir entre una política de la «alternativa psiquiátrica» reformista y una política psiquiátrica que ya fuera revolucionaria desde el comienzo. De esta manera, tendríamos dos bandos. En un extremo

podríamos colocar a Jervis[7], y puede que también a Valtouchi[8], en el otro, por ejemplo, el SPK[9].

No me parece que el problema sea tan simple. Si tenemos en cuenta las políticas del deseo, la lucha a la que nos enfrentamos no está circunscrita a un solo frente, a un único enfrentamiento entre la clase obrera y el capitalismo. Yo creo que ahora mismo está surgiendo una multitud de nuevos frentes a medida que la clase obrera y las organizaciones del movimiento obrero van dejándose contaminar por la subjetividad de la clase dominante. Ya no es suficiente con «dirigirse a los obreros» y citar a los clásicos para deshacerse de la influencia burguesa en el frente del deseo. En este sentido, no pueden asimilarse, como lo hace Jervis, los intereses objetivos de los trabajadores con su deseo. Los intereses de la clase obrera americana, por ejemplo, pueden ser objetivamente fascinantes desde la perspectiva de la política del deseo. La lucha sindical que defiende los intereses de los trabajadores, con toda la legitimidad que le corresponde, también puede ser perfectamente represiva respecto del deseo de una serie de grupos sociales, de minorías étnicas, sexuales, etc. Por ejemplo, creo que no hay que hacerse demasiadas ilusiones acerca de la posible alianza política entre la corriente psicoanalítica de vanguardia, que pretendía haberse desvinculado de la represión psiquiátrica, y las organizaciones actuales de la clase obrera. Los modelos represivos de los psicoanalistas son igual de virulentos que los de los militantes. No se sale del hospital psiquiátrico cuando se pasa a la clase obrera: se entra en otro tipo de hospital psiquiátrico. Yo mismo fui militante del Partido Comunista Francés durante más de diez años, ¡y puedo decir que también era una especie de hospital psiquiátrico! Creo que, para poder apreciar una posición revolucionaria real desde el punto de vista del deseo, es necesario no fiarse únicamente de las palabras, las declaraciones y

[7] Giovanni Jervis (1933-2009) fue un psiquiatra italiano próximo a las tesis de Basaglia (N. de los E.).
[8] No hemos podido identificar a la persona aludida (N. de los E.).
[9] Véase p. 280 de esta edición. (N. de los E.).

los textos.

Los textos teóricos del SPK, por ejemplo, son muy dogmáticos, y, a pesar de ello, la política del SPK ha sido verdaderamente revolucionaria. La práctica del SPK puede darnos una idea de lo que sería una verdadera política sectorial, considerada como política de masas y definida en función del desarrollo. El SPK no existía como partido constituido sobre la base de un programa que especificara lo que debía ser la lucha. Los objetivos y las técnicas de combate iban concretándose a medida que se desarrollaba esa lucha y se producían las catexis de deseos sucesivos. La política del SPK podría haber sido una política de «alternativa psiquiátrica»: no una alternativa de compromisos reformistas, sino una alternativa basada en una relación de fuerzas. En la actualidad, en el South Bronx, un barrio muy pobre de Nueva York, existen movimientos reivindicativos de negros y puertorriqueños que han organizado un servicio de desintoxicación en el Lincoln Hospital. El movimiento popular ha hecho suya la lucha contra la droga. Se trata también de una forma de política alternativa, puesto que sustituye al programa contra la droga del gobernador del estado. Los médicos ni siquiera llegan a entrar en las instalaciones, se quedan en la puerta y sólo se les convoca para pedirles consejo técnico. Ese servicio público tiene su propia policía, y, si el gobierno no lo cierra, si no lo prohíbe, si ha llegado incluso a subvencionarlo, es porque los militantes que lo componen están apoyados por el movimiento negro y puertorriqueño y por las «bandas» populares del barrio. Así, pues, en este caso ha resultado relativamente posible desarrollar una política alternativa, debido a que ésta se apoya en la lucha revolucionaria real. Y a la inversa, es muy posible que la idea de una politización de la psiquiatría sea una ilusión si, dentro de la acción política actual, la movilización sigue estando supeditada a concepciones represivas en el ámbito de la locura y el deseo.

¿Sería posible para el psicoanálisis convertirse en un movimiento progresista y devenir psicoanálisis popular? Hoy sigue estando

condicionado por la educación de casta que reciben los psicoanalistas. La esencia del psicoanálisis continúa siendo su didáctica, la iniciación a la casta de los psicoanalistas. Incluso cuando un psicoanalista «se dirige al pueblo», continúa formando parte de su casta; aunque no haga propaganda de su propia concepción de las relaciones entre el deseo y la sociedad, sigue reproduciendo *en la práctica* la misma política represiva. El problema no es, por lo tanto, que el psicoanalista tenga ideas más o menos falsas, sino que su práctica reproduce la esencia de la subjetividad burguesa. Un señor que permanece sentado escuchando lo que alguien le cuenta, pero que sistemáticamente toma distancia de aquello que se le dice, no necesita tratar de imponer sus ideas porque ya está generando una configuración de fuerzas que canaliza las catexis del deseo fuera del espacio social. Desde luego, esta posición no es en absoluto exclusiva del psicoanalista, simplemente está más acentuada en él que en otras profesiones que dirigen la sociedad. Podemos encontrarla también en el estrado del maestro, en el capataz detrás de su cristal, en el militar de carrera, en el policía, en el psicólogo con sus tests, en el psiquiatra del asilo, etc. ¡Es muy posible que todas estas personas individualmente sean buena gente! Puede que hagan todo lo que pueden para ayudar a la gente y, sin embargo, a pesar de su buena voluntad, cada uno de ellos contribuye de una forma u otra a aislar a los individuos, a aplastar su deseo. Es cierto que tratan de suavizar la represión: intentarán, por ejemplo, evitar que el niño se sienta perdido en clase y aterrorizado por su maestro usando los métodos de la pedagogía moderna. El psicoanálisis se esfuerza también por dulcificarse, y lo que consigue en realidad es hacerse más solapado. Vacía los enunciados que se le ofrecen de su substancia y los neutraliza, difundiendo una especie de droga subjetiva. Pero, ¿cómo reprochárselo? Si nos negamos a condenar la droga de los yonquis, ¿cómo vamos a condenar la adicción que empuja a las personas a recurrir al psicoanalista? Ésta no es la cuestión. Cada uno hace lo que puede en su ámbito, y cada

uno ejerce, en la medida de sus posibilidades, el rol de policía: como padre de familia, como falócrata en la pareja, como niño tiránico, etc. No ganamos nada con atacar y lanzar anatemas sobre las prácticas que desempeñan irnos u otros. El problema consiste en evitar que el movimiento obrero se deje contaminar por la ideología y los modos de subjetividad del poder burgués.

Tampoco resulta especialmente grave en sí que algunos se orienten hacia un «psicoanálisis para el pueblo». Lo que sí es grave, en cambio, es que la organización del movimiento obrero, los partidos, los sindicatos y los grupúsculos se comporten a su vez como maestros, como psicoanalistas y, a fin de cuentas, como policías. Las luchas reivindicativas no pueden resolver todos los problemas. La clase obrera es la primera víctima de las técnicas capitalistas consistentes en bombardear el deseo. Existe,un problema de angustia en la clase obrera, y este problema no puede arreglarse recurriendo a drogas de uno u otro tipo (el deporte, la tele, la adoración de los líderes, la mística del partido, etc.). La única forma de avanzar por este camino es que la organización del movimiento obrero asuma la cuestión de la liberación del deseo sin delegar en el psicoanalista, sin convertirse ella misma en psicoanalista, sin tener que acudir a los mismos procedimientos reduccionistas y alienantes.

El rasgo más general (que podría permitirnos reconocer el «método del Edipo») consiste en una cierta técnica de representación reduccionista. Cualquier situación puede ser reconducida a un sistema de representación aparentemente articulado sobre un modelo triangular. Digo «aparentemente» porque un sistema así funciona más bien sobre un modelo binario, y tiene incluso la tendencia constante a reducirse a un único término o a desaparecer en lo que yo llamo un efecto de «agujero negro».

En un principio había toda una serie de nociones ambiguas y ambivalentes que habrían permitido al freudismo funcionar de otra forma y no como un movimiento cerrado sobre sí mismo. Sin

embargo, sus descubrimientos más esenciales, todo lo que había contribuido a dar voz al deseo y que había suscitado el escándalo en su época, se han perdido. No voy a reconstruir aquí la historia de esta clausura, que, por otro lado, puede identificarse con la del propio psicoanálisis, incluida en las prolongaciones estructuralistas más recientes.

Tomemos, por ejemplo, el caso de su actitud hacia los procesos inconscientes. Al principio, el psicoanálisis había reconocido que éstos no son dialécticos, que no conocen ni la negación ni la negación de la negación. El inconsciente es todo positividad, es una máquina de flujos e intensidades que no pueden ser controladas o determinadas por los sistemas de representación que el mismo psicoanálisis ha proyectado sobre ellas. El psicoanálisis ha introducido la negatividad, la carencia, a través de la transferencia como forma de mediación. Las intensidades del sueño, por ejemplo, serán tratadas como una especie de materia prima. La técnica de la asociación y de la interpretación traducirá, reescribirá en términos de estructura profunda su expresión manifiesta. Atrapadas entre dos formas de estructuración —la del contenido manifiesto y la del contenido latente— las líneas de fuga del deseo serán interrumpidas, separadas de toda conexión posible con la realidad. El desciframiento psicoanalítico del sueño consiste en última instancia en volverlo coherente con las coordenadas sociales edípicas. Pongamos otro ejemplo, quizás más evidente: un niño amenaza a su hermano pequeño diciéndole: «¡Bautista, te voy a cortar la cabeza!»; ¿quién es ese yo implícito? ¿Quién es el sujeto del enunciado? ¿Qué tipo de evidencia nos conduce a atribuirlo a la realidad del niño? Podemos plantearle la misma pregunta a Bautista. Cuando este nombre de pila y este nombre propio son cristalizados, se vuelven atributivos, y entonces el enunciado comienza a responsabilizar al niño que lo profiere. A partir de ese momento se convierte en el asesino potencial de su hermano. Pero ¿es a su hermano como persona, en cuanto elemento de la constelación familiar, a quien se

dirige la amenaza? Sin duda, las intensidades deseantes llevan incorporados, inevitablemente, los sistemas de representación que están en vigor; pero ese tipo de encuentro hace posibles dos tipos de direcciones, dos políticas. La primera se servirá de ellos como si fueran máquinas de signos susceptibles de ser puestas al servicio de todo tipo de intensidades. El niño dice: «Voy a arrancarle la cabeza a mi hermano», e inmediatamente enlaza eso con otra cosa completamente distinta, por ejemplo, le gustaría salir con él de viaje a la luna. Así descubrimos que el odio a su hermano coexiste con el amor que le profesa.

En» realidad no puede decirse que hayamos hecho un gran «descubrimiento» con lo que acabamos de decir. El odio no «ocultaba» el amor. Simplemente, la nueva conexión ha producido un nuevo espacio de lo posible. El odio «maquinado» de otra forma ha producido el amor. El inconsciente no contenía nada que pudiera ser negado, nada de lo que podamos decir que provocase la ambivalencia del sujeto. No ha cambiado de parecer; ha pasado a ut ra cosa. Por lo tanto, es absurdo decir que el niño es polimorfo, perverso... Cortarle la cabeza a su muñeca o tener ganas de acariciar el vientre de su madre son cosas que no tienen que ver con los objetos completos de la lógica dominante. Ello no implica ninguna *responsabilidad* por parte del niño como tal. La actitud analítica represiva, que se apoya en representaciones normalizadas, toma sistemáticamente al sujeto al pie de la letra, cosifica sus enunciados. «¡Ha querido matar a su hermano, desea a su madre, es responsable, es incestuoso!». Todos los polos del agen- ciamiento, el niño, el hermano, la madre, cristalizarán entonces en el espacio de la representación. Si decimos al niño: «¡Le has cortado la cabeza a la muñeca, que nos había costado tan cara y que era un regalo para ti, y además lo has hecho a propósito!», le estamos forzando a entrar en el circuito de los valores económicos y, poco a poco, todos los objetos acabarán por referirse a las categorías de la realidad dominante, del orden dominante. Toda realidad se encuentra

entonces prisionera en el campo de los valores binarios, bien/mal, caro/barato, rico/pobre, útil/ inútil, etc.

Y, sin embargo, el inconsciente, a pesar de su rechazo de la negatividad y de todos los sistemas binarios que le son correlativos, a pesar de no conocer ni el amor ni el odio, ni la ley ni la prohibición, es conducido a investir a su manera el loco mundo de los valores dominantes. ¡Sortea como puede las dificultades! Se vuelve furtivo. Interpreta a los personajes del orden doméstico y encarna las representaciones de la ley como si fueran grotescas marionetas. Pero es evidente que hay que empezar por buscar la perversión intrínseca a ese sistema precisamente en ese mundo de las representaciones sociales. El psicoanálisis no ha escapado a esta perversión del mundo normal. Desde el principio, ha querido domar el deseo. El inconsciente le parecía algo bestial, peligroso. Las sucesivas formulaciones de Freud nunca se han distanciado de esa premisa. La energía libidinal debe ser convertida al sistema maniqueo de los valores dominantes, debe investir las representaciones normales. ¡No está permitido obtener placer haciéndose caca en la cama sin desencadenar una catexis culpabilizadora!

De este modo, hemos pasado de unas intensidades de naturaleza dispar a la catexis de los valores sociales punitivos que provocan el complejo de castración. De hecho, la crispación del psicoanálisis acerca del complejo edípico representa una especie de tentativa de salvaguarda contra esta pulsión de abolición del deseo que le conduce, a pesar suyo, hacia esta perversión binaria y maniquea. El esquema del Edipo se ha edificado como oposición al narcisismo, contra las identificaciones mortíferas. Se pensó que se trataba de una especie de destino de las pulsiones, pero la pulsión de muerte se constituye a partir del momento en que se abandona el terreno de las intensidades deseantes por el de la representación. El triángulo edípico es siempre un intento más o menos fallido de detener la caída en la pulsión de muerte. En realidad nunca funciona verdaderamente como un triángulo, ya que, de hecho, está amenazada desde todos los

lados por la muerte, la abolición semiótica, el colapso libidinal... En la escena del gran guiñol psicoanalítico todo acaba siempre muy mal. Entre el padre y el niño, existe la amenaza de la exterminación recíproca (simetría del fantasma de muerte edípico y de la fantasía de que «un niño es maltratado»[12]). Entre el padre y la madre, está la «escena primitiva» de la cópula, que el niño vive como un asesinato. Entre la madre y el niño es la inminencia del desfondamiento narcisista, del regreso al seno maternal, etc., ¡o sea, del suicidio!

En resumen, digamos que, a diferencia del psicoanálisis, la política esquizoanalítica nos llevaría a considerar que la pulsión de muerte no es una cosa en sí, que está vinculada a una cierta forma de plantear el problema del deseo dentro de un determinado tipo de sociedad. El deseo no conoce la muerte, no conoce la negación, y los dramas del gran guiñol familiar le resultan ridículos y risibles. Ya que la negación está vinculada a la posición de un sujeto, de un objeto y de un referente, el deseo como pura positividad intensiva rodea a los objetos y a los sujetos; es flujo e intensidad. En la medida en que un sujeto se encuentra unido a un sistema de representación, la libido individual cae en la dependencia de la máquina capitalista que la obliga a funcionar en términos de comunicación fundada sobre sistemas binarios. El campo social no está compuesto por objetos que ya existían antes que él. El individuo que se encuentra atrapado dentro de sistemas bipolares del tipo hombre/mujer, niño/adulto, genital/ pregenital, vida/muerte, etc., es ya el resultado de un repliegue edipizante del deseo sobre la representación. La enunciación individualizada del deseo significa condenar el deseo a la castración. Una idea por completo distinta sería la de un agencia- miento colectivo, una catexis colectiva de la libido sobre partes del cuerpo, sobre grupos/individuos, sobre constelaciones de objetos e intensidades, sobre máquinas de todas clases que harían salir al deseo de esta oscilación entre el triángulo

[12] Guattari se refiere aquí al ensayo de Freud *Ein Kind wird geschlagen* («Un niño es maltratado»), publicado en 1919 (N. del T.).

edípico y su colapso en la pulsión de muerte, para conectarlo con multiplicidades siempre mayores, cada vez más abiertas al campo social.

El fascismo es un tema clave a la hora de abordar la cuestión del deseo en el ámbito social. Además, ¿no merece la pena que aprovechemos para hablar de ello ahora que todavía podemos hacerlo libremente?

La propuesta de una micropolítica del deseo no consiste en establecer un puente entre el psicoanálisis y el marxismo en tanto que teorías completamente constituidas. No parece que algo así sea deseable, ni tampoco posible. Tampoco creo que un sistema de conceptos sea válido si funciona fuera de su contexto original, aislado de los agenciamientos de enunciación colectivos que lo han producido. Cuando hablo de deseo, no lo hago en el sentido del psicoanálisis clásico, ni tampoco en el de la teoría lacania- na. No es mi intención acuñar un concepto científico, sólo estoy tratando de montar un andamiaje teórico provisional que sirva para abordar el funcionamiento del deseo en el campo social. Creo que no es posible poner el placer y el goce en una misma frase junto con la revolución —no existe algo así como un «placer de la revolución» o un «goce de la revolución» o «de un deseo revolucionario»—. Me parece que esto está relacionado con el hecho de que el sentido que generalmente atribuimos al placer y al goce es inseparable de una cierta forma de individuación de la subjetividad hipersolitaria, que encuentra una especie de realización en el espacio del diván. Con la libido y el deseo las cosas funcionan de manera completamente distinta.

El deseo no está intrínsecamente vinculado a la individuación de la libido. Una máquina de deseo se encuentra con formas de individuación, es decir, de alienación. El deseo no es un deseo ideal, como tampoco lo es su represión. No hay deseo en sí ni deseo de represión en sí. El ideal de una «castración exitosa» forma parte de las peores mistificaciones reaccionarias. El

deseo y la represión funcionan en la sociedad real y reciben la marca de cada una de sus etapas históricas; por lo tanto, se trata de categorías generales que no pueden ser extrapoladas de una situación a otra.

Micro y macropolíticas del deseo

La distinción que me propongo establecer entre la micropolítica y la macropolítica del deseo debería servir para acabar con la pretendida universalidad de los modelos propuestos por los psicoanalistas, que les permiten protegerse de las contingencias políticas y sociales. Se dice que todo lo que concierne al psicoanálisis sucede a pequeña escala, dentro de la familia y en el terreno de lo personal, mientras que la política se ocupa de los grandes grupos sociales. Yo quisiera, por el contrario, demostrar que hay una política que se ocupa tanto del deseo del individuo como de ese otro deseo que se manifiesta dentro de un campo social más amplio. Esto sucede de dos formas: por un lado, una micro- política que se ocupa tanto de los problemas individuales como de los problemas sociales; por el otro, una macropolítica que se ocupa de los mismos asuntos (individuo, familia, problemas del partido, del Estado, etc.). El despotismo reinante en las relaciones conyugales y familiares procede del mismo tipo de agenciamiento libidinal que existe en el campo social. Y, a la inversa, tendría sentido abordar un cierto número de problemas sociales a gran escala, por ejemplo los relacionados con la burocracia y el fascismo, a la luz de una micropolítica del deseo. Así, el problema no consiste en tender puentes entre dominios ya definidos y separados entre sí, sino en establecer nuevas máquinas teóricas y prácticas capaces de borrar las estratificaciones anteriores para dejar establecidas las condiciones para nuevas formas de usar el deseo. No se trata, por lo tanto, sólo de describir objetos sociales preexistentes, sino también de intervenir activamente contra todas las máquinas del poder imperante, ya se trate del poder del Estado burgués, del poder de burocracias de todo tipo, del poder escolar, del poder familiar, del poder falocéntrico en la pareja, e incluso del poder represivo del

superyó sobre el individuo.

Tres maneras de abordar el problema del fascismo

De manera esquemática, podemos presentar tres formas de abordar estas cuestiones: la primera, sociológica, que llamaremos analítico-formalista; una segunda neomarxista, sintéti- co-dualista; y una tercera, analítico-política. La primera y la segunda mantienen la distinción entre pequeños y grandes grupos sociales, mientras que la tercera se esfuerza por superarla. El pensamiento *sociológico* analítico-formalista se propone extraer los *rasgos comunes* y separar las *especies'*, bien mediante un método de *analogías sensibles* —que trata de establecer pequeñas diferencias relativas, por ejemplo, distinguiendo entre las similitudes y los rasgos particulares que caracterizan los tres tipos de fascismo, italiano, alemán y español—, o bien por el método de las *homologias estructurales* —en cuyo caso, tratará de establecer las diferencias existentes entre el fascismo, el estalinismo y las democracias occidentales en términos absolutos—. Por un lado, se minimizan las diferencias para destacar un rasgo común, y, por el otro, se acentúan las diferencias para separar los estratos y dar lugar a especies.

El Edipo militante neomarxista

El *pensamiento sintético-dualista neomarxista* pretende superar dicho sistema evitando separar la descripción teórica de la práctica social militante. No obstante, esta práctica se ve con frecuencia limitada por una modalidad distinta de segmentación: el corte entre la realidad del deseo de las masas y las instancias que supuestamente deben representarlas. El pensamiento sociológico actúa mediante la cosificación de los objetos sociales, desentendiéndose del deseo y de la creatividad de las masas; el pensamiento militante marxista no adolece de esta forma de ceguera, pero se instituye a sí mismo como sistema colectivo de representación del deseo

de las masas. No reconoce la existencia de un deseo revolucionario sino en la medida en que consigue imponerle la mediación práctica del partido, que es considerado como su expresión última. También queda instaurado todo un juego de engranajes que pone en relación la teoría, la dirección del partido y los militantes, de tal modo que las innumerables diferencias que atraviesan el deseo de las masas se encuentran «masificadas», reconducidas a formulaciones estandarizadas que pretenden justificarse como necesarias en nombre de la cohesión de la clase obrera y de la unidad del partido. Hemos pasado de la impotencia de un sistema de representación mental a la impotencia de un sistema de representatividad social. De hecho, no es casual que esta forma de pensamiento y de acción neomarxista haya sido paralizada por las prácticas burocráticas; esto se debe a que nunca llegó a desvincular realmente su pseu- dodialéctica de un dualismo impenitente entre la representación y la realidad, entre la casta de los representantes del orden y las masas que pretenden alfabetizar y catequizar. Este dualismo reduccionista de los neomarxistas se encuentra en todas partes; contaminando su concepción esquemática de la oposición entre el campo y la ciudad, sus afianzas internacionales, su política en tiempos de paz o de guerra, etc. Esta visión bipolar sistemáticamente aplicada sobre cualquier problema tiende a girar en torno a un tercer elemento, pero sin llegar por ello a constituir ningún tipo de «síntesis dialéctica». Lo que este objeto pone enjuego es, esencialmente, el poder, y antes que nada, el poder del Estado y el poder del partido que se propone tomar el control. Todo debe cobrar sentido gracias a este tercer objeto trascendente, sin importar a qué tipo de lucha parcial se refiera, incluso cuando la realidad histórica pone de manifiesto lo que es, a saber: un señuelo, igual que el elemento fálico en la relación triangular edípica. Podría decirse incluso que este dualismo, así como el objeto trascendente por él instaurado, constituye el núcleo del Edipo militante que el análisis político debe afrontar.

Una micropolítica del deseo

Un análisis político que se pretenda inseparable de una política del análisis tendría que romper con la división tradicional entre los grandes grupos sociales y los problemas individuales, familiares, escolares, profesionales, etc. Ya no sería cuestión, para este análisis, de reducir automáticamente toda problemática que surja en situaciones concretas a una simple alternativa de clases o de campos, ni de buscar todas las respuestas en las acciones de un partido revolucionario único, que sería el principal depositario de la verdad teórica y práctica. Una micropolítica del deseo abandonaría la pretensión de *representar* a las masas y de *interpretar* sus luchas. Esto no significa que vaya a condenar *a priori* toda decisión de partido, toda línea de pensamiento, todo programa, incluso si se trata de una forma de centralismo. Pero sí se esforzará por situar y relativizar sus acciones en función de una práctica analítica que se oponga punto por punto a las costumbres represivas, a la burocratización y al maniqueísmo moralizador que contaminan actualmente los movimientos revolucionarios. Dejaría entonces de sustentarse en un objeto trascendente para ganar estabilidad, evitando centrarse en un único punto, el poder del Estado —y en la construcción de un partido representativo capaz de apropiarse del lugar de las masas y ocupar su espacio —. Por el contrario, comenzaría a encarnar una cantidad de objetivos al alcance de los grupos más diversos. Sólo a partir de la acumulación de luchas parciales —aunque el término resulta equívoco, puesto que no son parte de un todo ya constituido —podrían desencadenarse luchas colectivas de gran envergadura.

Una multiplicidad de deseos moleculares

La idea de una micropolítica del deseo implica, por tanto, poner en cuestión de forma radical los movimientos de masas que se deciden de forma centralizada y que movilizan en serie a los individuos. Lo más importante es que van a conectarse una multiplicidad de deseos moleculares, una

conexión que puede implicar efectos de tipo «bola de nieve» y demostraciones de fuerza a gran escala. Eso es lo que pasó cuando comenzó del movimiento de Mayo del 68: la manifestación local y singular del deseo de pequeños grupos se puso en sintonía con una multiplicidad de deseos reprimidos, aislados los unos de los otros, oprimidos por las formas de expresión y de representación dominantes. En una situación como ésta ya no estamos ante una *unidad* ideal que representa y mediatiza intereses *múltiples,* sino ante una *multiplicidad equivoca* de deseos que en el proceso genera sus propios sistemas de localización y control. Esta multiplicidad de máquinas deseantes no está compuesta por sistemas estandarizados y ordenados que puedan ser disciplinados y jerarquizados en función de un único objetivo. Por el contrario, se encuentra estratificada a partir de grupos sociales diferentes, de clasificaciones en función de la edad, el sexo, el origen geográfico, la cualificadón profesional, las prácticas sexuales, etc. No produce una unidad totalizadora. Es la univocidad del deseo de las masas, y no su agolpamiento en torno a objetivos estandarizados, lo que fundamenta la unidad de su lucha. La unificación aquí ya no es más el antagonista de la multiplicidad de deseos, como sí lo era cuando eran «tratadas» por la máquina totalitaria-totalizante de un partido representativo.

La palabra fuera de lugar

Desde esta perspectiva, la expresión teórica no se interpone entre el objeto social y la praxis. El objeto social se encuentra en condiciones de tomar la palabra sin tener que recurrir a instancias de representación para poder expresarse. Así, la coincidencia entre la lucha política y el análisis del deseo implica que el «movimiento» se encuentre en todo momento dispuesto a escuchar a cualquiera que se exprese desde la posición del deseo, incluso, y sobre todo, si lo que dice esa persona parece «fuera de lugar». En la familia se reprime al niño que habla «fuera de lugar», y eso se repite en la escuela, en el regimiento, én la oficina, en el sindicato y en la cúpula del

partido. Se exige siempre a los sujetos que no se desvíen del tema y que sigan «el hilo». Sin embargo, el deseo, por su misma naturaleza, tiende siempre a salirse de la cuestión y a desviarse. Un agenciamiento colectivo de la enunciación dirá algo sobre el deseo sin referirlo a una individuación subjetiva, sin encuadrarlo dentro de un tópico preestablecido, ni tampoco sobre significados previamente codificados. En estas condiciones, el análisis no podría ser instaurado «después» de haberse establecido los términos y las relaciones de fuerza, o «después» de que el *socius* cristalice en diversas instancias aisladas las unas de las otras, ya que éste participa de dicha cristalización. El análisis deviene de forma inmediata algo político. «Cómo hacer cosas con palabras»[10]: la división del trabajo entre los especialistas del decir y los especialistas del hacer se vuelve cada vez más borrosa.

Los agenciamientos colectivos de la enunciación

Los agenciamientos colectivos de la enunciación producen sus propios medios de expresión, ya se trate de una lengua especial, de un argot o del regreso a una lengua antigua. Para ellos no hay ninguna diferencia entre trabajar con flujos semióticos, con flujos materiales o con flujos sociales. Ya no estamos frente a un sujeto, un objeto, y, en tercer lugar, un medio de expresión; ya no tenemos una tripartición entre el ámbito de la realidad, el de la representación o representatividad, y el de la subjetividad. Lo que tenemos es un agenciamiento colectivo, que es a la vez sujeto, objeto y expresión. El individuo ya no es el garante universal de las formas de significación dominantes. Aquí todo puede formar parte de la enunciación, desde individuos hasta zonas del cuerpo, trayectorias semióticas o máquinas conectadas a todos los horizontes posibles. El agenciamiento

[10] Guattari hace referencia aquí al famoso libro de J. L. Austin sobre lingüística y performati- vidad *Howtodo thingswithwords*, Oxford University Press, 1975. Trad. cast.: *Cómo hacer cosas con palabras: palabras y acciones*, Barcelona, Paidós, 2014 (N. del T).

colectivo de la enunciación reúne, por tanto, los flujos semióticos, materiales y sociales, al margen de que éstos puedan también ser reintegrados dentro de un corpus teórico. ¿Cómo es posible una transición semejante? ¿Se trata acaso de una vuelta a las utopías anarquistas? ¿No es una ilusión querer devolverles la palabra a las masas en una sociedad industrial altamente estratificada? ¿Cómo podría un objeto social —un grupo-sujeto— sustituir al sistema de la representación y a las ideologías? A medida que avanza mi argumentación, va imponiéndose una paradoja: ¿es concebible hablar de estas cosas, de agenciamientos colectivos de la enunciación, sentado en una silla, escribiendo un texto? Todo lo que estoy diciendo nos lleva, en efecto, a concluir que el auténtico análisis político no podría llevarse a cabo mediante una enunciación individual, ¡sobre todo si resulta ser el acto de alguien ajeno a la lengua y a los problemas de sus lectores! Un enunciado individual no tiene repercusión si no es en la medida en que puede coincidir con los agendamientos colectivos que ya están funcionando de manera efectiva y se encuentran realmente implicados en las luchas sociales. De otra forma ¿a quién estaríamos dirigiéndonos? ¿A una especie de interlocutor universal? *¿A* alguien que ya conoce los códigos, los significados y todas sus posibles combinadones? La enundación individual es prisionera de las formas de significación dominantes. ¡Únicamente un grupo-sujeto puede trabajar con los flujos semióticos, romper con los significados, abrir el lenguaje a otros deseos y forjar otras realidades!

El análisis micropolítico del fascismo

Pero volvamos a la cuestión del fascismo y sus relaciones con el estalinismo y las «democracias» de tipo ocddental. Lejos de querer establecer comparaciones reducdonistas, lo que pretendo es, por el contrario, complejizar los modelos en la medida en que cada uno de nosotros está implicado en cada proceso analizado. El análisis no es aquí gratuito, puesto que afecta tanto al presente como al pasado.

Hay fascismos de todo tipo, muchas clases de estalinismo y muchas clases de democracias burguesas. Cada uno de estos tres conjuntos se divide a su vez en numerosos subconjuntos desde que comenzamos a considerar la naturaleza de componentes como la máquina industrial, la máquina bancada, la máquina militar, la máquina político-policial, las tecno-estructuras estatales, la Iglesia, etc. Lo importante es poner al día los componentes que han «hecho funcionar» tal o cual fórmula de poder. Los sistemas totalitarios contemporáneos han inventado unos cuantos prototipos de partido policial; para estudiar el partido policial nazi, por ejemplo, deberíamos compararlo con el partido policial estalinista. En efecto, es probable que estén más próximos entre sí de lo que pudieran estarlo los otros componentes estatales correspondientes a cada uno de esos sistemas. Sería interesante señalar las distintas clases de máquinas de deseo que forman parte del conjunto; entonces nos daríamos cuenta de que no es suficiente con mirar las cosas desde la distancia.

Molecularizar los objetos de análisis

De hecho, el análisis sólo puede progresar con la condición de seguir avanzando hacia la molecularización de su objeto, lo que permitiría examinar de cerca su función en el seno de los grandes grupos sociales. No hay un partido nazi, ya que no solamente el partido nazi ha evolucionado, sino que, en cada periodo, su función ha ido cambiando para adaptarse al campo que estaba sometido a su intervención en un determinado momento. La máquina SS de Himmler no era la misma que la de las SA, y ambas, a su vez, son distintas de organizaciones de masas como las concebidas por los hermanos Strasser[11]. En el corazón mismo de la máquina SS pueden encontrarse ciertos aspectos de inspiración cuasi religiosa —recordemos que Himmler deseaba que las SS tuvieran una organización similar a la de los jesuitas— coexistiendo con prácticas francamente sádicas, como en el

[11] Gregor y Otto Strasser eran partidarios del ala «socialista» del partido nazi (N. de los E.).

caso de Heydrich[12]. No se trata aquí de una investigación ociosa, sino de negarse a asumir simplificaciones que nos impedirían comprender la *genealogía* y la *permanencia* de ciertas maquinarias fascistas. La Inquisición puso en marcha una especie de máquina fascista que no llegaría a realizarse plenamente hasta mucho tiempo después. Este tipo de análisis de los componentes moleculares del fascismo podría afectar a dominios muy diversos, tanto a escala macropolítica como a escala micropolítica. También debería hacer que nos demos cuenta de la manera en que el mismo fascismo continúa funcionando hoy en día bajo distintas apariencias en la familia, en el colegio o en los sindicatos.

La maquina totalitaria

Hay numerosas maneras de abordar la cuestión del deseo en el campo social. Podemos simplemente ignorar el problema, o bien reducirlo a opciones políticas simplistas. También podemos tratar de identificar las mutaciones, los desplazamientos y las nuevas posibilidades que despejan el camino para la acción revolucionaria. Tanto el estalinismo como el fascismo han sido considerados durante mucho tiempo como fenómenos cuya descripción difería de forma radical, mientras que las distintas formas de fascismo se clasificaban bajo una misma rúbrica. Sin embargo, puede que las diferencias entre fascismos sean mucho mayores que entre ciertos aspectos del estalinismo y ciertos aspectos del nazismo. No hay necesidad de recurrir a comparaciones forzadas ni a postular amalgamas como hace Hannah Arendt en su denuncia de Jean-Pierre Faye[16], para reconocer la continuidad de un mismo maqumismo totalitario abriéndose camino a través de *todas* las *estructuras* fascistas estalinistas, demócratas burguesas, etc. Sin necesidad de remontarnos al Bajo Imperio de Diocleciano y Constantino, podemos identificar, en la época capitalista, la existencia de una relación de parentesco que va desde la represión de los

[16] Véase Jean-Pierre Faye, *Lacritiquedu langageet son économie,* París, Galilée, 1975. Trad. cast.: *La crítica dél*

[12] Reinhard Heydrich fue el brazo derecho de Himmler durante las masacres nazis y creador de los siniestros Einsatzgruppen (N. de los E.).

lenguaje y su economía, Madrid, Alberto Corazón, 1975 (N. del A.).

comuneros en 1871 hasta sus formas más actuales. De este modo, los distintos sistemas totalitarios han puesto en marcha diferentes fórmulas para captar el deseo de las masas, en función de la transformación de las fuerzas productivas y de las relaciones de producción. Deberíamos esforzarnos por despejar la *composición maquínica* —que sería como una especie de compuesto químico, en el sentido de una química social del deseo que no sólo atraviesa la Historia, sino también el espacio social en su conjunto—.

La transversalidad histórica de las máquinas de deseo sobre las que se apoyan los sistemas totalitarios es inseparable de su transversalidad social. No podemos considerar el análisis del fascismo simplemente como la especialidad de un historiador, puesto que, como ya he dicho, lo que se puso en marcha ayer continúa proliferando en la actualidad, bajo otras formas, en el conjunto del espacio social. Las estructuras del Estado son modeladas por esta química totalitaria, así como las estructuras políticas y sindicales, las estructuras institucionales y familiares; incluso las estructuras individuales se verían afectadas, siempre que aceptemos la existencia de una especie de fascismo del su- peryó en la culpabilidad y en la neurosis, a la que nos hemos referido antes.

Los montajes maquínicos infrahumanos del capitalismo

La evolución en la división social del trabajo condujo a la formación de conglomerados productivos cada vez más gigantescos. Pero ese gigantismo de la producción ha provocado una mo- lecularización creciente de los elementos humanos implicados en los agenciamientos maquínicos de la industria, la economía, la formación, la información, etc. No se trata nunca solamente del hombre que trabaja sino de un agenciamiento de órganos y máquinas; y lo mismo puede decirse del deseo. El hombre ya no se comunica directamente con sus semejantes: los órganos y las funciones participan en un «montaje» maquínico que aglutina los eslabones semióticos con todo un entrecruzamiento de flujos materiales y sociales

(por ejemplo, en la acción del conductor, los ojos leen la carretera prácticamente de forma inconsciente, la mano y el pie están integrados con los engranajes de la máquina, etc.). Las fuerzas productivas, que antaño hicieran saltar las territorialidades humanas tradicionales, están hoy, en contrapartida, listas para liberar la energía «molecular» del deseo. Todavía no podemos apreciar la profunda transformación que conllevará esta revolución maquínico-semiótica; revolución que es, sin embargo, manifiestamente irreversible. Además, es el motor que lleva a los sistemas totalitarios y socialistas burocráticos a perfeccionar y miniaturizar sin descanso sus sistemas represivos. Desde mi punto de vista, determinar la composición maquínico-semiótica de las distintas formaciones de poder constituye una condición esencial de la lucha micropolítica del deseo, independientemente del terreno en el que tenga lugar. Sin ese tipo de análisis estaríamos siempre oscilando entre una posición de apertura revolucionaria y una posición de cerrazón totalitaria. El análisis molecular es la expresión de un agenda- miento de fuerzas moleculares en el que se combinan la teoría y la práctica. Por lo tanto no se trata, como se nos ha reprochado, de interpretar la historia a partir de pequeños detalles, o de decir, como Pascal, que si la nariz de Cleopatra hubiera sido más larga hubiera cambiado el curso de la historia. Lo esencial es no pasar por alto el impacto del maqumismo totalitario que sigue evolucionando, adaptándose a las relaciones de fuerza en función de las transformaciones sociales. Puede que la función que desempeñó Hitler, en cuanto individuo investido de un cierto tipo de competencia, fuera insignificante y, sin embargo, esa misma función resultó ser fundamental y sigue siéndolo hoy en día, ya que cristalizó en la forma de una nueva figura de esta máquina totalitaria. ¡Hitler sigue vivo! Se pasea por los sueños, los delirios, las películas, ¡está en las torturas policiales y en las bandas de jóvenes que veneran los iconos del nazismo sin saber nada de él!

Las cristalizaciones fascistas

Detengámonos un instante en una cuestión histórica que continúa influyendo de forma subterránea en los mayores debates de la política actual. ¿Por qué el capitalismo alemán, tras la desbandada de 1918 y la crisis de 1929, no se conformó con el apoyo de una simple dictadura militar? ¿Por qué Hitler y no el general Von Schleicher? Daniel Guérin nos dice a propósito de esto que el gran Capital se niega a «renunciar a esta forma incomparable e irremplazable de penetrar en cada uno de los nichos de la sociedad que son las organizaciones fascistas de masas[17]. En efecto, una dictadura militar no habría sido capaz de encuadrar a las masas con la misma eficacia que un partido organizado sobre el modelo policial. Una dictadura militar no capta la energía libidinal de la misma forma que una dictadura fascista, incluso si algunos de sus resultados pueden parecer idénticos, incluso si ambas conducen al mismo tipo de métodos represivos, las mismas torturas, los mismos campos, etc. En la persona de Hitler confluyeron por lo menos cuatro series libidinales, lo cual hizo cuajar la mutación de un nuevo maqumismo deseante en las masas. Estas cuatro series se basan en:

• un cierto estilo de hablar a la plebe que le permite apoyarse en las masas más o menos conformadas por las máquinas so- cial-demócratas y bolcheviques;

[17]Daniel Guérin, *Fascismeet Grand Capital,* París, Gallimard, 1945. Trad. cast.: *Fascismo y gran capital,* Madrid, Fundamentos, 1973 (N. del A.).

• un cierto estilo veterano, simbolizado en la guerra de 1914 por la Cruz de Hierro, que permitiría neutralizar a los elementos del Estado Mayor militar, en caso de que no fuera posible ganar su apoyo incondicional;

• un oportunismo de tendero, una versatilidad y una apatía que le permitía negociar con los magnates de la industria y las finanzas, haciéndoles creer que podrían controlarlo y manipularlo fácilmente;

• por .último, y puede que esto sea lo más importante, un delirio racista, una loca energía paranoica que le permitió sintonizar con la pulsión de muerte colectiva que saldría a la luz en las carnicerías de la Primera Guerra Mundial.

¡Por supuesto que esta descripción sigue siendo demasiado

esquemática! ¡Pero el punto que yo querría enfatizar, lo que no podría dejar de señalar aquí, es que el hecho de que las condiciones locales de la «irresistible ascensión» del *Führer,* la cristalización maquínica y singular del deseo que se operó en Hitler, alcanzaron unas dimensiones tales que no pueden ser pasadas por alto! ,

Permanencia del fascismo

Lo que está enjuego en este nivel no es, lo repetimos, un problema histórico, biográfico o psicoanalítico puramente especulativo, sino toda una micropolítica. La micropolítica que produjo a Hitler afecta también a los movimientos políticos y sindicales de la actualidad; nos concierne aquí y ahora, desde el seno de los grupúsculos de la vida familiar, escolar, etc., en la medida en que nuevas formas de micro-cristalización fascistas van tomando el relevo de las antiguas a partir de un *phylum*[18] o tronco común,

[18]Deleuze y Guattari definen el *phylum* como «un conjunto de singularidades, prolongables por operaciones, que convergen en uno o varios rasgos de expresión asignables». Así, por el del maqumismo totalitario. Con la excusa de que el papel del individuo en la historia es insignificante, se nos sugiere que permanezcamos de brazos cruzados ante los aspavientos histéricos y las manipulaciones paranoicas de tiranos locales y burócratas de todo pelaje. La función de una micropolítica del deseo consiste en oponerse a esta abulia y negarse a dejar pasar cualquier fórmula fascista, sin importar la escala a la que se manifieste. El cine y la televisión quieren hacernos creer que el nazismo no habría sido, en el fondo, otra cosa que un mal trago, una especie de error histórico, o incluso la oportunidad para dedicarles a los héroes una hermosa página de la historia. ¿No es acaso conmovedor ver comparecer juntas las insignias del capitalismo y del socialismo? Quieren hacernos creer en la existencia de un antagonismo real entre el eje fascista y los aliados, cuando, de hecho, lo que entonces se estaba discutiendo era la *selección* de un buen modelo. La fórmula fascista se presentó mal, por lo que fue necesario suprimirla para encontrar una mejor. Radek definió el nazismo como algo exterior a la burguesía; él lo comparaba con una serie de anillos de hierro con los que la burguesía trataba de reforzar «el barril desfondado del capitalismo». Pero esa imagen todavía resulta demasiado tranquilizadora. El fascismo fue un fenómeno exterior a la burguesía, pero sólo en parte. Y ésta no se decidió a repudiarlo hasta que se hubo convencido de que constituía un peligro; ya que, en razón de su inestabilidad y del deseo demasiado fuerte que incitaba en las masas, el fascismo amenazaba con hacer estallar los regímenes de la democracia

burguesa desde el interior.

ejemplo, se puede decir que la música funciona como un *phylum* de elementos, que van desde los dispositivos maquínicos y los distintos niveles que componen los sonidos, hasta la posición que asume el que los produce y el lugar desde el que los percibe el receptor, que se encuentran en constante tensión y por lo tanto modificándose continuamente. (N. de los E.).

La selección de las máquinas totalitarias

El «remedio» aceptado durante la fase paroxística de la crisis demostró inmediatamente ser más peligroso que el propio mal que debía combatir. No obstante, el capitalismo internacional sólo se planteó eliminarlo después de haber experimentado con otras fórmulas totalitarias para dominar el deseo de las masas. La alianza con el estalinismo se hizo posible en el mismo momento en que se produjo un acuerdo para alcanzar una fórmula de sustitución de ese tipo. La dictadura estalinista presentaba innumerables ventajas sobre la dictadura hitleriana. Claro que los regímenes fascistas no se ocupaban de estos problemas con el rigor necesario. La misión imposible que se confió a sus líderes consistía en:

1) establecer un compromiso entre diferentes formaciones de poder que persistían en mantener su autonomía: la máquina militar, las facciones político-policiales, el aparato económico, etc.[13];

2) reprimir y canalizar la efervescencia revolucionaria, siempre susceptible de renacer en el contexto apocalíptico propio de la época. Al haber liquidado una a una a todas las antiguas clases políticas, las nacionalidades colonizadas más turbulentas, los viejos bolcheviques, los jóvenes burócratas, etc., la máquina estalinista debía ir mucho más lejos en su puesta a punto del modelo represivo que la máquina nazi. Los nazis exterminaron a millones de judíos y cientos de miles de militantes de izquierda. Estos exterminios tenían algo de sacrificial, en tanto que se dirigían a grupos considerados como externos a la raza, en su búsqueda de

[13] Es inútil repetir que estamos simplificando las cosas en exceso, no hubo, por ejemplo, una actitud homogénea por parte de los capitalistas. Krupp, al principio hostil a Hitler, acabó aliándose con él a lo largo de su carrera política (N. del A.).

un chivo expiatorio. No puede decirse que los nazis se ensañaran sistemáticamente con los dirigentes de la burguesía alemana. El método estalinista era completamente distinto. La fuerza de la burocratización soviética consistió con toda probabilidad en haber conseguido extender el terror a todas partes, comenzando por el seno de la propia organización, y con un éxito mucho mayor del alcanzado por las SS en circunstancias similares. Sea como fuere, la alianza entre las democracias occidentales y el totalitarismo estalinista nunca tuvo por objetivo «salvar la democracia». Se trataba ante todo de eliminar una máquina enloquecida que amenazaba las bases de su propio sistema de dominación.

Durante todo este periodo, una especie de crisis del fin del mundo se apoderó del planeta. Fue como si todos los antiguos mecanismos reguladores socialdemócratas, sindicales, etc., a partir de los cuales se había conseguido mantener el antiguo equilibrio se hubieran revelado insuficientes. No debemos olvidar que las organizaciones de izquierdas habían sido previamente eliminadas en Italia y en Alemania. Pero, ¿por qué se desplomaron como castillos de naipes? Nunca habían representado para las masas una verdadera alternativa, en todo caso no consiguieron captar su voluntad de lucha y la energía de su deseo, o al menos desviarlas de la religión fascista (los análisis de Reich sobre este punto me parecen definitivos). A menudo se ha puesto de manifiesto que los regímenes fascistas, en sus inicios, aportaron un mínimo de soluciones económicas a los problemas más urgentes (reactivación artificial de la economía, reabsorción del paro, programa de remodelación urbana, control de capitales) oponiendo estas medidas, por ejemplo, a la incapacidad de los gobiernos socialdemócratas de la República de Weimar. Se aceptan explicaciones como que los socialistas y los comunistas tenían un mal programa, malos dirigentes, una mala organización, malas alianzas. La enumeración de sus carencias y traiciones es interminable. Pero no hay nada en estas explicaciones que pueda dar cuenta del hecho de que la nueva máquina deseante totalitaria pudiera cristalizar en las masas hasta el punto de ser percibida por el capitalismo internacional como algo más peligroso incluso que la dictadura surgida de la Revolución de Octubre. Lo que la

gente se niega a ver es que la máquina fascista, bajo su forma italiana y alemana, amenazaba al capitalismo y al estalinismo porque las masas la investían con una fantástica pulsión de muerte colectiva. Al reterritorializar su deseo en la figura de un jefe, un pueblo, una raza, las masas se sirvieron del fantasma de la catástrofe para abolir una realidad que detestaban y que los revolucionarios no supieron o no quisieron transformar. La virilidad, la sangre, el espacio vital o la muerte sustituían para ellas al socialismo, demasiado respetuoso con los valores dominantes. Y ello a despecho de la mala fe intrínseca del fascismo, de sus falsas provocaciones llevadas hasta el absurdo, de todo ese teatro de histeria colectiva y de debilidad, que terminaba reconduciéndolas a esos mismos valores. A fin de cuentas, este desvío debía ser mucho mayor, y la mistificación y la seducción mucho más intensas en el fascismo que en el estalinismo. Toda la simbología del fascismo nos conduce a una representación híbrida de amor y muerte, donde Eros y Tánatos forman un solo ser. Hitler y los nazis lucharon por la muerte, incluso por la muerte de Alemania. Y las masas alemanas aceptaron seguirlos hasta su propia destrucción. De otro modo, sería difícil comprender cómo pudieron continuar con la guerra muchos años después de que hubiese quedado claro que iban a perderla. Al lado de este fenómeno, la máquina estalinista parece mucho más astuta, sobre todo vista desde fuera. No era menos implacable, pero sí mucho más estable. Tampoco hay de qué asombrarse si los capitalismos inglés y alemán no demostraron demasiados escrúpulos a la hora de aliarse con ella. Después del fin de la Tercera Internacional, se presentó como una forma de recambio para mantener controladas a las masas. ¿Y quién mejor que la policía estalinista y sus agentes para controlar los movimientos de los elementos más turbulentos de la clase obrera, de las masas coloniales y de las minorías nacionales oprimidas’

Máquinas totalitarias capitalistas

A diferencia del fascismo, las máquinas totalitarias capitalistas, que

también captan la energía del deseo de los trabajadores, se esfuerzan por dividirlos, particularizarlos y molecularizarlos. Se infiltran en sus filas, en sus familias, en sus parejas, en su infancia; llegan incluso a instalarse en el corazón de su subjetividad y de su visión del mundo. El capitalismo tiene miedo de los grandes movimientos multitudinarios. *Trata de apoyarse en sistemas automáticos de regulación.* Ésa es la función a la que se consagran el Estado y los mecanismos contractuales entre «interlocutores sociales». Cada vez que un conflicto desborda los límites establecidos, el capitalismo trata de reducirlo a guerras económicas o conflictos locales. Desde ese punto de vista, hay que reconocer que la máquina totalitaria estalinista ha sido ampliamente superada por la del totalitarismo occidental. Aquello que constituía la cualidad principal del estado estalinista en comparación con el estado nazi se ha convertido en su mayor defecto en relación con los estados «democráticos». El estado estalinista tenía la ventaja de una mayor estabilidad: al no estar el partido situado en el mismo nivel que la máquina militar, la máquina policial y la máquina económica, sobrecodificaba las máquinas del poder y sometía a las masas a su cuadrícula de forma implacable. Además, consiguió atar en corto a la vanguardia del proletariado internacional. El fracaso del estalinismo clásico —que es sin duda uno de los rasgos más llamativos del periodo actual— se debe con toda probabilidad al hecho de que no haya sabido adaptarse a la evolución de las fuerzas productivas y, en particular, a lo que he dado en llamar molecularización de la fuerza de trabajo. Todo ello se tradujo en una serie de crisis económicas y políticas en el seno de la Unión Soviética, de traspasos sucesivos de poder en detrimento del partido que restituyeron a las máquinas del Estado, la producción, el ejército, las regiones, etc.; una autonomía *defacto*, relativa, pero no por ello menos fundamental. Las cuestiones nacionales y regionales, los particularismos, han adquirido un peso determinante en todas partes. Esto hizo posible, entre otras cosas, que los países del bloque soviético recobraran una cierta libertad de acción, y que los países capitalistas recuperasen e integraran parcialmente sus partidos comunistas locales. ¡Desde esa visión, la herencia de Stalin se ha

perdido por completo! Cierto que el estabilismo sobrevive en un cierto número de partidos y sindicatos, pero ahora funciona sobre todo según el antiguo modelo socialdemócrata, por lo que las luchas revolucionarias autónomas y las luchas del deseo, como las del Mayo del 68 o de Lip[20] suelen pasarle desapercibidas.

Desterritorialización de la producción y molecularización del fascismo

¿Qué es lo que permite el paso de las grandes entidades fascistas clásicas hacia la molecularización del fascismo a la que asistimos hoy en día? ¿Qué consecuencias entraña la desterritorialización de las relaciones humanas, qué es lo que les hace perder su arraigo dentro de los grupos territoriales y famüiares, del cuerpo, de los grupos de edad, etc.? ¿Qué es esta desterritorialización, que, a su vez, engendra un microfascismo en alza? No se trata de una simple cuestión de orientación ideológica o estratégica por parte del capitahsmo, sino de un proceso material fundamental:

[20] Los dos «casos Lip» (1937 y 1976) fueron movimientos sociales importantes que tuvieron lugar en esta fábrica de relojes y que tuvieron repercusión a nivel nacional (N. de los E.).

las sociedades industriales se encuentran en condiciones de liberar flujos de deseo cada vez mayores porque funcionan a partir de máquinas semióticas que decodifican cada vez con mayor efectividad todos los tipos de realidad, y también porque las máquinas técnicas y los sistemas económicos están cada vez más desterritorializados. O, más exactamente, estas formas de represión son conducidas a un estado molecular debido a que su propio modo de producción está obligado a operar dicha liberación. Ya no basta con la simple represión masiva. El capitalismo tiene que construir e imponer modelos de deseo, por lo que es esencial para su supervivencia que éstos sean interiorizados por las masas a las que explota. Es conveniente que a cada uno se le asigne una infancia, una posición sexual, una relación con el conocimiento, una representación del amor, de la honestidad o de la muerte. Las relaciones de producción capitalistas no

sólo se establecen en el ámbito de los grandes grupos sociales; están modelando un tipo preciso de individuo productor-consumidor desde la cuna. La molecularización de los procesos de represión y, por consiguiente, la perspectiva de una micropolítica del deseo, no están vinculadas a la evolución de las ideas, sino a la transformación de los procesos materiales, a la desterritoriali- zación de todas las formas de producción, ya se trate de la producción social o de la producción deseante.

En ausencia de modelos probados, y teniendo en cuenta lo mal adaptadas que resultaron estar las viejas recetas fascistas, es- talinistas y puede que incluso socialdemócratas, el capitalismo se ha visto inducido a buscar nuevas fórmulas totalitarias dentro de sí mismo. Mientras no las encuentre, estará expuesto a movimientos que van a posicionarse en frentes que le resultan imprevisibles (huelgas salvajes, iniciativas de autogestión, luchas de inmigrantes, de minorías radicales, subversión en las escuelas, las prisiones, los asilos, luchas por la libertad sexual, etc.). Esta nueva situación, en la que ya no encontramos grupos sociales homogéneos cuya acción pueda ser canalizada con facilidad hacia objetivos exclusivamente económicos, tiene como contrapartida que hace proliferar y exacerba las reacciones represivas. Junto al fascismo de los campos de concentración, que siguen existiendo en numerosos países[14], están desarrollándose nuevas formas de fascismo molecular, cocidas a fuego lento en el familiarismo, la escuela, el racismo y los guetos de todo tipo, formas que han sustituido con éxito a los hornos crematorios. La máquina totalitaria experimenta en todas partes con estructuras mejor adaptadas a las situaciones, es decir, más preparadas para captar el deseo y ponerlo al servicio de una economía basada en el beneficio. Deberíamos, por tanto, renunciar a fórmulas demasiado fáciles del tipo «no pasarán». El fascismo ya ha pasado, de hecho no ha dejado de pasar. Pasa atravesando todos los intersticios y está en constante evolución. Parece provenir del exterior, pero encuentra su combustible en el interior de nuestros corazones, en nuestro deseo. Incluso en situaciones que no parecen revestir ningún tipo de complicación, puede

[14] Una de las mayores preocupaciones del capitalismo contemporáneo es encontrar nuevas formas de totalitarismo que se adapten a los países del Tercer Mundo (N. del A.).

desencadenarse una catástrofe de la noche a la mañana[15]. Al igual que el deseo, el fascismo está fragmentado, esparcido por todo el espacio social; adoptando la forma de un entorno u otro en función de las relaciones de fuerza imperantes. Podría decirse que es a la vez prepotente y de una debilidad ridicula. En última instancia, todo depende de la capacidad de los grupos humanos para devenir sujetos históricos, es decir, para organizar, en todos los ámbitos, las fuerzas materiales y sociales abiertas al deseo y dispuestas a transformar el mundo.

PARTIDO CENTRALISTA O MÁQUINA DE GUERRA REVOLUCIONARIA

ACTUEL: *¿Habría existido ya, a lo largo de la historia, una liberación enérgica y duradera del deseo, al margen de los breves periodos de fiestas, de las masacres, de las guerras o de las épocas revolucionarias}* ¿O *es que usted cree en el fin de la Historia... en una revolución que sería la última y que liberaría para siempre el deseo ?*

FÉLIX GUATTARI: ¡Ni lo uno ni lo otro! Ni fin de la historia, ni excesos provisorios. Todas las civilizaciones han conocido múltiples finales de la Historia que, en general, no fueron ni concluyentes ni liberadores. En cuanto a los periodos de fiestas, tampoco resultan convincentes. Algunos militantes revolucionarios, obsesionados con su sentido de la responsabilidad, dicen: «Podemos concebir tales excesos "en el primer estadio" de la revolución, pero es necesario que pasemos inmediatamente a cosas más serias, como la organización y la reeducación». Ya sabemos donde termina eso: ¡en los campos de Siberia! Siempre se repite el viejo esquema: primero la vanguardia asume la tarea de realizar las síntesis y formar un partido que será el embrión del aparato de Estado, y después se selecciona a los miembros de una clase obrera bien educada para distinguirlos del resto; ese resto no sería otra cosa que un residuo, el

[15] Desastres como el sucedido en Chile deberían hacernos desconfiar de una vez por todas de la charlatanería socialdemócrata... ¿el ejército chileno no era, según Allende, «el ejército más democrático del mundo»? Una máquina militar, en cuanto tal, cristaliza siempre un deseo fascista, sea cual sea el régimen político del país en el que se haya implantado. El ejército de Trotski, el de Mao o el de Castro no son excepciones, dicho sea sin menoscabo de sus respectivos méritos (N. del A.).

Lumpenproletariat del que habría que desconfiar. Establecer distinciones es una forma de doblegar el deseo en beneficio de la casta burocrática. La distinción entre la «vanguardia del proletariado» y la «plebe no proletarizada» fue introducida por los partidos y los aparatos de Estado con el objetivo de captar y disciplinar a la fuerza colectiva de trabajo. La buena causa obrera es igual que la buena justicia, lo mismo que reclamar buenos jueces, buenos policías, buenos patrones; sólo sirve para reprimir mejor los esfuerzos de las masas por expresarse, para *marginalizar* el deseo. Entonces, se nos dirá: ¿cómo pretende usted unificar las luchas puntuales sin un partido? ¿Cómo hacer que funcione la máquina sin un aparato de Estado? *Es evidente que la revolución necesita de una máquina de guerra, pero eso no tiene nada que ver con el aparato de Estado.* Sin duda necesita una *instancia de análisis de los deseos de las masas,* pero no un *aparato exterior que realice la síntesis.* Liberar el deseo significa que el deseo sale de la jaula del fantasma individual y privado; ya no se trata de adaptarlo, de socializarlo, de disciplinarlo, sino de situarlo de tal manera que su proceso no se vea interrumpido por un cuerpo social opaco, sino que, por el contrario, dé lugar a una enunciación colectiva. Lo que cuenta no es la unificación autoritaria, sino más bien la formación de enjambres de máquinas deseantes en las escuelas, las oficinas, los barrios, las guarderías, las prisiones, etc. No se trata, por tanto, de abarcar los movimientos parciales formando una totalidad sino de conectarlos entre sí mediante la puesta en común de un mismo plan de transición. Mientras permanezcamos anclados en la alternativa entre el espontaneísmo impotente de las masas y la codificación burocrática y jerárquica de la organización del partido, los movimientos de liberación del deseo seguirán siendo manipulados, asediados, marginalizados...

En su opinión ¿ las rivalidades ideológicas ocultan, por definición, los conflictos del deseo?

En las estructuras políticas tradicionales vemos una y otra vez la misma vieja estratagema: el gran debate ideológico tiene lugar en la asamblea

general, y las cuestiones de organización son relegadas a un segundo plano, tratadas de puertas adentro por comisiones especializadas. Éstas se consideran secundarias con relación a las opciones políticas, cuando, por el contrario, los problemas reales giran siempre en torno a cuestiones de organización, que jamás se explicitan pero que son «proyectadas» inmediatamente en términos ideológicos. De hecho, es ahí donde surgen los verdaderos desacuerdos o «clivajes», en la relación entre el deseo y el poder, en las catexis, en el Edipo grupal, los «superyoes» colectivos, los fenómenos de perversión burocrática, etc.

Tomemos un ejemplo concreto, el de los grupúsculos trotskistas. ¿De qué tipo de conflicto del deseo estamos hablando aquíi A pesar de las querellas políticas, cada grupo parece desempeñar la misma junción con respecto a sus militantes: una jerarquía tranquilizadora, la reconstitución del entorno social, una explicación definitiva del mundo... sinceramente, no veo la diferencia.

Toda similitud entre los grupos existentes es puramente fortuita, aunque podemos suponer que cada uno de esos grupos se definía en origen por su fidelidad a las posiciones fijadas por la izquierda comunista en la época de la Tercera Internacional. Hay toda una axiomática, también en sentido fonológico —la manera de articular ciertas palabras, el gesto que las acompaña—, luego están las estructuras organizativas, la idea sobre cómo mantener relaciones con los abados, los «centristas», los «revisionistas»... Esto puede corresponder a una cierta figura de edipización, un universo intangible y reconfortante, como el del obseso que se desorienta por completo si cambiamos de sitio uno solo de sus objetos familiares. A través de esta identificación con figuras e imágenes recurrentes, trata de alcanzar una eficacia similar a la del estalinismo —cercana, precisamente, a la ideología—. En

otras situaciones se preserva el marco metodológico general, pero intentando adaptarlo: «Hay que darse cuenta, camaradas, de que si bien el enemigo sigue siendo el mismo, las condiciones han cambiado». Tendremos entonces un grupúsculo más abierto. Aquí existe ya un compromiso: se
rectifica la primera imagen sin alterar en lo esencial su estructura; se injertan nuevas nociones que coexisten con las antiguas, sin que lleguen realmente a interferir las unas con las otras. Se multiplican las reuniones y las formas de iniciación, así como las intervenciones desde el exterior. En este tipo de deseo militante, a pesar de su voluntad de cambio conserva intacta la intención de fastidiar a los militantes, parafraseando a Zazie. En cuanto al contenido substancial de esos problemas, ahí tienes razón, todos esos grupos dicen un poco las mismas cosas. Pero es interesante observar cómo se oponen en el estilo, en su forma de definir lo que es el líder, la propaganda, en sus concepciones de la disciplina, la fidelidad, la modestia, el ascetismo del militante. ¿Cómo dar cuenta de esas polaridades sin remover la economía del deseo de tales máquinas sociales? De los anarquistas a los maoístas, el abanico es muy amplio, tanto en el plano político como en el analítico. Y eso sin contar a la masa de personas que se mueven alrededor de esos grupos sin saber demasiado bien qué partido tomar, entre el activismo de izquierdas, el activismo sindical, la revuelta, la expectativa o el desinterés.

Haría falta estudiar en detalle el papel preciso que juegan estas máquinas de aplastar el deseo que son los grupúsculos, su trabajo de molienda y criba. Siempre el mismo dilema: ser engullido por el sistema social o integrarse en el marco preestablecido de estas pequeñas sectas. En este sentido, Mayo del 68 fue una revelación asombrosa. La fuerza del deseo colectivo alcanzó una intensidad tal que hizo estallar el conjunto de esos grupúsculos. Enseguida se recuperaron y comenzaron a contribuir a la restauración del orden, a su manera y en colaboración con otras fuerzas represivas, ya fuera el CGT, el PC o Edgar Faure. No digo esto por provocar; es incontestable que los mismos militantes que se enfrentaron valientemente a la policía hicieron todo lo que estuvo en sus manos para

acabar con el movimiento. Cuando dejamos la esfera de la lucha de intereses y tenemos en cuenta la función del deseo debemos reconocer que los dirigentes de ciertos grupúsculos sólo son capaces de dirigirse a la juventud con una intención represiva: la de contener el deseo liberado para canalizarlo.

EL CAPITAL COMO ELEMENTO INTEGRANTE DE LAS FORMACIONES DE PODER

El Capital no es una categoría abstracta, es un operador semió- tico al servicio de formaciones sociales concretas. Su función consiste en integrar el registro, el balance, la regulación, la recodificación de las formaciones de poder propias de las sociedades industriales desarrolladas; de los flujos y de las relaciones de fuerza relativas al conjunto de las fuerzas económicas planetarias. En las sociedades más arcaicas encontramos sistemas de capitalización de poderes bajo múltiples formas (capital como prestigio, como poderes mágicos encarnados en un individuo, un linaje o una etnia). Pero, al parecer, el procedimiento general de semiotización de esa capitalización sólo llega a hacerse autónomo en el seno de los modos de producción. Este procedimiento se desarrolla a través de los siguientes dos ejes:

- la territorialización de los modos locales de semiotización de formas de poder que, de este modo, caen también bajo el control de un sistema general de inscripción y cuantificadón del poder;
- la reterritorializadón de este último sistema sobre una formadón de poder hegemónico: la burguesía de los Estados-nación.

El capital económico, ya se exprese en lenguaje monetario, contable, bursátil, etc., reposa siempre, en última instanda, sobre mecanismos de evaluación diferencial y dinámica de aquellos poderes que entran en conflicto en un campo concreto. El anáfisis exhaustivo de un tipo cualquiera de capital exige, por tanto, tener en cuenta componentes extremadamente diversos, relacionados tanto con distintas prestadones, por ejemplo de orden sexual o doméstico (regalos, intereses creados, «beneficios secundarios», líquido,

ahorros, etc.), como con gigantescas transacciones internacionales que, bajo la apariencia de operaciones de crédito, de inversión, de implantaciones industriales, de cooperaciones, etc., son en realidad enfrentamientos económicos y estratégicos. En este sentido, siempre que se insiste demasiado en relacionar el Capital con un sistema de equivalencia general, o las divisas con formas de paridad a tipo fijo, etc., lo que se está haciendo es disimular la naturaleza real de los procesos de sujeción y de servidumbre capitalistas; es decir, que se pone en juego un conjunto de relaciones de fuerza sociales y microsociales, de desplazamientos de poder, de avances y retrocesos recíprocos entre formaciones sociales, o bien de actitudes colectivas inflacionistas de huida hacia adelante que pretenden compensar la pérdida de terreno, e incluso conquistas de poder imperceptibles que no se hacen públicas hasta después de haber sido consumadas. Los patrones de referencia sólo sirven para facilitar la contabilidad, el análisis relativo y la regulación transitoria de los fenómenos. Una auténtica cuantificación del poder sólo puede basarse en modelos semióticos en contacto directo con las formaciones de poder y los agencíamientos productivos (tanto materiales como semióticos) que hayan sido debidamente localizados mediante sus coordenadas sociales.

I. **Trabajo maquínico y trabajo humano**

El valor del trabajo en el mercado capitalista depende de un factor cuantitativo (el tiempo de trabajo) y de un factor cualitativo (la cualificación media del trabajo). En este segundo tipo de servidumbre maquínica[23], el trabajo no puede circunscribirse al nivel individual. Para empezar, porque la valoración del desempeño de una tarea por un ser humano es inseparable de un entorno

“Servidumbre entendida en su sentido cibernético (N. del A.).

maquímco concreto. Y, además, porque su nivel de competencia da

cuenta de una instancia colectiva de formación y de socialización. Marx habla a menudo del trabajo como resultado de un «trabajador colectivo»; pero para él ese tipo de entidad sigue siendo de orden estadístico: «el trabajador colectivo» es un personaje abstracto salido de un cálculo basado en un «promedio del trabajo social». Esta operación le permite superar las diferencias individuales a la hora de establecer el valor del trabajo, que se encuentra así indexado con respecto a factores cuantitativos unívocos, como el tiempo de trabajo necesario para la producción o el número de trabajadores implicados. A partir de ahí, puede descomponer el valor en dos partes:

- la cantidad correspondiente al trabajo necesario para la reproducción del trabajo;
- la cantidad constitutiva de la plusvalía, que es identificada como la extorsión sobre el excedente del plustrabajo por parte del capitalismo[24].

Es muy posible que una concepción semejante de la plusvalía encuentre su correspondencia en la práctica contable del capitalismo, pero desde luego no en su funcionamiento real, particularmente en la industria moderna. Esta noción del «trabajador colectivo» no debería reducirse a una abstracción. La fuerza de

[24] Marx define así la plusvalía: «Llamo plusvalía absoluta a la plusvalía producida por la simple prolongación de la jornada laboral, y plusvalía relativa a la plusvalía que proviene por el contrario de la reducción del tiempo de trabajo necesario y del cambio correspondiente a la extensión relativa de las dos partes de que se compone la jornada». (Karl Marx, CEwvres, París, Pléiade, 1.*1,* p. 852. Trad. cast,: *Obras escogidas de Karl Marx y Friedrich Engels,* Granada, Comares, 2012). La tasa de plusvalía se representa por las siguientes fórmulas:

$$\frac{\text{Plusvalía}}{\text{Capital variable}} = \frac{\text{Plusvalía}}{\text{Valor de la f. de trab.}} = \frac{\text{Plustrabajo}}{\text{Trabajo necesario}}$$

Precisa además que: «Las dos primeras fórmulas expresan como relación de valor lo que la tercera expresa como relación de espacios de tiempo en los cuales estos valores son producidos» (Ibíd. 1.1, **p.** 1024) (N. del A.).

trabajo se presenta siempre a través de agenciamientos de producción concretos que mezclan íntimamente las relaciones sociales

con los medios de producción, el trabajo humano con el trabajo de la máquina. Del mismo modo, deberíamos cuestionar también el carácter diagramático de la composición orgánica del Capital, que Marx divide en Capital relativo a los medios de producción (Capital constante) y Capital relativo a los medios de trabajo (Capital variable).

Recordemos que Marx distingue el componente de valor del Capital (Capital constante, Capital variable) de su componente técnico, que se produce «sobre el terreno», relativo a la masa efectiva de los medios de producción requeridos para la valorización de un Capital y la cantidad objetiva de trabajo socialmente necesaria para su puesta en práctica. Pasamos entonces, como es lógico, de un juego basado en el valor del signo a otro juego basado en la relación de fuerzas materiales y sociales. Con el progreso del maqumismo, el modo de producción capitalista conduciría, según Marx, a una disminución relativa del Capital variable en relación con el Capital constante, de la que se deduce una tendencia a la baja de la tasa de beneficio, que sería como una especie de destino histórico del capitalismo. Pero, en el marco real de los agenciamientos productivos, la manera marxista de calcular la plusvalía absoluta basada en la cantidad de trabajo social medio —una parte del cual sería de una forma u otra sustraído por los capitalistas— está lejos de ser evidente. El factor del tiempo no constituye, de hecho, sino un parámetro de explotación entre otros. Hoy sabemos que la gestión del Capital del conocimiento, el grado de participación en la organización del trabajo, el sentido de pertenencia institucional, la disciplina colectiva, etc., pueden también cobrar una importancia determinante para la productividad del Capital. En este sentido, podemos incluso admitir que la idea de hallar la media social de rendimiento horario para un determinado ramo de la producción, en cuanto tal, carece totalmente de sentido. Son los equipos, los talleres y las fábricas en los que se da una disminución local de la «entropía productiva», por la razón que sea, los que de alguna manera sacan

adelante y «pilotan» este tipo de media en una rama de la industria o en un país, mientras que por el contrario la resistencia obrera colectiva, la burocra- tización de la organización, etc., tienden a frenarla. Dicho de otra forma, son los agenciamientos complejos —relativos a la formación, a la innovación, a las estructuras internas, a las relaciones sindicales, etc.— los que delimitan la amplitud de las áreas de beneficio capitalistas, y no un simple cálculo del tiempo de trabajo. El propio Marx había observado ya la separación creciente que va imponiéndose entre los componentes maquínicos, intelectuales y manuales del trabajo. En los *Grundisse,* había señalado que un conjunto de conocimientos tiende a constituirse como «fuerza productiva inmediata»: «A medida que se desarrolla la industria pesada, la auténtica creación de riqueza depende menos del tiempo y de la cantidad de trabajo que de la acción de factores que se desarrollan durante el trabajo, cuya poderosa eficacia no puede medirse a partir del tiempo de trabajo inmediato que se emplea en la producción; depende más bien del estado general de la ciencia y del progreso tecnológico, que es la aplicación de esta ciencia a la producción». Marx insistía por aquel entonces en el carácter absurdo y transitorio de un cálculo del valor basado en el tiempo de trabajo: «Cuando el trabajador haya dejado de ser la gran fuente de riqueza de forma inmediata, el tiempo de trabajo también dejará de ser la medida del trabajo, igual que el valor de mercado dejará de ser la medida del valor de uso»[16].

Omitamos del pasaje anterior el último paralelismo, que nos parece cuestionable, ya que, si bien parece que en la actualidad la hegemonía del tiempo del trabajo como unidad de medida está en vías de extinción, no sucede lo mismo con el valor de mercado. Es cierto que el capitalismo parece muy capaz de prescindir del primero, pero ciertamente no podría sobrevivir a la desaparición del segundo, que produciría transformaciones sociales revolucionarias. Marx consideraba que la desaparición de la oposición entre tiempo

[16] Karl Marx, *Œuvres choisies,* París, N.R.F., 1974, t. II, p. 304-312 (N. del A.).

de ocio y tiempo de trabajo coincidiría con el control del plustrabajo por parte de las masas obreras[17]. Por desgracia, es muy probable que el propio capitalismo se vea inducido a diversificar cada vez más su forma de medir el tiempo de trabajo y a promover una política de ocio y de formación más abierta para poder colonizarlo mejor (¡cuántos obreros, empleados y altos cargos dedican las tardes y los fines de semana a preparar su propia promoción profesional!). ¡La reorganización de la forma de calcular el valor a partir del tiempo de trabajo no sería, como creía Marx, la prerrogativa de una sociedad sin clases! Por el contrario, parecería que ni un solo instante de nuestras vidas puede escapar al control del Capital, presente en los medios de transporte, los estilos de vida urbanos, domésticos, conyugales, los medios de comunicación, la industria del entretenimiento e incluso en los sueños.

No se le paga al asalariado por la duración del funcionamiento del «trabajo social medio», sino por el hecho de que esté siempre disponible; es una compensación por un *poder* que va más allá del poder que se ejerce durante el tiempo presencial en la empresa. Lo que cuenta aquí es el desempeño de una función, un juego de poder entre los trabajadores y los grupos sociales que controlan los agenciamientos productivos. No es sólo que el capitafismo se las haya ingeniado para arrancar un tiempo extra a la vida de los trabajadores, sino que se trata de un proceso cualitativo muy complejo. Lo que compra no es sólo la fuerza del trabajo, sino, antes que nada, el poder sobre los agendamientos productivos. Induso el trabajo más mecánico, por ejemplo accionar una palanca o vigilar una luz de seguridad, supone siempre la formación previa de un capital semiótico con múltiples componentes: conocimiento del

[17] «Si la verdadera riqueza consiste en la fuerza productiva plena de todos los individuos, su patrón de medida no será el tiempo de trabajo, sino el tiempo disponible. Adoptar el tiempo de trabajo como patrón de la riqueza significa que ésta se basa en la pobreza, que el tiempo de ocio sólo existe por contraposición al tiempo de plustrabajo; es reducir el tiempo en su conjunto al mero tiempo de trabajo y degradar al individuo al rol exclusivo de obrero, de instrumento de trabajo». (Karl Marx, *Œuvres*, París, Pléiade, t. II, p. 308) (N. del A.).

idioma, de los usos y costumbres, de las normativas, de las jerarquías, dominio de los procesos de abstracción progresiva, de los itinerarios, de las interac- dones inherentes a los agendamientos productivos... El trabajo ya no es, si es que alguna vez lo fue, un simple ingrediente, una mera materia prima de la producdón. O dicho de otra forma, la parte de servidumbre maquínica que forma parte del trabajo humano no puede ser cuantificada como tal. Por otra parte, la sumisión subjetiva, la alienación social inherente a un puesto de trabajo o a cualquier otra fundón sodal sí que puede calcularse. Ésta es, por cierto, la función que se le ha asignado al Capital.

Los dos problemas que afectan, por un lado, al valor del trabajo y a su relación con la plusvalía, y, por el otro, a la incidencia del aumento de la productividad sobre la tasa de beneficios gracias a la mecanizadón están indisolublemente ligados entre sí. El tiempo humano está siendo sustituido cada vez más por un *tiempo maquínico.* Como dice Marx, ahora no es el trabajo humano el que se inserta dentro de la tecnología, sino que: «Es el hombre quien, frente a este proceso, desempeña una labor de vigilancia y regulación». Pienso que la supervivencia del trabajo en cadena y de las diferentes formas de taylorismo en las ramas más modernas de la economía está generando nuevos modos globales de sujeción sodal, y no sólo procedimientos específicos de sometimiento a las formas productivas[18]. Esta alienación taylorista del tiempo de trabajo, estos modos neoarcaizantes de sujeción al puesto de trabajo, pueden medirse todavía a partir de sus equivalentes en términos generales. El control del trabajo social medio puede todavía identificarse, al menos teóricamente, con el valor de los intercambios de poder. De esta forma, podría compararse el tiempo formal de alienación de un campesino se- negalés con el de un funcionario del Ministerio de

[18] En otro orden de cosas, puede apreciarse que el triunfo actual del behaviorismo en los Estados Unidos no es para nada resultado de un «progreso científico» sino de una sistematización de los métodos más rigurosos del control social (N. del A.).

Finanzas o el de un técnico de I.B.M. Sin embargo, no tendría sentido medir el control real de los tiempos maquínicos, de la sujeción de los órganos humanos a los agenciamientos productivos a partir de una forma de equivalencia general como la antedicha. Puede medirse el tiempo presencial, el tiempo de alienación, la duración del confinamiento en una fábrica o una prisión, pero no pueden medirse sus consecuencias sobre un individuo. Podemos cuantificar el trabajo visible de un físico en un laboratorio, pero no el valor productivo de las fórmulas elaboradas por él. El valor marxista abstracto cuantifica el conjunto del trabajo humano destinado a la producción de valores de mercado. Sin embargo, el movimiento actual del capitalismo tiende a hacer que todo valor de uso se convierta en valor de mercado y que todo trabajo productivo dependa de las máquinas. Los propios polos de cada interacción se han pasado al lado maquínico; los ordenadores dialogan de un continente a otro y dictan a los *managers* los criterios de esos intercambios. Para ser consistente, la producción automatizada e informatizada ya no depende del factor humano de base, sino de un *phylum* maquínico que atraviesa, rodea, dispersa, miniaturiza y manipula todas las funciones y todas las actividades humanas.

Estas transformaciones no implican que un nuevo capitalismo haya venido a sustituir por completo al antiguo. Lo que se produce es más bien una coexistencia, estratificación y jerarqui- zación de capitalismos de distintos tipos que funcionan según las siguientes modalidades:

- *los Capitalismos segmentarios tradicionales,* territorializados sobre los Estados-nación, que se unifican gracias a una forma de semiotización monetaria y financiera[28],
- *un Capitalismo mundial integrado* que ya no se apoya únicamente en la semiotización del Capital financiero y monetario, sino, fundamentalmente, en todo un conjunto de procesos de sujeción tecnocientíficos micro y macrosociales, de medios de masas, etc.

La fórmula de la plusvalía marxista está en esencia vinculada a los capitalismos segmentarios. Esta fórmula no permite comprender el doble movimiento de globalización y de minia- turización característico de la evolución actual. Por ejemplo, en el caso límite de que una rama de la industria resultara completamente automatizada ¡no sabemos lo que pasaría con la plusvalía! En rigor, ésta tendría que desaparecer por completo para ajustarse a las ecuaciones marxistas. ¡Pero eso sería absurdo! ¿Deberíamos entonces computarla únicamente del lado del trabajo de las máquinas? ¿Y por qué no? ¡Podríamos inventar una fórmula según la cual la plusvalía maquínica correspondería al plustrabajo «exigido» a la máquina más allá de su coste de mantenimiento y de su renovación! Sin embargo, no llegaríamos demasiado lejos intentando reajustar de esta manera la vertiente cuantitativa del problema. Lo cierto es que en un caso así —pero también en todos los casos intermedios de una fuerte disminución del Capital variable en relación con el Capital constante—, la sustracción de la plusvalía escapa en gran medida a la empresa, a la relación inmediata entre el patrón y sus asalariados, y nos remite a la segunda fórmula del capitalismo integrado.

“ La «revolución mercantilista» podría referirse a esto. Estoy pensando en particular en el gran libro de Thomas Mun, *A Disemine of Tradefrom England into the East* Judies (1609), que representa para Marx «la escisión consciente operada por el mercantilismo sobre el sistema del que éste ha surgido». Éste seguirá siendo «el evangelio mercandlista». (Karl Marx, op. cít., t. II, p. 1499) (N. del A.).

La doble ecuación postulada por Marx, según la cual «el grado efectivo de explotación del trabajo», la tasa de plusvalía y el tiempo de plustrabajo que depende del Capital variable son equivalentes, resultaría en sí misma inaceptable. La explotación capitalista conduce a tratar a los hombres como si fueran máquinas y a pagarles como si fueran máquinas, teniendo en cuenta únicamente criterios cuantitativos. ¡Pero, como hemos visto, la explotación no se limita a eso! Los capitalistas extraen muchas otras formas de plusvalía, muchos otros tipos de beneficio que también se inscriben dentro del patrón capitalista. Al capitalismo le interesa lo «social» tanto como

a los explotados. Pero mientras que para el primero lo maquínico prima sobre lo social y debe controlarlo, para ellos, por el contrario, las máquinas deberían estar al servicio de lo social. Lo que distingue esencialmente al hombre de la máquina es que aquél no se deja explotar pasivamente como ésta. Podríamos decir que, en las condiciones actuales, la explotación concierne en primera instancia a los agenciamientos maquínicos —ya que el hombre y sus capacidades se han convertido en parte integrante de esos agenciamientos—. A partir de esta explotación absoluta llegaríamos a un segundo momento en que las fuerzas sociales entrarían en lucha por la distribución del *producto maquínico*. Si el criterio de la supervivencia del trabajador se ha vuelto relativo, ¿cómo discriminar entonces hoy en día el umbral absoluto que definiría el «mínimo necesario para sobrevivir» (es decir, la parte del valor que corresponde al trabajo necesario para la reproducción del trabajo)? Todas las cuestiones relativas a la repartición de los bienes económicos y sociales son ahora en esencia cuestiones políticas —si usamos el concepto de política de forma laxa y le adscribimos el conjunto de las dimensiones micropolíticas que implican los distintos estilos de vida, maneras de sentir, de hablar, de proyectar un porvenir, de memorizar la historia...—.

Hemos constatado que el factor cuantitativo del «trabajo social» es accesorio con respecto al sometimiento del trabajador, lo que nos lleva a separar la tasa de explotación de la tasa de plusvalía marxista. Al hacer esto, estaríamos desvinculándola de la tasa de beneficio, que, siempre según Marx, es su pariente más cercano[19].

La confirmación de esta distinción nos viene dada por un hecho que se ha vuelto frecuente en los sectores subvencionados por el

---

[19] Según Marx, es la disminución relativa y progresiva del Capital variable en relación con el Capital constante (a consecuencia de los progresos de la mecanización y de la concentración empresarial) lo que desequilibraría la composición orgánica del Capital total de una sociedad determinada. «La consecuencia inmediata de esto es que la tasa de plusvalía se refleja en una tasa de beneficio en constante descenso, mientras que el nivel de explotación resulta intacto o incluso aumenta». (Ibid., t. II, p. 1002) (N. del A).

Estado, a saber: que las empresas que «venden con pérdidas» producen, sin embargo, beneficios considerables (a pesar de una plusvalía teóricamente negativa, según la fórmula marxista, generan de hecho un beneficio positivo). Actualmente, el beneficio puede depender de factores que no sólo son exteriores a la empresa sino también a la nación, por ejemplo, de una explotación «a distancia» del Tercer Mundo, a través del mercado internacional de las materias primas.

Finalmente, hay que tener en cuenta que la supuesta ley de la tendencia a la baja de la tasa de beneficio es incapaz de subsistir en un entorno político y económico en el cual los mecanismos transnacionales han adquirido tal importancia que no es posible, o siquiera concebible, determinar ima tasa local de plusvalía que pueda ser puesta en relación con la tasa de crecimiento local de la mecanización correspondiente al Capital constante[20]. La revitalización de las zonas de beneficio (por ejemplo, la pseudo-crisis del petróleo), la creación de nuevos sectores industriales (como el nuclear), dependen actualmente en lo esencial de estrategias mundiales que implican tener en cuenta factores cuyo número y complejidad no podrían haber sido imaginados por Marx.

II. **La composición orgánica del Capital mundial integrado**

A diferencia de lo que pensaba Marx, el Capital ha sido capaz de desvincularse de una fórmula que lo habría mantenido encerrado en un modo de cuantificación indiferente al valor de intercambio[31] (es decir, en una forma de control del conjunto de las modalidades de

---

[20] Una multinacional, por ejemplo, tras haber negociado con uno de los poderes del Estado, implantará una fábrica ultramoderna en una región subdesarrollada. Después, al cabo de algunos años, por motivos políticos o de «inestabilidad» social, o a causa de complicados acuerdos, decidirá cerrarla. ¡En tales condiciones resulta imposible abarcar el crecimiento del Capital fijo! (N. del A).

circulación y de producción del valor de uso). Así, la revalorización capitalista no ha contraído el cáncer maquí- nico de la tendencia a la baja de la tasa de beneficio en las crisis de sobreproducción, que hubiera debido conducir al estancamiento, y, con ello, habría llevado al capitalismo a una parálisis total. La semiotización del valor ha ido adquiriendo progresivamente los instrumentos que le permiten identificar, cuantificar y manipular las formas concretas de revalorización del poder y, gracias a esto, no sólo ha conseguido sobrevivir, sino que también ha prolifera- do. Independientemente de la apariencia que adopte, el Capital no es racional. Es hegemónico. Lo que hace no es buscarla armonía entre las formaciones sociales, sino ajustar por la fuerza las disparidades socioeconómicas. El ejercicio del poder precede a la búsqueda del beneficio. El Capital no se deduce de una mecánica básica del beneficio, sino que se impone desde arriba; ayer lo ha-

[31] Como muchos antropólogos han señalado con relación a las sociedades arcaicas, el intercambio visible tiene que ver necesariamente con las relaciones de fuerza reales. El intercambio siempre aparece adulterado por el poder (Edmund Ronald Leach, *Critique de l'antkropo- logie,* 1968. Trad. cast.: *Replanteamiento de la antropología,* Barcelona, Seix Barral, 1972) (N. del A.).

cía a partir de lo que Marx llamaba «el Capital social de todo un país»[21], y hoy, a partir de un Capital globalmente integrado. Siempre se ha configurado en función de los movimientos de deste- rritorialización propios de todos los dominios de la economía, de las ciencias y de las técnicas, de los hábitos, etc. Su existencia semiótica se introduce sistemáticamente en la agrupación de las mutaciones técnicas y sociales que rediseña y reterritorializa a partir de las formaciones de poder imperantes. Incluso cuando parecía centrado sólo en extraer beneficios monetarios a través de actividades comerciales, bancarias e industriales, el Capital —en cuanto expresión de las clases capitalistas más dinámicas— había comenzado ya a implementar esa política de destrucción y de

[21] Karl Marx, op. cit., 1.1, p. 1122; t. II, p. 1002 (N. del A.).

reestructuración (desterritorialización del campesinado tradicional, constitución de una clase obrera urbana, expropiación de la antigua burguesía comercial y de las viejas formas de artesanía, liquidación de los «arcaísmos» regionales y nacionalistas, expansionismo colonial, etc.[22]).

Por lo tanto, aquí no basta con hablar de una política del Capital. El Capital, como tal, no es nada más que *lo* político, *lo* social, *lo* tecnocientífico, articulados entre sí. Esta dimensión diagramática general aparece, cada vez de manera más evidente, en concurrencia con el papel creciente del capitalismo estatal, como vehículo del proceso de globalización del Capital. Los Estados-nación manipulan el Capital, que tiene múltiples dimensiones: la masa monetaria, los índices económicos, los esfuerzos por «meter en cintura» a tal o cual segmento de la población, los flujos represivos para que las personas permanezcan en su lugar, etc. Estamos asistiendo a una especie de colectivización del capitalismo —circunscrita o no al marco nacional—. ¡Pero eso no significa para nada que esté en decadencia! A través de un enriquecimiento continuo de sus componentes semióticos[23] y más allá del trabajo asalariado y de los bienes monetarios, el capitalismo toma el control de una multitud de cantidades de poder que de otro modo quedarían enquistadas en la economía local, doméstica y libidinal. En la actualidad, cada

---

[22] Este movimiento general de desterritorialización permite al menos que subsistan los niveles arcaicos más o menos territorializados, o, con mayor frecuencia, les insufla un nuevo impulso dándoles una nueva función. La presente recuperación del valor del oro constituye un ejemplo sorprendente a este respecto, que parece funcionar al mismo tiempo en dos direcciones opuestas:

-porun lado, como un agujero negro semiótico o tasa de inhibición económica,

-por otro lado, como operador diagramático del poder que se ocupa l) del hecho de que sus detentores sean capaces de intervenciones semióticas bursátiles en el «momento adecuado» y en el «lugar justo»; 2) del hecho de ser capaces, en este preciso momento y lugar, de inyectar el crédito abstracto del poder cuando corresponde en los sectores económicos clave del sistema (N. del A.).

Sóbrela función diagramatizadora, los agujeros negros semióticos, etc. Véase Félix Guattari, *L'inconscient machiníque,* París, Recherches, 1979 (N. del A.).

[23] Aparte del oro, el dinero fiduciario, los créditos, las acciones, los títulos de propiedad, etc., el Capital se manifiesta hoy en día a través de operaciones semióticas y manipulaciones del poder de todo tipo que implican el uso de la informática y los medios de comunicación (N. del A.).

operación capitalista concreta orientada hacia la obtención de beneficios —en términos de dinero y de poder social— va incorporando gradualmente la totalidad de las estructuras de poder. Las nociones de empresa capitalista y de puesto de trabajo asalariado son ya inseparables del conjunto del tejido social, que es directamente producido y reproducido bajo el control del Capital. El ama de casa ocupa en cierta manera un puesto de trabajo dentro de su propio domicilio, el niño ocupa un puesto de trabajo en la escuela, el consumidor en el supermercado, el telespectador frente a la pantalla... Las máquinas de la fábrica parecen trabajar de manera autónoma, pero, de hecho, están conectadas de tal manera que forman un continuo con la sociedad en su totalidad. Sería arbitrario considerar hoy en día que el empleado de una empresa sea independiente de los muchos sistemas de salario diferido, de asistencia y de costes sociales, que afectan más o menos a la reproducción de la fuerza colectiva de trabajo, que pasan por fuera del circuito monetario empresarial y son subsumidos dentro de muchas instituciones e infraestructuras del poder. A todo esto habría que añadir un aspecto sobre el que no me cansaré de insistir: el capitalismo no sólo explota al trabajador fuera de su horario laboral, durante su tiempo de ocio, sino que, además, lo utiliza como instrumento para explotar a aquellos que se encuentran sometidos a él en su propia esfera de acción: sus subordinados, sus familiares no asalariados, mujeres, niños, ancianos y todo tipo de personas en estado de dependencia.

Pero regresemos de nuevo a esta idea central: ¡a través de la estructura salarial, el capitalismo tiene por objetivo fundamental controlar *a toda la sociedad*! Así, tenemos la sensación recurrente de que el juego de los valores de mercado depende en todo momento de las relaciones sociales, y no al contrario. Mecanismos como el de la inflación son un buen ejemplo de la intrusión constante de lo social en la economía. Lo «normal» no es el equilibrio de los precios, sino la inflación, ya que ésta es un sistema para reajustar

relaciones de poder que están en permanente evolución (poder adquisitivo, poder de inversión, poder de confrontación entre diferentes grupos sociales). La plusvalía económica está intrínsecamente unida a las plusvalías del poder que se ejerce sobre el trabajo, las máquinas, los espacios sociales y la redefinición del capital como forma general de capitalización de las semióticas del poder (más que como cantidad abstracta y universal), lo cual implica una reevaluación de su configuración técnica. Antes, ésta reposaba sobre dos elementos de base: el trabajo vivo y el trabajo cristalizado en los medios de producción; pero ahora depende al menos de cuatro tipos de componentes, cuatro agenciamientos que son irreductibles entre sí:

1) *Las formaciones de poder capitalistas* que posibilitan la existencia de un Capital de mantenimiento del orden, garantizan la propiedad, las estratificaciones sociales, la repartición de los bienes materiales y sociales... El valor de un bien, sea el que sea, es inseparable de la credibilidad de los dispositivos represivos legales o policiales... y también de la existencia de un cierto grado de consenso popular a favor del orden establecido.

2) *Los agenciamientos maquínicos* relativos a las fuerzas productivas, constitutivos del Capital fijo (máquinas, fábricas, transportes, reservas de materias primas, capital de conocimientos tecnocientíficos, técnicas de servidumbre maquínica, técnicas de formación, laboratorios, etc.). Aquí nos encontramos en el ámbito clásico de las fuerzas productivas.

3) *La fuerza colectiva de trabajo y el conjunto de relaciones sociales que se encuentran bajo la dominación del poder capitalista.* La fuerza colectiva de trabajo aquí no es considerada en cuanto servidumbre maquínica, sino como alienación social. Se encuentra sometida a la burguesía y a la burocracia y, al mismo tiempo, es un factor de sometimiento de otras categorías sociales (las mujeres, los niños, los inmigrantes, las minorías sexuales, etc.) Estamos en el ámbito de las relaciones de producción y de las relaciones sociales.

4) *La red de dispositivos, de aparatos de poder estatal y paraestatal, así como los medios de comunicación.* Este entramado, que tiene ramificaciones tanto a escala microsocial como a escala planetaria, se ha convertido en una herramienta esencial del Capital; pues permite extraer e integrar las capitalizaciones sectoriales del poder relativas a los tres componentes anteriores.

El Capital, como operador semiótico del conjunto de las formaciones de poder, despliega, por tanto, una superficie de inscripción desterritorializada sobre la que se desenvuelven estos cuatro componentes. Pero tenemos que insistir en el hecho de que no se trata de un escenario sobre el que tiene lugar una *representación,* una especie de teatro parlamentario en el que los diferentes puntos de vista estarían presentes y dialogarían entre sí. Se trata más bien de una actividad directamente productiva, en tanto que el Capital participa en el ordenamiento de los agen- ciamientos maquínicos y sociales, así como en toda una serie de operaciones prospectivas que les conciernen. Las funciones dia- gramáticas específicas del Capital (es decir, que hacen referencia a su inscripción, que no son exclusivamente representativas, sino operativas) «añaden» algo esencial a lo que de otro modo no sería sino una simple acumulación de los diferentes componentes ya mencionados. El aumento del nivel de abstracción semiótica correspondiente a este diagramatismo puede hacernos pensar en lo que explica Bertrand Russell en su teoría de los tipos lógicos, es decir, que existe una discontinuidad fundamental entre una clase y sus miembros. Pero en el caso del Capital nos encontramos ante una discontinuidad que no es sólo de orden lógico, sino también maquínico, en el sentido de que no opera únicamente a partir de flujos de signos, sino también de flujos materiales y sociales. En realidad, la fuerza desmultiplicadora del diagramatismo propio del Capital es inseparable del «dinamismo» desterritorializador de los distintos agenciamientos concretos del capitalismo. Todo ello tiene por consecuencia la descalificación, sin apelación posible, de las perspectivas políticas reformistas que se

basan en las contradicciones intra o intercapitalistas, o en su humanización bajo la presión de las masas. (Por ejemplo, queriendo «poner en juego» a las multinacionales contra el capitalismo nacional o la Europa germánico-americana contra la Europa de las patrias[24], el liberalismo «occidental» contra el capitalismo socialista de la URSS, el Norte contra el Sur, etc.). El Capital se alimenta de sus propias contradicciones, que sirven para ponerlo a prueba y también como estímulos para la des- territorialización. ¡De existir una alternativa revolucionaria, no sería posible establecerla sobre semejantes bases!

III. **El Capital y las funciones de alienación subjetivas**

El ejercicio del poder a través de las semióticas del Capital tiene la particularidad de ejercer su control sobre los segmentos sociales superiores y al mismo tiempo sobre todos los instantes de la vida de cada individuo. Aunque se enuncie de forma individualizada, no hay nada que sea menos individual que la subjetividad capitalista. La recodificación de las actividades, los pensamientos y los sentimientos humanos realizada por el Capital implica que todas las formas particularizadas de subjetivación son puestas en correspondencia, al mismo nivel. La subjetividad resulta, por así decir, nacionalizada. El conjunto de valores del deseo es reorganizado por una economía basada en la dependencia sistemática del valor de uso con respecto al valor de mercado, hasta el punto de que oponer estas dos categorías ha dejado de tener sentido. Pasearse «libremente» por la calle o por el campo, respirar el aire puro o cantar en voz alta se han convertido en actividades cuan- tificables desde el punto de vista capitalista. Los espacios verdes, las reservas naturales y la libre circulación tienen un coste social e industrial. Como mucho, los sujetos del capitalismo —en el sentido en que

[24] En 1960, tras la firma de los tratados de Roma, el presidente Charles de Gaulle presentó su proyecto para la formación de una confederación de estados europeos que respetase, no obstante, la soberanía de los estados, llamado «la Europa de las patrias» (N. del T.).

antes se hablaba de los sujetos del rey— ya sólo asumen la parte de sus vidas que puede ser inscrita en una tabla general de equivalencias: el Capital, según la definición extensa que propongo aquí. El orden capitalista pretende imponer a los individuos una forma de vida basada en un sistema de intercambios, la traducibilidad general de todos los valores; además, se hace todo lo posible para que el más mínimo de los deseos que se desvíe de esos valores sea percibido como asocial, peligroso y culpable.

Una operación tal de sometimiento de los sujetos no se limita al control social externo: abarca todo el espacio social, sin dejar por ello de «apuntar» con gran precisión a las más mínimas dife- rendas. El mercado general de valores desplegado por el Capital atrapa los objetos a la vez desde dentro y desde fuera. No sólo afecta a los valores materiales y visibles, sino también a los valores mentales, afectivos... Esta operación, en la que convergen el adentro y el afuera, se corresponde con una red multicéntrica de mecanismos colectivos, de aparatos estatales, paraestatales y mediáticos. La traducibilidad general de los modos locales de se- miotización del poder no depende por lo tanto únicamente de dispositivos centrales, sino de «condensadores semióticos» que prolongan el poder del Estado o están sometidos a él, una de cuyas funciones esenciales consiste en obligar a los individuos a que interioricen los mecanismos de control y represión, así como los modelos del orden dominante[36].

En el contexto del Capitalismo mundial integrado, podemos considerar que los poderes centrales de los Estados-nación lo son todo y a la vez no son nada. Con respecto a la eficiencia económica real representan muy poca cosa, o nada en absoluto, pero con respecto a la producción de modelos y al control social, lo son todo. La paradoja consiste en que, en cierta medida, esa red de aparatos, infraestructuras y sistemas burocráticos estatales tiende ella misma a sobrepasar al Estado. De hecho, éste es a menudo teledirigido y manipulado por esta red; sus verdaderos interlocutores son, en

efecto, los «interlocutores sociales», los grupos de presión, los *lobbies.* La realidad del Estado tiende así a coincidir con las tecnoestructuras estatales y paraestatales, que, por esa razón, ocupan un lugar muy ambiguo dentro de las relaciones de producción y de clase. Esto se debe a que, por un lado, controlan los puestos directivos y contribuyen de forma efectiva al mantenimiento del orden dominante, y, por el otro, son ellas mismas objeto de la explotación

"Éste es el papel de la escuela, los servicios sociales, los sindicatos, el deporte, los medios de comunicación, etc., que funcionan en paralelo con las administraciones, la policía, la justicia, las agencias tributarias, la bolsa, el ejército, etc. (N. del A.).

capitalista, igual que les sucede a los distintos componentes de la clase obrera.

Marx consideraba que un maestro de escuela era un trabajador productivo en tanto que preparaba a sus alumnos para trabajar al servicio del patrón[25]. Pero, hoy en día, la función del maestro se ha propagado hasta el infinito en forma de entramado capitalista generador de formaciones sociales, hasta el punto de convertirse en un conglomerado de agenciamientos colectivos que resultaría arbitrario pretender descomponer en esferas autónomas de producción material, de formas de semiotización y de subjetivación.

La misma ambigüedad, la misma ambivalencia entre la producción y la represión que caracteriza las tecnocracias podemos encontrarla en las masas obreras: los trabajadores se «trabajan» a sí mismos, incluso cuando están produciendo bienes de consumo. De una manera u otra, todos participan en la producción de control y de represión. De hecho, como ya hemos visto, en una única jornada el mismo individuo alterna entre varios roles: explotado en el taller o en la oficina, se convierte en explotador dentro de la familia, en pareja, etc. Encontramos una mezcla inextricable de vectores de alienación en todos los ámbitos del *socins.* Los trabajadores y los sindicatos de tal sector puntero, por ejemplo, defenderán con ardor

[25]Karl Marx, op. cit., 1.1, p. 1002 (N. del A.).

el lugar de su industria nacional, sin importar qué niveles de polución produzca, ni que sirva para equipar aviones de guerra que se usarán para exterminar poblaciones enteras en África. Tanto las fronteras de clase como los «frentes de lucha» se han vuelto borrosos. ¿Significa eso que han desaparecido? Ciertamente no, pero han proliferado infinitamente. E incluso cuando surgen enfrentamientos directos, éstos adquieren normalmente un «carácter ejemplar», porque uno de sus objetivos principales es tener repercusión sobre los medios de comunicación, los cuales, a su vez, manipulan y distorsionan dichos límites y enfrentamientos.

En la base de estos mecanismos de modelización de la fuerza de trabajo, y a todos los niveles de interpenetración entre ideologías y afectos, encontramos ese entramado maquínico lleno de tentáculos que es propio de los dispositivos capitalistas. Me gustaría señalar que no se trata para nada de un entramado de aparatos ideológicos, sino, Usa y llanamente, de una megamá- quina compuesta por una multitud de elementos dispersos, que no solamente afecta a los trabajadores, sino que además «pone a trabajar» de forma permanente y ubicua a las mujeres, los niños, los ancianos, los marginados, etc. Hoy en día, por ejemplo, se «pone a trabajar» al niño por medio de la familia, la televisión, la guardería, los servicios sociales; así se lo integra en un complejo proceso de formación que desemboca en la adaptación de sus diversos modos de semiotización a las funciones productivas y sociales que están esperándole.

Conocemos la importancia que tiene la evaluación del mantenimiento industrial en las empresas en la actualidad. ¿Podemos contentarnos con decir que el Estado ha asumido una especie de función de «mantenimiento social» generalizado? Eso sería, en mi opinión, insuficiente. En los regímenes del Este igual que en los del Oeste, el Estado está directamente conectado con los componentes esenciales del Capital. De esta forma, en ambos casos podríamos hablar de un capitalismo de Estado, siempre que modifiquemos a la vez tanto la definición de la composición orgánica del capital como

la del Estado. Éste gestiona las actitudes colectivas, los patrones de conducta y todo tipo de referencias compatibles con el sostenimiento del sistema, pero también regula los medios de intervención reglamentarios y financieros que sirven para distribuir las aglomeraciones de poder adquisitivo y de inversión entre los distintos sectores sociales e industriales, o incluso para financiar los grandes complejos militares e industriales que le sirven, de alguna forma, como columna vertebral a escala nacional.

Lo esencial es no reducir cada uno de estos dominios a categorías estancas. A cada momento se trata, en última instancia, del mismo Capital manipulado por las formaciones sociales: el Capital cultural, el Capital de adaptación y de sumisión de la fuerza de trabajo a los entornos productivos, y, de forma más general, el conjunto de grupos humanos urbanos o rurales urbanizados, el Capital de interiorización inconsciente de los modelos sistémicos, el Capital de la fuerza represiva y militar... Todos estos modos de semiotización del poder forman parte por derecho propio de la composición orgánica del Capital contemporáneo.

Así, el desarrollo de un mercado general de los valores capitalistas, la proliferación de entramados multicéntricos para los dispositivos estatales que constituyen su soporte, lejos de entrar en contradicción con la existencia de poderes centrados en los Estados-nación —y que por lo general suelen, en cambio, verse reforzados—, tienden, antes bien, a ser complementarios. En efecto, lo que se capitaliza entonces es más un poder producido por la imagen del poder que una fuerza efectiva en los dominios de la producción y de la economía. El Estado y sus infinitas ramificaciones intentan recrear por todos los medios posibles sistemas de localización y de territorialización sustitutivos con el objetivo de que las masas puedan reconstituir, de una forma más o menos artificial, su vida cotidiana y sus relaciones sociales. Por el contrario, los auténticos centros de la toma de decisiones están en otro lado: atraviesan o rodean las formas de territorialización nuevas y antiguas, y se nutren

cada vez más del sistema de entramados capitalistas integrados a escala mundial[38].

[M] Incluso a este nivel encontramos una relativa reterritorializadón: las multinacionales que no son reductibles a los subconjuntos económicos de los Estados Unidos, que son objetiva-

Los espacios contemporáneos del capitalismo ya no están apegados al terruño, a las castas, a las tradiciones étnicas, religiosas y corporativas «precapitalistas», y cada vez menos a las metrópolis, a las ciudades industriales, a las relaciones de clase y a las burocracias del capitalismo segmentario pertenecientes a la época de los Estados-nación. Han sido confeccionadas a escala global y, al mismo tiempo, a escala microsocial o microfísica. El sentimiento de «pertenecer a algo» parece en sí mismo el resultado de una especie de producción en cadena, de la misma manera que las «condiciones de vida». Así las cosas, comprendemos mejor que el poder del Estado no pueda ya limitarse a gobernar desde la cima de la pirámide social, legislando al pueblo a distancia, y que deba intervenir constantemente en el modelaje y la reconstrucción del tejido social, revisando y retomando una y otra vez las «fórmulas» de jerarquización, segregación, prescripción funcional y cualificación específica. El Capitalismo mundial se encuentra comprometido con una vertiginosa huida hacia delante. No puede escatimar en recursos, ni permitirse el lujo de respetar las tradiciones nacionales, los textos legislativos o la independencia, aunque sólo sea formal, de cuerpos constituidos como las magistraturas, que podrían limitar su libertad de maniobrar de cualquier manera.

IV. El Capital y las funciones de servidumbre maquínica

El poder capitalista no deja de añadir a los sistemas tradicionales de coerción directa dispositivos de control que requieren, si no la complicidad de cada individuo, al menos su consentimiento pasivo. Sin embargo, una prolongación tal de sus medios de acción sólo es

posible porque éstos tienen influencia sobre los resortes mismos de la vida y de la actividad humana.

mente cosmopolitas, no dejan por eso de tener a ciudadanos norteamericanos en los puestos directivos más importantes (N. del A.).

La miniaturización de los medios va mucho más allá de la mecanización técnica. La maquinaria capitalista está inserta en el funcionamiento básico de las conductas perceptivas, sensitivas, afectivas, cognitivas, lingüísticas, etc., por lo que su faceta desterritorializada o «invisible» es, sin duda, la más temible y la más eficaz. Nosotros no podemos aceptar las explicaciones teóricas que justifican la servidumbre de las masas en nombre de algún tipo de engaño ideológico o de pasión masoquista colectiva. El capitalismo se apodera de los seres humanos desde dentro. La alienación a través de las imágenes y de las ideas es tan sólo un aspecto del sistema global de sujeción que afecta a los modos fundamentales de semiotización, tanto individuales como colectivos. Los individuos están «equipados» con formas de percepción o de normalización del deseo, al igual que las fábricas, las escuelas y los territorios. El despliegue de la división del trabajo a escala global no solamente implica un intento por parte del Capitalismo mundial de integrar todas las formas productivas y todas las categorías sociales, sino, por añadidura, una reconfiguración permanente, una reinvención de esta forma colectiva de trabajo. El ideal del Capital es transformar en robots humanos a individuos rebosantes de pasiones, capaces de ambigüedad, de duda, de rechazo, pero también de entusiasmo. Éste querría que sólo hubiera dos clases de explotados: los que dependen del salario y los que dependen de la asistencia. Su objetivo es borrar, neutralizar e incluso suprimir completamente todas las categorías basadas en algo distinto de su propia axiomática del poder y sus imperativos tecnológicos. Ya que, en última instancia, lo que hay al final de la cadena son hombres, mujeres, niños, ancianos, ricos, pobres, obreros, intelectuales, etc., trata de redefinirlos moldeándolos según sus propios principios.

Sin embargo, precisamente porque interviene al nivel más puramente funcional —sensitivo, afectivo, práctico— los efectos de la servidumbre maquínica capitalista pueden ser invertidos, lo que nos llevaría a la actualización de un nuevo tipo de plusvalía, que ya había sido prevista por Marx. (Multiplicación de las potencialidades de la raza humana, renovación constante del horizonte de sus deseos y de su creatividad[39]). El capitalismo pretende apropiarse de las cargas del deseo, de las que la especie humana es portadora. Se instala en el corazón de los individuos mediante la servidumbre maquínica. No puede discutirse que la integración social y política de las élites obreras y los supervisores, por ejemplo, se basa en algo más que un interés material; tiene que ver con un apego profundo a su profesión, a sus máquinas, a su tecnología... En un sentido más general, está claro que el entorno maquínico que segrega el capitalismo está lejos de dejar indiferente a gran parte de la población, y esto no se debe únicamente a las seducciones de la publicidad, a la interiorización por parte de los individuos de los objetos e ideales de la sociedad de consumo. Ciertamente, hay algo en la máquina que parece formar parte esencial del deseo humano. Pero la cuestión está en saber de qué tipo de máquina se trata y cuál es su función.

La servidumbre maquínica no es lo mismo que la subordinación social. Mientras que la subordinación implica sujetos globales, representaciones subjetivas fácilmente manipulables, la servidumbre maquínica maneja elementos que están por debajo de lo personal y de lo social a partir de una economía molecular del deseo mucho más difícil de «sostener» en el seno

” El mecanismo dialéctico de Marx le conduce en ocasiones a tomar en consideración una especie de generación casi espontánea e involuntaria de este tipo de transformación: «Igual que el sistema de la economía burguesa se desarrolla poco a poco, de la misma forma, consecuencia última de este sistema, se desarrolla también poco a poco su propia negación. Por ahora, hemos asistido al proceso de la producción sin mediación. Si tomamos la sociedad burguesa en su conjunto, veremos que el último resultado del proceso de producción social es la propia sociedad, o, dicho de otra forma, el hombre en sí mismo en toda la complejidad de sus relaciones sociales». Marx, op. cit., t. II, p. 311 (N. del A.).

de relaciones sociales estratificadas[26]. El capitalismo consigue así poner a trabajar las funciones perceptivas, los afectos y los comportamientos inconscientes a fin de apoderarse de una fuerza de trabajo y de un deseo que van mucho más allá de los que son propios de la clase obrera en sentido sociológico. De este modo, las relaciones entre clases tienden a evolucionar de manera diferente. Ya no se ordenan en torno a dos polos, sino que tienden cada vez más al uso de estrategias complejas. El futuro de la clase obrera en Francia, por ejemplo, ya no depende sólo de la patronal, sino también del Estado, de Europa, del Tercer Mundo, de las multinacionales, y, si tomamos otra vertiente distinta, de los trabajadores inmigrantes, del trabajo femenino, del trabajo precario, de las suplencias, de las luchas regionalistas, etc.

La propia burguesía ha cambiado su naturaleza. La parte más moderna de esa burguesía, al menos, ha dejado de mostrar un compromiso entusiasta en la defensa de la apropiación personal de los medios de producción, ya sea a título individual o colectivo. Su problema actual sería el de controlar de manera colectiva y global el entramado de base de las máquinas y los dispositivos sociales. Es de ahí de donde obtiene todo su poder, no sólo el poder monetario, sino también social, libidinal, cultural, etc. Y a ese respecto hay que reconocer que ha demostrado una sorprendente capacidad de adaptación, de renovación y de regeneración, en particular en los regímenes a la vez capitalistas y socialistas del Este. El terreno que pierde por el lado del capitalismo privado, lo gana por el del capitalismo de Estado, los dispositivos colectivos, los medios de comunicación, etc. No solamente se apropia de nuevas clases de burócratas estatales e infraestructuras, tecnócratas, agentes de dominación y educadores, también consigue contaminar, de una forma u otra, al resto de la población.

[26] Esta afirmación sólo puede ser comprendida a condición de concebir el deseo no como una energía pulsional indiferenciada, sino como el resultado de un montaje altamente elaborado de máquinas desterritorializadas (N. del A.).

¿Cuáles son los límites que encuentran las clases capitalistas en su proyecto de conversión generalizada de todas las actividades humanas en equivalentes que sólo son negociables en función de sus trampas semióticas? ¿Hasta qué punto puede aún concebirse una lucha de clase revolucionaria en semejante entorno de contaminación generalizada? ¡No hay duda de que no encontraremos esos límites donde los han estado buscando desde hace tanto tiempo los movimientos revolucionarios tradicionales! La revolución no sólo tiene lugar al nivel de los discursos políticos manifiestos, sino también en un plano molecular, en el espacio de las mutaciones del deseo, de las transformaciones científicas, tecnológicas, artísticas, etc. En esa vertiginosa huida hacia delante, el capitalismo ha optado por la vía del control sistemático de todos los individuos del planeta. Hoy en día, con la integración de China, ha conseguido sin duda alcanzar la cima de su poder, ¡pero también es posible que se encuentre en un momento de extrema fragilidad! El sistema de dependencia generalizada ha llegado a tal punto que el menor fallo de funcionamiento puede terminar por desencadenar efectos que le harán perder el dominio de la situación.

No hay que fiarse de las metáforas termodinámicas... El principio de circularidad acción-reacción, de retorno al estado inicial, no constituye una condición necesaria. Tanto las leyes de la autoproclamada ciencia de la historia como los mandatos atemporales de la moral pasan por alto los agenciamientos micropolíticos que constituyen su verdadero contexto. No dar la razón a ninguno de los dos términos de la alternativa «libre albedrío/destino» (sea cual sea la explicación dialéctica propuesta para este último). Deshacerse de los valores y las normas *a jrriori:* evaluación, transvaloración, líneas evolutivas e involutivas del *socius.* No hay un camino fácil para el cambio. Lo que hay son múltiples vías de ingreso, a partir de:

- la inflexión colectiva de las «elecciones preferenciales» tomadas por los diversos componentes de un rizoma económi- co-

ecológico-técnico-científico...

- las múltiples «destinaciones» posibles, tal y como han sido semiotizadas por los agenciamientos sociales de todo tipo y de todas las dimensiones posibles (incluyendo sus márgenes).

¿Significa esto que una verdadera revolución es, hoy por hoy, imposible? No, lo que significa es que una revolución molar, visible y a gran escala resulta ya inseparable de la expansión, de la dilatación de las revoluciones moleculares que se insertan en la economía del deseo —en caso contrario estaríamos ante una revolución fascista-estalinista—.

Dicho de otro modo: rechazo de la causalidad unidireccional, rechazo de un sentido único de la historia. En este dominio, la realidad y la verdad ponen a prueba una especie de dialéctica a contrapelo, que agota las contradicciones sin llegar a resolverlas jamás, que extrae de los viejos problemas y paradojas residuos privados de significación, los cuales impulsan a los maqumismos desterritorializados para que las cosas empiecen de nuevo cuando creíamos que todo estaba perdido.

La tendencia actual consiste en que los antiguos sistemas totalitarios y totalizados, estratificados, bloqueados por un referente trascendente, vayan perdiendo consistencia. Sólo pueden continuar controlando los grandes grupos sociales a condición de:

- concentrar su poder,
- miniaturizar sus instrumentos de coerción.

Entre los escenarios posibles, hay dos extremos:

1) *La consolidación y estabilización del Capitalismo mundial integrado.* Este nuevo tipo de capitalismo es el resultado de transformaciones y adaptaciones recíprocas entre el capitalismo monopolista y las muchas formas del capitalismo estatal. Éste integra en el seno del sistema global las diferentes partes de la sociedad de

clases y de castas fundadas sobre la explotación y la segregación social. Sus centros de toma de decisiones se encuentran ramificados por todo el planeta, por lo que tienden a adquirir una cierta autonomía respecto de los intereses nacionales de las grandes potencias y a configurar un complejo entramado que no puede ubicarse por completo en un espacio político determinado (la red de complejos energéticos, militares e industriales, etc.). Desarrolla una política sistemática de control social, de vigilancia a través de los medios de masas. (Represión fuerte, como en la RFA, asociada a una represión más suave en todos los demás ámbitos).

2) *La pérdida progresiva de control de la situación por parte de los poderes establecidos.* Una proliferación de márgenes, minorías, autonomías (nuevas y antiguas) que producen una efervescencia de singularidades deseantes (individuales y/o colectivas) y la aparición de un nuevo tipo de segmentación social que va a expropiar a las formaciones de poder que están bajo la jurisdicción de los Estados-nación.

Estas dos tendencias pueden llegar incluso a coexistir. Que eso suceda dependerá del equilibrio o desequilibrio en las relaciones de fuerza entre:

- la fuerza del consenso mayoritario,
- las luchas sociales de tipo clásico,
- las revoluciones moleculares.

a) LA PRIMERA HIPÓTESIS (CONSOLIDACIÓN DEL CMI)

Tenemos una triple conjunción:

- la inflación de los flujos demográficos,
- el agotamiento progresivo de los flujos energéticos y de materias primas,
- la aceleración de la concentración maquínica e informática.

Esto podría dar como resultado:

I. Una redistribución de los antagonismos de dase en los países desarrollados

Disminución relativa del número de puestos de trabajo en los sectores industriales de los que depende la economía basada en la búsqueda de beneficios y el capitalismo de Estado. Independientemente de los caprichos de la demanda, el crecimiento de empleo en el sector productivo tiende, en efecto, a estar limitado por el «débito» mundial de energía y materias primas.

Integración cada vez mayor de las minorías «privilegiadas» de la clase obrera dentro de la ideología, el estilo de vida y los intereses propios de la pequeña burguesía, y desarrollo de nuevos estratos sociales «precarios»: inmigrantes, mujeres explotadas, trabajadores temporales, parados, estudiantes sin salida laboral y todo tipo de personas en situación de dependencia...

Aparición de zonas de subdesarrollo dentro de las grandes potencias. El desmoronamiento de las economías tradicionales, así como el fracaso de la descentralización industrial, han provocado reivindicaciones regionalistas y movimientos «nacionalistas» cada vez más radicalizados.

El factor determinante en la reestructuración de los espacios industriales y la expansión de un «capitalismo periférico» serán menos las opciones técnicas que los problemas sodopolíticos (es decir, el cálculo de los «riesgos sociales»).

Durante décadas, la clase obrera y la pequeña burguesía de las metrópolis imperialistas se han beneficiado de:

- la existencia de medios de producción menos integrados, menos mecanizados que los de hoy en día,
- la explotación de las colonias.

Dejando a un lado las categorías de trabajadores altamente cualificados, estas clases tendrán que «entrar en vereda», renunciar a un cierto nivel de vida ideal, a ciertas «prerrogativas». No se trata tanto de una carrera en la que las grandes potencias compiten por los

primeros puestos, sino de la instauración de un nuevo tipo de segregación social, una homogeneización a escala mundial. Mientras que en los países más pobres se implantan las élites obreras y tecnocientíficas del más alto nivel, de forma simétrica, en los países más ricos subsisten inmensas zonas de miseria.

Por lo tanto, la reestructuración del capitalismo en las antiguas potencias industriales pasa necesariamente por replantearse las «conquistas» sociales precedentes, esas a las que las clases obreras tienen tanto aprecio: salarios sociales diferidos (Seguridad Social, jubilación, prestaciones, convenios colectivos arbitrados por el poder estatal, grandes sectores económicos protegidos por los poderes del Estado, empresas nacionalizadas, sociedades mixtas, empresas subvencionadas, etc.). Desde el punto de vista del capitalismo integrado, una protección como ésta sólo puede justificarse si afecta a los sectores con tasas de beneficio nulo o muy bajo (gestión de infraestructuras, servicios públicos, etc.)- Pero en los sectores punteros, los directivos de las grandes multinacionales desean disponer de la mayor libertad de acción posible para poder tomar decisiones sobre, por ejemplo, la relocalización de los lugares de implantación (a nivel regional, nacional o continental), u otras elecciones en el dominio tecnológico, energético, etc.

El problema se plantea de forma diferente en las burocracias de los países del Este, pero el objetivo sigue siendo maximizar la explotación, que es lo que está detrás de los debates sobre la participación en los beneficios, la reforma de la planificación, etc.

II. Una redistribución de la división internacional del trabajo

El capitalismo del siglo xx sólo pudo conquistar un campo de acción propio en la medida en que se habían trastocado las barreras de los espacios y las relaciones sociales del antiguo régimen (todavía

marcadas por el feudalismo).

Parece que las fronteras nacionales, las «franquicias» nacionales y los equilibrios de clase que acabaron por estabilizarse y formar estratos en la vieja Europa, y en particular en la cuenca del Mediterráneo, constituyen ahora un estorbo objetivo para la expansión del capitalismo del siglo xxi y para el nacimiento de una nueva clase dominante a nivel mundial (forjada a partir de las aristocracias burguesas y burocráticas occidentales y orientales).

La crisis mundial actual tiene por objetivo, en última instancia, poner a punto *una nueva forma de dominación económica y política de la fuerza colectiva de trabajo a escala mundial.* La degradación progresiva de las antiguas formas de capitalismo estatal en beneficio de tecnoestructuras y entidades multinacionales (es decir, la desterritorialización de los centros de toma de decisiones, que ya no residen en las entidades nacionales) viene acompañada por:

- la relativa promoción de algunos países del Tercer Mundo que tiene como correlato una tensión de la totalidad del mercado de las materias primas: pauperización absoluta de cientos de millones de habitantes en países que no participan en este despegue económico; sobreexplotación de regiones y países que se encuentran en un lugar intermedio entre los muy ricos y los extremadamente pobres;
- las relaciones cada vez más intrincadas entre Oriente y Occidente, no sólo en el dominio económico, sino también con respecto a la vigilancia globalizada: estrecha cooperación entre tecnócratas, burócratas, policías, etc., de los países del Este y del Oeste (en todas las fases de tensión);
- cambios en el desarrollo de la carrera armamentística. Actualmente no se trata de prepararse para una Tercera Guerra Mundial, sino de:

    1) mantener un equilibrio militar —y en consecuencia político-económico— entre las superpotencias;
    2) conservar unos mínimos espacios de mediación

entre éstas y las potencias menores;

3) imponer, a partir del plan anterior, cierto tipo de modelo centralista en los dominios militar, policial, energético, tecnológico, etc.;

Por lo demás, es muy posible que esta última preocupación condicione las otras dos. En efecto, cuando los antiguos modelos del centralismo político aparecen comprometidos, el Capitalismo global tiene que superar la aparente contradicción entre:

- el debilitamiento relativo de los poderes nacionales en sectores como el de la energía, las materias primas, las implantaciones industriales, el progreso tecnológico, la moneda, etc.;
- y la necesidad de rearticular y de reterritorializar la fuerza colectiva de trabajo sobre una nueva forma de poder.

La nueva aristocracia mundial (burguesa y burocrática) continuará recibiendo el apoyo que le brindan las altas jerarquías de las potencias internacionales. Sin embargo, no se identificará particularmente con ninguna de ellas. Del mismo modo que ayer era necesario acabar con el mito de las «doscientas familias», hoy es necesario distanciarse del mito de la primacía absoluta del capitalismo alemán y americano. El objetivo actual no se encuentra concentrado en un sólo punto. Los focos más virulentos del capitalismo se encuentran tanto en el Este como en el Oeste, así como en los países del Tercer Mundo.

III. Un nuevo trazado de los grandes subconjuntos internacionales

La fórmula con la que se está experimentando actualmente, conocida como el «modelo alemán» —paralelo a la tentativa de puesta en marcha de un «espacio jurídico europeo»—, se esfuerza por conciliar:

- la integración consolidada de una aristocracia obrera que

cada vez se encuentra más distanciada del proletariado de las potencias de segundo orden;

- el refuerzo de la capacidad represiva de los poderes estatales, en particular en todo lo relacionado con la dominación de la sociedad civil;
- el libre acceso a los centros de toma de decisiones del Capitalismo mundial integrado (red multicéntrica, transnacional, dester ritorializada).

En resumen, se trata de dar consistencia al conjunto:

- en el plano local: reterritorialización idiosincrática de la fuerza de trabajo. (Papel fundamental de la influencia mediática en la construcción de modelos de individuo y la obtención de un consenso mayoritario favorable al orden establecido);
- en el ámbito europeo: gestión «comunitaria» del control social y de la represión;
- a escala mundial: adaptación sin fisuras al nuevo funcionamiento del capitalismo.

Podríamos también tomar en consideración otras muchas tentativas de reestructuración de los espacios económicos y sociales por parte del Capitalismo mundial integrado, tales como:

- el proyecto de una fuerza interafficana apoyada por Francia y los Estados Unidos para poner trabas a las intervenciones cubanas y soviéticas. El único resultado tangible de todas estas injerencias ha sido la infiltración del Capitalismo mundial en Africa;
- la importancia creciente del papel que desempeña Brasil dentro de América Latina.

Diferentes casos demuestran que la función de «policía internacional» que hasta ahora correspondía a los Estados Unidos y la Unión Soviética —recordemos el incidente de Suez— ha pasado a manos de instancias internacionales que no por ser más difíciles de identificar resultan menos implacables. (Sin embargo, tenemos que destacar que se ha restituido a la socialdemocracia alemana la función —complementaria con la de Estados Unidos— de tutela

sobre los países de América Latina y que Giscard d'Estaing se comporte como un rey de reyes en el África francófona).

IV. El desarrollo a escala mundial de un nuevo tipo de fascismo

En opinión de algunos, el Capitalismo mundial integrado estaría interesado en reducir al mínimo las soluciones autoritarias dásicas que implican el mantenimiento y respaldo de las buro- cradas políticas, las castas militares y la adopdón de fórmulas de compromiso mediante estructuras nadonales tradidonales susceptibles de oponerse a su propia lógica transnadonal y desterritorializadora. Se tendería más bien a buscar apoyo en sistemas de control flexibles, que emplean instrumentos miniaturizados. Frente a la represión a base de CRS[41], se privilegiaría una forma de vigilanda mutua de los servicios públicos, de los trabajadores sodales, de los psiquiatras y de una televisión «cautivadora». Es preferible que los individuos participen de forma voluntaria en las institudones a depender de una burocracia pesada que aplaste toda inidativa...

Sin embargo, la crisis general de larga duración que tiene paralizado desde hace varios años el conjunto de los mecanismos económicos ha conduddo al derrumbamiento de la ideología del capitalismo moderno que se ha impuesto durante el tercer cuarto del siglo xx.

Las antiguas alianzas entre clases, las formas de arbitraje tradicionales del Estado entre los distintos subconjuntos de la burguesía, las garantías políticas y jurídicas propias de la democracia burguesa; todo eso está siendo puesto en cuestión, como han manifestado los grandes directivos de la *Trilateral Comis- sion*[42].

La esperanza de supervivencia del Capitalismo mundial integrado sólo será posible si consigue controlar el funcionamiento de:

• las relaciones internacionales y los grandes movimientos sociales (por ejemplo, la manipulación de la «revolución de los claveles» en Portugal, o la intervención de las superpotencias en Italia);

[41] Siglas de las Compagnies Républicaines de Sécurité de la Policía Nacional de Francia, equivalentes en España a las Unidades de Intervención Policial o «antidisturbios» (N. del T.). "Comisión creada en 1937 con el fm de poner en contacto a los líderes de distintos sectores económicos privados norteamericanos, europeos y asiáticos de la región del Pacífico. Continúa activa hoy en día (N. del T.).

• los engranajes del Estado, incluidos los mecanismos judiciales (de ahí la importancia de la resistencia actual por parte de los abogados y de la magistratura);

• el funcionamiento de los sindicatos, comités de empresa, etc. (Las negociaciones contractuales con los asalariados tendrían que ser consideradas hoy en día como parte integrante del desempeño normal de las empresas, y los sindicatos tendrían que funcionar como un departamento para gestionar las relaciones con el personal);

• las instalaciones colectivas, como escuelas, universidades, y toda institución que contribuya a modelar la fuerza de trabajo colectiva;

• la prensa, el cine, la televisión, etc., y todo aquello que contribuye a dar forma a la subjetividad familiar e individual. (La contestación a nivel individual sólo supone un riesgo si es susceptible de contaminar otras mentes. Entonces se hace necesario vigilar muy de cerca a todo tipo de sujetos desviantes y marginales, incluso en sus reacciones inconscientes).

b) LA SEGUNDA HIPÓTESIS (PÉRDIDA DE CONTROL PROGRESIVA SOBRE LA SITUACIÓN POR PARTE DEL CMI)

Hasta ahora, el Capitalismo mundial ha demostrado ser absolutamente incapaz de aportar cualquier tipo de respuesta a los problemas más importantes del planeta (crecimiento demográfico, devastación ecológica, definición de nuevos objetivos de la producción, etc.). Las soluciones previstas para los problemas de la

energía y de las materias primas no auguran nada bueno para la inmensa mayoría de las poblaciones.
Los organismos internacionales actuales han demostrado ser incapaces de arbitrar en los conflictos entre potencias, e incluso parecen haber adoptado una postura tendente a habilitar una especie de «válvulas de seguridad» a través de los conflictos militares endémicos (guerras en Oriente Medio, en África, etc.)-

No estaríamos haciendo gala de una excesiva demagogia si afirmáramos que la desilusión y la cólera contra esta «gestión» de los intereses de la humanidad continúan aumentando: el capitalismo lo sabe y se esfuerza por tomar todas las medidas para plantar cara a las protestas y las revueltas.

No podemos identificar Usa y llanamente este nuevo orden totalitario, en el que trabajan los «expertos» de la *Trilateral Comission* y los directivos del Capitalismo mundial integrado, con los fascismos nacionales de tipo hitleriano o mussoliniano. Estará en todas partes y en ninguna. Contaminará el planeta invadiendo áreas enteras, y las zonas de libertad quedarán restringidas a los márgenes de las zonas de hiperrepresión. El propio trazado de las zonas será lábil, sus medios de acción no se concentrarán únicamente en los instrumentos de poder del Estado, sino en todos los vectores que confluyen hacia la formación de la fuerza de trabajo, creando modelos para cada individuo, es decir, imponiendo un cierto modo de vida a través de la multitud de sistemas de servidumbre semiótica típicos de la escuela, el deporte comercial, los medios de comunicación, la publicidad o las técnicas de asistencia de todo tipo (asistencia social, psicoanálisis de amplio espectro, animación sociocultural...).

El Capitalismo mundial integrado no pretende el aplastamiento sistemático y generalizado de las masas proletarias, del movimiento feminista, de las protestas juveniles, de las minorías oprimidas...

Los medios de producción sobre los que reposa el capitalismo

evocan incluso una cierta maleabilidad de las relaciones de producción y de las relaciones sociales, así como un mínimo de capacidad de adaptación a las nuevas formas de sensibilidad y a nuevos tipos de vínculos entre seres humanos que se encuentran, en todas partes, en constante cambio. (No hay más que ver cómo los medios de comunicación parecen «descubrir» a cada momento las formas de vida de los más desfavorecidos, o la tolerancia relativa en las zonas de «permisividad», y el uso que le dan a esos «descubrimientos»). En tales condiciones, la insurrección, medio tolerada y medio incentivada, en la medida en que es objeto de apropiación, podría considerarse como parte del propio sistema que la absorbe.

Otras formas de protesta parecen, por el contrario, tanto más peligrosas cuanto que atentan contra las relaciones esenciales que sustentan al sistema (el respeto al trabajo, a la jerarquía, al poder del Estado, a la religión del consumo...). Es imposible establecer una delimitación clara y definitiva entre la marginalidad que puede ser reutilizada por el sistema y los otros tipos de marginalidad que se han puesto en camino hacia auténticas *revoluciones moleculares.* Las fronteras continúan siendo maleables y borrosas tanto en el tiempo como en el espacio. Todo consiste, en última instancia, en saber si se trata de un fenómeno que se detiene en los márgenes del *socius* —sea cual fuere su extensión— o si realmente se esfuerza en cuestionarlo desde la raíz. La característica de lo «molecular» es que *las líneas de fuga se unen a las líneas objetivas de desterritorialización* del sistema y crean una aspiración irreversible hacia nuevos espacios de libertad. (Tomemos las radios libres como ejemplo de este tipo de líneas de fuga. La evolución tecnológica, y, particularmente, la miniaturización de las emisoras y el hecho de que puedan ser «manejadas» por aficionados, se corresponde con la aspiración colectiva a un nuevo medio de expresión).

Es necesario tomar en consideración numerosos factores, tanto en el plano «objetivo» como al nivel de las nuevas prácticas sociales,

para poder apreciar las posibilidades futuras de transformación revolucionaria.

¿Es posible que el Capitalismo mundial integrado consiga fundar un orden social que implique un incremento de la segregación social, y que éste sea aceptado por la mayoría? El Capital (ya sea al Este o al Oeste) no es otra cosa que un *capital del poder,* es decir, una forma de semiotizadón, de homogeneizadón y de transmisión de las distintas formas de poder (poder sobre los bienes, sobre los territorios, sobre los subordinados, los «inferiores», sobre los amigos, la familia, etc.). Únicamente la apari- dón de nuevos modos de reladón con el cosmos y con el *socitis* permitirá transformar la «fijadón libidinal» de los individuos al sistema del Capital y sus diversas formas de cristalización del poder. En efedo, dicho sistema sólo podrá mantenerse mientras que la inmensa mayoría de los individuos no sólo participe en él, sino que además lo respalde inconscientemente. Por tanto, la transformación del capitalismo moderno no reside de forma exclusiva en la lucha contra la servidumbre material y contra las formas de represión visibles, sino que conderne también y de manera fundamental a la creación de una multitud de sistemas de funcionamiento alternativos.

Los «frentes de lucha», de un tipo completamente distinto a los que han caracterizado hasta ahora el movimiento obrero tradicional, no han dejado de multiplicarse en la última década. (En el caso de los trabajadores inmigrantes, los OS [obreros especializados] que protestan contra el tipo de trabajo que les es impuesto, los parados, las mujeres explotadas, los ecologistas, los «nacionalistas comunitaristas», los pacientes psiquiátricos, los homosexuales, los ancianos, los jóvenes, etc.). Pero estas reivindicaciones, ¿acabarán por verse inscritas en el marco de las «reivindicaciones» que el sistema considera como aceptables? ¿O bien empezarán a proliferar tras ellas nuevos vectores de revolución molecular? (Que se localizan a partir de coordenadas dominantes; que producen sus propios ejes de referencia; que mantienen entre ellos

correspondencias subterráneas, transversales, consiguiendo así minar las antiguas relaciones de producción, los vínculos familiares, la percepción del cuerpo, el sexo, el mundo...).

Estas microrrevoluciones, estas instancias de controversia de las relaciones sociales, ¿permanecerán atrincheradas en esferas bien delimitadas del espacio social? ¿O bien se producirá una nueva forma de «segmentación social» que logrará articularlas entre sí pero sin reintroducir las antiguas formas jerárquicas y de segregación? En resumen, ¿conducen todas las microrrevoluciones a una verdadera revolución? ¿Es posible que se «encarguen» no sólo de los problemas locales sino también de la gestión de los grandes conjuntos económicos?

Dicho de otra forma: ¿seremos capaces de emanciparnos de las distintas utopías del «retorno a»? Retorno a los orígenes, a la naturaleza, a lo trascendente... Las líneas de desterritorializa- ción «objetivas» no tienen vuelta atrás. Sin la colaboración del progreso técnico y científico nada será posible, y el capitalismo volverá a ganar la mano.

Un ejemplo: las luchas por la autodeterminación de Córcega o Bretaña... Está claro que, en los próximos años, este tipo de movimientos se hará cada vez más fuerte. ¿No es acaso un tipo de «retorno a»? De hecho, de lo que se trata aquí es del ascenso de una nueva Córcega, de una nueva Bretaña, como de una nueva Sarcelles o una nueva Yvelines... Reescribir el pasado sobre el trazado de un futuro abierto al cambio. Las reivindicaciones de las minorías, pongamos por caso, las reivindicaciones nacionalistas, también, pueden estar investidas de un tipo de poder estatal, de poder de sujeción; digamos que son portadoras de virus capitalistas.

¿Qué formas de resistencia pondrán en juego los entornos más tradicionales, que han sido desestabilizados por la evolución actual del Capitalismo mundial integrado? Los sindicatos, los partidos de izquierda clásicos, ¿permitirán que el capitalismo moderno los manipule indefinidamente, o bien se transformarán de manera

radical?

Es imposible predecir cuáles serán las formas de lucha y de organización que tomará en el porvenir esta revolución que ya ha comenzado a esbozarse. Hay muchos tipos de cuestiones que esperan respuesta... Sin embargo, existen ya algunos puntos que parecen consolidarse; no acerca de lo que serán las nuevas formas de lucha, sino de lo que no serán.

No estarán centradas exclusivamente en objetivos cuantitativos, cuestionarán la finalidad del trabajo y, por consiguiente, del ocio y la cultura. Discutirán sobre el medio ambiente, la vida cotidiana, la vida doméstica, las relaciones hombre-mujer, adulto-niño, la percepción del tiempo, el sentido de la vida...

No estarán focalizadas únicamente sobre el modelo de clase obrero-industrial-cualificado-blanco-adulto. (Fin del mito del obrero revolucionario, de las fábricas Putílov en 1917[43]). La producción de hoy en día no puede identificarse de ninguna manera con la industria pesada. En esencia, ahora estos procesos involucran tanto útiles-maquinaria como ordenadores, tanto agen- ciamientos sociales como intervenciones tecno-científicas. Es inseparable de la formación de la fuerza de trabajo, empezando por los niños desde su más tierna edad; e implica igualmente la «célula» de mantenimiento, de reproducción y de formación que constituye la familia y cuya gestión, en las actuales circunstancias de opresión, es un peso que recae sobre las mujeres...

No estarán orientadas tan sólo por un partido de vanguardia concebido como sujeto pensante de las luchas y a partir del cual tendría que determinarse el conjunto de los «movimientos de clase». Serán multicéntricas. Sus distintos componentes no tendrán por qué ponerse totalmente de acuerdo o hablar un mismo lenguaje estereotipado. Las contradicciones, e incluso ciertos anta-

[4í] Putílov era una enorme fábrica de Petrogrado en la cual tuvieron lugar huelgas especialmente decisivas para la revolución de 1917 (N. del T.).

gonismos irreductibles, podrán subsistir entre ellas. (Tomemos

como ejemplo: el punto de vista específico de las mujeres frente a los movimientos en los que prevalece la dominación masculina). La contradicción no es aquí un freno para la acción; es la prueba de una posición singular, de que está en cuestión *un deseo específico.*

No se limitarán a los marcos nacionales. Próximas a la realidad cotidiana, afectarán también a los conjuntos sociales que desbordan por todas partes las entidades nacionales. Ahora mismo, toda perspectiva de lucha formulada exclusivamente dentro del marco de una nación neutraliza por adelantado su propia eficacia. Los partidos y grupúsculos reformistas, así como los más revolucionarios, que persiguen la «toma del poder político del Estado» como único objetivo se condenan ellos mismos a la ineficacia más absoluta. ¡Por eso la solución del problema italiano no corresponde ni a los socialistas, ni a los comunistas, ni a los independentistas! Por el contrario, implica un movimiento de lucha que tendría que desarrollarse como mínimo en cuatro o cinco países europeos a la vez).

No se articularán en torno a un único corpus teórico. Sus distintas partes elaborarán, cada una a su escala, cada una a su propio ritmo, los modos de semiotización apropiados para definir y orientar la acción. (Aquí vuelve a surgir la cuestión de la obsolescencia de las oposiciones entre trabajo productivo y trabajo científico y cultural, entre trabajo manual y trabajo intelectual).

Rechazarán la compartimentación estanca del valor de mercado, el valor de uso y el valor del deseo. Esta compartimentación constituye uno de los soportes esenciales de las formaciones de poder cerradas en sí mismas y jerarquizadas, sobre las cuales se funda el capitalismo y la segregación social.

En conclusión: nada está decidido.

La producción social, bajo el control de las «élites» capitalistas y tecnocráticas, que ha sido modelada según los intereses y los deseos de los individuos tiende a:

- sobrevalorar sistemáticamente las industrias que comprometen la propia supervivencia de la especie humana (carrera ar-

mamentística, centrales nucleares...);

- subestimar los valores de uso más esenciales (el hambre en el mundo, la protección del medio ambiente...),
- aplastar y reprimir los deseos en su singularidad, y por lo tanto a hacernos perder el sentido de la existencia.

En estas condiciones, la perspectiva de una transformación revolucionaria sigue siendo perfectamente posible, poniendo de manifiesto el absurdo de planteamientos como el fin de la política, el derrumbamiento de lo social, etc. La cuestión fundamental es el desarrollo, la renovación, y, sobre todo, saber cómo van a articularse entre sí: las luchas del día a día, las luchas del deseo; las luchas de clase obrera tradicionales y las luchas de emancipación nacionales y nacionalistas.

II. LA EUROPA DE LOS FURGONES POLICIALES

SOCIALDEMÓCRATAS Y EUROCOMUNISTAS FRENTE AL ESTADO

Primera parte: más allá del Estado

Aunque no dejan de referirse a su programa, los socialistas y los comunistas franceses se apoyan en la confianza depositada en ellos por amplios sectores de la población, sirviéndose de los medios de comunicación de forma cada vez más sistemática. Sin embargo, todavía se conservan las antiguas formas sectarias. Algunos de los consejeros con mayor credibilidad del «entorno» de François Mitterrand continúan repitiendo la misma canción: «Para comenzar necesitamos un partido fuerte, un Estado fuerte, para crear así las condiciones de desarrollo de un movimiento de autogestión...» (!!!). Es cierto que los bolcheviques ya no están de moda, pero uno no puede evitar pensar que ése es precisamente el tipo de argumentos al que se recurría en el pasado, en la Rusia revolucionaria, para justificar la liquidación sucesiva de los soviets, del pluralismo de partidos, la divergencia y todo tipo de tendencias disidentes. No podemos juzgar a la izquierda a partir de sus supuestas intenciones, porque tampoco puede predecirse cómo reaccionaría si se formasen comités de base que escaparan a su control. Todo lo que podemos decir es que, en la etapa actual, no sólo no contribuye al desarrollo de ningún movimiento de autogestión sino que, además, su obsesión elec- toralista —«nada de nuevas corrientes hasta las legislativas»— conduce a la izquierda a condenar de manera implícita todo lo que se parezca, ya sea mucho o poco, a un foco de contrapoder. Su posicionamiento frente a los comités de soldados y las radios libres es muy significativo en ese sentido.

El nuevo estilo, modelado por los medios de comunicación, ha dado sus frutos, especialmente con respecto al electorado flotante. Pero podríamos preguntarnos si, por el contrario, la izquierda no estaría «volatilizando» las convicciones de su electorado tradicional, que se ha vuelto más pasivo que nunca y cada vez está menos

convencido de que el próximo periodo electoral pueda traer nada nuevo. Sean cuales fueren las circunstancias, el hecho de reclamar la confianza de las multitudes, combinado con un conformismo sistemático que pretende «tranquilizar a las buenas gentes», no ha producido nunca resultados espectaculares en momentos de grave crisis. No es nada fácil borrar de la memoria colectiva que la media docena de grandes movimientos promovidos por la izquierda en los últimos cuarenta años se ha saldado con retrocesos, acuerdos con los partidos burgueses y, en fin, con la consolidación del capitalismo. Todos ellos han precedido a largos periodos de desmoralización y de falta de entusiasmo por parte de las fuerzas populares. Si bien es cierto que las bases militantes no ven reforzado su sistema de creencias, ni aumentan tanto como para medirse a las audiencias de los partidos de izquierdas, las instituciones mismas, por el contrario, no dejan de consolidarse, de solidificarse, volviéndose cada vez más y más burocráticas. Antes de que comiencen a desempeñar un papel importante en la normalización y defensa del orden establecido a nivel nacional —como ya sucede con los altos cargos del PC italiano—, se pide a los responsables que se ocupen de mantener la disciplina en el seno de la organización y que mantengan un ojo puesto en todos aquellos elementos susceptibles de atizar el descontento entre los simpatizantes... Todo lo que no tenga relación directa con la apuesta electoral de 1978 será percibido como algo nocivo, en especial los debates internos y las previsiones de futuro. No solamente se ha abandonado el «triunfalismo» del año pasado (lo cual no está mal), sino que todos los impulsos creativos, sean o no herederos de 1968, todos los esfuerzos de lucha, la invención de nuevos medios y de nuevas estrategias, así como todos los nuevos deseos, son también considerados sospechosos.

Este «reformismo» prudente de la izquierda tendría justificación si la crisis actual fuera meramente coyuntural y no pusiera en cuestión los cimientos de las relaciones de producción y los vínculos sociales. Esta actitud que consiste en intentar tranquilizar a las masas

a cualquier precio resulta una fuerza «desmovilizadora» cuando no queda ninguna combinación posible para alcanzar un «acuerdo amistoso». ¿Con qué medios cuentan los dirigentes de la izquierda para intervenir en la crisis, para evitar el sabotaje de la patronal y del mundo de los negocios, para luchar contra la huida de capitales, el descontento del ejército o contra la presión del capitalismo internacional? Respaldados por el apoyo de las organizaciones sindicales, cuentan con disfrutar de un respiro en el campo social, pero ¿cuánto durará esa tregua? La huelga general de 1936 dio comienzo en el mismo momento en que se anunciaba la victoria de la izquierda. También es cierto que tendemos demasiado a evaluar la situación actual tomando como referencia acontecimientos del pasado. Si queremos comprender mejor los rasgos específicos de la crisis actual y, por consiguiente, la credibilidad del nuevo Frente Popular que ya comienza a perfilarse en el horizonte, no debemos contentarnos con considerar los discursos o las supuestas intenciones de los líderes de izquierda en sí mismos, sino ante todo confrontarlos con la situación real y el grado de evolución actual de los grupos sociales a los que pretenden representar.

Dos series de factores hacen que la crisis actual no sea como las otras. La primera tiene que ver con las transformaciones del vínculo entre el poder estatal y las estructuras económicas, y la segunda con el desarrollo de las llamadas «masas populares», que no han sido nunca tan masivas como se pretendía, pero que hoy en día tienden a destacar por su diferenciación y a promover la aparición de frentes de lucha diversificados que son cada vez más difíciles de controlar para los burócratas políticos y sindicales.

¿Acaso una política «dirigista», basada en el incremento de la producción a través de comisiones estatales —es decir, de la creación de una nueva demanda en el marco de un sistema antiguo— podría actualmente restaurar el pleno empleo, detener la inflación, devolver la confianza a los inversores? Un gobierno de izquierdas podría, por ejemplo, verse animado a lanzar nuevos programas de

vivienda social, hospitales, escuelas, autovías, aparatos supersónicos o pilas atómicas... Pero una política de ese tipo tiene sus límites (económicos y humanos), ¡y además no podría alcanzar y mantener por sí misma el nivel de competitividad propio de la economía francesa en el mercado mundial! Cuando, cumpliendo los objetivos del Programa Común, el Estado —que está en gran parte al servicio de las grandes empresas capitalistas— se haya hecho con el control de los bancos y los *trusts* empresariales que hayan perdido más empuje ¿qué habrá cambiado entonces? En realidad, el Estado seguirá bajo el control del capitalismo moderno, y la izquierda, una vez más, habrá contribuido a acelerar este proceso. Según el sentido común —que es la droga más extendida del mundo— ¡todos deberíamos dar por sentada la idea de que una progresiva difusión de los procesos de nacionalización pueda ser la palanca que active el giro de la sociedad hacia un «socialismo a la francesa»! Así, los socialistas no paran de repetir que su intención es la de promover procesos de nacionalización democráticos y no la estatalización burocrática. ¡Sin embargo, no está claro cómo un sector nacional autónomo y autogenerado podría desarrollarse en las actuales condiciones! En la economía capitalista todo está conectado: a nivel nacional, el sector privado depende del sector público; y a nivel internacional, el sistema capitalista, el sistema socialista burocratizado y la explotación del Tercer Mundo se sostienen entre sí. Muchas nuevas crisis han tenido su origen en la desarticulación —o redistribución— de distintos componentes del reciente capitalismo global, y también en el actual estado de devastación de las economías nacionales y regionales. Por último, esta misma idea —mucho menos ambiciosa que la de una transición progresiva al socialismo—, que ya ha sido anunciada por los dirigentes más «realistas» del Programa Común, consiste en una propuesta para utilizar una cierta porción del sector nacionalizado —delimitada en función de cierta cualidad intrínseca aún por determinar— para frenar la crisis en Francia... ¡incluso esta idea, que tiene un perfil tan

tecnocrático, resultaría con toda probabilidad ilusoria!

Podríamos distinguir de manera esquemática dos fases en la evolución de las relaciones entre el Estado y la economía francesa desde la última guerra mundial: Iº) Una fase «eufórica», en la que los tecnócratas tienen la sensación de avanzar hacia una gestión planificada a nivel nacional; 2º) una fase «depresiva», en la que tienden a renunciar a toda ambición en ese sentido. Hoy en día, por ejemplo, organismos tales como el Comisaria- do General de Planificación (CGP) han sido confinados en un gran departamento de investigación, sin influencia real sobre la economía.

Durante su fase ascendente más ambiciosa, el Estado se inclina a hacerse cargo, directa o indirectamente, de los sectores menos rentables de la economía, por ejemplo aquellos que exigen una movilización demasiado grande de capital, demasiada mano de obra, o bien aquellos que no son capaces de adaptarse a las formas de malversación de todo tipo que constituyen la esencia de los beneficios capitalistas (gastos ficticios, fraude fiscal, especulación bursátil, etc.). De esta manera, consigue concentrar sobre sí y financiar la infraestructura general de la economía capitalista (instalaciones, transportes, comunicaciones, servicios públicos, etc.). El lucro personal se ha puesto a cosechar en el fértil suelo del Estado y las empresas nacionales como quien recoge champiñones, por así decirlo. El apoyo estatal al capitalismo privado y su respaldo nacional —que a menudo toma formas sibilinas y difíciles de percibir—, tiene los siguientes efectos:

- sobrecargar de impuestos a los trabajadores para consolidar la explotación capitalista y el despotismo burocrático, que no dejan de proliferar en todas las capas de la sociedad;
- crear de forma artificial nuevas áreas de beneficio privado (la publicidad «anexa» a la televisión, la industria del turismo «anexa» a las instalaciones costeras, etc.).

¡En semejantes condiciones, no tendría sentido oponer entre sí las distintas categorías de explotadores en fundón de su estatuto

jurídico o administrativo! Ya se trate de patronos o de accionistas, industriales o comerciantes, gerentes, técnicos, funcionarios, políticos o mandarines de cualquier tipo, todos ellos se encuentran en los mismos «entornos», en los mismos grupos de interés o *lobbies* de perfiles imprecisos, que controlan juntos a las formaciones de poder.

Desde el momento en que el mercado mundial comenzó a cobrar un papel fundamental en las economías nacionales, las sociedades multinadonales se convirtieron en auténticos centros de decisión en todo lo concerniente a la moneda, las materias primas, la implantadón de nuevas industrias, las grandes innovaciones tecnológicas, etc., los poderes estatales se han visto irreversiblemente desvinculados de sus antiguas fundones de arbitraje entre las fuerzas económicas y sociales de un mismo país. La función de las burguesías nacionales y de las burocracias estatales también se ha transformado. Para someter a la fuerza colectiva de trabajo ya no basta con los medios de coerción directa (como la policía y el ejército, milicias al servicio de la patronal), ni siquiera son suficientes los medios indirectos, tales como la regulación de comportamientos mediante sistemas de intimidación y de persuasión para que los individuos acepten de manera pasiva las leyes, las normativas, las normas morales, religiosas, educativas, etc. El Estado era el responsable último de la coordinación, vigilancia e incluso, a veces, de la gestión directa de organismos y servicios públicos encargados del modelado y vigilancia permanente de individuos, familias y colectividades de todo tipo. Pero a medida que se producía su integración internacional, la evolución de las fuerzas productivas ha conducido al capitalismo a explotar relativamente menos la fuerza de trabajo muscular y la habilidad manual de los trabajadores que su capacidad para adaptarse y someterse a conglomerados técnicos, sistemas de codificación, formas de organización del trabajo cada vez más complejas y medios de formación y control *miniaturi- zados* cada vez más diversificados.

Cada vez se tiende a usar más estos tipos de vigilancia recíproca y de autocontrol. Sin duda, éstos siempre han tenido como objetivo poner los cuerpos, los órganos, las funciones, las actitudes y las relaciones interpersonales al servicio del sistema dominante. Pero ahora, para alcanzar el mismo resultado es necesario dar rodeos suplementarios y reforzar la intromisión del poder en los deseos, la sexualidad inconsciente, las fantasías y esperanzas de cada uno. Así, actualmente, el control depende menos de que los individuos estén directamente sometidos a sistemas de dominación «visibles» o dispositivos de normalización organizados públicamente, que de una multitud de actores institucionales más o menos privados y de distintas asociaciones deportivas, sindicales, culturales, grupos vecinales, bandas de jóvenes, sectas, etc.

El beneficio económico no ha sido nunca el único objetivo del capitalismo. La búsqueda de cierto tipo de dominación social, asociada a menudo a una forma de creatividad miope y cínica —innoble en el sentido etimológico—, ha constituido desde siempre uno de sus principales motores. En torno a los objetos fundamentales, representados en el dinero y el poder de las burguesías y las burocracias, éstas han construido sistemas de regulación y distribución de las poblaciones explotadas que tienen también la función de imponer a las clases dirigentes un mínimo necesario de disciplina colectiva, sin lo cual sería imposible para ellas hacer frente a los problemas combinados de la lucha de clases y las «necesidades» propias del crecimiento económico. La originalidad del capitalismo contemporáneo —su capacidad que todavía no ha sido desmentida para sobreponerse a las crisis más graves, e incluso de salir fortalecido de ellas, su superioridad relativa como técnica de explotación de los trabajadores entre todas las diversas «fórmulas» del sociaHsmo burocrático— consiste en que, hasta la crisis actual, la concentración de los distintos poderes políticos y la fusión de fuerzas económicas, lejos de conducir a su aislamiento y asedio, han venido acompañados, por el contrario, del

apoyo de sectores crecientes de la sociedad. Podríamos decir incluso que el capitalismo ha conseguido contaminar la totalidad del cuerpo social con su «concepción» del beneficio y de la alienación, aunque cada uno de estos subconjuntos haya participado en un grado o en otro y de formas distintas (incluido el socialismo burocrático) en el tipo de explotación y ansia de poder que lo caracterizan. Las clases obreras de los países más prósperos participan de forma indirecta en el pillaje del Tercer Mundo, los hombres beneficiándose de la explotación de las mujeres, los adultos contribuyendo a la alienación de los niños, etc.

De manera esquemática, puede decirse que todo lo que depende de la ley tiende a tomar forma a partir del Estado, y todo lo que tiene que ver con el deseo tiende a modelarse partiendo de la búsqueda de beneficio. El ascenso promocional y hasta el amor dependen igual que cualquier otro sector de... ¡la libre empresa!

Segunda parte: más acá del Estado

Ya hemos visto cuál es la nueva relación entre los Estados y la organización mundial: concentración radial de los distintos poderes y «molecularización» de las fuerzas de dominación. Nuestro segundo punto concierne al porvenir de las «masas populares» (poco importa la expresión que usemos), ya que las transformaciones capitalistas y burocráticas que hemos estudiado hace un momento funcionan con mayor eficacia en el terreno económico que en el político, donde no dejan de tropezar con barreras nacionales y, por lo que parece, también con todo tipo de arcaísmos. En lo que respecta a la capitalización de la *plusvalía económica,* las fronteras se han vuelto bastante permeables y estas transformaciones han podido operarse por encima de los antagonismos entre regímenes, conflictos raciales o desigualdades en el desarrollo. Por el contrario, respecto a la *plusvalía de poder,* asistimos a una limitación generalizada de las

perspectivas de futuro que no solamente ha hecho imposible hoy en día la constitución de nuevas entidades territoriales de gran extensión, como Estados Unidos o la Unión Soviética, sino que además ha contribuido a que se multipliquen por todas partes las polémicas lingüísticas, regionales, étnicas, etc.

¡Todo sucede como si la fórmula del «Estado» se hubiera vuelto obsoleta de golpe, como si el capitalismo ya no tuviera a su alcance medios políticos e institucionales en consonancia con su dinamismo económico, el cual, por su parte, sigue teniendo un poder terrorífico! Cuanto más se ha puesto el Estado al servicio del capitalismo industrial, comercial y financiero (en el caso de las negociaciones salariales, en la vida de las colectividades locales e incluso en la vida cotidiana de cada uno), menos capaz es de sostener una política coherente. ¿Vamos a achacar esta incapacidad del Estado para implementar una planificación racional total a la debilidad política de los actuales gobernantes? ¿Bastaría entonces para cambiar esta situación con sustituir a los políticos de derechas por otros de izquierdas, a los tecnócratas de derechas por tecnócratas de izquierdas —que, por cierto, salen de las mismas facultades y frecuentan por lo general los mismos círculos—? ¿No es acaso esta incapacidad el producto de una evolución más importante que ha conducido a los estados modernos a convertirse en poco más que mecanismos de mediación entre un *más allá* y un *más acá*, entre las instancias supranacionales y los grupos de presión internos de todo tipo?

Semejante crisis (la incapacidad del Estado para adaptarse) no favorece solamente a los «peces gordos» del capitalismo internacional, sino que también abre una vía a nuevas formas de intervención para los movimientos de masas; estas masas, de las que decimos que resultan cada vez menos masivas, y que se encuentran en busca de nuevas «identidades» que les permitan asumir no sólo sus necesidades cuantitativas, sino también sus propios posicionamientos individuales respecto al placer. Bien pensado, es

probable que tengamos que buscar los «eslabones más débiles» del capitalismo por el lado de los agenciamientos colectivos del deseo, y no en la economía política. Obviamente, estos dos aspectos son inseparables el uno del otro, a pesar de que esté instalándose entre ellos una especie de desajuste a medida que la crisis se va desarrollando. Todavía podemos pensar que el capitalismo internacional ha conseguido «resolver» a su manera problemas como el de las materias primas, el avance tecnológico o la tarea de rediseñar el mapa mundial de los emplazamientos industriales... pero es imposible que encuentre soluciones para los problemas políticos, demográficos y ecológicos en los que ya ha comenzado a hundirse. El «genio» del capitalismo ha consistido en que, durante la mayor parte del siglo xx, no sólo ha sido capaz de neutralizar los movimientos revolucionarios que intentaban destruirlo, sino que además se ha servido de ellos para acallar al proletariado mundial y, en cierta medida, a los movimientos de emancipación nacional. No obstante, la característica fundamental de la crisis actual probablemente no sean tanto los desarreglos económicos en sí como cierta incapacidad por parte de las élites políticas de los países capitalistas para ofrecer respuestas a los problemas sociales (tanto a escala nacional como internacional), en la línea de los movimientos reformistas tradicionales. La fórmula que consiste en apuntalar la burocracia estatal haciendo uso de las burocracias obreras está a punto de desbaratarse en países tan distintos entre sí en materia política como Italia e Inglaterra. Y no está claro que, en ese aspecto, la socialdemocracia francesa haya tenido más éxito que su equivalente inglesa o el Partido Comunista Italiano. Mientras que la institucionalización del movimiento obrero coincidió con la modernización del capitalismo —y ello esencialmente en el marco delimitado por el territorio de la Nación—, el descontento de los trabajadores y la presión social ejercían de hecho como una especie de presión «selectiva» so*bre las empresas, para que las más débiles se alinearan con las más fuertes o desaparecieran. Esta complemen-

tariedad entre el progreso social y el progreso del capitalismo ha generado una tendencia a desproletarizar a las masas obreras y adaptarlas a modelos de consumo, que por otro lado resultan esenciales para la producción y para la estabilidad de las relaciones sociales. Creo que la llegada al poder de las burocracias socialdemócratas y eurocomunistas en cierto número de países occidentales, inscrita en el contexto de una «crisis del reformis- mo», no puede sino acelerar el desarrollo de esta crisis internacional. En efecto, hay muchas razones para pensar que éstas no tendrán más poder sobre la economía internacional que sobre la máquina estatal, la cual seguirá girando sobre sí misma, registrando de manera pasiva los datos económicos, levantando acta de las relaciones de fuerza sin llegar a influir verdaderamente en el curso de los acontecimientos. Si su acción permaneciera en el ámbito de los medios de comunicación, de lo espectacular, no tendría más efecto que el de *desmovilizara los agentes potenciales de un cambio social real.*

Lo que es más, no podemos de ninguna manera excluir la posibilidad de un divorcio del sindicalismo obrero y los partidos comunistas y socialistas; tampoco puede rechazarse *a priori* la posibilidad de una evolución «a la inglesa», tal y como François Fogel la ha descrito en *Liberation,* es decir, un proceso de autonomización de las *Trade Unions* respecto del Partido Laborista que literalmente paralizara los distintos esfuerzos del capitalismo moderno por salir de la crisis. En el marco de las luchas duramente competitivas que libran entre sí las grandes potencias industriales, el hecho de que las burocracias sindicales tomen distancia frente a los partidos políticos de izquierdas —ciertamente no para volverse hada un sindicalismo revolucionario, sino para hundirse cada vez más en un corporativismo a la americana— podría, por lo tanto, tener como consecuencia que a las modernas élites dirigentes de dichos países les sea retirada la posibilidad, de la que hablábamos antes, de utilizar el sindicalismo contractual como una palanca para inclinar a su favor las contradicciones internas del Capitalismo. Es muy probable que

haya pasado ya ese tiempo en que podíamos considerar que, en caso de grave crisis, los partidos socialdemócratas estarían mejor situados que nadie para «salvar las apariencias» de las burguesías y para dar un nuevo empuje al sistema capitalista. Aunque también es cierto que el entusiasmo con que se hace alusión a los ejemplos «exitosos» hasta ahora —pero ¿durante cuánto tiempo más?— de las socialdemocracias alemana y nórdica puede resultar algo precipitado.

En la actualidad, ni los dirigentes del capitalismo internacional, ni las burocracias del Este, ni los líderes «alternativos» de los movimientos izquierdistas europeos disponen de medios o incluso de ideas que les permitan hacer frente a los enormes movimientos sísmicos que están transformando el mundo. Todos ellos continúan viviendo en la utopía de pensar que la maquinaria económica puede nutrirse indefinidamente de las técnicas de control de masas instauradas por el aparato estatal, el ejército, la escuela, los servicios públicos, las burocracias sindicales... y más recientemente, por los medios de comunicación. Es cierto que hoy en día se tiende a ejercer el control social por medios menos violentos que antes. Los individuos se mantienen «en su lugar» por efecto del entorno, las ideas, los gustos, los modelos, las formas de ser y las imágenes que se les inyectan constantemente, a veces por medio de eslóganes que no pueden sacarse de la cabeza. Pero este sistema para someter «suavemente» a los sujetos, este «adormecimiento colectivo» ha comenzado ya a fallar. Algunos «ruidos» han empezado a despertar a la gente. Por ejemplo, hay mecanismos «normales» de dominación en el campo económico que se encuentran en vías de extinción: la tasa de paro «normal» ha sobrepasado los niveles de alerta, y la inflación «normal», que no es sino otra forma de explotación indirecta del asalariado, se ha vuelto incontrolable. Importantes regiones y naciones, consideradas hasta hace muy poco como los principales polos del crecimiento económico, están deslizándose hacia el subdesarrollo. En fin, asistimos a la liquidación general de

las ideologías y los modelos de referencia, así como al hundimiento de las grandes «mecas» del socialismo, una tras otra.

También esta vez de forma muy esquemática, podríamos distinguir cuatro grandes periodos en la historia de la integración obrera:

- un periodo de urbanización intensiva y de lucha contra el nomadismo de los trabajadores;
- un periodo de alfabetización, de fijación semiótica de la fuerza de trabajo a la lengua del poder y sus sistemas jerárquicos;
- un periodo de «socialización» que corresponde a la integración del movimiento obrero y al desarrollo del sindicalismo contractual;
- un periodo de sometimiento generalizado, dominado por los medios de comunicación de masas y su modelo de vida normalizado según el referente del *American Way of Life*, etc.

Las diferentes tecnologías de dominación y las distintas instituciones creadas a lo largo de esos periodos (y que no han sido eliminadas con el correr del tiempo, sino que se han imbricado las unas en las otras) no se corresponden ya con la evolución de las fuerzas productivas, la internacionalización de la economía o la ascensión de un nuevo tipo de deseo entre las masas. Dicho de otro modo, las cuatro problemáticas anteriores —ésta es al menos la hipótesis que me gustaría sostener— están siendo sustituidas por otras formas de crisis cuyas prolongaciones son imprevisibles, a saber:

- una crisis que va a afectar a la organización de los territorios y, en primer lugar, a los poderes estatales (podríamos hablar incluso de un «debibtamiento del Estado», pero desde un punto de vista bien distinto del marxista);
- una crisis que afectaría a los mecanismos de dominación económica tradicionales (el paro, la inflación, etc.) que están vinculados esencialmente a la internacionalización de los mecanismos económicos y productivos (desterritorialización del

capitalismo);

- una crisis que afecta a las formas de control de la fuerza de trabajo, las formas de socialización de los individuos (crisis de las instituciones, de la escuela, de los sindicatos, de la militancia tradicional, etc.) y que está ella misma conectada al desarrollo de los medios de comunicación;
- una crisis vinculada al repunte de una nueva sensibilidad en las masas, a la emergencia de un nuevo tipo de lucha por la «calidad de vida», y a nuevos tipos de reivindicaciones que conciernen a lo que podríamos llamar «el derecho al deseo».

¿Cómo es posible que los dirigentes y teóricos izquierdistas, que afirman estar decididos a no cambiar nada esencial —al menos en un primer momento, dicen...—, cómo es posible que proclamen que su programa económico permitirá resolver estas crisis en las escuelas, las empresas, los cuarteles müitares, las cárceles y los hospicios? ¿Y qué ocurriría si la enorme masa de los asalariados se negara a aceptar los «sacrificios necesarios», como es ya el caso en Italia, y si un número creciente de minorías rehusara seguir con el juego y pusiera en cuestión dentro del día a día todas las relaciones jurídicas, domésticas y sexuales del sistema actual que, a todas luces, continúan siendo custodiadas por las distintas formaciones de izquierda?

La alianza entre los sindicatos contractualistas y los partidos de izquierda se ha consolidado sobre la base de la aceptación pasiva del capitalismo por parte de extensas capas de la clase obrera. Pero el fracaso político y económico de la derecha tendrá ciertamente consecuencias sobre esta actitud integradora. Si, en la primera fase, una cierta independización del sindicalismo condujo al repliegue de la clase obrera sobre sí misma y hasta a una exacerbación «poujadista» de sus elementos más conformistas, también podría, en una fase ulterior, favorecer el desarrollo de corrientes de «autonomía obrera» —por retomar una expresión italiana— que obrasen en su seno nuevas perspectivas revolucionarias.

Sin llegar a suponer el retorno de grandes transformaciones como la de Mayo del 68, existe todo un conjunto de señales que ponen de manifiesto la negativa por parte de sectores cada vez más amplios de la sociedad a seguir viviendo igual que lo hacían antes. Un número creciente de personas ha comenzado a rechazar cierto tipo de relaciones con las mercancías. Hay una incitación a consumir más coches, más alojamientos individuales, más aparatos electrodomésticos, más formas de ocio prefabricadas, y, para ello, a trabajar más, a trepar por los peldaños de la escalera profesional, a desgastarse prematuramente —y todo eso, ¿para qué?, ¿en beneficio de quién?—. Puede que todos esos elementos tan importantes para el buen funcionamiento del capitalismo estén a punto de verse alterados. En el fondo, lo que ha perdido credibilidad es la idea misma de que pueda encontrarse una solución a los problemas socioeconómicos de las élites dirigentes actuales. Nada —ningún chantaje basado en la acción conjunta, ninguna recriminación por «irresponsabilidad»— debería impedirnos imaginar escenarios distintos de los que quieren meternos en la cabeza a toda costa. Por ejemplo, en el caso de que la izquierda llegase al poder:

- la imposibilidad para ella de acabar con el paro;
- la imposibilidad de superar la dependencia de la economía francesa respecto del mercado mundial y de las superpotencias que lo controlan sin salirse de las reglas del juego capitalista (tanto interior como exterior);
- la acentuación de la desigualdad entre regiones, sectores socioprofesionales, sexos, grupos de edad, etc. Es decir que por un lado se da una estratificación social, una inercia social y económica cada vez más paralizante, pero más «reivindicativa», y por el otro un marginalismo en proceso de fortalecimiento que se desentiende de la «utilidad marginal» para asumir nuevos estilos de vida.

Más que contentarnos con asistir al desenlace de la campaña electoral como telespectadores en una tarde de domingo, tenemos el deber de plantear a la izquierda cierto número de cuestiones previas.

Por ejemplo: ¿qué van a hacer para que la economía se sostenga si los sindicatos deciden desvincularse de ella «a la inglesa»? ¿Qué harán para «mantener» a los jóvenes, las mujeres, las minorías de todo tipo que querrán aprovechar la ocasión para «cambiar un poco las cosas»? ¿De qué sería capaz para mantener el orden? También deberíamos analizar cuidadosamente las motivaciones de nuestro propio derrotismo. En efecto, parece que, a fin de cuentas, la hipótesis implícita para muchos de nosotros es que, de todas formas, siempre vamos a salir perdiendo. ¿No nos demuestra acaso la historia que la izquierda siempre consigue restablecer el orden manipulando los distintos movimientos mejor de lo que podría hacerlo la derecha? Desde luego, no hay que hacerse demasiadas ilusiones: los partidos de izquierdas se preparan ya para hacer frente a sus «responsabilidades», como ellos dicen, o para poner en práctica todas las formas de represión que «exijan las circunstancias», según otra expresión al uso. Pero preguntémonos una vez más: ¿disponen de los medios suficientes? Nada está decidido aún y, sin recaer en una suerte de mesianismo revolucionario de las crisis, podemos afirmar que el comienzo electoral del «ya está bien» que representa el ascenso del ecologismo y de la izquierda radical francesa, el agravamiento creciente de la crisis en Italia, el nacimiento de una nueva España o el desarrollo de la disidencia en los países del este de Europa, anuncian un periodo de grandes cambios. No obstante, una especie de torpor colectivo, sostenido por los medios de comunicación, nos induce todavía con demasiada frecuencia a evitar plantearnos la posibilidad de que se produzca una auténtica ruptura histórica.

No tratamos aquí de especular sobre el porvenir. Más que intentar precavernos contra el regreso ineluctable del fascismo, y ya que, de todas formas, siempre nos viene a la mente ese mismo esquema mecánico, ¿por qué no partir de la hipótesis contraria: que un nuevo tipo de revolución se ha vuelto por fin posible a finales de siglo, una revolución que ya no concierne únicamente a las

instituciones políticas, y que podría recusar todos los engranajes de la sociedad, hasta los más moleculares de entre ellos? Hoy en día nadie se atreve a decir estas cosas en voz alta por miedo a convertirse en objeto de burla para los nuevos líderes intelectuales de la izquierda: «¡Anda, mira! ¡Otro que sigue confundiendo sus deseos con la realidad! ¡No se ha enterado de que Mayo del 68 se ha acabado, y no va a volver nunca, y que es mejor así!». Pero, después de todo, si nos remitimos exclusivamente a las evidencias históricas, ¿por qué no fijarse en los grandes periodos en que los hombres, las instituciones y las ideas que parecían firmemente enraizados fueron barridos de la faz de la Tierra? ¿No es precisamente en esas circunstancias cuando el deseo, en lugar de confundirse con la realidad, se apodera de ella y la transforma?

MILLONES Y MILLONES DE ALICE EN POTENCIA

Peligro inminente. ¡Cuidado, la más pequeña línea de fuga podría hacerlo saltar todo por los aires! Vigilancia especial de los pequeños grupos perversos con el poder de proferir palabras, giros, expresiones y actitudes susceptibles de contaminar a poblaciones enteras. Neutralizar de forma prioritaria a todos los que podrían tener acceso a una antena. Por todas partes vemos guetos —preferiblemente autogenerados—, esos microgulags están por doquier, ya sea en la familia, la pareja y también dentro de las cabezas, de modo que cada individuo esté sujeto a control día y noche.

No hacen más que hablar y hablar, OK, todo el rato hablando. Mandan mensajes, consignas, pedazos de signos, fragmentos de palabras para obligamos a asumir nuestro rol de hijo, madre, padre, obrero o estudiante, para enseñarnos a ser buenos, a ser disciplinados, a obedecer, a trabajar...

El terror se nutre de lo cotidiano, el miedo se alimenta de la prisión y el manicomio, de la caserna y del paro, de la familia y del sexismo. El terror sirve para neutralizar el deseo, para reducir lo cotidiano a la forma miserable a la que la Iglesia, la familia, el

Estado la han condenado desde siempre. Pero la lucha de clases rompe con la dominación del aislamiento, el deseo transforma lo cotidiano. Y la Escritura recorre transversalmente los distintos niveles, recomponiéndolos deforma creativa.

Deseo de poder del discurso del orden o poder del deseo contra el orden del discurso...

Desde un punto de vista que privilegie la autonomía, esta cuestión de los medios de comunicación de masas es sencilla: que se abran cien flores, que cien emisoras retransmitan...

La guerrilla de la información, la transformación organizada de la circulación de informaciones, la ruptura de la relación entre emisión y circulación de datos... está situada dentro de la lucha general contra la organización y la dominación del trabajo... La interrupción y la subversión de flujos de producción y de circulación de signos emitidos por el poder es un terreno en el que podemos intervenir de manera directa...

El punto de partida histórico es la crisis de la extrema izquierda italiana tras el 72, en especial de uno de los grupos más activos, tanto desde el punto de vista teórico como práctico: *Potere Operaio.* Toda una corriente de la izquierda radical fue dispersada a consecuencia de esta crisis, sólo para dar vida a otros movimientos de revuelta en distintas *autonomías* (palabra que el léxico italiano da a los sectores específicos de mujeres, jóvenes, homosexuales, etc.)- Entonces aparecieron círculos políticos y culturales como el *Gatto Selvaggio* (el gato salvaje) en Bolonia, de donde surgirá en 1974 la iniciativa de Radio Aüce.

Tras la fase de dispersión comienza a esbozarse un proceso de recomposición del *movimiento* (palabra que también es muy importante en el nuevo vocabulario italiano: Radio Alice es una radio del *movimiento*).

Después de la supresión del monopobo de Estado comenzaron a surgir miles de radios independientes, de la extrema izquierda a la extrema derecha, que pretendían erigirse en portavoces de tal o cual

sector en particular.

La originalidad de Alice consiste en que va más allá del carácter puramente «sociológico», podríamos decir, de estas últimas, y se considera a sí misma como un proyecto.

Radio Alice se encuentra en el ojo del huracán cultural (subversión del lenguaje: aparición del periódico *A traverso)* y al mismo tiempo se encuentra inmersa en la acción política, que se propone «transversalizar». Alice, *A traverso, revista per Vautonomia, Potere Operaio, Rosso, giomale del movimiento:* agenciamiento colectivo de la enunciación. Teoría-técnica-poe- sía-ensoñación-contraseña-grupos-sexo-soledad-goce-deses- pero-historia-sentido-sinsentido. *La verdadera obra de arte es el cuerpo infinito del hombre que se desplaza a través de las inverosímiles mutaciones de la existencia particular.*

Acabar con el chantaje de la pobreza. Valor de deseo-valor de uso-valor de trabajo. La aristocracia obrera, el lumpen... ¿Cuánta miseria? ¿Cuánto trabajo? Reapropiación del tiempo. El derecho a olvidar qué hora es.

—Ya me había echado en la cama.

—Está bien, camarada, estabas cansado y tienes derecho a reposarte...

—¡Nada de eso, estaba leyendo!

—Tienes razón, camarada, leías para mejorar tu comprensión teórica a fin de prepararte para los nuevos combates...

—Eeh... bueno, no sé, tal vez si leyera *Diabolik*[27]...

Acabar de una vez por todas con el chantaje de la pobreza, la disciplina del trabajo, el orden jerárquico, el sacrificio, la patria, el interés general. Todo ello ha enmudecido la voz del cuerpo. Todo nuestro tiempo ha estado desde siempre consagrado al trabajo, ocho horas diarias de trabajo, dos horas de transporte, luego el descanso, la televisión y la cena en familia. Lo que no se sostiene dentro de este orden es considerado obsceno por la policía y los magistrados.

[27] Título de una famosa historieta italiana publicada por primera vez en 1962 (N. del T.).

Alice. Radio línea de fuga. Agenciamiento teoría-vida-prácti- ca-grupo-sexo-soledad-máquina-temura-caricia. ¡Abajo el chantaje de la cientificidad de los conceptos! Los «intelectuales orgánicos» son los burócratas de la teoría. Ya sabes, colega, la batalla semiológica está bien, pero esa movida es un poco como lo que pasó en Nanterre en el 68 con la sociología, o en Ulm con la epistemología, o en Sainte-Anne con el psicoanálisis... Hay que releer a Marx, Freud, Lenin, Gramsci... vale, pero también hay que tener en cuenta los enunciados, los gestos, los rasgos de un mundo que hemos configurado nosotros mismos, las desviaciones mayores que producimos a partir de nuestros lenguajes menores.

La práctica de la felicidad se vuelve subversiva cuando es colectiva.

En Bolonia al principio no éramos más de un centenar de personas un poco estancadas, sin saber qué hacer, y Radio Alice fue el catalizador de un proceso, algo que no es un rasgo común, pero ¿de qué otra forma podría decirse? Sí, un proceso que atraviesa las distintas identidades: estudiantes de instituto, feministas, homosexuales, trabajadores inmigrantes del sur... Entonces comenzaron a consolidarse grandes avances en los movimientos de la simplicidad voluntaria y la apropiación, las huelgas, el absentismo, etc. En 1976, Bifo, uno de los principales protagonistas de Radio Alice, fue arrestado por «instigación moral a la revuelta».

Todo ello condujo a los disturbios de marzo de 1977. Fue entonces cuando apareció la gran fractura: ¡toda la vitrina del comunismo *new look* hecha añicos! Treinta años de buena conducta y fiel servicio echados por la borda, desprestigiados a ojos de la burguesía.

¡Hasta ese momento creíamos que el PCI y los sindicatos serían capaces de hacerse con la gente mejor que ningún otro! Decíamos, por ejemplo: «In *Chile i carri armati, in Italia i sindaca- ti*[28]». Pero Zangheri, el alcalde comunista de Bolonia, recurrió a las fuerzas

[28] «En Chile los tanques y en Italia los sindicatos» (N. del T.).

represivas en su forma más violenta, haciendo entrar a los carros blindados en la ciudad, llegando incluso a incitar personalmente a la policía para que entrara en combate bajo el lema: «Vamos, es la guerra, hay que eliminarlos, ellos mismos se han excluido de la comunidad...». Éramos quince mil personas que se habían echado a la calle. ¡Lo nunca visto en Bolonia! Sabíamos en todo momento lo que estaba sucediendo a través de los compañeros que llamaban por teléfono a Radio Alice y que entraban en el aire en directo. Todos los juicios y detenciones que siguieron fueron «motivados» por esa función «militar» de Alice.

Conspirar quiere decir respirar juntos, y de eso se nos acusa; eüos quieren impedirnos respirar porque nos hemos negado categóricamente a respirar la violencia de sus lugares de trabajo asfixiantes, de sus relaciones unipersonales, familiares, y de sus casas atomizadoras. Confieso haber cometido un atentado: el atentado contra la separación de la vida y el deseo, contra el sexismo en las relaciones interpersonales, contra la reducción de la vida a una prestación salarial.

Alice, *figli di puttana.* Todos esos cerdos pequeñoburgueses, todos los yonquis, maricones, viciosos, vagabundos, quieren mancillar el corazón de nuestra bella Emilia. Pero no lo conseguirán, porque en esta ciudad hace treinta años que todo el mundo posee una elevada conciencia de clase. Hasta los pequeños patronos tienen aquí su carnet del partido. Y nuestra juventud trabajadora no se dejará enredar en esas maquinaciones diabólicas. Es el pueblo mismo quien rechazará el engaño. ¡Y que no se acuse al PCI de prácticas antidemocráticas! En todas partes, en las fábricas, en los barrios y en las escuelas, hemos contribuido a la implantación de comités populares y consejos de delegados; y ahora ellos van a convertirse en los mejores garantes del orden.

Parece que nos han convencido para que dejemos nuestras necesidades en manos de «portavoces» y delegados, a cambio de la promesa dudosa de que mañana nos dejarán hablar por nosotros

mismos. Miniparlamentos y consejos escolares, descentralización cultural, hay mil formas de delegación que no transforman las relaciones reales, que no otorgan ningún poder; la patronal envía primero a un sociólogo, luego a un psicólogo, un antropólogo, un reformador y, al final, a un madero con su porra.

Error histórico. Fuimos hacia ellos con los brazos abiertos, con la intención de contarles cuál era la línea justa de nuestro partido. En la Universidad de Roma, Lama[29] había venido a expli- caries el punto de vista de los trabajadores. Lo sacaron de allí a pedradas. Es que no respetan nada. «I Lama stanno nel Tibet»[4]. ¿Pensaban que el Partido Comunista Italiano, el partido de los trabajadores y de todo el pueblo iba a dejarse intimidar durante mucho tiempo por un puñado de exaltados, de agitadores irresponsables que se autodenominan «indios de ciudad»? Nuestra única debilidad ha sido tener demasiada paciencia. La legitimidad del poder estatal reside ahora en nosotros. Y en última instancia, le corresponde a nuestro partido determinar lo que es bueno para las masas y lo que no.

Os queremos. Estamos con vosotros de corazón, y por eso tenemos que poneros en guardia. En vosotros está la paja y el grano; a vosotros os corresponde hacer la criba. ¡Desde luego, no vamos a culparos por el desorden actual; hay que reconocer que muchos de vosotros han sido incluso forzados hasta el límite! Pero es nuestra obligación deciros: «Mantened la sangre fría, ¡no os paséis de la raya!». Pensad que estamos en crisis, acordaos de la amenaza fascista. En resumen, ¡pensad como pensamos nosotros! Muchas veces decís cosas maravillosas, pero otras también os confundís, caéis en la banalidad, en la obscenidad gratuita y antiestética. ¡Recomponeos, sed lo que en el fondo nunca habéis dejado de ser: niños turbulentos!

No os corresponde atribuiros el tanto de la crisis y el fascismo. Nosotros reivindicamos la crisis y no haremos nada para «arreglar

---

[29] Luciano Lama, secretario general de la CGIL (Confederación General Italiana del TVabajo), se desplazó a Roma en febrero de 1977 para entrevistarse con estudiantes contestatarios (N. del T.).

las cosas». ¡Por el contrario, querríamos extenderla, exportarla! Hoy en día Italia vive a merced de las grandes potencias capitalistas —¡tanto mejor!—, aterrorizadas como están por la idea de su total hundimiento. Por eso, hemos empezado a inhibirnos a escala internacional. Otras capas de la población y otros países retomarán el testigo. Todo un mundo está desmoronándose. Ya no nos conformaremos con poner el grito en el

"«Los lamas que se queden en el Tíbet» (N. del T.).

cielo a causa de las relaciones entre explotadores y explotados, iremos a la raíz del problema, a la materia de la explotación capitalista burocrática, es decir, al trabajo asalariado, a la aceptación pasiva de una fractura entre el trabajo y el deseo, a la instauración del trabajo como una droga supresora de todos los deseos que se abren hacia el mundo. En cuanto a los fascistas, en Italia ya no son más que un puñado de payasos. Cada vez tienen menos influencia sobre la gente. Para nosotros el peligro no viene de ellos, sino de la alianza entre el aparato estatal capitalista y las estructuras burocráticas del PCI y los sindicatos. Esta nueva alianza represiva, con sus ramificaciones tentaculares, se esfuerza por todos los medios para separar las luchas económicas y políticas de los trabajadores de los mil rostros de la autonomía. Lo que quiere es que el control y la normalización de las masas lo realicen ellas mismas, que se instaure un consenso mayoritario y conservador contra las minorías de toda especie en el corazón de la gente —¡pese a ser más importantes para ellas que todas las mayorías!—. Nos parece que resuena todavía por ese lado la amenaza de un movimiento reaccionario de masas. A partir de ahora, que no nos pidan que nos aliemos a quienes hoy son agentes embrionarios de un nuevo tipo de fascismo en nombre de una cruzada antifascista imaginaria.

En Roma y en Bolonia se han encendido las hogueras de una revolución distinta a todas las que han conseguido alterar la historia hasta hoy, una revolución que no sólo borrará los regímenes

capitalistas sino también los grandes bastiones del socialismo burocrático —ya se identifiquen con el eurocomunismo, con Moscú o con Pekín—, cuyos frentes imprevisibles abarcan todos los continentes pero se concentran a veces en un barrio de una pequeña ciudad, una calle, una fábrica, una escuela... Sus implicaciones conciernen tanto a las grandes decisiones económicas y tecnológicas como a las actitudes, la relación con el mundo o las singularidades del deseo. Ya pueden los señores, los policías, los políticos, los burócratas, los profesores y los psicoanalistas unir sus esfuerzos para detener, canalizar y aprovechar esta tendencia; ya pueden diversificar, sofisticar y miniaturizar sus armas hasta el infinito, pero no lograrán volver a abarcar ese inmenso movimiento de fuga ni la multitud de mutaciones moleculares desencadenadas por el deseo. El orden económico, político y moral del siglo XX ha empezado a resquebrajarse por todas partes. Ahora los poderosos ya no saben dónde meterse. El enemigo se ha vuelto imperceptible; de pronto se oye un crujido detrás de ti, ¡es tu hijo, tu mujer, tu propio deseo lo que te hace traicionar la tarea de defender el orden establecido! La policía ha aniquilado a Alice —sus artífices han sido perseguidos, condenados, encarcelados, sus locales han sido expropiados—, pero su trabajo de desterritorialización revolucionaria continúa incansable hasta en las fibras nerviosas de sus perseguidores. ¡No hay nada de constructivo en todo eso! ¡Por otro lado, puede que no esté tan claro! ¡Pero el problema no es ése, todavía no! El parecer de los miembros de Alice sobre esta cuestión es el siguiente: ellos consideran que cualquier movimiento que consiga destruir la gigantesca maquinaria capitalista burocrática será, *a fortiori*, capaz sin duda de construir un nuevo mundo. La competencia colectiva para poder hacerlo irá adquiriéndola por el camino, sin que en la etapa actual sea todavía necesario empezar a esbozar «proyectos para una sociedad de recambio».

LOS ENCUENTROS DE 1977 EN BOLONIA

A. El llamamiento de los intelectuales franceses

contra la represión en Italia

En este momento se está celebrando en Belgrado una conferencia entre las potencias del Este y del Oeste, por lo que resulta especialmente importante que prestemos atención a los graves acontecimientos que están teniendo lugar en Italia, y en particular a la represión que sufren los militantes obreros, así como los intelectuales disidentes que luchan contra el compromiso histórico.

¿Qué significa hoy la expresión «compromiso histórico» en Italia y en las actuales circunstancias? En estos últimos meses el «socialismo de rostro humano» ha revelado con rudeza su verdadero rostro: el desarrollo de un sistema de control represivo sobre una clase obrera y un joven proletariado que se niegan a pagar las consecuencias de la crisis, el proyecto de un reparto de funciones con la democracia cristiana (la banca y el ejército, para el DC; la policía, el control social y territorial, para el PCI[5]) a través de un verdadero partido «único»; es precisamente contra ese Estado contra lo que se han rebelado los jóvenes proletarios y los disidentes intelectuales italianos en los últimos meses.

¿Cómo hemos podido llegar a esta situación? ¿Qué ha sucedido en realidad? Desde el mes de febrero Italia se ha visto sacudida por la revuelta de jóvenes proletarios, parados y estudiantes, es decir, por los olvidados del compromiso histórico y del juego de las instituciones. A una política de austeridad y sacrificios,

[1] Durante los «años de plomo» el PCI (Partido Comunista Italiano) estuvo en negociaciones con la Democracia Cristiana (DC) con el objeto de alcanzar una alianza que les permitiera acceder al poder, negociaciones que fueron impulsadas por el secretario del partido Enrico Berlinguer. Pero, con el asesinato de Aldo Moro, representante de la Democracia Cristiana en mayo de 1978, este proyecto de alianza recibió un golpe fatal (N. del T.).

ellos han respondido ocupando las universidades, convocando manifestaciones multitudinarias en las ciudades, combatiendo los salarios en negro, organizando huelgas y sabotajes, incitando al absentismo en las fábricas con toda la salvaje ironía y la creatividad de aquellos que no tienen ya nada que perder al haber sido excluidos

del poder: «¡Sacrificaos, sacrificaos!», «¡Péganos fuerte, Lama!», «¡Los ladrones democristianos son inocentes, los verdaderos delincuentes somos nosotros!», «Más cuchitriles y menos viviendas decentes!». Por el contrario, la respuesta de la policía y de los democristianos carece de ambigüedad: prohibición estricta de las manifestaciones en Roma, estado de emergencia permanente en Bolonia, carros blindados patrullando la ciudad, disparos con munición real contra la multitud...

El movimiento contestatario ha debido defenderse contra esta provocación constante. A quienes les acusaban de estar siendo manipulados por la CIA o el KGB, los excluidos del compromiso histórico les responden: «Nuestro complot se nutre de nuestra inteligencia, el vuestro consiste en utilizar nuestro movimiento de rebelión para provocar una escalada de violencia y terror».

Hay que tener en cuenta que:

- Trescientos militantes, gran parte de los cuales eran obreros, se encuentran actualmente retenidos en la cárceles italianas.
- A sus defensores se los persigue sistemáticamente: los abogados Cappelli, Sánese y Spazzali detenidos, junto con otros nueve militantes del Socorro Rojo[6] (formas de represión inspiradas por métodos puestos en práctica recientemente en Alemania).
- La criminalización de los profesores y los estudiantes del Instituto de Ciencias Políticas de Padua, de los que doce han sido inculpados por «asociación subversiva»: Guido Bianchini, Luciano Ferrari-Bravo, Antonio Negri, etc.

[6] El Socorro Rojo fue una organización soviética creada en 1922 con la finalidad de ayudar a los comunistas, en particular a los que habían sido encarcelados (N. del T.).

- El registro de las editoriales Area, l'Erba Voglio, Bertani, y la detención de este último editor. Un hecho sin precedentes: la incautación de las galeradas de un libro sobre el movimiento de Bolonia. También se han realizado perquisiciones en los domicilios privados de los escritores Nanni Balestrini y Elvio Fachine- lli. Angelo Pasquini, redactor de la revista literaria *Zut,* ha sido

arrestado.

- El cierre de la emisora «Radio Alicie» en Bolonia y el embargo de materiales, junto con la detención de doce miembros del equipo de redacción.
- Las campañas de prensa, centradas en atribuir la lucha del movimiento y sus manifestaciones culturales a algún tipo de complot, han incitado al gobierno a emprender una verdadera caza de brujas.

Los abajo firmantes exigen la liberación inmediata de todos los militantes detenidos, el cese de la persecución y de las campañas de difamación contra el movimiento y sus manifestaciones culturales, proclamando su solidaridad con todos los disidentes que han sido acosados.

B. **Respuesta a la campaña contra el llamamiento**

¡Los intelectuales franceses que han firmado un llamamiento contra la represión en Italia «no tienen sentido del humor»! Eso es al menos lo que les reprochan ciertos periodistas italianos. Es cierto que los firmantes de este llamamiento tienen tendencia a tomarse la situación más bien en serio. Recordemos algunos de los hechos:

- Después de la violenta represión de las manifestaciones del pasado marzo en Roma y Bolonia, cientos de estudiantes, jóvenes trabajadores y desempleados han sido detenidos bajo pretextos puramente políticos y sus procesos todavía no han sido instruidos.
- La «criminalizado!!» de todos los «delitos» políticos es el medio utilizado por M. Cossiga, ministro del Interior, para etiquetar a todos los detenidos de extrema izquierda en la categoría de terroristas.
- Los abogados del Socorro Rojo italiano han sido perseguidos e induso detenidos por defender a los supuestos «terroristas».
- Varias editoriales han sido sometidas a registro y se han requisado las galeradas de un libro, lo que constituye un hecho sin

precedentes.

• Los responsables de emisoras contestatarias Ubres como Radio Alice han sido encarcelados o perseguidos induso en Francia, como sucede con Francesco Bérardi, conocido como Bifo[7].

• Una campaña cuidadosamente orquestada por los medios de comunicadón en torno a la eterna cuestión del «complot internacional», cuyo objetivo es dar pie a la confusión entre delitos de opinión y terrorismo, esforzándose por acreditar la idea de que todo lo que está a la derecha del PC itaUano es sospechoso de complicidad con las Brigadas Rojas y con los NAP[8]. El terrorismo individual —expresión de la desesperación o de una elección política que constituye, en mi opinión, un absurdo evidente dada la situación itaUana— no puede ser considerado el único responsable de la actual situación de degradación (inflación galopante, más de un millón y medio de parados, etc.).

Se ha dicho que los intelectuales franceses que han firmado este llamamiento no entienden nada, que no tienen ni idea de lo que sucede en la política italiana. Pero lo que de verdad molesta a los partidarios del «compromiso histórico» es que estos intelectuales tienen contacto directo con los estudiantes y militantes

[7] A pesar de que estas radios estaban autorizadas en Italia. Véase *Radio Alice, radio libre,* Eds. L.S.C. Delarge, collectif A/Traverso (N. del A.).

[H] Núcleos Armados Proletarios. Se trata de un movimiento disidente, claramente partidario de la lucha armada, originado a partir del movimiento *Lotta Continua,* formación revolucionaria nacida en 1969 y disuelta por decisión propia en 1976 (N. del T.).

italianos que les describen, día a día, cómo va evolucionando la situación. ¿Podemos olvidar que hace unas pocas semanas Umberto Eco destacaba la opinión de los franceses acerca de estos hechos? ¿Es posible que no recordemos que Leonardo Sciascia renunció a seguir siendo miembro del PC italiano debido a su política de alianza con la derecha? Hace tan sólo algunos días María Antonietta Macciocchi escribía en *Le Monde* que la situación en Italia «tiende a hacer inútiles las garantías constitucionales en materia de derechos civiles, humanos y políticos». Añadía que «Italia vive actualmente

una fase de represión cuyo objetivo es eliminar todo resto de oposición al consenso gubernamental dictado por las altas esferas».

Muchos han tratado de ridiculizar nuestro llamamiento poniendo en nuestra boca palabras que nunca hemos dicho, a saber, ¡que existen «gulags» en Italia! Resultaba fácil, ya que ningún periódico italiano ha querido publicarlo —a excepción de *Lotta Continua*, que no vende más de mil ejemplares—. Pues no, no hemos dicho jamás que Italia deba seguir el ritmo que marca Moscú. Sin embargo, estamos obligados a constatar que el antiestalinismo propio de los eurocomunistas a la italiana es perfectamente compatible con la implementación de métodos represivos, por no decir totalitarios, por parte de la extrema izquierda, así como de todas las formas de protesta que escapan al control del PCI. Después de haber denunciado no hace mucho la ley sobre el orden público de mayo de 1975 como una respuesta *provocadora* e *inútil* a la criminalidad y la violencia política, lo primero que hizo el PCI apenas llegar al poder gracias a su asociación con la Democracia Cristiana fue competir con ésta por implantar medidas mucho más penosas en materia de vigilancia, interrogatorios, registros, escuchas telefónicas, etc.

He aquí los hechos. La connivencia entre los poderes del Estado y los aparatos burocráticos del movimiento obrero representa un peligro para las libertades. No tenemos ninguna intención de comenzar una campaña anticomunista, como hemos dicho ya varias veces durante la polémica con M. Zangheri, alcalde de Bolonia. Pero no nos obligarán a aceptar cualquier cosa bajo pretextos ideológicos. En el pasado, los intelectuales se han convertido en cómplices de los regímenes totalitarios (o simplemente de los métodos totalitarios) con demasiada frecuencia como para que vayan a dejarse acallar y doblegar ahora, conformándose únicamente con impulsar el «Programa Común», como les aconsejaba Lucio Magri[30], demasiado

[30] Lucio Magri fue un antiguo dirigente de la izquierda del Partido Comunista Italiano (PCI), expulsado en 1969 por haber participado —sin el aval de la dirección del partido— en la fundación de lo que se convertiría en el «diario comunista» de la izquierda crítica italiana, JI *Manifestó* (N. del T.).

para convertirse en buenos funcionarios, como M. Zangheri espera que suceda en Italia.

No desaprovechemos su advertencia: «Las masas no son románticas. Los intelectuales de hoy son llamados a ejercer una función más positiva, puede que incluso más humilde, administrativa, gubernamental, organizativa. Entiendo que muchos de ellos se muestren recalcitrantes y rechacen este nuevo papel...».

C. Declaraciones **inaugurales del coloquio de Bolonia**

Hace dos meses provocamos un escándalo cuando denunciamos la represión que se ejerce en Italia contra los marginados de la extrema izquierda. Según parece, además de estar mal informados, estábamos inmiscuyéndonos en asuntos que no eran de nuestra incumbencia. El problema ya está solucionado. Actualmente nadie puede negar que existe la represión política en Italia. Esta cuestión debe ser examinada bajo un punto de vista práctico: debemos emplear todos nuestros recursos para sacar a nuestros camaradas de la cárcel, debemos conseguir la amnistía general para *todos* los detenidos políticos de izquierda en Italia y en los demás países europeos.

En Bolonia, decenas de miles de jóvenes llegados de todos los países han venido para celebrar un encuentro. No sólo van a discutir la cuestión defensiva de la lucha contra la represión, sino también qué tipo de ofensiva lanzar contra el poder capitalista y sus adeptos socialistas y comunistas.

Esta ofensiva nos parece inseparable de la conquista de nuevos espacios donde pueda desarrollarse la vida de las masas; la ciencia y la tecnología están hoy en día al servicio de una economía y una sociedad represiva basadas en la división de clases y en sistemas de jerarquía social, sexual, racial, etc.

Por otro lado, las luchas emancipadoras tienen que abrirse a nuevos horizontes y poner en tela de juicio las bases tradicionales de

la vida política. Ése es hoy en día el sentido de las luchas de liberación de las mujeres, de las campañas ecologistas, de las minorías lingüísticas, sexuales, de los pacientes psiquiátricos...

¿Teme el Partido Comunista Italiano, más que ninguna otra cosa, que esas luchas desborden su capacidad de asimilación y que se desarrollen dentro de la izquierda corrientes críticas respecto de su política del «compromiso histórico»?

En un primer momento, los líderes comunistas han hecho todo lo posible por minimizar y hasta ridiculizar esta reunión. Pero, ante la fuerza del movimiento que ha suscitado este proyecto, han tenido que retractarse y hacer algunas concesiones. Nosotros nos felicitamos por ello, aunque aún queremos aclarar los siguientes tres puntos:

1) Los promotores de esta iniciativa han dejado bien clara, sin ambigüedades de ningún tipo, cuál es su intención: los encuentros de Bolonia no tienen por objetivo planear el saqueo de la ciudad, eso es un infundio que la prensa italiana ha hecho circular por doquier. Se trata, por el contrario, de sacar a la luz la fuerza de un movimiento de rechazo revolucionario del compromiso histórico, se trata de comparar las perspectivas de las distintas facciones del movimiento y prepararse para las luchas que están por venir.

No obstante, tratándose de manifestaciones de tanta amplitud, siempre es posible que sucedan altercados. ¡Sólo los hechos consumados permitirán poner a prueba y aclarar las verdaderas intenciones de aquellos que hoy proclaman estar dispuestos a acoger a los jóvenes en Bolonia y a la vez llaman fascistas a quienes prefieren ir por cuenta propia!

2) Muchos intelectuales rechazan hoy en día el rol que les habían atribuido en el pasado. No quieren ser los criados de la burguesía, ni tampoco fingir y adoptar el papel de teóricos iluminados, de guías infalibles. La teoría es asunto de todos. Sin embargo, los intelectuales no pueden aceptar bajo ningún pretexto que se les mantenga al margen de las luchas populares y de las

distintas minorías oprimidas.

Sin embargo, durante la organización de estos encuentros hemos podido constatar cómo distintos grupos trataban de reavivar los antiguos prejuicios antiintelectuales. La prensa italiana ha intentado incluso dar pie a una campaña chovinista contra los «bonzos» llegados de más allá de los Alpes mediante insultos y calumnias lanzados contra algunos de los firmantes del llamamiento francés. Nosotros denunciamos estas prácticas, que no tienen nada que ver con el verdadero debate político y que amenazan con devolvernos a los peores momentos del estalinismo. También en este terreno, la buena voluntad de la prensa y los intelectuales comunistas será puesta a prueba durante estas jornadas.

3) Ya hemos expresado nuestro deseo de que pueda desarrollarse un largo debate en Bolonia, no solamente entre la izquierda extraparlamentaria y los grupos marginados italianos, sino también con el máximo número de militantes de base del partido comunista. ¡Esto no significa que dichos encuentros deban tomar un cariz ecuménico! En una situación como ésta, los millones de trabajadores, parados, explotados por los sueldos en negro, mujeres, marginados y excluidos de todo tipo sufren en su vida diaria y en sus propias carnes las consecuencias del fracaso del sistema capitalista, así como las consecuencias de la increíble pasividad de los partidos de izquierda y de los sindicatos. Cada vez resulta más intolerable que estos partidos y sindicatos recurran constantemente a los «sacrificios necesarios» y a métodos represivos. No se trata ya de un simple enfrentamiento o de un debate entre expertos. Discutir con calma y lucidez con los militantes comunistas no significa que vayamos a contentamos con tratar de desplazar un poco hada la izquierda la línea del compromiso con el poder burgués, uno de los más corruptos del capitalismo. Los encuentros de Bolonia no van a colocarnos en una situadón de dependenda con respecto a la línea de pensamiento del partido comunista para tratar de mejorarla o de adaptarla.

El debate tendría que avanzar, por el contrario, en la dirección de

los militantes comunistas que están deseosos de contribuir a la elaboración de *una nueva línea política* que desemboque en nuevas perspectivas revolucionarias reales.

D. Después de Bolonia

Las sociedades capitalistas se hunden en una crisis de la que nadie sabe cómo salir. Hemos empezado a darnos cuenta de que se trata de un trance distinto de los anteriores, que no se trata de una repetición de las antiguas crisis, llamadas *cíclicas.* Pero todavía nos cuesta imaginarnos que el desenlace pueda ser distinto de lo habitual, es decir, que tras un largo periodo de estancamiento llegue una recuperación seguida por un *boom* económico y, finalmente, una reactivación a gran escala del capitalismo.

Como en todo periodo convulso, la toma de conciencia colectiva de la naturaleza exacta de los problemas planteados parece algo difícil de conquistar. Mientras que los distintos grupos de población que han conseguido llegar a valerse más o menos por sí mismos tienen cierta tendencia a subestimar la gravedad de la situación, la inmensa mayoría de los que se encuentran asfixiados por las dificultades cotidianas y que no tienen ni el tiempo ni los medios de pensar por sí mismos confian en lo que les dicen la prensa, la televisión, los políticos y los sindicatos. Los encuentros de Bolonia han podido constituir, empero, un comienzo para la toma de conciencia por parte de un sector importante de estos «olvidados de las altas esferas de la política» en Italia.

La realidad de las contradicciones sociales suele estar cada vez más alejada de las distinciones tradicionales —izquierda, derecha, centro— y de las grandes demostraciones sindicales, con su ceremonial y su teatro de luchas. De forma paralela a esta agitación superficial, está apareciendo un nuevo tipo de desempeño político. Dos tipos de fenómenos nos permiten percibir su emergencia en

algunos países europeos:

- el desarrollo de una nueva forma de totalitarismo de Estado reproducida por las burocracias políticas y sindicales;
- el progreso de nuevas manifestaciones populares que escapan al control de las organizaciones tradicionales del movimiento obrero.

La convergencia entre los aparatos del Estado en su acepción habitual y las burocracias del movimiento obrero ha producido resultados espectaculares (como el gulag) en la Unión Soviética, en las democracias populares y en China. Durante mucho tiempo se pensó que la tradición democrática occidental, la evolución de los partidos comunistas hacia la autonomía (la tendencia a dispersarse en múltiples focos, que más tarde viró al eurocomunismo) y el humanismo de los partidos socialistas, habían inmunizado nuestras sociedades contra el totalitarismo.

Lo que es cierto es que las condiciones son muy distintas unas de otras en cada país, y que las formas de dominación de masas no operan siempre por los mismos medios. (¿Es necesario repetir que nunca hemos pretendido, como a menudo se ha dicho a propósito del llamamiento de los intelectuales franceses contra la represión en Italia, que existan en esos países campos de concentración, gulags de tipo soviético o un sistema de partido único?). Pero, sean cuales fueren las diferencias entre las distintas situaciones, un rasgo evolutivo común parece imponerse en todas partes de manera irreversible: la transformación de las fuerzas productivas y la «necesidad» del control social conducen a los poderes del Estado a no buscar apoyo exclusivamente en los instrumentos clásicos de coerción, como la policía o el ejército, y a ejercer asimismo su poder a través de una multitud de instituciones sustitutivas y órganos mediáticos. Así, no solamente se tiende a controlar, medir y dar forma a todos los ámbitos de la vida social y económica, sino que, además, cada uno de los engranajes de la vida regional, municipal, deportiva o familiar también está sujeto a estas formas de

modelización. Lo que resulta más paradójico de esta evolución es que, a medida que la hidra estatal despliega sus tentáculos para alcanzar la vida íntima de cada individuo particular, demuestra que es incapaz de intervenir en las grandes cuestiones económicas y sociales que dependen del equilibrio interno de distintas naciones, o bien que oponen el de una al de otra. Es evidente que los poderes estatales están bastante desprovistos de acceso directo a cuestiones tales como la evolución del mercado de las materias primas, los grandes avances tecnológicos, las decisiones estratégicas, los problemas demográficos, etc.

Frente a esta «tiranía impotente» del poder de Estado, existe una nueva forma de actividad, de vida política, que está buscándose a sí misma; pero se trata de una vida política cuyos objetos estarían más cerca de la vida real de los individuos y que les llevaría a preocuparse activamente por su entorno inmediato, por sus deseos. En suma, una política que no tendría que ver apenas con las políticas asociadas a las ideologías de izquierda tradicionales.

Personalmente creo que, desde este punto de vista, la experiencia italiana puede servirnos como modelo. Ya nos ha enseñado mucho sobre la manera en que se forman alianzas en las sociedades capitalistas. Por un lado, asistimos en Italia al des- mantelamiento de un cierto tipo de relaciones de producción: toda una moral del respeto al trabajo y a la economía mercantil está haciéndose pedazos. Por otro lado, somos espectadores de la búsqueda desesperada de una nueva fórmula de poder por parte de las grandes formaciones políticas. La burguesía capitalista ha llegado a la conclusión de que debe renunciar a los sistemas de representación tradicionales, por ejemplo el sistema de alternancia de tipo inglés, o al estilo del «frente popular». Con su compromiso histórico, la clase política italiana trata de desplegar un dispositivo de control social basado en un consenso popular más amplio. Italia ha sido el laboratorio de un método de *autoritarismo democrático,* de disciplina de masas, que se apoya sobre las propias masas, lo cual implica, obviamente, un

uso masivo de técnicas de intoxicación a través de la propaganda y los medios de comunicación.

Así es como, desde hace algunos meses, una parte importante de la prensa se ha esmerado en demostrar que todos los problemas importantes de Italia podrían ser resueltos a partir de un movimiento en el que el Partido Comunista consiguiera llegar a un acuerdo con la Democracia Cristiana. Los líderes comunistas italianos no han cesado de provocar la alarma a nivel nacional. Ahora que están a las puertas del poder quieren aparecer como los salvadores de Italia, los mejores defensores del orden. Afirman estar en condiciones de recuperar la economía imponiendo sacrificios al pueblo. Pero ¿a qué orden se refieren, cuál es la Italia que desean salvar? Claramente, es la Italia de siempre, la de la corrupción burguesa. Lo más preocupante de esta política del compromiso del Partido Comunista Italiano es que no puede siquiera presumir de realismo, ese realismo en cuyo nombre muchos posiblemente aceptarían esos sacrificios si contasen con obtener unos mínimos beneficios prácticos. En efecto, todavía no se entiende de qué manera esperan los comunistas italianos alcanzar sus objetivos de estabilidad. Ningún gobierno, en el marco actual, puede hacerse ilusiones de tener influjo alguno sobre el desarrollo de la crisis monetaria, la crisis de producción, el paro, etc. Lo cierto es que lo único que hacen los comunistas es aferrarse al *statu quo* existente, mientras que millones de desempleados se debaten entre intrincadas dificultades, y que a miles de jóvenes se les niega toda perspectiva de futuro.

Pero nada de esto existe para la prensa, la radio y la propaganda. Sólo cuenta la fiabilidad del compromiso histórico: *los trabajadores, las mujeres y los jóvenes confian en el Partido Comunista. La alianza con la Democracia Cristiana y los otros partidos del arco constitucional va a sacar a Italia de la crisis, el 90% de la población italiana aprueba el programa del compromiso histórico.* ¡Todo eso es absurdo! En el actual estado de intoxicación generalizada de la opinión pública, ¿qué puede significar el hecho

de que el 90% del electorado vote a los partidos que están en el poder? ¿Pensamos realmente que en la actualidad los procesos electorales permiten a las masas expresar su opinión?

Corolario a este artículo primero del Credo del PCI: *No hay nada a la izquierda de los comunistas, aparte de un puñado de fascistas, izquierdistas, terroristas, drogatas y desclasados, que viene siendo un poco lo mismo*... En este contexto de manipulación de la opinión pública por parte de los medios se ha producido una corriente de represión brutal contra los militantes de la izquierda radical y los grupos de marginados a consecuencia de las revueltas de marzo del 77 (que resultaron particularmente violentas en Roma y en Bolonia). En nombre de las coaliciones más inverosímiles y con el pretexto de combatir a los grupos que se habrían pasado a la lucha armada, se ha comenzado a encarcelar a cientos de militantes bajo acusaciones gratuitas (acusaciones difíciles de verificar, puesto que la inmensa mayoría de esos procesos sigue sin haber sido instruida a día de hoy).

En sus inicios, el coloquio de Bolonia no tenía otra pretensión que la de permitir a algunas decenas de intelectuales europeos reunirse con las diferentes facciones del movimiento italiano para demostrarles su solidaridad contra esa represión respaldada por el Partido Comunista Italiano, y también para tratar de vislumbrar algunas perspectivas nuevas. Así es, ha quedado cada vez más claro que no podemos conformarnos indefinidamente con tomar acciones defensivas contra la represión y que habrá que emprender movimientos ofensivos para frenar el surgimiento de un nuevo tipo de totalitarismo en Europa.

Esta pretensión de la extrema derecha italiana y de los movimientos en pro de la autonomía en sentido amplio (que incluye los distintos movimientos feministas de liberación sexual, los movimientos ecologistas, etc.), así como de los intelectuales, aparece a los ojos de los dirigentes comunistas como un crimen de lesa majestad. Sólo puede tratarse de una «provocación», de una «agresión» contra Bolonia, el viejo bastión de la democracia.

Semejante pústula fascista debe ser extirpada. A partir de la difusión del llamamiento contra la represión de los intelectuales franceses ha comenzado a orquestarse una enorme campaña periodística, puesta en marcha en el preciso momento en que fueron anunciados los encuentros de Bolonia. Entonces fue cuando aparecieron en la prensa los anatemas más descabellados vinculados al renacimiento del «squadrismo» paramilitar fascista; se comparaban los encuentros de Bolonia con la marcha sobre Roma de los «camisas negras» en 1922. Se intentó de todo con el fin de atemorizar a la población boloñesa (lo cual tuvo como consecuencia impedir todo intercambio entre ésta y los jóvenes). Mientras que el ministro del Interior, el Sr. Cos- siga, anunciaba primero que iba a enviar a Bolonia a cinco mil hombres de refuerzo, luego, rectificando, dijo seis mil, después quince mil; el Partido Comunista por su parte hacía correr la voz de que estaba listo para inundar el centro de la ciudad con setenta mil militantes. En Módena, el Sr. Berlinguer, secretario general del PCI, puso el colofón a esta campaña insultando a los organizadores del encuentro delante de quinientas mil personas, y calificando de *untorelli* (es decir, de apestados) a todos aquellos que acudieran. A fin de cuentas, los únicos que mantuvieron la sangre fría ante esta alucinante escalada de tensión azuzada por la prensa, la televisión y los líderes políticos, fueron las diferentes secciones organizadas del «movimiento». Las autoridades de la ciudad se resignaron a negociar con ellas un acuerdo sobre las condiciones prácticas que harían posible desarrollar los encuentros en condiciones normales.

Frente al éxito extraordinario de estos encuentros —más de 50.000 personas llegadas de toda Italia y de otros muchos países europeos, a despecho del chantaje y las amenazas—, ante su carácter pacífico y hasta podríamos decir festivo (aunque también se pusieron de manifiesto diferencias muy marcadas), podría pensarse que la opinión pública tendría que haberse rendido a la evidencia: ¡el Partido Comunista y los periodistas no habían hecho más que mentir durante la preparación de las jornadas! Pues no, nada de eso.

Apenas terminada la gran manifestación del 25, asistimos a un brusco giro de los medios de comunicación. Todos unieron sus voces para entonar un único cántico a mayor gloria del Partido Comunista y del poder del Estado: *El Partido Comunista ha ganado: las autoridades municipales de Bolonia han demostrado al mundo entero que eran capaces de pacificar a toda esa masa de jóvenes manipulados por las facciones violentas: los grupos independientes han quedado aislados; los intelectuales que han denunciado la represión, ridiculizados.* Ni una palabra sobre los cincuenta mil jóvenes que no han dejado de manifestarse durante esos tres días en contra de la opresión que padecen los militantes de izquierda ni sobre las consecuencias del compromiso histórico.

Semejantes engaños sólo tienen efecto a corto plazo, ya que la acumulación de mentiras tiende a autodestruirse al darse de bruces contra su propia absurdidad. Al cabo de unos pocos días y a raíz del asesinato de un militante de *Lotta Continua*, vimos de nuevo a cientos de miles de jóvenes manifestándose en todas las grandes ciudades de Italia, pero esta vez de la forma más violenta, provocando incendios en los locales de las asociaciones fascistas. Entonces la prensa puso el grito en el délo: ¡No hay quien entienda a estos jóvenes! ¡Hace unos días daban muestras de madurez volviendo la espalda a los grupos extremistas en Bolonia, y ahora se dejan arrastrar de nuevo a la violencia! ¿Quién puede entenderlo? La mejor forma, la única forma, consiste en escuchar lo que dice la gente, no hablar por ella ni desfigurar sistemáticamente lo que trata de expresar.

¿Por qué en Bolonia? ¿Por qué esta progresión de acontecimientos? Habría que analizar, sin duda, cuáles son las condiciones que se dan en esta ciudad, en particular las manifestaciones espontáneas y «transversales» de los militantes que pusieron en marcha «Radio Alice»; también habría que recordar los acontecimientos de marzo y cómo la extrema violencia represiva condujo a un grupo de jóvenes de toda la región a tomar conciencia con

mayor nitidez de la realidad social italiana. Estos encuentros han tenido importantes repercusiones a nivel nacional e internacional, ya que no había nada en el sistema italiano que permitiera imaginar que fueran posibles. Ni tampoco en la esfera política tradicional, eso es evidente, y menos incluso dentro de las estructuras organizadas del movimiento revolucionario italiano. Las jornadas de Bolonia fueron una oportunidad para que fuerzas sociales que resultaban difíciles de reconocer dentro de los movimientos organizados salieran a la luz *en cuanto fuerza política*. *Lo* que ha irrumpido en escena no es una revuelta pe- queñoburguesa, ni los primeros signos de una revolución proletaria, sino la manifestación de todo un metabolismo subterráneo, de toda una serie de «revoluciones moleculares» que son la condición necesaria para cualquier forma de cambio social profundo. En esos movimientos se trata de prestar atención a los mecanismos sociales y personales que normalmente no son tenidos en cuenta por los movimientos políticos al uso: las relaciones hombre/ mujer, adulto/niño, la relación con el trabajo, el tiempo libre, el cuerpo, el dinero, el entorno... Estamos ante un cuestionamiento general del concepto de «normalidad», al cual se supone que debe adaptarse todo el mundo. ¡Los grupos políticos y los teóricos que quisieran introducir la variable de clase en cada uno de esos «frentes» se verían obligados a hacer mala- barismos tan complicados como carentes de sentido! De ahí su dificultad para orientarse en esas luchas y también para reconocer su legitimidad. Esta brecha entre la militanria clásica y la masa de jóvenes llegados a Bolonia se hizo evidente en el *meeting* permanente del «Palacio de los Deportes». No solamente las miles de personas allí reunidas se sintieron separadas de las decenas de miles de jóvenes que discutían sus reivindicaciones en otros puntos de la ciudad, sino que, incluso dentro del *meeting*, el tipo de confrontación y de discursos practicados por un puñado de líderes era percibido como algo ajeno a las aspiraciones de la inmensa mayoría de los participantes.

No obstante, sería equivocado llegar a la conclusión de que lo

que algunos movimientos como *Lotta Continua, o* los diversos elementos de la «Autonomía Organizada», hayan logrado «instrumentalizar» —por emplear una expresión que se ha puesto de moda últimamente— a los jóvenes que vinieron a Bolonia. Es evidente que las cosas son mucho más complejas. Puede ser incluso que haya sucedido justo lo contrario. Puede que en esa primera fase de agrupación toda una nueva corriente, compuesta por una masa de marginados, jóvenes y parados en busca de una identidad política propia, haya «utilizado» en su propio beneficio los movimientos ya existentes, las formas de disidencia organizada y los órganos de prensa de la izquierda radical; y eso a pesar de que sus aspiraciones no coinciden con las de sus dirigentes y organizadores. Señalemos simplemente que el estilo de la «militancia paramilitar» que caracteriza a algunas facciones disidentes no ha sido del gusto de todo el mundo, que el «machismo» imperante ha sido denunciado por las feministas y que, por si fuera poco, la línea política de algunos periodistas de extrema izquierda no se corresponde con la sensibilidad de la masa de jóvenes...

Tampoco puede decirse que esos movimientos y sus líderes estuvieran aislados. Se había establecido una especie de complementariedad *defacto,* un matrimonio por interés. Señalemos en particular los extravíos de la prensa, cuando, de buena o mala fe, afirmaba que los emisarios de la violencia, las Brigadas Rojas, NAP, etc., se estaban replegado y que se habían acantonado en Bolonia. ¡Lo cierto es que la inmensa mayoría de los jóvenes no ve con buenos ojos los atentados individuales cuya utilidad inmediata les resulta oscura y cuyos inconvenientes están, sin embargo, muy claros! Sin embargo, consideran que estos militantes *forman a pesar de ello parte del «movimiento».* Y, sea cual sea su repudio frente a este tipo de prácticas, no hay duda de que el «movimiento» no es indiferente a la determinación de esos militantes, que no se desentenderá de ellos ante la represión.

Este nuevo fenómeno que sacude hoy toda Italia, y que puede

extenderse mañana al resto de Europa, consiste, según creo, en la emergencia de un nuevo tipo de movimiento de masas que escapa por completo y de forma irreversible a las organizaciones políticas y sindicales tradicionales. En tales condiciones puede

que haya llegado el fin de una época en la que la habitual marginalización de los estudiantes en paro, los «desclasados», los internos psiquiátricos, los reclusos, los homosexuales perseguidos, etc., afectaba únicamente a algunas decenas de miles de personas en cada país. Ahora hay millones de parados, trabajadores que se ven obligados a recurrir al trabajo en negro para sobrevivir, mujeres que luchan por su emancipación, asalariados del sur —el equivalente en Francia serían los inmigrantes— que están dando lugar a un nuevo proletariado marginal, y tratando de establecer vínculos con todos aquellos que están en desacuerdo radical con el orden social existente. Toda esta masa —los «olvidados» del compromiso histórico—, no puede reconocerse en los partidos, sindicatos y grupúsculos, sólo persigue objetivos concretos y los medios para cumplirlos. Sus intervenciones se limitan a protestas, a veces poco eficaces, respuestas automáticas y una forma de manifestación espontánea que no es suficiente para invertir el orden establecido y transformar la sociedad. Sin duda, esta nueva fuerza política tendrá además que dotarse a sí misma de unos mecanismos de coordinación y expresión que le sean propios.

¿Significa esto que tenemos que esperar que un movimiento de masas como éste aspire a formar un nuevo partido revolucionario, en el sentido que normalmente se le da al término? Yo por mi parte no lo creo. Sus objetivos y sus métodos de lucha necesitan desplegar técnicas y recursos organizativos absolutamente originales —la red de emisoras Ubres de radio en ItaUa señala una posibüidad muy interesante en este sentido—. Ningún partido tiene derecho a pretender dirigir o capitalizar esta «revolución molecular». ¡Pero esto no significa en absoluto que los partidos y sindicatos no tengan ya nada que hacer! A falta de otra cosa, sirven a su manera de contrapeso a los poderes reaccionarios tradicionales. Lo mismo sucede con los grupúsculos: a falta de algo mejor, permiten al movimiento hacerse con algunos contactos en ese periodo intermedio. Lo más que puede esperarse, tanto de unos como de

otros, es que no perjudiquen al desarrollo del movimiento; en el mejor de los casos, que se dejen «instrumentalizar» por él. El ayuntamiento de Bolonia y su alcalde han sido «instrumentalizados» por la masa de jóvenes que había decidido reunirse allí, en respuesta a las provocaciones de la policía y a las imprecaciones del Partido Comunista Italiano. Los dirigentes de este partido estiman ahora que se trata de una gran victoria para ellos. ¡Deseémosles que tengan muchas más victorias como ésta!

La «revolución molecular» tomará o se dotará de los instrumentos que necesite; pero su doble condición de revolución social y revolución del deseo le impedirá vincularse de forma orgánica a un tipo de dispositivo en particular. A día de hoy, nadie en Italia puede pretender hablar en nombre de las asociaciones de obreros, el movimiento feminista, la multitud de parados, los trabajadores meridionales, los marginados o cualquier otra minoría. Y a pesar de ello todos los grupos sienten la necesidad de ponerse de acuerdo y definir unos mínimos objetivos comunes. Tenemos que admitir que hay un auténtico desajuste entre la expresión subjetiva del movimiento y su realidad objetiva. Dicho fenómeno se ha manifestado en Bolonia sin que se produjera ninguna propuesta para tratar de limitar sus efectos. Esperemos que en los próximos meses surjan soluciones colectivas que permitan a estas revoluciones moleculares franquear nuevas etapas y articularse con las otras luchas sociales. Sea como fuere, hay que señalar que estos modos de estructuración están fuera de las formas propias de la vida política, sus rituales y discursos, por la única razón de que el deseo no puede jamás identificarse con una manifestación formal sin relación alguna con la realidad. La contestación permanente tendría, por tanto, que instalarse no sólo con respecto al orden establecido, *sea el quesea,* sino también *en el seno* del propio orden contestatario. ¡No se trata de tener fe en el irracionalismo, aquí no hay ningún espontaneísmo *apríori*! Lo que aquí vemos es el reconocimiento de un tipo superior de racionalidad en el deseo de las masas, que no puede expresarse ni

organizarse a partir de las estructuras existentes. Cambiar el mundo, transformar las relaciones sociales, trastocar las relaciones del deseo, implica también dejar a un lado la antigua racionalidad enfermiza y absurda del poder establecido, pero también no dejarse investir por nuevas formaciones de poder despóticas que impidan a las singularidades del deseo encontrar su camino.

ACERCA DE LA REPRESIÓN EN EUROPA

A. La violencia en Italia

LE MATIN DE PARÍS: *El PCI dice estar preparado para entrar en el gobierno y cambiar su política. ¿No es muy arriesgado querer controlar la crisis de ese modo*? *Sería mucho más fácil para él permanecer en la oposición...*

FÉLIX GUATTARI: Para empezar, hablar del PCI supone hacer un esfuerzo por salir de una forma de pensamiento homogeneizadora y reificante. En este partido cohabitan distintas posturas. Unos presionan para que se produzca la integración en el sentido del compromiso histórico, otros se aferran a cualquier pretexto para evitar por todos los medios ocupar el poder. Habida cuenta de su orientación y su forma de funcionar, los comunistas italianos saben muy bien que, si llegaran al poder, no tendrían más remedio que reforzar las medidas de austeridad y la represión. Por tanto, en este periodo de auge de la lucha obrera, se expondrían al rechazo de las masas que normalmente les apoyan. Recientemente ha surgido con fuerza un movimiento popular hostil al compromiso histórico. Y esta hostilidad se ha puesto de manifiesto tanto en Bolonia como en Roma con motivo de la manifestación de los trabajadores del metal. Ya puede imaginarse por qué el PCI insiste con tanta violencia en ser admitido en el poder cuando sabe muy bien que eso no va a suceder.

Pero ¿ya hay en marcha un proyecto de reparto del Estado que dejaría la banca y el ejército en manos de la Democracia Cristiana, y la policía y el control social en las del PCI?
No se puede razonar desde una perspectiva tan estática. Un conjunto de crisis superpuestas ha provocado que la situación italiana sea enormemente inestable, generando una tendencia hacia la constitución de un gobierno represivo. Esto es aplicable tanto a las crisis conocidas a nivel mundial y europeo como a las que son específicas de Italia. Veamos, por ejemplo, el completo fracaso de la industrialización de las regiones meridionales, o el de los esfuerzos a nivel regional y municipal por moralizar la existencia de las personas. A menos que el PCI dé un giro y se convierta en un partido socialdemócrata, lo que significaría pagar un precio demasiado alto, está obligado a situarse en un espacio de exterioridad provisional con respecto al gobierno reaccionario. No puede asimilar de manera directa las funciones represivas.

Sin embargo, podría pensarse que, debido a su naturaleza institucional, el PCI debería estar preparado para aplicar las técnicas del control social.

Pues verá, es un poco más complicado que todo eso. El PCI sólo puede conservar el consenso mayoritario si se alcanza un mínimo de equilibrio y estabilidad. Eso es lo que habían previsto: entrar en el poder, formar parte del compromiso histórico, creyendo que unas pocas medidas de saneamiento servirían para dominar la crisis. En este tipo de contexto, el PCI podría jugar la carta del consenso mayoritario para estabilizar la sociedad y neutralizar a la extrema izquierda. ¡Pero ese consenso no se sostiene! Y en la medida en que el PCI no propone ningún tipo de alternativa creíble, en la medida en que su verdadera política, que consiste en favorecer al poder *defacto*, aparece al desnudo, acaba por criminalizar cada vez más cualquier tipo de manifestación de divergencia y de extremismo, llegando incluso, como hemos visto en *L'Unitá*[31] a recomendar que

[31] *L'Unitá es* el periódico fundado en 1924 por Gramsci (N. del T.).

se denuncie a los «malos obreros».

¿Existe otra opción en Italia que no sea la «criminalización» ni la integración?

Es una decisión complicada. Los grupos más radicales de la izquierda, como los vinculados a Jl *Manifesto* y una parte de *Lotta Continua,* se han posicionado en un lugar contiguo al PCI y los sindicatos. El movimiento mismo se encuentra en situación de representar cada vez con mayor fuerza corrientes muy importantes, también para los obreros, por lo que se ve obligado a distanciarse de todas las demás organizaciones políticas. En Italia las verdaderas masas han sido marginalizadas, y son precisamente esas multitudes de obreros, parados y estudiantes quienes materializan las prácticas contestatarias convirtiéndolas en hechos. No les llega para pagar la factura del teléfono, la electricidad o el transporte. Dependen para subsistir de tres o cuatro empleos en negro y todas sus acciones son representativas de una percepción y una sensibilidad generalizadas, cosa que hace a veces que los actos de delincuencia pura y dura sean vistos como prolongaciones de los actos de terrorismo, y viceversa. Es típico que un delincuente cualquiera, como un ratero común, exponga su alegato en términos políticos desde el momento en que se ve ante un tribunal.

En La Stampa, *Leonardo Sciascia considera que «el terrorismo sirve para consolidar el poder en su forma actual».*

Durante toda su historia, el movimiento obrero ha tenido que enfrentarse a la violencia en todas sus formas. No creo que el terrorismo sea un problema moral, como muchos piensan. Dar lecciones de política a quienes no tienen ni siquiera cien liras y se encuentran en la más absoluta miseria, sin perspectivas de mejora, querer aglutinar todas las distintas posiciones del movimiento en una única visión de conjunto, son cosas sin sentido. Se da una inadecuación tal entre las formas de expresión política y la realidad

social, la realidad de la juventud italiana, que me parece absurdo hacer un juicio moral de las acciones armadas; o, en todo caso, resulta más absurdo en Italia que en Alemania.

i Por qué?

En Alemania la brecha entre la población y los pocos cientos de miles de contestatarios, los cuales, por cierto, viven en una especie de guetos, es tan evidente en Francfort como en Berlín. Además, no está claro que los militantes de la Fracción del Ejército Rojo mantengan el mismo tipo de relaciones con las masas marginales que, por ejemplo, las Brigadas Rojas en Italia. En ese país, por el contrario, la violencia está por todas partes. Los italianos han creído durante mucho tiempo en el milagro económico, en que el PCI llevaría a cabo una transformación de la sociedad, y se han encontrado con las manos vacías, ya que no se produjo ningún milagro, ni el PCI ha presentado ninguna propuesta concreta para cambiar la situación. ¿Cómo puede pretenderse en tales circunstancias que los trabajadores acepten que deben renunciar al tipo de vida que habían llevado hasta ahora, que tres cuartas partes de la población vayan a tener que volver a un nivel equiparable al de los países subdesarrollados? Si las instancias internacionales y los Estados Unidos no se ponen manos a la obra para rescatarla del desastre, el hundimiento de la economía italiana va a ser espectacular.
Pero entonces, ¿no *está usted haciendo el mismo análisis que el PCI, cuando dice que el capitalismo en Italia se está asfixiando f*

El PCI es consciente de ello, claro está. Por eso digo que realmente no desea llegar al poder. Hay un estado de cosas que permite que tanto el PCI como el PCF sean instrumentos incapaces de transformar la sociedad o de tener la más mínima influencia sobre la crisis que atraviesa Europa. Ello se debe a que las personas que han depositado sus aspiraciones en estos partidos, igual que quienes los dirigen, no pretendan alterar nada de la organización de esta

sociedad. Pero las crisis que conocemos implicaban transformaciones en todos los ámbitos, ya se trate de producción, educación, medioambiente o de la vida en sí misma. Ya sean cuarenta o sesenta y siete las empresas que van a nacionalizarse, eso no cambia nada. Incluso los partidos que se creen progresistas son, en el fondo, profundamente conservadores. Y siendo así, ¿cómo podrían afrontar una revolución que exige replantearse la sexualidad, lo normal y lo patológico, las relaciones con el trabajo y con el propio cuerpo? Esta crisis no es como las otras, no responde a ciclos y lleva prolongándose desde hace ya mucho tiempo. La crisis del petróleo, por ejemplo, no es sino la primera de una serie de crisis que afecta al conjunto de las materias primas. Independientemente de la corrupción de los regímenes tercermundistas, las nuevas fuerzas económicas emergentes han surgido para operar una reestructuración de la economía mundial, incluida la propia relación de compromisos entre el Este y el Oeste. En medio de esta redistribución ¿qué es lo que pueden hacer esos pequeños aparatos políticos, restringidos como están a los sectores nacionales?

La receptividad de la gente a la hora de aceptar las soluciones que le ofrecen esas organizaciones también ha cambiado. La desestalinización, así como la crítica a la burocratización en los sindicatos y partidos, las protestas de las mujeres, los jóvenes, los ecologistas, etc. conducen, de manera concomitante con la reestructuración del capitalismo, a buscar una nueva manera de estructurar los movimientos de masas; sin duda confusa y precaria, pero no por ello menos real.

¿En *qué consiste la originalidad de esas nuevas formas de lucha?*

Estas luchas, incluso las que están muy localizadas, afectan a todo el mundo. Las radios libres denuncian la manipulación llevada a cabo por los medios de comunicación, cambian las formas de expresión de las «masas», masas que, por cierto, son cada vez menos masivas y están cada vez más diferenciadas. El rechazo al trabajo implica una especie de huelga de celo generalizada. La inventiva e inteligencia

de los militantes italianos resulta en verdad asombrosa. Recientemente, con motivo de una manifestación en Bolonia, bloquearon todos los semáforos mediante artilugios fabricados por ellos mismos. A algunos de nosotros se nos ha reprochado que fuéramos a Bolonia a inmiscuirnos en asuntos que no nos incumben. Pero si Italia nos atrae tanto es sencillamente porque su vida política e intelectual es tan rica, tan palpitante... ¡Es evidente que los italianos no necesitan que nadie les enseñe cómo pensar por sí mismos!

Y, sin embargo, hay quien piensa que un cierto tipo de totalitarismo está extendiéndose por Europa, lo que proyecta un pesimismo importante sobre el futuro de la democracia.

Temo que el modelo alemán triunfe a corto plazo, y con él todo un modo de funcionamiento cuadriculado y normalizador. Pero soy optimista, porque creo que ese sistema no va a durar mucho tiempo y que muy pronto se vendrá abajo. La paradoja de esta forma de represión es que viene impuesta sobre capas cada vez mayores de la población, al tiempo que exige de ellas una cierta

r

complicidad. En Italia se da un fenómeno, que pronto veremos también en Francia, de sociedades superpuestas que cada vez se comunican menos entre ellas, unido a un fenómeno de margina- ción que no afecta sólo a los individuos, sino también a barrios y regiones enteras. La represión será, con toda probabilidad, cada vez más brutal, y al mismo tiempo se abrirán camino las «revoluciones moleculares», como una amenaza creciente. Frente a los poderes que ya no saben qué hacer con tanta sofisticación y miniaturización de la represión, aparecerá la posibilidad de construir sistemas alternativos. Esta molecularización de las luchas no es lo mismo que el espontaneísmo o la desorganización.

Está a punto de nacer un nuevo tipo de coordinación internacional, uno inaugurado por los ecologistas y del que Bolonia constituye tan sólo un eslabón. En este sentido, se ha previsto una reunión abierta al público en Berlín los días 27, 28 y 29 de enero. Allí tendrán lugar coloquios sobre el «espacio judicial europeo», los medios de comunicación, los movimientos feministas, la labor de los intelectuales...

Para organizar las nuevas protestas se necesita un tipo de racionalidad distinta de la que imperaba en los movimientos de contestación hace treinta o cuarenta años, lo cual me hace pensar que probablemente no nos aburriremos en los años venideros.

B. **Represión fuerte** y **represión suave**

ajoblanco**:** *Uno de los aspectos a los que se ha prestado más atención últimamente es el fenómeno conocido como la «germanización» creciente de Europa (e incluso del mundo entero); ¿cuál es, en su opinión, la importancia de este tema desde una perspectiva más global?*

félix guattari**:** Yo creo que no se puede separar lo que podríamos llamar la *represión fuerte,* que consiste en destruir física y

moralmente a, pongamos por caso, los detenidos, los abogados de la extrema izquierda revolucionaria en Alemania, de la *represión «suave»*, que se esfuerza por intoxicar a la población a través de los medios de comunicación, en dividirla para poder controlarla mejor mediante las técnicas psiquiátricas de sectorización, la «psicologización» de las relaciones familiares, el desarrollo de métodos de control pedagógico en las escuelas e incluso mediante una cierta concepción del ocio, los deportes comerciales, etc. La represión fuerte se refiere a los métodos de condicionamiento de tipo skinneriano (como los que podemos encontrar representados en películas como *La naranja mecánica*), la represión «suave» remite a la incitación publicitaria al consumo o al psicoanálisis, se complementan entre sí. Su objetivo fundamental es someter a las masas a una cuadrícula y que ellas colaboren activamente en ese proceso. Las masas son inoculadas con un prototipo de sociedad, de familia, y con un cierto modelo de consumo. El poder trata de infantilizar las relaciones humanas y de producir sujetos irresponsables desde el punto de vista de sus relaciones con la sociedad, y así asistimos a un aumento creciente de la demanda de cuidados, asistencia y seguridad. Con la ayuda de sus extensiones políticas, sindicales y culturales, el poder tiende a vigilar hasta el menor detalle de nuestras vidas. Todo aquel que escape, por la razón que sea, al sistema generalizado de control social será destinado a sectores especiales de vigilancia dentro de la cuadrícula. En algunas ciudades esos sectores especiales son barrios marginales destinados a los inadaptados. Existe una tendencia a establecer unos subsidios mínimos para la enorme masa de gentes que no ha conseguido integrarse dentro de los engranajes de la producción. Si llega a correrse la voz de que un puñado de rebeldes ha logrado escapar a este doble sistema de control y que, además, es capaz de justificar con argumentos políticos su rechazo a la integración, entonces se ensañarán con ellos en la prensa, haciéndoles la vida imposible (como en

la película *Katharina Blum* [sic][11]), hasta llevarlos a realizar actos desesperados... Y al final, los que no sean abatidos por la policía acabarán siendo engullidos por la maquinaria penitenciaria, que hará todo lo posible por empujarlos al suicidio o a la locura. Ignoro si los métodos de represión alemanes se extenderán al resto de Europa. Cada situación concreta ofrece una ocasión perfecta para combinarla represión fuerte y la suave. Creo que se trata de un problema que puede encontrarse en todas partes, tanto en la Unión Soviética como en los Estados Unidos o en Europa, tanto en los países desarrollados como en el Tercer Mundo.

Y con respecto a la lucha de la clase obrera, ¡cree usted que se trata de un «engranaje» que ya ha sido integrado en la maquinaria social, un medio de lucha obsoleto y retrógrado, o lo ve más bien como algo indispensable para la apertura de nuevos horizontes?

Es evidente que ninguna transformación social será posible sin la clase obrera; pero resulta igualmente obvio que tampoco podrá hacerse nada si el movimiento obrero no se deshace antes de los partidos, sindicatos y burócratas de todo tipo que controlan actualmente las estructuras. Ya no podemos seguir hablando de *la* clase obrera; hay muchas clases obreras. Cierto sector de la aristocracia obrera se ha aliado objetivamente con la burguesía en Alemania y los Estados Unidos y se comporta como uno de los soportes más sólidos del orden establecido. Una nueva clase obrera está surgiendo, una que rechaza esta forma de integración, que se encuentra más próxima de los millones de parados, de los millones de mujeres que luchan por su emancipación, de los millones de trabajadores inmigrantes que se trasladan de un país a otro, de los millones de jóvenes sin porvenir y sin esperanza. Las antiguas minorías (regionales, sexuales, etc.) deberían,

[11] El *honor perdido de Katharina Blum* (1972) es una película de 1975, dirigida por Von Trotta y Schlóndorff, basada en la novela homónima de Heinrich Boíl (N. de los E.).

f

PH mi opinión, buscar las vías para una alianza revolucionaria «mi rula imrva clase obrera emergente.

jl'trnsa usted también que sería conveniente plantear la cuestión de las nuevas Jórmas y métodos de lucha en la sociedad actual? *¿Cree que los medios de comunicación de masas tendrían un papel importante que desempeñar en este ámbito*?

Los medios de masas juegan un papel fundamental en la política del control social y en la formación de la fuerza de trabajo: tienden a ponerla al servicio del Capital. Creo, en efecto, que las nuevas formas de lucha requieren desarrollar una nueva forma de expresión para las masas. Hoy en día ya no podemos aceptar que los líderes hablen en nombre de las bases cuando escriben artículos en periódicos o revistas políticas. Las masas necesitan expresarse de forma directa, en sus propios periódicos, en las paredes, en las radios libres, tal y como sucede actualmente en Italia. No se trata de celebrar el espontaneísmo como si fuera un culto, sino de tomar conciencia de que la manifestación organizada y centralizada del movimiento obrero y las corrientes revolucionarias sufre de un estado avanzado de esclerosis. Pienso que toda esa efervescencia espontánea a la que estamos asistiendo estos días dará sus frutos en forma de nuevas sensibilidades que nadie puede definir todavía a día de hoy.

Hay un punto en particular que nos gustaría abordar: jsegún usted, cuál ha sido la función de España durante la dictadura en ese proceso de «germanización» generalizada del que hablábamos antesi ¿Cree que la España de 1977 *sigue cumpliendo el mismo papel o que tiene uno nuevo, y por quéi*

No creo que la dictadura fascista en España haya jugado un rol importante en el proceso de «germanización» al que usted se refiere. Lo que sí me parece muy significativo es que el hundimiento del régimen franquista no haya sido resultado de una lucha política organizada, dirigida por las formaciones de izquierda tradicionales. Este hundimiento parece estar relacionado, por un lado, con las contradicciones internas de la burguesía, en particular de tipo económico, de cara a una posible integración dentro del mercado

común; y por otro lado, es posible que lo más importante sea lo que yo llamo la «revolución molecular», que atraviesa todos los mecanismos de la sociedad. Ahora mismo estamos, creo yo, en vísperas de un verdadero despertar de España en este sentido. He tenido la ocasión de discutir con los camaradas de Galicia que trabajan o militan en el hospital de Conxo, y he visto hasta qué punto los problemas de la independencia de Galicia, la emancipación de los enfermos mentales, la libertad sexual, la libertad de expresión, etc., estaban vinculados entre sí. Tengo la impresión de que España puede convertirse, en los próximos años, en un motor de esta nueva revolución que ya está extendiéndose por Europa, un motor que tomará el relevo de Italia y acelerará el proceso al que estamos asistiendo en este preciso instante.

COMO UN ECO DE LA MELANCOLÍA COLECTIVA

La película *Alemania en otoño*[32] ha marcado en más de un sentido

[32] Película colectiva rodada en 1977 en la que participaron, entre otros, R. W Fassbinder y W Schlöndorff, que retrataba el final de los «años de plomo» alemanes, el otoño rojo de 1977. Guattari hace referencia en el texto al secuestro de Hans Martin Schleyer, el «patrón de los patrones» alemán por parte de la Fracción del Ejército Rojo (RAF) el 5 de septiembre de 1977 (fue ejecutado el 19 de octubre), así como al rapto de un avión de Lufthansa a la altura de Mogadiscio por un comando palestino llamado «Mártir Halimeh» que exigía la liberación de la «banda de Baader» (Andreas Baader, Jan-Cari Raspe y Gudrun Ensslin) encarcelados en la prisión de Stammhein de Stuttgart. Esta toma de rehenes se saldaría con la muerte del comando y con los suicidios —al menos así fue como

la historia del cine, del cine «comprometido», por usar una expresión consagrada. Para empezar, porque se trata de una obra colectiva que no nos muestra una yuxtaposición de secuencias filmadas por distintos autores, sino que todas ellas son el resultado de discusiones y una planificación común. Además, porque fue rodada «en caliente», inmediatamente después de los acontecimientos que marcaron el otoño de 1977, lo cual le permite crear una admirable atmósfera de autenticidad. Puede sentirse cómo tanto los actores como los directores se encontraban aún bajo el influjo de la situación mientras se filmaban las escenas, de modo que la verdad trasluce sin que se note ninguna ruptura entre los elementos documentales, Acciónales y su montaje.

Este esfuerzo por superar el cine de autor, que podríamos calificar de analítico, parece indicar una nueva forma de captar los elementos emocionales colectivos a través de la cámara. En este caso, el análisis se articula en torno a dos polos.

El primero tiene que ver con la distorsión de los acontecimientos a través de los medios de comunicación. Sucesos como el asesinato de Schleyer, el secuestro de Mogadiscio o la muerte de los detenidos de la prisión de Stammheim han sido investí- dos con una carga afectiva puesta enteramente al servicio del control social y de la represión. Una de las claves del film es la referencia a la *Antígona* de Sófocles, por lo que los acontecimientos de *Alemania en otoño* toman de alguna manera las dimensiones de un drama antiguo. Desde esta perspectiva, la muerte de Hans Martin Schleyer y los prisioneros de la RFA parece funcionar como una catarsis o exorcismo en dos actos: como doble sacrificio cuya finalidad es la interiorización de una culpabilidad colectiva que se remonta a la época del nazismo, e incluso más allá, alcanzando esa supuesta violencia intrínseca al espíritu alemán.

La impresión general que se desprende de este primer polo de la

---

los presentaron, Guattari hablará de ello más adelante— de Baader y sus compañeros de detención (N. del T.).

obra es un sentimiento de fatalidad, de confinamiento dentro de un sistema social que no ofrece ninguna alternativa más allá de la aceptación pura y dura, el conformismo de la mayoría. A esto se añade el rechazo de las reglas tradicionales de la democracia y la justicia burguesas que condena toda revuelta a extraviarse en formas de violencia cada vez más minoritarias, llevando a sus autores a la aniquilación, como fue el caso de Andreas Baader, de Gudrun Ensslin o deJan-Carl Raspe (por el momento y hasta que tengamos más información, todas las hipótesis sobre lo que sucedió siguen siendo válidas, a pesar de los esfuerzos oficiales por demostrar que fueron suicidios).

El otro polo del filme consiste en el intento de los autores por contrarrestar la intoxicación colectiva de los medios y obstruir esa «maquinaria infernal» de la culpa —retomando una expresión de Jean Cocteau a propósito del Edipo—. Se trata básicamente de salir del enfrentamiento dual entre la RAF y la RFA, del ciclo de represión-represahas, del esquematismo casi simétrico propio de las ideologías actuales. Los autores de la película se limitan fundamentalmente a reflejar sus propias reacciones de forma inmediata; lo que han sentido, lo que han visto cámara en mano; registran las disputas con sus seres más próximos, escenifican sus fantasmas... Sobre un tema tan serio, en un contexto tan dramático... «¡Alguien tenía que hacerlo!». Sin embargo, el resultado no es por ello menos serio. Sin duda es mucho más verídico que cualquier otra forma de entrevista, reportaje o película propagandística. En cada secuencia asistimos a una multiplicación de líneas de fuga —algunas minúsculas, ridiculas o extrañas— que han permitido a los autores desvincularse, a nivel personal y hasta un cierto extremo, de este drama maniqueo. La conducta íntima de estos personajes escapa a las categorías políticas actuales —Fassbinder abrazando a un amigo, una joven profesora alejándose con una pala por un terreno helado, un niño que observa, atónito, la escena del enterramiento de los prisioneros de Stammheim, un joven que permanece sentado junto

a los sepultureros y los policías después de la marcha del cortejo, una joven madre y su hijita recorriendo el camino de vuelta...—, constituyen otros tantos fogonazos, instrumentos de supervivencia, facetas de la vida o escapatorias al supuesto «destino trágico» del pueblo alemán. ¡Esto no significa, de ningún modo, que se pase por alto el problema del poder represivo, el control social generalizado o la función de los medios de comunicación en el fascismo cotidiano! La película es totalmente explícita con respecto a lo que describe y denuncia. Pero ése no es su objetivo principal. Las opiniones sobre estas cuestiones están ya formadas, y no parece haber muchas probabilidades de que unas explicaciones más o menos vayan a modificarlas sensiblemente. Lo que está en juego aquí es el contexto afectivo y colectivo en el que cristalizan las opiniones, es decir, uno de los componentes esenciales de la instauración masiva de una *opinión que hace la ley*.

En esta esfera, las consecuencias reales de actos «terroristas» como los de la RAF, BR, NAPAP[13], etc., no parecen haber sido tomadas para nada en consideración por los responsables de estos movimientos. De forma muy esquemática, podría decirse que hay dos posiciones enfrentadas sobre la cuestión de la lucha armada en el seno de la extrema izquierda europea. La primera, más cercana a la postura de la RAF, considera, en esencia, que las luchas sociales van actualmente más allá de los marcos nacionales y deben situarse a escala internacional, en particular entre el imperialismo germanoamericano y el Tercer Mundo. Según ésta, habría que desestabilizar los bastiones del capitalismo *por todos los medios a su alcance* —comenzando por la lucha armada clandestina— y poner de manifiesto la naturaleza intrínsecamente fascista de los regímenes de las democracias burguesas, al tiempo que esperan que la vanguardia de la clase obrera, en una alianza con las masas oprimidas del Tercer Mundo, recupere la vieja antorcha de la lucha

[13] Fracción del Ejército Rojo, Brigadas Rojas, Núcleos Armados Por la Autonomía Popular (organización armada francesa de filiación maoísta, que reivindicó atentados producidos entre

por la revolución socialista... La segunda posición, que podría asimilarse con la tendencia «Sponti»[33] (representada en la película por Horst Mahler[34], un antiguo «terrorista» que sale ante la cámara haciendo autocrítica), consiste por el contrario en denunciar, en mi opinión con todo el derecho del mundo, una «política de esperar siempre lo peor» que va en contra de sus objetivos iniciales.

Pero los partidarios de esta última tendencia se han apresurado a enredarse con argumentos típicamente sodaldemócratas y humanistas. ¡Han llegado a condenar toda forma de violencia en nombre de una moral que se acomoda muy bien, sin embargo, a otras formas peores de violencia, perpetradas por aquellos que se proclaman sus sostenedores! La idea de que no hay ninguna posible vía para la transformación social que no esté conforme con la legalidad imperante es aceptada hoy como algo de sentido común. Este paso lo han dado muchos antiguos militantes de izquierda, sobre todo los dirigentes de publicaciones como *Lotta Continua* en Italia o *Liberation* en Francia.

Me parece que lo único que hacen realmente estas dos posturas es enmascarar, cada una a su manera, el verdadero significado de las nuevas formas de acción clandestinas que están proliferando por toda Europa, y que se encuentran a punto de convertirse en una de las características específicas de esas situaciones políticas en punto muerto típicas de los regímenes capitalistas.

Lo que pone de manifiesto de forma original una película como *Alemania en otoño* —y creo que llegaríamos a las mismas conclusiones si se tratara de otra película similar que tratase sobre la situación en Italia—, es que la enorme carga emocional asociada al «fenómeno del terrorismo» se ha convertido en un elemento

1977 y 1980). (N. del T.).

[u] Grupo de la extrema derecha alemana (N. del T.).

"Abogado cofundador de la Fracción del Ejército Rojo, encarcelado y liberado (su abogado era Gerhard Schröder), que se dedicó después a la defensa de partidos alemanes de extrema derecha y del negacionismo (N. de los E.).

fundamental de las estrategias políticas actuales. Para bien o para mal, la política hoy en día ha llegado a ser inseparable de los sentimientos colectivos, petrificados e instrumentali- zados por los medios de comunicación, que constituyen una forma de subjetivación transversal a las clases y las naciones, dentro de los cuales resulta casi imposible saber qué parte pertenece a un imaginario manipulado y qué parte responde a realidades socioeconómicas.

Todas las formas del poder, sin importar desde qué ángulo se las considere, son objetivos y/o agentes de esta manipulación de las masas como «material» mediático. De esta forma, los chicos y las chicas que hoy deciden tomar el camino del «terrorismo» no lo hacen solamente obedeciendo a sistemas ideológicos, sino también por ellos mismos, en cuanto representantes o víctimas expiatorias de un movimiento subjetivo que va más allá de ellos. Sus acciones y sentimientos están «en conexión» con aquellos que los aprueban, con los militantes de todas las capas sociales, los jóvenes revolucionarios que no han encontrado una solución en los combates que vienen librándose desde hace quince años. Por si fuera poco, está también la pasividad propia de ese «marasmo», de una opinión pública resignada y «trabajada desde el interior» mediante gestos espectaculares y desesperados. Ellos mismos, en respuesta, manipulan también la información y las imágenes transmitidas por los medios, utilizando su prestigio para ejercer presión desde el interior de los entornos que frecuentan. Derribar el muro de la indiferencia, si es necesario con una violencia autodestructiva, atraer por la fuerza la atención de la opinión pública: tales son las ambiciones de estos nuevos movimientos de lucha armada. Sean cuales fueren sus fracasos o el callejón sin salida en que se han metido, sería un error considerarlos como organismos extraños a lo que se denomina el «movimiento», es decir, el conjunto de la juventud contestataria y revolucionaria. No sólo forma parte inherente de él, sino que pone de manifiesto, dentro del movimiento,

su faceta más exacerbada, la más irreductible. Esto explica que, al margen de todas las divergencias, su sacrificio haya representado una cruel pérdida para una enorme multitud de jóvenes.

La novedad —acaso duradera— de estos movimientos consiste, de hecho, en el contexto que facilita su entrada en escena y dentro del cual producen un eco mediático. Este tipo de lucha como tal puede encontrarse a lo largo de la historia moderna —basta con recordar los últimos estertores de la Rusia zarista, la resistencia francesa o los recientes combates en España, que no merecen ni los anatemas ni la condena de los revolucionarios biempensantes—, sin mencionar las insinuaciones que hacen pensar que estarían siendo manipulados por los servicios de inteligencia de diversas potencias... Millones de personas deseaban el asesinato de Hitler; ¡del mismo modo, la eliminación de los verdugos del pueblo iraní o nicaragüense no plantearía el más mínimo conflicto moral para la mayor parte de la izquierda! ¡Ningún miembro del movimiento revolucionario cuestionaría seriamente la ejecución de Carrero Blanco, que ha dado un giro decisivo a la lucha contra el franquismo en España! ¿Basta entonces con decir que la violencia y la acción armada están legitimadas cuando tienen el apoyo de las masas, como fue el caso en España, y que no lo están cuando las masas no lo aceptan, como sucede actualmente en Alemania? El caso de Italia nos enseña que no se trata para nada de eso; es cierto que la violencia armada se ha instaurado como prolongación de una violencia mucho más vasta, que se manifiesta de diversas formas, como en una especie de *continuum* entre la ilegalidad política y la ilegalidad civil y criminal. ¿Es eso suficiente para justificar las acciones de las Brigadas Rojas? No; lo que habría que poner en tela de juicio no es el *principio* que inspira la lucha armada, ni siquiera las modalidades correspondientes a cada movimiento revolucionario, sino su influencia sobre *el conjunto de las luchas anticapitalistas* en cada situación particular. Y, de manera manifiesta, la eliminación de un líder como Schleyer no solamente resulta insuficiente para

interrumpir el funcionamiento del sistema, además proporciona al poder una ocasión inmejorable para colocar los dispositivos policiales y mediáticos al máximo rendimiento, contribuyendo así a poner aún más contra las cuerdas a millones de explotados. En otras palabras, el auténtico drama no consiste en el hecho de que haya muerto un hombre como tal, sino en que este acto se llevara a cabo siguiendo un modelo similar, en el fondo, al sistema de represión burgués, los atentados fascistas, los secuestros de la policía secreta, y que, a fin de cuentas, al final sólo habrán conseguido convertirse en un eco de la melancolía colectiva que ha estado asfixiando Alemania en los últimos tiempos. Quisiera señalar que, por mi parte, no conozco nada más siniestro y odioso que esas fotos de Schleyer o de Moro[35] con un cartelito sobre el pecho. No quiero adelantar juicios sobre lo adecuado de su ejecución ni juzgar a sus jueces, pero este tipo de procedimiento me resulta insoportable; ese tipo de imagen diseminada por los medios produce legítimamente un sentimiento de lástima por aquellos que lo han sufrido, y de desagrado y revuelta hacia sus autores.

El capitalismo sólo ha logrado consolidar esos bastiones que la RAF y las BR pretenden derribar, en la medida en que ha podido establecer un consenso mayoritario fundado sobre el inmovi- lismo social, la defensa de los privilegios, la ignorancia sistemática de todo lo que excede los intereses corporativos, nacionales, etc. Y todo lo que favorece el sentimiento de aislamiento de los individuos, todo lo que refuerza la sensación de impotencia, de culpa y de dependencia del Estado, de los servicios públicos y sus prolongaciones, en sintonía con los sindicatos y los partidos tradicionales de izquierda, todo eso va a servir para alimentar dicho consenso. Es absurdo pretender llevar a cabo una acción revolucionaria sin atacar también estas formas de manipulación de

[35] Aldo Moro, varias veces presidente del Consejo Italiano y representante de la Democracia Cristiana en un momento de aproximación con el PCI, fue secuestrado y ejecutado por las Brigadas Rojas en mayo de 1978 (N. del T.).

masas. La guerra larvada que las potencias industriales practican siguiendo el eje norte-sur para tener al Tercer Mundo en la palma de la mano es, ciertamente, muy importante; sin embargo, esto no debe hacernos olvidar que existe otro eje norte-sur, que afecta al planeta entero esta vez, y sobre el que tienen lugar conflictos no menos importantes que implican a los poderes del Estado: nacionalidades oprimidas, trabajadores inmigrantes, parados, marginados, los «no asegurados», los trabajadores «normalizados», las personas que viven en los barrios de chabolas, las favelas, los guetos, los enfrentamientos entre razas, sexos, clases, generaciones, etc. El capitalismo pone en marcha procedimientos colosales para sostener esta otra lucha y asegurarse el control social y mental de todo el mundo, del deseo y de lo cotidiano. Hacer caso omiso de este tipo de confrontación, o considerarlo como algo secundario significa inutilizar todas las formas de lucha conducidas por organizaciones del movimiento obrero tradicional, o permitir que se las desvirtúe. Queramos o no, en las condiciones actuales los medios de comunicación y la violencia están estrechamente ligados. Y cuando un grupo revolucionario les sigue el juego a los medios más reaccionarios contribuye a alimentar el sentimiento de culpabilidad colectiva. Eso significa que se ha equivocado; se ha equivocado de objetivo, de método, de estrategia, de teoría, de imaginario...

Proclamar una solidaridad absoluta con las víctimas de la represión capitalista —con todas las víctimas— no equivale necesariamente a ponerse en guardia contra los extravíos que han conducido a espectáculos incalificables como el secuestro de Mogadiscio o los tribunales que se califican a sí mismos de «populares» y cuyas deliberaciones tienen lugar en un sótano. La reproducción estúpida de un modelo de la «justicia» y de represión, la repugnante instrumentalización de los medios de comunicación, el sectarismo obtuso, la manipulación de los «compañeros de camino», no son para nada cuestiones secundarias. El mérito de una película como *Alemania en otoño* radica en ayudarnos a tomar conciencia

del conjunto de estos problemas. No sólo nos ofrece una crítica virulenta de la sociedad alemana, sino que comienza a esbozar un cuestionamiento de la lucha armada clandestina en su propio terreno. Las críticas que van en esta última dirección son todavía demasiado tímidas e imprecisas. Todavía se deja sentir aquí el peso de los acontecimientos y el temor de convertirse en un blanco fácil para la infinita capacidad de manipulación del poder. Aun así, señala un punto esencial, a saber: el *dramatismo enfermizo,* a todas luces absurdo, que caracteriza los encuentros cara a cara entre un poder estatal monstruoso y unas estructuras políticas y militares irrisorias.

Los autores de esta película no manejan el P.38, sino únicamente la cámara, ¡pero no por ello es menor su eficacia! Hoy en día, afirmar el derecho al humor, a las expresiones más extravagantes del deseo, a tomar la palabra sin ser silenciado, sean cuales sean las presiones y el carácter dramático (o incluso trágico) de la situación, constituye en la Alemania actual una condición previa imprescindible para toda medida revolucionaria efectiva.

CARTA A LOS INTELECTUALES ITALIANOS SOBRE LAS DETENCIONES DEL 7 DE ABRIL

Ahora más que nunca deberíamos ser capaces de apreciar que los problemas políticos y sociales de ItaHa y Francia son manifestaciones a pequeña escala de procesos europeos y mundiales. La represión se ha vuelto un fenómeno internacional. Estados Unidos dicta la conducta que deben seguir los políticos italianos, igual que lo hada en plena Guerra Fría. Al estar enfrentados a múltiples formas de injerenda desde todos los frentes, no le sirve de nada replegarse hada las fronteras nadonales. Por tanto, conviene confrontar la manipuladón oculta con un debate público que sea lo más amplio posible: creo que sería positivo que los intelectuales italianos intervinieran en los asuntos franceses, y, lo que es más, espero que el debate internadonal sobre la situación de Italia progrese. Ése es el principal y único objetivo de esta carta: dar comienzo a una forma

de diálogo.

Sin embargo, hay otra razón que me lleva a prestar especial atención a la represión que actualmente se ceba con los militantes y los teóricos de la insurgencia italiana: Toni Negri es amigo mío, y quisiera manifestarle mi apoyo en estos difíciles momentos que está atravesando. Puedo dar testimonio de que ha hecho todo lo posible para limitar la propagadón de un terrorismo que se prodama heredero de las Brigadas Rojas, y estoy convencido de que si no se ha producido un fenómeno similar en Francia es debido en gran medida a su influenda sobre la izquierda revolucionaria radical.

Al agravarse la crisis económica y social en Europa, la violencia ha aumentado de manera propordonal. La primera forma de violencia proviene de la reestructuradón capitalista, que condena a la miseria a miles de familias y destruye sectores enteros dentro de la producción; se trata de la violencia de un poder capaz de encarcelar a cientos de jóvenes trabajadores y estudiantes sólo por rebelarse contra las circunstancias que se les han impuesto, mientras que los grandes ladrones del Estado (véase, por ejemplo, el caso Lockheed[17]) salen libres.

¡Actualmente hay regiones enteras de Italia y Francia que están derrumbándose económica y culturalmente ante los ojos de los grandes partidos de izquierda, como el PCI y el PCF, que contemplan impotentes esta degradación! En semejantes condiciones, ¿cómo sorprenderse si miles de jóvenes se sienten empujados a cometer actos desesperados?

La consecuencia inmediata del fracaso del «compromiso histórico» en Italia y del «programa común» en Francia ha sido hacer cundir el desánimo entre la vanguardia de la izquierda radical europea. En Italia y Francia hace ya algunos años que se extinguió la esperanza de un gran cambio. ¿Qué han hecho al respecto los partidos comunistas y los grupos de extrema izquierda de estos países? Los primeros se han enfangado cada vez más en una política desmovilizadora de pactos y compromisos; los segundos han sido

incapaces de salir del gueto ideológico y social en el que están encerrados. En Italia, el poder trata por todos los medios de aprovecharse al máximo de esta coyuntura. Todo hace pensar que su intención es tratar de imponer esta situación de reformas institucionales para poner a Italia «a la altura de Europa», lo que significaría borrar de un plumazo las conquistas populares de los últimos treinta años. En cualquier caso, las apuestas todavía no están cerradas. Todo depende aún de si la izquierda y sus facciones más radicales serán capaces de salir de su letargo actual.

¿Significa eso que ha llegado por fin la hora de tomar las armas para combatir el poder del Estado? Es cierto que no podremos transformar las instituciones burguesas y democráticas por

[17] Fue un escándalo político y financiero internacional que estalló a mediados de los años setenta, en el que estaba implicado el equipo aeronáutico norteamericano Lockheed (N. del T.).

medios exclusivamente pacíficos, ya que éstas tienden cada vez más a reforzar sus estructuras represivas y explotadoras, ¡puede que incluso respaldando la instauración de regímenes totalitarios! Ahora mismo, cualquier acción que quiera ser eficaz se verá forzada a servirse de la violencia contra el orden establecido. ¿Ha llegado entonces la hora de formar pequeños grupos clandestinos, guerrillas urbanas? ¡El resultado está a la vista! Las tentativas en este sentido no han hecho más que acrecentar la «fuerza de choque» de la reacción y aglutinar a las masas desorientadas en torno a la dirección de los partidos políticos tradicionales.

La cuestión no es renunciar por principio al uso de la violencia como tal, sino desarrollar formas de acción eficaces que modifiquen en un sentido revolucionario las relaciones de fuerza sociales impulsando verdaderas dinámicas emancipadoras. La violencia es legítima cuando la ejercen los trabajadores, las mujeres o los jóvenes que luchan para cambiar su situación, pero deja de serlo cuando es practicada por grupúsculos dogmáticos cuya finalidad principal —aparte de la eliminación de algunas víctimas propiciatorias— está determinada por el impacto que tienen sus actos en los medios de

comunicación.

Hoy en día, los militantes que denuncian con gran lucidez que el enfrentamiento entre los poderes del Estado y el terrorismo de pequeños grupos ha llegado a un punto muerto se han convertido en un blanco privilegiado de la represión policial y de las campañas de mentiras a cargo de la prensa y la televisión. Todos los que conocen estos problemas saben perfectamente que Toni Negri y sus amigos no tienen nada que ver, ni mucho ni poco, con las Brigadas Rojas. Ciertamente, la policía y los jueces lo saben mejor que nadie. Pero al usarlos de chivos expiatorios esperan exorcizar, como por arte de magia, una violencia social que es estructural. ¡Esta forma de hacer política esperando siempre lo peor es, se mire como se mire, simétrica a la del terrorismo!

Es cierto que el terrorismo en Italia es un problema peliagudo y que resulta peligroso desde muchos puntos de vista. ¡Pero no es *el* problema más importante! El «terrorismo» desaparecerá el día en que las masas comiencen a avanzar teniendo claro cuáles son sus objetivos. Ninguna otra cosa debe distraernos de nuestra búsqueda de vías e instrumentos que nos permitan provocar las transformaciones sociales irreversibles sin las cuales estaríamos atrapados en una escalada de miedo y desesperación de dimensiones inauditas.

Salir del círculo vicioso de los significados dominantes. Pasar a la acción. El tiempo de lo irreversible. La decisión férrea de atacar la coraza del poder. La sobreexposición del sistema al resplandor de las deflagraciones y la revelación de la monstruosa semilla de sus deficiencias. Refugiarse en una sombra espasmódica, convencerse de que por fin se nos ha puesto a tiro, de que tenemos un pedazo de realidad al alcance de la mano. No soy más que el soldado de una revolución planetaria cuyo comando le envía al corazón de la fortaleza... la cercanía imaginaria de los maestros del género: Guevara, Baader, pero, hay que reconocerlo, también Carlos, Superman y Curcio con sus anatemas... La escalada de la acción y

la represión, las vanguardias captadas por la fascinación, la intimidación y también (suponemos) por el régimen diario de dinero, prestigio, sexo...

Ustedes dicen que hoy en día en Italia la lucha armada se ha transformado en una forma esencial de la «nueva espontaneidad», que sus rasgos ejemplares y espectaculares serían como la espuma de una ola de sublevación que anegaría la sociedad. En tal caso, ¡razón de más para rechazar su tendencia a formar gru- púsculos! ¡Son ustedes los que dicen que ésa es su principal preocupación! Más camarillas legislando al margen de las masas, más especialistas en estrategia. Ustedes esperan disolver la neurosis militar mediante la transversalidad. ¡Hurra, qué gran noticia, viva la buena nueva! ¡Por fin va a saltar de la ranura la aguja del brazo de la revolución y podremos darle la vuelta al disco! Sin embargo, ¿cómo desterrar ese regusto a viejo soniquete? Puede que ustedes hayan sustituido la columna vertebral: ¡han cambiado a la vieja clase obrera blanca, bien vestida, urbanizada, vacunada con el marxismo-leninismo, por un proletariado joven, inestable, mitad estudiante y mitad marginado! Pero ¿qué van
a hacer con el sufrimiento, los deseos, las protestas, los avances y retrocesos de los demás, de todos los demás: las mujeres que se sacuden el yugo, los niños, los ancianos que quieren vivir de otra manera, los «insurgentes», los locos, los poetas que ya no se identifican con esta sociedad? No parecen ustedes dispuestos a tomar la diversificación de la subjetividad revolucionaria con todas sus consecuencias, ni parece afectarles el surgimiento de *una* nueva subjetividad obrera. Tampoco parece interesarles la convergencia de nuevas formas de lucha, respetando sus ritmos propios, las sensibilidades específicas que expresan, en otras palabras, la heterogeneidad insuperable de los grupos sociales que se

constituyen a través de ellas. ¿Por qué persiste ese ideal de *una* columna vertebral, de una subjetividad globalizada? ¿Por qué no cien, mil, o den millones de ellas...? ¿Por razones de eficacia? ¡Otra vez el viejo soniquete!

Salir del gueto, definir nuevos objetivos, inventar una cartografía operacional de las luchas, determinar el carácter violento de los enfrentamientos, la naturaleza de las formas de organización requeridas por los nuevos escenarios políticos y micro- políticos (sus formas de expresión, de coordinación, de proliferación, su nivel relativo de centralización, su carácter duradero o efímero, clandestino o público), todas estas cuestiones están pasando por una renovación completa en cuanto a la forma de abordar el problema central, uno que viene siendo mal gestionado desde hace ya tiempo: el mal llamado problema de la *acción de las masas.* Y, a decir verdad, no me parece que seamos todavía conscientes de la envergadura de esta renovación.

Todo se articula en torno a tres cercos:

- el de la represión social,
- el de la segmentación por grupúsculos,
- el de la sobrecatexis inconsciente del «ideal de grupo», que tiende a adquirir proporciones monstruosas en el espacio de la clandestinidad.

No nos basta con constatar que estos tres niveles se comunican entre sí (a través del sesgo de las ideologías, los medios de comunicación, las instituciones, los organismos, los servicios públicos, etc.). ¡También conviene dotarse de los medios para modificar esta situación creando condiciones favorables para la eclosión de otras formas de interacción! Uno de los ejemplos más lamentables e infamantes que han marcado el movimiento revolucionario occidental son esas odiosas fotos de Hans-Martin Schleyer con un cartelito colgando del cuello, o las de Aldo Moro hecho un guiñapo y pegado al rótulo publicitario de las Brigadas Rojas. He aquí algo que despierta tina inevitable compasión, una

piedad de naturaleza casi etològica. El escándalo del asesinato parece esfumarse ante el de la imagen. ¿Qué es la muerte frente a semejante demencia? ¿Qué clase de automatización se ha apoderado de los camaradas que optaron por una forma de microfascismo como ésa? Baste con responder a estas preguntas que es preferible cambiar de blanco y no apuntar sino a objetivos tocantes al deseo de las masas, como por ejemplo los ordenadores puestos al servicio del control social...

Pero ¿cómo garantizar que, como consecuencia de esta escalada de represión, no iremos a reproducir a pesar nuestro el mismo «teatro de marionetas» clandestino que los medios de comunicación han convertido en un gran *show* de éxito mundial? La experiencia nos demuestra que en este terreno las buenas intenciones no son suficientes. Existe claramente un riesgo objetivo de que la combinación del aparato represivo con la lógica de los grupúsculos haga renacer ineluctablemente formas monstruosas de deseo tiránico y sujeción. No me malinterpreten: tampoco digo que éstas surjan de las profundidades del inconsciente, ni que hayan estado enterradas y reprimidas. No, simplemente sucede que ciertas empresas revolucionarias, débiles en sus proyectos, raquíticas de ideas y deseos, al plegarse sobre sí mismas *re-montan, re-componen* los mismos viejos modelos reaccionarios de las máquinas de guerra, las mismas viejas máquinas de tortura moral y física que abarrotan todos los rincones de la historia.

Una de dos: o bien la emancipación venidera, «la posible autonomía» se proveerá a sí misma de los medios para superar los efectos catastróficos de estas combinaciones, o bien:

- a falta de alternativas creíbles (incluso a nivel inconsciente), las masas continuarán siendo «masas» que se debaten dentro del reformismo mayoritario;
- los golpes violentos de grupos clandestinos, más que contribuir a inclinar la balanza del lado revolucionario en situaciones de enfriamiento excesivo, les hacen el juego a las fabulosas campañas

de intoxicación imaginaria y de diseminación progresiva del control social y de la represión;

- los movimientos nacionalistas armados de Europa (vascos, corsos, irlandeses, etc.) continuarán estando aislados, aun a riesgo de perderse en el particularismo de una raigambre mítica (no hay que confundir aquí el particularismo que aísla con la *singularidad* de un deseo colectivo que permite múltiples aberturas);
- el capitalismo mundial dispondrá de apoyos suplementarios que respalden sus iniciativas de disciplinar e integrar las fuerzas colectivas de trabajo, y acabará por indicar cuáles son los puntos decisivos a fin de promover un nuevo tipo de orden para la sociedad y para el inconsciente (¡sea cual sea el precio a todos los niveles!).

Necesitaremos más que nunca demostrar altas dosis de lucidez y sentido del humor en estas cuestiones para «poner a prueba el deseo», como digo yo. Desgraciadamente, resulta evidente que las distintas formas de la lucha armada cristalizaron en Europa alrededor de grupúsculos dogmáticos que sólo conducen a resultados absurdos y monstruosos. Pero parece también que debemos extremar las precauciones con respecto a los grandes movimientos que reivindican su vinculación con esa «atmósfera de luchas dispersas». Nada nos hará jamás aceptar el ascenso de cualquier tipo de grandes instancias unificadoras, generadoras de modelos, de camarillas «estratégicas», programas y teorías que pretendan ser la respuesta al conjunto de las situaciones y a una multiplicidad de puntos de vista presentes. Siempre que consideremos las acciones a escala nacional o internacional, la renovación del centro organizativo —cuyas formas, vuelvo a decirlo, deben ser reformuladas por completo: multicentralidad, heterocentralidad...— resultará evidentemente necesaria, y será tanto mejor comprendida y asumida cuanto que sólo puede sostenerse sobre los agenciamientos contingentes de la lucha, preservando siempre la heterogeneidad de sus componentes. No hay duda de que pasará todavía mucho tiempo antes de que las revoluciones de este fin del milenio consigan poner a punto sus

máquinas de guerra sociales, máquinas de escritura, de poesía, de teoría, máquinas de vida que permitan franquear las etapas decisivas del proceso de destrucción y reconstrucción de los actuales sistemas sociales. Pero hoy en día me parece que lo mínimo que puede exigirse en términos vitales es que no se desprecie o ignore ningún elemento de la revolución molecular. Y, por encima de todo, lo mejor que puede esperarse es que, en el interior de cada una de esas máquinas y dentro de cada una de las distintas facciones del movimiento, organizadas según un modelo más o menos clásico, se desarrolle una nueva actitud, una nueva sensibilidad hacia las alianzas y las combinaciones imprevisibles e inimaginables...

III. MICROPOLÍTICAS DEL DESEO Y DE LA VIDA COTIDIANA

Lo ideal para los estructuralistas sería poder reducir cualquier situación compleja a una fórmula sencilla, una fórmula que pueda expresarse con ecuaciones matemáticas, mediante axiomas o procesándola en un ordenador. Hoy en día los ordenadores permiten resolver problemas muy complejos, como, por ejemplo, traducir una imagen a una fórmula. La cuestión consiste en saber si esa imagen no será fundamentalmente distinta de la que percibimos en el mundo «natural». La imagen producida por ordenador ha sido convertida en un mensaje en lenguaje binario, en una fórmula que puede pasar por canales de transmisión, igual que la electricidad, perdiendo toda la profundidad, el calor y la capacidad de reestructuración que poseía la imagen original. Yo creo que el reduccionismo estructuralista acaba por producir este tipo de resultados. Lo que nos devuelve corresponde a una visión tecnocrática del mundo, en la que los aspectos esenciales de cada situación acaban perdiéndose por el camino. Por esencial entiendo todo lo que tiene que ver con el deseo. No importa lo compleja que sea la situación tratada o la formalización propuesta, el estructuralismo siempre considera que se la puede reducir a un sistema de escritura binario, lo que los semiólo- gos llaman signos digitalizados, es decir, aquellos que pueden introducirse mediante el teclado de un ordenador. Las ciencias humanas tratan de arrogarse un estatus científico adoptando la perspectiva tradicional de las ciencias exactas. (Por ejemplo: las matemáticas, en su esfuerzo por abarcar la totalidad del terreno que ocupan con axiomas derivados del álgebra, la topología, la geometría, etc., tratan de reducirlo todo a una sola lógica fundamental, una escritura de base única).

Sirviéndose del análisis de fenómenos y rasgos distintivos, los lingüistas han tratado de actualizar un conjunto de claves susceptibles de explicar la estructura de todas las lenguas, pero lo que en realidad han captado son tan sólo algunos de los rasgos generales del lenguaje. La vida del lenguaje, en su dimensión semántica y pragmática, se les escapa por completo. Hace ya mucho tiempo que se opera a través de descripciones científicas también en

*

el ámbito de la psiquiatría, intentando clasificar los síntomas y los síndromes dentro de tablas sistematizadas. Pero la realidad nunca encaja con este tipo de clasificaciones. Siempre vamos a tener que vérnoslas con estados *border Une*[1]*, que no sabremos bien cómo diagnosticar: puede que nos encontremos ante una histérica, pero que tenga rasgos paranoicos similares a los de la esquizofrenia, lo cual, por otro lado, no excluye que padezca depresión, etc. Una cosa es analizar una estructura, y otra muy distinta plantear una filosofía estructuralista, una interpretación estructuralista que dé cuenta del propio movimiento de las cosas, de las relaciones de fuerza, de las situaciones políticas, de las catexis del deseo... Parece evidente y, sin embargo, eso es precisamente lo que hacen los freudianos y los marxistas al hablar de estructuras inconscientes o de estructuras económicas. Quieren dar la impresión de haber encontrado la fórmula atómica definitiva, y de que a partir de ese momento ellos se limitarían a asumir el rol del intérprete o a intervenir mediante consignas relativas a esta estructura o aquella fórmula. Es, al fin, una forma de darse importancia apropiándose de una forma de poder. Yo creo que a este razonamiento habría que oponerle la idea de que las estructuras existen, pero no en el seno de las cosas, sino junto *a* ellas. La aproximación estructural es una praxis como otra cualquiera; pero puede que no sea ni la más enriquecedora ni la más eficaz.

“Término inglés que corresponde al término clínico de «estados límite» (N. del T.).

Redefinir el sentido

Hace falta redefinir la cuestión del sentido y el significado, no como algo caído del cielo o inherente a la naturaleza de las cosas, sino como el resultado de la conjunción de sistemas semió- ticos enfrentados entre sí. Ningún sentido puede surgir fuera de esta conjunción. Hay un cierto tipo de sentido que es producido por las semióticas corporales, otro por la semióticas del poder, que son muy numerosas, y otro más que es el resultado de semióticas maquínicas, es decir, aquellas que ponen en juego signos que no son simbólicos ni pertenecen al orden de los sistemas de poder significantes. Estos tipos distintos de sentido no dejan de entrecruzarse, sin llegar a establecer significados universales.

Podríamos decir que existen dos tipos de concepciones políticas en relación con el deseo. Por un lado, la razón formal que busca indicios para tratar de producir una interpretación, una hermenéutica; por el otro lado, una razón en apariencia enloquecida, que parte del presupuesto de que hay que buscar lo universal del lado de la singularidad, y de que ésta puede convertirse en el auténtico soporte de una forma de organización política y micropolítica más racional que la que actualmente conocemos.

Historia de una mujer

Tomemos como punto de partida el caso de una paciente relatado por el psiquiatra Cario Sterlin. Tres meses antes de nacer, su madre tuvo vómitos asociados al embarazo; a los seis meses, ella tuvo una alergia alimentaria; a los tres años, un eccema generalizado; problemas escolares a los seis años; a los veinte, crisis de angustia; a los treinta, una vaginitis inespecífica; a los cuarenta llevó a cabo varios intentos de suicidio. Los componentes semió- ticos bien diferenciados de este caso parecen surgir en cada una de las etapas del cuadro médico.

En el caso de las *náuseas durante el embarazo* y el vómito que sale por la boca de la madre, la manifestación de estos trastornos no está centrada en un sujeto localizado, porque la enfermedad se transmite de una persona a otra; como se suele decir: «Cuando los padres beben, los hijos pagan las consecuencias». Podríamos decir que estamos ante una organización semiótica que depende del funcionamiento simbólico. El emisor y el receptor resultan indiscernibles en estas *semióticas simbólicas.* La palabra no aparece en primer plano, el mensaje no pasa por las cadenas lingüísticas, sino que atraviesa los cuerpos, los ruidos, las mímicas, las posturas, etc.

Alergia alimentaria a los seis meses. Yo sería incapaz de distinguir entre los elementos semióticos presentes en esta alergia y las náuseas producidas por la gravidez, pero una cosa me parece evidente: su importancia aumenta con la alergia. Efectivamente, los ruidos, las impresiones de frío y calor, la luz, los golpes y la relación con el rostro del otro son las coordenadas que constituyen el mundo desde el instante mismo en que el niño nace. Pero lo que no sabemos es por qué este nuevo mundo permanece adherido a la piel del niño. ¿Representa acaso un rechazo a conectarse, a entrar en él?

Problemas escolares a los seis años. Es evidente que estos conflictos implican una intervención del lenguaje. Y no cualquier lenguaje, sino el del preceptor, el lenguaje del poder de los adultos. Los destinos de muchos adultos han sido fijados en la escuela primaria. Cuando puede predecirse que un cierto niño no irá jamás a la universidad, ni siquiera hay que molestarse en calcular su coeficiente intelectual. La máquina escolar generadora de modelos selecciona de forma implacable a los niños. Aquí se trata de *semióticas significantes.* Hay que señalar que en la escuela entramos en el espado de las leyes que rigen la soáedad, y que los vómitos y los eccemas escapan a ellas. ¡No se puede castigar a un niño por tener un eccema! Y, sin embargo, nadie se priva de hacerlo si no sabe hacer una suma. Así se perfila la serie de los poderes microsodales: la familia, la escuela, los poderes locales, para remontarse, poco a poco, al poder del Estado. Un terapeuta que no

se interese por la vida cotidiana del niño, su familia y sus relaciones con el entorno, prestando sólo atendón a las estructuras puras, las cadenas significantes, los complejos y los estadios de desarrollo considerados como universales, es incapaz de ver los procesos esendales que tienen lugar en el ámbito de lo real y de la economía del deseo.

Crisis de angustia a los veinte años. Puede tratarse de síndromes esquizofrénicos que sólo aparecen en un derto periodo de la vida. Hoy en día algunos psicoanalistas pretenden diagnosticar la esquizofrenia a una edad temprana, a los tres o cuatro años. Pero ¿en serio es posible acusar semejantes desarreglos antes de la pubertad? Dado que los elementos semióticos de la pubertad (nuevas impresiones, inquietud ante lo desconoddo, represión proveniente del entorno, etc.) se ponen de manifiesto a través de estos síndromes, el análisis debería orientarse hacia las formaciones del poder correspondientes: el instituto, la formación profesional, los clubes deportivos, los espacios de ocio, etc. Una gran parte de la sociedad amenaza con abatirse sobre el deseo del adolescente para aislarlo del mundo y empujarlo a replegarse sobre sí mismo.

Vaginitis inespecífica a los treinta. Volvemos a cambiar de registro; ahora es la problemática conyugal lo que ha saltado al primer plano.

Intento de suicidio a los cuarenta. Ya vamos viendo cómo se perfilan las formaciones del poder médico, policial, religioso...

Me he limitado a señalar sumariamente lo que podrían ser algunas de las grandes líneas de anáfisis: el continente desconocido

de las formaciones de poder, es decir, un inconsciente *del socius mismo* y no uno sumergido en los pliegues del cerebro o dentro de complejos estereotípicos. El analista no puede conservar su neutralidad frente a estas formaciones de poder. Tampoco puede, por ejemplo, contentarse con actuar como un especialista que investiga las substancias alergénicas que provocan el eccema. Habría que poner en entredicho el conjunto de actitudes de los especialistas y toda la política interpretativa basada en códigos prefabricados. El análisis de los elementos específicos, cuando nos encontramos ante un problema de micropolítica fundamental (que sería por definición transversal a distintos dominios heterogéneos) no es una simple cuestión de forma, sino que ante todo implica la práctica de aquello que yo situaría en el registro de una micropolítica que englobase tanto el objeto del estudio o de los cuidados, como los deseos de quienes realizan tales análisis.

El carácter reduccionista del formalismo que ponen en juego los estructuralistas está en conexión con la relación que se establece entre las llamadas estructuras profundas y las estructuras superficiales. Esto atañe especialmente a la cuestión de la doble articulación lingüística, que implica, por una parte, un sistema de signos que no poseen un sentido en sí mismos (fonemas, grafemas, símbolos), y por otra parte, las cadenas de discursos portadoras de significado (monemas, etc.). Se hace como si el nivel formal hubiese tomado el control de los significados, engendrándolos, produciéndolos de forma misteriosa. ¡Pero éstos no caen del cielo ni surgen espontáneamente de la sintaxis o a partir de una semántica generativa! Son inseparables de las formaciones de poder que los generan dentro de relaciones de fuerza fluctuantes. Nada hay aquí que sea universal ni automático.

Distintos sistemas de codificación

Para intentar aclarar qué lugar ocupan los distintos sistemas de codificación, funcionen o no a través de signos, en el sentido que los semióticos y lingüistas han definido los signos, voy a proponer una

serie de distinciones cuya única finalidad es dar cuenta del funcionamiento práctico de lo que yo llamo *máquinas de signos.* Aunque lo cierto es que en el mundo real siempre nos enfrentamos con entramados complejos compuestos por varios de estos sistemas, por lo que diremos que estamos en presencia de *semióticas mixtas.* En principio creo que habría que tener cuidado de no confundir los códigos naturales y los códigos semióticos. Para un cierto número de lingüistas, como Roman Jakobson, el código genético puede compararse con un código lingüístico. Ambos sistemas utilizan una gama reducida de elementos discretos que se articulan entre sí para formar mensajes complejos —por ejemplo, los cuatro radicales químicos que están en la base del código genético y sirven para fabricar proteínas; e incluso podríamos llevar más lejos la comparación y decir que algunas combinaciones sirven como «puntuación» en las secuencias orgánicas—. Jakobson ha señalado otras características comunes a estos sistemas, como el carácter lineal del código. Pero los biólogos se muestran reservados en cuanto al alcance que puede alcanzar este paralelismo. François Jacob, en particular, considera que sería más fructífero insistir en las diferencias que en las similitudes. En el código genético no hay un emisor y un receptor, ningún sujeto para interpretar los mensajes, los cuales, por tanto, conservan una cierta rigidez que no se encuentra en los mensajes de las secuencias organizadas a partir de ejes de sustitución y transposición (eje sintagmático, eje paradigmático). Las transformaciones genéticas, a diferencia de las transformaciones lingüísticas, implican rupturas, mutaciones y todo un proceso de selección que supone un inmenso rodeo.

Esta primera distinción tendría que permitirnos evitar ciertas asimilaciones un poco mágicas entre el lenguaje y la «naturaleza» que los estructuralistas tienen tendencia a hacer, y que en el fondo se basan en la idea de que sería posible «obtener el poder» sobre las cosas y las personas simplemente con dominar los signos que éstas movilizan. (Recordemos la vieja obsesión de las brujas y los cabalistas, con sus estatuillas y sus golems). Es cierto que existe un

dominio en el que los signos adquieren una eficacia directa sobre las cosas; es el reino de las auténticas ciencias experimentales, que ponen en marcha toda una tecnología material y un complejo tratamiento de las máquinas de signos. Lo cual nos lleva, por cierto, a distinguirlas de los sistemas significantes y a etiquetarlas con la rúbrica de las semióticas asignificantes.

Materias y sustancias de expresión

Ahora querría que nos detuviéramos un momento en la distinción entre materia expresiva y sustancia expresiva propuesta por Hjelmslev. Cuando el niño balbucea, está manipulando una *materia expresiva* fonológica; a medida que se va integrando en los formalismos dominantes va transformando esa materia en lo que llamamos *sustancia expresiva* fonológica, es decir, una sustancia semiológica particular. No obstante, esto no significa que «la materia que no ha sido formada semiológicamen- te sea informal». Debemos, por tanto, diferenciar las materias formadas según el método científico, musical, etc., de las materias semiológicamente formadas, distinción que no carece de utilidad práctica. Veamos, por ejemplo, la siguiente secuencia: «Soy un parado, me presento en la oficina de empleo y me dicen que soy demasiado viejo para trabajar». Los efectos producidos por esta secuencia son completamente distintos entre sí por el mero hecho de haber pasado de una substancia expresiva a otra diferente, dependiendo de si ha sido proferida de manera oral, puesta por escrito o de si aparece en una película, en la grabación de un reportaje, etc.

Lo que modifica el alcance pragmático del mensaje es la conjunción de materias expresivas distintas. ¿El eccema ha sido formado científica o semiológicamente? ¿Cuál sería el componente dominante en tal o cual fase del desarrollo de una vaginitis reactiva inespecífica: las semióticas significantes del campo social o bien la intervención de un código no semiótico que depende de un virus,

una bacteria, etc.? ¿Qué es eso que surge en las relaciones de fuerza, en el lenguaje, en el dinero o en las relaciones de parentesco? Pretender que el significante está en todas partes (y que, en consecuencia, la interpretación y la transferencia son eficaces en todas partes) significa no haber comprendido el hecho de que cada uno de los elementos de la codificación (semióticos o no) puede «obtener el poder» sobre las situaciones y objetos con los que nos vamos encontrando. Yo, por el contrario, pienso que no debemos anteponer una forma de acceso sobre otra, nada de prioridades dogmáticas. Es el anáfisis de la situación lo que debe señalar las prioridades.

Semiologías simbólicas

Así pues, ya tenemos una primera distinción entre las máquinas de signos que funcionan constituyendo una sustancia semiológi- ca autónoma —un lenguaje— y las que funcionan directamente como una forma de codificación «natural» con independencia del lenguaje. Quizás sería más apropiado hablar de señales que de signos. La diferencia entre una señal —por ejemplo, una señal hormonal— y un signo lingüístico reside en el hecho de que el primero no produce significado, no engendra un sistema estable de redundancia que permita al sujeto considerarlo idéntico a una representación.

Ahora ha llegado el momento de abordar una segunda distinción. El sistema significante está separado de las representaciones de los significados y los objetos a los cuales se refiere: según dicen los lingüistas, la relación significante-significado no tiene una razón particular, es arbitraria. No obstante, existen tipos de signos que mantienen una relación analógica o de correspondencia con las representaciones significadas por ellos. A éstos se les llama signos icónicos. Por ejemplo, las señales de tráfico, que no implican el funcionamiento de una máquina lingüística. Los lingüistas y los

semiólogos han empezado poco a poco a creer que los iconos, los diagramas y todo medio de expresión preverbal, gestual, corporal, etc., dependen del lenguaje significante y no constituyen más que formas de comunicación imperfectas. A mí me parece que se trata de un prejuicio intelectualista que presenta enormes inconvenientes cuando se trata de niños, locos, miembros de comunidades primitivas o cualquier persona que se exprese en un registro semiótico que podríamos incluir en la rúbrica de las semiologías simbólicas.

Las semiologías simbólicas son, por ejemplo, la danza, la mímica, una somatizadón, una crisis nerviosa, un ataque de llanto... cualquier medio expresivo que se manifieste de manera inmediata, que resulte inmediatamente comprensible. Un niño que llora, sea cual sea su nacionalidad, da a entender a los otros que algo le duele. No se necesita diccionario. Se ha dicho que estas semiologías simbólicas son dependientes de la semiología lingüística, con el pretexto de que sólo se las puede desairar, comprender o traducir por medio del lenguaje. Pero, ¿qué prueba eso? Si perdemos un avión que tendría que habernos llevado de América a Europa, no decimos que esos dos continentes son dependientes de la aviación. Han existido muchos tipos de pueblos —algunos de los cuales subsisten todavía— que se encontraban fuera de las semiologías significantes, en especial de la escritura. ¡Pero no por eso debemos considerar que su sistema expresivo (uno en el cual la palabra interactúa directamente con otras formas expresivas, rituales, gestuales, musicales, etc.) es más pobre que el nuestro! Podríamos incluso llegar a la conclusión de que ciertas etnias han podido resistirse a la implantación de las lenguas escritas —de la misma forma que habían resistido la intrusión de algunas tecnologías— precisamente porque intuían que esos sistemas significantes iban a destruir su modo de vida, su forma de deseo tradicional.

Los niños y los enfermos mentales a menudo expresan lo que es más importante para ellos sin servirse de las semióticas significantes. El especialista, el tecnócrata de lo mental, el representante

del poder médico o escolar se niegan a prestar atención a semejantes formas de expresión. De este modo, el psicoanalista elabora todo un sistema de interpretación que le permite ponerlo todo, cualquier cosa, en relación con una misma gama de representaciones universales: un pino representa el falo, que es el orden simbólico, etc. Así, imponiendo esos sistemas de traducción, los especialistas toman el control sobre las semiologías simbólicas con las que los niños, los locos, etc., intentan, con mayor o menor fortuna, proteger sus propias economías del deseo. La semiología significante de los poderes dominantes no los suelta jamás, sino que les dice: «En realidad lo que querías decir es tal cosa, ¿no me crees? Puede que no me haya explicado bien, así que voy a rectificar mi interpretación, y seguiré haciéndolo hasta que te convenza de que aceptes el principio mismo de la traducibilidad general de todas tus expresiones simbólicas». Para el psicoanalista, conseguir que todas las expresiones del deseo atraviesen el umbral de un mismo lenguaje interpretativo se ha convertido en una cuestión muy vinculada con el poder; eso le permite reconducir a todos los sujetos desviantes al recinto formado por las leyes del poder hegemónico. ¡Ésa es la especialidad del psicoanalista!

Las formaciones de poder imponen significados

Así llegamos por fin a la cuestión de la relación entre significado y poder. Todas las estratificaciones del poder producen e imponen significados. En situaciones excepcionales podemos llegar a escapar de este mundo de significados dominantes: por ejemplo alguien que se recupera de un electroshock se preguntará dónde está hasta que logre atravesar a tientas el umbral de los significados.

El uso del alcohol o las drogas es un intento de cruzar a contracorriente por ese umbral de significados dominantes. Pero ¿qué umbral es ése? ¿Cuál es esta encrucijada en la que confluyen sistemas de redundancia, de codificación y signos de todo tipo? ¿Cuáles son las cosas que nos «ponemos» cada mañana al despertarnos: identidad, sexo, profesión, nacionalidad, etc.? Este

umbral está formado por la centralización de distintos componentes de expresiones simbólicas —el universo de los gestos, los ruidos y los cuerpos—, es decir, por todo aquello que, desde la economía del deseo, amenaza con ponerse a funcionar por su propia cuenta. «Venga, hazte a la idea de que éste es tu lugar, de que te encuentras inserto en tal o cual relación conyugal o situación laboral, de que eres responsable de tus actos, y de que, además, dispones de muchos tipos de poder, empezando por el poder de hacer la vida imposible a todos los que están a tu alrededor y a ti mismo. El significado es siempre el encuentro, dentro de un marco social dado, entre la formalización de los sistemas de valores, las formas de traducibilidad, las reglas de conducta, etc., y de una máquina de expresión que carece de sentido en sí misma, que es, como si dijéramos, asignificante, que automatiza los comportamientos, las interpretaciones, y en fin, las respuestas que el sistema desea obtener.

El sistema de la doble articulación introducido por Martinet enmascara la profunda disparidad entre el tipo de formalización que se opera en el ámbito del contenido y en el de la expresión. En este último estadio (que Martinet considera parte de la segunda articulación del lenguaje) los fonemas, los sistemas de oposiciones distintivas o las figuras asignificantes de Hjelmslev, dan lugar a una máquina extremadamente eficaz, que llamaremos *diagramática*. Ésta se apropia, por un lado, de todas las operaciones creadoras del lenguaje, mientras que, por el otro, las aprisiona mediante una sintaxis particular. En el estadio de la llamada primera articulación —que es donde encontramos los monemas, las frases, el texto o las interpretaciones semánticas— se produce una conjunción de todas las formas del poder, una centralización y una jerarquización que organiza un cierto tipo de equivalencias, de un cierto tipo de significados. La función de la máquina lingüística consiste en sistematizar y «estructurali- zar» estas formaciones de poder. Es, fundamentalmente, un instrumento al servicio de la ley, de la moral, del capital, de la religión, etc. Al principio, las palabras y las frases

sólo adquieren sentido por medio de un tipo particular de sintaxis, una retórica territorializada sobre cada una de esas formaciones del poder local. Pero solamente una práctica más general del lenguaje, que realizara dentro de sí la recodificación de todos esos lenguajes y dialectos particulares, haría posible la toma del poder por parte de una máquina económica y social estatal en un entorno más totalitario. Sólo en la medida en que el entrecruzamiento de estos dos modos de formalización —el de la máquina lingüística en cuanto máquina asignificante y el de las formaciones de poder en cuanto productoras de contenidos con significado— esté focalizado en torno a una lengua significante podremos obtener un mundo «con sentido», o sea, un ámbito de significación homogéneo con respecto a las coordenadas sociales, económicas y morales del poder.

Los estructuralistas, y en particular los estructuralistas americanos, han dejado en la sombra el origen social de la formación del significado, pretendiendo que éste se genera a partir de estructuras semióticas profundas. ¡Con ellos no se sabe nunca de dónde viene el significado: llega sin que sepamos cómo! Y sin embargo, repito, el sentido nunca proviene del lenguaje en sí, ni tampoco de estructuras simbólicas profundas o de una matemática del inconsciente; el sentido es modulado por las formaciones de poder, que son muy reales y perceptibles, siempre y cuando se les preste atención. Si en una reunión decido desaparecer y regresar con un vestido puesto, eso no tendría sentido, pero podría tenerlo si yo pretendiese formar parte de la categoría de los travestís. Si allí todos fuéramos travestís, la cosa no plantearía ningún problema; pero si en esa reunión todos fuésemos parte de un seminario de curas, el gesto adquiriría un sentido completamente diferente. En un asilo psiquiátrico esto se interpretaría de otra forma distinta: «Vaya, hoy no se encuentra bien; mira: se ha puesto un vestido». Todo cambia dependiendo de si me toman por un cura, un juez, un loco o un travestí. La atribución de significado siempre va ligada a una toma de poder. Servirle a alguien sus propios excrementos puede ser percibido como un despropósito abominable por las personas normales, pero para un terapeuta podría

ser una buena señal, la transmisión de un don o de un mensaje importante que, por desgracia, el psicoanalista tenderá a reconducir a su propio sistema interpretativo: significa que está realizando una transferencia hacia mí, yo soy su madre, se encuentra en una fase regresiva, etc. En las sociedades modernas (burocráticas, capitalistas o sodabstas), todas las semiologías simbóücas están centradas en la formación de la fuerza de trabajo. Esta formadón comienza ya en la infancia, empezamos desde muy temprano a combatir la lógica particular del niño, a ponernos en contra de sus modafidades particulares de semiotizadón. Si un niño dice «Mamá, quiero matarte», cuando resulta evidente que adora a su madre, consideramos que este modo de funcionamiento de su economía deseante resulta inaceptable, le exigimos que rinda cuentas, que explique lo que ha querido decir, que justifique esa ambivalencia. Sin embargo, a ese nivel de las semiologías simbólicas del inconsciente no existe contradicción alguna, no hay nada que traducir o interpretar. Cada vez que, confrontados ante un deseo, nos planteamos la pregunta «¿qué significa esto?», lo que sucede, no se confundan, es que está interviniendo una formación de poder que pide cuentas. El niño está siendo zarandeado constantemente por sistemas de poder contradictorios entre sí, comenzando por el poder que él ejerce sobre sí mismo, su riqueza intrínseca, su emotividad particular, su deseo de correr, de dibujar; impulsos que son contrariados por el deseo de devenir adulto. A todo ello se le añaden las constricciones que pesan sobre el poder familiar e, indirectamente, sobre el propio niño. El niño aprende a desenvolverse a través de todo un entramado de poderes antagonistas para conseguir desarrollar los elementos propios de su deseo, disciplinándolos, plegándolos en torno al núcleo de las semiologías significantes del poder dominante, en una palabra, castrándolos. A veces se desmorona el sistema en su totalidad, y entonces se produce la desbandada, la angustia, la neurosis, el recurso al especialista, etc.

El significado es siempre la conjunción de un cierto tipo de máquinas asignificantes y de la estratificación de los poderes que

producen reglamentos, leyes, redundancias y condicionamientos. El significado es esta conjunción, este ir y venir entre distintos sistemas de formalización. Lo que une las materias de expresión asignificante con la sustancia de un contenido con significado es la existencia de una máquina de formalización común. Eso es la máquina significante. Pero el hecho de que esta formalización común del contenido y la expresión consiga reunir estos dos elementos en una sustancia semiológica común no significa que debamos considerarlos como partes de una misma naturaleza con un mismo origen. Lo arbitrario de la operación de conjunción significante descrita por los lingüistas, entre lo que ellos llaman el significante y el significado, es en realidad una forma de arbitrariedad política: «Tienes que aceptar los sistemas de codificación dominantes, todo ha sido previsto para ese fin, de lo contrario tendrás que enfrentarte a los sistemas represivos».

Semióticas diagramáticas

La tercera distinción, que ya he comenzado a introducir, es la que separa las semióticas significantes de las semióticas asignifi- cantes. A partir de Charles Sanders Peirce, los especialistas de la semiótica han juzgado oportuno clasificar bajo la misma rúbrica el sistema de las imágenes (iconos) y el de los diagramas, considerando que un diagrama no es más que una imagen simplificada de las cosas. Pero una imagen representa a la vez más y menos que un diagrama; la imagen reproduce numerosos aspectos que la representación del diagrama no puede captar, mientras que el diagrama recoge las articulaciones funcionales de un sistema con un grado considerablemente mayor de exactitud y de eficacia que la imagen. Por lo tanto, pienso que ambos dominios deberían ser distinguidos, poniendo la imagen del lado de las semióticas simbólicas y haciendo del diagramatismo una categoría semiótica propia, la de las semióticas asignificantes. Dicha categoría tiene una gran

importancia, ya que se la emplea tanto en el ámbito de las ciencias como en el de la música, la economía, etc. Las semióticas asignificantes o diagramáticas no producen redundancias significativas sino redundancias ma- quínicas (algunos lingüistas se han referido a este ámbito con el término de «significación relacional»). Charles Sanders Peirce propone como ejemplo de diagrama las representaciones gráficas, como las curvas de temperatura, o, a un nivel más complejo, los sistemas de ecuaciones algebraicas. Los signos funcionan ocupando el lugar y el espacio de los objetos a los que hacen referencia, independientemente de los efectos de significado que puedan darse de forma colateral. Es como si el ideal al que aspiran las máquinas de signos diagramáticas fuera la pérdida de cualquier impulso propio, como si hubieran renunciado a toda la polisemia que existe tanto en los sistemas simbólicos como en los sistemas significantes: el signo es depurado, ya no hay treinta y seis interpretaciones posibles, sino una denotación y una sintaxis extremadamente precisas y estrictas. En el caso de la física, yo puedo crear tal o cual representación de los átomos o partículas que sirva para mí mismo, pero esta representación no resultaría pertinente para una forma de semiotización científica. Otro ejemplo: la música puede ser comentada o puesta en imágenes, pero no es posible extraer de ella un significado que pueda ser traducido y resulte igualmente reconocible para todos. La música en cuanto tal también pone en marcha su propia máquina asignificante: puede decirse incluso que, puesto que permite eludir las formas de significación dominantes, tiene un efecto dia- gramático sobre la inserción del sujeto en las coordenadas espacio-temporales del mundo de los sonidos.

Las semióticas asignificantes pueden activar sistemas de signos que tienen un efecto simbólico o significante, pero sólo dentro de su propio funcionamiento, de modo que éstas no se relacionan directamente con este simbolismo o esta significación. Las semióticas simbólicas, igual que las semióticas significantes, le deben su eficacia al hecho de ser tributarias de una cierta máquina

asignificante. Conviene señalar que las máquinas de signos asignificantes, sea cual sea la esfera en la que actúan, tienden a escapar de las territorialidades del cuerpo, el espacio, el poder social y el conjunto de significados que generan, porque están más desterritorializadas que las otras. Por ejemplo, cuando un niño se levanta por la mañana quejándose de un dolor, su madre supondrá inmediatamente que está intentando saltarse la escuela. Después, cambiará de registro y decidirá llamar al médico. Sólo éste tiene el poder de decir «su hijo no debe ir a la escuela». Así habríamos pasado de una semiótica simbólica que se genera en el nivel corporal a una semiótica significante en la dimensión del poder familiar, y después pasaríamos a algo distinto, donde intervendría una máquina de poder temible por su eficacia social y técnica. En cada uno de esos pasajes hemos dejado una territorialidad por otra, ofreciendo a las máquinas de signos asignifi- cantes una superficie de implantación cada vez mayor. Por eso, una máquina diagramática, como el saber científico que se le presupone médico, es capaz de conjurar la máquina diagramática del poder escolar, que a su vez suplanta en parte al poder familiar.

La propia contextura del mundo capitalista está hecha de esos flujos de signos desterritorializados que son los signos monetarios, los signos económicos, los signos de distinción, etc. Los significados y los valores sociales (al menos aquellos que pueden ser interpretados) se manifiestan en la esfera de las formaciones de poder, pero, en lo esencial, el capitalismo es respaldado por las máquinas asignificantes. Los movimientos bursátiles, verbigracia, no tienen sentido; el poder económico capitalista no construye discursos, sólo quiere dominar las máquinas semióticas asignificantes manipulando los engranajes asignificantes del sistema. El capitalismo nos atribuye un papel a cada uno: médico, niño, preceptor, hombre, mujer, marica; y nosotros tenemos que adaptamos al sistema de representaciones que nos ha sido asignado. Pero este tipo de roles no resulta relevante en la esfera del poder real; el poder no se localiza necesariamente en figuras como la del

director o el ministro, sino que a menudo se ejerce a través de relaciones financieras, de relaciones de fuerza o entre grupos de presión... Las máquinas asignificantes no reconocen ni a los sujetos, ni a las personas, ni los roles, ni siquiera los objetos delimitados. Esto es precisamente lo que les confiere una especie de omnipotencia: el poder pasar a través de sistemas significantes en cuyo seno se reconocen y se alienan los sujetos individualizados. Nunca se sabe dónde comienza y dónde termina el capitalismo.

Las cuestiones diagramáticas del esquizofrénico

Nos encontramos rodeados por formaciones de poder en todo momento. En nuestra sociedad, salirse del sendero marcado está muy mal visto, uno tiene que quedarse en su sitio sin rechistar, hay que firmar en el lugar señalado, reconocer las señales que nos envían, prestar atención a las consignas adecuadas, porque si fallamos acabaremos en la cárcel o en el hospital. Más que considerar al esquizofrénico como un ser atrapado dentro de su propio cuerpo, que debe ser puesto bajo tutela, podríamos intentar observar (pero sin interpretar) cómo se desenvuelve en el espacio social que lo rodea y cuáles son las cuestiones transversales y diagramáticas que nos plantea. Tampoco se trata de imitar a los esquizofrénicos o a los catatónicos, sino de tratar de entender de qué forma el loco, el niño, el homosexual, la prostituta, etc., consiguen desplazar los componentes del deseo dentro de un campo social al que nosotros, los «normales», nos cuidamos mucho de acercarnos. Sobre el cuerpo del loco, del niño o de cualquiera de nosotros, se ponen en escena dramas de orden simbólico (presignificante) o de orden postsignificante. Pero ¿en qué nos afecta eso? ¿Es acaso nuestra obligación lograr que el sujeto se adapte al mundo, o tratar de curar la desviación? ¿Qué significa curar a un esquizofrénico? Puede ser que nosotros estemos menos aquí para curarlo que él para interpelarnos. Al decir

nosotros no me refiero sólo a nosotros individualmente (a pesar de ello, cuando discutimos con un esquizofrénico después de haber tenido una escena familiar, eso nos hace cambiar nuestro punto de vista, mirar las cosas de una forma completamente distinta, y por eso resulta una excelente forma de terapia), sino también a un *nosotros* formado por el campo social en su totalidad. No olvidemos que el esquizofrénico se debate en un mundo en el que las relaciones entre signos o la producción de significados desbordan con mucho nuestras locuras y neurosis individuales.

Michel Foucault ha denunciado con razón la falsa división de roles entre las dos partes presentes en un proceso y la instancia judicial supuestamente neutra. Teatro de marionetas en el que los mecanismos de la justicia reescriben para tres personajes estereotipados situaciones de lo más complejas, fabrican un «caso» y deciden el resultado a partir de los conflictos y dramas más lamentables. Para entender mejor la fascinación que ejerce esta idea de los «tribunales populares» sobre algunos revolucionarios habría que conseguir establecer un vínculo entre dos tipos de obsesiones maniqueas: la de los servidores de la justicia, que buscan la «verdad de los hechos», y la de los militantes en formaciones grupusculares, que luchan por una «causa justa».

Pero ¿cómo discutir con calma de estos asuntos con los nuevos «jóvenes dirigentes» sin poner sobre la mesa el funcionamiento burocrático de sus propias organizaciones? ¿Acaso ellos no representan también una cierta justicia, un orden, una ley? No hay justicia sin juez, ni orden sin vigilantes, tampoco hay ley sin poder, sin relaciones de fuerza. Escuchemos a Víctor[36]: «...el verdadero poder reside en nosotros, somos nosotros quienes debemos poner las cosas en su lugar...». Michel Foucault no se deja intimidar, pero duda un momento, y a continuación hace una observación muy profunda. En respuesta a una pregunta un tanto insidiosa de Víctor

[36] Víctor es el pseudónimo de Benny Lévy, miembro de la agrupación maoísta Izquierda Proletaria (N. del T.).

> («¿cómo normalizarías tú la justicia?») Foucault responde: «Eso está todavía por inventar». ¡Así es! No podemos programar las instituciones revolucionarias en nombre de ninguna ley histórica o moral. Entonces explica que se debería proceder a través de «instancias de elucidación política».

En resumen, algo que, en lugar de interpretar y recodificar, explique «cómo funciona el asunto», permitiendo vincular y desvincular entre sí distintos sistemas de interpretación para superar obstáculos. Digamos que sería una instancia de análisis e intervención micropolítica que permaneciera en el plano molecular de las energías deseantes. No es bastante con juzgar una violación desde el plano moral, ni tampoco podemos contentarnos con establecer los hechos de forma «objetiva». Algunos menores de edad, una jovencita, un notario, un asesino, una violación, una anciana, pueden ser competencia de los policías, jueces, periodistas, militantes, etc. Todo eso se dispone de una cierta forma. Lo primero que hay que evitar, si se quiere comprender la situación en toda su complejidad, es reducirlo todo a la pregunta «¿quién es el culpable?». Cuando «tenemos» al culpable, cuando por fin podemos decir: «Es él», creemos, o hacemos creer, que por fin hemos llegado al fondo de la cuestión. ¡Qué mezquindad tan absurda! Y lo único que falta para poder concluir el juicio es esperar a que se realice un sacrificio en el altar de la ley. ¡Y, mira por dónde, los partidarios de la izquierda reclaman una justicia mejor! ¡O, dicho de otro modo, piden buenos jueces, buenos policías, buenos amos! Por detrás se escucha el eco de un coro formado por conserjes y taxistas: «Hay que volver a instaurar la pena de muerte, encerrar a los locos y cortarles la melena a esos jipis...». La idea de la justicia es reaccionaria en sí misma. Las nociones de justicia popular y tribunales populares promovidas por

los maoístas también son reaccionarias, puesto que promueven una interiorización de la represión. «Las masas inventarán» algo, ¡pero no una nueva justicia, un nuevo código o buenos jueces! Porque, si lo hicieran, entonces estarían inclinándose hacia el fascismo. Lo que tendrían que inventar es «una instancia de elucidación política» que permitiese acabar de una vez por todas con la individualización de la responsabilidad y con la reificación de la culpabilidad. La pregunta de «¿quién ha hecho esto?» sería sustituida por «¿qué clase de agenciamientos, de disposiciones, nos han conducido a esto?». Las masas tendrían que elucidar política y maquínica- mente un agenciamiento del deseo que está bloqueado: «¿Qué podemos hacer?». «Me niego a creer que el sistema penal sea una superestructura abstracta... el idealismo ha sido vaciado por ese cauce...». ¡He aquí una cosa fundamental que dice Michel Foucault! La represión del deseo se mueve en la *infraestructura,* en un estadio previo a la diferenciación de la energía perceptiva, productiva, sexual, etc. Combatir el solapamiento de la antiproducción con el deseo, el repliegue represivo del *socius* y la deformación de los procesos deseantes. A propósito de la distinción entre las masas proletarias y las no proletarizadas, me parece que habría que profundizar en la idea, esbozada por Foucault, de un destacamento de vanguardia formado por la máquina de escritura: «Una ética de la alfabetización». En tiempos de lucha, se aprueban leyes que permiten al capitalismo disponer de un flujo de mano de obra «recodificado» en concomitancia con el proceso de maquinización industrial. Esto implica que el poder intenta infiltrarse en estas vanguardias, dictando su moral, su estilo de vida, etc.

El sindicalismo y la socialdemocracia han sido fases, pero ¿fases de qué? De la incorporación de una parte de la clase obrera a las fantasías imperantes, al fantasma de una individualización paranoide, mientras que, a un nivel preconsciente en el que entran enjuego las luchas de intereses, estaría surgiendo una conciencia de clase autónoma y puritana. El momento histórico de la recodificación siempre coindice con un periodo de depresión. El movimiento obrero está contaminado: la rectitud es el fin de toda

espontaneidad.

Por tanto, deberíamos distinguir entre:

1) Una clase obrera que ha recibido una buena educación que la distingue de las masas. Como flujo «recodificado», es la instancia

más desterritorializada en relación con la máquina, y la más arcaica en relación con la familia, el poder, etc.

2) Una pseudovanguardia compuesta por miembros destacados (los bolcheviques hablaban de un «destacamento de la clase obrera»). Un ejército de burócratas en potencia. Aquí la máquina de escritura ya no es tolerada de forma pasiva, sino plenamente asumida. Trabaja contra el deseo por cuenta del poder y mediante la escritura, mediante una palabra que está siendo oprimida, saturada de consignas, impregnada por las palabras del orden dominante.

3) Un residuo esquizo. El lumpen. Todo lo que escapa al orden: los que no marchan al compás, los que no saben qué hacer con su vida.

Una máquina revolucionaria debería determinar sus conexiones a partir de estos tres niveles jerarquizados: los *rangos* y las *castas,* actualmente indistinguibles de la *clase* obrera, no pueden ser desmantelados sino en la medida en que se elabore una estrategia para las formaciones deseantes. La máquina revolucionaria no constituye un indicador de clase, ni tampoco un destacamento de la casta burocrática, sino una formación subversiva deseante. El deseo ocupa el rango de una forma prepersonal en la lucha. Lo importante no es el supuesto progreso de las formas de organización del proletariado, que tenderían a agruparse de manera centralizada en un gran ejército. Lo que cuenta es la multiplicidad deseante que se propaga hasta el infinito, la subje- tivación maquínica que lo contamina todo (por ejemplo, la guerra popular en Vietnam). La formación revolucionaria está más allá de las castas y las clases, «duplica» el orden molar.

Hay máquinas multiformes funcionando dentro de las escuelas, las fábricas, los barrios, las guarderías, etc. Una máquina de guerra no puede controlar esta multiplicidad ni convertirla en una totalidad. El partido, el secretario general —Víctor— no es un «cuerpo sin órganos del movimiento». Por un lado están las máquinas deseantes revolucionarias más o menos espontaneís- tas, multicéntricas, y luego, *a su lado,* la máquina centralista, una máquina de guerra contra el poder.

Neguémonos, por tanto, a elegir entre el espontaneísmo impotente de los anarquistas y la sobrecodificiación burocrática, militar y jerárquica de los bolcheviques, como si no hubiera otras alternativas. La fuerza militar es un tipo de máquina, pero es sólo una entre muchas otras. No se puede desear a través de una estructura vicaria interpuesta. *El deseo de las masas no proletarizadas no tiene la misma relación con el maqumismo que el de las masas proletarias.* Pero, a pesar de ello, ambas están vinculadas a la misma máquina social.

Preservar el deseo nómada, el deseo «bárbaro», la voluntad de quitar de en medio a quienes hacen que baje el ritmo. Esta reserva de energía sirve para sacar de su letargo a los obreros que han sido asimilados, que sólo se preocupan por la paga de fin de mes y por las notas que sacan sus niños en clase. Intentar disciplinar al lumpen, a los katangueños[20], significa pretender *castrar* a la clase con mayor potencial maquínico desde el punto de vista de la economía del deseo, significa trabajar al servicio de la burguesía y de la asimilación.

Que rechacemos la dominación de un organismo mediador no implica necesariamente renunciar también a construir poderosas máquinas de guerra revolucionarias cuya adecuación depende de la naturaleza del objeto que se pretende destruir. Uno no se lía a puntapiés con los tanques. *Una máquina de guerra no es necesariamente el embrión de una máquina estatal.* ¡Todo lo contrario! Lo que debe hacerse con un Estado antiproductivo es favorecer su declive lo más rápido posible. ¡Y la máquina de guerra

“En mayo de 1968, los katangueños, como les llamaban los estudiantes de la Sorbona, eran contestatarios no pertenecientes al cuerpo estudiantil. Son también aquellos a quienes los medios de comunciación calificaban de «delincuentes», «escoria» y «alborotadores» en mayo de 2005. Véase el articulo de Guattari «El estudiante, el loco y el katanguefio» («L'étudiant, le fou et le katangais» en *Psychanalyse et transversalité,* París, Maspero, 1972) (N. del T.).

revolucionaria hay que fortalecerla sin dilación! La potencia de la máquina no está hecha a imagen de la fuerza del objeto que quiere destruir. La contaminación imaginaria que contribuye a esta confusión es el resultado de una mentalidad burocrática congènita.

El odio de Troyes[37]

Puede que lo que sentimos hoy en día no sea tanto miedo como una especie de placer colectivo, un placer fascista desencadenado desde el momento en que, excepcionalmente, se ha establecido dentro del cuerpo social un amplio consenso represivo. No creo que se trate de un fenómeno del tipo «chivo expiatorio», que intenta contrarrestar la acción de algo atemorizador; por el contrario, lo veo más bien como un impulso libidinal «positivo», ofensivo; el miedo es un mecanismo defensivo en el que está agazapada la libido. Entonces la gente se siente más segura de sí misma, porque ya saben a quién culpar. Seguramente sea muy difícil alcanzar un consenso general en el terreno de la justicia; siempre hay segundas intenciones y culpas inconfesables. En este caso todo está claro, no hay ninguna ambigüedad: se trata de un crimen abominable. Por lo tanto, la sociedad puede abandonarse al goce salvaje de la punición, como en los viejos tiempos descritos por Michel Foucault en *Vigilar y castigar. Así* las cosas, la cuestión que se plantea es: ¿qué tiene ese acto para ser capaz de originar un consenso semejante?

Creo que tiene que ver sobre todo con el hecho de que Patrick Henry pareciera una persona completamente ordinaria: podría ser un colega de oficina, un vecino o alguien a quien saludamos al cruzárnoslo por la calle. Que la fuerza amenazadora emane de un extranjero, un loco o un delincuente fichado se considera algo normal; es un fenómeno bien conocido, delimitado, codificado, para el que estamos preparados. ¡Lo que resulta intolerable es que un fenómeno de esta naturaleza pueda afectar a cualquiera de nosotros! A partir de ahí se constituye el mecanismo de la unanimidad:

[37] La parte siguiente fue escrita a raíz del caso de Patrick Henry; éste, interrogado al comienzo de la investigación como testigo, había exigido la pena de muerte para el culpable (que resultaría ser él mismo) de haber raptado y asesinado a un niño. Este debate apareció en el periódico *Libératioti* del 26, 27 y 28 de febrero de 1976. El «caso Patrick Henry» fue un proceso que sacudió toda Francia: Patrick Henry raptó a un niño en la localidad de Troyes, pidiendo un rescate a los padres, pero acto seguido lo mató. El abogado de la defensa, Robert Badinter, consiguió evitar la pena capital (fue un acontecimiento crucial para la abolición de la pena de muerte en Francia). Por último, añadiremos que fue precisamente a propósito de este caso que Roger Gicquel pronunció en el telediario su célebre frase «Francia está asustada» (N. del T.).

rehabilitar urgentemente la imagen del hombre blanco-normal-adulto-civilizado-falócrata-pequefiobur- gués, etc. Ya no se trata de la amenaza de un elemento marginal: el peligro surge en el propio seno del modelo dominante. Es entonces cuando el modelo se defiende exorcizando aquello que lo amenaza.

Cuando vemos casos como éste dejamos de reconocernos a nosotros mismos; entonces recurrimos a la cirugía, más para corregir la mueca que deforma nuestro rostro que para indagar en lo que la ha provocado: eso no puede formar parte de nosotros, ¡sólo una verruga podría desfigurar así nuestro rostro! Cueste lo que cueste, hay que convertir todo el asunto en algo excepcional, marginal. El hallazgo de una identidad común («ninguno de nosotros sería capaz de librarse a tales excesos») desata una especie de júbilo represivo. Es posible que, a fin de cuentas, hayamos llegado a un fenómeno del tipo «chivo expiatorio», pero distinto del que consiste en «dar ejemplo» castigando un poco al azar dentro de una colectividad a los individuos que se desvían de la norma. En este caso la histeria colectiva *fabrica* un culpable a partir de alguien que era uno de los nuestros, pero que se ha convertido en un traidor, un renegado. El chivo expiatorio tradicional es castigado, expulsado, perseguido,

pero, al mismo tiempo, está permitido compadecerlo. Aquí la cosa es diferente; se produce entonces una especie de orgía de odio, una verdadera partida de caza popular patrocinada por el poder.

Ya sea burgués, obrero, poli, funcionario, ladrón, secreta, asesino profesional, cada uno sabe lo que hace, asume los riesgos, ¡pero nunca gratuitamente! Este asunto es demasiado absurdo. Ni siquiera hay de dónde sacar material para una novela policiaca (¡o al menos para escenificar la inagotable estupidez de la pasma!). Un crimen como éste, tan lamentable, cometido por un tipo corriente, que podría ser cualquiera de nosotros, un tipo bien integrado, atraerá un juicio tanto más violento y unánime cuanto más incapaces somos de juzgarlo y comprenderlo. ¡Si al menos fuera efecto de los celos, del alcoholismo, etc.! En resumen, se trata de un asunto de justicia interno en relación con el modelo dominante. El problema debe hacerse desaparecer junto con el individuo.

Este género de acontecimientos puede abordarse de dos formas, pues podemos decir: se trata de un retroceso, una regresión, un fenómeno residual; o podemos considerarlo como la expresión de una nueva forma de fascismo. Tengo la impresión de que, en la situación que vive actualmente Francia, nos encontramos ante cierto número de fenómenos que hacen temer una legitimación del fascismo normal, el de todos los días, que está instalándose y tomando carta de naturaleza. Y que no se diga que me dejo llevar por la nostalgia de lo retro: exigir la restauración de la pena de muerte en Francia es algo tan nuevo y diferente como el fascismo en Chile; algo que requiere una reflexión original y formas de actuación adaptadas.

El fenómeno del consenso microfascista (y al calificarlo así no considero que se trate de un fascismo a pequeña escala; sino como algo que resulta muy dañino porque gangrena todos los mecanismos de la vida cotidiana) refleja una aceptación implícita de la arbitrariedad del soberano. Es más fácil dejarse llevar a la hora de pedir la pena de muerte cuando sabemos que, en última instancia, será Giscard d'Estaing quien va a tomar la decisión. La catexis o investidura microfascista de las masas conduce a la fusión del poder

judicial y el poder ejecutivo. Hasta tengo la impresión de que hay cierta ambigüedad en la postura del poder; creo que éste juega a dos bandas: por un lado, la demagogia al estilo *Parisién Libéré*, y por otro, el liberalismo giscardista, que prefiere no mancharse demasiado las manos en público. Es decir, que la demagogia poujadista-fascista se libera del lastre para poder tomar más fácilmente el control sobre los «sentimientos del populacho».

Puede ser incluso que no llegue a ejecutarse a Patrick Henry, ya que el objetivo de la operación no es ése. Al contrario, se trata de captar y dar forma a todas las formas de microfascismo que conducen a una especie de racismo anti-jóvenes, anti-judíos, an- ti-mujeres, anti-maricas, anti-todos...

El poder judicial, el poder ejecutivo y el conjunto de poderes del orden se legitiman por medio de todo esto. Tengo que decir que, personalmente, no me escandaliza más una condena a muerte que una encarcelación. Diez o veinte años de cárcel me parecen una pesadilla, una abominación. Creo que la ejecución o el internamiento son tan repugnantes como la violación o el asesinato que pretenden castigar. No me parece que la conmutación de la pena de muerte por cadena perpetua sea una conquista, o al menos sólo lo será en la medida en que demos por sentado que la condena será revisada o que algún día cambiará el régimen y el tipo será liberado... ¡Pero en fin! No hace mucho hubo un debate sobre la violación en *Libération*, y otro sobre la encarcelación de los patrones responsables de accidentes laborales en la prensa de derechas. Sea cual sea la complejidad de las cuestiones tratadas, tengo la impresión de que en estos debates nunca se pone suficiente énfasis en la falta radical de legitimidad del poder judicial, del poder para castigar.

Evidentemente, nunca está de más meter en el talego unos cuantos días al patrón; como broma no está mal, pero, incluso así, esa operación tiende a justificar la existencia de la justicia y de las prisiones. Resulta fácil concebir que una mujer denuncie a un tipo que la acosa y que entonces se produzca una intervención policial. En este caso se trata de un *dato de hecho,* de una relación de fuerza instituida en una sociedad que es incapaz de metabolizar las

relaciones humanas si no es por medio de la alienación y la violencia. Pero que de este *dato de hecho* se extraiga un *dato de derecho* y que éste se utilice para justificar la delegación del poder de castigar en los polis, en los jueces o en los cuerpos especiales, ¡eso ya es otro cantar!

La violencia está por todas partes, tanto en la vida de pareja como en la de los niños, en la escuela, el trabajo, etc. Mientras no consigamos establecer nuevos agenciamientos sociales que tengan en cuenta estas cuestiones, estaremos condenados a repetir las mismas instituciones y representaciones de la máquina central de poder estatal, que toma decisiones casi a ciegas, a veces hasta con una especie de placer sádico, como testimonian las crónicas de Christian Hennion sobre los delitos flagrantes[38]. (¡Un señor juez decide en quince segundos la pena que se aplicará a alguien que tendrá que soportarla durante meses o incluso años!). Hay que enfrentarse a los hechos, la dura realidad es que la delegación de poder sólo puede darse *deforma efectiva* gracias a que las personas no se movilizan por estos temas, y tampoco intentan buscar alternativas a su alcance para sustituir estos mecanismos.

Tanto si queremos como si no, tanto si lo reconocemos como si no, al final siempre acudimos a la pasma, a los jueces, a las prisiones, a los hospitales psiquiátricos, etc. Hace décadas que el movimiento obrero renunció a aferrarse a los dispositivos de mediación del poder estatal; para él ya no es una cuestión acuciante, sino una pregunta alejada del presente, que se planteará más tarde, después de haber tomado el poder, tras la llegada del socialismo. (¡Aunque ya hemos visto cuál ha sido el resultado en los países «socialistas»!). Mientras espera, denunciará con más o menos fuerza la arbitrariedad del poder, la connivencia de los jueces con el poder capitalista e, incluso, en último extremo, se pronunciará a favor de una «justicia populan).

Lo repito: todos estos procesos contribuyen a sancionar el sistema, dejando a un lado una serie de problemas concernientes a la necesidad de cuidado y de calor humano en el ámbito de la vida

[38] Sobre Christian Hennion *y* los delitos flagrantes véase p. 237 y ss. (N. del T.).

cotidiana y en todas las situaciones de brutalidad, de violación, de tiranía, etc. Es una idiotez imaginar que el pueblo vaya a ponerse sin más ni más a producir una buena justicia, buenas escuelas, un buen ejército, etc., ¡cuando lo que hay que hacer es precisamente transformar la justicia, la escuela, el ejército, el taller, las relaciones de alienación entre el hombre y la mujer, etc., *en sí mismos*!

La violencia de los individuos que maltratan a sus esposas, la violencia de los que molestan a las mujeres, que no pueden ni dar dos pasos en la calle con tranquilidad, la violencia dirigida contra los niños; pero también, al contrario, la violencia de los jóvenes contra sus padres, institutrices, etc., la violencia del hospital psiquiátrico, así como también las agresiones de ciertos enfermos mentales contra sus familias (porque muy a menudo la violencia funciona de forma recíproca)... La violencia de las relaciones jerárquicas y de las relaciones burocráticas: va todo en el mismo paquete. La armadura social en su conjunto ha sido configurada de tal manera que no exista ninguna forma de regulación fuera de la constricción, la coerción, la sanción económica, la intimidación, la humillación y la culpabilizadón.

Si tenemos en cuenta que este mismo tipo de violencia existe también, bajo distintas formas, en el seno del movimiento obrero, de los partidos y los sindicatos, de los grupúsculos, podría pensarse que el problema es insoluble, ¡pero mirándolo cara a cara y tomándole las medidas puede que consigamos vislumbrar nuevas soluciones!

Si abordamos la cuestión por sectores, en la esfera familiar, escolar, penitenciaria, etc., no hay salida. Considerando por un momento la violencia existente en el seno de una comunidad terapéutica como la que aparece en la película *Asylum*[23] (que lleva el subtítulo *Locos por la vida),* ¡podríamos preguntarnos si existe realmente un «progreso» respecto del hospital psiquiátrico! Hay que enfrentarse a los hechos: a esa escala no hay una verdadera solución; lo cual no significa que no haya problemas que debamos tener en cuenta a partir de este momento y en todas partes. O, dicho de otra forma, cuestiones como la pena de muerte, la violación, etc., sólo encontrarán una respuesta adecuada si se los enfoca desde la perspectiva de un activismo del día a día. Cada situación esconde varias vías de acceso posibles a una nueva forma de cristalización del *socios.*

Pero lo que está claro es que ninguna tentativa de liberación podrá sostenerse localmente si no está respaldada por un conjunto de otras tentativas a todos los niveles y en todos los dominios. ¡A no ser que adoptemos un enfoque global del problema, no veo para qué puede servir sublevarse ante el hecho de que la gente exija el retorno de la pena de muerte! Matar a personas o meterlas en chirona es repugnante, ¡aunque, bien mirado, la suerte reservada a los viejos o a las personas que viven en guetos, que trabajan como bestias, y hasta los microámbitos de tiranía que se dan dentro de ciertas parejas y en ciertas familias, no son cosas muy distintas! Si una especie de analista colectivo hu-

[23] Documental dirigido por Peter Robinson en 1974 y que trata sobre las experiencias de Laing en el terreno de la antipsiquiatría (N. del T.).

biera sido capaz de discutir con este pobre tipo, al que hoy ataca todo el mundo, podría haber encontrado una salida distinta a sus problemas. La verdad es que él ha cometido una forma de suicidio

(¡incluso antes de haber sido «desenmascarado» ya era el primero en pedir la pena de muerte para este tipo de crímenes!).

No es la compasión cristiana lo que nos empuja a proclamar que «todos somos Patrick Henry en potencia». ¡No es más que la verdad, simple y llana! La trampa se cierra en torno a él: no supo reaccionar a tiempo, no entró en pánico hasta que empezaron a perseguirlo, cuando ya era demasiado tarde. ¡Puede que ni quisiera llegara a eso! Es una historia lamentable, pero ni más ni menos que la estupidez de los polis, jueces, periodistas y ministros, así como de la gente de a pie de la que nosotros formamos parte.

Delitos flagrantes

En general no nos gusta demasiado conocer los entresijos de la justicia, lo que sucede en las comisarías de policía, en los calabozos, ni tampoco en los asilos, en los sanatorios, etc., para poder caminar con la cabeza bien alta y la conciencia tranquila, el ciu- dadano-modelo-civilizado-blanco-satisfecho-sano-de-mente prefiere no mirar demasiado a los lados del camino, sin fijarse en los ajustes de cuentas microsociales ni en la miríada de ilegalismos que se perpetúan en nombre de la ley, de la educación y de la reeducación. ¡También hay que tener en cuenta que, para que una intervención resulte eficaz en ese terreno, tiene que ir mucho más allá del mero periodismo informativo! Y el mérito de Christian Hennion consiste precisamente en haber hecho evolucionar a una parte importante de la opinión de izquierdas y a cierto número de jueces, a contracorriente de los prejuicios represivos astutamente alentados por las grandes agencias de prensa. El hecho de que los problemas suscitados por los tribunales de

«delitos flagrantes» sólo afecten a un sector marginal de la población no debe hacer que perdamos de vista la importancia de los retos sociales y el cambio de sensibilidades que reflejan como si fueran una especie de radiografías. Con este libro, una nueva minoría que hasta ahora no había podido hacerse oír en público ha encontrado la forma de vincularse con el conjunto de las demás luchas minoritarias que posiblemente se convertirán en los futuros lugares de reconstitución de un auténtico movimiento revolucionario.

Los casos de «flagrante delito» se hacen pasar por un tipo complementario de justicia cuya función se limitaría a agilizar la resolución de asuntos de segundo orden. Por supuesto, sabemos que la instrucción en estos casos se reduce al mínimo; es llevada a cabo por la policía, de quien depende en la práctica estipular el grado de «flagrancia» de los hechos imputados. En tales condiciones, los jueces no tienen más que ejercitar su sentido común al aplicar la ley y hacer algunas recomendaciones paternales a los condenados. Las crónicas judiciales de Christian Hennion nos invitan a practicarle la autopsia a este pretendido sentido común —que está fosilizado con los prejuicios más reaccionarios—. El sentimiento de revuelta suscitado por la insostenible vulgaridad y la nauseabunda prepotencia de los jueces que se atribuyen el derecho de pronunciar en pocos minutos condenas de meses o años aparece acompañado en el lector por una fascinación que podríamos calificar de pornográfica. «¡Resulta que es eso lo que les pasa por la cabeza a esas personas!». Si pasamos por la entrada trasera, donde se cuece esta justicia para pobres, lejos del aparato de las grandes cortes de justicia, asistiremos a una exhibición impúdica de la libido judicial. Nuestra propia mirada estará tentada a dejarse atrapar por el voyerismo inherente a este tipo de espectáculos. Presentimos que nada se ha dejado al azar, como en la escenificación de una pesadilla repetitiva. Las cortesías rituales que intercambian entre sí jueces, policías y magistrados, las bromas en clave para iniciados, forman una parte intrínseca de esta puesta en escena cuya finalidad consiste esencialmente en reproducir un cierto tipo de distancia social. Hay algo de religioso, de sacrificial y hasta de etológico en esta labor de

segregación social altamente especializada. A menudo se ha señalado que los resortes de nuestra más secreta intimidad y nuestros impulsos más culpables se ven siempre reconfortados ante el espectáculo de esos pobres diablos que caen en las redes de las máquinas represivas. Dichas máquinas poseen el don de despertar en nosotros los refranes microfascistas de nuestra infancia: «No se puede hacer tortilla sin romper unos cuantos huevos... A lo hecho, pecho... Le está bien empleado... El que fue a Sevilla perdió su silla...». Pero mientras que los crímenes importantes incitan a una especie de «caza del hombre» por parte de las grandes instancias policiales y jurídicas, consiguiendo así equilibrar la economía neurótica de nuestros impulsos vengativos, en el caso de las historias lamentables de los delitos flagrantes[39] que son el pan nuestro de cada día, nos damos de bruces con los mecanismos perversos de la justicia en su estado bruto, que alcanzan aquí su punto culminante. ¿Cómo puede ser que los jueces se permitan bromear y estén a sus anchas en semejantes situaciones? ¿Qué clase de aberración mental es ésta? Después de haber leído las actas de alguno de esos procesos nos convenceremos de que quienes ejercen esta profesión extraen de ello un placer secreto. ¿Es posible que hayamos delegado tácitamente en ellos nuestro placer de castigar para que todo continúe como está?

Los «delitos flagrantes» están para recordarnos, si alguna vez lo olvidamos, que la culpabilidad estaba firmemente enclavada en la libido inconsciente de las sociedades capitalistas incluso antes de estar relacionada con los procedimientos legales. Se nos ha dicho que la presunción de inocencia del reo fue un gran paso en el progreso de la justicia durante la Ilustración. Pero esto sólo es válido para los grandes casos, es decir, para los procesos penales donde el encausado es rico, o donde un crimen importante adquiere una dimensión espectacular, y a veces ni eso. Aquí no hay tiempo que perder. El factor sorpresa, al agilizar la instrucción procesal, se convierte en una técnica de despiste que, por cierto, encaja muy bien con un cierto estilo campechano, cuya función es delimitar una

[39] Dejamos aquí a un lado los «delitos» de carácter político y sindical (N. del A.).

norma social común, sancionando al mismo tiempo distintas formas de marginación. Factores como la evaluación de los hechos y la función que desempeña la ley al determinar el castigo pasan así a ocupar un segundo plano. Lo único que resulta flagrante en este tipo de casos es precisamente que las personas que desfilan ante ese tipo de tribunales no son «de los nuestros». Sólo importa que todo lo marginal sea inventariado, analizado y controlado. En estos entornos el racismo campa a sus anchas, tanto es así que puede permitirse hacer gala de un cierto aire bonachón: «Unos cuantos meses de prisión no harán daño a esos chavales... Los vagabundos viven mejor en la cárcel que en la calle...». El acusado no ha pisado todavía la cárcel y ya le consideran culpable. La flagrancia de su culpabilidad no depende tanto de los hechos que se le imputan como de lo que él *es* en sí mismo. No tener domicilio fijo, ser extranjero o no ser capaz de expresarse con claridad en la lengua de los jueces son factores que, de por sí, constituyen una forma de predisposición a la culpabilidad.

El placer microfascista de tener a alguien a nuestra merced puede expresarse tanto por medio de una forma de violencia directa —arrancarle las alas a una mosca, violar a una mujer— como por una violencia de tipo legal —emitir un dictamen soberano en una relación de fuerza irreversiblemente asimétrica— o bien a través de una violencia inconsciente —subyugar a un individuo con gestos o amenazas de los que no es plenamente consciente—. El acto de hacer a alguien responsable de un delito —cuando la verdad es que cada caso implica siempre un complejo entramado de interacciones sociales y económicas— consiste realmente en reconstruir, para gran satisfacción de los presentes, una especie de confrontación animal que pone de manifiesto lo que los etólogos llaman rituales de sumisión. Una justicia que sólo pone en escena a los individuos, es decir, que no ha logrado articular las redes de elementos microsociales, tiene que indinarse por fuerza del lado de la violencia sadomasoquista. Locos de soledad, desgarrados por una pulsión sin objeto, los individuos intentan recomponer a ciegas «entornos» más o menos salvajes en los que puedan, mal que bien, fabricarse una

1

identidad. Ahora bien, desde el punto de vista de la economía colectiva del deseo no queda ninguna duda: no hay solución de continuidad entre los entornos policiales, los círculos judiciales, los espacios penitenciarios, el medio criminal, las bandas callejeras, etc. Así nunca saldremos de la lógica que mantiene a los individuos encadenados a una debncuencia latente o manifiesta, al sentimiento de culpabifidad y a la ley.

¿Es posible concebir una alternativa a esta política de individualización de la responsabüidad, de culpabilización patógena y de constitución de entornos que son al mismo tiempo asociales y represivos? ¿Conseguiremos por fin suprimir toda esa espantosa parafernaHa de policías, tribunales y cárceles? Sin duda acabará por imponerse la idea de que la sociedad, más que confiar a los cuerpos especiales la función de juzgar y castigar, debería dotar los equipos de trabajadores sociales de todo tipo de medios materiales, económicos, culturales, etc., para que ayuden a las personas que tengan dificultades para hacerse cargo ellos mismos de sus problemas (y no solamente en casos de crisis o debtos graves).

Pero si nos ceñimos a esta única orientación resultará imposible poner solución a dos tipos de problema: la protección de las personas y una concepción tecnocrática, avasalladora y represiva

de la ayuda social. Lo que está enjuego aquí es, en mi opinión, un tipo mucho más radical de desplazamiento de algo que yo llamaría el «centro gravitacional de la atención y el cuidado». La responsabilidad individual y la cobertura sociosanitaria que desempeñan exclusivamente los equipos profesionales deberían ser sustituidas por una forma de *asistencia colectiva* que reflejara un nuevo orden social. Las nuevas unidades metabólicas del *socius* tomarán el relevo del individuo y de los equipos. No se trata en ningún caso de un retorno a las formaciones sociales preexistentes: la familia, las comunidades locales, los cuerpos especiales, las asociaciones, los comités de empresa, etc., con su sistema de representantes y delegados, cuya función representativa está siempre, en mayor o menor medida, investida por una carga libidinal represiva. Una nueva «justicia», una nueva «educación», una nueva «salud mental», etc., sólo serán posibles el día en que haya sistemas colectivos de autogestión que se encarguen de reorganizar el espacio social y económico desde los cimientos. Entonces ya no será cuestión de encontrar al culpable de un hecho delictivo, social o anormal, sino de explorar las múltiples ramificaciones sociales y políticas que han motivado ese acto, e incluso algunas circunstancias que a primera vista parecen no tener nada que ver con él. Tampoco se tratará de permitir que los jueces, pedagogos, psiquiatras, representantes del orden y burócratas en general ejerzan su perverso despotismo. La era de los especialistas y los delegados se eclipsará ante nuevas formas de división del trabajo, cuya finalidad no será reproducir las normas socioeconómicas, sino el deseo de vivir dónde y cómo se quiera.

¡Un punto de vista utópico y peligroso, me dirán! Utópico porque implica una transformación del campo social casi inconcebible; peligroso porque, a fin de cuentas, la gente prefiere ponerse en manos de jueces profesionales, aunque tengan defectos, que caer bajo el control de un «poujadismo» de conserjes y taxistas. A esto yo respondería lo siguiente: nada nos garantiza que las perturbaciones económicas y sociales que están teniendo lugar en todos los ámbitos no vayan a desencadenar una auténtica revolución

en la forma que tienen los hombres, las mujeres, los niños y los ancianos de organizar sus vidas. También diría que, si actualmente el pueblo existe sólo como una masa amorfa, modelada por las representaciones represivas del poder, ello se debe en gran medida a que los movimientos revolucionarios y los movimientos de izquierdas no solamente no han hecho nada para cambiar la situación, sino que además reproducen en su interior sistemas burocráticos y represivos muy similares a los del poder. Ellos pretenden hablar *en nombre del pueblo*, pero sin tomar ninguna medida que favorezca la cristalización social necesaria para gestionar de manera directa los problemas cotidianos del deseo.

Las instituciones encargadas del control social y de la represión, sean del tipo que sean, no se presentan nunca a rostro descubierto. Adoptan la máscara de una ideología presuntamente científica y, hasta cuando recurren a proposiciones teóricas muy manidas, procuran darles una apariencia novedosa.

Durante mucho tiempo, el psicoanálisis ha constituido una referencia obligada para todas las ciencias *psi* que querían estar «a la moda». Pero hoy en día está empezando a quedarse obsoleto, y lo que está en alza ahora —lo que ha vuelto, para ser más exactos— son las técnicas basadas en el condicionamiento y la sugestión. Hace ya algunos años que se las intenta adaptar a los gustos modernos combinándolas con las teorías de la información, de la comunicación y la teoría de sistemas.

Pero el principio regulador siempre es el mismo. Cada vez que alguien pretende justificar científicamente prácticas sociales segregacionistas con el fin de aplicarlas a poblaciones oprimidas o marginadas —niños, locos, desviados, etc.— lo hace reforzando a los grupos y los dispositivos que han sido designados por los poderes dominantes para gestionar la segregación. Para ser aceptadas sin problemas, las prácticas cotidianas de los trabajadores sociales y de los profesionales de la salud mental tienen que dar la impresión de ser métodos altamente especializados.

A este respecto se da una complicidad generalizada: la Universidad, los funcionarios, los medios de comunicación, los propios

f

«usuarios»... todo contribuye a enfatizar una pseudo- división del trabajo en estos ámbitos. Pero este énfasis en la especialización no es en absoluto contrario a una pseudode- mocratización de las técnicas. El especialista debe abandonar

su despacho y salir a la Ciudad. Lo que se persigue en la actualidad es transformar y miniaturizar las infraestructuras demasiado pesadas, como los antiguos hospitales psiquiátricos, en un esfuerzo por difundir lo más posible la ideología del control social y popularizar sus principios fundamentales. La opinión pública debe convencerse de que la segregación y la represión pertenecen al orden natural de las cosas, de que pueden ser abordadas con un enfoque científico, y de que, además y en lo que a ellas respecta, siempre es legítimo reivindicar lo siguiente:

- más efectivos y equipamientos,
- mayor cualificación y diversificación de las funciones,
- mayor difusión y colaboración con sus métodos de actuación por parte del conjunto de la sociedad.

La tendencia actual a promover distintas variedades de terapia familiar parece inscribirse en este contexto. Muchos profesionales de la salud mental y de la infancia tienen la sensación de estar dando vueltas en círculos. Si el psicoanálisis parecía demasiado elitista, las alternativas institucionales resultan demasiado peligrosas. Aunque el carácter reduccionista de los métodos sistémicos no pasa desapercibido, éstos son aceptados en nombre de una eficacia que es proclamada a grandes voces. No pretendemos negar su eficacia, sino mostrar las consecuencias que puede llegar a tener realmente. ¡El hecho de que los terapeutas familiares estén más próximos a las realidades sociales de la vida les convierte en los más peligrosos de todos los especialistas! Esto se debe a que la menor de sus «prescripciones» suscita todo un *continuum* de cuestiones mi- cropolíticas que, en

última instancia, implican el conjunto de problemas sociales cuya forma define el funcionamiento de nuestras sociedades. La buena conciencia apolítica y la auto- complacencia de estos técnicos especialistas están en vías de convertirse en uno de los fundamentos del orden establecido.

Alguien podría objetar que «cortáramos por lo sano», y dejáramos a un lado, por ejemplo, algunas de las concepciones más reaccionarias de la familia para separarlas de otros elementos que podrían ser válidos desde un punto de vista científico y técnico. ¡Pero las cosas no son tan sencillas! De hecho, toda la teoría está infectada por la diseminación de una ideología reaccionaria. Por eso no podemos conformarnos con una crítica teórica global: hay que recurrir a la práctica inmediata para poner de manifiesto la politización implícita de las intervenciones que se realizan en la terapia familiar.

La idea básica que contradice la validez de esta teoría está relacionada con la especificidad de sus distintos niveles. Según dicha teoría, algunos problemas remiten exclusivamente a la sociedad en general (por ejemplo, el empleo, el paro, el control social, etc.), mientras que otros afectan a grupos microsociales mucho más «accesibles». Los primeros conciernen a los especialistas de la «gran política», los segundos a los especialistas de la psique, de la infancia y de la familia. ¡En cualquier caso, ¡no es así como funcionan las cosas en el mundo real! Los deseos más singulares, los síntomas más íntimos están en conexión directa con las cuestiones sociales más generales. La sociedad en su conjunto se expresa por medio del padre, de la madre, del preceptor o de «ese señor que sale en la tele». Y a la inversa, todos los grandes problemas económicos, sociales y políticos que parecen suceder a mil kilómetros por encima de nuestras cabezas plantean cuestiones relativas a los modos de vida, las relaciones laborales, el cuerpo, el sexo o el medio ambiente que a su vez son absolutamente esenciales para comprender esos problemas. La cuestión de la energía, pongamos por caso, no se reduce a una serie de datos técnicos y económicos; también tiene que ver con el porqué de las cosas. ¿Por qué decidirse por uno u otro tipo de energía? ¿Qué tipo de sociedad configuran esas elecciones?

Las relaciones de producción, las relaciones sociales, domésticas, conyugales, etc., están cada vez más enmarañadas, tanto que no se

puede pretender analizar las unas sin tener en cuenta las otras.

De acuerdo con la teoría de los sistemas, todas las entradas son buenas, todos los parámetros son válidos. Es el reino de la intercambiabilidad generalizada, siguiendo la línea marcada por el Capital. El deseo más individual que pueda existir y los datos socioeconómicos interactúan entre sí, a partes iguales y con el mismo derecho, dentro de un conjunto sistèmico dado. La incapacidad de esta teoría para preservar la riqueza específica de sus objetos, y en particular los asideros socio- históricos de los agenciamientos microsociales, encuentra su justificación en uno de sus postulados fundamentales, que corre el riesgo de pasar desapercibido puesto que aparenta ser una simple expresión de sentido común. Dicho postulado consiste en admitir que los componentes de un sistema dado deben necesariamente ser subsistemas de la *misma categoría* que el conjunto al que pertenecen. El ordenamiento jerárquico de esos subsistemas procede a su vez de un «reforzamiento de las relaciones definitorias» fundado en el principio de una *complejidad creciente* a medida que se va pasando de la parte al todo. ¡Pero, a decir verdad, una cosa no implica la otra! Sería fácil aportar una multitud de ejemplos que respalde ese principio, de casos que ilustren el hecho de que el elemento «más diferenciado» podría fácilmente refugiarse en el interior de un subconjunto sistèmico de reserva, que estuviera esperando las condiciones favorables para «tomar las riendas». Por lo tanto, los sistemas cromosómicos son como un banco de préstamos que sólo se vuelve productivo si está conectado a otros sistemas. ¿Diríamos que un subconjunto así en realidad no era «uno» solo, que él mismo constituía la totalidad del conjunto sistèmico desde el principio, ya que se trataba del sistema más rico desde el punto de vista de sus «relaciones definitorias»? No se trata para nada de una cuestión formal. Se trata de saber si vamos a prohibir la entrada a elementos heterogéneos con el pretexto de proyectar sobre la realidad una Forma, una Estructura o un Sistema. Una minúscula línea de fuga, un síntoma insignificante, pueden ser los vectores de una problemática que tendría un alcance incalculable en términos sistémicos. Decretar que se trata o no de un subsistema significa hacer una elección micropolítica. ¡Es obvio que tales elecciones son inevitables, sobre todo en este tipo de trabajo! ¡Pero lo mínimo que debemos exigirnos es mantener una

postura crítica en cada ocasión concreta en que éstas se presenten! Aquí el análisis adquiere inmediatamente un carácter político. Lo que preside, digamos, la exclusión o la aceptación de un individuo dentro de un determinado grupo familiar o microsocial no es un «equilibrio homeostático». Hay universos enteros, cosmovisiones y relaciones de fuerza sociales que se atraen unos a otros, chocando y formando estratos. A este nivel, el especialista interviene mucho más en razón de su peso social específico, de la capacidad de intimidación que le proporciona su «capital intelectual», que a causa de su dominio de una técnica científica concreta. Sólo a condición de adquirir una conciencia clara de tales mecanismos de poder seremos capaces de utilizarlos contra el orden establecido.

En 1965 se constituye una comunidad de una veintena de personas en torno a la figura de Ronald Laing[25]. Se instalan en el extrarradio de Londres, en Kingsley Hall, un antiguo edificio que durante mucho tiempo fue un baluarte del movimiento obrero inglés. Durante cinco años, los líderes de la antipsiquiatría y los enfermos que han «hecho carrera» con la esquizofrenia exploraron juntos el mundo de la locura. No la locura de los asilos, sino la que cada uno lleva dentro, una locura que tratan de liberar para suprimir las inhibiciones y todo tipo de síntomas. En Kingsley Hall se dejan de lado la división de roles entre el enfermo, el psiquiatra, el enfermero, etc. —o al menos lo intentan—. Nadie tiene derecho a dar órdenes ni la obligación de recibirlas, ni tampoco de prescribir las directrices. Kingsley Hall va a convertirse en un territorio liberado de la normalidad dominante, la base de un movimiento contracultural[26].

Los partidarios de la antipsiquiatría quieren dejar atrás las experiencias de la psiquiatría comunitaria. Según ellos, ésta no fue más que un movimiento reformista que, en realidad, no ponía en cuestión las instituciones represivas ni el organigrama tradicional de la psiquiatría. Maxwell Jones y David Cooper[27], dos de los principales promotores de estas tentativas, han tomado parte activamente en la vida de Kingsley Hall. La antipsiquiatría dispondrá, por tanto, de su propia superficie de inscripción, una suerte de cuerpo sin órganos en el que cada rincón de la casa —la bodega, la terraza, la cocina, la escalera, la capilla...— y cada secuencia de la vida colectiva funcionarán como si fueran engranajes

[25] Ronald Laing fue uno de los partidarios de la corriente llamada «antipsiquiátrica» en Inglaterra en los años setenta (N. del T.),

[26] Véase Joseph Berke, *Counter-Culture: The Creation of an Alternative Society*, Londres, Peter Owen Ltd, 1970 (N. del A.).

[27] Véase David Cooper, *Psichiatry and Anti-psichiatry*, Londres, Routledge, 2013 (N. del A.).

de una gran máquina, superarán la inmediatez del yo y sus pequeños problemas, ya sea poniéndose al servicio de la comunidad o volviéndose hada sí mismos en un proceso de regresión que a veces resulta vertiginoso.

Territorio liberado, Kingsley Hall se encuentra asediado por todas partes: el viejo mundo supura por todas las grietas: los vecinos protestan por su vida nocturna, los niños del barrio lanzan piedras contra sus ventanas, los policías se preparan para trasladar con

cualquier pretexto a los internos demasiado «agitados» al hospital 1
psiquiátrico, el de verdad[40].

Pero la auténtica amenaza que se cierne sobre Kingsley Hall proviene, sin duda, del interior: se han eliminado las restricciones visibles, pero otras formas de interiorizadón de la represión continúan trabajando secretamente. Además, todavía estamos bajo el yugo de las reducciones simplistas, el famoso triángulo —padre, madre, hijo— que sirve para meter en el molde del psicoanálisis edípico todas las situaciones que se salen de los límites de los comportamientos considerados normales.

¿Es o no es necesario mantener un mínimo de disdplina en Kingsley Hall? Las luchas internas por el poder envenenan la atmósfera. Aaron Esterson, líder del «ala dura», que iba por ahí paseándose con un libro de Stalin bajo el brazo, ha sido finalmente expulsado, pero, a pesar de ello, la empresa seguirá encontrando obstáculos en su régimen de autogestión: Kingsley Hall es el objetivo de una publicidad engañosa. Una de sus internas, Mary Barnes, se ha convertido en una especie de *vedette* de la locura, cosa que le hará ganarse el odio implacable de mucha gente.

Mary Barnes y su psiquiatra, Joseph Berke, han escrito un libro sobre su experiencia en Kingsley Hall. Se trata de una confestón de ingenuidad desconcertante. También forma parte de descubrimientos geniales, como un proyecto ejemplar para la liberación del «deseo alocado», un dogmatismo neoconductis- ta[29], así como un familiaiismo impenitente que coincide con el puritanismo más tradicional. Mary Barnes —la loca— aclara en unos cuantos capítulos de confesión lo que ningún «antipsiquiatra» había sabido mostrar: la cara oculta de la antipsiquiatría anglosajona.

Mary Bames es una antigua enfermera a la que se ha etiquetado de esquizofrénica, pero también habría podido contarse entre las histéricas. Se toma al pie de la letra las recomendaciones de Laing acerca del «viaje». Realiza su «regresión a la infancia» como lo haría un kamikaze. Sus años de «descenso» la condujeron en varias

[40] En realidad no es en absoluto comparable con la represión italiana, que aplastó intentos mucho menos provocadores, y sobre todo, con la represión alemana, verdaderamente feroz, que se ensaña actualmente contra los miembros del SPK (Sozialistiches Patientenkollektiv, Colectivo Socialista de Pacientes) en Heidelberg (N. del A.).

ocasiones al borde de la muerte por inanición. Todo el mundo se preocupa: ¿hay que enviarla al hospital? Esto desencadena «una gigantesca crisis» dentro de la comunidad. No obstante, tenemos que decir que durante sus periodos de «mejoría» tampoco desaparecen los problemas del grupo; ella no quiere tener nada que ver con nadie, excepto con las pocas personas a las que ha investido masivamente con su familiarismo y su misticismo, es decir, fundamentalmente Ronnie (Laing), al que venera como a un dios, y Joe (Berke), que se convertirá a la vez en su padre, su madre y su amante espiritual.

Mary se ha creado su pequeño reino edípico en sintonía con todas las tendencias paranoicas de la institución. Su goce se concentra en la conciencia dolorosa del mal que va esparciendo a su alrededor, que la atenaza sin descanso. Ella se opone al proyecto de Laing. ¡Y, sin embargo, ese proyecto es lo más querido para ella! Cuanto más culpable se siente, más se castiga y más se agrava

[25] El conductismo es una teoría de principios de siglo según la cual toda la psicología se reducía al estudio del comportamiento, definido como la interacción entre estímulos externos (sti*muli*) y las respuestas del sujeto. El neoconductismo actual tiende a atribuir todos los problemas humanos a cuestiones de comunicación y de información, dejando a un lado los problemas sociopolíticos que plantea el poder a todos los niveles (N. del A.).

su estado, despertando reacciones de pánico a su alrededor. Ella ha restaurado el círculo infernal del familiarismo encerrando en él a más de veinte personas de un único golpe, ¡y sólo ha conseguido empeorar las cosas!

Se comporta como un bebé. Hay que darle el biberón. Se pasea desnuda, cubierta de mierda, va meándose por todas las camas, lo rompe todo o se deja morir de hambre. Tiraniza ajoe Berke, le impide salir, acosa a su mujer hasta el punto de que un día en que él ya no pudo soportarlo más la golpeó con el puño. ¡Vuelta atrás implacable, retorno a los viejos y tentadores métodos del hospital psiquiátrico! Joe Berke se pregunta: ¿cómo puede ser que un «grupo de personas dedicadas a desmitificar las relaciones sociales de las familias disfundonales acabe funcionando como una de ellas?».

Afortunadamente, Mary Barnes es un caso límite. ¡No todo el mundo se comporta así en Kingsley Hall! Pero ¿acaso no está planteando las preguntas justas? ¿Estamos seguros de que la comprensión, el amor y todas las demás virtudes cristianas combinadas con técnicas de regresión mística son suficientes para exorcizar los demonios de la locura edípica?

Lo cierto es que Laing es uno de los que más a fondo se han implicado en la tarea de demolición de la psiquiatría. Ha atravesado los muros del asilo, pero parece seguir siendo prisionero de otros muros, que lleva dentro de sí. Todavía no ha conseguido desembarazarse de la peor limitación, el más peligroso de los vínculos[30] : el «psicoanalismo» —para retomar la acertada expresión de Robert Castel— con su defirió de interpretación significante, sus representaciones con doble sentido y sus ridículos abismos.

Laing creyó que podía contrarrestar la alienación neurótica focalizando su anáfisis en la familia, en sus «nudos» internos.

[10] En el original *double bind*, se refiere a una doble obligación contradictoria situada en la esfera de la comunicación entre un individuo y su familia, que lo perturba por completo (N. del T).

Para él, todo proviene de la familia. Sin embargo, quisiera salir de ella, fundirse con el cosmos, reducir a añicos la existencia cotidiana. Pero su método explicativo no puede desvincular al sujeto de este proyecto familiarista que él sólo quiere usar como punto de partida pero que encuentra esperándolo en cada esquina. Trata de resolver los

problemas refugiándose en una meditación de estilo oriental que es incapaz de protegerlo durante demasiado tiempo de la intrusión de una subjetividad capitalista que pone a su disposición métodos extremadamente sutiles. No se puede esquivar el Edipo: mientras que no nos encaremos de frente con este mecanismo esencial de la represión capitalista no podremos introducir ningún cambio decisivo en la economía del deseo, ni, por tanto, en el estatus la locura.

En ese libro se habla todo el tiempo de flujos de mierda, de pis, de leche o de pintura. Pero resulta significativo que no se hable nunca de flujos de dinero. No sabemos cómo funciona exactamente la cosa en ese aspecto. ¿Quién controla el dinero, quién decide lo que hay que comprar, quién recibe un sueldo? La comunidad parece vivir del aire: Peter, el hermano de Mary, sin duda mucho más avanzado que ella en el proceso esquizo, no soporta el estilo bohemio de Kingsley Hall. Hay demasiado ruido, demasiado desmadre, y además, lo único que él desea es mantener su ritmo de trabajo.

Pero su hermana insiste: tiene que venir a instalarse con ella en Kingsley Hall. Es el implacable proselitismo de la regresión: ya verás, harás un «viaje», podrás pintar, llegarás hasta el fondo de tu locura... La locura de Peter también resulta inquietante, pero de otro modo. ¡No le atraen este tipo de aventuras! Puede que aquí sea posible captar la diferencia entre el auténtico «viaje» de esquizo y una regresión al estilo pequeñoburgués del viejo mito familiarista. Al esquizo no le atrae demasiado el «calor humano». Lo que le interesa está en otra parte, del lado de los flujos más desterritorializados: flujos de signos cósmicos «milagrosos», pero también flujos de signos monetarios. El esquizo no ignora la realidad del dinero —incluso si lo utiliza de formas que están fuera de lo común— más de lo que ignora cualquier otra realidad. No es un niño ni finge serlo. El dinero para él no es más que una forma de demarcación como cualquier otra, algo que sirve precisamente para guardar las distancias. El intercambio representa para él una forma de evitar la mezcla. Dicho en pocas palabras, Peter quiere que dejen de molestarle con esas historias comunitarias invasivas que amenazan su relación singular con el deseo.

La neurosis familiarista de Mary es también algo más; ella no deja de reconstruir pequeñas territorialidades familiares, como una forma de vampirismo que se alimentase de «calor humano». Mary se aferra

a la imagen del otro; por ejemplo, una vez le pidió a Anna Freud que la tomase como paciente, pero para ella eso significaba instalarse en su casa, con su hermano, y que ambos se convertirían en sus hijos. Es la misma operación que ahora trataba de repetir con Ronnie y Joe. 1

El familiarismo consiste en negar mágicamente la realidad social, evitando toda conexión con los flujos reales. De esta manera, sólo el sueño y el espacio clausurado del matrimonio-familia serían posibles, como mucho habría un pequeño rincón solitario y lleno de meados en el que atrincherarse durante las grandes crisis. Así funcionaba Mary Barnes en Kingsley Hall, como una misionera de la terapia de Laing, como una activista, como una profesional de la locura.

Esta confesión nos enseña más que la lectura de diez obras teóricas de la antipsiquiatría. Pueden apreciarse las secuelas de este «psicoanalismo» en los métodos de Laing y sus amigos.

Desde el Freud de los *Estudios sobre la histeria* hasta la última tendencia en análisis estructuralistas, el método psicoanalítico consiste en reducir cualquier situación pasando por tres filtros:

• *la interpretación:* todo significa otra cosa. La verdad no puede ser captada en la inmediatez de las intensidades y las relaciones de fuerza, sino sólo a través de un juego de significados en clave;

• *elfamiliarismo:* las claves significantes pueden reducirse en esencia a representaciones familiaristas. Para aprehenderlas se recurre a la regresión, induciendo al sujeto a «reencontrarse» con su infancia. En realidad, lo que se encuentra es una representación «debilitada» de la infancia, una infancia rememorada, una infancia mítica, una infancia refugio, como el negativo de las intensidades actuales, que no tiene ninguna relación posible con lo que fue la infancia real en sentido positivo;

• *la transferencia:* al prolongarse el reduccionismo interpretativo y la regresión familiar, el deseo se reacomoda sobre un terreno marchito, un pedazo miserable de espacio con el que identificarse (el diván del psicoanalista, su mirada, su supuesta escucha). La regla fundamental de este juego consiste en que todo lo que aparece en él debe ser reducido a los términos interpretativos y a imágenes del conjunto papá-mamá; ya sólo falta operar la última simplificación: reducir toda la serie de los significados, que a partir de ahora funcionará como un sólo término: el silencio del analista, en el que

desembocan todos los interrogantes. La transferencia psicoanalítica funciona como una mantequera «desnatando» la realidad del deseo, arrastra al sujeto a un vértice de abolición, a una pasión narcisista, la cual, aunque resulte menos peligrosa que la ruleta rusa, conduce de todas formas —si la cosa funciona— a una fijación irreversible de ridiculas sutilezas que acabarán por usurpar el lugar de cualquier otra forma de catexis social.

Ya sabemos, desde hace mucho tiempo, que ninguno de esos tres filtros funciona ni remotamente con los locos: sus interpretaciones e imágenes dependen demasiado de las coordenadas sociales dominantes. En lugar de renunciar a este método, en Kingsley Hall intentan perfeccionar tales filtros para potenciar sus efectos. De este modo, el anáfisis dual es sustituido por una interpretación colectiva —y estruendosa—, una suerte de delirio interpretativo puesto en común. Es cierto que este método posee un nuevo tipo de eficacia: el mero juego de espejos que se produce entre las palabras del paciente y el silencio del analista ya no le satisface; ahora también hay que tener en cuenta otras cosas, como gestos y relaciones de fuerzas. Al dejarse atrapar en el gran juego de la regresión de Mary Barnes, Joe Berke gruñe, imita a un cocodrilo, la muerde, la pellizca, se revuelca con ella... cosas que hoy en día todavía le resultarían extrañas a un psicoanalista ordinario.

¡Ya casi hemos llegado! Estamos a punto de desembocar en una nueva práctica, una nueva semiótica, a punto de romper toda atadura con los principios sagrados del significado y la interpretación. Pero no, el psicoanálisis se levanta de nuevo cada vez, reinstaurando las coordenadas familiaristas. Joe Berke está atrapado en su propio juego, y cada vez que tiene necesidad de salir de Kingsley Hall, Mary hace todo cuanto está a su alcance para impedírselo. Ya no es sólo el análisis lo que parece interminable, ¡sino también la sesión! Por eso, cuando Berke quiere escapar algunas horas de su «paciente», a fin de participar, por ejemplo, en una reunión sobre la guerra de Vietnam, necesita enfadarse con ella.

La contaminación interpretativa ya no tiene límites. Paradójicamente, es Mary la primera que rompe el círculo a través de su pintura. En efecto, en el giro de unos pocos meses se convierte en una

artista famosa[41]. Pero la interpretación continúa ejerciendo sus prerrogativas: Mary se siente culpable cuando empie 1

[41] Sus exposiciones en Gran Bretaña y el extranjero le proporcionaron cierta notoriedad. Habría mucho que decir sobre esta especie de estrategia que consiste en promocionar el «Brut art» o «arte en estado bruto» lanzando al mercado del arte a un artista loco... como si fuera una *vedette* de *music-hall* en beneficio de los productores de este tipo de espectáculos. La esencia del arte de los locos reside precisamente en trascender las nociones de obra de arte o de lo que se considera la función del autor (N. del A.).

za a asistir a cursos de pintura porque el violín de Ingres[32] de su madre era precisamente la pintura, y ella se sentiría contrariada si supiera que su hija pinta mejor que ella. Por el lado paterno la cosa tampoco parece ir mejor: «Ahora que, con todas esas pinturas, posees el falo, el poder del padre se encuentra amenazado».

Mary se esfuerza por engullir toda la mezcolanza psicoanalí- tica con una dedicación que resulta conmovedora. Ella no encaja dentro de la atmósfera comunitaria de Kingsley Hall: no quiere tener que tratar con nadie. Rechaza a los demás porque quiere asegurarse de que la persona que se ocupe de ella esté bien impregnada de la forma de pensar de Ronnie. «Cuando adquirí la noción de seno, de un seno protector, el seno de Joe, un seno del que podría succionar sin verme desposeída de mí misma, ya no hubo nada que pudiera retenerme (...). Cada vez que Joe me ponía el dedo en la boca, lo que quería decirme era: "Mira, puedo introducirme dentro de ti sin dominarte, sin poseerte y sin desposeerte”».

Llegados a este punto el propio psicoanalista acaba por sentirse desbordado por la máquina interpretativa que él mismo ha contribuido a poner en marcha y confiesa que: «Mary interpretaba todo lo que se hacía por ella (o por otra persona) como parte de la psicoterapia. Si el carbón no se entregaba a tiempo, era por la terapia. Y así con todo, hasta llegar a las conclusiones más absurdas». Todo lo cual no impide que Joe Berke continúe debatiéndose con sus propias interpretaciones, cuya finalidad última es la de acoplar su relación con Mary dentro del triángulo edípico: «(...) A partir de 1966, supe cuál era el papel que ella me había adjudicado: "mamá” tomaba el control cuando ella era Mary, el bebé, mientras que "papá” y "su hermano Peter” se disputaban el segundo puesto. Cada vez que Mary me asimilaba a algún otro, yo me esforzaba por hacérselo notar, con la esperanza de ayudarla

[32] Expresión que designa una actividad, generalmente artística, que se desarrolla al margen de la actividad profesional de la persona, como afición o pasatiempo (N. del T.).

a escapar de su telaraña y también para ayudarme a mí mismo a preservar mi sentido de la realidad». Pero ya no puede salir de la telaraña. El hogar de Mary se encuentra ahora dentro de ella.

Hablemos un poco de la técnica de regresión a la infancia y de la transferencia: al desarrollarse en un entorno comunitario, se acentúan

sus efectos de «desrealización». En el encuentro tradicional del psicoanálisis, la llamada relación dual, junto con el carácter artificial y bien delimitado del escenario, constituyen una especie de cortafuegos contra los desbordamientos de la imaginación. En Kingsley Hall, al final de cada uno de los «viajes» de Mary Barnes ésta se enfrenta a una muerte que es muy real y toda la institución es invadida por una inquietud y una angustia muy reales también, hasta el punto de que Aaron Esterson decide volver a los viejos métodos autoritarios de la sugestión. Ya que Mary estaba al borde de la muerte por inanición, él le prohíbe brutal y terminantemente continuar con su ayuno.

Mary cuenta que, hace algunos años, un psicoanalista católico se había servido de la misma brutalidad para prohibirle que se masturbara, explicándole que era un pecado peor incluso que acostarse con un chico sin estar casada. Y también entonces había funcionado. ¿No es acaso ese retorno a la autoridad y la sugestión el correlato inevitable de una técnica de regresión ubicua? Brusco regreso a bordo de la muerte, un papá-policía surge de las sombras. El imaginario, especialmente el del psicoanalista, no constituye en absoluto una defensa contra la represión social; por el contrario, la invoca secretamente.

Uno de los aprendizajes más provechosos que podemos extraer de este libro es que nos muestra hasta qué punto resulta ilusorio tratar de encontrar un deseo en bruto, puro y duro, tomando como punto de partida la búsqueda de nudos escondidos en el inconsciente y de claves interpretativas secretas. Nada puede desenredar, gracias al milagro de la transferencia, los conflictos micropolíticos reales de los que el sujeto es prisionero;

no hay misterios, ni un mundo verdadero tras el aparente. No hay nada que descubrir en el inconsciente. El inconsciente está para ser construido. Si el Edipo de la transferencia no consigue solucionar el Edipo familiar es porque permanece demasiado apegado al individuo como elemento de la familia.

Ya sea solo, tumbado sobre un diván, o en grupo, como parte de una regresión institucional, el «neurótico-normal» (usted o yo) o el neurótico del psiquiatra (el «loco») clama al Edipo y lo reclama. Los psicoanalistas, adictos a la droga de la interpretación reduccionista, a

la que se han enganchado debido a su formación y a su práctica profesional, no hacen más que reforzar una política de «aplastar el deseo»: la transferencia es una técnica que sirve para desviar las catexis del deseo. Pero, lejos de ralentizar su carrera hacia la muerte, parece por el contrario acelerarla, acumulando, como en un ciclotrón, las energías edípicas «individuadas» en lo que Joe Berke llama «el círculo vicioso: castigo-cólera-culpabilidad-castigo». Esto sólo puede conducir al complejo de castración, a la renuncia y a la sublimación, que es un ascetismo de pacotilla. Los objetos de la culpabilidad colectiva se apoyan los unos en los otros y acentúan la función punitiva de los impulsos autodestructivos, respaldándolos con una represión muy real, hecha a base de cólera, celos y miedo.

La culpa se convierte en una forma específica de la libido —un Eros capitalista— cuando se une a los flujos desterritoria- lizados del capitalismo. Entonces encuentra una nueva vía, una solución inédita, fuera de los marcos familiares, asilares o psi- coanalíticos. No habría debido hacerlo, esto está mal, y cuanto peor está, más ganas tengo de hacerlo, porque así puedo existir en esa zona de intensidad producida por la culpabilidad. Pero esta zona, en lugar de encontrarse «encamada», adherida al cuerpo del sujeto, a su yo, a su familia, tomará posesión de la institución al completo; la auténtica soberana de Kingsley Hall era, en el fondo, Mary Barnes. Y ella lo sabía muy bien. Todo giraba en torno a ella, que no hacía más que jugar al Edipo, mientras que los demás se encontraban atrapados en un edipismo colectivo.

Un día en que la encuentra cubierta de mierda y estremeciéndose de frío, Joe Berke sufre un colapso nervioso. Entonces toma conciencia de su «extraordinario poder de invocar y encarnar la pesadilla favorita de cada uno». Así, en Kingsley Hall, la transferencia ya no es «contenida» por el psicoanalista. Se lanza en todas direcciones, amenazando incluso al psicoanalista. Faltó muy poco entonces para que las ligaduras analíticas se aflojaran definitivamente, dejando que las intensidades deseantes, los «objetos parciales» siguieran sus propias líneas de fuga, libres de la persecución de sistemas interpretativos debidamente codificados por los modelos sociales de la «realidad dominante».

¿De dónde proviene este esfuerzo desesperado de Joe Berke por

reunir la multiplicidad dispersa a través de la cual Mary «experimenta» la disolución de su yo e intenta hacer estallar su neurosis? ¿Por qué esta regresión al polo familiar, a la unidad de la persona que impide que Mary se abra hacia todo un espacio social exterior a ella, por lo demás potencialmente muy rico? «La etapa inicial de su recuperación podría compararse a mis esfuerzos por completar un puzle al que le faltaban piezas. Entre las piezas dispersas había algunas cuyas partes convexas habían sido recortadas y sus partes cóncavas taponadas, de manera que me resultaba imposible adivinar cómo podían encajar unas en otras. Por supuesto, este puzle representaba la vida afectiva de Mary y las piezas eran sus pensamientos, sus actos, sus asociaciones, sus sueños, etc.».

Pero ¿hay algo que demuestre que la solución para Mary Barnes se encuentre en la regresión infantil? ¿Cómo podemos estar seguros de que el origen de sus problemas provenga de perturbaciones o bloqueos en el sistema de comunicación intrafamiliar de su infancia? ¿Por qué no prestar atención a todo lo que sucede *alrededor* de la familia? En efecto, constatamos que todas las puertas que dan al mundo exterior se le han cerrado brutalmente en la cara cada vez que ha intentado atravesarlas; por eso lo único que encontró en el exterior fue un familiarismo todavía más represivo que el de su infancia. ¿Qué sucedería si el pobre padre y la pobre madre de Barnes sólo hubieran sido manifestaciones miserables e inapropiadas de la tormenta represiva que soplaba fuera? ¡Mary no tenía una «fijación» con su infancia: nunca encontró la salida! Su deseo de encontrar una verdadera salida era demasiado violento, demasiado exigente para adaptarse a compromisos externos.

El primer drama se produjo en la escuela. «La escuela era peligrosa». Ella se quedaba quieta, paralizada, aterrorizada, sentada en su silla discutía con la maestra. «En la escuela casi todo me angustiaba...». Fingía leer, fingía cantar, fingía dibujar... ¡Y, sin embargo, ella deseaba realmente ser escritora, periodista, pintora, médico! Un día alguien le explicará que con todo eso lo que en realidad desea es convertirse en hombre. «Me avergonzaba ese deseo de ser doctor. Sé que esa vergüenza estaba relacionada —aquí comienza de nuevo la interpretación— con el enorme sentimiento de culpa que me producía mi deseo de ser un chico. Todo lo que había

en mí de masculino debía permanecer oculto, secreto, ignorado».

Muchos curas y maderos se han dedicado a hacerla sentir culpable por todo, hasta por la cosa más nimia y, muy especialmente, por masturbarse. Resignada a ser enfermera, se alista en el ejército; lo cual resulta ser otro callejón sin salida. En un cierto momento, quiere ir a Rusia porque ha oído decir que allí «se tolera que una mujer tenga hijos pero no marido». Cuando se decide a entrar en el convento, ponen en duda su fe religiosa: «¿Qué es lo que te trae a la Iglesia?».

¡Los curas no se equivocaban, su anhelo de santidad huele a azufre! Al final, todo termina en el asilo. Incluso allí, ella sigue dispuesta a ponerse al servicio de los demás con toda su entrega. Un día en que trae a la casa un ramo de flores para tina enfermera, le dicen: «¡Váyase, éste no es su sitio!». ¡Si tuviéramos que referir todos los traumas sociales y el acoso que ha sufrido, no acabaríamos nunca! Al convertirse en enfermera, le niegan el derecho de pasar a un nivel de formación superior. ¡Lo que interesaba a Mary Barnes desde el principio no era la familia, sino la sociedad! Pero la vida vuelve a reconducirla al núcleo familiar. ¡Y aunque sea duro decirlo, también su estancia en Kingsley Hall! Puesto que la interpretación familiarista era su juego favorito en aquel entorno, y como adoraba a aquellas personas, pues bien, se dejó llevar también ella, ¡pero con qué talento!

Ella es la auténtica psicoanalista de Kingsley Hall; ella que pisa a fondo todos los resortes neuróticos de la institución, toda la paranoia subyacente de su padre y su madre de Kingsley Hall. ¿Ha contribuido al menos Mary-la-misionera a que los antipsiquiatras clarifiquen las implicaciones reaccionarias de sus postulados psicoanalíticos?

La función del dinero en el intercambio psicoanalítico

El dinero funciona como un equivalente ficticio, en el sentido de que lo que representa, lo que cristaliza en él, no vale lo mismo si nos ubicamos en un extremo de las relaciones de producción o en el otro. Tampoco tiene el mismo alcance para alguien que se encuentra en una posición de fuerza dentro de un sistema basado en el desposeimiento de la plusvalía que para alguien que, por el contrario, esté en situación de rentabilizar su fuerza de trabajo. Lo que está tomando forma es a

la vez una manera de organizar la explotación y un dispositivo para ocultar la lucha de clases. De este modo no solamente se determinan las posiciones estructurales en función del grado de producción, sino también las formas de producción que están codificadas dentro del sistema.

El contenido de la codificación capitalista se ha ido modificando a medida que se producía una disminución de las tasas de beneficio en todo un conjunto de sectores productivos. El Estado se ha visto obligado a tomar el relevo del capitalismo privado, con el sistema de los salarios diferidos, por ejemplo, tomando directamente a su cargo el equipamiento de las infraestructuras, o en ámbitos en los que el mantenimiento de un mínimo de orden social exige instituciones como la Seguridad Social, la ayuda médica, etc. Y, sin embargo, son precisamente estas formas productivas que no implican de manera necesaria una relación de explotación bipolar, las que están sufriendo una especie de devaluación. Resulta evidente, por ejemplo, que el trabajo concentrado en las materias primas o en los bienes manufacturados en un país subdesarrollado no es de la misma naturaleza que el de una zona «asegurada». Puede decirse lo mismo acerca del trabajo que se realiza en un determinado punto caliente de la producción capitalista y el que se realiza en los puntos «enfriados» (el trabajo en las minas del Norte) o, simplemente, de las formas de trabajo consideradas como carentes de valor (el trabajo de los enfermos mentales: la terapia ocupacional, el peculio[33] y sus equivalentes).

Tenemos que tomar conciencia de que el dinero sirve de vehículo para algo en el intercambio psicoanalítico —o mejor dicho, en el pseudointercambio, porque en realidad no se produce intercambio alguno de servicios entre el analista y el analizado—. Lo que sí se produce son dos tipos paralelos de trabajo: el trabajo analítico del paciente y el trabajo de escucha y de criba

[33] Cantidad de dinero que se retiene al interno como parte del procedimiento de las instituciones penales y asilares. Está constituido por los bienes de que disponga el interno en el momento de su entrada en la institución más las cantidades que reciba posteriormente de manera legal (por ejemplo, la remuneración por las labores realizadas dentro de la institución). Funciona como una caución que le es devuelta en el momento de su salida (N. del T.).

propio del psicoanalista. De hecho, que un flujo monetario pase del uno al otro resulta ilegítimo desde todo punto de vista. En un tipo de

sociedad completamente distinto a la nuestra, en el que estos dos tipos de trabajo se considerasen igual de valiosos que las otras formas de producción, tanto el analista como el analizado *deberían recibir un sueldo,* de la misma forma que la división social del trabajo implica que en una fábrica no se pague al empleado del taller menos que a otro que trabaje en las oficinas, en los laboratorios de investigación, etc. ¡Cuesta imaginar que los obreros especializados tengan que pagar a los dibujantes que diseñan los productos! Pero, por supuesto, no hemos saHdo todavía del nivel dominado por el desposeimiento de la plusvalía. Y cada vez que el psicoanalista cobra por sus servicios, en realidad está reproduciendo una cierta forma de opresión del sujeto que se ejerce desde los polos personológicos de la sociedad capitalista. Es eso lo que se pone en juego cuando llega a la consulta del psicoanalista alguien que, a causa de su situación dentro de la estructura familiar, no se encuentra en condiciones de intervenir de forma individual en los flujos monetarios —en la rotación del «capital familiar», según la expresión de Cotta[34]— mediante una participación directa en el ciclo de la producción capitalista (por ejemplo, una mujer que acuda a hacerse analizar y que dependa económicamente del marido, o un niño, etc.). En ausencia de un sistema de salario diferido (es decir, de una asignación en beneficio de la mujer o del niño que sea financiada por un tercero, generalmente, algún tipo de organismo), el producto del análisis realizado por ellos, que debería ser considerado en sentido amplio como una labor de formación de la fuerza colectiva de trabajo, será, sin embargo, el resultado de una forma de explotación. En la relación psicoanalítica se extrapolan y se reproducen las estructuras de la alienación social que encontra-

“ Alain Cotta, *Théorie generale du capital, de la croissance et fluctuations,* París, Dunod, 1966 (N. del A.).

mos en el seno de la familia, y la familia sirve como intermediario. Mientras que el psicoanálisis se vea forzado a recurrir a esta forma de pago, estará avalando implícitamente cierto uso de las estructuras familiares como instrumento para aplastar la producción deseante y ponerla al servicio de un orden social regido por el beneficio. ,

Desde un punto de vista específicamente psicoanalítico, me parece esencial que comprendamos el hecho de que el niño que dibuja o modela un monigote para el psicoanalista, o la mujer que comienza a

psicoanalizarse para «solucionar desavenencias en el seno del hogar», están tomando parte en la producción social. A un nivel inconsciente, el desposeimiento capitalista de la plusvalía se ve reproducido, y en cierto sentido prolongado, en la relación analítica. Y, respecto de la pretensión que tiene el psicoanálisis de presentarse como un proceso de revelación de la verdad, dicha pretensión debería obligarle a denunciarse a sí mismo como responsable por renovar una forma de violencia social cada vez que recibe un pago.

Lo mínimo que podría exigirse a los psicoanalistas es que dejen de justificar la relación económica que mantienen con el paciente —ya que la práctica es la que es— en virtud de no sé qué leyes emanadas de un supuesto «orden simbólico». O si no, ¡que asuman todas las consecuencias de su postura, y que reconozcan que para ellos este orden en sí mismo constituye el fundamento legítimo de los sistemas de segregación! ¡Lo cierto es que, por lo general, nunca llegan tan lejos! Igual que cualquier capitalista, consideran la explotación del asalariado como parte del orden de las cosas: «¡De algo hay que vivir!». Y desde una perspectiva psicoanalítica puede que a fin de cuentas ésa sea la actitud menos peligrosa, porque es la que conlleva menos engaños.

Antipsiquiatría y antipsicoanálisis

jean-jacques brochier**:** *¿Cómo empezó para usted todo este «asunto de la antipsiquiatría»!'*

félix guattari**:** Los primeros fueron Basaglia y Jervis, que llegaron a La Borde en 1965 o 1966, con sus artículos para la revista *Recherches.* Luego surgió algo que podríamos calificar como una diferencia de estilo más que como una divergencia de ideas. No les interesaban ni remotamente nuestros esfuerzos reformistas al estilo de la psicoterapia institucional. La situación en Italia ya había cambiado mucho, por lo que tenían concepciones mucho más militantes que nosotros. Luego está también la cepa inglesa, Laing y Cooper, que también escribieron artículos para la revista *Recherches.* Ellos acudieron a unas jornadas organizadas por Maud Mannoni[35]. Su forma de ruptura con las instituciones tampoco tenía mucho en común con la de La Borde ni, por cierto, con la de Maud Mannoni o Lacan. Eventualmente, esas

diferencias de estilo pusieron de manifiesto otros desacuerdos más profundos. Por mi parte, es cierto que yo también he cambiado mucho desde aquella época.

Pero, alfinyal cabo, ¿qué es la antipsiquiatría?

Comenzó siendo un fenómeno literario y mediático que se desarrolló a partir de aquellos núcleos ingleses e italianos pero que ha puesto de manifiesto la existencia de una parte importante de la opinión pública interesada en estas cuestiones, enmarcada dentro de una «nueva cultura» que había empezado a surgir en aquellos años, aunque hay que reconocer que nada de lo que hasta entonces hubiera podido decirse, escribirse o hacerse para

[35] Célebre psicoanalista infantil, alumna de Jacques Lacan, conocida por haber fundado el centro de vida institucional de Bonneuil-sur-Mame (N. del T.).

denunciar la forma en que se ejercía la psiquiatría en Francia hubiera suscitado el menor interés, a excepción de algunos pobres enfermeros y algunas decenas de psiquiatras. Realmente, la antipsiquiatría consiguió llamar la atención del gran público, lo que representa un avance importante.

Hoy en día ninguno de los «inventores» de la antipsiquiatría reivindica este título. Laing dice: «Yo nunca hablé de eso». Basaglia lo considera una confusión que hay que corregir y denunciar. Durante todo este tiempo, se ha convertido en un género literario y cinematográfico. Ahora cualquiera puede labrarse una carrera literaria publicando un librito de tipo «nunca más volveré a ser un psiquiatra», «nunca más volveré a ser un enfermero», «nunca más volveré a ser un loco»... Algunos grupúsculos han seguido esta estela, como Poulidor seguía la de Merckx[36]. Pero lo más importante es que la antipsiquiatría marcó un comienzo para la toma de conciencia, no sólo para el gran público sino incluso para los llamados «trabajadores de la salud mental». El descubrimiento de la afianza entre la represión psiquiátrica y las otras formas de represión ha sido, en mi opinión, un fenómeno decisivo cuyas consecuencias no podemos prever todavía.

Sin embargo, esta toma de conciencia ha sido a su vez parcialmente manipulada por algunas corrientes psicoanalíticas que no tenían ningún problema en calificar la psiquiatría de infame, bajo el

sobrentendido de que somos nosotros, con nuestro pequeño diván, quienes curamos a todo el mundo sin ponerle la mano encima ni hacer daño a nadie...

Podríamos relacionar la antipsiquiatría con Mayo del 68, ya que Mayo del 68jue esencialmente una denuncia de las instituciones. Ahora bien, al igual que la cárcel, el asilo era una institución de internamiento,

[36] Raymond Poulidor fue conocido como el «eterno segundón» por permanecer siempre detrás del belga Eddy Merckx en el tour de Francia de 1970 (N. del T.).

situada por lo general en el centro de la ciudad y que, literalmente, resultaba invisible para todo el mundo.

En 1968 la crítica de las cárceles y los hospitales psiquiátricos era todavía muy parcial. Recuerdo haber sostenido acaloradas discusiones con amigos como Alain Geismar o Serge July[42], cuando intentábamos poner en el mismo plano a los militantes víctimas de la represión junto con el resto de los marginados, los presos comunes, los katangueños[43] y los pacientes psiquiátricos. En aquella época hasta los espontaneístas del antiguo «22 de marzo», que estaban en proceso de fusionarse con los maoístas, decían: «Los prisioneros políticos sí, pero ¿presos comunes?, ¡ni hablar! ¡Y nada de yonquis! A los drogadictos hay que denunciarlos porque son peligrosos, fácilmente manipulables por la policía, etc.». Al vincular las cuestiones políticas con el problema de la locura entrábamos en la órbita de personajes extraños, e incluso peligrosos. Ahora nadie se extraña de eso. No sería hasta mucho después del 68 cuando empezamos a avanzar de verdad en ese sentido, con la creación del GIP[44] y con otras acciones similares. Aunque es cierto que, ya en el momento de los «acontecimientos» de Mayo del 68, se había producido un gran alboroto en el ámbito de la psiquiatría, todo el movimiento fue rápidamente absorbido por los universitarios y los patrones mediante los llamados «colegios de psiquiatría». El GLA,

[42] Célebres militantes en Mayo del 68 (N. del T.).

[43] Véase nota 20, p. 229 (N. de los E.).

[44] Grupo de Información sobre las Prisiones fundado en 1971 por Jean-Marie Domenach, Michel Foucault y Pierre Vidal-Naquet (N. del T.).

Garde-fou, «Los Cuadernos de la Locura»[45], etc., nacieron mucho más tarde, más o menos en la línea del activismo de Foucault y Deleuze en el ámbito carcelario. ¡Por lo tanto, hay que estar vigilante ante las ilusiones retroactivas de la memoria! Puede que Mayo del 68 fuera el desencadenante de actitudes militantes, pero no consiguió liberar por completo las mentalidades de mucha gente, que seguían estando contaminadas e iban a necesitar todavía bastante más tiempo para abrirse a temas como la locura, la homosexualidad, las drogas, la delincuencia, la prostitución, la liberación de la mujer, etc.

¿Qué ha sucedido hoy en día con la institución psiquiátrica?

¡Es perfecto!, ¡es el principio del fin a todos los niveles! Para empezar, desmoronamiento en el plano material: cerca de la mitad de los hospitales psiquiátricos funcionan por debajo del 50% de su capacidad real. Algunos hospitales que costaron millones están prácticamente vacíos (por ejemplo, el hospital des Mureaux). Esto explica en parte el espectacular aumento del coste por día de hospitalización en las infraestructuras psiquiátricas públicas. Otro tipo de desmoronamiento tiene lugar en las mentes. ¡Ya nadie cree en la psiquiatría! La política de «sector» (la disgregación de la institución psiquiátrica en pequeñas unidades a lo largo de un territorio de sesenta mil habitantes) no ha servido para nada, y eso en el mejor de los casos; en el peor, ha sometido a la población a un dispositivo de control insoportable. Esto empieza ya a resultar más que evidente en el campo de la psiquiatría infantil.

Pero ipor qué se han quedado vacíos los hospitales psiquiátricos?

Se trata de un fenómeno complejo, en el que confluyen diversos factores que paso a enumerar sin ordenarlos por orden de relevancia. Lo primero, la desconfianza —fruto, entre otras cosas, de la corriente antipsiquiátrica tal y como ha sido difundida por los medios de comunicación de masas—. Después, puede que sea también un

[45] Publicaciones y movimientos de principios de los años setenta que daban la palabra a los individuos «psiquiatrizados», tanto por el lado de los «cuidadores» como del de los «pacientes». El GIA es el Grupo de Información Asilo, que existe todavía hoy (N. del T.).

subproducto de la política sectorial: hay muchas cosas que ahora se hacen fuera del asilo. Y me parece que la difusión masiva de antipsicóticos, ansiolí- ticos... también ha jugado un papel muy importante; no sólo los psiquiatras recomiendan su uso, sino también los médicos generalistas e incluso la prensa más o menos especializada. Antes de que un recién nacido tenga tiempo de gritar, ya le han administrado un calmante para que se calle y se quede dormido. De ahí la atenuación, si no la desaparición, de ciertos fenómenos sociales de ruptura que en el pasado eran la causa de que muchas personas acabaran en el psiquiatra o en el asilo. Desde 1955, la quimioterapia ha comenzado a usarse para detener lo que en los hospitales psiquiátricos se conocía como «agitación». A continuación se empezó a atender fuera del hospital a algunas personas, a las que se administra la «camisa de fuerza química» en sus propias casas. Pero las consecuencias de este fenómeno no fueron percibidas inmediatamente, y surgieron nuevos proyectos para construir hospitales psiquiátricos, en parte porque eso servía para reactivar la industria de la construcción. Se pretendía «saturar de camas» algunas regiones. De hecho, se trataba de financiar la «industrialización» del mercado inmobiliario. Pero, mira por dónde, los medicamentos privaron al asilo de una parte de su clientela habitual, y algunos psiquiatras se dedicaron con frialdad a vaciar los hospitales, algo que ha creado, sin duda, conflictos y situaciones complicadas, ¡por ejemplo en las regiones pobres, en las que el hospital constituye la empresa industrial más importante!

Los asilos se vacían y la psiquiatría ha dejado de creer en sí misma. Pero, si los asilos fueron creados para circunscribir, proteger y, sobre todo, recluir a los locos y la psiquiatría para curarlos, ¿cuál seria hoy en día el lugar del loco en la sociedad?

La solución que se perfila en el horizonte, proyección futurista en Francia, es ya una realidad en los Estados Unidos. Cuando alguien tiene dificultades, rompe un cristal o se droga, entonces se le diagnostica esquizofrenia. Luego le atiborran con antidepresivos o metadona y punto. ¡Hace que uno se pregunte si no habría sido preferible conservar algunos de los «matices» de la antigua nosografía! En algunos estados norteamericanos los hospitales

psiquiátricos han cerrado, pero eso no ha detenido la represión psiquiátrica, que ahora se ejerce por otras vías. Así, uno puede sumarse a los sistemas de control psiquiátricos sin tener que recurrir a las categorías psiquiátricas (marginados, pordioseros, ancianos, etc.). Por otro lado, muchos de estos neuróticos, e incluso los «locos» de las antiguas categorías psiquiátricas, ya no pasan por los asilos sino por el gabinete del psicoanalista, las visitas a domicilio, los antidepresivos, etc. El «loco furioso» ya está un poco pasado de moda; por el contrario, la locura psi- coanalítica ha invadido todos los sectores. ¡Algunos pretenden poder identificar la esquizofrenia en un niño de tres años, lo cual es un absoluto disparate! Ahora todo el mundo se suma a la crítica al asilo, lo cual está bien, pero no es suficiente. Porque lo que está enjuego es una problemática global, que afecta tanto al asilo como a la «psiquiatría de sector» o a las distintas formas del psicoanálisis. Ya no se puede tener un lapsus sin que aparezca un conserje y se ponga a interpretarnos salvajemente. ¡En última instancia, alguien como Ménie Grégoire[46] formaría parte de los nuevos dispositivos psiquiátricos!

¿Así que, según usted, la institución psiquiátrica sólo ha desaparecido para volver a emerger subrepticiamente donde menos se la espera?
¡Sí, regresa miniaturizada! Lo que más me sorprende es que todas las grandes formaciones represivas, como la escuela o el ejército, que antes eran consideradas como conglomerados institucionales en posesión de un único dueño, ahora tienden a la atomización, a dispersarse por todas partes. Yo creo que ése fue el gran error de Iván Illich: dentro de poco, cualquiera de nosotros se habrá convertido en su propio instrumento miniaturiza- do de autorrepresión, su propia escuela, su propio ejército. El superyó estará en todas partes.

Hay que pensar que en las grandes entidades represivas existían relaciones de fuerza reales, lo que hacía que la lucha fuera todavía posible. En las pequeñas, por el contrario, cada individuo se encuentra atado de pies y manos en el seno de sistemas de relaciones, influencias y sentimientos que no ofrecen un asidero o que, en todo caso, parecen

---

[46] Famosa locutora que dirigía un consultorio radiofónico en el que resolvía los problemas sexuales y familiares de los radioyentes. Se emitía en los años setenta, todas las tardes en RTL (N. del T.).

implicar otras formas de «liberación». Para mí, la política de sectorización de la psiquiatría y el psicoanálisis —que, por cierto, han entablado una relación muy estrecha hoy en día— se corresponde con formas tecnocráticas avanzadas de vigilancia y control que están todavía en proceso de perfeccionamiento, pero que no tardarán mucho en estar listas. Y si la política de sector continúa siendo un fracaso desde el punto de vista del poder —excepción hecha del ámbito de la psiquiatría infantil—, todo parece indicar que se encuentra a punto de despegar. ¿El ideal del poder no es acaso una forma de represión que no precisara poner poücías en todas las esquinas, sino que se ejerciera permanentemente y con discreción en el trabajo, en el vecindario y en todas partes? Lo mismo sucede con el psicoanálisis, que se ha vuelto ubicuo: está en la escuela, en la familia, en la tele.

Pero ya ha sufrido algunos ataques, el mayor de los cuales fue a causa de la obra El Antiedipo, *escrita por Deleuze y por usted mismo.*

f

¡Pura ilusión! Los psicoanalistas han resultado ser impermeables, lo que es perfectamente normal: vaya a pedirles a los carniceros que dejen de vender carne por razones puramente teóricas y verá lo que pasa. ¡Dígales que se hagan vegetarianos! Y por el lado del consumidor no puede decirse que el psicoanálisis haya resultado inútil. ¡Va como la seda! Las personas lo demandan, lo piden y vuelven a pedirlo. Tienen buenas razones para pagar tanto dinero, porque les funciona. Es un poco como la droga. Y por si fuera poco, hace posible una promoción social pequeña pero nada despreciable. *El Antiedipo* sólo consiguió abrir una rendija y provocar una leve corriente de aire. Lo gracioso es que, apenas el libro hubo salido al mercado, una sociedad psicoanalí- tica lanzó la siguiente consigna: «Sobre todo no hablemos de él, así pasará sin pena ni gloria». ¡Y eso es lo que ha sucedido! No, el logro más tangible de *El Antiedipo* fue sin duda haber conseguido cortocircuitar la conexión entre el psicoanálisis y la izquierda.

Lo que más me llama la atención es que las dos principales víctimas de la crítica a las instituciones en ios *últimos años hayan sido nuestros dos grandes profetas, Marx y Freud. La revisión de Marx había sido ya abordada por otros antes. Pero Gilíes Deleuze y usted han atacado de forma deliberada a Freud, porque la institución psicoanálítica, digan lo que digan, es Freud.*

Freud, claro, pero también, y sobre todo en Francia, Lacan. El psicoanálisis fue implantado en Francia con bastante retraso, con la llegada a la universidad de personas como Lagache o Bou- tonier. Antes de la guerra el psicoanálisis francés casi no existía. Tras haber superado una fuerte resistencia, comenzó a instalarse en todas partes, en Sainte-Anne, en las facultades; incluso las editoriales están rebosantes de psicoanálisis. En otros países, por el contrario, el movimiento freudiano está acabado. En los Estados Unidos todavía se habla de Jung, pero como parte del folklore, igual que se habla de los viajes psicodélicos o del budismo zen. Podría pensarse que eso mismo es lo que va a pasar en Francia. ¡No lo crean! En Francia, la institución freudiana se ha reactivado gracias a la escuela lacaniana. Ésta resulta mucho más despótica desde el punto de vista de la teoría y la

institución, y mucho más rigurosa desde el de la sumisión a través del lenguaje de las personas que participan en ella. No es descabellado suponer incluso que, gracias a Lacan, el mundo asista a la recuperación del psicoanálisis, empezando por los Estados Unidos. No sólo ha sido capaz de salir de su gueto, sino que no hay que excluir la posibilidad de que él o sus sucesores consigan un día volver a poner en marcha una auténtica internacional psicoanalítica. 1

Creo que en el futuro se distinguirá la escuela lacaniana de la freudiana. El freudismo tenía una actitud defensiva frente a la medicina, la psiquiatría y la universidad. El lacanismo, por el contrario, es ofensivo. Es un dogma, un grito de guerra. A este respecto, habría que ver hasta qué punto ha influido sobre la teoría althusseriana y qué tipo de consistencia le ha dado al estruc- turalismo, particularmente en su concepción del significante. No hay duda de que el estructuralismo tal y como lo conocemos no habría existido si no hubiera sido por el lacanismo. El poder y la autoridad un poco sectaria del estructuralismo no habrían sido posibles si los lacanianos no hubieran hecho circular una concepción matemático-lingüística del inconsciente que tiende a separar el deseo de la realidad. Considerar que el deseo sólo puede basarse —simbólicamente— en su propia castración, en su propia impotencia, presupone todo un trasfondo político y micropolítico.

¿Estamos, por lo tanto, ante el nacimiento de una nueva institución?

Oh, sí. Un banco de pruebas, una tecnología punta, el prototipo de una nueva forma de poder. El maravilloso poder de someter a alguien, de mantenerlo atado a nosotros, de tenerlo en nuestro

poder, inerme, bajo un control financiero y afectivo, sin tener siquiera que recurrir a la sugestión, la interpretación o la dominación, al menos aparentemente. El psicoanalista de hoy en día no le dirige ni una palabra a su paciente. Hemos alcanzado un grado tal de control de la libido que el mero silencio es suficiente. Todo esto recuerda un poco a los sistemas ideales de la pedagogía, en los que el maestro ni siquiera tenía que hablar: sólo mediante un movimiento de la cabeza —el *nutus* latino—, le bastaba para transmitir su enseñanza. Entonces se convertía en un «numen», la divinidad que asiente en signo de aprobación.

El Antiedipo *parecía ocuparse más de Freud que de Locan, y, a fuerza de tanto sacudir enérgicamente el polvo de la estatua, al final no dejaba mucho de ella.*

Eso lo hicimos deliberadamente: el progreso se daba por etapas y a base de retoques, y de hecho el libro es el resultado de todos esos retoques. Pero la crítica a Freud en *El Antiedipo* permanece estrechamente conectada a nuestro análisis de la corriente laca- niana.

Y, sin embargo, lo que se cuestiona en El Antiedipo *no es la forma de poder constituida por el laconismo, sino el Edipo mismo, en cuanto fundamento del freudismo. Y cuando el fundamento falla... Así que estamos asistiendo a una evolución a la inversa: la institución psiquiátrica se diluye, mientras que la institución psicoanalítica se ve reforzada por una nuevaforma de poder.*

La diferencia consiste en que la psiquiatría ya no funciona, mientras que el psicoanálisis tiene un éxito formidable. ¡Lo que hace posible que éste permita algún día resucitar algunos sectores de aquélla!

El circuito «alternativo a la psiquiatría»

En 1975 se formó un grupo en Bruselas para tratar la cuestión de la «alternativa a la sectorización», que se proponía garantizar la circulación de información sobre las experiencias que están realizándose actualmente al margen de los cuadros oficiales. En los encuentros organizados por estos grupos se trabaja tanto con los

«cuidadores» como con los «pacientes», y no sólo se hace mediante coloquios o congresos, sino que también se organizan representaciones teatrales, fiestas, grabaciones, vídeos, etc. Ampliar las formas de expresión convencionales se ha convertido en una forma de conseguir que la crítica a la psiquiatría escape a los debates sin conexión con la vida real en los que se ve implicado demasiado a menudo.

Algunos de los precursores de esta red, que vivieron muy de cerca las tentativas de modernización de la psiquiatría francesa y se sumaron de buena fe a la llamada política «de sector», han llegado a la conclusión de que no será posible resolver ningún problema importante en ese ámbito mientras no se marque como objetivo fundamental la *despsiquiatrización de la locura,* como ellos la denominan. Según ellos, lo único que conseguirán las reformas e innovaciones técnicas de cualquier tipo será cambiar una forma de encierro por otra, una camisa de fuerza física por otra hecha de antidepresivos, psicoterapia o psicoanálisis. También juzgan severamente a las distintas «corrientes innovadoras» cuyo único avance hasta el momento consiste en poner de reheve el sistema de control de la locura, poniéndose al servicio del proyecto clásico de reabsorción, adaptación y neutralización de la sinrazón, descrito por Foucault en su *Historia de la locura.* Ningún trastorno mental, ninguna forma de desviación pueden ser comprendidos si no se tiene en cuenta el contexto familiar, profesional, económico, etc. Una experiencia innovadora manifiesta en sí misma un síntoma social y no escapa a la siguiente regla: si se ve aislada del contexto de los enfrentamientos sociales, y en especial de las luchas de los trabajadores de la salud mental, corre el riesgo de quedar desconectada y extinguirse rápidamente, como ha sucedido muchas veces en el caso de las experiencias comunitarias inglesas. La perspectiva de una *alternativa popular a la psiquiatría,* que no reduzca la locura a un simple fenómeno de alienación social ni convierta la oposición a la opresión psiquiátrica en una mera manifestación de la lucha social contra la explotación capitalista, tendría que contar con la posibilidad de que la experiencia militante pueda sostenerse a la vez sobre las organizaciones políticas y sindicales del movimiento obrero y sobre otras formas distintas de lucha de carácter innovador que conciernen a la situación actual de las mujeres, los niños, los presos,

los trabajadores inmigrantes, etc. En resumen, no se trata tanto de politizar la locura como de abrir la política a una toma de conciencia sobre una serie de problemas que los organismos tradicionales han ignorado durante demasiado tiempo.

Desde 1968 vienen desarrollándose en Francia una multitud de grupos que se esfuerzan por producir una ruptura radical con la forma de abordaje que era habitual en el sistema psiquiátrico clásico. Las mayores preocupaciones de este nuevo tipo de activismo militante están centradas en lo que los miembros de esa red llaman «la condición de los pacientes psiquiátricos». ¡Estamos muy lejos del estilo que había caracterizado la primera «revolución psiquiátrica», la cual, desde el día de la Liberación hasta 1960, sólo había conseguido movilizar a algunas decenas de psiquiatras y un puñado de altos funcionarios del Ministerio de Sanidad! En aquella época los psiquiatras progresistas se proponían «ir al encuentro» de los enfermos y de los enfermeros. Ésa es la política que adoptaron los «clubes intrahospitalarios» (impulsada por la Federación de Cruces Marinas[42]), una política de niveles de formación en enfermería (impulsado por el Centro de Adiestramiento en Métodos Activos), y de atención a la población por medio de equipamientos extrahospitalarios, cuidados a domicilio, etc. También fue la época en que la psicoterapia institucional se esforzaba por conseguir que todos, desde el personal hasta los internos, pasando por la institución en su totalidad, gozaran de los beneficios del psicoanálisis. Parece que con la Red Internacional se pasó una página de la historia psiquiátrica. Ya no era cuestión de «ir al encuentro» de nada, sino que las iniciativas tenían que surgir de los propios interesados. Si la psicoterapia, los cuidados o la animación son necesarias, deberían ser resultado de la autogestión, y los especialistas no intervendrán en cierto sentido más que como asistentes técnicos.

Mony Elkaim (que hoy en día trabaja en el equipo de «la Gerbe» con un método muy similar en uno de los barrios pobres de Bruselas) llevó a cabo otras experiencias de este tipo en los guetos del South Bronx de Nueva York También en Italia se desarrollaron tentativas muy interesantes en la misma línea, en particular las realizadas por el equipo de psiquiatras, psicólogos y enfermeros que empezaron a agruparse en torno a Giovanni Jervis, en la región de Reggio Emilia, a

partir de 1968. No solamente se trataba de «echar abajo los muros del asilo» sino también los muros del profesionalismo: la medicina mental se había construido directamente con los miembros del gueto, los trabajadores de las fábricas y del campo, con el apoyo de «para-profesionales» formados sobre la marcha.

Desgraciadamente, a menudo este tipo de experimentos resultan frágiles. En el caso de Giovanni Jervis, su proyecto está a punto de venirse a pique (a pesar de que su equipo haya permanecido muy unido) debido principalmente a obstáculos políticos

[42] La Cruz Marina o Croix Marine es una federación nacional dedicada a ayudar a los enfermos mentales constituida oficialmente en 1952 (N. del T.).

relacionados con las orientaciones históricas de la izquierda italiana, que teme contrariar a sus compañeros democristianos si apoya iniciativas demasiado innovadoras. Se hace así necesario mantener un vínculo permanente entre las acciones minoritarias que buscan una alternativa a la psiquiatría y las luchas sociales más generales. Las campañas informativas antipsiquiátricas y los debates teóricos sobre la locura y la represión psiquiátrica que se han llevado a cabo en los medios de comunicación a partir de unas cuantas experiencias comunitarias no son suficientes para modificar de forma duradera la actual relación de fuerzas. Precisamente para dejar atrás ese carácter tan minoritario, si no elitista, del que raras veces se ha separado la antipsiquiatría, se ha constituido en Italia la asociación Psiquiatría Democrática en torno a la figura de Franco Basaglia. Allí se reúnen más de dos mil médicos, psicólogos, enfermeros, asistentes sociales, agrupados en veintisiete grupos provinciales, que funcionan de forma autónoma, esforzándose por movilizar la opinión pública, ejerciendo una presión constante sobre los poderes políticos para transformar las estructuras psiquiátricas. Los miembros de esta asociación consideran que el rasgo definitorio de una toma de conciencia por parte de los trabajadores de la salud mental tendría que ser un rechazo de la pasividad, un rechazo a convertirse en «funcionarios conformistas». Sin darle la espalda a la realidad del sistema psiquiátrico (porque eso es precisamente lo que los diferencia de la antigua antipsiquiatría), se niegan, sin embargo, a proporcionar una coartada «científica» para problemas psicopatológicos que remiten a cuestiones relacionadas con la vida social, la organización del trabajo, el urbanismo o la

metodología escolar.

La aparición de este nuevo tipo de intervenciones es sin duda inseparable de las condiciones particulares en las que se ha desarrollado la lucha social en Italia: en efecto, desde hace una década, numerosos trabajadores italianos han tomado conciencia de los nuevos problemas y se han organizado para introducir algunas reformas en la gestión del alojamiento, los transportes o las estructuras sanitarias. El grupo Psiquiatría Democrática ha experimentado un progreso inmediato al haber sabido captar la atención de las organizaciones obreras, los comités de empresa, sindicatos y partidos de izquierdas que ya estaban sensibilizados con respecto a este tipo de problemas.

No puede ser casualidad que esta nueva «alternativa militante a la psiquiatría» haya surgido en los países en los que la situación de los hospitales es más precaria (los guetos de Nueva York, Italia, España...) y en los que las ambiguas perspectivas que prometía la sectorizadón no engañaban a nadie. Así es: si bien es derto que las soludones a los problemas psiquiátricos son de carácter político antes que técnico, no debe asombrarnos que se perfilen con mayor claridad precisamente en las situadones de cambio social más extremas.

El SPK[47] (Heidelberg, 1971)

Las corrientes reformadoras de la psiquiatría tendían a dar por sentado que el sistema de internamiento psiquiátrico se volvería más tolerable con los cambios sucesivos que se han ido introduciendo en él, y que la actitud represiva de la sociedad con respecto a los locos se vería

---

[47] Colectivo socialista de pacientes de Heidelberg. El SPK (Sozialistiches Patientenkollectiv, Comunidad Socialista de Pacientes) nació en la policlínica de la Universidad de Heidelberg a partir de grupos terapéuticos de cuarenta enfermos. Estos enfermos, junto con su médico, el doctor Huber, llevaron a cabo una crítica teórica y práctica de la institución, desvelando la función ideológica de la psiquiatría en cuanto instrumento de opresión. El grupo chocó rápidamente con una oposición creciente por parte de la clínica psiquiátrica —cuyo director había calificado al grupo de enfermos de «colectivo de odio y agresión»—. La resistencia se fortaleció frente a la represión, de manera que se hizo imposible suprimir el SPK por la vía formal y legal. En una sesión a puerta cerrada, el consejo universitario decidió recurrir a la fuerza pública. El pretexto lo había proporcionado un tiroteo que tuvo lugar en julio de 1971 en las inmediaciones de Heidelberg. Responsabilizar de aquellos hechos al SPK permitió atacarlo con toda la brutalidad posible. Trescientos policías armados con metralletas entraron por la fuerza en las instalaciones del SPK, los helicópteros sobrevolaban la localidad, la Bundesgrenz-Schutz (brigadas especiales) fue movilizada, se realizaron registros ilegales, los hijos del doctor Huber fueron tomados como rehenes, varios enfermos y médicos fueron

modificada. Pero lo único que han hecho ha sido disimular la violencia que la sociedad «normal» descarga contra la locura. La modernización de las infraestructuras tiene su correlato en el traslado de los enfermos más difíciles a hospitales incomunicados y alejados de las poblaciones. Sólo en apariencia han desaparecido las formas más violentas de coerción, que a menudo son reemplazadas por una camisa de fuerza química. Así llegamos al punto en que las reformas chocan con su propio límite. Eso fue lo que sucedió en Inglaterra e Italia: Laing, Cooper, Basaglia, Jervis empezaron por este tipo de re- formismo, al que luego tuvieron que renunciar por falta de los apoyos necesarios. También en Francia hemos conocido una especie de depresión generalizada de la psiquiatría coincidiendo con su modernización progresiva. Los miembros del SPK, por el contrario, rechazaron el reformismo para unirse a formas de

detenidos, los acusados fueron drogados para obligarles a cooperar... El SPK tomó entonces la decisión de disolverse. Dos de los inculpados, el doctor Huber y su mujer, pasaron varios años en prisión incomunicados, en un estado de aislamiento casi total que incluso un juez ha calificado de inhumano. Haciéndoles pasar primero por locos y luego por terroristas mediante el recurso de la provocación policial (que los asimilaba al grupo Baader-Meinhof), se consiguió llevar el caso ante un tribunal de excepción al estilo de los tribunales nazis. Pero la defensa fue paralizada. Uno de sus abogados, Eberhardt Becker, fue acusado de complicidad e inculpado. Otro letrado, Jorg Lang, resultó encarcelado. Todos los abogados que aceptaron la causa han sido perseguidos y marginados mediante todo tipo de maniobras. Se ha nombrado a abogados de oficio que no están familiarizados con el dosier, puesto que lo recibieron sólo quince días antes del juicio, cuando la prensa lo tenía en su poder desde el comienzo. Los acusados han recusado esos nombramientos. El 7 de noviembre, día de la apertura del proceso de Karlsruhe, los tres acusados fueron sacados en camilla, dos de ellos esposados de manos y pies. Los Huber, que no se habían visto en quince meses, han sido tratados con brutalidad y separados violentamente para acabar por fin siendo expulsados de la sala junto con el tercer acusado, Hausner. La mitad de la asistencia estaba compuesta por policías vestidos de civil. Una parte del público fue desalojada después de que un joven leyera una declaración internacional de solidaridad hacia los acusados. Sin esperar siquiera a que saliera del tribunal, el joven fue detenido, insultado, molido a golpes y privado de atención médica durante horas. Un certificado médico redactado en el hospital de Karlsruhe ha constatado numerosos traumatismos, uno de ellos craneal (N. del A.).

lucha completamente nuevas. Han dado muestras de un dinamismo increíble; en lugar de rodear el obstáculo han decidido afrontarlo en toda su dimensión política.

Se ha producido una especie de inversión: la corriente anglosajona, cuyas manifestaciones en el plano teórico eran las más brillantes, lucha por objetivos políticos poco definidos, mientras que el SPK, cuyas formulaciones adolecen con frecuencia de un hegelianismo algo anquilosado, ha establecido una división política consistente que puede conducir a una clarificación y superación de la antipsiquiatría. Acaba de producirse algo nunca antes visto, la transición hacia una forma de auténtica lucha política. Eso es lo importante para los militantes del SPK, más que saber si están confundiendo alienación social y alienación individual, o si sus métodos terapéuticos resultan adecuados... Por primera vez, la lucha en el terreno de la psiquiatría se ha trasladado a las calles, los barrios y a la ciudad entera. ¡El 22 de marzo en Nanterre, cuando el SPK se sumó a la lucha real, los poderes represivos no se dejaron engañar! Mientras no se trataba más que de pequeñas reformas, se permitió a los psiquiatras jugar con sus pacientes, pero en cuanto se hizo evidente que el SPK estaba contaminando la Universidad y que se expandía hada otros grupos de edad, la represión cambió de estilo. No conforme con dausurar el colectivo contestatario, ha metido a los médicos en la cárcel y ha enviado a los enfermos al asilo.

Sería interesante estudiar los distintos estadios evolutivos del reformismo en psiquiatría. En Franria, por ejemplo, donde se dice desde hace años que los psiquiatras deben hablar con los enfermeros. ¡Menuda revoludón! Ésa era la gran misión de los CEMEA[44]. La siguiente etapa consiste en hacer que los enfermos entablen diálogo con sus cuidadores; a eso se le dio el nombre de «comunidades». Pero el verdadero problema, que

“Centros para el Entrenamiento en Métodos de Educación Activa (N. del T.).

consiste en determinar las instancias del poder real, hay que buscarlo en otra parte. ¿Quién decide lo que hay que hacer? En principio, para eso está la jerarquía, que no coincide necesariamente con la administración, sino que puede referirse a una jerarquía del conocimiento: los psiquiatras, los cuidadores, etc.

En el asunto de Heidelberg también hubo otras innovaciones similares: eran los propios pacientes los que lo hacían todo y siempre tomaban las decisiones. En esto consistía la novedad: ya no se trataba de «liberar» a los enfermos, como hizo Cooper en 1962. En Heidelberg se trataba de una cuestión de doble o nada: «Si nos echan del hospital, continuaremos fuera de él». Hemos pasado de una pequeña experiencia dentro del hospital a la lucha generalizada; hemos pasado de ser cincuenta a quinientos, y estamos preparados para llegar mucho más lejos. Ésta es la expresión de una nueva práctica que ahonda en las verdaderas diferencias, que saca a la luz las auténticas causas de la represión. En efecto, no sólo está relacionada con unas malas condiciones materiales, una educación deficiente, una distribución desigual del saber y de la información, etc., sino que también tiene que ver con la forma en que la gente experimenta la locura. La locura es algo que afecta a todo el mundo, empezando por los militantes. Esta nueva práctica no se conforma con análisis críticos, sino que señala y cuestiona la represión que existe en el propio seno del proyecto revolucionario. Ahora bien, hemos visto que en Alemania ni el movimiento revolucionario ni los grupúsculos han movido un sólo dedo para ayudar al SPK. La buena conciencia revolucionaria se apoya siempre en «lo que puede ser comprendido» excluyendo las manifestaciones marginales de la energía deseante. El caso del SPK ha revelado una nueva práctica —del mismo tipo que las luchas en las cárceles y en los colegios, o los problemas suscitados por la sexualidad y el aborto— y plantea la existencia de un nuevo tipo de alianzas.

Siempre nos dijeron que «en lo que respecta a los hospitales el proceso será largo, no podréis llevar a cabo acciones decisivas como en las cárceles». ¡Y efectivamente, puede que lleve bastante tiempo! Pero ¿quién hubiera imaginado antes del 68 que los cambios iban a suceder de una forma tan brusca? Todos pensaban que la lucha contra la represión en los hospitales psiquiátricos sería todavía más difícil que en las prisiones o en el sector universitario, porque allí la represión era más fuerte a nivel local, y también porque los militantes no habían recibido la preparación necesaria. ¡La gente todavía no está lista para ver desfilar a los locos en manifestaciones conjuntas! Pero es precisamente debido a que tales movimientos pulsan las cuerdas más

fundamentales del deseo, por lo que tienen el potencial de cuestionarlo todo de manera radical. Las luchas de los homosexuales y de las mujeres ya han cambiado profundamente las concepciones dominantes dentro del movimiento revolucionario. Para ir más allá de eso y poner en tela de juicio la estructura burocratizada de la militancia sería necesario tomar en consideración el papel del deseo dentro de la locura.

Exagerando un poco, podríamos decir que el SPK representa para la psiquiatría lo que la Comuna de París para las luchas proletarias. Todas la iniciativas tomadas en el pasado (la psiquiatría institucional en Francia, la antipsiquiatría en Inglaterra e Italia) sólo tuvieron repercusiones en los entornos «ilustrados», mientras que ahora los pacientes y los militantes han sacado a la luz y reformulado el vínculo profundo que existe entre la lucha política y la enfermedad. El contexto de la enfermedad se ha visto alterado por el hecho de que los enfermos disponen de una práctica política propia, cosa que no es lo mismo que «meterse en política» para defender los derechos de los «pobres enfermos». Al participar en las luchas políticas con el fin de cambiar su modo de vida y transformarse ellos mismos en el proceso, los enfermos se han puesto directamente en contacto con la realidad social y con la realidad del deseo.

Los psiquiatras contra el franquismo (España, 1975[45])

Para comprender la violencia de la represión que se ejerce contra los trabajadores de la salud mental en España —lo que a decir verdad traiciona el miedo del gobierno—, tenemos que remontarnos a los acontecimientos que se desarrollaron en el hospital psiquiátrico de Conxo, en Santiago de Compostela, GaHcia, donde ha tenido lugar la parte más dura de la lucha. Este hospital, instalado en una antiquísima abadía, ha pasado de ser una especie de clínica psiquiátrica de lujo reservada a la rica clientela europea a comienzos del siglo xx, a convertirse, tras la crisis de 1929 y el final de la Guerra Civil, en una auténtica penitenciaría psiquiátrica, con enfermos encadenados y hacinados sobre los suelos de paja recibiendo palizas por cualquier razón... En 1973 los tecnócratas de la administración iniciaron su

proyecto de renovación mediante un conjunto de medidas al estilo del refor- mismo psiquiátrico francés después de la Liberación: programas de modernización de las instalaciones, disminución del número de enfermos (que pasaron de mil quinientos a mil), creación de talleres, reclutamiento de jóvenes médicos, que al principio trabajaban a tiempo completo pero que pronto fueron presionados para que volvieran a una media jomada, cuando se vio que tenían tendencia a tomar demasiadas iniciativas... Al cabo de algunos meses la situación ha evolucionado hasta convertirse en una verdadera lucha por la emancipación democrática con medidas

[45] Los días 12,13 y 14 de septiembre de 1975, tuvo lugar en España, en Santiago de Compostela y en La Coruña, una reunión de médicos internos residentes de hospitales psiquiátricos para hacer frente a la represión. Habían pedido a los miembros de la Red Internacional «Alternativa a la Psiquiatría», que se constituyó a principios de 1975 en Bruselas, que se unieran a ellos en la tarea (N. del T.).

que cuestionan el conjunto de las estructuras del hospital: la apertura de puertas, dejar a los enfermos en completa libertad, alentar los contactos con la población, organizar reuniones entre los enfermos y el personal, etc.[48] Estas transformaciones han despertado una violenta reacción fascista: se ha denunciado en la prensa la «inmoralidad» que gobierna la conducta del personal y los enfermos, se ha detenido a médicos bajo la acusación de repartir propaganda ilegal, incluso han sido provocados incendios premeditados en el exterior para crear un clima de pánico y desacreditar al hospital. Finalmente, el gobierno ha puesto a uno de sus hombres de confianza a cargo del hospital para recuperar el control, prohibiendo cualquier tipo de reunión, volviendo a cerrar las puertas, metiendo de nuevo a los enfermos en sus celdas y aprovechando la ocasión que le brindaba la huelga nacional de los MIR[49] para despedir sin contemplaciones a doce internos, dos jefes médicos, al director administrativo y a una asistente social...

Este fracaso del intento por reformar el penal psiquiátrico de Conxo resulta inexplicable si analizamos el movimiento que se ha

---

[48] *El* personal de los hospitales psiquiátricos en España a menudo se ve reducido a una fundón de vigilancia. Y, además, es muy poco numeroso: en total no habría en el hospital de Conxo más de tresdentos cincuenta empleados para más de mil camas, y en otros establed- mientos de similar importanda es corriente que haya menos de den trabajadores (N. del A.).

[49] Los MIR o los Médicos Internos Residentes, fueron creados por la Seguridad Sorial española al mismo tiempo que las residencias sanitarias (hospitales públicos) en los que trabajan. Los MIR hideron una huelga de varios meses en la primavera de 1975 para exigir mejores condidones de trabajo y un aumento de los salarios (N. del T.).

desarrollado en el interior del hospital como un elemento aislado de las condiciones más generales de la lucha antifascista en Galicia.

Dicho movimiento es inseparable de la opresión que los poderes centrales ejercen sobre el pueblo gallego desde hace siglos y que ha dado a esta comunidad autónoma el aspecto de una colonia. Casi la mitad de los gallegos ha tenido que emigrar a otras provincias de España o al extranjero (dos millones y medio habitan en Galicia frente a los dos millones que viven en el exterior); no se reconoce oficialmente su lengua, el gallego, siendo así que la represión en Galicia comienza ya desde la escuela. En tales condiciones, resulta imposible avanzar hacia una mejora parcial en las condiciones de vida de los enfermos internados en el hospital sin que, poco a poco, vayan surgiendo el resto de problemas relativos a la emancipación del pueblo gallego. Antiguamente, en las zonas rurales y en el ejército, era la parroquia (una forma de organización comunitaria muy antigua) la que, junto a un médico tradicional y con la ayuda del conjunto de la población, se hacía cargo de los enfermos. También hoy el internamiento y la brutal separación del enfermo de su entorno original es vivido a menudo como una medida arbitraria en la que está implicada la comunidad al completo.

En un contexto como éste, los grandes debates de la psiquiatría moderna en torno a la «sectorización» de la psiquiatría urbana, a las comunidades terapéuticas, etc., parecen bastante ambiguos. Lo que se está debatiendo aquí es algo mucho más importante que una simple sectorización o una mejora de las «relaciones humanas» en general; hablamos de que sea el pueblo quien se ocupe directamente de los problemas relacionados con la alienación psiquiátrica. A pesar de la terrible represión que se está ejerciendo sobre nuestros camaradas españoles, no debemos pensar que su lucha tiene un carácter puramente defensivo, ya que puede originar perspectivas nuevas que nos afecten a todos. Antes incluso de que prendiese la mecha revolucionaria en España, ellos ya estaban decididos a luchar contra los modelos reformistas de la democracia burguesa. Están buscando su propio camino, una alternativa popular: la única que permitirá encontrar soluciones válidas para los problemas de la psiquiatría. Es evidente que no están *a priori* contra la mejora en las condiciones de vida de los enfermos en los hospitales actuales, el aumento de los

salarios del personal o el desarrollo de los equipamientos fuera del hospital, pero saben bien que la lucha efectiva no puede orientarse sólo en esa dirección. Lo esencial es que evitemos reproducir los modelos modernistas de los que todos (incluso la izquierda revolucionaria) se sirven como vehículo y que implican que la locura debería seguir siendo un asunto exclusivo de los especialistas y de dispositivos especializados.

***Locos* de desatar (Italia, 1971)**

Locos de desatar es una película extraordinaria. Para empezar, es un testimonio sin precedentes sobre la psiquiatría tradicional y sus variantes «modernizadas», en particular en el ámbito de la infancia. Además, es la viva imagen de la política adoptada por los trabajadores de la salud mental que en Italia han cerrado filas en torno a Franco Basaglia, Giovanni Jervis y los militantes del movimiento «psiquiatría democrática», pero sin que se trate por ello de una cinta doctrinaria: se trata más bien de personas corrientes que han tenido que enfrentarse a la represión psiquiátrica por una razón u otra y que han conseguido poner en palabras su experiencia, poniendo en ello tanta sinceridad que resulta absolutamente conmovedor. Una película que pertenece a la misma línea que la obra maestra de Bellocchio: *Con los puños en los bolsillos.*

Durante las dos horas que dura la cinta toman la palabra enfermos internados desde hace años, en algunos casos décadas, en terribles cárceles psiquiátricas, niños atrapados bajo las ruedas de la sectorización médico-pedagógica, o más bien nos sacuden el brazo para hacernos reaccionar y conducirnos a regiones de nosotros mismos que habitualmente preferimos olvidar.

El pequeño Marco, de trece años, deambula de un establecimiento a otro y nos sorprende con su inteligencia y vivacidad, pero sin intentar inspirarnos lástima. Alguien le pregunta: «Pero, entonces, ¿te parece que tu psicóloga no te comprende?». Él reflexiona durante unos instantes y luego responde muy tranquilo: «No, no es eso, soy yo el que no la entiende a ella».

También vemos a mujeres que han sido encerradas durante años,

que han sido atadas, humilladas y torturadas, y que cuentan lo que han padecido sin victimismos, porque lo que realmente pretenden es hacernos comprender cómo han conseguido organizarse entre ellas para hacer frente a un mundo exterior que continúa produciéndoles temor aún hoy en día. Así, nos cuentan sus paseos, su primera escapada al cine...

Antiguos militantes nos'explican que a partir de ahora van a continuar su lucha del lado de los pacientes y ex pacientes psiquiátricos. Los obreros de una corporación metalúrgica narran cómo consiguieron que se contratara a una decena de «subnormales profundos» y como éstos han logrado por sí mismos ganarse la categoría de trabajadores con plenos derechos. Un «mongólico» recuerda, mientras trabaja codo con codo con sus camaradas, su primer día en la fábrica como si hubiera llegado de otro planeta, y nos cuenta que arrancaba las páginas del calendario que correspondían al sábado y al domingo porque para él eran días llenos de soledad, lejos de sus compañeros de trabajo, días que le hubiera gustado hacer desaparecer. Un militante sindical describe cómo sucedió todo, pidiendo excusas por no haber preparado con antelación lo que va a contar. Le parece que la forma que él y sus compañeros tuvieron de abordar los problemas de la «locura» y el «retraso mental» probablemente fuera más eficaz que la de los propios psiquiatras y psicoanalistas... y luego añade que nada sucede en un solo sentido: la amistad, la calidez de esos rostros extraños ha acabado por transformar el ambiente de trabajo en la fábrica. Hasta entonces, nos explica este trabajador, «habíamos perdido un poco de vista cierta dimensión humana».

En mi opinión, esta cinta no es una llamada al debate, sino que lo cierra definitivamente. Ya es hora de cerrar los archivos e historiales del hospital psiquiátrico —tanto la versión arcaica como la moderna—, de la sectorización, de las instituciones médico-pedagógicas, de los psicoanalistas, etc. Las grandes demostraciones teóricas, las denuncias vehementes y los programas de todo tipo ya no resultan pertinentes; lo que ahora importa es pasar a la acción. En Francia a menudo se oye decir: «Pero no se puede hacer nada, nadie quiere implicarse, nadie quiere arriesgarse a perder su posición...». A mí me gustaría pensar que el alcance actual de la lucha en Italia está sirviendo para favorecer

iniciativas imaginativas e innovadoras. Pero sea como sea, ¡algo podrá hacerse también en Francia, aparte de organizar reuniones y pegar carteles!

Y puede que el actual bloqueo, o al menos uno de sus aspectos fundamentales, sea consecuencia del hecho de que las experiencias comunitarias y las tentativas de subvertir la psiquiatría tradicional (ya sea modificando su estilo o el grado de sofisticación del lenguaje empleado) hayan permanecido sistemáticamente alejadas de todo esfuerzo real por abrirse a la sociedad. Un activismo de la vida cotidiana, del tipo que se nos muestra en *Locos de desatar* se perfila ya como el único camino posible para hacer que la opinión pública se incline en favor de una transformación radical del lugar que ocupan dentro de la sociedad los sujetos que reciben asistencia psiquiátrica. Puede que las evidencias flagrantes que nos muestran los militantes obreros de Parma tengan un mayor peso; puede incluso que ellos propongan perspectivas mucho más realistas que nada de lo que los más avezados de entre nosotros estarían en condiciones de ofrecer con sus razonamientos mejor fundados. No digo que la verdad tenga que surgir del pueblo por principio, pero me parece seguro que, en este caso, la represión siempre aparece del lado de los «cuidadores», por muy buena intención que tengan. Tampoco pretendo decir que la «locura» o el «retraso mental» sean cuestiones sencillas, o que la buena voluntad, los remedios de la abuela o las actividades comunitarias sean siempre suficientes para ayudar a quienes están sufriendo, pero estoy convencido de que es necesario acabar urgentemente con cualquier cosa que huela a hospital psiquiátrico: las batas blancas, la tecnocracia del saber o del inconsciente, y de que tenemos que entablar una relación inmediata con ese mínimo sentido común de las personas que han sido afectadas directamente. Esto implica, en primer lugar, decidirse de una vez por todas a darles la palabra, como ha sabido hacer el equipo de Parma.

Un **lugar llamado La Borde**

Un lugar llamado La Borde, en el que muchas cosas se acumulan unas sobre otras. Entonces, ¿la experiencia de La Borde *no ha lugar*? ¡Yo

nunca he dicho eso! Simplemente, creo que todavía es demasiado pronto para juzgar. ¡E incluso si llegase a formularse la cuestión del juicio histórico, de todas formas ya sería demasiado tarde y no resultaría interesante! Mientras esperamos, cada uno continúa con sus asuntos, cada uno en su lugar, o unos sobre otros, unos con otros y a veces unos contra otros.

Toda esa gente, los locos profesionales, por supuesto, y los profesionales de la locura, pero también los políticos, los intelectuales, los estetas... «¡Ahora parece inevitable que, al hablar de La Borde, todos los manierismos del lenguaje, los juegos de palabras y los juegos de manos, en resumen, que toda una enfermedad local del significante recuperase sus derechos sobre el lenguaje!». La verdad, ya no sé muy bien qué pensar. Lo único de lo que estoy seguro es de que hemos conseguido una coexistencia a largo plazo entre puntos de vista y formas de vida profundamente irreconciliables. Una máquina de retardar la cristalización de los significados, una máquina de redundancia, ciertamente, pero que siempre se mueve por fines inconfesables. ¡Inaceptable! De ahí los malentendidos e incluso el odio que surge a veces. Todo el mundo quiere sacar tajada y llevarse todo el mérito de forma indefinida. Hay que hacer lo que se pueda, cada uno en la medida de sus posibilidades, cada uno a su ritmo —todos los controles del horario de trabajo han sido suprimidos—. Siempre hay una vía de escape.

A nadie le importa La Borde, lo que allí sucede no afecta a nada ni a nadie. ¡Es un agujero negro, el resultado de un hundimiento semiótico cuyos orígenes se pierden en el pasado! A veces emite flujos de signos-partículas, algunas de las cuales se decantan en forma de textos, como este libro.

Lo que resulta todavía más embarazoso es esta multitud de personas que se van acumulando a los lados del camino, que van y vienen, que miran y nos sacan el dedo —¡vaya, parece que nos lo hemos buscado!—. Tomad un poco de terapia institucional por aquí, un poco de medicación por acá, la Seguridad Social, el psicoanálisis; eso es la CGT, es algo nuevo, bueno... ¡relativamente! Aquí está lo que ha quedado de Argelia, de Vietnam, de Cuba, del pasaje de Deligny, de la oposición comunista, de la izquierda... ¡Si nos tomamos así las cosas no acabaremos nunca! ¡Es un examen médico en toda

regla! ¡Se ponen a discutir y ya no hay manera de que lo dejen a uno estar loco! ¡Pero yo les aseguro que todo esto no constituye un modelo, y que nunca ha pretendido serlo! Y, sin embargo, los textos tienden a demostrar... Pero, caballero, los textos... Además, ya se sabe... ¡hoy en día hay cosas más importantes que La Borde! Es verdad, lo digo en serio. Fíjense, por ejemplo, en lo que está sucediendo con esa red internacional llamada «Alternativa al sector». Es algo distinto, abre perspectivas más amplias. No lo digo para escurrir el

r

bulto ni por cambiar de tema, pero tengo la impresión de que La Borde todavía no ha nacido y ya es demasiado vieja. Me doy cuenta de que no consigo explicarme con claridad, y sé que todo esto puede parecer pretencioso, pero en el fondo pienso que no podemos, o no debemos, tratar de explicar qué era La Borde. Y ésa es precisamente la dificultad que Danielle y Jean-Claude han conseguido resolver con su libro, un libro verdadero escrito *a partir* de La Borde, evitando estancarse en una exactitud imposible[50].

De un tiempo a esta parte me parece que todo va de mal en peor. Las detenciones provocadas por el ejército, el paro, los esfuerzos por retomar el poder en las diversas esferas... ¡Oh! Nada espectacular, desde luego; nada de grandes crisis, sólo una parálisis progresiva. Parece que hemos atravesado un umbral: el conservadurismo «liberal» ha ganado aplomo y ahora se pronuncia abiertamente a favor de la restauración de los valores tradicionales —la familia, el ejército, las comunidades rurales—, hasta el ministro de Educación Nacional acaba de anunciar el lanzamiento de una gran campaña en defensa de... ¡la ortografía! La vieja izquierda, por su parte, sigue esperando su turno y deseando que tarde todo lo posible en llegar. Los izquierdistas anteriores a la guerra del 68, como las fieras decrépitas de un zoo, continúan escrutando los puntos polémicos como si se tratara de turbulencias capaces de animar un poco su horizonte imaginario. Pero su actitud de profetas ya no vende, y estamos lejos de los tiempos en que los procuradores del maoísmo anunciaban la aparición inminente de una secretaría de Estado con carácter marginal. Uno de los más encumbrados esbirros del Eliseo acaba de levantar la veda —en el ámbito de la investigación— para la caza de «sociólogos melenudos»[51]...

---

[50] Jean-Claude Polack y Danielle Sivadon-Sabourin, *La Borde ou le Droit á la folie,* París, Cal- mann-Lévy, «L'Ordre des choses», 1976 (N. del A.)

[48] El liberalismo «progresista» no ha perdido ninguna de sus prerrogativas: se ha previsto que

¡Hubo un tiempo en que todos esos discursos acerca de la toma de poder del deseo sobre la realidad tenían sentido! Es cierto que nada está decidido aún, que el desconcierto, la desesperación y la angustia atenazan a un número cada vez mayor de personas; también es cierto que los aspectos económicos e institucionales de la sociedad no paran de distanciarse entre sí, y que no se ven perspectivas políticas creíbles por ninguna parte. Pero, ¡qué importa! Lo esencial no se encuentra ahí, lo que cuenta hoy en día es la nueva tecnología de «restablecimiento del orden», una especie de abuso de fuerza libidinal permanente, cuyo modelo es la imagen televisiva, que conduce a una insidiosa catexis de los rostros vacíos y prepotentes del poder, permitiendo que los enunciados más descaradamente engañosos —por ejemplo, sobre la situación económica, sobre el paro o sobre las consecuencias del lastre que vamos arrojando por todos lados...— sean aceptados con credulidad. Es conveniente que los franceses valientes se convenzan de una cosa: de que aunque lleguemos a un callejón sin salida en cualquier esfera, nada ni nadie podrá cambiar ni un ápice de lo que realmente importa, menos todavía el gobierno Mitterrand, bajo la presidencia de Giscard y con la bendición de Marcháis, ¡lo que de todas formas sería la más extrema de las alternativas imaginables! Una vez se ha aceptado esto, podemos comenzar a considerar las cosas con más calma. Desde luego que hay problemas, pero también hay expertos, expedientes, proyectos de ley, jornadas de reflexión...

Si consideramos el universo de los poderosos en cualquier ámbito, ya sea en el marco de los estados capitalistas o en el de los estados socialistas burocráticos, veremos que es un univer-

algunas plazas dentro de los *parkings* del CNRS (Centre National de Reserche Sdentifique) estén reservadas para aquellos que se decidan, de una buena vez, a hacerle una visita al peluquero. Los mandarines de la universidad hacen como si no estuvieran al corriente, pero tampoco parece que este asunto les moleste demasiado (N. del A.).

so estático y sistemáticamente consagrado a convertir en pura mediocridad todo cuanto hay de inquieto y dinámico dentro de la sociedad. Los marginados son los locos, y los locos son un rebaño que hay que devolver al orden o bien encerrarlos. Los instrumentos de la represión se han visto reducidos hoy en día a un grado tal de miniaturización que están en condiciones de captar toda una parte del

deseo que en principio tendría que escapar a los parámetros del «sentido común» y el «pragmatismo» de un sistema social y económico que en sí mismo adolece de una especie de racionalismo enfermizo. Lo que inspira la desesperación dentro de la locura que palpita en las personas con las que nos cruzamos todos los días, esos fracasados que ya no saben «cómb reinsertarse», es que, a pesar de todo, han conseguido encontrar un lugar —«su» lugar, dirían ellos— en el seno de toda esta maquinaria social averiada, pestilente y torturadora.

¡En resumen, son dos formas de la locura las que están frente a frente! De acuerdo con ustedes no habría mucho que hacer, ya que, en el fondo, todo ha sido siempre más o menos igual que ahora: ¡por un lado está el orden social, que se deduce de la naturaleza de las cosas, y por el otro el reino de la espontaneidad y de la locura, un territorio vacío e indistinto! Pero entonces, ¿qué hacer con la idea de la lucha de clases como motor de la historia? A juzgar por el giro que han tomado estas luchas; las organizaciones y las perspectivas que, les guste o no, han adoptado; su relación con el Estado, con la autoridad, el saber, las jerarquías o el deseo, lo cierto es que han acabado por quedarse desconectadas del verdadero motor de la historia, que hoy en día reside en cuestiones como la raza, las etnias, la religión, el nacionalismo o las luchas emancipadoras de las mujeres, los niños, las minorías sexuales, etc. Incluso los parámetros delirantes de la economía, la demografía, la ecología, las técnicas y las ciencias, que parecen haberse lanzado a una carrera desbocada, no son suficientes. El pensamiento inmovilista del orden se ha consolidado dando lugar a una ideología y una práctica de algo que hemos convenido en llamar el «movimiento obrero», y que las organizaciones revolucionarias que pretenden desmarcarse de ese pensamiento no consiguen evitar, aunque lo intenten. Todos los gobernantes han caído presa del pánico, hasta en los escalones más modestos, ante el carácter escurridizo e incontrolable del metabolismo molecular que se produce en la sociedad. Lo cierto es que la revolución a la que ellos piensan enfrentarse es muy diferente de la descrita en los libros de la escuela primaria o en el manual del buen militante; la cuestión va más allá de la lucha de clases, la toma del poder estatal o la transformación de macroestructuras económicas... ¿Les apetece por un casual que

hablemos del famoso tema de la «calidad de vida»? Ése es uno de los temas que más preocupa hoy en día a los políticos, tanto a los de izquierda como a los de derecha... ¡No, se trata de algo totalmente distinto! Lo que está cociéndose en estos momentos escapa a las mediciones y las previsiones de los expertos, y tampoco puede encontrarse en las proyecciones de los futurólogos más exaltados. Es a la vez mucho más sencillo e infinitamente complejo. Se trata de una forma completamente nueva de ver y sentir las cosas, otra relación con el trabajo, con el cuerpo, con la sociedad y con el universo. Mucho antes de la gran revolución de 1789, ya había empezado a producirse una infinidad de desplazamientos en todos los ámbitos, movimientos sutiles, a menudo imperceptibles, pero que, a fin de cuentas, han cambiado nuestro punto de vista. Así resulta que fenómenos tales como el intercambio, la filiación, la familia, la infancia, el honor, la promesa, la muerte, etc., han empezado a ser vividos de forma diametralmente opuesta a como lo habrían sido en la época feudal. Me parece que lo que está sucediendo actualmente es algo muy similar, pero mil veces más intenso y muchísimo más rápido.

¿Que qué es lo que nos permite hacer tales afirmaciones? Puede que sea simplemente el hecho de estar loco y tratar con locos todo el día. Puede que ellos sepan mucho más que los demás de estas cosas. No sería sorprendente, ya que ellos han dejado de considerar muchos de los valores dominantes como evidencias *a priorí;* las coordenadas del poder ya no forman una pantalla capaz de ocultarles el movimiento real del mundo. Ustedes también pueden volverse locos como cualquiera —como el que se vuelve loco de alegría, loco de cólera, loco de amor, o se ríe como un loco—, ¿nunca les ha sucedido que descubren un ruidito extraño e insistente indicando la existencia de una inquietante grieta en el corazón de la maquinaria del poder? ¿Realmente creen ustedes que cuando llegue el momento todavía será posible arreglar las cosas o buscar una compensación de la manera habitual?

El libro de Jean-Claude Polack y Danielle Sabourin es mucho más que un libro *sobre* La Borde, porque ha sido escrito, como he anotado más arriba, *a partir de* La Borde, forma parte de La Borde, y La Borde nos invita a reflexionar sobre las líneas de fuerza y las líneas de fuga del deseo, que son la cara oculta, «radioactiva», de la sociedad. Puede

que los sismógrafos de la neurosis y de la psicosis sean instrumentos útiles para registrar la evolución de esta revolución molecular, siempre y cuando dispongan de un mínimo indispensable de libertad para actuar. ¡Pero, vaya, tampoco se trata de convertirlos en ídolos de una nueva religión! No hay que olvidar que dichos instrumentos no están en condiciones de reemplazar la emergencia de nuevas formas de vivir el deseo, de comprender el mundo y, ¿por qué no?, ¡de organizarse para cambiarlo!

Cuando aparece un nuevo líder, por ejemplo dentro de un grupo de trabajo, éste emerge de una colección de individuos, en función de alianzas transitorias. En una institución como La Borde, en la que la gente vive codo con codo, donde casi todo es común, lo que manifiesta ese tipo de fenómenos no es un mero efecto de las relaciones de fuerza intersubjetivas, o de la interacción entre distintas estrategias de seducción e intimidación,

sino el resultado de constelaciones microsociales. Estas constelaciones se articulan en torno a las fantasías del grupo, pero no por ello dejan de hacer patente una problemática muy real, a saber, la manera en que las personas se convierten en juguetes o en agentes de los dispositivos de alienación. Veamos un ejemplo: el cocinero que impuso una especie de tiranía en su territorio. Resulta imposible comprender un fenómeno así sin ubicar primero el modo de inserción de la cocina dentro de la institución como un todo, y dentro de las relaciones que ésta mantiene con su contexto social (relaciones de tutela administrativa, relación con los proveedores, con las otras clínicas, etc.). De esta forma, el liderazgo nos remite a la jerarquía, y la jerarquía al sistema de roles, de castas, en el que a su vez se fundamenta un cierto tipo de relaciones sociales. La persona que ocupa el lugar del líder no se limita a trabajar por su propia cuenta: interpreta la sociedad, en el sentido en el que decimos que un músico interpreta un fragmento musical; «militando» para defender una concepción del mundo, oficiando una religión inmanente. Si queremos comprender este fenómeno tendremos que recorrer el camino inverso: en lugar de partir de lo elemental para llegar a lo global, tendremos que partir de lo global a fin de reapropiarnos de lo elemental, es decir, deberemos ir de lo molar a lo molecular. Es un poco el mismo tipo de aproximación que emplean los etnólogos cuando estudian una sociedad segmentada: un conflicto dentro de la familia nuclear remite a segmentos cada vez mayores (y así es como un conflicto entre individuos puede llegar a degenerar en una *vendetta* generalizada).

Ciertos mecanismos, que parecen ineluctables a un nivel microsocial elemental, pueden dejar de serlo cuando están insertos en una estructura institucional viviente. Ésta era al menos la hipótesis sobre la que reposaba originalmente el proyecto del análisis institucional, al intentar constituirse en

r

cuanto rechazo a aceptar de forma pasiva el despliegue de las formaciones de poder opresivas, las cuales tendrían que ser analizadas como otros tantos síntomas que reclaman una praxis específica...

Dicho de otra forma, más que concebir el inconsciente como un espacio estructurado a partir de complejos inherentes al psi- quismo, se consideraba que estaba lleno de nudos susceptibles de ser deshechos (aquí entendemos los nudos un poco en el mismo sentido de Laing, pero centrándonos más en el contexto institucional y social que en el nexo familiar).

Volvamos a nuestro ejemplo: el liderazgo del cocinero participa de un dispositivo que supera ampliamente su terreno. La prohibición de que los internos de la clínica puedan moverse a sus anchas por la cocina es inseparable del sistema de tutela administrativa que pesa sobre el establecimiento, así como de las fantasías represivas fijadas a los roles, las funciones, las formas alienantes de división del trabajo, tanto en lo que respecta a los servicios técnicos como en lo tocante a los cuidados.

En este sentido, todas las máquinas deseantes que tengan algo que ver con el hecho de comer, de preparar y servir la comida, estarán parcialmente bloqueadas. ¿Cómo afrontar una situación como ésa? ¿Debería interponerse otra forma de autoridad, individual o colectiva? Y aun así, ¿acaso el tipo de economía libidinal que se organiza alrededor de fenómenos como el liderazgo no reposa precisamente sobre una posición sadomasoquista con respecto a la autoridad? ¿Y este mecanismo sadomasoquista no se verá intensificado aunque se trate de una «buena» forma de autoridad? ¿Cómo podría el análisis institucional intervenir en tales condiciones?

El análisis intentará «darle la vuelta» al síntoma del «liderazgo» en provecho de otro tipo de satisfacción pulsional más «constructiva». Y en este juego corremos el riesgo de recaer en las técnicas de normalización, de adaptación... No podemos salir

*

de este círculo vicioso más que aceptando seguir la «lógica del deseo» tan lejos como quiera llevarnos.

En la época en que empecé a trabajar sobre la idea de un análisis transversal del inconsciente, todavía admitía que ciertas técnicas pudieran, en cuanto tales, contribuir a la modificación de lo que yo llamaba los «datos de aceptación del superyó»[50]. La verdad es que no existe, por un lado, un superyó incrustado en la persona y, por el otro, un contexto social que influye sobre él. El inconsciente está tanto en el *socins* como en el individuo, tanto en la producción como en la representación, tanto en lo económico como en lo «lingüístico». Y las «técnicas» institucionales que consisten en favorecer la movilidad entre puestos de trabajo, un cierto reparto de las responsabilidades, etc., sólo pueden combatir la alienación en la medida en que el proyecto comunitario del que forman parte, el agenciamiento colectivo en el que están inmersas, se encuentre él mismo articulado dentro de una micropolítica del deseo que remita a un campo social mucho mayor. Por lo tanto, no se trata de oponer una labor reformista interna a una acción revolucionaria interna, ni de disolver las relaciones de explotación entre clases sociales, sexos, grupos de edad, etc., en beneficio de un psicologismo y de un psicoanálisis generalizado.

Las luchas del deseo, las tentativas de autogestión, la reducción permanente de los fenómenos burocráticos en los grupos militantes, todos estos fenómenos son inseparables unos de otros. En tales condiciones nos resulta imposible confrontar el activismo con el análisis de los nudos del inconsciente. Asimismo, tratar de cambiar las condiciones de vida o las condiciones laborales implica necesariamente un nuevo tipo de acción que sea a la vez analítica y militante.

’“Félix Guattari, «La Transversalité», en *Psychanalyse et transversalité*, París, Maspero, 1972, p. 72. Trad. cast.: *Psicoanálisis y transversalidai*, Madrid, Siglo xxi, p. 95 (N. de los E.).

La experimentación y la búsqueda de un nuevo régimen autoritario fascista siguen estando a la orden del día, tanto en los sistemas capitalistas como en los de las burocracias socialistas. Muchas son las fuerzas que abogan hoy en día por la liberación de las energías populares, del deseo de las distintas minorías oprimidas, y para hacerles frente, los poderes fácticos no dejan de reforzar las estructuras represivas, aunque no necesariamente de forma masiva. Modulan la represión de tal manera que las personas puedan interiorizarla con mayor facilidad, lo cual no significa que ésta se haya suavizado. Ya que sus expresiones más manifiestas resultan difícilmente tolerables, la tendencia actual consiste en una especie de miniaturización del fascismo. Ya no hay que recurrir necesariamente a las porras ni a los campos de exterminio, sino que se trata más bien de controlar a la gente por medio de cadenas casi invisibles, de catexis inconscientes que permitan vincularlos a los modos de producción capitalistas (o socialistas-capitalistas) de la forma más efectiva posible.

Toda una serie de dispositivos sociales trabajan en la producción de estos vínculos, los cuales, de alguna forma, constituyen el tejido que compone las relaciones productivas. Louis Althusser las llamó «aparatos ideológicos del Estado», pero yo creo que se equivocaba al considerarlos dependientes de las superestructuras. Esta oposición maniquea entre las superestructuras ideológicas y las infraestructuras económicas introduce sistemas de determinación con un único sentido y simplificaciones que no hacen otra cosa que complicar las cosas. Pero no por ello resulta menos interesante reagrupar, como lo hizo Louis Althusser, dispositivos como la escuela, la cárcel, la justicia... e instituciones como la familia, los sindicatos, etc. En ese *continuum* formado por los dispositivos y las instituciones es donde tiene lugar la formación colectiva de la fuerza de trabajo inseparable de las «infraestructuras» económicas. En efecto, las fuerzas productivas no sólo elaboran los flujos de materias primas, flujos eléctricos, flujos de trabajo humano, sino también flujos de conocimiento, flujos semióticos que reproducen las actitudes colectivas y el respeto a las jerarquías. No puede disociarse, pongamos por caso, la labor de

semiotización en el marco de la formación profesional, del trabajo de modelización y de adaptación de los trabajadores a las relaciones preexistentes dentro del espacio del taller o la fábrica. En ese aspecto, la condición misma para la *reproducción de las fuerzas productivas* es que ésta tenga lugar precisamente dentro de los así llamados aparatos del Estado, que también podrían llamarse simplemente dispositivos colectivos, en un sentido amplio. Por lo tanto, no se trata aquí de reproducir una ideología, sino de reproducir los medios de producción y las relaciones productivas.

Desde ese punto de vista, puede asimilarse lo que ocurre en la escuela con lo que sucede dentro de la familia. Ambas convergen en esta misma «función del dispositivo colectivo» de la fuerza de trabajo cuya finalidad consiste en hacer que los niños se adapten a las relaciones de poder dominantes. A veces, incluso los papeles de los protagonistas se vuelven intercambiables. Se espera que el maestro desempeñe una función parental mientras que se invita a los padres a convertirse en buenos «padres de alumnos» o profesores en el hogar. Lo cierto es que aquí las personas sólo sirven para «canalizar» —en la acepción propia de la teoría de la información— un trabajo de semiotización que pasa, cada vez con mayor frecuencia, por la televisión, el cine, los discos, los cómics, etc. Al no ser capaces de organizar esos procesos maquínicos de acuerdo con los objetivos asumidos de forma colectiva, acabamos sufriendo una especie de intoxicación semiótica generalizada. Como todas las antiguas territorialidades —el cuerpo, la familia, el espacio doméstico, las relaciones de

ľ

vecindad, de dase, de edad, etc.— están siendo amenazadas por un movimiento general de desterritorialización, procedemos a recrear artifidalmente estas mismas territorialidades; y cuanto más nos convencemos de que jamás volveremos a encontrarlas en su forma «original», más nos aferramos a ellas. De ahí la nostalgia de lo retro, que parece ser menos un fenómeno de moda que una forma de inquietud generalizada ante la aceleración de la historia.

Liberar la energía del deseo...

No solamente hemos sido equipados semióticamente para acudir a la fábrica o a la oficina, sino que además nos inyectan una serie de representadones inconsdentes que tienden a modelar nuestro yo. Nuestro inconsdente ha sido modificado para garantizar su complicidad con las formadones represivas dominantes. A esta función de dispositivo generalizado que estratifica los roles, jerarquiza la sociedad y programa el porvenir, nosotros le contraponemos la función de un *agenciamiento colectivo* del *so- cius* que no pretenda obligar a las personas a entrar en los espacios preestablecidos dentro de una cuadrícula para adaptarlos a finalidades universales e intemporales, pero aceptando el carácter finito e históricamente delimitado de las empresas humanas. Sólo respetando esta condición podrán respetarse las singularidades del deseo. Tomemos el caso de Fernand Deligny[51] en las Cevenas. Lo que hizo allí no fue crear una institución *para* niños auristas, sino hacer posible que un grupo de adultos y niños auristas consiguiera convivir de acuerdo con sus deseos. Él ha producido una catexis de la economía colectiva del deseo articulando entre sí personas, gestos, circuitos económicos, relaciónales,

[J1] Sobre Deligny véase «Cahiers de l'Immuable», n.° 1, 2, 3 de *Recherches,* CERFI (N. del A.).

etc., que es algo muy distinto de lo que hacen normalmente los psicólogos y educadores desde una idea formada *a priori* sobre las distintas categorías de «discapacitados». Aquí el saber ya no se constituye como poder apoyándose en todas las demás formaciones represivas. La única manera de «hacer mella» en el inconsciente es sahrse de los caminos trillados para darle al deseo la oportunidad de expresarse en el campo social. Es evidente que Deligny quiere a los llamados autistas. Ellos lo saben bien, y también lo saben quienes trabajan con él. Todo surge de allí. Todo nos conduce allí. Cuando nuestra función nos obliga a ocuparnos de los demás y a «asistirlos», se establece un tipo aséptico de relación sadomasoquista que viene a enturbiar profundamente los actos en apariencia más inocentes y desinteresados. Imaginemos por un momento que los «profesionales del retraso mental», como los miembros del AMIPI[52] se propusieran «hacer lo mismo que Deligny», imitando sus gestos, llegando incluso a organizarse bajo las mismas condiciones... ¿qué pasaría? Sólo conseguirían mejorar su tecnología microfascista, que hasta la fecha tan sólo ha servido para apropiarse del prestigio «científico» del neoconductismo anglosajón. El verdadero metabolismo del deseo —del deseo de vivir, por ejemplo— no se encuentra en los gestos, ni en los dispositivos o las instituciones, sino en el agenciamiento de personas, funciones y relaciones socioeconómicas dirigidas hacia una *política de liberación conjunta.*

Cuando expuse la idea, hace ya quince años, de poner en marcha un *análisis institucional* que contrarrestase el psicoanálisis y usar *analistas colectivos* para dar marcha atrás al proceso de especialización en la investigación del inconsciente, lo que pretendía era señalar que las instituciones tienen que estar abiertas a un enfoque micropolítico de los problemas de la vida cotidiana que van surgiendo dentro de ellas, lo que constituiría una nueva forma

[n] Asociación de Ayuda Maternal e Intelectual para Personas Inadaptadas. Véase a este respecto la nota de Charles Brisset en la revista *Autrement n°4,* p. 180 (N. del A.).

de activismo[53]. Por desgracia, tanto el análisis institucional como los analistas han acabado convirtiéndose en los nuevos juguetes psicosociológicos desde que se encontró la manera de ponerlos al servicio de una mejora generalizada de las relaciones humanas, es decir, en última instancia, de una forma de adaptación a las distintas

situaciones de alienación.

Hoy en día, la estratificación mental y profesional en el terreno de «lo social» tiende a ser cada vez menos evidente. Empezamos a intuir formas de transición —la «transversalidad»— entre las cuestiones planteadas por el urbanismo, la burocracia, la neurosis, los problemas micropolíticos de la familia con los niños, de la pareja con la falocracia, la vida colectiva, la ecología, etc. Puede que estemos ante una especie de proceso de investigación en masa. Ya no son los especialistas, intelectuales o militantes, quienes proponen nuevos modelos, sino personas a quienes afecta de forma directa, que están probando otras maneras nuevas de vivir. En el dominio de la educación, lo que preocupa a los nuevos pedagogos no es la aplicación de métodos educativos —como el «método Freinet»[54]—, sino las microcatexis analíti- co-militantes susceptibles de materializarse en una clase, una escuela, un grupo de niños, etc. ¿En qué dirección debería buscarse dicho deseo colectivo? ¿Qué tipo de intervenciones podrían ayudar a desvincularlo de las territorialidades que lo rodean? ¿Qué puedo hacer yo, no desde el rol del maestro, sino como alguien que se preocupa por lo que está sucediendo? Es todo lo contrario de las perspectivas abiertas por el psicologismo y el «psicoanalismo»[55]. Ya no se trata de reducir el inconsciente, de restringirlo a una cuestión de complejos universales, de transferencias personalizadas, de acostarlo en el diván del especialista,

[53] A este respecto, veáse Psicoanálisis *y transversalidad, op.cit.* (N. del A.).

[54] Célestin Freinet creó un método de pedagogía institucional que todavía funciona en los centros epónimos. Existen cerca de diez mil centros de este tipo en treinta y tres países del mundo (N. del T.).

[55] Robert Castel, *Le psychanalisme,* coll. 10/18, París, Maspero, 1973 (N. del A.).

de someterlo al presunto saber del psicoanalista... sino de hacer que se abra a nuevas vías, que a veces son líneas de fuga minúsculas, y otras veces perspectivas de cambio a mayor escala.

Construir nuestra propia vida, construir algo que esté vivo, aunque sólo sea un poco, y no únicamente sobre nuestros familiares^ los niños —en la escuela o en otro sitio—, los amigos o los militantes. Construirla también sobre uno mismo a fin de cambiar, por ejemplo, la relación que mantenemos con nuestro propio cuerpo o nuestra percepción del mundo, ¿no será eso, dirán algunos, como dar la espalda a las causas revolucionarias más fundamentales y urgentes?

¡Todo consiste en saber qué es lo que entendemos por revolución! Se trata de acabar con todas las relaciones de alienación, no solamente con las que pesan sobre los trabajadores, sino también las que pesan sobre las mujeres, los niños, las minorías sexuales, etc., sobre las sensibilidades poco habituales o sobre la atracción que alguien pueda sentir por ciertos sonidos, colores, ideas... Para que una revolución tenga lugar, independientemente del ámbito en el que se produzca, tiene que liberarse antes la energía del deseo. Y sólo una reacción en cadena que atraviese los estratos existentes podría catalizar ese proceso irreversible de cuestionamiento de las formaciones de poder a las que está encadenada la sociedad actual.

Las guarderías y la iniciación

¿Cómo evitar que los niños conecten con las semióticas dominantes hasta el punto de perder prematuramente toda libertad de expresión? Parece, en efecto, que el modelado infantil por parte del mundo adulto se produce en estadios cada vez más precoces del desarrollo, en gran parte debido a la televisión y a los juegos educativos. Una de las contradicciones internas propias de los llamados proyectos de «innovación educativa» radica en el hecho de que, demasiado a menudo, limitan sus intervenciones al nivel de las técnicas de adquisición del lenguaje, la escritura, el dibujo, etc., sin llegar a intervenir sobre los mecanismos de esta modelización; dichas técnicas no son más que uno de los posibles agentes que están al servicio de estos mecanismos. Una empresa educativa que pretenda ser eficaz no puede circunscribir su campo de acción a cuestiones relativas a las técnicas de aprendizaje o de socialización. Desde el primer momento, este tipo de proyectos plantea una serie de problemas micropolíticos que deben ser solucionados.

Si comparamos lo que sucede hoy en día en las sociedades industriales con lo que ocurría en las sociedades preindustriales o en los vestigios de éstas que sobreviven en las sociedades «primitivas», constataremos que la iniciación, la asimilación del niño a los roles de la sociedad adulta, se situaba aproximadamente en torno a los nueve o doce años. Hasta esa edad no estaba obligado a respetar estrictamente

las prohibiciones del grupo. Sólo cuando uno era promovido al grado de persona completa y se convertía en miembro del clan tenía que doblegarse a las normas grupales, lo que, en contrapartida, le permitía beneficiarse del prestigio y las ventajas materiales inherentes a cada una de las etapas de esta promoción. Por ejemplo, en las tribus indias de la Amazonia, antes de su iniciación los jóvenes comen fuera del círculo formado por los adultos y tienen que arreglárselas por su cuenta para hacerse con los despojos del banquete; pero, por otro lado, tienen total libertad para establecer relaciones sexuales que, en un estadio posterior, serían consideradas como incestuosas. Es como si antes de la iniciación los actos infantiles no afectasen realmente a la comunidad. Además, durante los diez primeros años pueden eludir el sistema general de codificación sobre el que reposa todo el andamiaje de la sociedad. Pero esto no significa que escapen por completo a cualquier forma de control social: hasta los dos años el comportamiento del niño estará restringido a un territorio contiguo al de su madre, y durante todo ese periodo no se le exige (en el caso de ciertas sociedades animistas africanas) que aprenda a controlar los esfínteres. El momento de la separación se establece normalmente de manera flexible, pudiendo llegar muy tarde. Pero en el momento en que se produce, el niño se ve de pronto forzado a abandonar esta territorialidad maternal para pasar a otra que se encuentra bajo la ley correspondiente a otra franja de edad, donde deberá respetar otro tipo de códigos. Los psicoanalistas a menudo se sorprenden de la brutalidad de este tipo de ritos de separación, que ellos consideran el origen de muchos desarreglos mentales. Pero me parece que lo que aquí tenemos es una forma particular de etnocentrismo basado en el desconocimiento de las condiciones precisas de funcionamiento de la libido en esas sociedades.

En las sociedades desarrolladas e industrializadas, toda esta organización por grupos de edad parece haber desaparecido: es como si el proceso de iniciación comenzase ya desde el estadio infantil. La iniciación ya no está circunscrita a un periodo preciso, ni se lleva a cabo mediante un ceremonial colectivo, como en los conocidos «ritos de iniciación». Ahora tiene lugar «a tiempo completo», e implica tanto al entorno familiar como a los educadores. Esta iniciación al sistema representacional y a los valores capitalistas ya no sólo depende de las

personas, sino que cada vez pasa más por los medios audiovisuales que moldean al niño según los códigos perceptivos y lingüísticos, las formas de interacción, la autoridad, la jerarquía, y, en resumen, según toda una tecnología capitalista de las relaciones sociales dominantes.

Uno de los aspectos más importantes de la evolución en las formas de iniciación corresponde a la primacía de la escritura como base de la formación semiótica durante la infancia. Recordemos que, no hace tanto tiempo, la lectura —por ejemplo, la lectura de una novela— estaba desaconsejada para las jovencitas:

Tolstói nos muestra cómo las hijas de la burguesía y la aristocracia se veían obligadas a leer a escondidas por la noche. Para justificarlo, se daban todo tipo de excusas: se consideraba que la lectura podía perjudicarles la vista, darles malas ideas...

En realidad, esta prohibición tenía que ver con el hecho de que las jóvenes no estaban destinadas a participar igual que los hombres en las semióticas de la escritura, que son el componente esencial de la integración dentro del modo de producción dominante. (A esto hay que añadirle que este tipo de restricciones no pesaban únicamente sobre las chicas de las clases superiores, sino que también afectaban a las de extracción más humilde). Actualmente, el capitalismo pretende captar al mayor número de personas con independencia de la edad o el sexo; cuanto antes esté el niño en condiciones de descifrar los diferentes códigos del poder, mejor. En la escuela primaria de la época de Jules Ferry todavía se practicaban ritos de paso en etapas relativamente tardías de la vida infantil. El maestro se ocupaba sobre todo de iniciar a los niños en un tipo particular de ley, de disciplina; les enseñaba a ponerse en fila, a hablar sólo cuando les preguntaban, etc. Este tipo de escuela correspondía a un modo específico de organizar la producción, como la fabricación manual o el trabajo en serie. La formación del trabajador y del soldado conlleva hoy en día la máxima integración posible dentro de los procesos de semiotizadón escritúrales. Los niños «trabajan» cuando están frente a la televisión; «trabajan» en la guardería con sus juguetes, que han sido diseñados para mejorar su rendimiento perceptivo. En derto sentido, podríamos comparar este tipo de trabajo al que desempeñan los aprendices de la formación profesional, o los obreros de la metalurgia que se recidan con la idea de adaptarse a las nuevas cadenas de montaje. Resultaría

inconcebible que en la sodedad actual pudiera formarse a un trabajador sin esta preparadón, que tiene lugar en la familia, en la guardería, antes induso del paso a la escuela primaria.

Los niños son obligados desde su más tierna edad a comenzar una formación que les permitirá dominar cierta forma de *traducibilidad del conjunto de los sistemas semióticos* que intervienen en las sociedades industriales. El niño no sólo aprende a hablar su lengua materna, también aprende a familiarizarse con los códigos de circulación vial, con cierto tipo de interacciones muy complejas con las máquinas, la electricidad, etc., y estas distintas formas de codificación deben integrarse a su vez en los códigos sociales del poder. Esta homogeneización de las competencias semióticas resulta esencial para el sistema de la economía capitalista: la «escritura» del capital implica, en efecto, que la realización del deseo del individuo pueda adaptarse a las distintas situaciones, hacerse «traducible», producir agenciamientos a partir de cualquier punto del sistema socioeconómico. El capital constituye la matriz misma de traducibilidad de los valores de intercambio y de todas las formas de trabajo. La iniciación al capital tiene así como condición previa una iniciación semiótica a los distintos modos de traducibilidad y a los correspondientes sistemas de invariantes.

Han pasado los tiempos en que se le decía al adolescente: «Ya verás, cuando vayas a la mili te van a poner firme, van a hacer de ti un hombre». ¡Ahora no podemos esperar tanto tiempo! La precocidad del adiestramiento infantil conlleva la puesta en práctica de nuevos métodos. Se impone cierta tendencia a recurrir cada vez menos a sistemas basados en la coerción material —ya no hace falta golpear al niño con la regla en los dedos, ni tampoco castigarlo contra la pared— y cada vez más a técnicas de impregnación audiovisual que realizan el mismo trabajo sin que se note apenas, con suavidad pero también en profundidad. Es posible que se trate de una ley general: cuanto más temprana es la iniciación, más intensa y duradera será la *impronta*[56] dejada

[56] Impronta se entiende aquí en un sentido muy próximo al de la etología (N. del A.).

por el control social. Si, por cualquier razón, se retrasa la impregnación de los modelos imaginarios, perceptivos, sociales, culturales, etc., surgirán innumerables dificultades a la hora de modelar a los individuos en función de las tareas que les han sido adjudicadas por estructuras productivas altamente diferenciadas. Ya no ponemos a niños de seis a ocho años a trabajar en las empresas manufactureras (al menos en Francia), así que tenemos la impresión de haber «humanizado» la escuela y las relaciones familiares. Pero lo que hemos hecho no ha sido más que disimular la vieja crueldad de los ritos de iniciación, que consisten en extirparle al niño sus capacidades expresivas específicas para adaptarlas lo antes posible a los valores, significados y comportamientos dominantes.

Hoy en día lo esencial para los seres humanos ya no es el aprendizaje de su lengua materna. La palabra está programada en su totalidad por el lenguaje audiovisual. El lenguaje que se habla en la televisión o en el cine sólo es un cierto tipo de transcripción de la palabra. La televisión ha tomado el relevo de una serie de obligaciones que antes correspondían a los maestros o a las madres. Ahora la tele es la niñera, ha sustituido en gran medida las relaciones domésticas que antes se establecían dentro del marco de las semiologías de la palabra. El lenguaje que transmite está al servicio de un cierto tipo de iniciación a los engranajes de la maquinaria de la producción y del espacio social. La educación televisiva da forma al imaginario, introduce personajes, escenarios, fantasmas, actitudes e ideales; impone toda una micropolítica de las relaciones entre hombres y mujeres, adultos y niños, razas, etc. Ha reemplazado todo un conjunto de formas de charla, de lectura e incluso de ensoñación...

El trabajador de una guardería que deseara implicarse en otro tipo de economía deseante tendría por fuerza que situarse a contracorriente de esta tecnología adaptativa. Lo que cuenta en la guardería no es, insisto, la técnica, sino el efecto de la política semiótica de los adultos sobre los niños. ¿En qué sentido la actitud de quienes trabajan en una guardería favorece la iniciación de los niños en los valores del sistema? ¡Buena pregunta! En la guardería, la práctica analítica resulta indisociable de la implicación micropolítica. En particular, implica un análisis pormenorizado del colectivo de puericultores y psicólogos, así como un trabajo orientado hada las familias, el entorno, etc. El incons-

dente del niño está indisolublemente ligado al de los adultos; tiene que lidiar con los conflictos de tipo profesional de sus padres, interactuando con las confrontaciones y las luchas sexuales que existen en el seno de la familia o en su entorno, con los modelos de integradón que le transmiten otros niños mayores que él, etc. Los sistemas precedentes habían confiado una tarea fundamental al personal de las escuelas: adaptar al niño al saber y a los valores de la sodedad dominante. Las máquinas audiovisuales han asumido hoy esta labor de forma mucho más eficiente que cualquier niñera o educador. Pero, como contrapartida, los trabajadores de las guarderías y las escuelas ya se encuentran preparados para *luchar contra esos sistemas de integración y de alienación.*

¿Cómo afrontar una lucha micropolítica de semejante envergadura? Sólo el hecho de no subyugar los distintos tipos de expresiones semióticas propias de la infancia a una semiología del lenguaje escrito constituye ya de por sí una forma crucial de ruptura con el lenguaje dominante. Que los niños sean capaces de expresarse por medio de la pintura, la danza, el canto, la puesta en común de proyectos, etc., sin que la totalidad de estas actividades sea sistemáticamente absorbidas por las finalidades educativas clásicas (como la integración dentro de la sociedad o el respeto a los polos personales y familiares) permite que su deseo escape en cierta medida a la labor de modelización de la libido. ¡No es que haya que proteger artificialmente al niño contra el mundo exterior, creando para él un universo sintético, al abrigo de la realidad social! Por el contrario, necesita que le ayudemos a hacerle frente; tiene que aprender lo que es la sociedad y cuáles son sus instrumentos. Pero nada de esto puede hacerse en detrimento de sus propias capacidades expresivas. Lo ideal sería que toda su economía deseante lograra escapar lo más lejos posible de la política de sobrecodificación del capitalismo, siendo a la vez capaz de soportar su funcionamiento sin sufrir grandes traumas. No hablamos de escapar por completo a los flujos decodificados del capitalismo sino de controlar su impacto, al menos parcialmente. ¡No hay que obligar al niño a «madurar» de forma prematura y convertirse en un individuo- tipo, un modelo de personalidad estereotipado, ni tampoco esforzarse por convertirlo en un marginado, un delincuente, un rebelde o un revolucionario! Por lo tanto, no hay que comparar de

ninguna manera estos dos sistemas formativos, estas dos formas de codificación; lo que hay que hacer es crear las condiciones para que los individuos puedan elegir sus propios medios de expresión, relativamente autónomos y, en este sentido, menos susceptibles de ser manipulados por las tecnologías propias de las distintas formaciones de poder (estatales, burocráticas, culturales, sindicales, mediáticas, etc.).

Conviene que, cuando el niño se haga mayor, si quiere asumir los roles y las máscaras que el sistema le ofrece, pueda hacerlo sin que éstos se adhieran a su piel hasta el punto de no poder arrancárselos, antes de que empiece a encarnar en sí mismo los valores represivos de los que están impregnados.

El foso de los niños

A los niños se los envía a la escuela. A los locos se los manda al asilo. Pero ¿qué se hace con un niño loco? Construirle una escuela dentro del asilo. Niños que llevan la etiqueta de retrasados

o psicóticos son puestos cada mañana en manos del profesor del hospital psiquiátrico, donde estarán bien vigilados. La función de este último es hacer ver que les enseña a leer, escribir y contar. En realidad, su clase es como una manada de animales salvajes; sus intentos por impartir la lección terminan siempre en explosiones de cólera, gritos y broncas generalizadas. El está encarcelado junto con sus alumnos. Siete cerraduras perfeccionadas han sido instaladas en la clase. Las ventanas también están selladas, pero se ha acordado que, en caso de necesidad, el profesor podrá pedir refuerzos llamando a los celadores por teléfono. Un buen día, se niega en redondo a seguir siendo cómpUce de este sistema: abre puertas y ventanas de par en par y deja a los niños libres. Se dice a sí mismo que se trata de una situación excepcional. Lleva a cabo, por su cuenta, pesquisas entre aquellos de sus colegas que ocupan un puesto similar al suyo y descubre con gran estupefacción que era él, por el contrario, quien se encontraba en una situación privilegiada respecto a algunos de ellos. Existen hospitales psiquiátricos donde pueden verse «niños atados a la silla o a las paredes de la clase durante toda la jornada, barras de hierro para aplicárselas a los que no quieren aprender gramática o conjugación, camas que no han sido hechas desde hace meses con el pretexto de que los niños las deshacen cada dos por tres, mantas que son verdaderos trapos de cincuenta por cincuenta centímetros, pabellones en los que el olor resulta insoportable, barracones donde los niños están hacinados como animales de granja».

Así, el profesor constata que el servicio en el que trabaja es, en términos generales, «mejor que los demás»: las instalaciones son modernas y están bien equipadas; se le proporciona el material pedagógico que solicita; se celebran «reuniones de seguimiento»... ¿De qué se queja? ¿Es que acaso no se está haciendo todo lo posible por mejorar progresivamente la situación? Y, sin embargo, él considera que ese tipo de reformas son a todas luces insuficientes. «En el reino de los ciegos, el tuerto es el rey», escribe. La reclusión no deja por ello de parecerle implacable. Por supuesto, la mejoría que se ha producido dentro de las condiciones materiales no es nada despreciable, pero para la administración sólo se trata de una maniobra más para evitar el escándalo. Lo importante es la actitud de los adultos y las técnicas empleadas para conseguir que los niños interioricen el

sistema represivo.

Cuando se plantean la pregunta: «¿Por qué somos malas?», las chicas responden: «Porque nos pueden los nervios».

Sin embargo, para el preceptor la maldad en sí misma no existe. Lo que le interesa son las relaciones sociales: «Las pulsiones de muerte son demasiado fuertes en el hospital para que pueda darse una modificación radical de la institución». Entendámoslo bien, él habla de pulsiones de muerte y no de Id pulsión de muerte a la que los psicoanalistas se refieren como si fuera una especie de destino, una suerte de maldición que pesaría sobre cada individuo. Estas pulsiones de muerte se encuentran dentro del grupo. Más que una actitud de resignación ante la fatalidad, reclaman una intervención *micropolítica* contra esa angustia que rezuma por las paredes, contra este sentimiento de culpa edípica que parece proceder únicamente de sí mismo, pero que está siendo secretamente manipulado por la institución. El maestro decide restituir a los alumnos la parcela de poder que les había sido confiada. Entonces se establece una nueva regla del juego: «Derecho a salir de clase, derecho a no hacer nada, libertad sexual, derecho a modificar los horarios, derecho a preguntar y a exigir». Todo lo que sucede a partir de ahí nos lo relata un documento excepcional. No se trata de un análisis centrado en la transferencia personalizada y en los equivalentes simbólicos del padre y de la madre. Aquí, el grupo de niños va guiando el procedimiento analítico. El profesor no interpreta. En la medida de sus posibilidades y de sus responsabilidades, él se implica en el proceso.

Naturalmente, al principio los niños desconfian del nuevo maestro; tratan de provocarle para que mantenga su rol tradicional. Por ejemplo, se quejan a los enfermeros de que no hacen nada en clase... A continuación, dan rápidamente comienzo a una pequeña campaña para liberarse de la administración y del poder de los médicos. Los miembros del equipo ya tienen bastante mala conciencia. Querrían hacer algo, pero el recién llegado parece tan decidido a llegar hasta el final que en última instancia optan por neutralizarlo. Por supuesto, nadie interviene directamente, sino que se contentan con crear un clima de incomprensión en torno a su experiencia. Cuando los niños vuelven al centro por la tarde, si el maestro no ha sido capaz de hacer que escriban sus dictados, pongamos por caso, entonces los

enfermeros se hacen cargo de la lección y la reproducen en el comedor de acuerdo con su idea de lo que debe ser una clase. A menudo se oye decir que las innovaciones propuestas sólo pueden perjudicar a los niños. «De todas formas, están condenados; así que ¿para qué darles esperanzas? ¡Debemos contentarnos con intentar mejorar sus condiciones materiales! ¿No es eso preferible a que tomen conciencia, en cierta medida, de su propia condena? ¡Pero todavía no ha llegado lo peor para el nuevo maestro! Acabará por darse cuenta de que *el deseo de los niños ha sido en sí mismo condenado* por el poder de los adultos. La sociedad desea inconscientemente su muerte, y algunos de ellos también han llegado a desearla. «Juan muestra paulatinamente ese deseo de ser destruido, de que lo llenen de escupitajos, de ser golpeado o aplastado contra el suelo por otros niños».

De este modo, la expresión de los niños, su violencia, lleva inscrita la marca de representaciones y modelos encarnados por adultos que se autodefinen como normales. Ser adulto significa bebérselo todo de un trago, revolcarse en la obscenidad de la sexualidad. Como cuando uno de ellos explica que todas las enfermeras le hacen preguntas del tipo: «¿Qué has hecho con las chicas?» «Creerán que me las he follado a todas...». El trabajo del educador consiste actualmente en hacerse invisible ante el sistema de normas de vida acordadas de forma colectiva. Después de muchas dificultades el grupo acabó por conquistar el derecho a salir del hospital con total libertad. Es la ebriedad del primer viaje a París. Para prepararlo, se escriben textos, se sacan periódicos que luego se venderán en el exterior, se ahorra dinero...

Un análisis colectivo como éste consiste en dejar que surja la palabra y todas las formas de expresión propias de los niños para conectarlas con una práctica real. De vez en cuando, uno de ellos no encuentra otra forma de hacerse entender que utilizando el «lenguaje gestual». Otras veces habrá que recurrir a las técnicas de grabación para «comprender» lo que quiere decir; haciendo uso de la parodia, la mímica, el psicodrama o de representaciones fuera del hospital. ¿Cuál es el resultado de estos métodos? «Santiago, que antes era incapaz de encaramarse a un taburete o a un ladrillo, ha logrado subir él solo las escaleras de la Torre Eiffel a pie hasta el segundo nivel. Para él ha sido todo un triunfo...». Aunque el maestro no puede excluir ninguna

eventualidad, añade que, sin embargo, a lo largo de los últimos días se ha ido convenciendo de que las amenazas físicas no tienen por qué desembocar en acciones peligrosas. ¿Repercusiones de índole sexual? Él no las excluye tampoco; pero también en este ámbito habría que medir los riesgos. El internamiento suprime estos riesgos, pero, a cambio, agrava los trastornos. Habría que retomar esta cuestión, que concierne al conjunto de la condición infantil, desde otro punto de vista. Recordemos los recientes estudios según los cuales los riesgos de la maternidad son muy escasos en los años inmediatamente posteriores a la pubertad, y, además, la experiencia nos enseña que incluso las mentes más débiles son capaces de plantearse la cuestión de los anticonceptivos. Más que ningún otro, el niño neurótico y el niño psicòtico necesitan experimentar libremente con su sexualidad, la cual, por cierto, toma de cuando en cuando formas muy distintas de la de los adultos. ¿Y en nombre de quién, si puede saberse, nos arrogamos el derecho a prohibir a esos niños el acceso a tales deseos?

Bandas de Nueva York

La noción de marginalidad es en extremo ambigua. De hecho, implica siempre la idea de una secreta dependencia con respecto a la sociedad pretendidamente normal. La marginalidad determina un cambio de orientación y de objetivos. Me gustaría oponerle la idea de la *minoría*. Una minoría puede querer ser definitivamente minoritaria. Por ejemplo, los activistas homosexuales en Estados Unidos constituyen una minoría que no se deja mar- ginalizar. En esa misma línea, no puede decirse que las bandas de negros y portorriqueños sean marginales en relación con los barrios de las grandes ciudades que ellos controlan, a menudo casi por completo. Una forma de simplificación corriente consiste en decir que estas bandas activan mecanismos de autodefensa y que sólo existen gracias al hecho de que el poder político, los partidos y los sindicatos *todavía* no han encontrado una respuesta para los problemas que éstos plantean. (Con la esperanza de encontrar dicha respuesta, el gobernador de California, Ronald Reagan, trató de activar un inmenso centro de investigaciones para resolver el problema de la violencia. Este tipo de iniciativas

seguiría un poco la dirección que señala de forma algo caricaturesca la película *La naranja mecánica)*.

Los fenómenos de degradación de las grandes urbes estadounidenses tienden a transformarlas en auténticas junglas. El rol de la ciudad como crisol, como punto de encuentro, se difumina ante el aumento de las manifestaciones de segregación racial y la intensificación de los particularismos, llegando incluso a hacer que sea imposible transitar de un barrio a otro. (En ciertos barrios de Nueva York, la poUcía ya no se interna, salvo en casos excepcionales).

Más que considerar tales fenómenos como respuestas colectivas e improvisadas ante una carencia (la falta de alojamiento, por ejemplo), deberíamos estudiarlas como si se tratara de un experimento social ciego a gran escala. De forma más o menos consecuente, las minorías exploran los problemas que plantea la economía del deseo en los entornos urbanos. Esta exploración no propone formas o modelos alternativos; no ofrece el remedio a ninguna patología; lo que hace es indicar la dirección de un nuevo tipo de organización de la subjetividad colectiva.

Detengámonos en un caso típico, el del South Bronx de Nueva York[57]. Bandas de jóvenes formadas por miles de individuos patrullan un área importante de este barrio, cuya extensión es ya bastante considerable de por sí. Estos grupos se han dotado de una organización muy rígida, fuertemente jerarquizada e incluso bastante tradicionalista. Paralelamente, las mujeres se agrupan en pandillas que permanecen sometidas a las bandas masculinas. De hecho, estas bandas toman parte, por un lado, de una economía deseante fascista, y, por el otro, en lo que algunos de sus dirigentes califican de «socialismo primitivo» *(grass-roots*). Sin embargo, pueden verse indicios de una interesante evolución. En ciertas bandas portorriqueñas de Nueva York, en las que las chicas estaban tradicionalmente sometidas a los jefes varones, han aparecido estructuras de organización femeninas más independientes, que no reproducen los mismos tipos de jerarquía; las chicas dicen que, a diferencia de los chicos, ellas no sienten necesidad de organizarse de la misma manera. Así pues, han desarrollado una nueva forma de organización que les parece

[57] Véase el excepcional documental sobre las pandillas de Nueva York filmado por Martine Barrat, *You do the crime you do the time* (N. del A.).

preferible, aunque derive parcialmente de la mitología ligada a una espede de culto fálico al líder. La existencia de estas bandas suscita todo un conjunto de cuestiones: ¿Cómo hemos llegado a esto, particularmente en el plano de la segregación racial? ¿Por qué los movimientos emancipadores se han visto obligados a convertirse de forma implícita en agentes de esa segregación? ¿Por qué los movimientos revoludonarios nacionales *(Black Panthers, Black Muslims, YoungLords*[52], etc.) siguen estando desconectados de los miles de bandas que controlan, bloque a bloque, numerosas ciudades americanas?

Destaquemos igualmente que en estas bandas existe una cierta cultura propia de las masas más desheredadas, un cierto ideal de vida, un cierto sentido de la dignidad humana. También podríamos atribuirles el mérito de algunas intervenciones sociales que aportan soluciones pardales a problemas que ningún tipo de poder estatal ha sabido abordar de forma conveniente hasta ahora. Así, bastó con que un equipo de médicos se pusiera a trabajar en colaboración con las bandas en el South Bronx para que pudiera desarrollarse un sistema original de organización de la higiene mental y de asistencia a los drogodependientes.

Hace ya algunos años, en la época de las luchas raciales, el Lincoln Hospital del Bronx fue ocupado por militantes revoludonarios y finalmente evacuado al cabo de varias semanas. Pero toda una planta del hospital continuó estando ocupada, y ha seguido estándolo desde entonces, por antiguos drogadictos que se hicieron cargo de organizar un servido de desintoxicación. Esta inidativa de autogestión de un servido hospitalario merecería ser explorada en todos sus particulares. Simplemente voy a señalar los siguientes hechos:

- parte esendal de la plantilla está compuesta por antiguos yonquis;
- los médicos nunca tienen acceso directo a los enfermos, ni siquiera al propio servicio en sí;
- el centro dispone de su propia policía y ha sido capaz de acordar un *statu quo* con la policía del estado de Nueva York;

[52] Movimiento revolucionario portorriqueño en Estados Unidos (N. del T.).

- el estado de Nueva York, después de haber combatido durante bastante tiempo contra el centro, por fin se ha dejado convencer para subvencionarlo;
- un uso muy particular de la metadona, que sólo se utiliza como tratamiento intensivo durante unos pocos días, mientras que en los servicios clásicos su administración dura años, constituyendo una especie de droga artificial para someter de manera definitiva al antiguo yonqui al «poder médico»;
- una utilización muy original de la acupuntura, con excelentes resultados.

Y algo que podría resultar incluso más interesante: la acción combinada de las bandas con este servicio de autogestión. Esto no solamente conduce a la puesta a punto de un sistema de tratamiento eficaz (se ve a los yonquis llegar por su propio pie, titubeando, a las puertas del centro), sino también a proponer soluciones para un problema de orden más general: el tráfico de drogas. Las bandas han tomado las riendas, eliminando a los *pushers* o revendedores. Algunas bandas y algunos movimientos del poder negro han tomado conciencia de estar siendo manipulados a través de la droga por los poderes del Estado. (Cosa que quedó bien clara cuando se descubrió que los alijos de heroína incautados por la policía neoyorkina habían sido cortados con harina y revendidos por los propios agentes, y todo ello a gran escala).

Por desgracia, este tipo de acciones relativamente pacíficas sigue siendo excepcional. Por regla general, el clima de violencia y miedo que reina en el interior de las bandas a menudo es alimentado por la policía. No puede decirse que una «experiencia» como ésta plantee un modelo de «calidad de vida». Habría que decir, más bien, que las autoridades luchan contra los primeros atisbos de una organización más sistemática, más amplia, y en particular contra las relaciones que comienzan a anudarse entre las bandas pertenecientes a las diferentes razas (negros, portorriqueños, chicanos, etc.) y las relaciones entre las bandas locales y los movimientos implantados a escala nacional.

En su forma actual, este fenómeno de las bandas data sólo de algunos años atrás. De hecho, lo que sucede es que las grandes organizaciones para la lucha de negros y portorriqueños han sido anegadas por la ola represiva de la droga blanca que ha afectado

incluso a los cuadros directivos mejor situados. •

El grupo Les Mirabelles[59] experimenta con una nueva forma de teatro militante, ¡un teatro que se ha liberado del lenguaje explicativo, de las largas peroratas llenas de buenas intenciones acerca de, pongamos, la liberación de los homosexuales! Sus miembros se sirven del travestismo, el canto, la mímica, la danza, etc., no para aclarar un tema, sino para enturbiarlo, para remover las zonas más turbias del deseo, esas que normalmente nos negamos a explorar. La cuestión no consiste ya en saber si van a interpretar lo femenino contra lo masculino o a la inversa, sino de conseguir que los cuerpos, todos los cuerpos, logren liberarse de las representaciones y las constricciones del «cuerpo social» y de las posturas, actitudes y comportamientos estereotipados que forman esa «coraza» de la que hablaba Wilhelm Reich. La alienación sexual, que es uno de los pilares del capitalismo, implica que el cuerpo social está polarizado hacia la masculinidad, mientras que el cuerpo femenino se transforma en objeto de codicia, en mercancía, en un territorio que no es accesible sino a través de la culpa y de la sumisión a todos los engranajes del sistema (matrimonio, familia, trabajo, etc.). ¡Y el deseo, por su parte, tendrá que arreglárselas como buenamente pueda! De hecho, éste ha desertado del corazón del hombre para emigrar junto a la mujer, o más exactamente, junto a un devenir mujer. Aquí lo esencial no es el objeto al que se dirige, sino el movimiento de transformación. Ese movimiento, ese pasaje, es lo que Les Mirabelles nos ayudan a explorar: un hombre que ama su propio cuerpo, un hombre que ama el cuerpo de una mujer o de otro hombre siempre está él mismo secretamente implicado en un «devenir femenino». Esto es algo completamente distinto a identificarse

[59] Les Mirabelles fueron un grupo teatral integrado por travestís formado en los años setenta (N. de los E.).

con *la* mujer, y menos todavía con *la* madre, como querían hacernos creer los psicoanalistas. Más bien se trata de un devenir *otro,* de una etapa para convertirse en algo distinto de lo que el cuerpo social represivo ha decidido que seamos. Igual que, a pesar de la explotación de su fuerza de trabajo, los trabajadores han conseguido

establecer un cierto tipo de relación verdadera con la realidad del mundo, así también las mujeres, a pesar de la explotación sexual que sufren, consiguen conservar una cierta relación verdadera con el deseo. *Y esta relación es vivida a un nivel esencialmente corporal.* Y así como la burguesía no es nada en el plano económico sin el proletariado, tampoco los hombres son gran cosa en el plano corporal si no pueden acceder a ese «devenir femenino». De ahí su dependencia del cuerpo de la mujer, o de la imagen de mujer que acecha en sus sueños, agazapada en su propio cuerpo, o que ellos mismos proyectan en el cuerpo de su pareja homosexual. La explotación económica no puede ser disociada de la explotación sexual. Así, la burguesía y las burocracias mantienen su poder sirviéndose de la segregación por sexos, por edades, por razas, la codificación de las actitudes y la estratificación por castas. La repetición, por parte de los militantes, de esas mismas formas de segregación y estratificación (por ejemplo, cuando evitan llegar a las conclusiones más evidentes acerca de la alienación concreta de las mujeres y los niños, de las actitudes posesivas y dominantes, de la separación burguesa entre vida privada y actividad pública, etc.) constituye una de las bases esenciales de la esclerosis actual del movimiento obrero y revolucionario. Escuchar los auténticos deseos del pueblo implica ser capaces de escuchar nuestros propios deseos y los de nuestro entorno más inmediato. Esto no quiere decir que haya que poner las luchas de clase a gran escala por delante de las luchas del deseo. Muy al contrario, cada punto de unión entre ellas aportará a las primeras una energía insospechada.

DEVENIR MUJER

Los grupos de homosexuales funcionan un poco en el ámbito social como movimientos o Iglesias, con su propio ceremonial, sus ritos de iniciación particulares y sus mitos amorosos, por decirlo con René Nelli[60]. A despecho de las intervenciones llevadas a cabo por agrupaciones de carácter más o menos corporativo, como Arcadia[61],

la homosexualidad sigue estando vinculada a los valores y sistemas de interacción de la sexualidad dominante. Su dependencia con respecto a la normalidad heterosexual se hace manifiesta en una política de secretismo, en una clandestinidad alimentada por la represión y también por un sentimiento de vergüenza que todavía está muy vivo en los medios más «respetables» (en particular entre los hombres de negocios, entre los académicos, etc.) y donde el psicoanálisis es el amo absoluto. Está regida por una normalidad de segundo grado, que no es moral, sino científica. La homosexualidad ya no es una cuestión moral, sino una perversión. Es, de hecho, una enfermedad, un retraso en el desarrollo normal, una fijación en el estadio pregenital, etc.

A un nivel distinto, más minoritario y vanguardista, encontramos la homosexualidad militante al estilo del FHAR[62]. La homosexualidad contesta el poder heterosexual en su propio terreno. Ahora es la heterosexualidad la que tiene que rendir cuentas; el problema se ha desplazado, y hay una tendencia a cuestionar el poder falocrático; una asociación entre la acción de

“Profesor de filosofía y letras, especialista en los cátaros y el amor cortés en la Edad Media (N.delT.).

61 Asociación homosexual fundada en 1954 por André Baudry y disuelta en 1982. Su filosofía, basada en la discreción y la «homofilia», se opone radicalmente a la del FHAR (véase la nota siguiente) (N. del T.).

62 El Frente Homosexual de Acción Revolucionaria es un grupúsculo fundado en 1971 por militantes homosexuales y feministas de extrema izquierda (N. del T.).

las feministas y el activismo homosexual sería entonces posible, al menos en principio.

Sin embargo, convendría poner de relieve un tercer nivel, más molecular, en el que las categorías, los agrupamientos, las «especialidades» ya no se harían de la misma manera, donde las oposiciones entre géneros se dejarían de lado, donde, por el contrario, se trataría de establecer puentes entre los homosexuales, los travestís, los yonquis, los sadomasos, las prostitutas, entre los hombres, las mujeres, los niños, los adolescentes, entre los psicóticos, los artistas, los revolucionarios; es decir, entre todas las

formas de minorías sexuales, habida cuenta de que, en este tipo de ámbitos, sólo se puede ser minoritario. A ese nivel molecular, nos encontramos con paradojas fascinantes. Por ejemplo, podría decirse al mismo tiempo: 1) que todas las formas de sexualidad, todas las formas de actividad sexual, se revelan más allá de las oposiciones personológicas homo-hetero; y que 2) no obstante, todas ellas se encuentran cerca de la homosexualidad y de lo que podríamos llamar un «devenir femenino».

En el nivel del cuerpo social, la libido se encuentra, efectivamente, atrapada entre dos sistemas de oposición: de dase y de sexo. Es considerada como algo masculino, falocrático, se dice que reduce todos los valores a formas binarias —oposidón fuerte/débil, rico/pobre, útil/inútil, limpio/sucio, etc.—.

En el nivel del cuerpo sexuado, la libido está por el contrario implicada en un devenir mujer. Más exactamente, el devenir mujer sirve como referenda y eventualmente como pantalla, a otros tipos de devenir (por ejemplo, el devenir niño de Schumann, el devenir animal de Kafka, el devenir vegetal de Novalis, el devenir mineral de Beckett).

El devenir mujer puede asumir este rol de intermediario, de mediador entre los otros devenires sexuales, al no encontrarse demasiado alejado del binarismo del poder fálico. Para comprender al homosexual, se dice que es un poco «como una mujer». Y un gran número de los propios homosexuales entra en este juego, que resulta en cierta medida normalizador. De este modo, la pareja femenino-pasivo/masculino-activo sigue siendo una referencia obligada para el poder, ya que le permite situar, localizar, territorializar y controlar las intensidades del deseo. No hay solución posible lejos de esta bipolaridad excluyeme; fuera de ella caemos en el sinsentido, la reclusión de la prisión, el asilo, el psicoanálisis, etc. La desviación y las diferentes formas de marginación están codificadas para que funcionen como válvulas de seguridad. En resumen, las mujeres son las únicas depositarías autorizadas para devenir cuerpos sexuados.

El hombre que se desprenda de las competencias fálicas inherentes a todas las formaciones de poder estará pasando a formar parte de ese devenir mujer en función de las distintas modalidades a su alcance. Sólo con esta condición podrá, por añadidura, devenir animal, cosmos, letra, color o música.

Desde ese momento y por la fuerza de las circunstancias, la homosexualidad parece inseparable de un devenir mujer, incuso la homosexualidad no edipica, no personológica. Lo mismo sirve también para la sexualidad infantil, la sexualidad psicòtica o la sexualidad poética (por ejemplo, la coincidencia de ima mutación poética fundamental y de una mutación sexual en Ginsberg). De una forma más general, toda organización «disidente» de la libido puede actuar en correspondencia con un devenir cuerpo femenino como punto de fuga del *socius* represivo, como una forma posible de tener acceso a un «mínimo» de devenir sexuado, y como última tabla de salvación de cara al orden establecido. Si insisto sobre este punto se debe a que el devenir cuerpo femenino no debe asimilarse a la categoría «mujer» tal y como es concebida dentro de la pareja, la familia, etc. Por cierto, una categoría como ésta sólo puede existir dentro de un campo social particular que la define a su vez. ¡La mujer *en sí*

no existe! No hay polo maternal, ni tampoco eterno femenino... La oposición hombre-mujer servía para fundamentar el orden social antes de que aparecieran las oposiciones de clase, de casta, etc. A la inversa, todo lo que rompe las normas, todo lo que se sale del orden establecido tiene algo que ver con la homosexualidad, o con un devenir animal, un devenir mujer, etc. Toda semiotización rupturista implica una sexualización rupturista. Por lo tanto, en mi opinión no tiene sentido plantearse la cuestión de si hay escritores homosexuales, sino que se trataría más bien de saber qué es lo que en un gran escritor tiene de homosexual, incluso si es heterosexual.

Me parece importante desbaratar las «grandes» nociones, como las de mujer u homosexual... Las cosas nunca son así de simples. Cuando se las reduce a categorías de blanco-negro, macho-hembra, es porque se tiene una idea preconcebida en la cabeza y se está llevando a cabo una operación de reducción binaria para tener la posibilidad de ejercer un poder sobre ellas. Un amor, por ejemplo, nunca debería ser descrito de forma unívoca. El amor en Proust nunca es específicamente homosexual, siempre comporta un elemento esquizo, paranoico, un devenir planta, un devenir mujer, un devenir música.

Otra noción muy difundida que ha producido incalculables estragos es la del orgasmo. La moral sexual dominante exige por parte de la mujer una identificación casi histérica de su goce con el del hombre, que es expresión de simetría y de sumisión a su poder fálico. La mujer le *debe* su orgasmo al hombre. «Negándoselo» comete una falta grave. ¡Cuántos dramas estúpidos se han desarrollado en torno a este tema! ¡Y la actitud sentenciosa de los psicoanalistas y sexólogos sobre este aspecto tampoco ha hecho nada por arreglar las cosas! Lo cierto es que resulta frecuente que las mujeres que han llegado a un punto muerto con sus compañeros masculinos alcancen fácilmente el orgasmo masturbándose o haciendo el amor con otra mujer. ¡Pero el escándalo sería aún mayor si se supieran estas cosas!

Consideremos un último ejemplo, el del movimiento de las prostitutas. Todo el mundo, o casi, decía al principio: «Bravo por las prostitutas, ellas tienen todo el derecho a rebelarse. Pero ¡ojo!, porque hay que separar el grano de la paja. ¡Vaya por las prostitutas, pero los proxenetas no, ni hablar!». Y entonces se explica a las prostitutas que deberían defenderse, que están siendo explotadas, etc. ¡Todo eso es absurdo! Antes de explicar cualquier cosa, habría que intentar comprender primero lo que sucede entre la prostituta y su chulo. Primero, está el triángulo prostituta-chulo-dinero. Pero también hay toda una micropolíti- ca del deseo, extremadamente compleja, entre cada uno de los polos de ese triángulo y otros personajes diversos, como el cliente o el policía. Seguramente las prostitutas tengan cosas muy interesantes que enseñarnos a ese respecto. ¡Por eso, más que perseguirlas, haríamos mejor en subvencionarlas, como se hace con los laboratorios de investigación! Estoy convencido de que sólo estudiando esta micropolítica de la prostitución podremos algún día arrojar luz sobre todo el abanico de relaciones micropolíticas conyugales y familiares —los intercambios económicos entre esposos, entre padres y niños, y más allá, entre el psicoanalista y su cliente—. (Habría que revisar también lo que los anarquistas de la *belle époque* escribieron sobre esta cuestión).

Las oposiciones tradicionales entre la normalidad y la locura, la libertad sexual y la perversión, entre la delincuencia y la revuelta, se están desvaneciendo. Cada vez se toman menos en serio las categorías normativas en las que se fundaba el pensamiento sociológico y el «sentido común» moral de la clase política. Después de los estudiantes de instituto, las mujeres y los homosexuales, los inmigrantes, los prisioneros, los locos y los yonquis, un nuevo grupo está a punto de encontrar la manera de hacer oír su voz: los delincuentes. Cinco de ellos cuentan su vida y su visión del mundo en el diario *Marge*[63]. *«B.B. elpeluche»* nos cuenta su separación de las «Águilas Negras», grupo que se dispersó debido a que «tres de

cada cinco tíos murieron en la moto». Cada uno de ellos nos explica que ahora están intentando distanciarse del mundo de la delincuencia, o, más bien, explica cómo se convirtieron en activistas de la delincuencia, lo que les condujo a unirse a *Marge,* un movimiento que, desde hace algunos años, se propone agrupar a los indomables, los nómadas, los macarras, «todos aquellos que no tienen nada que perder».

Puede que ante un proyecto como éste la respuesta refleja consista en intentar ubicar el fenómeno tratando de clasificarlo en una categoría conocida. ¿De qué se trata? ¿Son anarquistas individualistas en la línea de Clément Duval y su grupo, la «Pantera de Batignolles», o de Bonnot y su famosa banda? ¿Son intelectuales que tratan de inspirarse en Dañen ojean Genet? ¿O bien se trata de una nueva variedad de izquierdistas que acaba de eclosionar sobre los bancos de la Universidad de Vincennes? Es cierto que algunas de las cuestiones planteadas por los militantes de *Marge* son de sobra conocidas; pero convendría desconfiar

[6)] Literalmente, «margen» (N. del T.).

de ese juego habitual que consiste en establecer asimilaciones y filiaciones, ya que así no podríamos percatamos de la originalidad de una iniciativa como ésta. La gente de *Marge* no pretende en ningún caso «alinearse» formando un grupo «representativo» para que se le consulte y le hagan entrevistas cada vez que tenga lugar algún suceso sonado en el ámbito de la delincuencia. No desean convertirse en los portavoces de una minoría oprimida: «Las ideas y la práctica que nosotros estamos llevando a cabo no son para nada marginales, sino centrales, y sirven para delinear los contornos de las fuerzas y las contradicciones del sistema[64]». O, dicho de otro modo: todos nosotros somos marginados, todos somos delincuentes

en potencia. La organización social actual, al estar basada en la represión sistemática del deseo, nos empuja a escondemos, a mentir, a culpabilizarnos, a refugiarnos en una especie de delincuencia secreta. Esto es lo que intenta explicarnos André, a su manera: «El "gozo de la prohibición" era más fuerte que el "temor de la represión". Cada noche me sumergía en un placer loco e insensato cuando hacíamos algo peligroso...». Pero estaba a punto de producirse un cambio en esta puja infernal entre el deseo y la represión. Todo el mundo lo presiente ahora: el tipo de sociedad en el que vivimos está a punto de venirse abajo, y los golpes más duros e imprevisibles seguramente vengan de ese lado del deseo que hemos convertido en algo imposible y rabioso. Las luchas políticas ya no pueden circunscribirse a los «grandes problemas» a los que estamos acostumbrados. Está a punto de imponerse una *micropólitica del deseo* en todos los ámbitos, en el individuo, la pareja, la escuela, etc., así como en los grandes conjuntos sociales. Hoy ya no se puede ser universitario, estudiante, inmigrante, mujer, homosexual o yonqui de la misma forma que hace diez años. ¡Y todo cambia más aprisa de lo que imaginamos! Los «portavoces» del tipo que

"Véase André Salmón, La *terreur noire, Chronique de Vaction anarchiste,* París, Jean-Jacques Pauvert, 1959. Trad. cast.: El *terror negro,* México, Extemporáneos, 1975 (N. del A.).

sean siempre llegan con retraso a los grandes acontecimientos. No hace mucho, las generaciones se enfrentaban cada cuarto de siglo, y ahora tenemos la impresión de que se suprimen unas a otras cada dos años. La mayoría de los «viejos» de Mayo del 68 ya está completamente desfasada con respecto a las formas de lucha actuales. Ahora, la cuestión misma de las condiciones de posibilidad de una revolución en los países desarrollados está saliéndose de su eje habitual. Y quizás dentro de poco empezaremos a darnos cuenta de que esta revolución *había comenzado* ante nuestros propios ojos hace ya algunos años. Y si todavía no podemos verla con claridad es porque se trata de una *revolución molecular,* una revolución cuyos

efectos transcurren esencialmente por los entramados de la política clásica. Los dirigentes políticos, los universitarios, los medios de comunicación, todos consideran sus manifestaciones visibles —las que no pueden dejar de ver por estar constantemente dándose de bruces con ellas— como fenómenos marginales y nada más, cuando en realidad puede que se trate de una transformación colosal que acabará por cambiar la sociedad de forma todavía más profunda de lo que lo hicieron las revoluciones de 1789 o de 1917. ¿Puede ser entonces que Mayo del 68 no haya sido, a fin de cuentas, nada más que la última de las revoluciones clásicas —su carácter de fiesta y de simulacro podría entonces entenderse como una forma afectuosa de dar la vuelta a una página de la historia—, es decir, una revolución retro? Es posible que solamente después dieran comienzo las cosas realmente importantes, a saber: una verdadera revolución permanente, una revolución que no podrá ser traicionada por nadie, porque nadie podrá autoproclamarse su representante o manipularla durante mucho tiempo.

Las preguntas que se plantean los jóvenes de *Marge* son serias. Puede que más serias que muchos análisis oficiales. Surgen del corazón de la crisis actual. Y ellos parecen saberlo, pues no dejan de insistir en que no se les debe confundir con gánsteres.
«Éstos no hacen más que darle la vuelta a la ley, utilizándola en su propio beneficio. No ponen en cuestión nada fundamental...». ¿Cómo acabar con la propiedad privada, ese cáncer de todas las economías modernas? ¿Cuál será el lugar del deseo en la nueva sociedad que, tarde o temprano, habrá que construir? ¿Cómo se articularán en ella el trabajo, el amor, la eficacia, la cooperación...? Muchos otros jóvenes del mundo entero están planteándose estas mismas preguntas. Jóvenes de ambos sexos, negros, portorriqueños, chícanos, etc., se organizan, bajo unas condiciones de represión inimaginables, en grandes bandas que controlan los guetos de las ciudades americanas y que no tienen nada que ver, ni mucho ni poco, con los del Chicago de los años veinte, o con la mafia. Estas bandas

integran verdaderos grupos de autodefensa. Aquí la delincuencia se identifica a menudo con los intereses del conjunto de la población de un barrio (lucha contra la droga, solidaridad, etc.). Los líderes están en la cárcel; atraviesan las barreras raciales, los particularismos territoriales; sorteando a su manera los obstáculos que frenan movimientos dirigidos de forma jerárquica, como los *Black Panthers* o los *Young Lords.* No hace falta ni decir que toda esta ebullición de ideas se sale por completo de la línea de los partidos revolucionarios «clásicos». América no está tan lejos. Las crisis aproximan a los continentes. Es cierto que los problemas raciales de ultramar son diferentes de los nuestros, pero seguramente no sea esto lo esencial. Por tanto, hagamos caso de los miembros de *Marge* cuando nos dicen: «No está lejos el día en que los delincuentes se decidirán a hacer la revolución...».

PARA EL 138° ANIVERSARIO DE LA LEY DE 1838[65]

Dos proposiciones de ley acerca de las libertades están siendo examinadas actualmente por una comisión especial de la Asamblea Nacional presidida por el Sr. Edgard Faure: una de ellas proviene de los Sres. Foyer, Labbé, Chinaud y Lejeune, y la otra del grupo de diputados comunistas. Por su parte, los socialistas, que ya habían sacado a relucir este asunto hace más de dos años al proponer que se abriera un gran debate sobre una «Carta de las libertades», acaban de publicar en la forma de un pequeño libro los resultados de la labor del Comité de reflexión que crearon para discutir estas cuestiones. En cada uno de estos informes se dedican algunas líneas (algunas páginas, en el caso del libro socialista) a los problemas relacionados con la defensa de las libertades individuales en el dominio de la psiquiatría.

El rasgo que tienen en común todas estas tomas de posición, lo que hace que sus diferencias en los puntos secundarios sean muy relativas, es que *no se salen del marco jurídico fijado por la ley del 30 de junio de 1838 sobre los «alienados»*. No preocupándose, en lo esencial, más que de proteger a los individuos contra eventuales internamientos arbitrarios, se limitaba a considerar las modificaciones al régimen de intemamiento marcadas por la ley.

Dada la importancia de las implicaciones políticas y sociales de estas cuestiones relacionadas con el estatus de la locura, creo que merecerían mucho más que una simple modificación de una vieja ley reaccionaria. Esta ley, no lo olvidemos, no sólo tiene como objetivo definir los papeles que corresponden a los cuatro personajes —el prefecto, el alienista, la familia, y, muy por detrás de ellos, el juez—, quienes tienen algo que decir sobre las lamentables mascaradas en que se han convertido los interna- mientos de oficio y los llamados internamientos «voluntarios»[66]. La primera función de la ley de 1838 era, de hecho, fijar un estatuto jurídico para los «establecimientos públicos consagrados a los alienados», es decir, *legitimar la existencia de espacios especiales donde pueda relegarse a los locos.*

Digámoslo sin tapujos, lo único que hacen los textos que están siendo estudiados en el Parlamento es enmascarar los verdaderos problemas en un momento en que las libertades individuales no sólo están siendo amenazadas por los riesgos del intemamiento arbitrario, como algunos parecen creer. La arbitrariedad se da por sentada en este caso, de tal manera que la probabilidad de que un fallo procedimental pueda conducir a su puesta al día en el plano jurídico resulta muy escasa. ¡Cuando es la propia ley la que lo establece, los poderes represivos pueden permitirse el lujo de ser escrupulosos! Por escandalosos que sean, también los casos de inter- namiento arbitrario funcionan como una ilusión óptica. Toda la psiquiatría, incluso en sus formas más modernas, está inmersa en un clima de arbitrariedad, no solamente a causa de los psiquiatras y sus nuevos métodos —las camisas de fuerza químicas, sociales o psicoanalíticas—, sino también debido a las prácticas policiales, la actitud de los empleadores de la Administración Pública y de la Seguridad Social, que no respetan el secreto médico. (¡Intenten presentar una demanda de empleo después de una suspensión laboral prolongada por razones psiquiátricas!). También es arbitrario el miedo del loco, reactivado periódicamente por los medios, con la complicidad de la población...

[66]Que sean «voluntarios» no significa en ningún caso que sea el sujeto quien pide ser internado, sino la familia o los vecinos (N. del A.).

Una ley sobre las libertades debería tener en cuenta precisamente esta segregación social en su conjunto, y yo creo que la única medida que estaría en condiciones de conmover a la opinión pública hoy en día sería *que se abrogase de una vez por todas la ley de 1838.* Hay que empezar por condenar el principio mismo de una ley especial que define el lugar que les corresponde a los espacios de segregación y poner bajo tutela a un sector entero de la población. ¿*Y* por qué no una ley para los tuertos, los tartamudos, los pelirrojos o los zurdos? Pero, me dirán ustedes, ellos no son peligrosos... Y sin embargo, ¿cómo definir el grado de peligrosidad intrínseca a una forma de

enfermedad? Hay otros sectores de la población que son mucho más peligrosos en comparación que aquellos a quienes se llama «locos»: ¡por ejemplo, los obreros o los conductores! Aceptar como evidente la existencia de una ley que segrega a los «enfermos mentales» sólo serviría para reforzar todas las formas de racismo de las que son víctimas los jóvenes, las mujeres, los inmigrantes, las minorías sexuales, etc. A nivel inconsciente, una ley puede perfectamente estar ocultando otra: detrás de una ley para los «locos» hay una ley para los homosexuales, otra ley para los judíos, otra para los metecos... y mientras tanto, esperamos la puesta a punto de nuevos dispositivos especializados en «soluciones finales»... No es por casualidad si en algunos países los poderes fácticos tienden hoy en día a recurrir cada vez con más frecuencia no sólo al internamiento psiquiátrico, sino a los propios tratamientos psiquiátricos como medio para ajustar cuentas con los disidentes políticos y religiosos.

Lo que resulta más paradójico de la situación actual es que, en los últimos años, algunos de los psiquiatras más importantes de la profesión hayan pedido la abrogación de la ley de 1838 y su sustitución, dentro del marco del Código Sanitario, por disposiciones reglamentarias para fijar «el estatuto médico y social de la profilaxis, la observación de los cuidados, el postoperatorio y

F

el seguimiento de los enfermos mentales», dicho en palabras del Dr. Henri Ey. En efecto, esos psiquiatras estiman que el desarrollo de la política sectorial —que consiste en asistir a la población de un barrio o de una región con infraestructuras extrahospita- larias tales como los dispensarios de higiene mental, los hogares, los entornos protegidos, los hospitales diurnos, la asistencia a domicilio, etc.— está provocando la desaparición de las grandes fortalezas psiquiátricas, y, por lo tanto, de la ley que las instituyó en primer lugar. La psiquiatría social desea acabar lo antes posible con el antiguo poder surgido de la tradición alienista —aún sólidamente implantada—, ya que sólo sirve para retrasar una evolución que considera irreversible. (En muchos países, por ejemplo en algunos de los estados de Estados Unidos, los grandes hospitales psiquiátricos ya han sido clausurados). Pero las cosas se complican cuando la desconfianza frente a la psiquiatría se ha generalizado de tal manera que ya no perdona ni siquiera a los reformadores aparentemente mejor intencionados. Al pedir que el poder que les asiste sea abrogado, ¿no está el psiquiatra moderno tratando de apropiarse de unos poderes fácticos que son mucho más formidables todavía? Eso es lo que se pregunta Françoise Guilbert en un libro escrito en 1974: *Libertad individual y hospitalización de los enfermos mentales,* donde se interroga sobre el poder exorbitante que se confirió a los psiquiatras después de 1838. Ellos, dice la autora, «tienen el poder de hospitalizar a un enfermo contra su voluntad, aunque nadie, ni la familia ni la administración, hubiera solicitado esta medida, e incluso en caso de oposición por parte de la familia».

De modo que volvemos de nuevo al debate jurídico de los internamientos arbitrarios, que por cierto guarda cierta simetría con las campañas de denuncia que lleva a cabo la prensa sensa- donalista en contra de la salida prematura de los enfermos fuera de los centros, que se considera peligrosa para la sociedad. Visto desde ese ángulo, la cuestión resulta imposible de resolver. A

partir del momento en que les conferimos a los médicos la responsabilidad de alienar la libertad de algunos enfermos no existe ninguna medida judicial *a posteriori* (o *a priori*, como exigen los actuales proyectos de ley) que permita cualquier forma de control. En efecto no hay por definición ninguna ley que esté capacitada para fundamentar o invalidar los criterios «científicos» en los que pretenden basarse las decisiones médicas. ¡Pero lo que habría que cuestionar aquí es la «peligrosidad» de los propios alienistas y la amenaza que representa el control sistemático de la población por las categorías «psi»! Eso se ve especialmente en el ámbito infantil, donde los internamientos en establecimientos especializados se multiplican a un ritmo espantoso. ¡Y en ese ámbito no hay una ley de 1838! ¡El poder de sugestión de psicólogos, psicoanalistas y trabajadores sociales se basta a sí mismo! ¿Quién estaría en condiciones de garantizar hoy en día este tipo tan particular de libertades, que no sólo están amenazadas por intervenciones del tipo *lettre de cachet*[53], sino también por los condicionamientos psicológicos audiovisuales y quimioterapéu- ticos que a menudo son aceptados dócilmente por quienes los padecen? ¡Seguro que los jueces no, ni tampoco los abogados, los representantes electos locales o los diputados!

Sólo si los propios interesados se hicieran directamente cargo de estos problemas podría llegar a invertirse la evolución de la situación actual, que tiende a desarrollar al máximo todos los medios modernos de alienación. ¡Un día u otro habrá que acabar con el hospital psiquiátrico y sus sucedáneos! Pero ¿quién podrá conducir a buen puerto esa misión de eliminación? ¿La Administración? ¡Resultaría inaceptable que, de un día para otro, se expulsara a los enfermos de los hospitales psiquiátricos donde han estado durante años y se despidiera a las personas que trabajan allí! (Esto fue lo que

[53] Durante el Antiguo Régimen una *lettre de cachet* era una carta que transmitía una orden real, permitiendo la encarcelación, el exilio o el internamiento sin juicio previo de personas que eran consideradas peligrosas por el poder o por la propia familia del reo (N. del T.).

se hizo en California, y en conjunto los resultados han sido más bien lamentables). La película italiana *Locos de desatar* de Marco Bellocchio, que describe la experiencia de la reconversión de un hospital psiquiátrico en la región de Parma, parece señalamos el camino: ahora corresponde a los enfermos ingresados, a las familias, a los trabajadores de la salud mental, a los médicos, a los sindicatos, a los comités de empresa, a las asociaciones culturales, a los municipios, etc., *hacerse cargo deforma colectiva de este tipo de problemas.*

En este mismo momento hay muchos hospitales psiquiátricos en Francia con una tasa de ocupación muy inferior a su capacidad, a consecuencia de lo cual se inflan los precios por día, mientras que en otros establecimientos se tiende a «rellenar» las plazas hospitalizando a personas pertenecientes a categorías de población que están fuera de la competencia tradicional de la psiquiatría (ancianos, mendigos, parados, etc.). No se trata de una vuelta al Gran Encierro en los hospitales generales del siglo xvii descrito por Michel Foucault en su *Historia de la locura,* sino que ¡ahora estamos en el régimen de la Gran Guardería! ¿Por qué cerrar los ojos ante este hecho? Se han invertido y aún siguen invirtiéndose millones en instalaciones ya caducas, cuyo funcionamiento además es vivido como algo intolerable (véase el caso del hospital psiquiátrico des Mureaux, vacío en nueve décimas partes de su capacidad). Mejor que dejarlo en manos de los marcos jurídicos represivos heredados del siglo xix, ¿por qué no permitirles que evolucionen a su manera? ¡Las paredes del asilo tienden a hacerse cada vez más permeables, y eso está muy bien! Lo único que hacían era agravar los trastornos, provocando desmoralización y agitación de manera artificial. De hecho, sólo los equipos que puedan disponer libremente de las instalaciones a su alcance estarán en condiciones de garantizar el respeto de las personas y la buena marcha de los cuidados. La ley del 3 de enero de 1968 definía ya una legislación relativa a los bienes de los «mayores de edad incapacitados» que liberaba a los enfermos

mentales de la ley de 1838. Entonces, ¿por qué conformarse con eso? ¿Por qué no acabar también con esta ley que continúa dominando a las personas y a las instituciones? Los problemas de salud mental, antes que ser competencia de los especialistas, juristas y poderes administrativos, incumben a toda la colectividad en cuanto tal. Una ley evolutiva sobre las libertades debería, por tanto, dotar a los usuarios de los medios para constituirse en un *nuevo poder* que equilibrara los poderes del Estado con los de las diversas categorías socioprofesionales implicadas. El ejercicio del control se convertiría aquí en inseparable de otras actividades de sensibilización de la opinión pública y de solidaridad activa. Comités populares de higiene mental —aunque el término mismo de higiene mental sea en sí mismo censurable, ya que sugiere demasiadas asociaciones con la beneficencia burguesa— abiertos ante todo a los que han resultado más directamente afectados, podrían encontrarse en condiciones de intervenir para ayudar *en* todo lo que puedan a las personas con dificultades, y también para supervisar y asistir a los equipos especializados, tanto en los servicios de emergencia como en problemas a más largo plazo, por ejemplo, los relativos a cuestiones laborales, la recolocación profesional, las relaciones vecinales, el alojamiento, etc. Así, deberían transferirse los medios, los derechos y el crédito de este dominio, hasta ahora demasiado secreto, de la psiquiatría, a una nueva forma de organización social.

Es cierto que existe el peligro de que tales «comités de base» acaben siendo tan represivos como las familias, los vecinos y los policías de la ley de 1838 o los tecnócratas de la sectorización. De hecho, las posibles direcciones que estoy indicando aquí sólo tienen sentido en la medida en que las fuerzas de la izquierda favorezcan el desarrollo de un movimiento popular que se ocupe del problema, en lugar de limitarse a reformar la legislación en vigor. Sea como fuere, al final la elección será inevitable: o la sociedad encuentra sus propios medios colectivos para el «tratamiento» de los problemas mentales que, por otro lado, no deja de generar, o continúa

confiándoselos únicamente a los especialistas y a las instituciones especializadas, que no hacen más que agravar el mal. Ello se debe a que, en gran medida, este mal es indisodable precisamente del funcionamiento permanente de máquinas represivas cuando se trata de abordar las cuestiones esenciales del deseo y la libertad.

TRES MILLONES DE PERVERSOS AL ESTRADO[54]

1. Introducción

El tema del número 12 de la revista *Recherch.es* —la homosexualidad en la Francia de hoy en día— no puede abordarse sin poner en cuestión los métodos habituales de investigación en las ciencias sociales, las cuales, amparándose en la objetividad, hacen cuanto está en su poder por interponer la máxima distancia entre el investigador y su objeto. Para conseguir el descentramien- to radical de abnegación científica que requiere el análisis de un fenómeno como éste, no es suficiente con «dar la palabra» a los sujetos afectados —lo que a veces resulta ser un gesto formal, e incluso un poco jesuítico—, sino que es necesario crear las condiciones que posibiliten un ejercicio absoluto, si no paroxístico, de esta enunciación. ¡La ciencia no tiene nada que ver con los compromisos o el buen tono! La ruptura de las barreras del saber establecido —del poder dominante, en realidad— no es algo que pueda darse por sentado. Habría que tener en cuenta al menos tres formas de censura:

• la del pseudoobjetivismo de los *sondeos sociales*, al estilo del informe Kinsey[55], trasladado al «comportamiento sexual de los franceses», que

[54] El número de marzo de 1973 de la revista *Recherches*, titulado «Tres millones de perversos, gran enciclopedia de la homosexualidad», fue secuestrado. Como director de la publicación, yo fui condenado por ultraje a las buenas costumbres. La sentencia del juicio ordenaba que se destruyeran todos los ejemplares al considerar que constituía una «detallada enumeración de obscenidades y desviaciones sexuales», la «confesión pormenorizada de una minoría de perversos» (N. del A.).

[55] Gran sondeo estadístico americano basado en los trabajos del Dr. Alfred Kinsey, que tuvo un gran impacto mediático en los años cincuenta. El famoso «5% homosexual de la población» vendría de allí

delimita *a priori* todas las posibles respuestas, de tal manera que los encuestados sólo puedan decir lo que el observador y el comitente del estudio esperan oír;

- la de los *prejuicios psicoanalíticos* que prefiguran la «comprensión» —en realidad, la manipulación— psicológica, tópica y económica de la homosexualidad, que de este modo sigue incluyéndose en el cuadro clínico de las perversiones, justificando así implícitamente todas las formas de represión que padece. Por eso no hablaremos aquí de fijación a los estados pregeni- tales, preedípicos o pre-lo-que-sea que definirían al o a la homosexual como carentes de algo —como poco de normalidad y moralidad—. Lejos de depender de una «identificación con el progenitor del mismo sexo», la «maquinación» homosexual rompe con toda forma posible de adecuación a un polo parental identificable. Lejos de resolverse en la identificación con lo Semejante, es una apertura a la Diferencia. En el caso del o de la homosexual, el rechazo de la castración no significa que él o ella se «derrumben» al verse confrontado con sus responsabilidades sociales, sino, al contrario, que él o ella trata de corregir a su manera todos los procedimientos de identificación normalizados, al menos potencialmente. En el fondo, estos procedimientos no son más que otros tantos vestigios de los rituales de sumisión más arcaicos;
- y, por fin, la de la *homosexualidad militante tradicional.* También en este aspecto ha pasado ya la época de la «Cabaña del tío Tom». No se trata aquí de una cuestión de defensa de las reivindicaciones legítimas e inocentes de las minorías oprimidas; ni tampoco de la exploración casi etnográfica de un misterioso «tercer sexo»... Los y las homosexuales hablan en nombre de todos, en nombre de una mayoría silenciosa, al poner en cuestión todas las formas de producción deseante, sean cuales sean. Si decidimos ignorar esta interpelación no habrá nada que podamos hacer en materia de creación y progreso. Atrás quedó el tiempo de los genios homosexuales que se esforzaban por distinguir y desvincular su obra de su homosexualidad, tratando de disimular el hecho de que su impulso creativo se originaba precisamente a partir de la ruptura con el orden sexual establecido.

Inciso para los sordos: ¡lo que decimos no es que el marica sea *en sí* un

(N. del T.).

revolucionario, igual que tampoco sosteníamos que el esquizo fuera el revolucionario del futuro! Lo que planteamos es simplemente que él, entre otros, *puede* serlo, que *puede* convertirse en el lugar de una ruptura libidinal a gran escala dentro de la sociedad, en uno de los puntos de emergencia de esa energía revolucionaria deseante que ha permanecido desconectada del activismo clásico. ¡Sin embargo, no hay que olvidar que también existe una locura asilar infinitamente desdichada, o una homosexualidad edípica, infinitamente miserable y avergonzada! Resulta conveniente prestar atención incluso a estos casos de represión extrema.

Mayo del 68 nos enseñó a leer en los muros y, desde entonces, han empezado a descifrarse los grafitis en las prisiones, en los asilos y, actualmente, hasta en los lavabos públicos. ¡Hay que inventar todo un «nuevo espíritu científico»!

2. Carta al tribunal

A lo largo de los últimos años la posición de los homosexuales en la sociedad ha cambiado mucho. Se ha constatado en este ámbito, como en tantos otros, un desajuste entre la realidad y la teoría psiquiátrica, la práctica médico-legal y jurídica.

Cada vez se percibe menos la homosexualidad como una enfermedad vergonzosa, como una desviación monstruosa o un delito. Esta evolución se ha acentuado en los últimos años a medida que las luchas sociales han comenzado a tomar en consideración problemas que antes se dejaban de lado, como la vida en prisión o en los asilos, la condición femenina, la cuestión del aborto, de la calidad de vida, etc. Así es como el movimiento político homosexual, considerado como una minoría marginal, defiende su dignidad humana y reivindica un pleno reconocimiento por parte de la sociedad. En Estados Unidos algunos de estos movimientos se han unido en acciones conjuntas con movimientos en contra de la guerra de Vietnam, en pro de la emancipación de los negros y los portorriqueños, de los movimientos feministas, etc.

En Francia la evolución ha sido diferente: el movimiento revolucionario homosexual, el FHAR (Frente Homosexual de Acción Revolucionaria), se desarrolló inicialmente en el plano político. No se trata de que se haya

producido una fusión de los movimientos homosexuales marginales con los movimientos políticos; sino que, por el contrario, ha sido directamente a partir del movimiento político como se han podido plantear los grandes problemas de la homosexualidad. Este movimiento maoísta espontaneísta, agrupado en torno al diario *Tout,* no solamente se negaba a aceptar que la homosexualidad fuera una enfermedad o una perversión, sino que además consideraba que toda forma de vida sexual normal se ve afectada por ella. De forma muy similar, el Movimiento de Liberación de las Mujeres (MLF) considera actualmente que la homosexualidad femenina no solamente es una forma de lucha contra el machismo, sino también una crítica radical de las formas de sexualidad dominantes en su conjunto.

La homosexualidad no solamente sería, por tanto, una dimensión de la vida individual, sino que también estaría implicada en una serie de fenómenos sociales derivados de la jerarquía, la burocracia, etc. Debido a esto se ha producido un desplazamiento de la cuestión: los homosexuales, hombres y mujeres, rechazan la etiqueta de minoría oprimida, ya que su intención es realizar una ofensiva política contra la sumisión de todas las formas de sexualidad al modelo de la reproducción y a los

1

valores de las sociedades capitalistas y socialistas burocráticas. \ De hecho, es menos una cuestión de homosexualidad que de transexualidad: se trata de definir lo que será la sexualidad en una sociedad liberada de la explotación capitalista y de las relaciones de dominación que se producen a todos los niveles de la organización social. Desde ese punto de vista, la lucha a favor de la homosexualidad se convierte en parte integrante de las luchas de liberación social.

He aquí los temas desarrollados por esta corriente de pensamiento que se exploraban en el número de *Recherches* a causa del cual he sido inculpado —en cuanto director de la publicación— de «ultraje a las buenas costumbres». En realidad, este número de *Recherches* en principio sólo plantea problemas de índole política. La acusación de pornografía no es más que un pretexto, el que resultaba más fácil de invocar en este caso concreto; lo esencial es reprimir «dando ejemplo» con un castigo ejemplar.

Recherches, al igual que cierto número de publicaciones actuales, se esfuerza en romper con la práctica habitual en la radio, la televisión y la mayoría de los medios de comunicación, que consiste en seleccionar las noticias en función de los prejuicios imperantes, arrogándose el papel de jueces de lo que es decente o indecente, trasladando a un lenguaje políticamente correcto el testimonio de las personas afectadas por un problema; en resumen: usurpando su voz. Para tratar de la situación de las prisiones, se pedirá la opinión a un juez, un policía o a un exconvicto, siempre y cuando éste presente un carácter excepcional —por ejemplo, ser el autor de un asesinato pasional—, pero nunca a un prisionero corriente. Lo mismo sucede con los enfermos mentales: como mucho, un loco creativo podría hacerse oír, pero nadie quiere escuchar testimonios sobre las condiciones miserables en que transcurre la vida de un hospital psiquiátrico.

Por lo tanto, hemos querido darles directamente la palabra a los homosexuales. ¿Y qué ha pasado? Que ahora se nos dice

f

que resultamos inconvenientes. Pero ¿de qué naturaleza es esta inconveniencia, sino política? La verdad es que lo que se dice en este número de *Recherches* resulta moderado comparado no sólo con las revistas de los *sex-shops* —¡y no es que quisiéramos

hacerles la competencia!—, sino también con mucho de lo que puede encontrarse en las publicaciones científicas actuales. La originalidad de este número consiste en que, por primera vez, tanto los homosexuales como quienes no lo son pueden hablar de esos problemas por sí mismos y con total libertad.

3. Sala de lo penal n.°17,1974

(Notas para el proceso)

- No voy a repetir los términos que empleé en mi carta al tribunal, el señor Kiejman[56] me lo ha desaconsejado ya que, por lo que parece, causaría mal efecto.
- Se me ha convocado en cuanto director de la revista *Recherches* para el número especial sobre la homosexualidad: «Tres millones de perversos. ¡Gran enciclopedia de la homosexualidad!».
- ¿Qué significa el hecho de que se me considere responsable de este número?
  - *Recherches* es la manifestación de un equipo,
  - este número en particular es el resultado de un trabajo colectivo,
  - todos los participantes han pedido ser inculpados.
- ¿Qué significa el hecho de hacer a alguien responsable de algo?
  - Yo soy el responsable, yo represento *Recherches,*
  - ustedes representan la ley,

- los diputados representan al pueblo,
- el presidente de la República, a Francia,
- los académicos, el conocimiento,
- los maricas, la perversión.

- *Recherches* quiere acabar con este tipo de representación, con todo ese teatrillo de los responsables y las instituciones. Lo que nosotros queremos es dar la palabra a quienes nunca han podido hacer oír su voz.

[56] Abogado de Guattari en este caso (N. del T.).

• En el CERFI[71] nos planteamos a menudo cuestiones que giran alrededor de estos problemas. ¡Aunque, por supuesto, quienes deben encontrar la respuesta son los propios interesados! Pero a veces no podemos evitar exponer nuestras propias ideas.

• Recientemente, el Ministerio de Justicia nos ha preguntado si aceptaríamos estudiar lo que podría ser «la disposición espacial de un Palacio de Justicia». Hay al menos una observación que podría hacerle ahora: que los jueces deberían estar en la sala, y los oradores *de cara al público,* sin importar quiénes sean.

• ¿Se puede hablar seriamente en un tribunal? Cuando yo era un joven militante, habría rehusado cualquier forma de participación en semejante «mascarada», les hubiera dicho: «¡Así que ahora hay que pagar por expresarse libremente en una revista! Muy bien, entonces tráiganme la cuenta, por favor. No perdamos más el tiempo». Y les habría lanzado a la cara un puñado de billetes o de monedas que los ujieres habrían tenido que recoger del suelo. Ustedes me habrían condenado por «desacato a la autoridad» ¡y todo el mundo contento! Hoy en día pienso de forma un poco diferente. Sé que en todas partes pasan muchas cosas, incluso en los juzgados, en la policía y hasta en las prefecturas. Pero ahora me interesa este proceso: querría saber si el desenlace estaba previsto desde el principio, si todo está inscrito en el «código» de las leyes. Porque, en ese caso, les concedo por ade-

[71] Centre d'études, de recherches et de formation institutionnelles (CERFI), fundado por Félix Guattari (N. de los E.).

lantado que este número de *Recherches* es indefendible. (¡Aunque estoy convencido de que el señor Merleau-Ponty, el señor Kiej- man y el señor Domenach sabrán probarles lo contrario!).

• ¿Para qué sirven los textos, ya se trate del texto de una ley o de un texto de *Recherches'?* ¿No son acaso inseparables de las relaciones sociales que los sustentan y de eso que los lingüistas llaman el contexto, lo implícito? Lo esencial se encuentra en la vida misma, en la evolución de lo que podríamos llamar una «jurisprudencia de la vida cotidiana». Veríamos entonces que la homosexualidad, o al menos su «derecho consuetudinario», ha evolucionado en estos últimos años, y de eso es de lo que tenemos que hablar.

• Pero antes de continuar me gustaría pedirle a su señoría dos cosas

con objeto de enriquecer este debate:

1) que desde este momento haga entrar juntos a todos los testigos,
2) que conceda la palabra con total libertad a cuantos lo soliciten.

• Este caso comporta dos aspectos, uno ridículo y otro serio. *Aspecto ridículo:* en abril de 1973 yo estaba en Canadá, donde participaba en un coloquio realmente apasionante. Por desgracia, no podía demorar más mi regreso a Francia a causa de una consulta urgente. Cuando llegué cargado de maletas a mi domicilio parisino, me encontré en la escalera con varias personas con las cuales estaba citado, sentados en los escalones de la entrada, delante de la puerta de mi casa cerrada con cadenas.

Tardé algún tiempo en darme cuenta de que el candado, groseramente atornillado a la puerta —lo cual me costó ciento cincuenta francos en reparaciones—, había sido colocado por la policía tras un registro. En mi ausencia, los testigos reglamentarios elegidos para dicho registro habían sido la vecina del piso de abajo y... ¡el cerrajero! Habían estado hurgando en mis papeles, rebuscando entre mi ropa y poniendo el baño patas arriba... Durante

todo este tiempo, diez policías llevaban a cabo un registro similar en la clínica de La Borde, donde trabajo. Se enviaron *decenas* de comisiones rogatorias... ¿para qué? Resulta difícil de creer, pero todo esto se hizo para encontrar unos ejemplares embargados de la revista *Recherches*... ¡de un número que llevaba ya varias semanas a la venta en las librerías!

Tengo que confesar que, cuando fui a ver al juez de instrucción para protestar contra tales procedimientos, ¡se quedó bastante perplejo! Así que recuerdo haber pensado que se trataba de un «error» y que todo el asunto sería aplazado *sine die.*

Aspecto serio: ¿cuál fue la causa de semejante alboroto? ¿El contenido o la expresión?

a) El contenido de este número es de una riqueza ciertamente excepcional. En particular en lo relativo a: la posición del homosexual en la sociedad; la forma que tienen diferentes grupos de inmigrantes norteafricanos de vivir la homosexualidad; la actual miseria sexual de los jóvenes; las fantasías racistas que a menudo se perpetúan a través de relaciones de dependencia sexual, etc; la masturbación: se han reunido testimonios extremadamente interesantes sobre este tema relativamente mal conocido. Pero harían falta al menos tres horas para poder tratar estas distintas cuestiones.

b) La forma de expresión del número ha sido el blanco principal de la represión, sin duda debido a que no se inserta dentro de ningún marco preestablecido, no se trata de un libro «artístico», ni de una revista pomo, ni de una novela erótica reservada a un público refinado, ni de un texto presentado bajo el aspecto austero de una comunicación científica.

En este número hemos querido liberamos de las nociones de autor y de obra. Cada vez que el juez de instrucción me preguntaba, por ejemplo, de quién era tal o cual artículo, no habría sabido responderle ni aunque hubiera querido. ¡Así es! ¡Se trata en su mayoría de actas, discusiones y composiciones de textos que

r

hacen imposible determinar qué parte corresponde a cada uno! Hasta la paginación ha sido hecha de forma colectiva, ¡y algunas frases las hemos tomado directamente de grafitis callejeros! ¿Cómo podría encontrar la ley a los responsables? En lugar de interrogarse sobre el fondo de la cuestión, ha preferido la opción más fácil: ¡hacer responsable al director legal!

• ¿Es irresponsable conceder a la gente la oportunidad de hablar, sin precauciones, sin literatura, sin un filtro pseudocientí- fico? (Aunque a un nivel secundario la investigación científica funcione con documentos elaborados según estos patrones). ¿De qué otra forma podría concebirse cualquier estudio, ya sea en el campo de la psiquiatría, de la pedagogía o en los ámbitos dependientes de la justicia? ¿Es realmente peligroso dejar que la gente se exprese a su gusto, permitirle decir lo que siente, con sus propias palabras, llenas de exceso y pasión? ¿Deberíamos crear una policía de los sueños y las fantasías? ¿Para qué sirve reprimir las manifestaciones públicas de espontaneidad popular que aparecen sobre los muros o en las paredes del metro, como pasa en Nueva York...? ¿Cómo es posible que no se comprenda que al prohibirle a la gente que se exprese a ese nivel se favorecen formas de acción que implican daños todavía mayores para el orden social?

Se piensa que la expresión del deseo es sinónimo de desorden y de irracionalidad. Y, sin embargo, es muy probable que el auténtico desorden, la verdadera irracionalidad, sean resultado del orden neurótico que obliga al deseo a adoptar los modelos dominantes. Es la represión lo que hace de la sexualidad algo vergonzoso y con frecuencia agresivo. El deseo deja de ser destructivo cuando consigue abrirse al mundo, pudiendo llegar incluso a volverse creativo.

Este proceso es político. Pone sobre el tapete una nueva forma de abordar la vida cotidiana y el deseo, así como las nuevas formas de expresión que han irrumpido en el panorama a partir

de 1968. ¿Dejarán por fin a la gente expresarse sin tener que pasar por los «representantes»? ¿Le dejarán producir sus propios periódicos, su propia literatura, teatro, cine, etc.?

La violencia engendra violencia. Si se reprimen las nuevas formas de expresión del deseo social, estaremos propiciando revueltas a gran escala, reacciones desesperadas, o incluso formas de suicidio colectivo (como lo fue, en cierto sentido, el fascismo hideriano).

Así pues, éste es el momento de que los jueces tomen una decisión. ¿Se situarán *a priori* del lado del orden dominante? ¿O serán capaces de prestar oídos a un nuevo orden, un orden que primero debe buscarse, para construir un nuevo mundo?

Lo esencial frente al fenómeno que me ocupa en este texto consiste en saber discernir las actitudes simplistas, ya sean formas de criminalización o de medicalización en términos psiquiátricos, psicológicos, sociológicos, etc. Dicho fenómeno tiene sus raíces muy lejos de estas «especialidades».

No se puede separar el mecanismo de la delincuencia y la criminalización del mecanismo de la droga misma. Las drogas cuestan caras y conllevan un estilo de vida que encierra al yon- qui en una especie de gueto. Esta infernal máquina económica tiene tanto poder que no puede salirse de ella si no es mediante la *distribución gratuita de drogas* que podría hacerse bajo control médico. Sin embargo, esta propuesta no será tenida en cuenta a no ser que adoptemos primero un nuevo enfoque no represivo; a condición, por lo tanto, de que se modifique la relación de fuerzas entre las personas afectadas y los poderes públicos. Bien mirado, el resultado sería probablemente mucho menos catastrófico que la situación actual, que empuja a los yonquis a vivir en la angustia y el pánico permanentes, generando un entorno especial en el que proüferan los mitos sobre el consumo de drogas duras. Todo un caso de proselitismo que, por cierto, constituye la única salida posible para los traficantes drogadictos. Ahí reside el problema. No se trata de proclamar a los cuatro vientos la teoría del salto de las drogas blandas a las drogas duras, sino, por el contrario, de desactivar el tipo de razonamientos inductivos que conduce al proselitismo. ¡Imagínense que se obligara a los sifilíticos a extender la

enfermedad para sobrevivir! Me parece indispensable que se hagan circular libremente las drogas duras, ofreciendo al mismo tiempo al adicto la posibilidad de elegir entre una gama de productos sustitutivos. Para organizar este tipo de distribución con fines terapéuticos primero tendría
que ser discutida con los grupos de drogodependientes, los trabajadores sociales, los médicos, etc. Pero lo fundamental es que se impida a los jueces y a la policía toda forma de intrusión represiva en este terreno.

La mitología «científica» que consiste en definir el mecanismo de las drogas duras como algo dependiente de procesos bioquímicos radicalmente distintos de los de las otras drogas tiene su correlato en la mitología transmitida por los propios yonquis. El alcohol es una droga extremadamente peligrosa, y sin embargo no hay más alcohólicos crónicos ni más casos de cirrosis hepática por el hecho de que sea legal y pueda comprarse en cualquier parte. En el ámbito de las drogas duras, la regulación irá surgiendo por sí misma. Y no hay duda de que con un régimen de libertad se alcanzaría una disminución en el volumen de consumo, al perder intensidad el mito gracias a la desaparición de sus líderes proselitistas.

Antes de condenar esta propuesta habría que estudiar en detalle las experiencias basadas en la misma idea llevadas a cabo en Inglaterra. Es cierto que muchos yonquis se niegan a ser incluidos en un archivo, o bien asocian el uso de drogas distribuidas legalmente con las drogas ilegales. Pero nuestro análisis debería centrarse de manera prioritaria en el contexto institucional de tales experiencias, que indudablemente no puede desvincularse por completo de la dependencia económica ni de la criminaliza- ción. Lo digo una vez más: la descriminalización sin ambigüedades es un prerrequisito imprescindible. Si no se puede lograr que los poderes

públicos la acepten en lo que respecta al consumo y al menudeo, entonces quizás sea necesario que un cierto número de asociaciones y grupos militantes asuma la responsabilidad de organizar formas alternativas de distribución. Esto es lo que se ha intentado hacer en Vincennes, en condiciones muy difíciles. Dicha iniciativa permitió al menos alcanzar un mínimo de control colectivo sobre la calidad de los productos.

Desde una perspectiva más global, este problema tiene que ver, según creo, con el colapso de los antiguos modos de territorializadón subjetivos. Hay un tipo particular de fenómenos, que yo llamo «el eco de los agujeros negros», que empuja a la gente a aferrarse a cualquier precio a territorialidades, objetos, rituales y comportamientos compensatorios, de los más ridículos a los más catastróficos. Desde este punto de vista, podríamos incluirlos en el mismo grupo de relaciones que mantiene un joven que se apasiona por su moto o por la música rock, o un niño que se apasiona por sus muñecos, o por la reterritorialización de una banda callejera sobre su emblema, la de un ama de casa sobre sus artículos de consumo, la de un ejecutivo sobre una promoción, una función jerárquica, etc. El tema de la droga se desplaza entonces hacia las formas de transición entre las distintas drogas, sociales, materiales, psicológicas, etc. ¿Por qué consideramos que es mejor reterritorializarse sobre una droga que sobre otra, por qué escoger una alternativa «socializada» o cualquier cosa que vaya a producir efectos desastrosos para el individuo y para su entorno?

Me parece que existe un rasgo común que nos permite situar en un mismo plano fenómenos tan distintos como los suicidios simulados de los moteros de Rungis, la intoxicación audiovisual generalizada, etc., y es la existencia de un cierto tipo de agujero negro subjetivo que yo calificaría de microfascista. Los agujeros negros proliferan en la totalidad del espacio social. De lo que se trata es de saber si la subjetividad resuena en ellos de tal manera que la vida entera de un individuo, con todos sus modos de semiotización,

dependa de un foco central compuesto de angustia y culpabilidad. Mi intención al proponer la imagen de un agujero negro es ilustrar el fenómeno de la inhibición de los componentes semióticos de un individuo o de un grupo que se encontraría así incapacitado para cualquier forma de vida en el exterior. Lo que pretendo poner de manifiesto con la expresión «el eco de los agujeros negros» es la resonancia recíproca entre distintos sistemas de bloqueo[57]. (Por ejemplo, cuando sientes un calambre en el estómago y sólo puedes pensar en eso, estás «so- matizando», proyectas una zona erógena sobre tu dolor, hostigas a tu mujer, a tus hijos, etc., y todos estos ámbitos entran en resonancia).

Muy pocas personas consiguen salir indemnes del mundo de las drogas duras, aparte de los miembros de algunos grupos de rock que tienen a su disposición una imagen pública que les permite «teatralizar» su condición de adictos. Los demás, por decirlo sin tapujos, están metidos en la mierda hasta las orejas. Tratar de buscar respaldo en los pocos tipos que han logrado articular algo a partir de su experiencia como yonquis para justificar la mitología de las drogas duras sería hacerse cómplices de un engaño.

Por último, la distinción entre drogas duras y drogas blandas es muy artificial, y parece mal fundada en el ámbito clínico. También se puede hacer un uso duro de las drogas blandas y un uso blando de las drogas duras. El choque golpea siempre «de entrada» al mismo sistema nervioso, lo que nos hace pensar que en última instancia todo es cuestión de densidad, de intensidad, del modo de administración, del agenciamiento material, social y subjetivo de las drogas.

Dicho de otra forma, lo que importa no sólo son las características físico-químicas, sino también la forma de compra, el ambiente, el contexto, los mitos, etc., y que todo consiste en saber si tales agenciamientos complejos conducirán o no a una

[57] O de catástrofe, en el sentido de René Thom (N. del A.).

individuación reforzada de la subjetividad que avanza en dirección a una soledad sin salida, de un bloqueo social y neurótico.

La cuadrícula, el control social, condenan a la mayoría de los individuos a elegir entre dos situaciones extremas: una soledad insalvable o una incapacidad completa para aceptar cualquier forma de soledad, es decir, un reclamo constante para todas las formas de dependencia y todas las formas de «adicción» (el deporte, la tele, la pareja, el trabajo, la jerarquía).

Me parece que las drogas duras están relacionadas con la primera situación y las drogas blandas con la segunda, con la única diferencia de que en algunos casos han comenzado a rebasarla.

La gente que consume drogas blandas construye una microeconomía del deseo, agenciamientos más o menos colectivos en cuyo seno la droga interviene sólo como un elemento más de la ecuación.

Una droga puede ser considerada blanda desde el momento en que deja de orientarse hacia esta forma de individuación subjetiva, de bloqueo, de desconexión respecto de la realidad exterior. De este modo, ayuda a la creación de *agenciamientos colectivos de la enunciación* que permitirán a algunos individuos liberarse de sus inhibiciones y replantearse su modo de vida, sus preferencias morales y políticas o su entorno social y material.

Uno de los elementos constitutivos del mito de las drogas duras está basado en la idea de que éstas favorecen una forma de producción original y específica. Así, habría una cultura vinculada a la droga (un tema que fue particularmente explotado por la «generación Beat»). Me parece que éste es el mismo mito que se ha creado en torno al llamado arte psicopatológico. Tomemos por ejemplo los dos cortometrajes que Henri Michaux ha consagrado a las drogas alucinógenas. ¡En realidad, tienen muy poco que ver con la experiencia de las drogas! Algunas imágenes resultan muy bellas, pero lo que estas películas muestran es la *literatura* de Henri Michaux, evidentemente, y no todas las formas posibles de

semiotización propias de las drogas. Resulta aberrante imaginar que existe un arte específico de los locos, los niños, los yonquis, etc. ¡El que un niño o un loco produzcan obras de arte no implica en absoluto que la esencia de su obra sea pueril o demente! Algunos grupos de drogodependientes han desarrollado una cultura propia, ¡pero no puede inferirse de ello que las drogas produzcan una forma de expresión específica!

Es muy probable que los estudios antropológicos y lingüísticos demuestren un día que, lejos de pertenecer al mundo marginal y de estar circunscrita a una cultura en particular, la droga ha desempeñado un papel fundamental en todas las sociedades y en todas las corrientes culturales y religiosas. Podríamos incluso pensar que su uso desde el paleolítico contribuyó al «despegue» del lenguaje humano (lo que, por cierto, yo llamo una «perversión paradigmática»), Pero las drogas solitarias del capitalismo raramente funcionan según los patrones colectivos que caracterizaban, por ejemplo, el chamanismo. Es nuestra sociedad entera la que está drogada, «endurecida» por las drogas, ella es la que cada vez las asocia más con el sabor de la catástrofe y la pulsión apocalíptica. ¡Ya no hay nada que hacer, nada que decir! ¡Sólo nos queda seguir el movimiento! El fascismo y el estabilismo fueron drogas duras colectivas. La sociedad de consumo ha miniaturizado esta carrera desbocada hacia la pasividad y la muerte. Ya no hay necesidad de construir campos de exterminio; los llevamos dentro de nosotros mismos.

En el fondo, la distinción entre drogas duras y drogas blandas pasa por trazar el límite entre un nuevo estilo de vida —yo prefiero hablar aquí de «revolución molecular» más que de «nueva cultura»— y los rasgos microfascistas de las sociedades capitalistas industriales y de las burocracias socialistas. Yo siempre me pondré del lado de las drogas, sean las que fueren, y en contra de la represión. Pero eso no implica ninguna apología de las drogas duras, que me parecen esencialmente microfascistas, no como moléculas,

sino como agenciamientos moleculares de deseos que hacen cristalizar la subjetividad en un vértigo de aniquilación.

La manera en que a veces se asimilan, o más bien se distingue sutilmente entre la droga y la psicosis, me resulta seductora, pero también peligrosa. Con la psicosis estaríamos ante un intento de superar un desmantelamiento semiótico del cuerpo, mientras que con la droga nos encontraríamos ante una voluntad micropolítica, una vocación de realizar por uno mismo dicho desmantelamiento. Pero me parece que esta idea no se sostiene. Siempre he intentado partir de la noción de agenciamiento, de la primacía del conjunto sobre sus componentes. Para mí el agenciamiento no es el delirio, el síntoma, las alucinaciones, sino algo que implica mucho más y mucho menos que la persona, algo que incluye partes del *socius*, de las estructuras económicas, de las funciones orgánicas, de un entorno ecológico, etc. Los yonquis no tienen más iniciativa que los locos, y me parece intuir aquí una forma de responsabilizarles, de culpabilizarles, que me parece sospechosa. ¡Un loco es un loco, y eso no es culpa suya! ¡Pero un yonqui es un capullo, él se lo ha buscado! Pienso que todo lo que sea susceptible de ofrecer una justificación pseudocientífica a este tipo de fantasías colectivas debería ser examinado con lupa y desmontado.

Hay que acabar de una vez por todas con esta manía de atribuir responsabilidades y culpas de forma colectiva. Hay algunos que se encuentran atrapados en un espacio de posibilidades micropolíticas que no les dejan más que una salida, mientras que otros se encuentran ante un callejón sin salida. Esto depende a la vez de factores objetivos y de factores mi- cropolíticos que se encuentran al nivel del agenciamiento de enunciación más inmediato, más íntimo. Algunos consiguen agarrarse a una tabla en medio de la riada, mientras que otros son arrastrados por la inundación. Tendríamos que desarrollar una especie de lógica que no fuera dùplice sino triple, múltiple, «polívoca», que otorgase a los individuos una responsabilidad plena y a la vez una completa

irresponsabilidad, dependiendo del tipo de agenciamiento micropolítico que se tomase en consideración.

Sobre la escalada de drogas

En un resumen de mis ideas que se presta a malentendidos, Jean Balthazar declaraba que yo defiendo «un aprendizaje autónomo basado en las drogas y la libre circulación de éstas...». En la «polémica» que mantuve con Olivenstein, me limité a afirmar que la venta libre de drogas duras —en las farmacias, por prescripción médica, en los dispensarios o por otros medios— causaría *menos daños que el sistema actuad de clandestinidad* que frecuentemente obliga a los consumidores a convertirse en traficantes. ¡Además, es la única forma de poder controlar la calidad de los productos que circulan, lo cual es imprescindible! (Nadie ignora los males ocasionados por las drogas adulteradas, la falta de higiene, etc.).

Si bien es cierto que existen «yonquis felices», hay que reconocer que la situación de los drogadictos es casi siempre lamentable, o incluso trágica. Justifica esto la represión por parte del poder policial? En realidad, es justo al contrario; lo único que consiguen los «especialistas» que respaldan mediante argumentos supuestamente científicos esta forma de represión es entrar en el juego de las instancias de parcelación y control social cuyos dispositivos están en constante expansión.

El yonqui debe ser libre de dejarse curar o de negarse a ser curado, exactamente igual que cualquier otra persona, teniendo incluso derecho a rechazar tal o cual tratamiento; por mi parte además estoy convencido de que ninguna forma de desintoxicación resultará eficaz si los propios adictos no la asumen por sí mismos. (Tomemos por ejemplo la experiencia del «Detox Ser-

vice» de Nueva York[58]). ¡Pero para que esto pueda suceder es necesario que antes cesen todas las formas de represión hacia los yonquis!

Se ha querido justificar la represión diciendo que es el único medio para contener el riesgo de contaminación, que hace que cada vez más personas se enganchen a las drogas duras. Este argumento es falso en más de un sentido. Para empezar, y esto es algo que los propios policías reconocen, la represión que se practica actualmente no contribuye de ninguna manera a limitar la extensión del fenómeno de la droga. Por lo demás, distintas pruebas realizadas en todo el mundo han demostrado que normalizar la distribución de las drogas no provoca que se multiplique el número de adictos. ¡Además, todo el mundo sabe ya que la cirrosis hepática y el *delirium tremens* no han aumentado en Estados Unidos desde el final de la prohibición! Y el problema de la adicción al alcohol —digan lo que digan algunos especialistas— no es esencialmente distinto del de la adicción a las drogas duras.

En cuanto al argumento de una pretendida «transición» o escalada que conduciría necesariamente del porro a la papelina, está tan lleno de mala fe que ni siquiera vamos a rebatirlo aquí.

Los sociólogos dan constancia de la existencia de más de dos millones de miembros del subproletariado, de niños abandonados y de indigentes de toda clase en la Francia de 1978. Con frecuencia se hace alarde de una viva preocupación, tratando de analizar el «problema» en sus distintas vertientes. Jean Schmidt, por su parte, se limita a aproximar su cámara a los rostros de los jóvenes barriobajeros de la calle de la Huchette, tendiendo un micrófono atento a los mendigos, a los yonquis, a los despojos alcoholizados que atestan el corazón de la capital. El impacto resulta insostenible. Las estadísticas se confunden. Sentimientos de piedad, de repugnancia, de revuelta, de impotencia y de rechazo aparecen

---

[58] Véase el texto «Bandas de Nueva York», en la p. 318 de este este mismo volumen (N. de

mezclados de forma inextricable. De pronto, el ruido sordo que emiten los discursos del poder y el consenso dominante se hace inaudible.

Su película *Como ángeles caídos del planeta Saint-Michel* sobrepasa las limitaciones de un simple documental, abrazando la realidad actual de la marginalidad de forma mucho más cercana que un reportaje periodístico. Esto se debe a que la «objetividad» característica de la encuesta social es sustituida aquí por una exploración llevada a cabo por los propios habitantes de estos «territorios de la miseria», por usar la expresión que emplea uno de ellos. No sólo son interpelados desde el exterior, sino que la película ha sido concebida para que puedan reflexionar con total libertad —posiblemente sea la primera vez en sus vidas que se les permite hacerlo con una seriedad e intensidad tales— acerca del sentido de su condición, sobre la responsabilidad de la sociedad para con ellos o sobre la función real de los organismos asis- tenciales... Jean Schmidt ha mostrado las cosas como le venían dadas, no ha intentado seleccionar los testimonios mediante el montaje para producir un mejor efecto; en su filmación recoge tanto los clichés que circulan por todas partes como las revelaciones poéticas más fulgurantes, desde los arranques declamatorios específicamente dirigidos a los oídos del espectador hasta imprecaciones racistas de lo más insoportables.

En mi opinión, el descubrimiento más preocupante derivado de estos testimonios es el carácter inexorable de los procedimientos destinados a fomentar la segregación que padecen los marginados de los países llamados desarrollados. Según parece, la persecución y el confinamiento no provienen tanto de los métodos de coerción directos como de un sistema *generador de dependencia*, organizado a partir de una multipHcidad de focos.

Esta dependencia *es fisiológica* a causa del hambre, el frío y la adicción a las drogas de los pobres (alcohol, éter...).

También es *psicológica,* y hasta podríamos decir que *etnológica*, a causa de la inseguridad permanente y la ocupación sucesiva de los mismos espacios por parte de los mendigos, los pandilleros, los maleantes, los camellos, los policías y los turistas.

Es *institucional,* desde el momento en que recurre a los trabajadores sociales y a los Servicios Públicos (el laberinto formado por el centro de reeducación, la cárcel, el servicio psiquiátrico, el asilo de noche, el hospital general...).

Finalmente, la dependencia pertenece al ámbito del espectáculo, como lo demuestran esos jóvenes que improvisan rimas en la plaza del Centro Pompidou para conmover, pero también para intimidar un poco a los turistas.

Incluso la esperanza parece aquí estar siendo manipulada, desvirtuada, instrumentalizada por los poderes públicos, las asociaciones de beneficencia y los movimientos políticos.

Veamos dos ejemplos sacados del documental:

• un grupo de marginados, ayudados por un educador, intentan formar una cooperativa autogestionada para la búsqueda de trabajo temporal, pero inmediatamente se hace evidente que un proyecto como ése sólo puede salir adelante si

cuenta con la «protección» que brindan las tutelas administrativas;

• el mismo grupo toma parte en la resistencia callejera para impedir el embargo de un inmueble expropiado y la expulsión de sus inquilinos. Pero inmediatamente después de su victoria, es decir, de las negociaciones entabladas con el ayuntamiento para discutir el reasentamiento de esas personas, nos encontramos con que todo vuelve inmediatamente a la situación anterior de aislamiento, de violencia gratuita y enajenación...

Sea cual sea el mérito de estos intentos, están condenados en el mejor de los casos a un éxito precario y efímero, y en el peor a la institucionalización y a la reapropiación por parte de los mecanismos llenos de tentáculos de la reinserción social. ¡Pero esto no significa que no haya que emprender este tipo de iniciativas! No debemos menospreciar los beneficios, quizás inmensos, que podrían resultar para tal o cual persona en particular, y especialmente la «dosis de esperanza» que proporcionan a pesar de su carácter ambiguo y fugaz. Pero lo que es evidente es que no podrá encontrarse una verdadera solución si sólo encauzamos nuestros esfuerzos en esta dirección. La entrega indiscutible de algunos trabajadores sociales no conseguirá jamás atacar el problema de raíz, como tampoco pueden hacerlo las reformas mediocres a corto plazo. Únicamente a través de una transformación profunda de la sociedad en su conjunto, comenzando por el llamado poder popular y el movimiento obrero organizado, podrá darse un cambio real en la situación de los marginados.

Hoy en día ya no podemos permitimos hablar de estas cosas en términos generales, tomando distancias... Tampoco podemos respaldar la idea de que tales cuestiones sean competencia de los «especialistas». Según esto podría considerarse que una película como la de Jean Schmidt y su equipo constituye una forma ejemplar de intervención. No conforme con denunciar el escándalo, ataca directamente a esa sensibilidad embotada, «drogada», infantilizada por obra de los medios de comunicación y de una opinión pública que «no quiere saber». La fustiga de lleno,

poniéndole delante de las narices imágenes y verdades.

La evolución de los medios de comunicación de masas parece ir en dos direcciones contrarias:

- hacia sistemas hiperconcentrados controlados por los aparatos del Estado, los monopolios, los grandes dispositivos políticos, cuya finalidad es modelar la opinión pública y reforzar la adaptación de las actitudes y esquemas inconscientes de la población a las normas dominantes;
- hacia sistemas miniaturizados que hagan posible una apropiación colectiva de los medios y que produzcan auténticos medios de comunicación, no sólo para las «grandes masas», sino también para las minorías, los marginados y otros grupos desviantes de todo tipo.

Por un lado, cada vez encontramos más centralismo, más conformismo y opresión; por el otro, la perspectiva de nuevos espacios de libertad para la autogestión y la realización de las singularidades del deseo.

¿Cómo explicar que, a partir de una técnica tan relativamente antigua como la radio, se haya producido un avance en esta segunda dirección tanto en Italia como en Francia, a través del fenómeno de las radios libres? ¿Por qué no a través del vídeo, que hace poco tiempo suscitaba tantas expectativas? ¿Por qué no la televisión por cable? ¿Por qué no el super-8? Sería demasiado complicado investigar todos los factores que han hecho posible este «despegue» de las radios libres. Pero me parece que hay uno que tendría que ser puesto de relieve: en el caso del vídeo y el cine, la iniciativa técnica permanece esencialmente en manos de las grandes empresas industriales; mientras que en el caso de las radios libres, una parte importante de la técnica depende de lo inventivas que sean las soluciones improvisadas de sus promotores.

Ahora bien, aquí como en todas partes las decisiones técnicas siempre encubren decisiones políticas y micropolíticas. Por ejemplo, las opciones técnicas en el terreno televisivo giran en torno

al consumo familiar e individual. Esto explica las restricciones inherentes al marco de las emisiones (la división del trabajo entre técnicos, presentadores y guionistas, la orientación predominante hacia los platos cerrados; la vocación nacionalista de los programas...) que conducen ineluctablemente al consumidor a una pasividad absoluta. No obstante, ¡no había nada que impusiera esa elección política desde el principio! Al inicio resultaba fácil concebir equipamientos adaptados a los «grupos sujetos» en lugar de a grupos sometidos. Pero, como esta orientación no les interesa a los responsables estatales y capitabstas, ha triunfado el «medio más fuerte». Y desde entonces se tiende a legitimar esta elección por el propio orden de las cosas, por una evolución «natural» de la técnica.

Con las radios libres nos encontramos ante el mismo tipo de problema técnico-político. Aquí, por el contrario, se impone el «medio más pobre» a causa del enfrentamiento con el poder. Por consiguiente, en la etapa actual la única forma de resistir eficazmente a las interferencias y a las pesquisas del poder es multiplicando el número de emisoras y minimizando el material para reducir los riesgos. (Esta guerrilla cotidiana de las ondas podría «salir» a la luz sólo con que se dieran las condiciones adecuadas: emisiones en público, jornadas nacionales, etc.).

Los presentadores de las radios bbres populares ponen un énfasis particular en que el conjunto de los medios técnicos y humanos deberían permitir establecer una auténtica interacción entre la audiencia y el equipo que emite, ya sea mediante llamadas telefónicas en directo, ya sea abriendo las puertas del «estudio», a través de entrevistas o bien mediante la grabación de las emisiones en cintas por parte de los radioyentes. Las experiencias realizadas en Italia a este respecto nos muestran un inmenso campo abierto a nuevas oportunidades, como en el caso del grupo de Bolonia que presenta Radio Alice y el periódico *A Traverso.* Aquí, uno se da cuenta de que la radio sólo es un elemento más dentro del abanico de medios de comunicación disponibles, que van desde los

encuentros informales cotidianos en piazza Maggiore hasta los periódicos impresos, pasando por los tablones de anuncios, pinturas murales, posters, octavillas, actividades comunitarias, reuniones, fiestas, etc. ¡Muy lejos quedan ya las concepciones tecnocráticas propias de los propietarios franceses de *radios locales,* que sólo permiten que se expresen en voz alta las figuras representativas, y también las concepciones propias de la izquierda tradicional, cuya finalidad por encima de todo es que se transmitan la «línea del partido» y las llamadas a la movilización a través de las ondas! Resulta frecuente que los debates serios sobre las radios libres italianas sean interrumpidos en directo por intervenciones violentamente contradictorias, bien humorísticas o bien poético-delirantes. Lejos queda también el enfoque de los técnicos modernos según el cual lo importante hoy en día es el contenido de las emisiones, el cuidado que se pone en su realización, enfoque que nos remite a toda una mitología de la «mirada de la modernidad» y de las «nuevas formas de atención»... Todos estos «requisitos previos» concernientes a las cualidades de los portavoces, al contenido de los mensajes y a la forma de expresión convergen. Los «localistas», los militantes y los modernos tienen algo en común: de una u otra forma todos se presentan como *especialistas:* especialistas en comunicación, en consignas, en cultura, en locución... Pero la nueva vía que ha abierto el fenómeno de las radios libres parece ir precisamente en dirección contraria al criterio de la especialización. Lo que hay de específico en ellas son los agenciamientos colectivos de la enunciación que absorben y «atraviesan» todas las especialidades.

¡Por supuesto, el hecho de que distintos grupos sociales tomen la palabra sin intermediarios de ningún tipo no es cualquier cosa! Por el contrario, representa una amenaza fundamental para todos los sistemas tradicionales de representación social, cuestionando una cierta concepción de lo que es un delegado, un diputado, un portavoz oficial, un líder, un periodista... ¡Es como si, al nivel de la superficie

de escucha, cualquiera, hasta el más dubitativo, el más tímido, pudiera tomar la palabra cuando quisiera, en una enorme reunión permanente! En dichas condiciones podría esperarse que ciertas verdades acabaran por tomar forma y encontrasen una *nueva materia expresiva.* Hace algún tiempo, Bertrand Boulin lanzó, en Europe N.°l, una emisión en la que los niños podían hablar en directo a la salida del colegio. ¡El resultado fue absolutamente sorprendente y conmovedor! A través de miles de testimonios se ponían de manifiesto algunos aspectos reales de la condición infantil que ningún educador, ningún psicólogo habría sabido descubrir. Pero, por desgracia, también se habían hecho públicos (con pelos y señales) nombres, lugares y circunstancias, lo cual provocó el escándalo, el sofocón, así que la emisión fue suspendida...

Los portavoces del tercer estado en 1798 tuvieron que inventar una nueva forma de expresión, una nueva lengua, para poder redactar los «cuadernos de quejas». Hoy en día el cuarto mundo también anda en busca de nuevos lenguajes para poner al día y discutir los problemas que afectan a toda la sociedad. Y es precisamente en este contexto de experimentación de un tipo nuevo de democracia directa donde se inscribe la cuestión de las radios libres. La palabra directa, la palabra viva, llena de aplomo pero también de dudas, de contradicciones y hasta de sinsentidos, es transmisora de considerables cargas de deseo. Por eso los portavoces, intermediarios y burócratas de toda clase se apresuran a reducir esta porción del deseo para decantarla. La lengua que hablan los medios oficiales está calcada de las formas de expresión educadas propias de la clase dirigente y los universitarios, lo cual conduce a un abismo insalvable entre el decir y el hacer. Sólo se les permite hacer a quienes dominan las formas permitidas del dedr. Las lenguas del deseo, por el contrario, inventan nuevas formas y tienen una tendencia irrefrenable a devenir actos; empiezan por «tocar», por hacer reír, por emocionar, luego suscitan el deseo de «ir hada», hacia quienes hablan y hada las cuestiones que les afectan.

¡Se nos dirá que Francia no es Italia, y que nos arriesgamos a naufragar en la brecha abierta en el monopolio estatal, toda la cohorte de radios comerciales privadas y los tiburones de la publiddad! Recurriendo a este tipo de argumentos se pretende denunciar a las radios libres y justificar la permanenda del monopolio, o al menos su control pardal, adudendo que las radios locales acabarán al servicio de los notables y bajo la vigilanda indirecta de la prefectura. ¡Hace falta tener muy mala voluntad para introducir así la cuestión de la publiddad a propósito del desarrollo de las radios populares! Obviamente, aquí nos encontramos con dos problemas distintos: por un lado está el tema de la supresión del monopolio como condición previa para el surgimiento de las radios libres y, por otro lado, está la cuestión mucho más vasta del control que ejerce por todas partes la publicidad comercial, en los muros, en los periódicos, en la tele y, eventualmente, en las radios libres. ¿Por qué debería la crítica de esta intoxicación publicitaria —suponiendo que la izquierda esté verdaderamente decidida a cuestionarla— implicar un control, una censura, una tutela institucional sobre las radios Ubres? Los pubUcistas están preparados para financiar con sus muchos millones el lanzamiento de numerosas radios privadas. ¡Pues bien, que se ponga coto a la publicidad, o incluso que se la prohíba en todas las emisoras y ya veremos si esas personas siguen tan seguras de querer embarcarse en tales aventuras! Sí, se me objetará que el gobierno mismo apoya secretamente a los pubUcistas

(igual, por cierto, que a los notables locales) mientras que reprime a las radios libres, como se ha hecho patente hace poco, con el embargo del material de «Radio 93», de «Radio Libre París» y de «Radio Rocket».

¿Qué será lo que decida la cuestión finalmente? ¿La reglamentación, las maniobras subterráneas del poder o la relación de fuerzas sobre el terreno? ¡Que decenas de radios libres empiecen a transmitir la voz de otros tantos nuevos grupos, que sectores cada vez mayores y heterogéneos de la población participen en estas radios, que las financien y las protejan, y ya veremos de qué lado de la balanza se inclinará la alianza actual entre el Gobierno, lo privado y los notables locales! El monopolio y la reglamentación en realidad no son capaces de proteger al público de la publicidad, ¡no hay más que encender la tele! Y además, ¿no corresponde a las masas el organizarse ellas mismas contra la contaminación publicitaria? No somos niños, ¡pero es que hasta los niños toleran cada vez peor que se los trate como a seres irresponsables! ¡No necesitan que se los proteja, en contra de su voluntad, de los «malos impulsos» que les arrastran hacia esa inmundicia que la publicidad les ofrece a manos llenas! ¡El día en que sus transistores les ofrezcan cien emisoras distintas, sabrán elegir ellos mismos la que más les convenga! La actitud prudente de los partidos de izquierdas y de los sindicatos, que tratan la cuestión de las radios libres dando una de cal y otra de arena, implica una concepción ya obsoleta de la intervención de las masas en el campo social. Los textos, las solicitudes, las normativas y las delegaciones son una cosa, pero que los grupos sociales activos se ocupen verdaderamente de buscar solución a los problemas, es otra muy distitita. ¡Si realmente queremos organizar la lucha a gran escala contra el acoso publicitario, entonces habrá que atacar también todas las formas de acoso, físico y moral, todas las formas de domesticación sobre las que se erige no solamente el poder del Estado y de la patronal, sino también,

en gran medida, el de las organizaciones que pretenden combatirlo! ¡Esperemos que los burócratas militantes dejen de creer que podrán seguir intimidando indefinidamente a los que se esfuerzan, con mayor o menor suerte, en crear un *instrumento real* de lucha contra esas formas de acoso y de domesticación!

Parece que la gran crisis de este final de milenio se anuncia como una amalgama de todas las convulsiones posibles. Si tuviéramos que enumerar todos los aspectos de la vida que van a la deriva o que avanzan hacia la catástrofe (energía, empleo, ecología, demografía, relaciones internacionales...) no acabaríamos nunca. ¡Sin duda sería algo exagerado temer un inminente holocausto nuclear! No obstante, es posible que ya estemos inmersos en un nuevo tipo de guerra de los Cien Años, precedida por la explosión de una miríada de revoluciones «a largo plazo» que han sido reprimidas durante demasiado tiempo.

En medio de semejante clima milenarista, los predicadores recorren los medios de comunicación anunciando la muerte de la política, el fin de la lucha de clases, la implosión social y la necesidad de una vuelta a los valores eternos del monoteísmo. Escépticos, pero también preocupados y un poco aturdidos, los habitantes de los países ricos se aferran a los privilegios adquiridos, manifestando su deseo de volver a los viejos tiempos, y durante la espera están dispuestos a encomendarse a cualquiera con tal de que les prometa realizar los sacrificios necesarios a las diosas del Orden y la Seguridad.

Mientras tanto, la mitad de la población mundial permanece privada de agua potable, un tercio sufre de desnutrición todo el año, quinientos millones de seres humanos son analfabetos, doscientos cincuenta vegetan en barrios marginales y decenas de millones son encerrados en campos de refugiados, en gulags, prisiones especiales u ordinarias, o vagan por los caminos, por las playas, por los mares... Y todos los expertos predicen un crecimiento monstruoso de esta pirámide de miseria.

Este tipo de «orden» social sólo puede mantenerse gracias a la expansión continua de los medios policiales y militares, así como de los sistemas de control institucional y mediático. A propósito de esto, algunos indicadores nos hacen pensar que el Este, el Oeste, el Norte y el Sur, están confluyendo en la adopción de los mismos métodos y puede que mañana marchen juntos hacia la unificación de los espacios represivos.

¿Adonde nos lleva la crisis? Este término, *crisis*, sin duda constituye un señuelo para enmascarar el gigantesco proyecto de remodelación del capitalismo mundial y los dos grandes conjuntos coloniales que constituyen hoy en día los países del Tercer Mundo y los países supuestamente socialistas. La hiperconcen- tración de los medios de producción, los recursos económicos, la investigación, las fuerzas militares, etc., conduce a una jerarquizadón inaudita de la espede humana. Los continentes se están convirtiendo en guetos, países antaño prósperos son hoy campos de concentradón y hasta de exterminio. Un fascismo de nuevo cuño está insinuándose en todo el planeta.

En semejantes condidones, todo induce a pensar que van a empezar a estallar luchas emandpadoras de pura desesperadón por todas partes. Pero ¿a qué tipo de sodedad nos conducirán esas luchas?, ¿a qué nuevo orden sodal? La siniestra distorsión de la revolución iraní da mucho que pensar. El problema al que apuntan los grandes movimientos sodales actuales tiene que ver con la naturaleza de los poderes estatales y con la fuerza de los dispositivos políticos y los sindicatos. Ambos aspectos están relacionados entre sí en la medida en que estos últimos se han convertido en dispositivos institudonales del poder estatal. ¿Resulta concebible que pueda existir una producción moderna o medios de comunicación y de intercambio racionales sin tener que recurrir a

los aparatos de poder y a las castas que controlan el Estado y las formaciones políticas tradicionales? La construcción de una sociedad socialista ya no puede ser concebida como el resultado de que se vuelvan las tornas de los poderes y expropiar a los burgueses del control sobre los medios de producción.

La revolución social implica, además, que las clases obreras de los países industrializados van a despojar de poder a las categorías sobreexplotadas: trabajadores del Tercer Mundo, inmigrantes, mujeres y niños víctimas de los sistemas de opresión sexual y familiar, y, en fin, minorías de todo tipo. En términos generales, se pone enjuego todo cuanto tiene que ver con lo que he llamado «revolución molecular», o sea, todo lo concerniente al lugar del deseo en la historia de la lucha de clases. La cuestión del comunismo ya no puede formularse únicamente en términos de abolición de la propiedad privada, sino que debe también plantearse como una apropiación de todos los medios de producción y de semiotización por parte de nuevos tipos de agenciamientos colectivos de la enunciación, de la vida, de la creación, de la lucha.

Así, los aspectos «visibles» de la gran crisis actual resultan indisociables de sus aspectos inconscientes. La revolución social que está por venir también será molecular, o no será. Será permanente, se producirá al nivel de lo cotidiano, exigirá un constante análisis de las formaciones del deseo cuya función es someternos a formaciones de poder cómplices del sistema actual. Si no, el poder del Estado y la burocracia la absorberán.

NO CONSIDERAR EL DESEO COMO UNA SUPERESTRUCTURA SUBJETIVA MÁS O MENOS INTERMITENTE.

SITUAR EL DESEO EN EL LADO DE LA INFRAESTRUCTURA; LA FAMILIA, EL YO Y A LA PERSONA EN EL LADO DE LA ANTIPRODUCCIÓN.

DEJAR DE ABORDAR EL INCONSCIENTE A TRAVÉS DE LA NEUROSIS Y LA FAMILIA, PARA ADOPTAR EL ENFOQUE, MÁS ESPECÍFICO, DE LOS PROCESOS ESQUIZOFRÉNICOS Y LAS MÁQUINAS DESEANTES.

RENUNCIAR A LA APROPIACIÓN COMPULSIVA DE UN OBJETO COMPLETO Y SIMBÓLICO, CARACTERÍSTICA DE TODOS LOS DESPOTISMOS.

DESHACERSE DEL SIGNIFICANTE.

DEJARSE RESBALAR POR LA PENDIENTE DE LAS MULTIPLICIDADES REALES.

DEJAR DE CONFRONTAR AL HOMBRE CON LA MÁQUINA! LA RELACIÓN ENTRE AMBOS ES CONSTITUTIVA DEL DESEO MISMO.

PROGRAMA

PROMOVER OTRO TIPO DE LÓGICA, UNA LÓGICA DEL DESEO REAL, QUE INSTITUYA LA PRIMACÍA DE LA HISTORIA SOBRE LA ESTRUCTURA PROMOVIENDO UN ANÁLISIS DESVINCULADO DEL SIMBOLISMO MILITANTE Y DE LA INTERPRETACIÓN, Y OTRO TIPO DE ACTIVISMO DISPUESTO A CONQUISTAR LOS MEDIOS PARA LIBERARSE ÉL MISMO DE LOS SIGNIFICADOS DEL ORDEN DOMINANTE.

CONCEBIR LOS AGENCIAMIENTOS COLECTIVOS DE LA ENUNCIACIÓN MÁS ALLÁ DE LA COSTURA QUE UNE AL SUJETO DE LA ENUNCIACIÓN CON EL SUJETO DEL ENUNCIADO.

OPONER AL FASCISMO DEL PODER LAS LÍNEAS DE FUGA ACTIVAS Y POSITIVAS QUE CONDUCEN AL DESEO, A LAS MÁQUINAS DESEANTES Y A LA ORGANIZACIÓN DEL CAMPO SOCIAL INCONSCIENTE.

NO HUIR DE UNO MISMO O «PERSONALMENTE» SINO AHUYENTAR, COMO QUIEN PINCHA UN ABCESO O DESATASCA UNA TUBERÍA.

HACER QUE LOS FLUJOS ATRAVIESEN LOS CÓDIGOS SOCIALES QUE QUIEREN CANALIZARLOS Y BLOQUEARLOS.

CUESTIONAR POCO A POCO, A PARTIR DE POSICIONAMIENTOS DESEANTES LOCALES Y MINÚSCULOS, EL SISTEMA CAPITALISTA EN SU TOTALIDAD. LIBERAR LOS FLUJOS, IR SIEMPRE MÁS ALLÁ EN EL ARTIFICIO.

IV. EL CINE: UN ARTE AL SERVICIO DE LAS MINORÍAS

CINÉMATOGRAPHE: *¿Qué piensa usted de este nuevo interés que suscita el problema de la locura en los medios de comunicación de masas y particularmente en el cine?*

FÉLIX guattari: No estoy seguro de que este interés sea algo completamente nuevo, ya que existe un gran número de películas en la historia del cine que tratan ese «problema», aunque bien puede ser que el público ese tipo de cine sea hoy más numeroso. La película *Asylum*[1] ha sido de gran importancia por su repercusión al poner de manifiesto el movimiento antipsiquiátrico, y lo mismo sucede con *Family Life*[1].

¿De dónde viene este aumento de la audiencia y cuáles serían las expectativas del público?

Es posible que esto implique dos series de fenómenos. Primero, una especie de morbo provocado por los aspectos enfermizos de algo que no es la locura, sino la forma en que se la representa. Esto forma parte del mismo sistema para modelar el «gusto popular» que podemos encontrar en la policía y en el cine porno. ¡En este sentido, no es nada nuevo! Aunque podría formularse la hipótesis de que la sociedad actual está atravesada por toda una serie de transformaciones «moleculares», es decir, que todavía no son visibles a gran escala, y que está siendo influenciada por cambios que afectan a los sistemas institucionales básicos: la escuela, las prisiones, el funcionamiento de la pareja, el lugar que ocupan en la sociedad la mujer, los inmigrantes, los enfermos mentales, los homosexuales...Mucho antes de que se produjeran explosiones

‘Véase la nota 23, p. 236 (N. de los E.).

[2] La película británica *Family Life,* dirigida por Ken Loach en 1971, fue uno de los buques insignia del movimiento antipsiquiátrico (N. del T.).

espectaculares como la de 1968 en el entorno estudiantil o la revolución de las prisiones, ya había empezado a funcionar todo un movimiento subterráneo en busca de una nueva forma de sensibilidad. Tengo la impresión de que la crisis generalizada de la psiquiatría, antes de manifestarse a gran escala, ha comenzado por trabajarse la opinión pública a todos los niveles, y de que éste es precisamente el tipo de situaciones que interesan a los cineastas.

iQué opina usted de que la aparición en los cines de Locos de desatar[3] *haya coincidido con la celebración del segundo encuentro de la Red Internacional?*

El equipo del «14 de jubo» ha venido a preguntarnos cuál es la película que queremos que se proyecte durante este encuentro internacional; la cinta del equipo de Parma y del equipo de Bellocchio se correspondía de tal manera con la orientación actual de la Red que, de algún modo, nos ha servido como título introductorio. ¿Cuál es el quid de la cuestión? Pues bien, hasta ahora las críticas a la psiquiatría provenían de los «profesionales» de la locura: los psiquiatras, los enfermeros, y con menor frecuencia de antiguos pacientes. Pero el lenguaje de estos «especialistas» a menudo resulta incomprensible para el gran púbHco, permaneciendo, dicho sea de paso, en una relación de codependenda con el propio sistema. Lo que nos llama la atendón de *Locos de desatar* es que sean los propios interesados los que tomen la palabra. Considero este éxito como un triunfo por parte del cine combativo, e induso me parece que han conseguido expresarse mejor de lo que habrían podido hacerlo si hubieran usado cualquier otro medio. No sé qué tipo de simbiosis habrá permitido al equipo de Bellocchio trabajar tan estrechamente con los distintos grupos cuya voz escuchamos en *Locos de desatar*, los niños, los educadores, los psiquiatras, los militantes; y en cada caso, dando lo mejor de sí mismos. Es un pequeño milagro que por una vez no nos quedemos con la sensación de que nos ha presentado un «reportaje», porque aquí

[3] Sobre la Red Internacional o circuito alternativo a la psiquiatría y sobre la película *Locos de desatar*, véanse los artículos correspondientes en esta edición, p. 276 y p. 382 (N. de los E.).

la gente habla como nunca antes se había oído.

¿Cómo *es eso posible*?

No lo sé. Lo que sí parece evidente es que se está poniendo en práctica una nueva técnica, todavía en fase experimental, que funciona a todos los niveles de la realización cinematográfica. Algunos miembros del equipo de Bellocchio han explicado, por ejemplo, que cada secuencia y cada plano han sido discutidos de forma colectiva durante el montaje. En realidad, debería plantearles esa pregunta a ellos. En cualquier caso, me parece que lo que esta película ha conseguido va mucho más allá de la problemática planteada por la psiquiatría. Hasta ahora, el cine de masas, el cine comercial, ha sido una industria de engaño y reclutamiento que consistía en hacer que las personas absorbieran las representaciones dominantes, voluntariamente o por la fuerza. Y ahora, de golpe, parece que han cambiado las tornas y el cine de masas podría convertirse en un medio de expresión y de lucha más eficaz que los discursos, las reuniones o los tratados...

Después de haber visto Locos de desatar, *me pregunto si no puede ser un poco anormal eso de querer reintegrar al loco en el trabajo, cuando lo alienante es justamente el trabajo...*

Tiene usted razón. Hoy en día, en Francia, ciertos organismos como el AMIPI[59] han emprendido una labor de «reinserción a través del trabajo» de los llamados débiles mentales, alienados y todo tipo de discapacitados, siguiendo los métodos norteamericanos de condicionamiento. En el hospital de Sainte-Anne también se experimenta con métodos de condicionamiento «científicos». Esto conlleva un peligro aún mayor: pensar que el trabajo como tal pueda ser terapéutico es absurdo. Los obreros de Parma dejan esta cuestión muy clara: ellos sostienen que no se trata en sí del trabajo, sino que la cuestión reside más bien en el hecho de que todos los «desclasados» encuentren en él la posibilidad de convertirse en personas igual que las

[59] Véase la nota 52, p. 304 (N. de los E.).

demás.

¿Le parece que el cine es un arte menor?

Sí, si consideramos que un arte menor es un arte que puede ser puesto al servicio de los miembros de una minoría, lo que no es en absoluto algo peyorativo. Un arte mayor es un arte al servicio del poder. Por lo tanto, yo me pregunto si no es posible que películas como *Locos de desatar, Ce gamin-ld, Coup pour coup, La ville Bidón, Histoire de Paul o Asylum*[60] hayan inaugurado un nuevo periodo de la historia del cine. Un cine menor para las minorías, teniendo en cuenta que todos nosotros formamos parte de alguna de esas minorías en un aspecto u otro. ¿Es posible que exista un público potencial que permita ampliar el horizonte de una difusión cinematográfica controlada por la industria? Algunos de estos impresionantes logros demuestran que lo que el público quiere ver no es sólo lo que se le ofrece habitualmente; puede que un sector importante de las masas esté empezando a interesarse por un nuevo tipo de cine. Todo ello, por supuesto, a condición de que los directores consigan deshacerse del estilo elitista y de un lenguaje que oscila entre lo incomprensible y lo demagógico.

[60] *Cegamin-la* de Fernand Deligny (1975), *Coup pour coup* de Marín Karmitz (1972), *La ville Bidón* de Jacques Baratier (1971), *Histoire dePaul* de René Feret (1975) (N. del T.).

félix**:** Lo que me parece interesante en este filme[61] es que nos muestra la historia de un amor loco, algo que los críticos no han sabido ver. Me parece que eso pone nerviosa a la gente. Además, usa filtros de colores, en particular el azul, que producen una sensación angustiosa de principio a fin. Es una película sobre la locura de amor, cuando normalmente estas dos dimensiones del amor y la locura no suelen aparecer juntas. Si no fuera por todos los asesinatos, que hacen posible la comparación entre esta película y otras como *Billy el niño, Salvaje, Bonnie and Clyde,* etc., sería una obra vanguardista sobre la esquizofrenia, es decir, una película que no se proyectaría en ninguna sala. De hecho, la trama no tiene otra función más que la de servir como soporte al viaje esquizo. En todo momento nos encontramos al borde de la locura. Esta transgresión constante de los límites aparece maravillosamente reflejada en la película. Lo único que la crítica ha podido captar es que, en líneas generales, se trata de la historia de un tipo que acaba por perder la cabeza a fuerza de querer imitar a James Dean. ¡Pero eso no es para nada lo que sucede! El primer elemento que habría que tener en cuenta es que no debemos considerar por separado al chico, Kit, y a la chica, Holly. Algunos de los actos de Holly pertenecen al proceso esquizo de Kit, aunque ella misma no sea esquizofrénica. E inversamente, algunos de los actos de Kit pertenecen al mundo común y corriente de Holly. Por lo tanto, resulta imposible atribuir un estado patológico al uno e identificar a la otra con la normalidad en términos absolutos. De hecho, resulta paradójico que toda la película gire alrededor de la idea de que el muchacho en realidad no está loco. La prueba de ello es que al final termina en la silla eléctrica. Y, sin embargo, constantemente se hace alusión a su locura, al hecho de que «le falta un tornillo», etc. Por el contrario, Holly aparece como una chica sensata. Dice, por ejemplo: «Nunca más me dejaré engatusar por un matón». Además de la locura, aparece una segunda negación, la del amor. Ésta es la historia de un amor sin estereotipos, un amor esquizo de carácter extraordinario. Veamos un ejemplo: Kit acaba de matar al padre de Holly y ella le dice: *Don't*

[61] Guattari se refiere a la película *Badlands* (1973) de Terrence Malick (N. de los E.).

worry, al tiempo que le da una palmadita con la que parece regañarle y a la vez tranquilizarle. O cuando, después de acostarse juntos por primera vez, Kit hace un gesto típicamente esquizo, el de retorcerse las manos. Ella le dice a él: «Te burlas de mí, no te importa nada lo que yo pueda sentir». Pero su indiferencia es sólo aparente; podemos notar que la certeza de su amor es tal que no se le ocurre dudar de ella ni por un segundo. Únicamente al final de la película, cuando ella por fin le abandona, tiene lugar una escena muy bella en la que él, presa de un furor salvaje, amenaza con matarla a tiros, pero al final acaba proponiéndole una cita imaginaria, sabiendo muy bien que no volverá a verla nunca.

Existen dos formas de considerar el universo del deseo esquizo: el nivel infrapersonal de las máquinas deseantes —donde el mundo entra en composición con sistemas de intensidad, colores, impresiones, miradas— y el nivel suprapersonal, que está en conexión directa con el *socins.*

He destacado algunos de esos elementos en las dos categorías. El momento en que patea una lata de conservas que se encuentra sobre la calzada, cuando está muy enamorado, cuando oye el ruido de las conchas y ve venir a Holly como una figura blanca. Todo eso todavía resulta más o menos «normal», pero también está cuando se pone a dispararle a un pescado, a un balón o a unos neumáticos, junto con toda una serie de extraños comportamientos —como el asunto de los guijarros, que se repite a lo largo de toda la película—. Después de haber matado al

padre de Holly y arrastrar el cadáver hasta la bodega, asistimos a actos completamente dementes acompañados por muecas de angustia. Una vez puesto a refrescar el cadáver de Cato, Kit se pone a dar vueltas mientras ejecuta una especie de marcha militar formada por gestos completamente discordantes. En otra ocasión, graba un disco y luego lo quema.

También encontramos escenas de humor esquizo. En un cierto momento, él dice: «Podríamos haber parado el tren si hubiéramos aparcado el buga delante». Otra escena increíble tiene lugar cuando encierra a los dos tipos que han llegado por casualidad a casa de Cato. Dispara dos veces con el revólver y dice: «Creo que les he dado, pero no pienso ir a comprobarlo». Para mí el momento culminante de la película es cuando, a propósito del propietario de una mansión al que ha encerrado junto a una mujer sorda, afirma: «Esos dos han tenido suerte»; en ese instante nos damos cuenta de que, en realidad, él es consciente en todo momento, de que no está tan confundido.

Otra cuestión importante es el extravío de objetos, que comienza en el claustrofóbico entorno familiar y termina, desde una perspectiva cósmica, cuando algunos objetos ascienden al cielo en un globo mientras que otros son enterrados por el protagonista para que puedan encontrarlos cientos de años más tarde, como él mismo dice. En el momento en que las cosas empiezan a ponerse feas, Kit mira las cosas que tiene guardadas en una maleta y le dice a un tipo: «Venga, cójalos». Se queda con un libro infantil. Al final de la película, distribuye su lápiz, su bolígrafo, y el resto del material escolar. Entonces es como si el universo entero se expandiera, haciéndose añicos, ¡todo muy esquizo! Así también las coordenadas y los valores se esfuman, no aparecen por ningún lado. Todo empieza con un incendio, que también es una fuente de goce esquizo, el deseo de aniquilación.

Tomemos ahora algunos ejemplos de ese dominio que he llamado suprapersonal, ese que está en contacto directo con el

socius. Encontramos observaciones del tipo: «¿Lo ves? al final hemos agitado las aguas». Está claro que ese comentario está relacionado con la estupidez de la sociedad, la estupidez de los maderos, es decir, que se mueven en la dimensión James Dean, la dimensión paranoide. Cuando se trata de los cazarrecom- pensas, de los rojos o de la bomba atómica todo está permitido, cualquier marranada... Y la misma secuencia reaparece cuando Kit habla por el magnetófono como si estuviera en Vietnam: hay que hacer caso a los mayores, etc. Lo que se dice un auténtico discurso reaccionario...

LIBÉRATION: *Entonces, ¿dices que es esquizo, pero también reacciona-rio...?*

¡Qué más da si es esquizo o paranoico! Yo digo que es reaccionario porque se encuentra inmerso en el campo de los significados dominantes. Al nivel de las intensidades, no sabes bien si eres hombre o mujer, perro, planta o cualquier otra cosa, estás sumergido directamente dentro de un entramado de relaciones de deseo, en una relación amorosa con Holly; resulta muy difícil distinguir al uno del otro cuando ni siguiera podemos decir con certeza quién es el que está hablando y quién es el que escucha. Todo es una urdimbre de relaciones recíprocas: los ojos, las máquinas, los gestos. Siempre que detectamos algo que se sale de lo normal en las conexiones asignificantes, nos decimos: «¡Vaya, qué cosa más extraña; esto no lo había visto antes!», y luego nos olvidamos y pasamos a otra cosa. A ese nivel es donde se produce la asignación de sentido: «Soy un policía, soy un hombre, tú eres una mujer, así que no puedes conducir; tú, por ser madero, toma un tiro en la boca; tú, cazarrecompensas, para ti un balazo en la nuca». Luego están también las estadísticas, los cuadros que sirven para clasificar a las personas y los roles que deben desempeñar. En ese momento, Kit se vuelve un ser completamente reaccionario que organiza su vida en función de los deseos del padre de la chica, punto por punto, simétricamente. A fin de cuentas, resulta que es tan cabrón como el padre de la chica o los maderos. El esquizo es un tipo que puede estar en conexión directa con el inconsciente del

campo social y al mismo tiempo también puede funcionar de modo paranoico, lo que le permite leer la estupidez de los polis como si fuera un libro abierto: «Os pone la hostia de orgullosos haberme detenido, ¿eh? Menudos héroes estáis hechos». Él lo capta todo rápidamente. Está en el inconsciente de los demás, sabe interpretar la sociedad norteamericana, porque en realidad sabe que no es James Dean. Lo cierto es que está del lado de la policía...

Sí, le comparan con James Dean un par de veces. Al principio, la chica lo reconoce:«Me gustaba porque me recordaba a James Dean», y aljinal de la película, después de detenerle, los policías le dicen: «Te pareces a James Dean».

Y, sin embargo, su héroe preferido es otro... que ahora no recuerdo.

Quiere serNat King Colé, ¡y eso que no se parece en nada a James Dean!

Lo que quiere es hacerse cantante. Ése es un mundo de personas inmóviles y risueñas, como las estrellas de la tele. Pero cuando atraviesas la cortina entonces surge un paisaje marino o aéreo, un mundo de intensidades. Queremos alcanzarlo porque el aire es más puro allí, porque hay arena, colores y caricias. Los críticos dicen que él la trata como si fuera un animal. Eso es falso, es una historia de amor absolutamente maravillosa.

Hay un aspecto de la película que no podemos pasar por alto, y es la parte política. El joven policía que le detiene se comporta igual que él.

¡Exacto! Le detiene y luego dispara su arma para hacerse el duro, para asustarlo.

Es todo lo mismo, la misma idiotez. En un cierto punto, la misma sociedad se vuelve loca. Como hay una orden de busca y captura, los alguaciles escoltan a los niños de camino a la escuela, el ejército custodia el Banco Central porque corre el rumor de que van a

atracarlo. Ella comenta: «¡Ni que fuéramos comunistas rusos!». Aquí hay toda una crítica a la sociedad norteamericana.

En *La noche de los muertos vivientes*[62] se produce el mismo fenómeno de masas cuando los buenos norteamericanos salen de sus casas armados con fusiles y acaban por cargarse al pobre negro que no había tenido nada que ver en todo el asunto...

Al principio no parece que el chico esté loco.

Ni al principio ni al final, o puede que estuviera loco todo el tiempo, depende de cómo se mire. La locura de amor es una forma de demencia, eso está daro. Él dice: «Yo puedo tirarme a todas las chicas que quiera sin problemas, pero en tu caso es distinto»; o bien: «Follar está muy bien, sí señor, ¡hay que ver cómo le hace sentir a uno!». Todo eso del sexo en realidad le trae sin cuidado. Es la historia de un gran amor. Un amor que va más allá de las personas. ¿Que el padre se interpone? Pues se lo cargan, así, sin más. Peor para él. ¡Que no se hubiera metido por medio!
Eso no sucede así, te lo estás inventando un poco. Al principio el tipo es normal.

¡No es normal, para nada!

Es un pobre diablo que trabaja de basurero y no está tan orgulloso de ello como quiere aparentar. Cuando la chica le pregunta a qué se dedica, él le responde: «No me asusta madrugar para ir a trabajar, por eso me hice barrendero», y algo después, cuando le despiden, acepta lo primero que le ofrece la agencia de colocación y se hace vaquero. Es un tipo que no se rebela con facilidad, que hace lo que le dicen. Empieza a salir con la chica y luego el padre no quiere que esté con ella porque ella no puede juntarse con alguien de una clase social inferior. La sociedad no bromea con esas cosas. El padre le prohíbe que vuelva a verla, pero ellos siguen encontrándose a escondidas de

[62] La película de George A. Romero (1969) (N. del T.).

todas formas. Entonces el padre mata al perro de la chica para castigarla. Ese es el primer acto de locura de la película, y es el padre quien lo comete. ¿ Qué es lo que hace entonces el chico? Se enfrenta a él, va a ver al padre y le dice: «Mire, señor, yo siento mucho respeto por su hija. No entiendo por qué no me deja verla, pero si un día ella no quiere verme más, entonces la dejaré marchar, se lo prometo, etc.». El padre le manda a la mierda. Y después de todo eso, va a verla, pero no hay nadie en la casa, así que termina por entrar, pero por pura casualidad...

No es así, acuérdate de que él dice: «Lo tengo todo previsto».

Pero piensa que la chica está en casa.

Está armado y además dice: «Estoy preparado para cualquier imprevisto». Ha puesto en marcha una máquina infernal de la que no puede escapar. Al final todo sale mal, pero él ya sabía que eso podía llegar a pasar cuando hace las maletas, arriesgándose a volver a casa de la chica y demás. Así que, en realidad...
En la película todos van armados. Y eso me parece muy americano, que todo el mundo esté armado en la película, que no haya ni uno solo que no lleve un arma. Es cierto que mata al padre, pero lo hace en legítima defensa, porque el padre le ha amenazado: «Has entrado en mi casa, así que ahora voy a entregarte a la policía por allanamiento de morada y robo a mano armada». El chico tiene veinte años, así que debe matar al padre.

Perdona, pero no estoy de acuerdo contigo. Hay que precisar que el chico está igual de loco al principio que al final de la historia, ni más ni menos. La locura coincide con el viaje esquizo y con la locura de amor. Desde el momento en que su mirada se posa sobre la chica, se enamora locamente de ella y así pone en marcha la máquina del amor loco. Se las arregla para que le despidan del trabajo. Como ella le ha dicho «no suelo tratar con basureros», él vuelve a verla con otro trabajo más adecuado.

¡Pero si no lo hace adrede! Cuando él va a trabajar, el jefe le dice «Lárgate, estás despedido».

Es cierto, pero hay que entender que lo importante es que el marco general desencadena conductas de pánico y angustia que son típicas de la locura. Es una forma de dejar claro algo que ya podía intuirse desde el comienzo. Acuérdate de las cosas que hace al principio: «¿Quieres zapatos? ¡A un dólar! ¡Venga, échale un hueso a este pobre perro hambriento! ¿Me das un pitillo?». Eso se lo dice al compañero con el que recoge la basura. ¿Te parece que todo eso es normal? ¿Es que no significa nada? Nada tiene repercusiones. ¿Y recuerdas lo que hace después? Se larga diciendo algo así como: «Oh, mierda, ya he trabajado suficiente por hoy». Pensándolo bien, resulta que había estado zumbado todo el tiempo. Y Holly es perfectamente consciente, antes de irse con él, se dice a sí misma: «¡Le quiero, pero está como una cabra! Y vaya forma de tratarme, desde luego, mira que es raro».

Sí, eso lo repite varias veces. Es lo que le dice al rico y a la chica cuando él está a punto de liquidarlos.

Al principio parece que todo le da igual, como si nada tuviera importancia. Con la ayuda de la pasión y la represión se produce la catástrofe. Es como si estuviera encerrado en un asilo. Coges a un tipo un poco loco, le metes en un asilo y se vuelve completamente chiflado. ¡Eso puede pasarnos a cualquiera de nosotros!

Lo que nos muestra es una sociedad que vuelve a este tipo completamente loco, él mismo está loco y hace que la sociedad enloquezca también, pero al mismo tiempo es el perfecto agente de la ley, alguien respetuoso del orden establecido...

A este respecto, lo siento, pero habría que evitar un error importante. Un paranoico no es necesariamente reaccionario.

¿Y por qué el paranoico no es reaccionario?

Porque un individuo que se pone a hablar de Hitler, de Juana de Arco, de Fulano o Mengano, toma esos elementos, por así decir semióticos, del campo social. Eso no le hace más reaccionario que el niño que dice: «Voy a cortarle la cabeza a mi hermanito», o: *«Voy* a matar a mamá»; lo que hace es llamar la atención. No podemos decir que sea reaccionario. Los elementos moleculares de la libido paranoica están tan entrelazados con los de la libido esquizo que no tiene sentido separar a los sujetos en buenos y malos, reaccionarios y progresistas. Los chavales de las tribus urbanas que llevan insignias hitlerianas en la espalda no son fascistas; lo que resulta fascista son las dinámicas occidentales y la organización de los organismos que las estructuran. Esto no impide que las representaciones del *socius,* las representaciones reaccionarias, encuentren un vehículo posible tanto en los unos como en los otros. Los elementos inconscientes, fascistas y reaccionarios del *socius* están en tus sueños. A veces tienes sueños absolutamente asquerosos que sacan a relucir toda la podredumbre encapsulada en el *socius*, pero lo que en realidad ocurre es que tu mente selecciona ciertas cadenas semióticas que han sido confeccionadas en el exterior. ¡Eso no significa que seas fascista, ni siquiera que el sueño lo sea, no demuestra nada!

También hay una locura que salta en situaciones de presión, como cuando él mata al padre. Antes de que expire, la hija le dice: «Llamemos a un médico». Entonces, el chico responde: «No, ni hablar». Y ella: «Venga, yo les contaré lo que ha pasado», donde el subtexto es: si les contamos lo que sucedió no nos harán nada, porque cuando sepan cómo sucedió todo se darán cuenta de que no es culpa tuya. Pero él contesta: «No servirá para nada», es decir que de todas formas no van a creemos. Es como un mecanismo de relojería, ¿'no? *No parece que eso encaje en absoluto con tu teoría.*

Ya, por eso al principio tuve la precaución de decir que...

... que la trama sólo está ahí para introducir otras cuestiones...

... porque ahí hay algo que no encaja. En efecto, Kit es un muchacho con mucha sangre fría. A través de distintas circunstancias podemos comprobar sus excelentes dotes como organizador. Cuando comete su primer asesinato, el del padre, entra en pánico porque se da cuenta de que, a pesar de haber preparado correctamente el golpe para fugarse con la chica y de haber llevado un arma, no había previsto ese giro de los acontecimientos. Sin embargo, no tarda en ponerse a analizar la situación. Si

bien es cierto que hay tona parte importante de improvisación, en lo esencial no deja cabos sueltos. Y ahí, me parece, es donde está el fallo principal de la película. El hecho de que empiece a matar sistemáticamente no parece encajar con la forma en que está construido el personaje. En la segunda ocasión, con Cato, todavía resulta comprensible, ya que le hierve la sangre cuando el otro empieza a soltarle bolas (como esa historia de las monedas de oro enterradas en el campo). Está terriblemente furioso, podría decirse que el golpe en realidad va dirigido al padre de Holly, o que pierde la cabeza al escuchar todas esas paridas. Pero los demás asesinatos resultan muy forzados, demasiado traídos por los pelos para que pueda sostenerse la historia.

Tú no dices que sea una película sobre la esquizofrenia, sino que es una película esquizo.

Es una película esquizo. Me parece que los críticos no soportan este tipo de cosas porque todo tiene que encajar en alguna de sus categorías.

Tengo aquí una entrevista al autor...

¿Una entrevista? ¿A ver?

Sí, en la revista Positif. *Creo que no menciona ni una sola vez la palabra «esquizo».*

¿No dice en ningún sitio que el tipo está loco? ¿Ni siquiera él mismo se ha dado cuenta?

Pues parece que no. Lo que dice es: «Yo los veo a él y ala chica como si fueran niños en un cuento de hadas, los típicos protagonistas de historias como Huckleberry Finn, La familia Robinson *o* La isla del tesoro: *perdidos en medio de la naturaleza, sólo saben reaccionar a sus impulsos internos y son incapaces de comprender lo que sienten los demás. Lo cual no significa que no tengan emociones ni que sean*

insensibles».

Pero... esto es terrible, una faena... ¡menuda complicación! [toma la revista y se pone a ojearla]. Esta entrevista es un asco, ¡puf! ¡Ahora sí que me han chafado el plan![63]

[63] En el texto original de la transcripción se especifica que esta última frase no está muy clara. También podría haber dicho: «Me ha puesto en mi lugar» a causa de la homofonía entre «II m’a scié» (boicotear) y «Il m’assied» (poner a alguien en su lugar) (N. del T.).

LAS CINEMÁQUINAS DESEANTES

La historia del deseo es inseparable de la historia de su represión. Quizás algún día un historiador escriba una historia de las «películas» del deseo (en el mismo sentido en que le diríamos «déjate de películas» a alguien que dramatiza demasiado al expresar sus sentimientos). ¡Una historia así debería remontarse hasta la Antigüedad clásica! Su comienzo podría coincidir con la apertura de la primera gran sala de renombre internacional, una sala para cinéfilos encadenados: ¡la caverna de Platón! Una historia como ésta debería dar cuenta de los dos mil años, o casi, del monopolio de la Iglesia católica sobre la producción y la distribución[64], y también los intentos abortados de fundar productoras disidentes, como el cine cátaro del siglo xii o el cine jansenista previo a la hegemonía del Barroco; veríamos surgir el cine en color en los vitrales del siglo x, y antes de eso el cine mudo de los «enharinados» y los «pierrots»[65]. Además, habría que reservar un lugar de honor para las grandes escuelas que van a transformar definitivamente la economía del deseo con la moda del amor cortés y los cuatrocientos trovadores que popularizarían una nueva forma de amor y un nuevo modelo de mujer. Esta película nos enseñaría los efectos devastadores de la gran empresa romántica que promodonaba la infantilizadón del amor, a la espera de que la mafia psicoanalítica inunde el mercado de cortometrajes especiales para pantallas miniaturizadas: la pequeña película de la transferencia, el Edipo y la Castradón.

El poder sólo se sostiene gracias a las semiologías del significado que lo apuntala. «La ignorancia de la ley no exime de su cumplimiento» es una afirmación según la cual no está permitido que nadie desconozca el sentido de las palabras. Los lingüistas como Oswald Ducrot insisten en el hecho de que una lengua no es simplemente un instrumento de comunicación, sino también una herramienta del poder[11]. La ley, en cuanto punto de encuentro de las

[64] A este respecto véase el poema de Jacques Prévert *La cruz en el aire* (N. del A.).

[65] «Pierrot» es un personaje clásico de la comedia del arte nacido a finales del siglo xvi, también conocido como «Enharinado» o «Carablanca», y referente de los mimos actuales (de ahí la alusión a la mudez). Los «enharinados» fueron además una secta cismática clandestina surgida a raíz del descontento generado por el Concordato de 1801, que aspiraba a una Iglesia de Francia autónoma respecto de la autoridad papal, lo que dio lugar a las llamadas «pequeñas iglesias» de Aveyron y Bretaña (N. del T.).

luchas sexuales, étnicas o de clase, se materializa a través del lenguaje. La semiología dominante es el recipiente de una «realidad» impuesta por los poderes dominantes. Por lo tanto, no deberíamos tomar como punto de partida la oposición entre el principio de placer y el principio de realidad, sino más bien entre el «principio de la realidad dominante» y el «principio del placer lícito». El deseo está obligado a mantenerse en el límite entre la realidad y el placer, en un equilibrio más o menos precario sobre esta frontera celosamente custodiada por el poder a través de sus innumerables guardianes: en las familias, en las escuelas, en los cuarteles, en las fábricas, en los hospitales psiquiátricos, y también, claro está, en los cines.

El deseo se encuentra acosado de tal manera que la mayor parte de las veces acaba por renunciar a los objetos que persigue, y en su lugar termina por investir al propio límite y a quienes lo custodian. El eros capitalista es una pasión de los límites convertida en agente de la ley, es un policía que se regodea en la contemplación teñida por el odio cada vez que se topa con los signos demasiado evidentes de la libido. «¡Fíjate qué cochinadas...!». Entonces se convertirá en mirada, en espectáculo prohibido, en transgresión; «se mira pero no se toca». Todas las morales del ascetismo y la sublimación aspiran en realidad a capturar la libido para señalarla y confinarla en ese sistema de límites. No se trata de reabrir el viejo debate entre espontaneísmo y centralismo, ni

“ Hace ya mucho tiempo Austin había desarrollado una idea parecida en *Cómo hacer cosas con palabras* (N. del A.).

de oponer unas «estructuras necesarias» desde el punto de vista de la organización de una colectividad a unos impulsos «naturales» y turbulentos. Tampoco se trata de reducirlo todo a un dilema moral, ni al conflicto con las estrategias ideológicas que ponen a los explotados a disposición de los poderes dominantes... Los binomios moral-instinto, orden-desorden, amo-esclavo, centralismo-democracia, etc., nos parecen insuficientes de todo punto de vista cuando se trata de explicar esta erotización de los límites, y con más razón todavía cuando se trata de dar cuenta de su reciente evolución.

El desarrollo de las fuerzas productivas en las sociedades industriales (y esto es válido tanto para el capitalismo como para el socialismo burocrático), implica un aumento en la liberación de la energía libidinal. El sistema capitalista no funciona obligando a trabajar a un flujo de esclavos, o al menos no exclusivamente. También se ve impelido a modelar a los individuos según su conveniencia, y para ello tiene que sugerir e imponer formas estereotipadas de deseo, haciendo circular modelos de infancia, de padre, de madre, de amante... prototipos que lanza igual que la industria automovilística lanza una nueva serie de coches. Lo importante es que éstos sigan siendo compatibles con este axioma del capital: el objeto de amor deberá ser siempre un objeto exclusivo dentro del sistema de la propiedad privada, cuya ecuación básica es: gozar = poseer. Se modela al individuo para que se adapte como un engranaje dentro de la máquina capitalista: la propiedad privada debe estar presente en el corazón de su deseo y en el ejercicio de su placer para que pueda manifestar el ideal de «la producción por la producción», y no debe desear otros objetos más que los que le ofrece la producción mercantil. No sólo está obligado a doblegarse ante la jerarquía, sino que además tiene que amarla en cuanto tal. Así, para conjurar los peligros de la lucha de clases, el capitalismo se ha esmerado en introducir un propietario burgués dentro de cada trabajador como condición previa a su integración. Los viejos modelos que mantenían al trabajador anclado a un oficio, un barrio, un conjunto de valores morales o incluso una religión (aunque sea la religión del socialismo) están desapareciendo. El modelo paternalista del patrón ha dejado de ser compatible con la producción, igual que la figura del *paterfamilias* se ha vuelto irreconciliable con la educación de los niños. Lo que ahora se necesita es un trabajador desterri- torializado, versátil, alguien que no esté condicionado por una experiencia laboral específica, que se adapte a los cambios tecnológicos, o incluso que sea capaz de una cierta creatividad, que sea proactivo y versátil. Y, por si fuera poco, también se necesita a un consumidor que sea capaz de adaptarse a la evolución del mercado.

De esta circunstancia surge el problema de la transformación de las

antiguas relaciones de producción y de las viejas relaciones familiares, conyugales, escolares, etc. Pero si aflojamos las riendas demasiado rápido corremos el riesgo de que las máquinas deseantes de desboquen y no sólo atraviesen las barreras obsoletas, sino también las nuevas fronteras que el sistema está intentando fijar. Las relaciones de producción, formación y reproducción oscilan, por tanto, entre la tentación del inmovilis- mo y el apego a formas arcaicas. La solución capitalista consiste en proponer modelos que se acoplen a los imperativos de la estandarización —que disuelven las antiguas territorialidades— y a la vez produzcan una sensación artificial de seguridad; dicho de otro modo, que permitan una modernización de los arcaísmos o sean capaces de insuflar arcaísmos artificiales en la sociedad. En tales condiciones el trabajador será desterritorializado de cara a la producción, y reterritorializado de cara a las relaciones de producción, formalización y reproducción.

El cine, la televisión y la prensa se han convertido en herramientas fundamentales para la configuración e imposición de una realidad dominante y de una forma de significación hege- mónica. Más que medios de comunicación o de transmisión de información, son instrumentos del poder. No solamente manipulan los mensajes sino también, y antes que nada, la energía libidinal. Los argumentos de las películas, los géneros cinematográficos, las castas de profesionales del medio, los mandarines y las superestrellas de la gran pantalla están al servicio del poder, tanto si lo quieren como si no. Y no sólo porque dependen directamente de la máquina financiera del poder, sino, sobre todo, porque contribuyen a la elaboración y transmisión de los modelos de sujeto propios del poder. En la actualidad los medios de comunicación son básicamente siervos de la represión, pero podrían convertirse en instrumentos emancipadores de la mayor importancia. El cine comercial, por ejemplo, alimenta el racismo latente por medio de los *westerns.* Es muy posible que ese mismo cine esté impidiendo que se hagan películas sobre acontecimientos como los del Mayo del 68; por otro lado, el super-8 y el vídeo podrían transformarse en medios de escritura mucho más directos y más eficaces que los discursos, los panfletos o las octavillas. De este modo podrían ayudar

a derrocar la tiranía de «los que saben escribir» que es propia de la jerarquía burguesa, pero que también existe entre los cabecillas del llamado movimiento obrero.

Más allá del significante, más allá de la ilusión de una realidad inamovible. No se trata de una posibilidad hipotética, sino de una afirmación: toda realidad sucede en un punto del tiempo y, por lo tanto, está histórica y socialmente ubicada; el orden de lo real no es como un destino, sino que puede cambiarse. Tomemos tres corrientes de pensamiento modernas que son portadoras de tres sistemas de significación: los regímenes totalitarios, el psicoanálisis y el estructuralismo. En cada uno de ellos lo esencial son los cimientos sobre los que reposan las formas de organización de la realidad dominante. Un significante domina todos los enunciados producidos por el poder totalitario o proferidos por un líder, una Iglesia o un dios. En rigor, todos los deseos dependen de él. Nadie puede salirse impunemente de la «línea» de partido ni tampoco permanecer al margen de una Iglesia. Pero este tipo de economía libidinal, centrada en un objeto trascendente que ya no responde exactamente a las necesidades generadas por las relaciones productivas modernas, tiende a ser reemplazada por un sistema más flexible en los países capitalistas desarrollados. Para formar a un trabajador hay que empezar desde la cuna, vigilar su Edipo familiar y seguir sus pasos en la escuela, en el club deportivo, en el cine y hasta saber lo que escucha en su tocadiscos.

El psicoanálisis, que ha desarrollado un modelo calcado de este viejo tipo de economía libidinal, lo ha refinado y «mole- cularizado». ¡Ha puesto en circulación nuevos tipos de objeto, menos ostentosos, que están, por así decir, al alcance de todos los bolsillos! Se suponía que estos objetos debían operar una so- brecodificación de todas las enunciaciones del deseo, el falo y los objetos parciales (la teta, la mierda, etc.). Desde ese momento el despotismo del significante dejó de concentrarse alrededor de un líder o de un dios, ya no se manifestaba de forma masiva a la escala de un Imperio o de una Iglesia, sino a imagen y semejanza de una familia que a su vez había sido reducida a un triángulo. Las luchas entre los sexos, entre las clases sociales y los grupos generacionales han sido miniaturizadas,

redimensionadas a la medida de la familia y del yo. La maquinaria del poder familiar, una vez corregida por el psicoanálisis, funciona a partir de dos mecanismos básicos: el falo simbólico y la castración, que son los instrumentos de alienación de la mujer y del niño. ¡Recordemos el carácter tiránico de los interrogatorios a los que era sometido el pequeño Hans por parte de su padre, bajo la supervisión del doctor Freud! Para poder llevarlos a cabo, hubo que vencer las resistencias de la madre, obligándola a someterse a los dogmas psicoanalíticos. Antes de eso no se le hubiera ocurrido prohibirle a su pequeño que se metiera en la cama con ella cada vez que le diera la gana. Ahora que la madre se ha convertido en otro agente del poder fálico, todo el ataque a la infancia se concentra en el tema de la masturbación. No se le reprocha de forma directa que se masturbe; se le fuerza a aceptar una explicación adecuada y castradora sobre el tema, grabando a fuego en su cabeza un sistema de significados particular. «Nosotros sabemos mejor que tú mismo lo que deseas: acostarte con tu madre y matar a tu padre».

La importancia del tema de la sumisión infantil al código edípico desde nuestra más tierna infancia no es resultado de un efecto estructural o significante independiente de la historia de las sociedades; más bien deriva del hecho de que el capitalismo no haya sido capaz de encontrar otros medios para darle a la familia una especie de consistencia artificial. En las sociedades arcaicas el niño tenía una libertad de movimientos relativa hasta el momento de su iniciación, pero en el régimen capitalista la iniciación empieza con el primer biberón: la relación entre la madre y el hijo tiende a quedar cada vez más bajo el férreo control de psicólogos, psicoanalistas, educadores, etc. De acuerdo con su fórmula tradicional, el poder reposaba sobre una serie paradigmática (padre-patrón-rey, etc.) que culmina en un dios discernible, institucionalizado, encamado. Según la fórmula actual, el proceso de encarnación está desterritorializado y descentrado: se encuentra en todas partes y en ninguna. Y corresponde a los modelos familiares el asumir la tarea de darle refugio. Sin embargo, cuando aparecieron, los diversos modelos de triangulación edípica estaban masivamente territorializados a partir de las imágenes

parentales y los objetos parciales, por lo que empezaron a promoverse modelos del inconsciente mucho más abstractos, más matemáticos.

En el psicoanálisis —aunque esto también sea cierto en otros ámbitos—, el estructuralismo puede llegar a considerarse como un intento de suplantar al dios de la Iglesia y la familia por un dios sin nombre. Lo que propone es un modelo trascendente de la subjetividad y del deseo al margen de la historia y de las luchas sociales reales. A partir de entonces, el conflicto de ideas vuelve a desplazarse de nuevo, abandonando el terreno psicoa- nalítico del yo y la familia para pasarse al dé la semiótica y sus aplicaciones en los medios de comunicación de masas. Yo no puedo ofrecer aquí un análisis crítico del estructuralismo; sólo querría señalar que, a mi manera de ver, una crítica así debería comenzar por poner en tela de juicio la concepción sincrética de las distintas formas de codificación. Ante todo, me parece indispensable que tratemos de evitar la asimilación de los códigos «naturales», como el código genético, con los sistemas de signos humanos. Tenemos la errónea idea de que el orden natural y el de los agendamientos sodales, como, por ejemplo, las estructuras de parentesco, estarían estructurados «igual que el lenguaje». Por lo tanto, confundimos las formas de codificadón que yo llamaría *asemióticas*, como la música, la pintura, las matemáticas, etc., con las de la palabra y la escritura. En segundo lugar me parece necesario establecer, dentro de las semiologías significantes, una distinción entre las semiologías presignifican- tes —de las que se sirven, por ejemplo, las sociedades primitivas, los locos y los niños— y las semiologías propias de las sodedades modernas que están todas codificadas por leyes escritas, tanto sodales como económicas. En las sodedades primitivas las palabras son tan importantes para expresar cosas como las danzas, los ritos o los signos grabados en el cuerpo. En las sodedades industriales, toda esta riqueza expresiva se debilita, ya que cualquier enunciado debe poder traducirse al código lingüístico de las significadones dominantes. Por ejemplo, que alguien «dé su palabra» representa una garantía en las culturas primitivas; pero en el capitalismo sólo cuenta lo que se pone por escrito en un documento legal firmado.

Nos ha parecido igualmente importante destacar la independencia

de que gozan las semióticas que llamamos asignificantes. A partir de ellas podemos comprender cómo sería posible que el cine escapara a las semiologías del significado para participar en los agenciamientos colectivos del deseo[66].

Si el estructuralismo se niega a tomar en consideración esta independencia se debe a que es incapaz de salir del espacio de la significación, es decir, de la pareja significante-significado. Por eso se esfuerza sistemáticamente por introducir significado en todos los regímenes de signos que tienen tendencia a escapársele. (Por ejemplo, inventando los «significados relaciónales» para la ciencia, o las unidades de significado «iconomáticas» para el cine, etc.). Privilegiando el significante y las cadenas significantes intenta demostrar que el contenido significativo[67] es algo secundario; aunque, de hecho, al hacerlo transfiere secretamente al significante el poder normalizador del lenguaje. Así es como el estructuralismo le hace el juego a un orden de cosas que se sostiene sobre las formas de significación dominantes, enmascarando la creatividad potencial de las máquinas semióticas asignificantes.

Cuando el cine es explotado por los poderes capitalistas y socialistas para moldear el imaginario colectivo, se inclina del lado de los componentes significativos. Sin embargo, su propia eficacia sigue dependiendo de los elementos simbólicos presignifi- cantes y de los elementos asignificantes: encadenamientos, movimientos internos de figuras visuales, colores, sonidos, ritmos, muecas faciales, canciones, etc. A diferencia del habla o la escritura, que desde hace cientos e incluso miles de años permanecen casi idénticas a sí mismas como medios de expresión, el cine no ha parado de transformarse ni de enriquecer su técnica, ¡y eso que sólo tiene unas pocas décadas de

[66] Habría que tratar en profundidad la función de los elementos asignificantes frente a los elementos analógicos. El hecho de que funcionen como máquinas de signos desterritoriali- zadas, en particular, tiende a desbaratar los efectos de la significación y de la interpretación, entorpeciendo el sistema de redundancias dominantes y acelerando los aspectos más «innovadores», más «constructivistas o rizomáticos». Todas estas cuestiones serán abordadas en una obra que aparecerá en esta misma colección *(Uinconscient machinique, éléments de schi- zo-analyse*, París, Recherches, colL Eneres, 1979) (N. del A.).

[67] «Significativo» quiere decir en este caso «relativo al significado», por oposición a «significante» (N. del T.).

existencia! Para corregir los efectos de este enriquecimiento, el poder trata de aumentar su capacidad de control sobre este medio. A medida que el cine amplía su abanico de intensidades estéticas, los sistemas de control y de censura se esfuerzan por someterlo a las semiologías significantes. Christian Metz lo explica mejor que yo cuando dice que el cine no constituye un lenguaje especializado y que su contenido es indefinido: «La extensión indefinida de su tejido semántico responde al efecto acumulativo de dos causas distintas: en primer lugar, el cine contiene un código —la lengua, en las películas habladas— que es el único capaz de autorizar contenidos semánticos de cualquier tipo; y en segundo lugar, los demás elementos del texto filmico, como por ejemplo las imágenes, constituyen en sí mismos otros tantos lenguajes cuyo contenido no tiene límites precisos»[14]. Dicho contenido desborda las formas de codificación tradicionales en la medida en que su materia expresiva está compuesta por una aleación semiótica abierta a múltiples sistemas de intensidades externos.

Sus materiales expresivos no permanecen en un lugar fijo, sino que salen disparados en todas direcciones. Christian Metz enumera algunos de ellos, subrayando que cada uno dispone de un sistema intrínseco de rasgos pertinentes:

- el tejido fónico de la expresión, que remite al lenguaje hablado (semiología significante);
- el tejido sonoro, pero no fónico, que remite a la música instrumental (semiótica asignificante);

[14] Christian Metz, *Langage et cinema,* París, Larousse, 1972, p. 160. Trad. cast.: *Lenguaje y cine,* Barcelona, Planeta, 1973 (N. del A.)

- el tejido visual de colores, que remite a la pintura (semiótica mixta, simbólica y asignificante);
- el tejido visual sin color, que remite a la fotografía en blanco y negro (semiótica mixta, simbólica y asignificante);
- los gestos y los movimientos del cuerpo humano, etc. (semiologías simbólicas).

Umberto Eco ha señalado que el cine no se somete a un sistema de doble articulación, por lo que él intenta buscarle una tercera. Pero, sin duda, resulta preferible seguir en esto a Metz, quien considera que este

medio escapa a cualquier tipo de sistema basado en una doble articulación y, añadiría yo, de todo sistema elemental de codificación del significado. El significado, en el cine, no es codificado directamente por una máquina en la que se entrecruzan los ejes sintagmáticos y los ejes paradigmáticos; proviene siempre de constricciones internas que aparecen en un segundo momento y le dan forma. Si el cine mudo es capaz de expresar de manera mucho más abrupta y auténtica que el sonoro las intensidades del deseo en su relación con el campo de lo social, esto no es porque que sea menos rico en términos expresivos, sino *porque el escenario significante todavía no se había apropiado de la imagen* y porque, en dicha situación, el capitalismo no estaba aún en condiciones de extraerle todo el partido que podría sacársele. Las invenciones sucesivas del cine sonoro, el cine en color, la televisión, etc., que enriquecieron las distintas formas posibles de expresar el deseo, han permitido al capitalismo adueñarse del cine y servirse de él como un instrumento privilegiado de control social. A propósito de esto, resulta interesante constatar hasta qué punto la televisión no sólo no ha absorbido al cine, sino que incluso se ha visto obligada a reproducir la fórmula de las películas comerciales, a consecuencia de lo cual su poder es hoy más grande que nunca. En tales condiciones, la cuestión de la liberalización del mercado pornográfico me parece relativamente secundaria, ya que sigue anclada al nivel de la «negociación» de unos contenidos que no constituyen un verdadero peligro para los poderes fácticos. A éste, por el contrario, le resulta muy conveniente hacer concesiones siempre y cuando no resulte de ello ninguna amenaza para los fundamentos del orden establecido. Las cosas serían muy distintas si estuviéramos hablando de permitir a las masas populares que hicieran el tipo de cine que desean, sea éste pornográfico o no. La miniaturizadón de los materiales podría convertirse en un factor determinante para ese tipo de evoludón[15]. La introduc- dón de los circuitos privados de televisión por cable podría ser la ocasión perfecta para hacer la prueba definitiva, pero lo cierto es que no hay garantías de que los contenidos emitidos por estos canales no sean todavía más reaccionarios que los que ya difunden las televisiones nacionales. Sea como sea, me parece que

todo lo que tiende a circunscribir las luchas micropolíticas del deseo a un eros desligado de cualquier contexto es una trampa, lo cual no sólo es aplicable al cine.

Desde nuestro punto de vista, el eros capitalista es siempre una catexis del límite entre un placer lídto y una prohibidón codificada que prolifera en los bordes de la ley. Éste se convierte en cómplice de la prohibidón y canaliza la libido hada el objeto prohibido que acaba de aflorar. Esta economía de la transgresión polariza la producdón deseante en tomo a un juego especular que la mantiene alejada de cualquier acceso a la realidad, hadéndola prisionera de representaciones fantasmáticas. Así, la producción deseante no para de alejarse de la producción social. El deseo fantaseado y la realidad capitalista —que transforma el deseo en un flujo de trabajo «útil»— implican, en apariencia, dos tipos distintos de agenciamiento. De hecho, ponen de manifiesto dos políticas del deseo totalmente complementarias: primero, una política de repliegue sobre la persona, el yo, la

[15] El reciente desarrollo de radios paralelas con emisoras de frecuencia modulada miniaturi- zadas parece confirmar esta tendencia (N. del A.).

apropiación del otro, la jerarquía, la explotación, etc., y una política de aceptación pasiva del mundo tal y como es.

Me gustaría oponer a las nociones de eros y de erotismo la idea de deseo y de energía deseante. El deseo no está, como el Eros, ligado al cuerpo, a la persona ni a la ley; tampoco está encadenado al cuerpo timorato, al órgano escondido, a la prohibición del incesto, ni a la fascinación y los mitos del cuerpo desnudo, del falo omnipotente y de la sublimación. La constitución del deseo es *anterior* a la materialización del cuerpo y de los órganos, viene *antes* de la división de los sexos, *antes* de la escisión entre el yo familiar y el campo social. Basta con observar sin prejuicios a los niños, los locos y los pueblos primitivos, para comprender que el deseo es capaz de hacer el amor con los seres humanos, pero también con las flores, las máquinas o con las ocasiones festivas. No respeta los juegos rituales característicos de la guerra de sexos: no *es sexual*, es transexual. La lucha por el falo no le concierne directamente, ni tampoco la amenaza de una castración

imaginaria, la oposición entre lo genital y lo pregenital, la normaüdad o la perversión. No hay nada esencial en él que conduzca necesariamente a infravalorar al niño, a la mujer o al homosexual. En resumidas cuentas, el deseo no está centrado sobre las significaciones o los valores dominantes; forma parte, por el contrario, de semióticas abiertas y asignificantes que están disponibles para lo peor o para lo mejor. No depende del destino, sino de agenciamientos colectivos que pasan al acto.

En conclusión, podríamos decir que el cine puede ser tanto una máquina del eros, es decir, de la interiorización de la represión, como una máquina que permita la Überación del deseo. Una acción destinada a favorecer la libertad de expresión no debería, por lo tanto, centrarse prioritariamente en el cine erótico, sino en lo que yo definiría como un cine del deseo. La auténtica trampa consiste en la separación entre la temática erótica y las cuestiones sociales; toda cuestión es a la vez social y transexual.

No existe algo así como un cine político por un lado y por el otro un cine erótico. El cine es político independientemente del tema que esté tratando; cada vez que se representa a un hombre, a una mujer, a un niño o a un animal, está tomando partido en las microluchas de clase que afectan a la reproducción de los modelos de deseo. La verdadera represión que ejerce el cine no va dirigida a las imágenes eróticas: lo que pretende es, ante todo, imponer respeto hacia las representaciones dominantes, que son los modelos de los que se sirve el poder para controlar y canalizar el deseo de las masas. Cada manifestación, cada secuencia y cada plano plantea una alternativa entre la economía conservadora del deseo y la apertura revolucionaria. Podría pensarse que cuanto más se conciba y realice una película en función de relaciones de producción que están copiadas de las empresas capitalistas, más oportunidades tendrá de participar en un entorno de economía libidinal. ¡Sin embargo, no hay ninguna teoría que pueda proporcionarnos la clave para orientarnos correctamente en este ámbito! Podría rodarse una película cuyo tema fuera la vida dentro de un convento desde la perspectiva de una libido revolucionaria, y también es posible que una película que haga apología de la revolución

sea fascista desde el punto de vista de la economía del deseo. En última instancia, lo decisivo en el plano político y estético no son las palabras o las ideas que expresan. Lo esencial son los mensajes asignificantes que escapan a las semiologías dominantes.

Los psicoanalistas siempre han desconfiado un poco del cine; les atraen más otras formas de expresión. Pero no sucede lo mismo en la otra dirección, pues las referencias cinematográficas al psicoanálisis son innumerables, empezando por la propuesta que le hizo M. Goldwyn a Freud: ¡cien mil dólares por dar a conocer los amores más famosos! Esta asimetría no sólo se debe a cuestiones de respetabilidad, sino, de manera fundamental, al hecho de que el psicoanálisis no puede comprender los procesos inconscientes que desencadena el cine. Algunos psicoanalistas han tratado de señalar analogías formales entre el sueño y la película: para René Laforgue el cine sería un sueño colectivo; para Lebovici, un sueño que hace soñar. El psicoanálisis trata de asimilar la sintagmática fílmica a un proceso primario, pero nunca ha llegado a acercarse siquiera, y con razón, a aquello que constituye su rasgo más específico: una actividad normalizadora del imaginario social que no se puede reducir a modelos familiares y edípicos, ni siquiera en los casos en que se pone deliberadamente al servicio de estos modelos. A pesar de haberse inflado a base de lingüística y matemáticas, el psicoanálisis no ha dejado de repetir una y otra vez las mismas generalidades acerca del individuo y de la familia, mientras que el cine está estrechamente ligado al conjunto del espacio social y la historia. Algo importante está sucediendo en ese ámbito; allí es donde tiene lugar la catexis de las cargas libidinales fantasmáticas, algunas de las cuales se encuentran entretejidas con fenómenos que dan lugar a grandes complejos, como el *western* racista, el nazismo y la resistencia, el *American Way of Life*, etc. ¡Reconozcámoslo, Sófocles no puede competir con eso! El cine se ha convertido en una gigantesca máquina de modelaje de la libido social, pero el psicoanálisis no ha sido nada más que un pequeño artesanado exclusivo para las élites más selectas.

Cuando vamos al cine suspendemos por unos instantes el modo de comunicación habitual. El conjunto de elementos que forman parte de esta situación también contribuye a producir esta suspensión. Por muy alienante que sea el contenido de una película o las formas de expresión que emplea, su objetivo fundamental es la reproducción de un cierto tipo de comportamiento que, a falta de algo mejor, yo

calificaría de *performance* cinematográfica[16]. El hecho de que el cine sea capaz de movilizar la libido en torno a este tipo de *performance* hace que éste se encuentre al servicio de lo que Mikel Duffenne ha llamado un «inconsciente domesticado»[17].

Consideradas desde el punto de vista de la represión inconsciente, hay buenas razones para comparar la *performance* cinematográfica con la *performance* psicoanalítica (o «acto analítico»). Durante algún tiempo, el psicoanálisis de la *belle époque* dio a entender que se proponía liberar las pulsiones dándoles la palabra, cuando en realidad sólo permitía que se abriera el cerco del discurso dominante en la medida en que consideraba que este medio le sería más útil que cualquier forma de represión ordinaria para conseguir domesticarlas, disciplinarlas y adaptarlas a las normas de un cierto tipo de sociedad. A fin de cuentas, las fórmulas que se repiten una y otra vez durante las sesiones de

“ Aquí podríamos hablar de *viewittg acts* por analogía con los *speech acts* de J. Searle (N. del A.).

[17] «Se os ofrecen bellas imágenes, pero son un cebo: mientras creéis estar disfrutando de ellas estáis absorbiendo la ideología requerida para que se reproduzcan las relaciones de producción. Se os oculta la realidad histórica, camuflándola bajo una apariencia convencional que no sólo resulta tolerable, sino también fascinante; de tal manera que ya no necesitéis soñar, ni tengáis siquiera derecho a ello, porque vuestros sueños podrían ser inconformistas: para evitarlo os proporcionarán un sueño prefabricado que no perturba nada, fantasías confeccionadas a medida, una fantasmagoría delectable que os regulariza de cara al inconsciente, en el sobreentendido de que hay que darle al inconsciente lo que le corresponde, puesto que os consideráis lo bastante sabios como para formar parte de él y hacer reivindicaciones en su nombre. El cine de hoy en día pone a vuestra disposición un inconsciente domesticado *(inconscient maison)* convertido en herramienta ideológica». (Mikel Duffenne, *Cinéma: théorie et Lecture,* Klincksieck, 1973) (N. del A.).

psicoanálisis no son más «liberadoras» que los discursos que se oyen en las salas de cine. La supuesta libertad de asociación de ideas es tan sólo un señuelo para enmascarar la programación que modela secretamente los enunciados. Está claro que no va a permitirse que ninguna forma de producción semiótica del deseo tenga incidencia sobre la realidad, ya sea desde el diván del psicoanalista o en la gran pantalla. El *acting out* está proscrito tanto en el pequeño cine de la escena psicoanalítica como en ese psicoanálisis de masas que es el cine; uno y otro impiden que se ponga en acto lo soñado. Los psicoanalistas, y en cierta medida también los cineastas, querrían que se les considerara como creadores puros, neutros, apolíticos e irresponsables. En un cierto sentido puede que tengan razón, ya que, aun siendo agentes de los dispositivos de control, no tienen de hecho ningún poder sobre ellos. Ciertamente, la plantilla de lectura psicoanalítica hoy en día es patrimonio tanto del analista como del analizado. Está adherida a la piel de todos y cada uno de nosotros —«oye, acabas de tener un lapsus»—, integrada en las estrategias ínter-subjetivas e incluso en los códigos de percepción: se profieren interpretaciones simbólicas como si fueran amenazas, por todas partes «vemos» falos o regresiones al seno materno, etc. La interpretación es ya algo que damos por sentado; tanto es así que, para el psicólogo precavido, la mejor forma de interpretar y la más segura es el silencio, un silencio sistemático, nuevo y reluciente: la pura escucha psicoanalítica. En realidad, el vacío de la escucha se corresponde aquí con un deseo desprovisto de todo contenido, un anhelo de nada, una *impotenciación* radical, y no es extraño que, en estas condiciones, el complejo de castración se haya convertido en la referencia constante que puntúa cada una de las etapas de la terapia, el interruptor que devuelve el deseo una y otra vez a su grado cero. El psicoanalista, como el cineasta, se «deja llevar» por la narración. Lo que se espera de ambos es que fabriquen un cierto tipo de droga, más sofisticada tecnológicamente que los porros o las cachimbas corrientes, pero cuya función no deja de ser la misma: transformar la forma de subjetivación de quienes se sirven de ella; se capta la energía del deseo con el fin de volverla contra sí misma, de anestesiarla separándola del mundo

exterior de tal manera que deje de ser una amenaza para el orden de valores del sistema social dominante. Y, sin embargo, la droga psicoanalítica y la droga cinematográfica no son de la misma naturaleza; en términos generales comparten los mismos objetivos pero implican una micropolítica del deseo y se apoyan sobre agenciamientos se- mióticos completamente diferentes.

¿Podemos dar por sentado que estas críticas sólo se aplican a un cierto tipo de psicoanálisis y que no conciernen a la corriente estructuralista actual, ya que ésta no considera que la interpretación tenga que depender de paradigmas relativos al contenido —como en el caso de la teoría clásica de los complejos parentales—, sino más bien del juego de los significantes universales, independientemente de los significados que puedan contener? ¿Hay que hacer caso a los psicoanalistas estructuralistas cuando pretenden haber renunciado a manipular y a traducir los productos del deseo? El inconsciente de los freudianos ortodoxos estaba organizado como un complejo que condensaba la libido sobre elementos heterogéneos: biológicos, familiares, sociales, éticos, etc. El complejo de Edipo, por ejemplo, dejando a un lado sus aspectos traumáticos reales o imaginarios, estaba basado en la división de grupos según el sexo y la edad. Se consideraba a éstos como *fundamentos objetivos;* se esperaba que la libido se expresara y que terminara en ellos, de tal suerte que, aún hoy en día, cualquier pregunta sobre estas «evidencias» puede ser vista por algunos como algo fuera de lugar y sin sentido. Esto no impide que todo el mundo haya experimentado numerosas situaciones en las que la libido contradice esos supuestos fundamentos objetivos, sortea la división de los sexos, ignora las prohibiciones relativas a la diferencia de edades o confunde a las personas como le viene en gana, con cierta tendencia a ignorar sistemáticamente las oposiciones excluyentes que se establecen entre el sujeto y el objeto, o entre el yo y el otro. Entonces, los psicoanalistas ortodoxos considerarán que sólo puede tratarse de situaciones perversas, marginales o patológicas que deben ser interpretadas y adaptadas. El estructuralismo lacaniano en sus orígenes fue fundado precisamente como reacción a esos «abusos», a ese realismo ingenuo, en particular en lo tocante al debate sobre el

narcisismo y la psicosis. Lacan quería romper radicalmente con una práctica de la cura centrada únicamente en la modificación del yo, y quería hacerlo desnaturalizando el inconsciente, liberando sus objetos de una psicogénesis demasiado restrictiva y estructurándolo «como un lenguaje»[18]. Por desgracia, eso no le sirvió para soltar las amarras personológicas y abrirse al campo de lo social y a flujos cósmicos y semióticos de naturaleza dispar. Había dejado de meter todas las producciones del deseo en el cajón de sastre de los complejos, pero seguía pretendiendo interpretar cada una de sus conexiones mediante una sola y única lógica del significado. Renunciaba a la mecánica sumarísima de las interpretaciones relativas al contenido («el paraguas significa...») y de los estadios de desarrollo (las famosas «regresiones» a la fase oral, anal, etc.), ya no hablaba más del padre y de la madre, sino de «el nombre del padre», el falo y el gran Otro de la castración simbólica, pero sin acercarse ni un paso más al origen de la diferenciación social de los sexos o de la alienación infantil, que es la *micropolítica del deseo* de cada situación particular. Nosotros por nuestra parte consideramos que las luchas del deseo no pueden quedar circunscritas exclusivamente al terreno del significante (ni siquiera en el caso de que se diera una «pura» neurosis significante, como la neurosis

[18] En su teoría del objeto a (con «a» minúscula), Lacan trata a los objetos parciales como si fueran entidades lógico-matemáticas («hay un materna del psicoanálisis», decía) (N. del A.).

obsesiva), porque siempre se desbordan e inundan el terreno de lo somático, lo social, lo económico, etc. Y a menos que consideremos que el significante está en todas partes, tendremos que reconocer que se ha restringido la función del inconsciente hasta considerarlo sólo desde el ángulo de las cadenas significantes que activa. «El inconsciente está estructurado como un lenguaje», nos dice Lacan. ¡Claro! Pero ¿quién lo ha estructurado así? Pues la familia, la escuela, el regimiento, el cine y, en algunos casos especiales, la psiquiatría y el psicoanálisis. Una vez abatido, una vez sometida la multiplicidad de voces propia de sus modos de expresión semióticos, una vez encadenado a un cierto tipo de máquina semiológica, entonces sí, acaba estando estructurado como un lenguaje. Entonces el lenguaje

empieza a comportarse como está mandado y a hablar el idioma del sistema dominante, que no es la lengua de todos los días, sino un lenguaje especial, sublimado, psicoanalizado. ¡No solamente ha contribuido a su propia alienación en las cadenas significantes, sino que ya no puede prescindir del significante, de modo que ahora lo demanda una y otra vez! Ya no desea formar parte del resto del mundo y sus formas de semiotización. Cualquier pequeño problema un poco acuciante le impulsará a buscar, si no la solución, al menos la suspensión tranquilizadora de los juegos del significante. ¿Qué nos quedaría entonces, por ejemplo, de la alienación que han sufrido durante miles de años las mujeres a manos de los hombres? Según la concepción que tienen los lingüistas del significante, sólo quedarían algunas trazas neutras e inocentes, como la oposición entre lo masculino y lo femenino; y según la de los psicoanalistas, nada más que un truco de ilusionista que hace aparecer y desparecer el falo. Lo cierto es que a cada tipo de *performance* lingüística, a cada acotación relativa al «grado de gramaticalidad» de un enunciado, le corresponde una cierta formación de poder. La estructura del significado nunca puede reducirse completamente a una pura lógica matemática porque siempre se alia con las diversas máquinas represivas. La teoría de los universales, ya sea en lingüística o en economía, en antropología o en psicoanálisis, no puede sino representar un obstáculo para la exploración real del inconsciente, es decir, de las constelaciones semióticas *de todo tipo*, de las conexiones entre flujos *de todo tipo*, de las relaciones de fuerza y de las limitaciones *de todo tipo* que forman los agenciamientos del deseo.

El inconsciente en el cine

El psicoanálisis estructuralista no puede enseñarnos mucho más en cuanto a la *organización sintagmática* de los mecanismos inconscientes que activa el cine de lo que haya podido enseñarnos el psicoanálisis ortodoxo respecto de sus *contenidos semánticos.* Sin embargo, el cine podría ayudarnos a comprender mejor la *pragmática*

de las catexis inconscientes en el campo social. Porque en el cine, el inconsciente no se manifiesta de la misma forma que sobre el diván; en las salas de cine, el inconsciente escapa parcialmente a la dictadura del significante, ya no se encuentra reducido a un hecho lingüístico, ni respeta la clásica dicotomía emisor-receptor propia de la comunicación significante que se mantenía aún en la transferencia psicoa- nalítica. Se trataría entonces de saber si esa dicotomía habría sido puesta simplemente entre paréntesis o si, debido a esto, tendríamos que volver a examinar el conjunto de relaciones existentes entre el discurso y la comunicación. Es posible que la comunicación entre un emisor y un receptor identificables no sea más que un caso particular, un caso límite de práctica discursiva. Consideremos los efectos de desubjetivación y de desindividuación de la enunciación creados por el cine o por otras formas de agenciamiento, tales como la droga, el sueño, la pasión, la creación, el delirio, etc. ¿No es acaso probable que

estos efectos sean más excepcionales de lo que creemos respecto de lo que tiende a considerarse como el caso general, el de la comunicación intersubjetiva «normal» y la conciencia «racional» en la relación sujeto-objeto? En tales casos se estaría poniendo en cuestión la idea de un sujeto trascendental de la enunciación, así como la oposición entre el discurso y la lengua, y hasta el hecho de que los distintos tipos de *performance* semiótica dependan de una presunta competencia semiológica universal. Desde ese momento habría que considerar al sujeto autoconsciente simplemente como una opción posible, como una especie de locura dentro de la normalidad. Pensar que no existe más que *un sujeto* autónomo y centrado en un solo individuo es una ilusión. Siempre nos encontraremos con una multitud de modos de subjetivación y de semiotización de los cuales el cine es precisamente el que mejor nos muestra hasta qué punto pueden ser instrumentalizados, maquinados, manipulados hasta el infinito. Pero, aunque es cierto que la dilatación, la exaltación maquínica del inconsciente cinematográfico no le hace inmune, ni mucho menos, a la contaminación por parte de las formas de significación del poder, no por ello deja de ser verdad también que en el cine las cosas transcurren de forma muy distinta a lo que sucede con el psicoanálisis o con las técnicas artísticas más civilizadas. Y ello se debe a que el cine se manifiesta por medio de agenciamientos semióticos que no pueden ser reducidos a una concatenación sintagmática capaz de disciplinarlo de manera mecánica, estructurándolo de acuerdo con una planificación rigurosamente formalizada de la expresión y del contenido. El montaje, realizado a partir de encadenamientos semióticos asignificantes, intensidades, movimientos y multiplicidades, tiende fundamentalmente a permitirle escapar del control del significante, que trata de insertarlo en su cuadrícula. Éste sólo interviene en un momento ulterior mediante la sintagmática fílmica, que fija los géneros
dando forma a personajes y estereotipos de conducta en sintonía con los campos semánticos hegemónicos[19].

Ciertamente, este «exceso» de materia expresiva en relación con el contenido marca el límite de una comparación posible entre

la represión del inconsciente en el cine y la que se produce en el caso del psicoanálisis. En lo fundamental, ambos comparten una misma política, pero los desafíos a los que se enfrentan y los medios a su disposición son muy diferentes. La clientela del psicoanalista se somete voluntariamente a un proceso de reducción significante, mientras que el cine tiene que permanecer atento a los cambios que van produciéndose en el imaginario social para poder «seguir en el juego», y también pone en marcha una| verdadera industria, una multitud de instituciones y de poderes de censura capaces de acabar con la amenaza de proliferación inconsciente que él mismo representa. Incluso el lenguaje hablado no funciona de la misma forma que en el psicoanálisis; no hace la ley, no es más que un instrumento entre otros, una herramienta dentro de una orquestación semiótica más compleja. Los elementos semióticos de la película se deslizan unos sobre otros sin llegar jamás a estabilizarse ni a quedar fijados en una sintaxis profunda de contenidos latentes o en sistemas transformadona- les que harían aflorar a la superficie los contenidos manifiestos. Algunos significados racionales, emotivos, sexuales —yo preferiría hablar aquí de *intensidades*— son transmitidos por «rasgos expresivos» heterogéneos (por retomar la fórmula que Christian Metz tomó prestada, a su vez, de Hjelmslev). Los códigos se encabalgan unos sobre otros, sin que ninguno llegue jamás a dominar a los demás, en un perpetuo vaivén en el que pasamos de los códigos perceptivos a otra forma de códigos, denotativos,

[19] Sería necesario retomar aquí el análisis de Bettini y Casetti, los cuales distinguían la noción de iconicidad y la de analogismo: la sintagmática fílmica «analoga» de alguna forma los iconos que van a ser vehiculados por el inconsciente. Véase «La sémiologie des moyens de communication audiovisuels et le problème de l'analogie», en *Cinéma : théories, lectures*, op.cit. (N. del A.).

musicales, connotativos, retóricos, tecnológicos, económicos, sociológicos, etc.

El cine como agenciamiento maquínico

El cine comercial no puede considerarse meramente como una droga barata. Tiene una profunda repercusión sobre el inconsciente, puede que incluso más que el psicoanálisis. Para empezar, tomemos una sesión cualquiera. La *performance* cinematográfica tiene una forma especial de marcar la subjetividad, dando comienzo al proceso de individuación personológica de la enunciación y desarrollando un modo muy particular de conciencia- ción. Sin el respaldo de la existencia del otro, la subjetivación tiende a convertirse en un proceso de tipo alucinatorio, que ya no está concentrado sobre *un* sujeto sino que se encuentra disperso en una multiplicidad de polaridades, incluso aunque esté fijado en un sólo personaje. Hablando con propiedad, ni siquiera podemos hablar de un sujeto de la enunciación en el sentido habitual, puesto que lo que esos polos emiten no son sólo discursos, sino intensidades de todo tipo, constelaciones de rasgos faciales, afectos cristalizados... ¡Hasta que a veces no se sabe bien quién es el que habla, o quién es quién!

¡Los roles están mucho mejor definidos en el psicoanálisis, y la transitividad subjetiva mucho más controlada! Lo cierto es que aquí se emplea sin cesar el *discurso del analista,* en el que decimos lo que creemos que le gustaría escuchar al analista, y, tratando de agradarle, caemos en la alienación. En el cine, por el contrario, no tenemos uso de la palabra; *eso* habla en nuestro nombre, es la industria cinematográfica la que decide cuál es el discurso que va a transmitirse en función de lo que ella imagina que querríamos oír[20]. Una máquina te trata como lo hacen las máquinas, porque lo esencial no es lo que dice la máquina, sino esa especie de vértigo de aniquilación que nos produce el mero hecho de ser «maquinados» de tal o cual manera.

[20] El psicoanalista está un poco en la misma posición que el espectador dentro del cine: asiste al despliegue de un montaje que alguien ha fabricado para él (N. del A.).

Las personas se disuelven, las cosas suceden sin testigos; y así, nos abandonamos a un mundo sin remordimientos. Mientras que, al recostarnos en el diván, pagamos para que un testigo —preferiblemente alguien ilustre, que goce de un estatus claramente superior al nuestro— realice la catexis, para que controle nuestros pensamientos y sentimientos más íntimos; en el cine pagamos un asiento para dejarnos inundar por agendamientos subjetivos de contornos borrosos, para poder perdemos en aventuras que, en prindpio, no tienen continuadón. Digo «en prindpio» porque, efe hecho, los modelos de este vértigo al alcance de todos los bolsillos dejan un rastro notable: el cine puebla el inconsdente de indios, de vaqueros, de gánsteres, de Belmondos, de Marilyn Monroes... Es lo mismo que con el tabaco o la cocaína: sólo nos damos cuenta de haber caído bajo sus efectos —si es que llegamos a notarlo— cuando ya estamos completamente «enganchados».

Pero ¿no fue precisamente para evitar ese tipo de promiscuidad por lo que se instauró la cura psicoanalítica? ¿La función de la interpretación y de la transferencia no es la de hacer una criba que permita separar el buen inconsciente del malo? ¿Es que acaso no se supervisa al paciente? ¿Es que camina por una cuerda sin red? ¡Por supuesto que sí se lo supervisa! ¡Pero esa red que se le pone debajo para que no se caiga resulta en realidad más alienante que cualquier otro sistema de control de la subjetividad! A la salida del cine, tenemos que despertarnos y silenciar nuestra propia película —toda la realidad social contribuye a ello—; las sesiones de psicoanálisis, por el contrario, son interminables e inundan el resto de nuestra vida. Como se suele decir, ir al cine es una forma de distracción, mientras que la cura psicoanalítica —y esto es válido también para los neuróticos— tiende a convertirse en una forma de promoción social: va acompañada por la sensación de que, a la larga, el paciente acabará por hacerse un especialista del inconsciente, ¡un especialista que, por cierto, resultará igual de nocivo para su entorno que los especialistas de cualquier otra disciplina, empezando por los dnéfilos!

La alienación por el psicoanálisis tiende a que la forma particular de subjetivación que él mismo produce esté organizada en torno a un

sujeto-para-otro, un sujeto personológico sobre- cualificado, entrenado hasta el agotamiento en las prácticas significantes propias del sistema. La proyección cinematográfica, por su parte, desterritorializa las coordenadas perceptivas y deícticas[68]. Todavía no han empezado a estimularse las células gustativas del inconsciente cuando la película, producto manufacturado, ya ha empezado a condicionarlas para que se ajusten al sabor de la papilla semiológica que usa el sistema para cebarlas. A partir del momento en que aparece al desnudo, el inconsciente se convierte en un territorio ocupado. En el fondo el cine ha ocupado el lugar de las antiguas liturgias: su función es la de renovar, adaptar y asimilar a los viejos dioses de la familia burguesa. Su credo toma prestado el lenguaje de las formas de comunicación «normales», el que se habla en familia, en la escuela o en el trabajo. Incluso cuando parece darle la palabra a un personaje «normal», un hombre, una mujer o un niño,[1] en realidad se trata siempre de un constructo, un prototipo, una marioneta, un zombi, un «invasor» preparado para adherirse al inconsciente con el fin de dominarlo. ¡Nadie va al cine como se va al psicoanalista, pertrechado con un «yo» lleno de reservas y de recuerdos de infancia! Aceptamos tácitamente y por adelantado que se nos despoje de nuestra identidad, de mirntro |MM do y nuestro porvenir. La magia trivial del cine lo vuelve u UIKI amnésico, soltero, huérfano, inconsciente y eterno. Cuando, a lu salida del cine, retomamos nuestra identidad «de todos los días», cuando volvemos a encontrarnos con las caras de nuestros conocidos, encerrados en sí mismos, sucede a veces que nos sentimos tentados de permitir que se prolongue la impresión causada por la película, si ésta nos ha emocionado profundamente. ¡Puede ser que una película llegue incluso a revolucionar nuestra existencia! La verdad es que un cine que consiguiera liberarse de esa función de

[68] El efecto de la desterritorializadón parece suavizarse en televisión, pero esto se debe a que es más subrepticio: la iluminación es mayor, la máquina colocada frente a uno es como un interlocutor amistoso, estamos en familia, como en una visita turística a las profundidades abismales del inconsciente seguida por un corte publicitario y las noticias de última hora. De hecho, la agresión es más virulenta que en otros medios, ya que los sujetos se pliegan inconscientemente a unas coordenadas sociopolíticas y a un tipo de modelos sin los cuales lo más probable es que las sociedades capitalistas no pudieran seguir funcionando (N. del A.).

droga adaptativapodría tener efectos emancipadores de un alcance inimaginable, cuyas repercusiones no serían ni siquiera comparables con las de algunos libros o corrientes literarias. Esto se debe a que el cine interviene directamente en nuestras relaciones con el mundo exterior. Incluso si ese exterior ha sido contaminado por las representaciones dominantes, una intervención así seria suficiente para provocar un mínimo de apertura. El psicoanálisis nos asfixia —aunque con mucha opulencia, es cierto—, adormece nuestra relación con el mundo exterior en lo que éste tiene de más singular, de más imprevisible, proyectando sobre él la película de lo interior. A pesar de los estereotipos de los que se sirve, a pesar de su conformismo, el cine utiliza una gran cantidad de medios de expresión que lo dotan de una riqueza desbordante. Cada uno de nosotros ha tenido la ocasión de comprobar por experiencia propia que a menudo las historias del cine se prolongan en los sueños (por mi parte he notado que esta interacción era más fuerte cuanto más mediocre me había parecido la película).

¡El cine comercial es incontestablemente familiar, edípico y reaccionario! Pero no es ninguna de estas cosas de forma intrínseca, a diferencia del psicoanálisis, sino que lo es «por añadidura». Su «misión» no es hacer que las personas se acomoden a los modelos elitistas obsoletos y arcaicos del freudismo, sino a los estereotipos propios de la producción de masas, incluso —todo hay que decirlo— si reproducen los arquetipos de la familia tradicional. Aunque el cine cuenta con medios más fuertes y peligrosos, ya que resultan más fascinantes que los del psicoanálisis, en realidad acaban siendo mucho más precarios, pero también más prometedores. Y, si bien es perfectamente posible imaginar que en el futuro puedan llegar a constituirse otras formas distintas de práctica cinematográfica, como un cine combativo que atacase los valores dominantes, dada la actual situación resulta casi imposible pensar en la emergencia de un psicoanálisis revolucionario.

Lo cierto es que el inconsciente psicoanalítico (o el inconsciente literario, lo mismo da, puesto que derivan el uno del otro) es siempre un inconsciente de segunda mano. El discurso del psicoanálisis se ha

ido formando en torno a algunos mitos que le son propios; y se espera que los mitos individuales se encuadren dentro de los marcos constituidos por esos mitos de referencia. Los mitos del cine no disponen de un sistema metamí- tico semejante, y por eso el abanico de medios semióticos que utilizan tiene que estar en conexión directa con los procesos de semiotización del espectador. En resumidas cuentas, el lenguaje del cine y de los medios de comunicación audiovisuales es algo vivo, mientras que el del psicoanálisis ha dejado de hablar y se ha convertido, desde hace ya algún tiempo, en una lengua muerta. Del cine puede esperarse lo mejor y lo peor; del psicoanálisis no puede esperarse nada más que un murmullo tranquilizador pero inútil. Se producen buenas películas incluso en las peores condiciones comerciales, películas que modifican los agenaamientos del deseo, que «cambian la vida», pero hace mucho que no hay buenas sesiones, grandes descubrimientos o libros brillantes en el campo del psicoanálisis.

V. ANDAMIAJES SEMIÓTICOS

Introducción

Los análisis estructuralistas se esfuerzan por disimular la dualidad fundamental entre el contenido y su expresión, prestando atención sólo a la expresión, poniendo entre paréntesis el contenido y considerando que trabajar con el contenido y trabajar con la expresión son dos actividades que es legítimo desarrollar separadamente. Esto no es sino una forma de organizar su falta de comprensión de los orígenes políticos de la formaliza- ción de contenidos. Sería necesario oponer aquí una genealogía política de los contenidos significantes a los procedimientos que dan lugar a las gramáticas generativas y transformaciona- les. Para los estructuralistas, el componente semántico no parece suponer ningún problema. Siempre se lo da por supuesto, es un elemento de base cuya existencia no se pone en duda, tanto si es percibido como si no, y que puede aparecer en cualquier encrucijada.

Pero ninguno se molesta en determinar el modo particular en que se estructura cada tipo de contenido, dando a entender simplemente que los problemas que suscita ese formalismo sólo afectan a situaciones en que los contenidos aparecen atrapados en la relación expresión-contenido; así, para determinar cuál es el origen de ese formalismo, transfieren la explicación al significante, a las cadenas significantes. Y, sin embargo, éstos siempre son el resultado de fuerzas políticas y sociales, de un orden que los moldea a su gusto. No hay nada mecánico en la estructuración de los contenidos: el campo social no es un contenido superestructural que esté determinado de forma mecánica por una infraestructura económica, como tampoco lo está el campo semántico por la estructura significante, o las diferentes manifestaciones de

las culturas primitivas por las estructuras elementales del parentesco...

Pretender explicar las estructuras sociohistóricas complejas a través de un mecanismo de intercambios, el lenguaje a partir de un sistema de transformaciones lógicas o el deseo por medio del juego de una batería significante generadora de fantasías, son formas distintas de evitar que se cuestionen las funciones del poder que controlan el campo social a todos los niveles. Lo importante aquí no es la actualización de un formalismo universal en sí, sino averiguar cómo es posible que un sistema de poder llegue a servirse de los medios de formalización significante disponibles para unificar todos los modos de expresión, concentrándolos en unos valores «fundamentales», a saber: el respeto por la propiedad privada, las personas, los rangos, las jerarquías sexuales y raciales, los grupos de edad, el «derecho» a la desposesión de los trabajadores y de los medios de producción por parte de las clases dominantes, etc.

Por consiguiente, nunca encontramos la estructura en estado puro, como una especie de juego de ajedrez ideal o una matriz lógica que modelase los contenidos significativos. Antes de ser estructurados por el lenguaje, o «como un lenguaje», los contenidos son estructurados por una multitud de niveles micro- políticos. Corolario: esto es precisamente lo que explica cómo una acción revolucionaria micropolítica permite relativizar los «significados dominantes» y neutralizar las formas de evidencia y las limitaciones planteadas por los estructuralistas. Negar la intervención del poder en la representación significa rechazar el compromiso en términos micropolíticos cuando más necesario resulta, es decir, siempre que se producen efectos de significado.

Convendría asimismo dejar a un lado la oposición entre *el* contenido y *la* expresión, como si fueran dos grandes bloques independientes, desconectados uno del otro y, en lugar de eso, buscar los puntos de articulación y los focos de conflicto micropolítico que se dan a todos los niveles. Cada formación de poder tiene como objetivo organizar un sistema de redundancia de contenidos. La función de la máquina expresiva que controla el conjunto de esas formaciones no es otra que la de normalizar las formaliza- dones locales a fin de centralizar y hacer traducible el significado invariante reconocido por el orden dominante, reforzando el consenso, lo que Hjelmslev ha calificado como el «nivel de la substan- da

inmediata» y que define como una apercepción colectiva.

Lo que está enjuego entre el contenido y la expresión es una estabilización de las relaciones de desterritorializadón. La máquina de signos asignificante, lo que Hjelmslev llama el sistema de las figuras expresivas, se configura en el punto de encuentro de todas las semiologías significantes. Representa un poco el equivalente de la función del Estado con respecto a las distintas facciones de la burguesía, que consiste en poner orden y dar prioridad de forma jerárquica a las pretensiones de los distintos grupos locales. La máquina de expresión asignificante (el plano del significante) organiza un sistema de redundancia vacío y de traductibilidad de todos los sistemas de redundancia territo- rializados generados por las múltiples instancias regionales del poder. (Por ejemplo, el poder familiar que produce una forma correcta de hablar, el poder escolar que produce una forma correcta de escribir, disciplina, competitividad, jerarquía, etc.). Así se consigue, por el lado del sistema de expresión asignificante, estabilizar un régimen intermedio de desterritorializadón que capta y regula las formas de desterritorializadón relativas a los formalismos del contenido.

François Jacob sugiere que las codificaciones «naturales» podrían funcionar en tres dimensiones. Todorov, por su lado, estima que en las semiologías simbólicas intervienen específicamente en dos dimensiones. Por lo tanto, sólo el código lingüístico funciona como un sistema lineal. (Según François
Jacob, habría que poner cuidado en distinguir esta forma de codificación del código genético, que está relativamente menos desterritorializado). De acuerdo con estos autores, podría considerarse que, a fin de cuentas, los modos de codificación experimentan una especie de proceso de molecularización y de discretización, dependiendo de si afectan a los estratos lingüísticos, a los estratos de representación perceptiva o a los estratos lingüísticos (sic). Podríamos imaginar incluso que esta tendencia a la desterritorialización puede prolongarse por medio de semióticas asignificantes científicas que abandonen la linealidad de la lengua y comiencen a emplear sistemas de *signos-partículas*. Efectivamente, la oposición entre signo y referente en el caso, digamos, de la física teórica, parece un poco menos pertinente. Ya no se requiere aportar una prueba positiva para demostrar la existencia de una partícula, basta con que

funcione sin contradicciones dentro del complejo de la semiótica teórica. Sólo si surge un efecto experimental extrínseco que afecte al sistema semiótico, entonces se planteará retroactivamente la existencia de esa partícula como un problema. En caso contrario, la pregunta carece de sentido. La partícula, al ser repudiada por el complejo teórico-experimental, se carga con una especie de existencia negativa. Ya no es necesario hacer una demostración pormenorizada de la existencia de una partícula, atrás queda el ^bjetivo, que en otros tiempos resultara fundamental, de una materialización de dicha existencia por medio de un efecto físico que permitiría su localización espacio-temporal. Este tipo de semiótica pone en juego lo que nosotros llamamos *signos-partículas,* es decir, entidades que están más allá de las coordenadas del tiempo, el espacio y la existencia. Se ha establecido un nuevo tipo de relación entre el signo y el referente, y ya no se trata de una relación directa, sino de una que forma parte de la totalidad de un agenciamiento teórico-experimental.

Al empezar a considerar este tipo de semióticas asignificantes abandonamos el terreno de la impotenciación semiológica por el de la potencia de agenciamiento maquínico. Este ejemplo tomado de la física teórica que acabamos de poner podría hacerse extensivo a otros dominios sociales, artísticos, etc.

Por tanto, se puede decir que para nosotros hay dos políticas posibles en lo referente al significado. O bien lo aceptamos como un efecto indispensable por derecho y consideramos que estará invariablemente presente a todos los niveles semióticos, o bien lo aceptamos *defacto* en el contexto de un sistema político concreto, pero sólo para oponernos a él mediante una lucha mi- cropolítica generalizada que sea susceptible de socavarlo desde el interior y permita a las multiplicidades intensivas liberarse de la tiranía de la recodificación significante. En tal caso, lo fundamental ahora sería poner en circulación un gran número de expresiones-experimentaciones. Por ejemplo, las que producen los niños, los esquizofrénicos, los alienados de cualquier condición por el mero hecho de contribuir a menoscabar, a corroer la semiología del orden dominante, revelando así nuevas vías de escape y constelaciones inéditas de signos-partículas asignificantes.

Las minorías del deseo, el psicoanálisis y la semiótica

Hace ya algún tiempo que el público del psicoanálisis ha sobrepasado las limitaciones sectarias propias de su marco constitutivo. En la medida en que se empeña en definir una norma —el límite entre lo normal y lo patológico en el dominio del comportamiento—, ya tiene un pie puesto en el terreno de la política. Esto es consecuencia del hecho de que las fuerzas sociales que se enfrentan en el proceso de producción capitalista se ven directamente afectadas por la definición de un sistema de normas como ése, de un modelo de vida y de subjetividad deseante adecuado al tipo de individuo «normalizado» que requiere el sistema. En otras épocas hubo disputas religiosas o filosóficas que mantenían con el campo social de las luchas sociales el mismo tipo de relación que el psicoanálisis. Pero la política del psicoanálisis consiste desde el principio en tratar de situarse fuera del campo político, reivindicando el estatus de ciencia objetiva. Por eso ha tratado de apoyarse en distintas ciencias, en la biología, la física y, más recientemente, en las matemáticas y la lingüística; pero sólo ha conseguido imitarlas. Es más, nunca ha abandonado una forma de funcionamiento grupuscular que hace que las sociedades psicoanalíticas se parezcan más a corporaciones celosas de sus intereses que a sociedades consagradas al avance científico. Al no encontrar un garante en la ciencia respetable, el psicoanálisis se ha refugiado en la actividad «literaria», la cual no contribuye para nada a aclarar en qué consiste su práctica real.

Al mismo tiempo que descubría el alcance de las catexis inconscientes del deseo, el freudismo se empleaba a fondo para conjurar sus «maleficios». Desde sus orígenes, el psicoanálisis se ha esforzado por ajustar sus categorías a los modelos normativos de su época. De esta forma contribuyó a levantar un muro de contención suplementario contra el deseo; llegó en el momento justo, cuando ya empezaban a notarse grietas en organizaciones represivas como la familfe, la escuela, la psiquiatría, etc. Pero lo que realmente construyó fue una contención más interior, un muro que aprisionaba la economía del deseo desde dentro, alcanzándolo en la cuna y aferrándose a él para no dejarlo escapar jamás. La ambición de la cuadrícula psicoanalítica no conoce límites; en teoría nada debería escapársele, su voluntad de dominio lo alcanza todo a la vez: la locura, el

sueño, las desviaciones de cualquier tipo, el arte, la historia, el mundo primitivo e incluso las más ínfimas escenas de la vida diaria, tales como los lapsus o los actos fallidos. Todo sinsentido debe someterse a sus esquemas explicativos y adaptarse a sus registros de forma que se vuelva comprensible. Tomemos la homosexualidad, por ejemplo: el psicoanálisis la clasifica entre las perversiones y la define como una fijación al *estadio infantil*, estadio que se describe como pregenital y propio del «perverso polimorfo». Del mismo modo, y gracias al sesgo de una descripción que se autoproclama objetiva, quedará sancionada una norma, una genitalidad lícita y otra ilícita, estableciendo un derecho de ciudadanía que deja fuera el deseo del niño, del homosexual, del loco y, progresivamente, también el de la mujer o el del joven que todavía no ha asumido plenamente la perspectiva conyugal y familiar, etc.

Sólo en la medida en que la lucha revolucionaria consiga desmarcarse de los modelos dominantes, y en particular del modelo de todos los modelos —el capital—, que consiste en reducir las multiplicidades deseantes hasta que no sean nada más que un flujo indiferenciado, flujo de trabajadores, flujo de consumidores, etc.; sólo en la medida en que ésta se niegue a aceptar la simplificación maniquea de la lucha de clases y admita el carácter plural de los compromisos deseantes, que son los nexos de unión entre las revueltas y la revolución; sólo en esa medida, digo, logrará esa lucha englobar las distintas clases de minorías sin ningún tipo de *a priori normativo* y sustentarse en ellas. Este tipo de reconversión implica un seguimiento, así como la localización y neutralización previa de los modelos que el psicoanálisis deja «implícitos» en su legitimación de la represión del deseo, fundada en el dogma del Edipo y de una castración aceptada. Muchas personas reconocen hoy en día que una auténtica lucha revolucionaria no será posible a menos que se desarrolle *también* en el frente del deseo. Pero todavía no podemos asegurar con certeza que vayan a abrirse nuevos frentes del deseo, sobre todo porque seguimos atrapados en la alternativa psicoanalítica clásica:

- por un lado, el deseo: una potencia peligrosa, destructiva, incapaz de construir nada;
- por otro lado, el yo y lo social: el mundo de la realidad al cual tenemos que adaptarnos de todas formas, que nos hace doblegarnos, aunque

sólo sea porque es la única forma de conseguir dominarlo, como a menudo se pretende.

¡Como si la locura no residiera ya desde el comienzo y antes que nada en el corazón del propio orden capitalista! ¡Como si desde el principio la razón no se encontrara inscrita hasta en el corazón de los más locos deseos! El deseo no siempre es un perturbador del orden, un anarquista. Puede que un deseo que se ha emancipado de la tutela del poder sea más real, más realista, mejor organizador y un mecánico más consumado que el racionalismo delirante propio de los planificadores y los proxenetas del sistema actual. La ciencia, la innovación y la creación proli- feran en el espacio del deseo y no en el del pseudorracionalismo de los tecnócratas.

El psicoanálisis no es una ciencia, sino un movimiento político-religioso que debería ser equiparado a otros sistemas que han propugnado modelos reguladores, durante un cierto tiempo y en un contexto delimitado. Su concepción del deseo puede parecemos «adelantada a su tiempo», pero eso es mera apariencia, ya que el avance en cuestión no <^>nsiste en otra cosa más que en poner a punto el suplemento represivo exigido por la lógica del sistema y en actualizar una técnica basada en la interpretación, la derivación del deseo y la interiorización de la represión. Llamaremos *paranoia colectiva* al objeto del psicoanálisis, es decir, a la disposición de todo cuanto se opone a la liberación del deseo esquizo dentro del *socius.* Antes de ponernos a analizar el lugar particular y extremo que ocupa el psicoanálisis dentro de la escala de grados de esta paranoia colectiva, fijaremos primero nuestra atención en la propia función que desempeña, en el papel que juega dentro del campo social en términos generales.
Sólo después trataremos de localizar los resortes específicos sobre los que fue fundado el psicoanálisis, y cuyo funcionamiento se ha visto de alguna forma incrementado. Así pues, nuestro objetivo sería determinar la naturaleza de un *coeficiente de paranoia colectiva,* coeficiente complementario e inverso a aquel al que me refería yo hace una década con el nombre de *coeficiente de transversalidad.*

Nosotros nos esforzamos por rechazar la oposición entre *dos realidades,* una objetiva y otra subjetiva, para tomar en consideración dos *políticas* posibles: una *política de la interpretación* que se refiere al pasado y se despliega sobre el imaginario, y una *política de la experimentación*

que capta las intensidades actuales del deseo, que se constituye como maqumismo deseante en contacto directo con la realidad social histórica. ¿Interpretación o experimentación? ¿Psicoanálisis «científico» o políticas del deseo? Para saber cuáles son los fundamentos de estas alternativas tendremos que remontar el río del psicoanálisis y la política tal y como se nos presentan de ordinario y tratar de situarlas en sus respectivas relaciones con el lenguaje. ¿Con qué se hace la interpretación? ¡Con palabras! ¿Con qué se hace la experimentación? Se hace mediante signos, funciones maquínicas, agen- ciamientos de cosas y personas. En un primer acercamiento, se diría que estos dos dominios tendrían que permanecer separados. ¿Cómo va a aclararse la situación si además introducimos el vector de la política? A primera vista, los sentimientos, la acción, la teoría y el maqumismo parecen provenir cada uno de un orden de cosas distinto, ¡por eso no deberíamos confundirlos entre sí! Y, sin embargo, creemos que es indispensable no dejar que se solidifiquen en estratos aislados los unos de los otros. Así, seguimos remontándonos cada vez más río arriba, hacia la fuente, dejando atrás la lingüística, cuando empezamos a entrever la posibilidad de una semiótica que sea capaz de explicar *a la vez* el funcionamiento de la palabra significante y los grandes

signos de la ciencia, los maqumismos técnico-científicos y los agenciamientos sociales. Entonces se presentará ante nosotros la gran alternativa política planteada en el seno de *un mismo conjunto semiótico,* potencialmente abierto a las semióticas asig- nificantes, que autoriza el tránsito de las ciencias objetivas a las lenguas significativas y subjetivadoras. Los semióticos se han escindido en dos bandos: el de los que relacionan la semiótica con las ciencias del lenguaje y el de los que consideran el lenguaje como un caso particular, aunque para nada privilegiado, del funcionamiento de una semiótica general. La consecuencia de este debate es, en mi opinión, que en el primer caso el deseo queda atrapado en el imaginario, volcándose en un sistema de fugas significantes, para el cual he propuesto el término de *perversión paradigmática*; mientras que, en el segundo caso, forma parte de agenciamientos semióticos asignificantes compuestos a la vez de signos y de cosas, de personas y de grupos, de órganos y de fuerzas o máquinas. La política del significante permite que la máquina de signos empiece a

controlar los flujos territorializados, segmentándolos mediante una serie finita de signos discretos, «digitalizados», para quedarse únicamente con los flujos de información decodificables. La función de esta máquina de signos consiste en producir «substancias formadas semióticamente», en el sentido de Hjelmslev, es decir, estratos de expresión que posibilitan la correspondencia entre los dos ámbitos formalizados en el plano de la expresión y en el plano del contenido; operación que, según los lingüistas, resulta específica de la producción de un determinado *efecto de significado.* El conjunto de lo real intensivo será entonces «tratado» por la dualidad formalizadora significante-significado; el conjunto de los flujos quedará fijado en el «destello» de la significación que sitúa al objeto frente al sujeto; el movimiento del deseo se vuelve estéril cuando está sometido a una relación de representación; la imagen deviene reminiscencia de una realidad impotenciada

y de su aglutinación surge el mundo de los significados dominantes y los estereotipos.

La primera forma de violencia política reside en esta operación de parcelación de las multiplicidades intensivas. La relación convencional (según Peirce) o arbitraria (según Saussure) entre el significante y el significado no es, en el fondo, otra cosa que la expresión de un poder a través de los signos. La formulación del contexto, de lo implícito, de los presupuestos, es decir, de todo cuanto concierne de cerca o de lejos las relaciones del poder y el deseo, es repudiada por los especialistas de las ciencias humanas como algo que se sale del marco de sus investigaciones y que debería, por tanto, permanecer «fuera de la cuestión». Es algo parecido a lo que sucede cuando un juez llama al orden a un testigo que no se atiene en su respuesta a las preguntas formuladas,

0 cuando un grupo de policías dispersa brutalmente a los transeúntes para evitar que sean testigos de los abusos perpetrados por otros policías. El poder siempre quiere controlar la producción de significado porque considera que es prerrogativa suya el decirnos qué es lo que «hay que saber» y lo que no.

Los usuarios reciben instrumentos expresivos igual que se les da un pico o una pala a los presidiarios; los cuadernos de rayas y los bolígrafos que se reparten a los niños en la escuela son también instrumentos de producción; la *enseñanza* —la *asignación* de signos[1]— está programada para no producir más que un cierto tipo de significados normalizados. ¡Imposible librarse de ellas! El primer imperativo legal, a saber, que nadie puede ignorarla, se basa ya en la exigencia de no permitir que se pase por alto el peso de los significados dominantes. Todas las intensidades deseantes tienen que pasar por el yugo del binomio formalizador expresión/contenido tal y como es elaborado en el marco de unas relaciones de producción dadas. ¡Esto sólo puede suceder

[1] Juego de palabras intraducibie entre *enseignement* (enseñanza) y *ensignement,* término inventado que contiene la palabra signo (signe) (N. del T.).

una vez que se ha depurado el sistema de la locura y de todas las demás formas de escapar del sentido, de todos los sinsentidos!

Los signos también actúan sobre los flujos materiales

No es fácil dar la espalda a la política de la significación y la interpretación: hay una cierta manera de imitar el «rigor científico» propia de las ciencias sociales que les impide tomar conciencia de las implicaciones políticas vinculadas a cada uno de sus objetos, y que las conduce implacablemente a la secreta dependencia de unos paralogismos metafísicos, siempre los mismos, que abarcan la realidad, el alma y el significado.

Pensemos, por ejemplo, en las investigaciones actuales sobre la comunicación llevadas a cabo en los EE.UU.: ¿qué son, sino otra trampa de la objetividad, una falsa alternativa al subjetivismo psicoanalítico? Los investigadores que trabajan en el Mental Research Institute de Palo Alto con Gregory Bateson se limitan a seleccionar del «comportamiento» sólo aquello que, según ellos, puede ser tratado en «términos de comunicación»[69]. Al adoptar la subdivisión entre sintaxis, semiótica y pragmática propuesta por Carnap y Morris, delimitaron con el término semántica una dimensión que formaba parte de la comunicación pero manteniendo respecto a ella una cierta relación de exterioridad. Para ellos el comportamiento no es otra cosa que una «pragmática de la comunicación», puesto por completo al servicio de la transmisión de información, de la puesta en circulación de símbolos entre emisores y receptores y de sus efectos retroactivos *(feed- back).* El presupuesto «semántico» de esta organización de las intercomunicaciones reposa sobre la idea de que los individuos presentes «hayan alcanzado un acuerdo previo sobre el significado que hay que darles a esos símbolos». El comportamiento queda así reducido a un flujo de información, o, en el mejor de los casos, sometido a él. Pero ¿adónde va a parar el deseo entre toda esta información? ¿Y qué sería entonces un comportamiento provocado por el deseo: un revoltijo, un ruido, o una simple expresión de júbilo para festejar que el mensaje ha sido recibido correctamente? Las únicas cosas que parecen interesar a los investigadores son la organización sintáctica de la información y la estrategia pragmática del comportamiento. Se han desviado del estudio del significado, cuyo funcionamiento les

[69] Paul Watzlawick, Janet Helmick-Beavin, Don Jackson, *Una logique de la communication*, París, Éd. du Seuil, 1972. Trad. cast.: *Teoría de la comunicación humana*, Barcelona, Herder, 1981 (N. del A.).

parece evidente; algo que sólo interesa a los filósofos. La sintaxis, por el contrario, depende de una ciencia noble: la lógica matemática. En cuanto a la pragmática, se confunde con la psicología pura y simple.

Pero ¿habría conseguido esta tripartición liberarnos al menos de la tiranía del significante? En absoluto, puesto que toda la teoría de la comunicación comportamental sigue rindiendo tributo al misterio de la significación. Simplemente, lo mantiene a una cierta distancia; en realidad, no ha dejado de acechar detrás de cada secuencia de comportamientos. Puede que sea incluso más virulenta, ya que, al hacer de ella una evidencia implícita, suscita un formalismo todavía más exigente. Este sistema sigue siendo prisionero de una apercepción supuestamente inmediata del significado, sin ver más allá del *cogito* semiológico significante. Por lo tanto, ni la corriente neobehaviorista ni el psicoanálisis han conseguido evitar quedarse estancados en la interpretación significativa, y lo contrario no es sino pura ilusión. Podríamos incluso preguntarnos si no se ha producido una especie de división del trabajo entre aquellos que se han fijado como objetivo analizar el comportamiento a partir de la teoría de la información y los que se encargan de analizar los contenidos significativos a partir de una interpretación edipizante.

¡Unos aplican al «comportamiento» la perspectiva reduccionista del código binario *(binariy digits)* y otros lo someten a triangulación! Tampoco sería absurdo interrogarse sobre la aplicación de este tipo de procedimientos por parte de los antropólogos estructuralistas, que se esfuerzan por comprender las sociedades arcaicas única y exclusivamente desde el ángulo de sus relaciones de parentesco, que a su vez aparecen reducidas a una mera lógica de intercambios; o incluso sobre las prácticas de algunas sectas literarias que se consagran con devoción a un tipo de lectura llamada textual...

Da igual cuál sea el patrón de medida elegido, ya sea el Significante, la Libido o una unidad de intercambio matrimonial; el método siempre es el mismo, hay que descubrir un referente unívoco, una invariante trascendente, no significativa, que sea capaz de explicar la totalidad de las estructuraciones significativas. Partimos en busca de una mecánica —¡que es algo muy diferente de una máquina!— que sirva para fijar los flujos, para determinar la dirección en las encrucijadas, para localizar los puntos

fijos, estabilizando las estructuras y proporcionando la reconfortante sensación de que, por fin, las ciencias humanas han logrado captar algo eterno, y que, además, descargaría a los investigadores de cualquier forma de responsabilidad política, matando así dos pájaros de un tiro. En este sentido es posible percibir un aspecto que tienen en común las distintas disciplinas procedentes de este tipo de metodología y a partir de ahí llegar a comprender el porqué de ciertas alianzas, que resultan extrañas a primera vista, como son el encuentro entre el psicoanálisis y el análisis comportamental de Bateson en la antipsiquiatría de Laing, la fusión de una lingüística dominada por la fonología diacrònica con el psicoanálisis lacaniano, o el vínculo entre la tradición epistemológica y el marxismo de Althusser, etc.

No debemos eliminar las diferencias entre las distintas máquinas semióticas; por el contrario, tenemos que marcarlas lo más posible, pero sin hacerlas depender unas de otras, como hacía Benveniste, para llegar a la conclusión de que toda semiología perteneciente a un sistema no lingüístico depende en última instancia de la mediación del lenguaje, tomando prestado ese conducto, ya que «no podría existir sino gracias a y en una semiología del lenguaje»[3]. Partiendo de este punto de vista, vamos a proponer la siguiente clasificación de las formas de codificación: códigos asemióticos «naturales», semiologías significantes y semióticas asignificantes.

1. Las cadenas de codificación asemióticas «naturales»

No movilizan un estrato semiótico específico. Las cadenas del código genético, por ejemplo, se forman a partir del mismo tipo de material que los flujos biológicos codificados. Entre el estrato biológico objeto de la codificación y el estrato informacional no hay diferenciación ni autonomización alguna. Lo único que se da es la especialización de un cierto número de elementos integrantes de los flujos energéticos y biológicos con vistas a un trabajo de transmisión y de producción de un código. Como la materia expresiva no constituye por sí misma un estrato —una sustancia semiótica específica—, resulta imposible trasladar —o

hacer traducible— su sistema de codificación a otro distinto. Al representar de forma gráfica las cadenas de ADN y ARN, el biólogo está transponiendo esas estructuras a un sistema de signos, produciendo desde cero un nuevo soporte expresivo. Todo sucede de un modo muy distinto cuando una semiótica significante transfiere un mensaje, digamos visual, a través del canal de ondas hertzianas que será reconstruido en un receptor de

[1] Émile Benveniste, *Semiótica,* París, Mouton, 1969. También habla del «modelaje semiótico» resultante de la acción del lenguaje, de la preeminencia del sistema significante, etc. (N. del A.).

televisión: entonces se produce el paso continuo de las formas codificadas de una substancia a otra; la traducibilidad se hace posible gracias a la independencia de los estratos expresivos; al haber conseguido «extraer» la forma de sustancias diferentes se hace posible transponerla.

2. Semiologías de la significación

Se constituyen a partir de estratos expresivos específicos. Pueden dividirse en dos categorías: las que se sustentan sobre una multiplicidad de estratos y las que no conservan más que dos:

a) Las semiologías simbólicas: constituyen la forma de expresión de las sociedades arcaicas, de los locos y los niños, etc., se mueven entre una pluralidad de estratos expresivos gestuales, rituales, verbales, «pAductivos», seculares, etc., pero ninguno de estos estratos es completamente autónomo; se superponen, remiten unos a otros, sin que ninguno llegue a recodificar los demás de forma permanente.

b) Las semiologías significantes: en las lenguas modernas toda la polisemia de la expresión, todos los estratos expresivos, como la palabra, la mímica, el canto, etc., se vuelven independientes de una archi-escritura significante. La máquina semiótica sólo funciona ya a partir de dos estratos: aquel en el que se formalizan los contenidos y aquel en el que se formaliza la expresión. En realidad no hay dos estratos, sino uno solo: el estrato de formalización significante, que, a partir de una serie finita de figuras expresivas, pone en relación de correspondencia biunívo- ca la organización particular de la realidad dominante con la formalización de la representación. Las representaciones significativas —los conceptos

saussureanos— parecen estar estructurados a partir de un estrato autónomo de contenido, pero esto es sólo apariencia, y también es ilusoria la impresión de que éstos «habi

F

tan» dentro del alma, que pueblan el cielo de ideas o que tratan de ordenarse como iconos de lo cotidiano. La semiótica significante contribuye a crear el espejismo de que existe un plano del significado que puede retardar, mediatizar o incluso impedir una unión directa entre las máquinas de signos y las máquinas reales. Dudar de la existencia de estos dos planos fundamentales de la semiótica significante nos conduce a cuestionar también la situación que ocupa la doble articulación en el lenguaje; en efecto, lo que garantiza la formación de monemas autónomos son las relaciones paradigmáticas que dichas entidades entablan con los contenidos especificados, formalizados y estructurados a partir de un plan autónomo; pero si este plan, lejos de responder a la organización lógica a la que aspiran las semánticas estructurales o generativas, no es más que un conglomerado de relaciones de fuerza, compromisos y aproximaciones de todo tipo, entonces queda comprometida la legitimidad estructural de la relación significante-significado.

Recordemos que las semióticas significantes de doble articulación emplean signos caracterizados por tres funciones: *denotación, representación* y *significación.* La denotación establece una relación entre el signo y la cosa designada. Es la función referen- cial, que implica o presupone la realidad de la cosa denotada. En realidad, la denotación es la piedra angular de la construcción de una realidad dominante. En la representación, todas las síntesis conectivas productivas se encuentran divididas entre lo real denotado (o indexado) y el mundo de las imágenes, un mundo de iconos representativos, figurativos o relaciónales. El conjunto de esas imágenes constituye lo que se ha llamado el mundo mental. La significación es el resultado de la combinación del soporte significante de esta representación con la propia representación. Por lo tanto, el signo no puede, en ningún caso, remitir directamente a la realidad; está siempre obligado a pasar antes por el universo de la representación. La concatenación de los signos sobre un eje sintagmático, la función de *significancia* para Benveniste, es inseparable de la función de *interpretando.*[70], que ordena los signos en el eje paradigmático, los pone

[70] Según explican Ducrot y Todorov, el signo tiene propiedades que derivan del hecho de pertenecer a un sistema que no aparece si se lo considera aisladamente. Así, en el eje paradigmático, el signo se define en fundón de otros signos y es interpretado a partir de ellos. Esto es lo que Benveniste entiende por *interpretancia.* El segundo

en contacto con el universo de los significados y marca una distancia entre ellos y las intensidades reales. El juego de las significaciones, su proliferación, su desfase con respecto a las representaciones causado por la autonomía y la arbitrariedad del juego de las series significantes, tiene consecuencias contradictorias: por un lado, abre un horizonte de posibilidades creativas, pero también produce un sujeto desligado de cualquier acceso directo a la realidad, un sujeto prisionero de ese gueto significante cuyos efectos ha explorado con tanto talento Maurice Blanchot en el ámbito literario. Es cierto que la formalización de la expresión significante se desarrolla en correspondencia con una cierta formalización de los contenidos significados; pero sería ilusorio creer que estas dos formalizaciones tieneiíuna procedencia común. La formalización de la expresión depende de una máquina lingüística concreta, de una gama finita de signos discretizados, digitalizados. La formalización del contenido depende del equilibrio entre fuerzas sociales y también de múltiples interacciones, máquinas y estructuras que no podrían limitarse a un mismo plano homogéneo de contenido. La ilusión de la doble articulación consiste en aplastar las multiplicidades intensivas en la máquina significante, apoyándose en la existencia ficticia de un plano de la representación.

Por lo tanto, se ha procedido a una doble reducción de las intensidades: primero tienen que plegarse a los contenidos significantes y luego al significante, cuya ambición despótica le obliga a tratar todo cuanto se le presenta, representándolo mediante un proceso de repetición que lo devuelve a sí mismo una y otra vez. Así todo parece normalizarse, formalizarse, todo parece lógico. Los enunciados de las estructuras semióticas significantes se forman a partir de un estrato de impotenciación

---

eje distingue entre el uso puntual que se hace del signo y el signo en sí mismo: el número total de palabras de un texto nos da el número de signos-ocurrencia *(token)* y el de las palabras diferentes que aparecen nos da el de los signos-tipo *(type).* Al entrar en una frase, el signo-ocurrencia sufre modificaciones internas: puede combinarse con tiertos signos pero no con otros, y cada combinarión es de naturaleza diferente. Este aspecto que le permite entrar en el discurso y combinarse con otros signos es lo que Benveniste llama *significancia.* Benveniste ha observado que el lenguaje verbal es el único que posee los dos aspectos simultáneamente. Los elementos constitutivos de otros sistemas de signos diferentes del lenguaje verbal mantienen relaciones de *interpretancia* pero no de *significancia:* por ejemplo, el rojo y el verde de un semáforo se alteran sin llegar a combinarse realmente. Véase Oswald Ducrot y Tzvetan Todorov, *Dictionnaire encyclopédique des Sciences du langage,* París, Seuil, 1971. Trad. cast.: *Diccionario enciclopédico de las ciencias del lenguaje,* Madrid, Siglo xxi, 1974, p. 127 (N. del T.).

y producen ecos infinitos; dichos ecos constituyen el *efecto de significación;* el significante engloba, autonomiza y aplana el significado, haciéndolo encajar. Además de estar separados de las producciones reales, los enunciados se alienan en la comprensión (*intelligen- ceY* que el sujeto debe obtener de su significado y por la fidelidad que está obligado a profesarle. Es necesario que las intensidades sean indexadas, connotadas, como si tuvieran que habitar necesariamente fuera del campo semiótico, es dedr, en última instancia, fuera del campo político.

En consecuencia, el estrato de formalización del contenido produce una subjetividad que está por naturaleza desconectada de lo real, una subjetividad vacía y transparente a sí misma, una subjetividad hecha de pura significancia, perfectamente adecuada a la fórmula lacaniana según la cual la subjetividad es representada por un significante para otro significante. Dentro de esta subjetividad pueden reconocerse dos partes: el sujeto del enunciado y el sujeto de la enunciación[6]. El sujeto del enunciado se convierte en el *interlocutor* del sujeto de la enunciación por efécto de una especie de ecolalia reductiva. Toda forma de enunciación

’ Abraham Moles pone de manifiesto la confluencia etimológica entre la comprensión (intel*ligence)* y la idea de vínculo *(lien).* Véase *Théorie de l’information et perception esthétique,* París, Flammarion, 1958. Trad. cast.: *Teoría de la información y percepción estética,* Gijón,Júcar, 1976 (N. del A.).

‘Aquí deberíamos hablar más bien de un rechazo de la enunciación (N. del A.).

deberá perder su polisemia y reducirse de modo biunívoco al sujeto del enunciado. En esto consiste esencialmente el programa de *edipización lingüística.* Los lingüistas creen que el sujeto de la enunciación no es más que un residuo, lo que queda del proceso de enunciación en el proceso del enunciado. Nuestra perspectiva es la contraria: lo que nos interesa es precisamente aquello que subsiste del proceso de enunciación en el del enunciado una vez sometido a los estratos semióticos significantes; lo que tratamos de recuperar son los indicios, las trazas residuales, las fugas transversales de un agenciamiento colectivo de la enunciación que constituye, en cualquier caso, la instancia productiva real de todo maqumismo semiótico. Asimismo, el programa de edipización lingüística consiste en forníalizar también la subjetivadón de los enunciados a partir de un código abstracto del tipo yo- tu-él, que «provee a los hablantes de un

mismo sistema de referencias personales»[71], permitiéndoles adaptarse a los prindpales rasgos característicos de los roles asignados dentro del marco de una economía de flujos decodificados. Estos rasgos son: la intercambiabilidad, la traducibilidad y la universalidad.

Pero volvamos a los modos de expresión arcaicos, por ejemplo el fenómeno de la econimia practicada por los Guayakis que describe Pierre Clastres: ellos no han sucumbido a esta especie de despotismo del significante[72]. Yo soy esto, pero también soy eso otro. No existen las síntesis disyuntivas excluyentes. Soy un Jaguar, pero, al mismo tiempo, este Jaguar remite a muchos otros seres, habla desde una multiplicidad de puntos, de intensidades; al enunciado Jaguar le corresponden muchos focos de enunciación. Cuando una de estas intensidades es borrada, como cuando el animal o el indio llamado Jaguar mueren, el enunciado conserva toda su virulencia aún desvinculado de su fuente de enunciación.

La representación continúa existiendo a pesar de que su referente haya sido abolido. Al no estar ligada de manera unívoca a un significante, ésta persiste, permanece, y se convierte en una amenaza en la medida en que ya no sabemos a qué se refiere. En el caso de la representación residual o marginal, los estratos expresivos no estarían controlados por un significante que somete el contenido a una formalización rigurosa; aquí el concepto ambiguo de Jaguar deja de ser unívoco y se transforma en objeto de una denotación laxa, incierta, oscilante, una que ni siquiera está segura de sí misma; denotación sin respaldo, ¡pura denotación de la denotación! Entonces, el referente empieza a devenir el ser en sí de la denotación, expresión de una completa pérdida de coordenadas, una inquietud sin objeto, el *agujero negro* como lugar en el que se inhiben y dejan de existir los elementos semió- ticos. Pero el agujero negro llama al agujero negro, el bloqueo provoca más bloqueo. Aparece así una amenaza que debe ser conjurada: la posibilidad de que viniera a instaurarse una máquina de

[71]Émile Benveniste, Noam Chomsky, Roman Jakobson, *Problèmes du langage,* Paris, Gallimard, 1966. Trad. cast.: *Problemas del lenguaje,* Buenos Aires, Sudamericana, 1969 (N. del A.). 'Pierre Clastres, *Chronique des Indiens Guayakis,* Paris, Pion, 1972. Trad. cast.: *Crónica de los indios guayakis,* Barcelona, Alta Fulla, 2001. Estas consideraciones no implican en modo alguno un retroceso al mito del «buen salvaje». La crueldad de las sociedades arcaicas es tan real como el terror despótico o el cinismo capitalista, sólo que no proviene del significante
(N. del A.).

conciencia de acuerdo con el funcionamiento «moderno»; dicho de otra forma, que una semiótica significante fuera capaz de desterritorializar toda posición singular del deseo imponiéndole coordenadas personológicas universales a través principalmente del empleo de los deícticos[9], cuya función es de alguna forma la de fijar la enunciación al sujeto del enunciado. Semejante peligro aumenta cuando los significados sin referente son liberados en medio de la naturaleza (a consecuencia de la muerte, la brujería, el sueño, etc.). Toda la estabilidad del sistema denotativo territorializado queda entonces comprometida, y se

[9] También llamados *shijiers* o conmutadores, expresiones cuyo referente no puede determinarse si no es en relación con los interlocutores (N. del A.).

corre el riesgo de que la práctica semiótica de grupo sea sustituida por un sistema de denotación de la conciencia individual y transparente a sí misma. La enunciación colectiva territoriali- zada se ve amenazada en sus mismos cimientos. ¡El Jaguar! ¿En qué se ha convertido el Jaguar cuando el cadáver de la fiera reposa en el suelo como una cosa muerta? ¿Adonde va? La palabra sigue rondando por las cabezas. Una palabra sin referente, una palabra que sólo se refiérela sí misma: ha surgido un *doble* que vive su propia vida semiótica, siempre dispuesto a encontrar un nuevo referente, a abalanzarse sobre un objeto cualquiera, haciendo peligrar las representaciones dominantes y asumiendo el control de las máquinas deseantes. Por lo tanto, creemos que tanto el agenciamiento territorializado de la enunciación como la individuación del sujeto de la enunciación dependen fundamentalmente del tipo de relaciones particulares que mantiene la producción deseante con los flujos más o menos desterritorializados, y también de los medios empleados para contrarrestarlos en una-sociedad dada.

3. Los agendamientos colectivos de las semióticas asignificantes

Si el sistema de signos se arriesga a perder la independenda propia de su estratificadón, lo hace sin regresar por ello a la forma de codificadón natural. Simplemente, deja de remitir al significante. Aquí la información

aparece disodada de la significadón para convertirse, como dice Abraham Moles, en una medida de la complejidad de los sistemas maquínicos[10]. Se acentúa la opo-

[10] Hay que precisar que Abraham Moles sólo concibe esta disociación en lo tocante a los patrones perceptivos, pero, para ilustrarla mejor, se sirve de la oposición entre la «complejidad estructural» de una máquina (en función de la frecuencia de uso de las piezas que la forman) y la «complejidad funcional» de un organismo (en función de la frecuencia con que emplea sus diversas funciones) *(Théorie de Vinfomuition etperception esthétique,* op.cit.) (N. del A.).

sición entre, por un lado, las formas significativas redundantes y, por el otro, una expresión informativa que tiende a escapar a toda comprensión (por ejemplo, no hay nada que «comprender» en una ecuación de física teórica). La información maquínica no puede ser recogida en la representación estructural porque está formada por aquello que «complementa a la representación» —o sea, lo improbable, lo no redundante—, por una ruptura en el tejido de los flujos de signos y los flujos materiales, y por la producción de combinaciones inéditas. Los dobles de la representación se vuelven a articular mediante la producción, o bien subsisten como arcaísmos, residuos o sueños perdidos[73]. Al perderse la univocidad en las cadenas, la jerarquía de valores que se había impuesto entre la denotación reificante y las connotaciones imaginarias empieza a debilitarse.

La denotación se desvanece ante el proceso descrito por Peirce con el término de «diagramatización»[74]. Abandonamos así la función de reterritorialización de los iconos, los deícticos y los conceptos, para pasar a concebir el signo como el soporte de las máquinas abstractas y como

[73] Como dicen los indios: «Los blancos han perdido el alma». Dicho de otro modo, su alma (su sistema de redundancia) se ha desterritorializado, y ha firmado un pacto con un maqui- nismo diabólico (N. del A.).

[74] Según Peirce, los iconos son signos que deben su función como tales a la similitud que hay entre éstos y los objetos, y los diagramas son un tipo de icono que representa la estructura interna de tales objetos mediante esquemas de relaciones. En este sentido, una de las principales características de los diagramas es que podamos, a través de observaciones y experimentos, descubrir verdades que no eran evidentes. Por otro lado, Peirce atribuía el pensamiento creativo la manipulación de diagramas, decía pensar en diagramas visuales, no en palabras. En este sentido, rastreaba sus propias iniciativas creativas hasta un pensamiento diagramático sistematizado, y concebía la posibilidad de formar hábitos a partir de la práctica imaginaria. Al ejercitar la imaginación podríamos visualizar la ocurrencia de un estímulo y ensayar mentalmente los resultados de diferentes respuestas. Lo que pareciera más satisfactorio, influenciaría nuestro comportamiento real de manera tan efectiva como un hábito producido por la reiteración en el mundo exterior. Del anterior análisis surge el pragmatismo, concebido como una filosofía en la cual el pensamiento involucra la manipulación de diagramas para examinar los problemas (N. de los E.).

simulación de procesos maquínicos materiales. Este trabajo que hacen los signos, este trabajo de diagramatización se convierte en condición necesaria de las mutaciones desterritorialzadoras que afectan a los flujos reales; ya no hay representación, sino simulación, preproducción, o, si lo preferimos, transducción. El plano de la significación se derrumba, con lo que ya no tendríamos dos planos y un sistema de doble articulación, sino un eterno retorno al *continuum* de intensidades maquínicas basado en una pluralidad de articulaciones.

Los puntos de subjetivación habrían perdido, en tal caso, su función más evidente en la localización de la producción significante y su papel como focos de un goce privatizado y edipizado. A partir de ellos va a reconstituirse algo más que una amalgama de residuos subjetivos, un goce desterritorializado, que transcurre en paralelo al proceso fundamental del agenciamiento ma- quínico. La individuación imaginaria de la representación —la parte figurativa de los significados— deja lugar a «lo figural» (Lyotard[13]); la estratificación fijada, sintaxizada, semantizada y retorizada de los enunciados se evapora frente al agenciamiento colectivo de la enunciación con «n» dimensiones; agencia- miento colectivo desterritorializado en el que el hombre deja de ocupar el primer lugar. El sujeto individuado de la enunciación sigue siendo prisionero de los efectos de sentido, es decir, de una reterritorialización que se impotencia en la significación. El agenciamiento colectivo y maquínico de la enunciación, por el contrario, es producido por una conjunción de signos de potencia y de flujos desterritorializados. Al dejar el reino del significado como correlato de la individuación subjetiva por el del *plan de consistencia maquínica* que autoriza la combinación de sentido y materia gracias al trabajo de articulación de máquinas abstractas cada vez más desterritorializadas y más estrechamente conecta-

[13]Jean-Fran£OÍs Lyotard, *Discours, Figure,* París, Klincksieck,1971, p. 260. Trad. cast.: *Discurso, figura,* Buenos Aires, La Cebra, 2014 (N. del A.).

das con flujos materiales de todo tipo. El significado procedía de un movimiento de retorno de la conciencia sobre sí misma, de un repliegue sobre los iconos representativos, de una ruptura de las conjunciones maquínicas. Un agenciamiento colectivo de la enunciación puede parecer carente de significado para cualquiera y, sin embargo, ser capaz de extraer

un sentido (que puede ser histórico o poético) directamente de la unión creativa entre varios flujos. E, inversamente, el alto contenido en significación de un enunciado, proferido por una enunciación individuada, puede no tener ningún sentido maquínico y no dar lugar a ninguna conjunción de flujos reales, permaneciendo fuera del alcance de cualquier forma posible de experimentación.

En resumen, la ecuación significado + significante = significación se remite a las formas de individuación de las fantasías y a los grupos sometidos, mientras que la ecuación: agenciamiento colectivo de la enunciación = sentido-sinsentido maquínico resulta de las fantasías del grupo y del grupo como sujeto.

Aunque no podemos desarrollar aquí este tema con el debido detalle, es necesario recuperar la idea de una conjunción entre las máquinas semióticas y las máquinas de flujos reales que especificaría los agenciamientos colectivos asignificantes. Notemos, para empezar, que los flujos semióticos son tan se- mióticos como las máquinas semióticas. Nos gustaría proponer aquí la idea de una semiótica de las intensidades, una semiótica de lo continuo, y establecer una distinción, también tomada de Hjelmslev, entre la *materia-sentido (purport*[75]*)* no semióticamente formada y las *substancias* semióticamente formadas. Si no se les da una fundamentatión común que vaya más allá de la oposidón entre representación y producdón, los maqumismos semióti- cos y los maqumismos materiales volverán a caer, una y otra vez, los primeros en una concepdón idealista de la representación, y los segundos, en una concepción realista y reificante de la producción. Hay que tener en cuenta que ambos están subsu- midos en un mismo maqumismo abstracto que posibilita el paso de irnos a otros. Este maqumismo abstracto «precede» en cierta forma a la actualizadón de las conjundones diagramáticas entre sistemas de signos y sistemas de intensidades materiales.

Tenemos que rendirnos ante la evidenda: en las dencias, las artes, la

[75] Los traductores franceses de Hjelmslev se refieren a la realidad semántica o fónica, que no ha sido formada semióticamente, usando alternativamente las palabras materia (*matière*) o sentido *(sens).* Como señala Oswald Ducrot, es el paso por el término inglés de *purport* el que origina esta audaz oscilación semántica entre el sentido y la materia. Esto da pie a muchas especulaciones, ¡y es evidente que no nos privamos de especular! Véase *Essais linguistiques de Hjelmslev,* París, Minuit, 1971, p. 58 (trad. cast.: *Ensayos lingüisticas,* Madrid, Gredos, 1987), y Oswald Ducrot y Tzvetan Todorov, *Dictionnaire encyclopédique des sciences du langage,* op.cit.) (N. del A.).

economía política, etc., las máquinas de signos trabajan por un lado «directamente» sobre los flujos materiales, sea cual sea el régimen «ideológico» de la parte restante que esté funcionando en el registro de la representación. A menos que se recurra a la intervendón de una instanda divina —como la «complicidad de los orígenes» del mito derridiano instituida en el espacio de una archi-escritura[76] significante—, no hay otra forma de comprender el vínculo entre las palabras y las cosas que recurrir a un sistema de claves maquínicas que «atraviese» los diferentes dominios implicados.

En nuestra opinión, esta conjunción se actualiza a partir de las mutaciones maquínicas que se encuentran más desterritoria- lizadas, justamente las mismas que están operando al nivel de las máquinas más abstractas. Más allá de las formaciones semióticas y de los flujos materiales, las máquinas abstractas constituirían,

de alguna manera, la punta de lanza de la desterritorialización maquínica. A diferencia de los demás contenidos, ellas no se inscriben en el desorden de las estructuras representacionales; tampoco dependen de las coordenadas espaciotemporales propias del imaginario social, sino que ellas mismas constituyen el lugar donde se hace posible toda consistencia de un proceso de verdad: las máquinas abstractas estabilizan la desterritorialización, puesto que son su intensidad primera. Tomando prestada la noción de consistencia de los axiomas matemáticos, vamos a hablar aquí de *consistencia maquínica* para afirmar que el engendramiento de las máquinas abstractas, sean cuales fueren sus relaciones de actualización, materiales o semióticas, se efectúan sobre un *plan de consistencia maquínica.* Ya no se trata de afirmar, sobre un plano formal, la condición de no contradicción de un sistema, sino de expresar el carácter de coherencia y de irrever- sibilidad de las mutaciones maquínicas desterritorializadas que operan sobre el *phylum*[77] *maquínico.* Las estructuras representativas, al estar aisladas de las instancias productivas

---

[76] La archi-escritura es el término que emplea Derrida en *De la gramatología,* publicada en 1967, para determinar el ámbito general de los signos que anteceden a toda inscripción iden- tificable: «Archi-escritura, primera posibilidad del habla, luego de la "grafía" en un sentido estricto, lugar natal de la "usurpación" denunciada desde Platón hasta Saussure, esta huella es la apertura de la primera exterioridad en general, el vínculo enigmático del viviente con su otro y de un adentro con un afuera: el espaciamiento». (N. del E.).

[77]Sobre el concepto de *phylum* véase la nota 18, en p. 67 (N. de los E.).

reales, obligan a las máquinas semióticas a tener que «rectificar» constantemente su punto de vista para ajustarse a la economía de los flujos materiales; éstas deben organizarse a partir de la perspectiva de una consistencia y de una decidibilidad que puede ser axiomática o experimental. Es muy distinto lo que sucede con las máquinas intensivas, que no tienen necesidad de recurrir a semejantes sistemas de mediación porque tienen su propio sistema de codificación y verificación. Ellas mismas son su propia verdad; articulan su consistencia lógica a través de su propia existencia. Ya no se trata de una forma de existencia individual, sino más bien de existentes individuados, localizados en función de sistemas de coordenadas espacio-temporales conectados con sistemas de observación. Esta forma de existencia implica que

el sujeto y el objeto se hayan constituido fuera del proceso de desterritorialización; de ahí que se produzcan relaciones de desterritorialización relativa en el tiempo y en el espacio. Con el maqumismo abstracto nos situamos ya de entrada en la perspectiva de la desterritorialización en acción, es decir, de los procesos reales que producen la reconfiguración, la mutación, los agujeros negros, etc.

Las máquinas, por tanto, sólo están individuadas en el ámbito de la representación; su existencia fuera de los sistemas de pensamiento referencial es transindividuai y diacrònica. Una máquina no es más que un eslabón maquínico, que se hace discernible de forma arbitraria como un árbol o rizoma de implicación maquínica. Una máquina particular siempre está limitada por otras máquinas: de un lado su límite está formado por las que ha «dejado atrás», y del otro, por aquellas que la convierten en obsoleta.
-

El código natural funcionaba por medio de cadenas asemió- ticas territorializadas que no producían ninguna forma de fuga significante. Un ejemplo: la desterritorialización que se opera en el proceso de reproducción genética, su «creatividad» y su «novedad» no son autorreferendales, el significado no remite a un referente, en una palabra, sin máquina de conciencia. La misma economía, la misma evitación de toda fuga significante converge hacia semióticas de comunicación social como las que usan los insectos, que operan mediante un código altamente especializado, intraducibie, y no en el plano autónomo del significante. La instauración de un maqumismo semiótico asignificante junto con los procesos de desterritorialización técnicos, científicos, artísticos, revolucionarios, etc., tiene también como consecuencia la liquidación de los modelos de representación humanistas, personológicos, familiaristas, patrióticos, etc.; extiende constantemente la producción deseante al conjunto de las semióticas asignificantes y a sus plusvalías maquínicas. Pero no se trata de un regreso al mito de una semiótica de la «naturaleza» sino, por el contrario, de lo que está más allá de las semióticas centradas en el ser humano, del paso irreversible hacia semióticas que emplean aparatos teóricos y tecnológicos cada vez más diferenciados, más artificiales, más alejados de los valores arcaicos. El problema ya no consiste en cruzarse en el camino de los flujos desterritorializados, sino en ponerse a la cabeza de

ellos. Cada vez hay más flujos de deseos, al tiempo que la desterritorialización de los flujos se ve progresivamente acentuada. La capacidad de las sociedades humanas para liberarse de la alienación territo- rializada a partir del yo, la persona, la familia, la raza, la explotación laboral, la división sexual, etc. depende de la conjunción entre las semióticas de la conciencia y las semióticas propias de los maqumismos desterritorializantes. El hombre hace el amor con los signos y con todo tipo de elementos extrahumanos (cosas, animales, imágenes, miradas, máquinas, etc.) que no habían sido previamente codificados, como la conducta sexual de los primates. En su transición hacia las semióticas asignificantes, la subjetividad de la enunciación queda investida sobre un cuerpo sin órganos que está conectado a una multiplicidad de intensidades deseantes. Este cuerpo sin órganos oscila entre una antiproducción que tiende a reterritorializarse en forma de significaciones residuales y una hiperproducción semiótica que se abre hacia nuevas conexiones maquínicas. El agenciamiento colectivo de la enunciación puede así convertirse en el foco de inmanencia del que surgen nuevas conexiones deseantes, el lugar en el que produce y goza, más allá de la humanidad, a cuenta de los flujos cósmicos atravesados por maqumismos de todo tipo. Repitámoslo una vez más, todo esto no quiere decir que el enunciado deba retornar a los mecanismos «presignificantes» de los códigos naturales, ni que esté condenado a ser tan sólo una pieza más entre otras muchas dentro de una maquinaria social alienante. Por tanto, no nos sumaremos a los coros de las plañideras humanistas que se lamentan de la pérdida de los auténticos valores y hablan de la naturaleza esencialmente maléfica de las sociedades industriales, incluso de aquellas que han orientalizado sus ritmos para adaptarse al estilo de la «nueva cultura».

Semióticas con «n» articulaciones

Las semióticas significantes instituyen sistemas de mediación que representan, neutralizan e impotencian las multiplicidades intensivas haciéndolas recaer bajo la dependencia del binomio forma/substancia. Ellas dan forma a la substancia expresiva y al contenido, imponiendo a la materia

intensiva el régimen de los estratos de doble articulación[78]. Yo creo que un sistema así tendría que considerarse como una *opción semiótica* propia de los procesos-de destemtorialización. De este modo nos encontramos ante la siguiente alternativa: o bien un sistema con «n» articulaciones en el que las distintas semióticas asignificantes producen sus efectos sin que ninguna de ellas llegue a recodificar a las otras; o bien un sistema de doble articulación —de doble formalización— que recodifique todos los demás sistemas. En este último caso las semióticas están sujetas a lo que podríamos llamar la ilusión significante y parecen depender todas de la lingüística[79]. Incluso los estratos semióticos descritos por Hjelms- lev pertenecen todavía a un modo particular de formalización característico de las semióticas significantes; sin embargo, nos parece que merece ser conservada la tripartición que nos propone este autor, a saber:

- *Informa*, considerada con independencia de la substancia (cosa que a Hjelmslev no se le pasa por la cabeza) y regulada por lo que hemos llamado las *máquinas abstractas;*
- la *substancia*, o más exactamente la pareja substancia/forma. Corresponde a un caso particular de *semiología de la significación*, en cuanto modo de actualización, de manifestación, de captación de la potencia de desterritorializadón de las máquinas abstractas cuando éstas devienen tributarias del sistema de estratificación de una forma y de un contenido basados en el principio de la doble articulación;
- la *materia,* considerada con independencia de su formación semiótica significante (un caso que tampoco tenía en cuenta Hjelmslev, porque implicaría, según él, salirse fuera del campo semiótico). Se convertiría en una instancia de lo que yo llamo el *sentido maquínico.* En este marco, en el que ya no se trata de la significación sino de una semiótica del sentido maquínico, donde las intensidades materiales han sustituido al

---

[78] Véase el análisis que hace Metz a propósito de los *Prolegómenos* de Hjelmslev: «Detengámonos en el capitulo 13 de los *Prolegómenos,* en el que se dice que la forma es un puro circuito relacional, que la materia (rebautizada aquí como "sentido") representa la instancia incicial- mente amorfa en la que se inscribe y se "manifiesta" la forma y que la substancia es lo que aparece cuando proyectamos la forma sobre la materia "como un hilo tensado proyecta su sombra sobre una superficie ininterrumpida". Esta metáfora nos parece particularmente clara: la "superficie ininterrumpida" es la materia, el hilo tensado es la forma y la "sombra" del hilo sobre la superficie es la substancia» (Christian Metz, *Langage et cinema,* París, Larousse, 1971, p. 158. Trad. cast.: *Lenguaje y cine,* Madrid, Planeta, 1973) (N. del A.).

"Véase Benveniste, op.dt. (N. del A.).

significante como categoría en sí misma, y tenemos agenciamientos colectivos de la enunciación en lugar de una forma de individuación del sujeto fundado sobre la primacía del enunciado, la propia distinción entre el contenido y la expresión va a hacerse cada vez más confusa. Posiblemente deberíamos interpretar en este sentido la intuición de Hjelmslev (o de sus traductores) cuando identifica la materia y el sentido.

En el caso particular de las máquinas significantes de doble articulación nos encontramos de alguna forma bajo un régimen de desterritorializadón controlada. La antiproducdón de significación y de subjetivación reterritorializa parcialmente el proceso semiótico. Lo derto es que no se trata de una forma de neutralización radical: las semióticas de la significación también implican la puesta en práctica de una desterritorialización de la conciencia que cumple un papel fundamental dentro de las uniones maquínicas más punteras, más artificiales, más modernas y científicas. En el caso de una política de las semióticas asignificantes con «n» articulaciones se conserva un cierto uso parcial de las semiologías significantes. Éstas funcionan entonces *a pesar* de sus efectos reterritorializadores de significación y de subje- tivación. Lo único que sucede es que pierden la función de recodificación de los sistemas de producción semiótica dominados por el despotismo del significante.

Lo que nos proponemos al distinguir, como hemos hecho, entre dos políticas semióticas es tratar de determinar las condiciones que permitirían a un cierto número de regiones semióticas relativas a la ciencia, el arte, la revolución, la sexualidad, etc., liberarse de la tutela de las representaciones dominantes y, además, del sistema representacional en sí, sistema que separa la producción deseante de la producción basada en el intercambio, alienada por los imperativos de las relaciones de producción dominantes.

Retomemos los tres tipos de síntesis que hemos utilizado para distinguir y articular entre sí producción y representación:

1) En el nivel de las *síntesis conectivas,* los procesos de codificación asemióticos movilizan *máquinas abstractas, o* sea, procesos maquínicos independientes de las dicotomías entre «hacer» y «pensar», entre la representación y la producción. El *sentido ma- quínico* debería ser interpretado aquí en su acepción vectorial: el sentido define un modo de conexión polívoca entre flujos maquínicos. Las multiplicidades intensivas

no pueden ser totalizadas o desterritorializadas a partir de un sistema de significación, ellas producen sus propias coordenadas y esta producción de sentido, que no engloba el propio proceso y se desarrolla en paralelo, transversalmente, fuera de todo sistema representacional, no es otra cosa que lo que hemos descrito como el *cuerpo sin órganos.*

2) La primacía del formalismo de la representación queda instaurada mediante las *síntesis disyuntivas.* Determinadas substancias significantes que captan, organizan y «disciplinan» las síntesis conectivas, van a controlar el funcionamiento de las máquinas abstractas. Máquinas de desterritorialización en la vertiente aniquiladora de la conciencia, son también estructuras de reterritorialización en el régimen de doble articulación que produce sus efectos de significación y de subjetivación. Con las síntesis disyuntivas se produce una oscilación entre el punto muerto de la impotenciación icònica y la diagramatización desterritorializadora susceptible de volver a articularse con las síntesis conectivas.

3) A partir de esta ramificación, las *síntesis conjuntivas* definen el estatus que le corresponde a la subjetivación. En el caso de las semiologías significantes, la subjetivación se encuentra individuada, escindida por el significante, impotenciada; el sujeto es una pura prolongación de las substancias significantes. Toda polisemia de la enunciación queda alienada por un sujeto de la enunciación «trascendentalizado».

En el caso de las semióticas asignificantes, lo que realiza la superación de la escisión inherente a los sistemas representado- nales es el agendamiento colectivo de la enunciación. El *sentido* de las máquinas abstractas se une al *sentido* de los agendamien**-** tos colectivos de la enundadón, por encima y por debajo de las significaciones disyuntivas que son exclusivas de las semiologías significantes y tienen el efedo de individuar la subjetividad. Los agenciamientos colectivos de la enunciación y de la producdón provocan, por tanto, la fusión de las máquinas abstractas con las máquinas actualizadas en los flujos materiales y en los flujos de signos asignificantes. El efecto específico de la desterritoria**-** lizadón aniquiladora de la máquina de conciencia se encuentra de algún modo aislado de las significadones subjetivadoras. *Una máquina de desterritorialización intensiva está concentrada en los*

flujos de signos y les confiere una nueva potencia al liberarlos del estancamiento irónico, implicándolos en el proceso de conjunción diagramática. De este modo, las semióticas asignificantes nos permiten salir del punto muerto al que nos han llevado los procesos de codificación significante, que consiste 1) en separar la producción de la representación; 2) en aislar y neutralizar el continuo de las «producciones materiales», alienándolo en función de dos formalismos de la representación significante: el del contenido y el de la expresión. La doble articulación atrapa dentro de sí a las multiplicidades intensivas como si fueran las dos mitades de un sándwich. Dicho en términos de Martinet, el problema podría enunciarse de la siguiente manera: los monemas, que están estructurados de acuerdo con el plano de la primera articulación, y los fonemas, estructurados a partir de la segunda articulación, comparten una misma esencia. Ambos son generados a partir de un mismo continuo por un efecto de «doble vínculo», ya que están obligados a responder a dos tipos de producción: por un lado, los significados «encuadrados», paradigmatizados, impotenciados, y por el otro, significantes «refinados», sintagmatizados. Sin embargo, ahora ha aparecido una forma de escapar a la pareja constitutiva de los efectos de significación, una línea de fuga diagramática asignificante de un tipo completamente nuevo.

Ya podemos establecer una relación semiótica directa entre la materia expresiva y las máquinas abstractas. Desde ese momento la distinción tradicional entre la expresión-significante y el contenido-significado ha perdido su carácter de evidencia apo- díctica. *La expresión de un sentido maquínico* sustituye:

1) al sistema de la significación basado en la dualidad significante/significado;

2) al sistema de la representación basado en la pareja substancia/forma;

3) a la articulación entre los dos sistemas precedentes en cuanto modos de subjetivación que imposibilitan todo acceso directo al referente, es decir, a las multiplicidades materiales intensivas.

A este respecto podríamos considerar que el sistema de pensamiento referencial no sería en el fondo otra cosa que la última barrera, una tentativa desesperada de detener la proliferación, cada vez más amenazadora, de las

máquinas abstractas a lo largo del *phylum* maquínico[80].

Estas dos parejas significante/significado y substancia/forma serían subjetivadoras, mientras que la dualidad expresiva materia/máquina abstracta implica un agenciamiento colectivo de la enunciación. Y, sin embargo —no me cansaré de repetirlo—, esta forma de desubjetivación no invalida las semióticas «humanas». Supongamos que se aboliera el despotismo del significante: entonces los lenguajes significantes tendrían un papel capital que desempeñar como instrumentos para capturar los procesos de reterritorialización y para investir con toda la virulencia posible los puntos maquínicos de desterritorialización. Así, en el es- quizoanálisis, se da rienda suelta a las represiones edípicas, a las fantasías parano-fascistas, a fin de poder evitar que bloqueen los flujos y para volver a poner en marcha el proceso en una especie de huida maquínica hacia delante.

La perspectiva que proponemos aquí conlleva un cambio de perspectiva fundamental. Renunciamos a las clasificaciones formales de los componentes semióticos para dar prioridad al montaje, a los agenciamientos que forman dichas clasificaciones, y todo ello *en Junción de los regímenes particulares de desterritoria- lización de los flujos.* Las máquinas de signos participan en los procesos de desterritorialización operados en el seno del *phylum* maquínico. Ni siquiera resulta ya necesario establecer una separación neta entre, por ejemplo, la diagramatización, referida a los signos, y la innovación tecnológica o la mutación científica, que tratan de flujos «naturales» o de máquinas «artificiales». Tanto por el lado de «la naturaleza» como por el de los signos, siempre nos encontramos con el mismo tipo de maqumismo y con la misma semiótica de las intensidades materiales.

Las oposiciones entre naturaleza y cultura, los signos y las cosas, el alma y la materia, el pensamiento y la técnica, etc., sólo adquieren

[80] Metz estima que en Chomsky encontramos una superación de la oposición entre expresión y contenido formulada por Hjelmslev. Los chomskianos hablan de una «máquina lógica» que sería anterior al texto y lo produciría, dejando atrás, por lo tanto, la oposición entre la forma del contenido y la forma de la expresión. Éste es un punto en el que merece la pena profundizar; pero a primera vista nos parece que esta máquina lógica sigue estando limitada a las semióticas de la significación, por lo que no permite el paso a las máquinas abstractas, las cuales, por su parte, no solamente preceden al texto, sino a todas las manifestaciones maquínicas, sean del tipo que sean. Esta misma observación sería válida también para el sistema de los objetos abstractos propuesto por el modelo generativo aplicativo de S. K. Saumjan (N. del A.).

consistencia visible en el contexto de una semiología del significado que se proponga aprehender, clasificar, constituir como objetos claramente delimitados y referenciados todos los «contenidos» que extrae de las multiplicidades intensivas[81]. Los agendamientos de flujos desterritorializados de electrones, de flujos de signos, de complejos experimentales, de máquinas lógicas, etc., se combinan para permitir una expansión plena de las conjunciones desterritorializadoras, liberando a las máquinas abstractas del imperialismo de los estratos significantes.

Las conjunciones maquínicas podrán encontrar un *sentido* propio, podrán ser «pilotadas» en su intensidad desterritoriali- zadora, ya sea a partir de un flujo de electrones, de un flujo de ecuaciones o de un flujo de axiomas. Esto no implica, insisto, un regreso a los «orígenes»: la construcción de un agenciamiento colectivo de la enunciación implica, por el contrario, que seguimos teniendo que pasar por los «desfiles del significante» y por los rasgos esquizoides de la subjetivación individuada. Pero esto se ha convertido en un recurso residual, carente de toda repercusión trascendental y que no ejerce ninguna influencia paralizadora sobre los procesos históricos de desterritorialización. Puede que, llegados a este punto, sea conveniente poner algunos ejemplos de máquinas abstractas. Puede tratarse de máquinas lógicas puestas en circulación por las ciencias o de fórmulas de transversalidad que han ido siendo «liberadas» en el curso de la historia, como en el caso de las máquinas de guerra o las máquinas religiosas. Pero este tipo de maquinismo prolifera también a escala microscópica. Tomemos lo que en la clínica La Borde llamábamos *la plantilla:* podemos considerarla como la puesta en marcha de una máquina abstracta emergente, con independencia de sus diferentes aplicaciones y etapas. El problema aquí consiste en hacer confluir los flujos de tiempo, de trabajo, de funciones, de dinero, etc., hacia un modo algo distinto del que se da normalmente en establecimientos de ese tipo y que puede caracterizarse por la existencia de un organigrama cuya función es relativamente fija. La plantilla que empleamos para distribuir los horarios, que está escrita en un papel; la máquina de «rotación» de las funciones

[81] Puede que fuera una intuición de este tipo lo que condujo a Christian Metz a proponer el análisis de los rasgos pertinentes de la materia expresiva; o a oponer la categoría de expresión a la de significación. Pero, en mi opinión, comete un error al ceñirse a la formulación de Hjelmslev: materia expresiva *(matière de l'expresion)* (N. del A.).

desempeñadas por cada uno, que está inscrita en la semiología gestual; o la modificación de las categorías jerárquicas, que está inscrita en una semiología jurídica y social, son otras tantas manifestaciones concretas de un mismo maquinismo abstracto que manifiesta una cierta mutación —local y puede que poco relevante— de las relaciones de producción. Y puede que la razón de que el fenómeno de La Borde haya suscitado tanto escándalo y confusión a su alrededor sea que constituye un maquinismo de este tipo[21]. Otros ejemplos de máquinas abstractas serían los rituales amorosos propios de cada época. El *amor cortés* era, según René Nelly, una forma radicalmente novedosa de agenciamiento de las relaciones entre

[21] Véase el número especial sobre La Borde en la revista *Recherches* de abril de 1976, n.° 21 (N.delA.).

I hombres y mujeres en el contexto de estructuración de las castas feudales.

Independientemente de los significados y de los sentimientos que pueda vehicular, yo creo que la *semiótica amorosa romántica* corresponde más bien a la aparición de un tipo de relación con la infancia que yo calificaría como «bloqueos infantiles» por oposición a los recuerdos de la infancia. Aquí no se trata sólo de temas significativos sino de la puesta en práctica de una máquina intensiva asignificante que podríamos ilustrar recurriendo a la función decisiva que cumplen estos bloqueos infantiles en la música de Schumann...

%

Las relaciones de fuerza de la enunciación

La función del lenguaje no consiste exclusivamente en servir como canal de transmisión para los flujos de información; las lenguas no son simples soportes comunicativos entre individuos, son indivisibles del campo social y político en el que se despliegan. Lo que podríamos calificar de arbitrario dentro de las relaciones de significación —la relación significante-significado— es simplemente una manifestación particular de la arbitrariedad del poder. La lengua dominante siempre es la lengua de la clase dominante; el poder *utiliza* las semióticas significantes, pero

funciona esencialmente en el ámbito de las semióticas asignificantes. Por esto algunos lingüistas como Oswald Ducrot han llegado a «desvalorizar la metáfora demasiado fácil que asimila el lenguaje al código, con la intención de matizar o incluso poner en duda la definición del lenguaje como instrumento de comunicación»[22]. Prometer, dar órdenes, aconsejar, ceder la palabra, elogiar, tomarse algo en serio o a la ligera, hacer burla, etc., son acciones tan micropolíticas como lingüísticas. Todas

[22] Oswald Ducrot, *Dire etne pos dire,* París, Hermann, 1972, p. 24. Trad. cast.: *El decir y lo dicho: polifonía de la enunciación,* Barcelona, Paidós Ibérica, 1986 (N. del A.)-

ellas se apoyan, en un grado u otro, en lo que Austin llamaba actos ilocutivos. Así, cada enunciado refleja una estratificación de la enunciación ordenada por rangos, castas y clases. Todo cuestionamiento relativo al estatus de los agenciamientos colectivos de la enunciación demuestra un rechazo implícito a que la enunciación se repliegue sobre los enunciados, para lo cual hay que tener en cuenta estratificaciones de la enunciación que no pueden reducirse a meras substancias lingüísticas. Aparte de los mensajes explicitados y enunciados individualmente, un análisis como ése debería centrarse en las dimensiones semióticas asignificantes subyacentes a cada discurso que sirven para explicarlo y deconstruirlo. Su objetivo no sería tanto el de tratar de expresarlo todo en términos textuales y significantes, sino más bien captar las auténticas relaciones de fuerza, o sea, los agentia- mientos maquínicos del deseo.

El poder se sirve de las semióticas significantes, pero nunca se aliena por completo en ellas, por lo que sería un error pensar que pueda convertirse en víctima de sus propias prácticas significantes y de las ideologías que llevan aparejadas. Las clases dominantes siempre contribuyen a desarrollar conductas de significancia, que constituyen una de las bases de su potencia; pero lo que ellas quieren es, en realidad, utilizar esos instrumentos se- mióticos con el fin de «drogar» a los individuos; individuos que, en cualquier caso, ya han sido sometidos en lo que respecta a las relaciones de producción deseante y económica.

Existen dos formas distintas de abordar una semiótica ideológica: la primera se origina en una forma de poder real —por ejemplo, el poder del Estado o el de un movimiento político al uso— y se esfuerza en determinar

el proceso generador de significaciones dominantes como técnicas de impotenciación semiótica; y la segunda, al contrario, parte de la ideología, o incluso de la crítica a la ideología, para tratar de explicar la realidad. En ese caso se trata de una forma de simulación de las intensidades

/

reales: el runrún de las declaraciones solemnes, de los proyectos majestuosos, es un estilo que caracteriza el discurso de los partidos reformistas y de todos aquellos que se esfuerzan por ocultar las bases reales del poder político. La política de la significación consiste en el despliegue de todo un sistema destinado a interferir con el sentido maquínico y a hacer proliferar en las territorialidades subjetivas arcaísmos que reifican la enunciación y la dividen en los dos estratos formalizados del contenido y la expresión.

El resultado de esta política es un bloqueo de las praxis semiótica de masas —formadas por todo tipo de minorías deseantes oprimidas— al evitar que entren en conexión directa con los flujos materiales y con log flujos semióticos, conteniendo su tendencia a orientarse en la dirección de las líneas de desterritorialización de los distintos tipos de máquinas, lo cual constituiría una seria amenaza para el equilibrio de los poderes establecidos. El pensamiento referencial, la comprensión, la interpretación, la trascendentali- zación de objetos claros y distintos, el dogmatismo, son cosas que proceden todas de un mismo conjunto de prácticas de sujeción a los enunciados y a los significados dominantes. Cada enunciado deberá entenderse dentro de un espacio preestablecido de valores bipolares recíprocamente exduyentes, y cada secuencia semiótica tendrá que abandonar el territorio de su formación maquínica de origen para entrar en los sistemas de redundancia formal de la significación y de la representación[23].

Nosotros pensamos que no tiene sentido aferrarse a la oposición entre ciencia e ideología, sobre todo si se hace obsesivamente, como los althusserianos, quienes la convierten en algo masivo, esquemático, sin ninguna conexión verdadera con el

[23] Los axiomas del pensamiento han sido analizados por Gilíes Deleuze en *Diferencia y repetición* a partir de cuatro grandes temas: la identidad en el concepto, la similitud en la percepción, la analogía en el juicio y la negación desde la posición de la existencia. Gilíes Deleuze, *Dijffrence et Répétition,* París Minuit, 1969. Trad. cast.: *Diferencia y repetición,* Buenos Aires, Amorrortu, 2009 (N. del A.).

pensamiento de Marx. No puede esperarse que la salvación provenga de la ciencia en términos globales, o de una dentificidad completamente mítica, hecha de conceptos o teorías considerados independientemente de su contexto técnico-experimental y de su contingenda histórica. Los vínculos entre dencia y política no pueden explicarse en términos de dependencia.

Es derto que tanto una como otra provienen de los mismos tipos de agendamientos colectivos económicos y sociales, pero sus producciones semióticas están orientadas en sentidos radicalmente distintos.

Los enundados científicos —dentro del marco de las relaciones de producdón científica actuales— han sido como absorbidos por el sector del formalismo lógico-matemático, mientras que, por otro lado, los enunciados políticos —no en el sentido de una micropolítica del deseo, sino según el uso que se hace habitualmente del término— son reducidos sistemáticamente a enunciados personológicos, familiaristas y humanistas. En tales condiciones, quizás sea excesivo atribuirle a la denda —a una cierta mitología de la ciencia, para ser más exactos— el privilegio exclusivo de ser el lugar de la verdad, el único hogar de todas las formas de desterritorialización. Y cuando no se deja someter a los mandatos de los epistemólogos, entonces se la reduce a un puro ejercicio ideológico. ¡Así sólo conseguimos que se adentre más y más en un callejón sin salida! Por ello recusamos la validez de un corte epistemológico radical entre un campo conceptual de dentificidad pura y una ideología puramente ilusoria y engañosa. Cuando el discurso de la ciencia se convierte en un discurso *sobre* la ciencia —dado que el límite entre ambos es imposible de determinar en términos absolutos sobre el terreno real de los agendamientos de enunciación científicos, sólo los epistemólogos podrán poner objeciones a esto— empieza a inclinarse hacia la ideología, es decir, hacia una semiótica de la significación. Inversamente, las supuestas ideologías pueden adquirir una eficacia real, pueden ser «científicamente» manipuladas y tener repercusiones sociales, económicas y materiales decisivas. En resumen, nos parece completamente absurdo querer fundamentar una política revolucionaria sobre la ciencia. La ciencia a la que hacen referencia los marxistas científicos no existe; se trata de una ciencia imaginaria que sólo se encuentra en los escritos de los epistemólogos. Por el contrario, lo que no nos parece absurdo es respaldar la política revolucionaria con prácticas semióticas y analíticas en desacuerdo con la semiología dominante, es decir, ¡con una práctica de la palabra, de la escritura, de las imágenes, de los gestos y de los grupos que transforme la relación entre los flujos de signos y el conjunto de los flujos desterritorializados! De hecho, cuando las masas quedan atrapadas en la telaraña de las semiologías

interpretativas se vuelven incapaces de reconocer su auténtico potencial, a saber: su capacidad de influir sobre las semióticas de la industria, de la tecnología, de la ciencia, de la economía y de la sociedad; así quedan apresadas por los fantasmas de la realidad dominante y en los modos de subjetivación y de represión del deseo que les impone la burguesía.

Cada tipo de maqumismo semiótico, ya sea de orden científico, artístico, musical, deportivo, etc., dará lugar a una investigación para determinar cuál es el equilibrio de fuerzas, el compuesto resultante de la unión de dos políticas semióticas de base: la política de la significancia y de la interpretación, por un lado, y la política de las conexiones maquínicas y de la experimentación colectiva, por el otro.

Por mucho que hayan sido contaminadas las semióticas científicas por los enunciados de la religión y de la filosofía, siguen fundados en conjunto sobre una política maquínica. Lo que cuenta, en última instancia, son los agenciamientos de signos, de complejos técnico-experimentales, por lo que las motivaciones, las interpretaciones, las representaciones icónicas acaban siempre pasando a un segundo plano. Pero una vez más nada mecánico, ninguna garantía en sí protege el ejercicio de la ciencia de las aberraciones interpretativas, y ya se sabe que los sabios no dudan en entregarse a ellas, a veces con un formidable fervor místico.

Para acabar con nuestras reflexiones sobre los agenciamien- tos de la enunciación, me gustaría hacer algunas observaciones a propósito de las semióticas artísticas. En este ámbito las cosas son menos claras, la «recuperación significante» se lleva a cabo a cuenta de la obra, del artista, de la inspiración, del talento o del genio... Y, sin embargo, puede decirse que, en conjunto, la evolución del arte moderno parece encaminada hacia una política de la asignificación: lo figurativo, los agenciamientos maquínicos les han tomado la delantera a los sistemas representativos, expresivos, codificados, irónicos. Pero un examen de los distintos tipos de agenciamientos colectivos nos haría matizar este juicio. La imagen estereotipada con que la gente se representa, por ejemplo, la figura de un pintor, es la de un individuo especialmente proclive a la vida en sociedad. Se lo muestra rodeado de amigos, en una taberna... Será miembro de una escuela y probablemente estará más implicado en cuestiones políticas que un músico. Este último, por supuesto, aparecerá más bien como un

personaje solitario, atrapado en el vertiginoso forcejeo con una creación musical cuya realización parece inalcanzable. Ahora bien, con algunas excepciones, los músicos siempre han sido más proclives a la defensa de los valores tradicionales y la religión, con tendencia a una postura reaccionaria en cuestiones sociales. A su manera, sí que están muy «comprometidos». Por lo tanto, no podemos atenernos a la primera impresión, que situaría al pintor del lado de la sociedad y al músico del lado de la trascendencia. Si examinamos de cerca la naturaleza de los agenciamientos colectivos en los que están inmersos los dos, veremos confirmada esta paradoja.

La producción musical opera a través de tres grandes agen- ciamientos colectivos, conlleva una división del trabajo importante y se apoya sobre un auténtico *phylum* musical. Cada músico escribe prolongando la escritura que lo precedió; al margen de las novedades que pueda aportar, a la hora de manifestarse a través de su obra egtá en deuda con toda una tecnología, un bagaje profesional. Los músicos integran una especie de casta de rituales muy elaborados, una casta que ocupa un lugar nada despreciable dentro de la jerarquía de los poderes reaccionarios. (Los pintores, sin duda, tienen menos que ver con los poderes aristocráticos que con los poderes financieros). Habría que oponer las grandes máquinas abstractas de la música (¡asignificante y desterritorializadora donde las haya!) a las estructuras de las castas musicales, los conservatorios, los imperativos escolares, las reglas de la escritura, el sistema empresarial, etc. Entonces veríamos que el agendamiento colectivo de la producción musical está organizado de tal modo que frene, que retarde la potencia desterritorializadora activada por el *phylum* musical. Habría que retomar aquí la historia de las relaciones entre la Iglesia y la música, comenzando por los orígenes de la polifonía. La Iglesia siempre ha intentado poner trabas a la expansión maquínica de la música instrumental, tratando de subordinarla al canto vocal, fijando un marco dogmático a su escritura, imponiéndole diferentes estilos y formas de composición. Por el contrario, uno de los «rasgos pertinentes de la materia expresiva pictórica», por utilizar la fórmula de Christian Metz, consistiría en el hecho de que, a pesar de las apariencias, el pintor es mucho más solitario que el músico[24]. Las escuelas y la tradición tienen menos peso sobre él. Las fórmulas musicales

invaden al oyente, lo atrapan, lo guían y lo controlan. Un lienzo mantiene las distancias con el aficionado que la toma y la deja, le echa una ojeada por

[24] Véase la novela de Alberto Moravia, *L'ennui.* Trad.cast.: *El tedio,* Barcelona, Planeta, 2008 (N. del A.).

encima *y* se va. El pintor, la obra y el aficionado están de algún modo radicalmente separados uno de otro. A fin de cuentas, los agenciamientos colectivos de las artes plásticas son mucho menos «humanos», mucho más maquínicos, que los agenciamientos colectivos de la música, que están impregnados hasta en sus formas más modernas por una política de la redundancia significativa. La pintura está claramente más territorializada que la música, pero, en cuanto al pintor, está más desterritorializado que el músico.

El lugar del Significante en la Institución

Vamos a retomar aquí las categorías de Hjelmslev sólo para tratar de definir cuál es la posición que ocupa el significante dentro de la institución. Dicha posición no podía detectarse partiendo de la situación psicoanalítica clásica. Recordemos que su distinción entre materia y contenido se superpone a la división tripartita entre materia, substancia y forma. Nosotros vamos a apoyarnos en la oposición que él establece entre la materia (materia de expresión, materia de contenido) y la formación de substancias semióticas.

Lo que yo quisiera plantear aquí es que las semiologías de la significación funcionan en los cuatro ángulos de la expresión y el contenido contrapuestos a la substancia y la forma, mientras que las semióticas que enfrentamos en una situación institucional introducen además dos dimensiones propias de las materias no semióticamente formadas, a saber, el sentido como materia expresiva y el *continuum* de los flujos materiales como materia de contenido; de este modo estamos movilizando las seis casillas de nuestra tabla (véase la tabla de la página siguiente).

Para Hjelmslev una sustancia está formada semióticamente cuando la

forma es proyectada en la materia o cuando el sentido «como un hilo tensado proyecta su sombra sobre una superficie ininterrumpida». Se sabe que las cadenas significantes activan al nivel de la sustancia expresiva series finitas de signos, de signos discretizados y digitalizados cuyas composiciones formales se combinan con la formalización de los contenidos significados. Me parece que los lingüistas han asimilado demasiado rápido la distinción de Hjelmslev entre la expresión y el contenido a la propuesta por Saussure entre significante y significado. El hecho es que la separación entre materias no semióticamente formadas y sustancias semióticamente formadas, en la medida en que ha sido establecida con independencia de las relaciones de la expresión y el contenido, abre una vía al estudio de las semióticas independientes de las semiologías significantes, es decir, precisamente, de semióticas que no estarían basadas en la bipolaridad significante-significado. Para que las semiologías significantes no queden aplastadas bajo el peso de las semiologías institucionales vamos a distinguirlas unas de otras y a mantenerlas a distancia de lo que llamaremos los códigos asemióticos.

Revisemos de nuevo la clasificación que hemos propuesto a ese respecto[25]. Hemos distinguido los siguientes grupos:

1) bs códigos asemióticos: como el código genético o cualquier otro tipo de código considerado natural y que funciona con independencia de la constitución de una sustancia semiótica. Estos modos de codificación actúan formalizando el campo de las intensidades materiales sin tener que recurrir a una «escritura» autónoma y traducible. No hay que dejarse engañar por la ilusión semiótica que consiste en proyectar una escritura en el campo natural. No existe algo así como una escritura genética. Por lo tanto, eso no afecta a la segunda columna vertical de nuestra tabla[26];

[25] Todavía nos referiremos varias veces más en este libro al intento de clasificación de los códigos. En el proceso de escritura de los distintos textos que lo componen hemos ido elaborándola progresivamente, y a partir de ahí hemos tratado de unificar con posterioridad los distintos ángulos en los que se basaba nuestra propuesta inicial (N. del A.).

[26] Aquí no podemos abordar la cuestión de saber si existen en los códigos asemióticos estra*

2) las semiologías significantes: se basan en sistemas de signos, en sustancias formadas semióticamente que mantienen relaciones de formalización desde el doble plano del contenido y de la expresión. Hay dos tipos de semiología significante: las semiologías simbólicas y las

semiologías de la significación:

a) *las semiologías simbólicas:* movilizan distintos tipos de sustancias; por ejemplo, las sociedades arcaicas hacen funcionar la semiótica gestual, la semiótica postural, la semiótica de la mímica, la semiótica de las inscripciones corporales, la semiótica ritual, etc. Al constituirse, el «mundo» de la infancia o el «mundo» de la locurá activan varios círculos semióticos descentrados y que nunca serán por completo traducibles a un sistema de significación universal. Las sustancias semióticas conservan por lo tanto una cierta territorialidad autónoma que corresponde a un cierto tipo de goce específico;

b) *las semióticas de la significación:* inversamente, todas las sustancias expresivas que la componen (sonoras, visuales, etc.) están centradas en una única sustancia significante. Es la «dictadura del significante». Esta sustancia de referencia puede entenderse como archi-escritura, pero a la manera de Derrida: no se trata de una escritura que «genera» todas las organizaciones semióticas, sino del surgimiento históricamente atestado de las máquinas de escritura, que es un instrumento fundamental de los grandes imperios despóticos. Las máquinas de escritura están intrínsecamente vinculadas con la instauración de las máquinas del poder estatal. Desde el mismo instante en que éstas han sido creadas, todas las demás sustancias semióticas multicéntricas empiezan a depender de un estrato específico del significante. El carácter

tos que se correspondan a las semióticas de la expresión y el contenido. Diremos simplemente que encontramos sistemas complejos de articulación incluso sin salir del código genético (N.delA.).

totalitario de esta dependencia es tal que, debido a un efecto retroactivo de la imaginación, parece que el conjunto de las semióticas haya sido «generado» a partir del significante. Desde ese momento el imperio de la escritura sobre el inconsciente pasa a ser algo fundamental, y no porque nos remita a una forma de escritura arquetípica, sino porque pone de manifiesto la permanencia de un despotismo de la significancia que surge en unas condiciones históricas concretas, sin dejar por ello de ejercer su influencia ni de adaptarse en otras condiciones;

3) *las semióticas asignificantes:* no son lo mismo que las semióticas de la significación; se trata, en suma, de semióticas postsignificantes. Una

semiótica asignificante sería, por ejemplo, una máquina de signos matemáticos que no tuviera la finalidad de producir significados, o bien un complejo técnico-semiótico científico, económico, musical, artístico o incluso una máquina revolucionaria analítica. Las máquinas asignificantes continúan apoyándose en las semióticas significantes, pero ya sólo se sirven de ellas como de una herramienta, de un instrumento de deste-rritorialización semiótica que permitiría a los flujos semióticos establecer nuevas conexiones con los flujos materiales más deste- rritorializados. Estas conexiones funcionan independientemente del hecho de que signifiquen algo para alguien o no. En cierto sentido es acertado suponer, como Benveniste, que, para llegar a existir, todas las semióticas dependen de un lenguaje significante. Pero esta correlación no implica para nada una relación jerárquica de dominación. A una teoría físico-química no le preocupa el proponer una representación mental del átomo o de la electri-cidad, aunque tenga que recurrir a un lenguaje compuesto por significados e iconos para producir sus enunciados. Pero, aunque se vea obligada a emplear esta especie de muletas, lo más importante es que activa un cierto tipo de *máquina de signos* que sirve de soporte a las máquinas abstractas, las cuales a su vez constituyen la base del agenriamiento de los complejos experimentales y de los complejos teóricos. Así, hemos llegado a un punto en el que la propia distinción entre máquina de signos y máquina técnico-científica ha dejado de ser pertinente; la invención de un nuevo tipo de cadena química o el descubrimiento de una partícula microfísica está en cierto modo prefigurada por una producción semiótica que determinará no solamente sus coordenadas espadotemporales, sino también sus condiciones de existencia. En las semióticas asignificantes, las relaciones de producción y de mutuo engendramiento que se dan entre la máquina semiótica y los flujos materiales experimentan una reestructuración radical.

La máquina significante se basa en el sistema de la representación, o sea, sobre la producción de redundancia semiótica que da lugar a un mundo de cuasi-objetos, de iconos, de analogías y de esquemas que sustituyen a las intensidades y multiplicidades reales. El efecto de significación que resulta de la conjunción de los dos formalismos, el del significante y el del significado, queda así atrapado en un verdadero círculo vicioso en el que los flujos semióticos y los flujos materiales se anulan recíprocamente en el

campo de la representación. Un mundo de significación dominante se instaura a partir de reterritorializaciones significantes que son el resultado de esta forma de automutilación de las máquinas semióticas centrada únicamente en la máquina significante, máquina generadora de simulacros y de impotenciación. El significante se mueve en un estrato autónomo que no deja de remitir al significante, mientras que lo real se encontraba totalmente separado de los flujos semióticos. El proceso de individuación de una subjetividad que surgiera de los engranajes de esta máquina significante correspondería, según la fórmula lacaniana, a «un significante que representase al sujeto para otro significante». Subjetividad ambigua y dúplice: en su vertiente inconsciente tomaría parte en el desarrollo de la desterritorialización semiótica que «moldea» las máquinas lingüísticas y las prepara con vistas a su transformación en máquinas asignificantes, al mismo tiempo que, en su vertiente inconsciente, se hace un lugar entre las rete- rritorializaciones de la significancia y de la interpretancia.

Esta posición del sujeto va a transformarse radicalmente al pasar las semióticas asignificantes a un primer plano. El mundo de la representación mental (que Frege opone a los conceptos y a los objetos, o la «referencia» situada en la cúspide de la pirámide de Ogden y Richards, que se interpone entre el símbolo y el referente) pierde entonces su función de centrado y recodificación de semióticas. Los signos trabajan las cosas más allá de la representación. Los signos y las cosas se agencian unos con otros sin importar el supuesto «control» que pretenden ejercer sobre ellos los agentes individuados de la enunciación.

Un agenciamiento colectivo de la enunciación se encuentra así capacitado para destituir a la palabra de su función como andamiaje imaginario del universo. En su lugar, será sustituida por un decir colectivo que reúne elementos maquínicos de todo tipo, humanos, semióticos, técnicos, científicos, etc. El espejismo de una enunciación exclusiva del sujeto humano queda entonces disipada, haciéndose evidente que sólo era un efecto colateral a los enunciados producidos y manipulados por sistemas político-económicos.

Normalmente se considera que los niños, los locos y los miembros de culturas primitivas, al ser incapaces de dominar las semióticas significantes, tienen que expresarse a través de semióticas de «segundo

orden», tales como la expresión gestual o corporal, los gritos, etc. El mayor inconveniente de estos recursos consistiría en el hecho de que no permiten una traducción unívoca de los mensajes de los que son portadores al código lingüístico generador de significaciones dominantes. Lo normal era atribuir esta intraducibilidad relativa de los distintos elementos semióticos a diversas causas, ya fuera a un déficit, a una fijación pregenital, al rechazo de la ley, a una carencia cultural o a una combinación de varios de estos elementos. De hecho, habría que replantearse desde el principio toda la perspectiva del análisis interpretativo a partir de otro tipo de análisis del inconsciente que diera prioridad a elementos semióticos asignificantes.

Pero antes de comenzar a plantearnos semejante posibilidad tendríamos que demostrar que un análisis de la institución o un análisis institucional que no se definiera como una micropolítica del deseo sería incapaz de ir más allá del psicoanálisis freudiano clásico.

El análisis dual y el análisis institucional difieren principalmente en el hecho de que uno y otro recurren a distintas gamas de recursos semióticos, sean cuales fueren los argumentos teóricos que utilicen. Los componentes semióticos de la psicoterapia institucional son mucho más numerosos, por lo que dificil- mente pueden permitir que se respete el principio sacrosanto de la «neutralidad analítica». Esto podría «solucionar la cuestión», pero también podría hacerla mucho peor. La institución consigue a veces poner en funcionamiento máquinas asignificantes que trabajan en pro de la liberación del deseo, en la misma medida que algunas máquinas literarias, artísticas, científicas, etc. En ella la cuestión de las decisiones micropolíticas del analista o del grupo analítico resulta más acuciante y mucho más «abierta» que en el psicoanálisis que se realiza en la consulta privada. El psicoanalista clásico está forzosamente condenado a no poder salir nunca —¡suponiendo que ésa fuera su intención!— de su rol de agente normalizador de la libido y de la conducta. El lugar ocupado por la subjetívadón o la transferenda es muy distinto dentro de la institudón.

Los efectos asignificantes y diagramáticos, así como los efectos de significanda y de interpretanda podrían adquirir propor- dones mucho mayores que en el análisis dual, corrompiendo hasta los más ínfimos recovecos de la vida cotidiana. La manía de la interpretadón, la vigilanda continua a la que están sometidos

los supuestos «lapsus» del inconsciente, pueden llegar incluso a lo que podríamos llamar una «perversión paradigmática institucional». Entonces comprobaremos cómo el chantaje y la angustia que acompañan al análisis refuerzan los mecanismos de identificación e incluso de mimetismo con los gurús del psicoanálisis, que, por si fuera poco, les hacen el juego a las estructuras jerárquicas de la opresión. Así es como ha llegado a instaurarse en los últimos años un nuevo tipo de despotismo psicoanalítico que triunfa en los centros infantiles en los que «hay un interés por el psicoanálisis».

El esquizoanálisis quiere desmarcarse de manera radical de los así llamados «análisis institucionales». A diferencia de ellos, este método no está focalizado ni en el significante ni en los líderes psicoanalistas. Su objetivo es favorecer una multiplicidad de focos semióticos favoreciendo la formación de sustancias semióticas relativamente autónomas e intraducibies, recogiendo el sentido y el sinsentido del deseo en estado bruto, sin intentar adaptar los modos de subjetivación a las significaciones y a las leyes sociales dominantes. No pretende en absoluto apropiarse de todos los actos y los gestos que están fuera de la norma, sino dar cabida a las características singulares de los sujetos que, por una razón u otra, escapan a la ley común. ¿Cómo pueden estos agenciamientos colectivos conjurar los efectos de esta especie de sarna psicoanalítica, que se ha vuelto especialmente virulenta desde que las emisoras de radio periféricas han decidido contribuir activamente a su proliferación? Para empezar, pueden al menos recurrir a la risa, al sentido del humor para ridiculizar las pretensiones pseudocientíficas que nutren los psicoanalistas de cualquier pelaje. De esta forma surgen focos de resistencia «semióticamente formados», pero también socialmente organizados, para combatir no sólo los desaguisados del psicoanálisis, sino también las diversas técnicas intimidatorias empleadas para controlar a la población según modelos familiares centralizados en consonancia con la jerarquía del sistema. Queremos aclarar que sólo condenamos el psicoanálisis en la medida en que tratamos de proponer otra forma de práctica analítica, de un análisis micropolítico que nunca se separa —o en todo caso no deliberadamente— ni un paso de la realidad ni del campo de lo social; es decir, que lo hacemos en nombre de *una verdadera práctica de análisis*. El reproche más importante que les hacemos a los psicoanalistas es que, en realidad, *no*

hacen análisis. Se atrincheran en su despacho, parapetados tras la relación de transferencia, para que la cura se desarrolle siempre en el vado, de tal manera que ningún elemento exterior llegue a infiltrarse. Han convertido el análisis en un ejerdcio de pura contempladón del deslizamiento de los significantes, aderezado con algunas interpretaciones que a menudo no son más que juegos de seducción sin ninguna repercusión real.

Ahora volvamos por un instante a un problema que ya ha sido mencionado antes: el de la psicofarmacología. Dejando a un lado su uso como medio de contendón, hasta la fecha ha estado al servicio de una semiología significante despótica y de una interpretación de los trastornos que siempre remite a categorías cerradas sobre sí mismas. Ésa es la causa de que los partidarios de la antipsiquiatría hayan emitido una condena sin distinciones a todas las formas de semiología psicopatológica. Las intervenciones basadas en el uso de fármacos están, por supuesto, codificadas tanto por categorías médicas como por categorías represivas o incluso policiales. Armar escándalo o alterar el orden público son conductas interpretadas como anormales, que deben combatirse mediante una droga. Pero este uso represivo de las drogas ¿es razón suficiente para condenar en bloque cualquier aplicación que podamos darles? Algunas experiencias realizadas desde la psicoterapia institucional han intentado reorientar la psicofarmacología hada la experimentadón colectiva; en estas inidativas la administradón de drogas no estaba determinada exdusivamente por la reladón médico-padente, sino que dependía de decisiones tomadas dentro de grupos integrados tanto por «cuidadores» como por «enfermos». Desde ese momento el punto de referencia abandona el laboratorio y pasa a ser —al menos idealmente— una acumulación colectiva formada por el conjunto de intensidades corporales y sus efectos subjetivos. Así se encuentran reunidas las condiciones de lo que podríamos considerar como una forma de «gestionar» las singularidades en lugar de aplastarlas sistemáticamente.

La distinción entre la droga objeto de represión policial y la droga que se emplea para reprimir la «agitación» de los internos en los hospitales no se encuentra inscrita en las moléculas. La diferencia entre algunas de las drogas que forman parte de la farmacopea moderna y algunas de las drogas que consumen los to- xicómanos en muchos casos sólo puede determinarse

a partir de ciertos efectos secundarios que podrían ser neutralizados en el futuro. No hay más que recordar la función de la mescalina en la obra de Henri Michaux para comprender de qué manera puede la droga formar parte de un sistema de intensidades constituido semióticamente sobre un modo asignificante. Sin embargo, hoy en día la psicofarmacología se usa sobre todo para fines represivos. Al encontrarse las nosografías clásicas en estado de deterioro, poco a poco se ha ido instaurando una cierta tendencia a meter a todo el mundo en el mismo saco. En Estados Unidos, por ejemplo, la mayor parte de los trastornos son clasificados dentro de la categoría de esquizofrenia, que funciona como un cajón de sastre. Y en cuanto se pronuncia esta palabra mágica, empiezan a llover elevadas dosis de neurolépticos. A pesar de esto, la psicofarmacología podría ser también un catalizador importante a la hora de constituir una semiótica asignificante libre de la codificación médica, del poder estatal y de las multinacionales. En lugar de suprimir toda pluralidad de expresiones, toda apertura hacia lo real y hacia el *socius*, podría servir para ayudar a los individuos a desarrollar sus potencialidades.

Hay una objeción que ha sido planteada a propósito de los agenciamientos colectivos analíticos y que yo, por mi parte, encuentro bastante paradójica. Algunos temen que las singularidades del deseo se vean aplastadas por esos agenciamientos, que amenazan con convertirse en un nuevo tipo de despotismo. Sin duda, se debe a que quienes piensan así interpretan esto que acabo de decir sobre los agenciamientos a través de lo que saben del análisis de grupo y del análisis en las instituciones. El hecho es que, no me importa repetirlo, lo que pretendo no es sustituir el análisis individual por técnicas grupales, las cuales, obviamente, pueden conducir a una homogeneización normalizadora de las singularidades individuales. Cuando hablo de agenciamientos no me refiero necesariamente a grupos. El agenciamiento puede estar formado por individuos, pero también por máquinas, funciones o sistemas semióticos diversos. Sólo remontándonos al orden molecular de las máquinas deseantes, que está muy por encima del grupo y del individuo (donde se sitúa lo que Lacan llama el objeto «a»), conseguiremos desarticular las estructuras institucionales masificadas y señalizadas para brindarles a las posiciones marginales del deseo la posibilidad de escapar por fin del callejón sin salida de las neurosis. La

individuación del deseo es una pendiente que conduce a la paranoia y al particularismo. Por lo tanto, el problema consiste en encontrar vías colectivas para salir de la tiranía de los sistemas basados en la identificación y la individuación. No negaremos que los grupos tienen a menudo el efecto de producir sistemas cerrados con tendencia a ciertas formas de particularismo, a actitudes propias del racismo y la falocracia, etc. Pero estas reterritorializaciones pueden estar abiertas a nuevas perspectivas en la medida en que son susceptibles de ser reapropiadas por agenciamientos creativos. En realidad, habría que distinguir cuidadosamente entre el asedio neurótico al que se ve sometida toda subjetividad implicada en un proceso de *individuación* personológica y las *idiosincrasias* de los grupos a los que esas posibilidades de reestructuración y de transformación inspiran un especial recelo.

Un último ejemplo: pensemos en un niño psicòtico que día tras día se golpea la cabeza contra una tapia. La máquina de goce autodestructivo funciona en este caso de forma autónoma, ajena a cualquier influjo. ¿Como puede la energía deseante del «golpearse-la-cabeza-contra-un-muro» entrar en conexión con un agenciamiento colectivo? Que tal cosa suceda no depende de trasponer dicha actividad, sublimándola, sino de ponerla a funcionar en un registro semiótico donde pueda articularse con otros sistemas asignificantes. No se trata de ponerle frenos al deseo ni de permutar sus objetos, sino de ampliar el campo del goce, de abrirlo a nuevas posibilidades. Pero no va a resultar fácil desligarlo de las actitudes adaptativas y represivas a no ser que pongamos de relieve el hecho de que el goce, centrado en el yo, siempre conduce a de su expresión extrema: la impotencia y la abolición.

Para liberarse de ese narcisismo destructor el sujeto no tiene que pasar necesariamente por su represión en lo real o su castración imaginaria: lo que requiere, por el contrario, es un suplemento de potencia y que los poderes que lo alienan sean neutralizados. Resulta por tanto esencial que se produzca ima toma de poder en el ámbito de la realidad; no se trata simplemente de manipular el imaginario o jugar con lo simbólico. Fernand Deligny no reprime, no interpreta: ayuda a los niños que conviven con él para que aprendan a *experimentar* otros objetos, otras relaciones, intenta que consigan construir un nuevo mundo.

El análisis readaptativo desarrolla una política de significancia; tiende a someter el horizonte del deseo al control del otro, a una apropiación de los cuerpos y de los órganos; tratando de recuperar una conciencia pura del sentimiento de sí. El esqui- zoanálisis ha renunciado al «anhelo de identidad» así como a las coordenadas personológicas significantes, en particular a las del familiarismo. No le interesan las estrategias del poder sino que favorece la emergencia de un cuerpo sin órganos que opere una desindividuación del deseo y sea capaz de concebirlo navegando sobre flujos cósmicos asemióticos y flujos sociohistóricos asignificantes. En la aproximación psicoanalítica tradicional, cada vez que pasamos de una semiótica presignificante a una semiótica significante se produce una ausencia del goce, una carencia, y se impone un espacio para la culpa donde aparece la figura del superyó. Jugar con la caca es parte de una cierta «materia» (nunca mejor dicho). Cuando una intervención analítica intenta modificar ese placer, transformar esa materia en una sustancia semiótica traducible e interpretable de acuerdo con el código dominante, lo que consigue es mutilarlo o abolirlo, fijándolo a través de una «apariencia semiótica significante» que vendría a sustituir al cuerpo sin órganos. Programar a los individuos, someter todos sus deseos al condicionamiento de una traducibi- lidad indefinida es a lo que se han dedicado desde siempre las instituciones normativas. Lejos de alterar este estado de cosas, lo único que ha hecho el psicoanálisis ha sido aportar algunas mejoras tecnológicas al mismo tipo de proyecto.

Quedaría por saber qué es lo que da consistencia a la política psicoanalítica de emasculación del deseo. ¿Por qué el psicoanálisis se ha impuesto como una nueva religión? ¿De quién es el problema en última instancia? Esencialmente, de las formaciones de poder que tienen interés en garantizar que toda práctica pueda transmitirse, que pueda ser transpuesta indefinidamente en términos de una economía de flujos decodificados. Esencialmente, es un problema del capitalismo (y quizás mañana lo sea del socialismo burocrático), ya que está basado en leyes que establecen la equivalencia y la tradudbilidad general de todas las expresiones semióticas. No hay duda de que el acceso al goce todavía es posible dentro de un sistema como ése, pero sólo a condición de que la libido se pliegue a las normas dominantes.

Allí surgirán y se desarrollarán nuevos tipos de perversos; por ejemplo, el perverso burocrático, cuya forma de goce ha sido admirablemente explorada por Kafka. El poder de la palabra burocrática crece como un chancro en el tejido de las sociedades industriales en provecho de las «élites» que pueden acceder a ese tipo de goce. Pero al ser pocas y muy reñidas las plazas, que además requieren una preparación y una didáctica específicas, los «excluidos» del deseo resultan innumerables. Para los que se han quedado fuera, el goce de la palabra capitalista se reduce a rellenar las quinielas los domingos por la mañana, y a ver el fútbol en la tele por la tarde. A esto hay que añadirle que, como existen muchos otros, igualmente incontables, que han sido excluidos de la quiniela y del fútbol, una parte de la población acaba encerrada en los hospitales psiquiátricos, los centros de readaptación, las prisiones, etc.

Las grandes decisiones en materia de economía del deseo pueden resumirse en dos tipos de opciones:

- o bien un goce culpable, configurado de tal manera que todo remita a todo, en el que la única salida que le queda al deseo es investir su propio movimiento de fuga y llevar a cabo las catexis a través de un sistema de traductibilidad indefinida que constituye su modalidad más desterritorializada. El universo y la historia, en lugar de abrirse entonces al deseo, se retraen, se cierran sobre sí mismos por un efecto de agujero negro que los succiona por completo;
- o bien una economía colectiva del deseo que tiende a dispersar los miasmas y los simulacros significantes a partir de los cuales queda instaurado el principio de una deuda universal. Esta reabsorbe los focos de individuación de la economía libidinal, los núcleos de la responsabilidad y de la culpa, las transferencias de carácter exclusivo que permiten que el deseo se adapte a las personas, a los roles, a la jerarquía, y en general todo cuanto está organizado en torno de los focos de significancia del poder.

Su objetivo último es impedir que los elementos semióticos asig-nificantes se vuelvan dependientes de la semiología significante.

No hay ninguna razón para que las ciencias económicas escapen a esa enfermedad llamada estructuralismo que desde hace algún tiempo ha estado causando estragos entre las ciencias del lenguaje, la antropología, el psicoanálisis, etc. Esta nueva fijación consiste en

Interpretar todos los estratos del *socius* a partir de una escritura única formada por cadenas significantes inmarcesibles, eternas. En cuanto a la escritura de la historia, tendrá que arreglárselas como pueda con las invariables básicas que le propone este lenguaje-textura-del-mundo. Los responsables de esta enfermedad parecen esparcir el virus (la teoría de la información) mediante un agente infeccioso (la lingüística fonológica). El primer síndrome, la ficción interpretativa, consiste en considerar que todo hecho social, conductual, mítico, imaginario, etc., que pueda expresarse a través del lenguaje, está «estructurado como un lenguaje». El segundo síndrome, la ficción de la reducción binaria, consiste en creer que en toda secuencia del lenguaje que pueda ser analizada a partir de cadenas de valores diferenciales —fonemas, grafemas, oposiciones distintivas, etc.— debe considerarse que estos mismos hechos son dependientes de una fórmula significante universal. Mal pronóstico. Todo hecho social puede ser «estructuralizado» —es decir, aislado de sus agenciamientos de enunciación reales, de su contexto económico y social y de sus entornos políticos y micropolíti- cos—, lo que permite a la ciencia escudarse en la falta de responsabilidad política y social de los investigadores. La tendencia tradicional a reducir los hechos relacionados con la producción y con el consumo únicamente a la esfera de la circulación ha encontrado un apoyo inesperado, en particular en el ámbito de las ciencias económicas.

Hay razones bien fundadas para pensar que, si el deseo destruye los códigos, si la catexis provoca la ruptura de los códigos, entonces la economía del deseo no podría hacer otra cosa más que obstaculizar a la economía del poder.

Cuando los economistas hablan del deseo —como a veces sucede— siempre le conceden un lugar muy exiguo, y aún esto con la condición de que antes hayan conseguido ubicar todas las «necesidades básicas» donde les corresponde. El deseo ya sólo sirve para condimentar la demanda, para hacerla «pasar» más fácilmente. Veamos así, por ejemplo, qué clase de términos se usa para discutir la cuestión en un diccionario económico: el valor de uso está

determinado por el gusto, las necesidades o los hábitos, mientras que el valor de mercado lo está por la «deseabilidad», es decir, por cuánto desea la gente un bien determinado. Por lo tanto, lo deseable es aquello que se mantiene invariable en el intercambio. De este modo, se podría decir que el estructuralismo se constituye de forma implícita a partir del momento en que la lógica del intercambio trata de apropiarse del deseo. Y, sin embargo, muchas personas no quieren ni oír hablar del intercambio, se niegan a pedirle nada a nadie... ¿Significa esto que no tienen «acceso al deseo»? Aquí podemos identificar una de las fórmulas preferidas del psicoanálisis estructuralista: si no quieres pasarte el resto de tu vida atrapado en la demanda, tendrás que aceptar el yugo de la castración simbólica como único acceso posible al deseo imposible. ¡Sin mencionar a los locos y a los suicidas, que, como todo el mundo sabe, no forman parte de nuestra sociedad! Aun así, todavía hay algunas sociedades que rechazan el intercambio, por ejemplo las «sociedades sin Estado» de las que nos habla Pierre Clastres: ningún indio que se precie usará para el

trueque una pieza cobrada en la caza, simplemente la ofrecerá como regalo[82].

Los tres **valores**

El intercambio y el valor de mercado no tienen nada de universal. A lo largo de la historia se han utilizado distintas materias expresivas para codificar los intercambios, bien en función de las formas de concentración del poder desde la Antigüedad, o bien según las distintas fases de un proceso histórico destinado a desembocar en las sociedades industriales. Del flujo de cauris[83] que atestiguan los escritos de los etnólogos al flujo electrónico del sistema bancario actual, los medios de intercambio han pasado por una serie de rupturas, sacudidas y fijaciones arcaicas, pero sin dejar de seguir, a fin de cuentas, una línea general de *desterñtoñálización*[84]. Las distintas modalidades de semiotización no deberían, por lo tanto, ser juzgadas con el rasero de las máquinas económicas más desterritorializadas, es decir, aquellas que son propias de sociedades capitalistas basadas en un sistema de intercambios generalizado en función de la circulación, uno que oculta los dispositivos de sometimiento en el ámbito de la producción y el consumo. Sin ninguna duda, la simple oposición entre valor de uso y valor de cambio no es suficiente, puede que incluso induzca a confusión ya que hace depender implícita-
mente al primero del segundo. Nosotros proponemos tener en cuenta

---

[82]Véase también E. R. Leach, *Rethinking Anthropology,* Cambridge University Press, 1961. En esta obra encontramos una crítica a las concepciones estructuralistas demasiado centradas en el intercambio o en las prácticas matrimoniales en las sociedades primitivas, y en particular del hecho de que las contraprestaciones que funcionan como «equivalente» de las mujeres «intercambiadas» no puedan ser asimiladas a bienes del mismo valor, sino a elementos intangibles tales como las prerrogativas o el prestigio (N. del A.).

[83] El cauri *(Monetaria Moneta)* es un molusco propio de las islas del Pacífico y el Indico cuyas conchas son usadas como moneda por las comunidades primitivas de isleños (N. del T.).

[84] Un ejemplo de un resto de esta desterritorialización es la palabra latina *pecunia* (fortuna) que viene de *pecus* (rebaño) (N. del A.).

*

tres tipos de valores:

1) los valores de intercambio, que emplean sistemas de equivalencias semióticas establecidas a partir de los valores diferenciales de sus elementos constitutivos;

2) los valores de uso, que funcionan por contraposición de dos términos —donde el valor de una cosa se determina a partir de otra— y cuyo modo de semiotización resulta coherente con un mundo concebido en términos de valores bipolares;

3) más allá de los dos tipos precedentes están los que yo calificaría de *valores intensivos del deseo,* los valores afectivos, ajenos tanto a la convertibilidad de valores del sistema generalizado de intercambios como a oposiciones maniqueas del tipo sujeto-objeto, bien-mal, útil-inútil, bello-feo, etc.

Los cuatro códigos

Algo que favorece la falta de conocimiento de los valores del deseo y perpetúa la tradicional oposición entre el valor de uso y el valor de mercado, es la confusión reinante entre los componentes semióticos que unos y otros ponen en funcionamiento. En este sentido, me parece que sería útil establecer una distinción entre:

• *los códigos «naturales»,* que no son asimilables a los códigos lingüísticos ni siquiera en el caso extremo del código genético, a pesar de los frágiles intentos de establecer algún tipo de comparación (véase el diálogo de Jakobson y François Jacob a este respecto);

• *los códigos simbólicos,* que implican semióticas de todo tipo, gestual, ritual, mitográfica, etc., sin privilegiar el ámbito de la palabra;

• *los códigos significantes*, que 1) hacen que palabra y escritura estén sometidas la una a la otra, y 2) ponen a todas las demás semióticas bajo el dominio de las cadenas lineales de significado (sistema de doble articulación);

• *los códigos asignificantes*, propios de «máquinas de escritura» tales como la matemática o la música, que ponen en funcionamiento los signos independientemente de sus eventuales efectos de significación.

La economía monetaria pone en práctica estos cuatro tipos de codificación, sin llegar a depender exclusivamente de ninguno de ellos.

1. En relación con el referente, se sirve de materias expresivas **que** poseen su propio código, una especie de resistencia del material económico (flujos demográficos, reservas naturales de materias primas, limitaciones geográficas, etc.).

2. Con respecto al nivel simbólico, el dinero funciona como instrumento de una servidumbre imaginaria: cada individuo es de alguna forma «teledirigido» por su «poder» adquisitivo, no sólo en el ámbito codificado del *standing* descrito por Baudrillard, sino también en el ámbito de los códigos perceptivos, sexuales. Sólo podemos percibir los objetos de consumo en la medida en que tenemos un acceso potencial a ellos por medios monetarios; de lo contrario, lo único que podemos hacer es soñar con ellos, o sencillamente pasar junto a ellos sin verlos siquiera (Dostoievski deda que el dinero era la «libertad apaleada»). No es necesario recordar aquí que los objetos del deseo sexual están inextricablemente ligados a valores como el prestigio, el estatus o las aspiradones, que serán siempre más o menos traducibles en términos de nivel de vida.

3. La economía monetaria interactúa constantemente con los códigos significantes del lenguaje, particularmente a través del sistema de leyes y reglamentaciones.

4. La inscripdón monetaria fundona en parte como una máquina semiótica asignificante, cuando no sirve como medio de pago sino como forma de crédito y financiadón. Entonces, constituye un instrumento semiótico tan indispensable para el campo de la economía como lo son los cálculos y los planes en el ámbito de las ciencias y las técnicas. (Los proyectos estatales de planificación que deseaban prescindir de un sistema de economía de

mercado hasta ahora no han tenido más remedio que volver a recurrir a ella de una forma u otra —a pesar de sus desarreglos, sus desvarios y la mala fama que tiene—, por haber sido incapaces de inventar otra forma igual de efectiva a la hora de reflejar y registrar los datos económicos). Pero lo que había que plantearse aquí es una cuestión compleja, la de cómo articular una microeconomía de la autogestión con las estructuras macroeconómicas.

Las formaciones de poder

De este modo, a medida que los medios de intercambio iban siendo desterritorializados, se producía un tránsito de las formas de servidumbre imaginarias a formas de servidumbre de tipo cibernético. Al acumularse los efectos de unos y otros, la hegemonía del sistema de intercambios generalizados —de flujos descodificados— no ha hecho sino reforzar el proceso de señalización económica de los individuos, y ha ido penetrando cada vez más profundamente en los estratos biológicos y en los del *socius.* Ya no se trata solamente de una conquista abstracta del poder, legitimada por esa forma pura de escritura que sería el Capital. Lo que está enjuego en cada una de estas estratificaciones es una multiplicidad de formaciones de poder. Es cierto que lo primero que nos encontramos es el poder del Estado como espacio de convertibilidad generalizada de todos los sistemas de valores económicos, simbólicos, significantes y deseantes, pero también hay que tener en cuenta el rizoma lleno de tentáculos de las formaciones de poder —que implican grupos sociales que van de los más vastos a los más reducidos— que funcionan miniaturizando y ampliando esta convertibilidad hasta que alcance las dimensiones de una forma de parcelación y control sistemático de todos los sistemas de valores singulares. Si tomamos como ejemplo la industria del espectáculo, que se apoya en los medios de comunicación de masas, vemos cómo organiza los espacios de

convertibilidad de todas las representaciones imaginarias; mientras que, por su parte, la familia y la escuela se encargan de la traducibilidad semántica y de la explotación significante de las formas de expresión del niño, etc. Todas estas formaciones de poder se apoyan las unas en las otras, de tal modo que no puede decirse que el sistema generalizado de intercambios tenga lugar únicamente en la esfera económica. Desde esa perspectiva, la economía no tiene ningún tipo de autonomía. Lo mismo —y por las mismas razones— podríamos decir de la lingüística, de la sociología, del urbanismo, etc. De hecho, todos los niveles están entrelazados: el nuevo estilo de combate de las luchas sociales del deseo tiende a señalar cada vez con más claridad que lo importante ya no es conseguir articular la microeco- nomía con la macroeconomía, sino lograr el respaldo de una micropolítica del deseo para tratar de identificar una energía que sea capaz de hacer bascular de una vez por todas las estructuras políticas y sociales que, paradójicamente, parecen fortalecerse a medida que se ponen de manifiesto, de manera cada vez más evidente, el mal funcionamiento, la parálisis y el sinsentido en que se hallan inmersas.

La expresión es aproximativa, como veremos a lo largo de este texto. Por un lado no se trata exactamente de un plan[85], y por otro, convendría distinguir la consistencia matemática de la consistencia maquínica que tratamos aquí. Por el momento, empezaremos diciendo que:

- la consistencia matemática reside en el hecho mediante una axiomática que la hace no contradictoria[86],
- la consistencia maquínica escapa a esta exigencia en la medida en que no necesita recurrir a un sistema dualista de *aplicación* de las multiplicidades sobre un conjunto semiótico

---

[85] En el concepto de *plan de consistente*, el término francés plan puede traducirse como «plan» o como «plano» (N. del T.).

[86] Blanchot *[Lapsus calami:* en realidad es Robert Blanché] precisa que un análisis más matizado distinguiría entre no contradicción y consistencia, diferenciando distintas nociones de consistencia, etc. (Robert Blanché, *L'axiomatique,* París, PUF, 1959, p. 48). Sería conveniente profundizar en este punto (N. del A.).

entendido como conjunto final. No la «asustan», por tanto, las contradicciones de carácter exclusivamente lógico.

Lo que deshace la consistencia axiomática es la existencia en último término de una consistencia de las proposiciones maquínicas. El plan de consistencia expresa el carácter de *continuum* del *phylum* maquínico. La unidad de un proceso, la unidad de la historia no residen en la existencia de un tiempo general que englobaría y atravesaría todas las cosas, sino en este carácter continuo del *phylum* maquínico, que en sí mismo resultado de la combinación de la totalidad de los procesos de desterritoria- lización.

El plan de consistencia es activado cada vez que se despliega una multiplicidad. *Elphylum* maquínico se manifiesta en el tiempo y en el espacio. «Plan» tiene aquí el sentido de un *phylum,* de algo continuo. Nada escapa a la red de intensidades y proposiciones maquínicas. Vamos a oponer los estratos *subjetivos* al plan del *agenciamiento* de la enunciación colectiva, y el sujeto al dinero. El plan de consistencia maquínica es la respuesta a la paradoja de Russell. Existe un conjunto de todos los conjuntos. Pero este conjunto no es lógico; es maquínico. El problema de lo continuo está resuelto en el *phylum* maquínico antes de haber sido formulado en términos matemáticos.

Si pensamos en el complejo físico-matemático, la innovación técnica y la máquina militar, veremos que estas distintas regiones aparecen en principio separadas, sin que puedan llegar a encontrarse a no ser gracias a los últimos desarrollos contemporáneos del complejo militar económico y estatal. Sin embargo, deberíamos partir de la idea de que tales separaciones entre estratos no están ahí *desde el primer momento:* es el *phylum* maquínico lo que constituye

el hilo conductor de la historia y la protohistoria hasta las revoluciones científicas.

1) El *phylum* maquínico «despega» con la máquina militar, después se desarrolla con las innovaciones técnicas propias del Estado primigenio (*Urstaai*[52]): ciudades, imperios, etc. y, finalmente, con las revoluciones científicas. Sin embargo, la potencia maquínica del deseo ya estaba ahí desde siempre y en todas partes. Un ejemplo sería la aparición del bronce en Siberia meridional, que condujo a la territorialización de tribus cuyo principal modo de producción era sedentario y agrario. Bruscamente, la dirección de la energía colectiva del deseo cambió de objeto y produjo una mutación en estas sociedades, convertidas en pro- tomáquina militar. El nomadismo ofrece otros beneficios, tanto

[32] El *Urstaat* hace alusión a la invención del Estado primigenio como aportación fundamental de la máquina despótica. Éste seria también el horizonte mismo de la historia, el fondo común sobre el que surgen las distintas formaciones históricas: la ciudad antigua, la comuna germánica, el feudalismo, etc., y que tiende a la interiorización creciente de su dominio (N. de los E.).

materiales como libidinales (en algunos casos la práctica de la ganadería extensiva inherente a la máquina nómada ha llegado a provocar la desaparición de la agricultura sedentaria[33]).

En «unas pocas décadas», el fenómeno de la plusvalía de código conducirá a un abandono del hábitat sedentario. La riqueza «cesó bruscamente de ser ese deseo de apropiación de un pedazo de suelo». Se alcanza entonces «una concepción nueva de la propiedad que atañe únicamente a su explotación, basada en los *bienes móviles,* rebaños, caballos, carretas, en el *mobiliario,* el arco y las flechas, el botín del pillaje» y debida a «un aumento de la riqueza».

La potencia maquínica construye y deconstruye la territorialidad primitiva y el nomadismo, el *Urstaat* y la segmentariedad. Así es como volvemos a encontrarnos con el plan de consistencia, sea como término imposible de la historia de las ciencias, sea como condición previa al «despegue» de la historia.

2) Convendría también examinar la posición del plan de consistencia en relación con la máquina semiótica y con la emancipación

de la voz como medio para que se despliegue el campo de la palabra. ¿Qué es lo que motiva que fenómenos tales como el grito de guerra o la llamada del cortejo abandonen el terreno de la funcionalidad, su nicho comportamental, para abrirse a una transvaloración de código? La palabra sirve para otra cosa, nos lleva más lejos, o incluso a ninguna parte. Produce nuevas conexiones. ¿No es acaso en este juego de lo figural de las máquinas semióticas orales donde reside lo esencial del hecho religioso?

3) Sea como fuere, donde mejor puede percibirse uno de los dos estratos fundamentales de desterritorialización del plan de consistencia maquínica es en el plano de las máquinas-ciudades tomando el *Urstaat* como modelo de antiproducción de la proto-máquina militar. El segundo estrato se desarrolla precisamente

”«Présence des Scythes», *Critique,* diciembre 1971 (N. del A.).

a partir de la protomáquina militar. La cuestión de saber si la protomáquina militar va antes o después del *Urstaat* es relativamente secundaria; lo importante es que se acoplan, y entre ambos se da una plusvalía de código. Tanto da si el *Urstaat* se sostiene a título de antiproducción sobre la protomáquina militar, como si, por el contrario, acaba él mismo conduciendo a un despegue tecnológico, a un sistema de innovación en el terreno de la escritura, de la metalurgia, de la decodificación de las fuerzas de trabajo (tanto humanas como animales), fecundando a su vez la máquina militar y dando un último empujón al proceso de desterritorialización.

Los flujos son almacenados, controlados y recodificados por medio de la máquina de escritura. Aquí el despotismo es sinónimo de un proceso biunívoco de aplicación del conjunto de bienes acumulados en un conjunto inicial de signos gráficos.

La protomáquina militar consumía sus bienes; por ejemplo: a la muerte del emperador, sus concubinas eran estranguladas, y la misma suerte corrían sus servidores, incluso los más fieles. La segmentación feudal contribuyó por el contrario a la conservación

de la fuerza de trabajo de los siervos y la fuerza de combate de los vasallos. El *Urstaat* delimita y retarda el consumo. Retención del signo. *El edipismo semiótico consiste para la máquina de escritura en operar un movimiento que capte deforma extrínseca a los objetos y a los sujetos en toda su completitud.* Contar, escribir, no es consumir, pero decir el nombre de una cosa puede ser una forma de comérsela.

4) En consecuencia, la posición de la escritura es la antiproducción. El texto impotencia el signo de la potencia. En este carácter particular de la escritura se encuentran los orígenes de la dicotomía entre las matemáticas y la física. El pitagorismo tenía como objeto los nombres esenciales por encima de las potencias reales. Jean Marc Levy-Leblond, en su artículo de la *Encyclopédie Universalis,* «Física y matemáticas», critica los dos modelos a partir de los cuales se ha pretendido convertir las matemáticas en «el lenguaje» de la física. A las matemáticas se las concibe como el lenguaje de la naturaleza que debe ser asimilado por el hombre —como sostenían Galileo o Einstein— o como el lenguaje humano al que deberían transcribirse los hechos naturales —que es la postura de Heisenberg—. Pero hay que tener en cuenta que existe todo un abanico de posicionamientos intermedios, que tienden todos de una forma u otra a consolidar el dualismo entre empirismo y formalismo: la oposición hombre-naturaleza, experiencia-teoría, concreto-abstracto, hechos científicos-leyes científicas, etc.

De acuerdo con Levy-Leblond, habría al menos dos usos posibles de las matemáticas en la ciencia. Pueden establecer cuáles son:

- las *relaciones de aplicación,* en el ámbito de la química, la biología, las ciencias de la naturaleza y en todos los dominios en los que cuenta el cálculo numérico, la manipulación de lo cuantitativo;
- las *relaciones constitutivas,* las *relaciones de producción.* «Así es como se produce la interiorización de las matemáticas por parte de la física». Este tipo de relaciones, donde los conceptos están

indisolublemente ligados entre sí (por ejemplo, la velocidad derivada y el campo electromagnético, etc.), es *específico* de la física (cosa que habría pasado desapercibida a Bachelard cuando hace extensivo el proceso de una «matematizadón progresiva» a todas las ciencias). Sin embargo, la separación entre la física y las matemáticas se mantiene, ya que su naturaleza es muy diferente.

La física, a diferencia de las matemáticas, resulta difícil de axiomatizar. La misma ley o el mismo concepto físico pueden recogerse por medio de distintas expresiones matemáticas (polimorfismo matemático). En la física encontramos una mayor transcursividad de los principios y las leyes, una mayor movilidad y una menor jerarquización. De forma correlativa, una misma estructura matemática puede regir varios dominios sin que pueda hablarse de la existencia de una unidad profunda, o, como diría Poincaré, de una «armonía oculta entre las cosas» (plurivalenda de las matemáticas). Lo que resulta aproximativo es la identidad del objeto físico, por no admitir una determinación absoluta. Por lo tanto, se produce un doble movimiento contradictorio: por un lado, una tendencia a la independencia en las matemáticas, y por el otro, en la física matemática, una tendencia a la interdependencia.

Levy-Leblond considera que tendríamos que prescindir de cualquier jerarquía de las ciencias que tome como principio su matematizadón: «Es en fundón de su relación con las matemáticas, y por el rol constitutivo que desempeñan en ella, por lo que podemos reconocer tal o cual región del continente de las riendas como pertenedente al territorio de la física».

Dicho con otras palabras, la física se constituye por la articulación de dos procesos de desterritorialización, un proceso semiótico y otro material. Los objetos de la física sólo son consistentes en la medida en que pueden *verdaderamente* ser tratados de forma matemática. Ya no mantienen con el signo una relación de aplicación, sino una relación de producción. La correspondencia entre la partícula y el signo no remite aquí a las

síntesis disyuntivas de un sistema representacional, sino a un sistema de conexión experimental y de conjunción teórica, un lugar de formación de plusvalías del código o plusvalías de la axiomática.

Este camino nos conduce a un complejo físico-matemático que vincula la desterritorialización de un sistema de signos a la desterritorialización de una constelación de objetos físicos. Para Levy-Leblond parece que este segundo nivel de la existencia de la verdad mantiene su supremacía. Para él la escisión tradicional entre las matemáticas y las ciencias naturales (entre las que se cuenta la física) sancionada por la práctica experimental[87] resulta inevitable.

Pero detengámonos un momento en la doble articulación del objeto desterritorializado del físico con la máquina de signos matemática[88]. En lugar de hablar de un objeto, deberíamos considerarlo un *momento de inercia del maqumismo* en una fase dada del proceso contingente de desterritorialización. Las matemáticas son también, en última instancia, una ciencia experimental, puesto que experimentan con objetos semióticos que ayer poseían la inercia de los signos gráficos y mañana tendrán la de las figuras expresivas y las reglas sintácticas de las máquinas informáticas. La física estudia las partículas (existe incluso un tipo de partículas llamadas taquiones, que pueden desplazarse a una velocidad superior a la de la luz, viajando atrás en el tiempo y escapando a las coordenadas habituales de la causalidad y de la información). Cada uno de estos momentos de inercia se corresponde con una cierta situación del maqumismo. *De la misma*

---

[87] Su recusación de la forma en que la física se halla sometida a las matemáticas, es decir, al estrato más desterritorializado, recurriendo al caso de la astrofísica, instalada en el territorio previamente matematizado de la astronomía, resulta poco convincente. La astronomía matemática no era una ciencia «sin experimentación», sino que ya se había convertido en una física en vías de matematización (N. del A.).

[88] También manifestamos ciertas reservas respecto de la separación entre la física y las demás ciencias en función del orden numérico. Otras matemáticas, otras formas de experimentación y otros maqumismos también son posibles (N. del A.).

manera, el maqumismo experimental de la física teórica ha generado las condiciones de expansión de la física matemática, así como también es muy probable que el maqumismo informático vaya contaminando cada vez más y más el desarrollo de las matemáticas «puras». Todo parece indicar un cambio de orientación tanto de las matemáticas como de la física, que se yuxtapondrían a la *máquina teórico-experimental.* Lejos de emprender una axiomati- zación radical de la física, se tiende, por el contrario, a relativizar la *axiomatización de las matemáticas.*

Un ordenador producirá tantas axiomatizaciones posibles como se quiera para cada teoría; un auténtico *flujo axiomático*[89]. Las matemáticas no tienen nada que ver con una armonía semiótica universal pura, puesto que han resultado ser tan ma- quínicas como la física, sólo que se han quedado algo desfasadas desde el punto de vista del maqumismo técnico. El teorema de Gódel ha servido como estandarte al cuestionamiento de la omnipotencia de la axiomática[90]. Así que no se trata de limitar las diversas tentativas de axiomatización matemática a una axiomática de orden superior (o superaxiomática). Lo que afirmamos es más bien que todos los maqumismos parciales convergen en un mismo plan de consistencia que no puede ser totalizado, axiomatizado, que no puede ser representado, sino que se encuentra en un proceso infinito de destotalización, desterritorialización y desaxiomatización. En este plan de consistencia es donde las matemáticas van a «encontrarse»

---

[89] En mi opinión, no hay nada que justifique la posición de Ruyer cuando niega *a priori* la posibilidad de un expansionismo ilimitado de la cibernética (N. del A.).

[90]« ...El teorema de Gódel asegura que dentro de cualquier teoría basada en un número finito de axiomas para permitir una construcción aritmética siempre será posible encontrar una proposición irresoluble...». (Daniel Warusfel, *Dictionnaire raisonné des mathématiques: des mathématiques classiques á la mathématique modeme,* París, Seuil, 1966). Si añadimos esta proposición paradójica como axioma suplementario, entonces obtendremos otra teoría en la cual surgirá a su vez una nueva proposición irresoluble. Se excluye que «un número finito de axiomas sea suficiente para crear una matemática universal en la que no solamente se cumpliría el principio del tercero excluido (según el cual «P» no puede ser cierto y falso a la vez) sino que además implicaría que toda proposición fuera o bien verdadera o bien falsa. Siempre habrá teoremas que son indemostrables porque carecen de respuesta» (Warusfel, op.cit. p. 257) (N. del A.).

con el resto de las ciencias.

La consistencia maquínica no responde a la alternativa de la consistencia matemática delimitada por el teorema de Gódel. Por una parte, para ella una conexión maquínica puede ser a la vez *actual* y *no actual.* El tiempo maquínico codifica la contradicción, el observador de la contradicción tiene su propio tiempo maquínico, por lo que la conexión misma está emplazada bajo un régimen de relatividad general de las conjunciones. Pero, por otro lado, nada puede escapársele. Las máquinas padecen de *horror vacui,* no soportan la carencia, la negación, el estrato referencial exclusivo. Pero su verdadero problema no es ése. La cuestión que plantean es la de la conexión o falta de conexión, sin condición previa de ningún tipo, sin tener que rendir cuentas a una tercera instancia. Ahí es donde se origina la plusvalía del código. El abejorro que se posa en la orquídea está inserto en la cadena genética de la flor; el evento singular pasa a formar parte directamente de la cadena del código hasta que aparezca otro acontecimiento maquínico que articule una nueva temporaliza- ción, una nueva conjunción.

El tercero excluido está aquí excluido en cuanto principio. El plan de consistencia es la única referencia última, pero no puede adscribírsele ninguna delimitación, ninguna carencia. El plan de consistencia es el cuerpo sin órganos de toda axiomática. No constituye el ser total del maqumismo, sino que representa la imposibilidad de clausurar, de totalizar la expansión maquínica.

Tras la oposición entre lo que todavía no ha sido bien axiomatizado —la física— y lo que sí —las matemáticas— se perfila el orden de lo radicalmente «no axiomatizable»: la multiplicidad maquínica. La axiomática depende de la *estructura* de la representación; el flujo axiomático depende de la *producción* maquínica. ¿Podemos, en tales condiciones, considerar que la física mantiene una relación privilegiada con un orden que definiría la verdad de lo real?

El objeto del complejo físico-matemático no es físico; tampoco

depende de la naturaleza de lo físico o de lo físico como naturaleza. *El maqumismo articula la física y las matemáticas; maneja por igual el «signo» y la «partícula»*. La partícula está marcada por una cadena de signos. Los físicos «inventan» partículas que antes no existían en «la naturaleza». La naturaleza ya no es anterior a la máquina. La máquina fabrica una segunda naturaleza y, para producirla, la perfila y la moldea mediante los signos (proceso diagramático).

Por tanto, no encontraremos primacía alguna de lo epistemológico ni en las matemáticas ni en la física. Podríamos suponer que incluso en los niveles más desterritorializados se da una dependencia del signo. Aunque es cierto que el signo matemático ha podido verse afectado por la desterritorialización propia de la experimentación física, también lo es, en revancha, que la desterritorialización del signo es lo que *capitaliza* la totalidad del proceso, generalizando sus efectos y proyectando la plusvalía del código sobre el conjunto de las regiones codificadas. Incluso en los casos en que parece que es la física la que dirige el movimiento, los focos maquínicos siguen perteneciendo a la máquina matemática. Y esto sucederá más cuanto mayor sea su compromiso con la tecnología informática, hasta llegar al punto de resignarse a no significar otra cosa que sus propias articulaciones maquí- nicas.

¡Y, sin embargo, tales partículas existen de verdad! Existen lejos, en otras galaxias, por ejemplo; así que su agenciamiento no depende del conjunto de las matemáticas y la física. No han sido inventadas, como haría un artista. Pero las galaxias también se convierten en agentes colectivos de producción al realizar el «montaje» de partículas, de estructuras materiales, biológicas, etc. No se trata aquí de oponer la naturaleza a la creación, sino de asimilarla a las máquinas creadoras. Las galaxias también constituyen agentes colectivos, si no de la enunciación, al menos sí de la producción.

Hay un aspecto de los asuntos terrestres que resulta algo particular, y es que la producción se duplica en la transcripción; el

agenciamiento colectivo transductor de la naturaleza se deja desbordar y redoblar por un agenciamiento colectivo de enunciación en el que la desterritorialización del signo desempeña un papel crucial. El signo es el doble de la partícula, la sobrepasa en cuanto a capacidad desterritorializadora, aportando un suplemento a su capacidad de «multiplicitarse».

La desterritorialización que atraviesa el complejo formado por las matemáticas y la física necesita de los sabios, pero también requiere muchas otras cosas: la totalidad de la sociedad política, los flujos de catexis, los ejércitos, etc. La desterritorialización se produce mediante el signo pero también mediante la naturaleza. No obstante, su instrumento privilegiado, la punta de lanza maquínica se encuentra en el terreno del signo. Podemos aproximamos al punto-signo de este complejo desde dos ángulos:

- en cuanto *signo:* agente de desterritorialización;
- en cuanto que *punto* físico, punto de repetición del flujo físico residual que sirve como foco de antiproducción.

Aquí ya no hay ninguna función representativa del signo, ninguna aplicación, sino un aspecto productivo y un aspecto antiproductivo del punto-signo. La cesura entre la representación matemática y la producción física pone de manifiesto lo que podríamos llamar un Edipo científico. Con la llegada de la escritura, la máquina fonológica pasa a un segundo plano. Al aparecer los primeros maqumismos informáticos y sus derivados audiovisuales, puede que también la máquina de escritura tradicional esté a punto de desintegrarse.

Volvamos a la enunciación individuada. Ésta no puede deshacerse de sus coordenadas espacio-temporales, sexuales, segregativas, etc. Y, sin embargo, el momento de inercia en el corte subjetivo no puede ser expulsado por las buenas del orden de la representación.

Así pues, ¿qué es lo que permite a la máquina de signos «apre-

hender» y gobernar un flujo de partículas? Es una capacidad particular de desterritorialización del ser humano que lo convierte en apto para producir signos «por nada». No los crea de la nada, de lo negativo, sino mediante el juego de los signos en sí mismo, por el puro placer de jugar. La intervención humana aporta una mutación consistente en que:

- la máquina semiótica oral produce un numen por nada;
- la máquina de escritura manejada por escribas perversos funciona por nada (como en los poemas egipcios).

El arte y la religión son dos agenciamientos de producción de signos que al final acaban por producir signos de potencia, puntos-signos capaces de producir un doble de la partícula en el espacio de la desterritorialización. La geomancia, la invocación del chamán, son ya signos de potencia; comienzan, desde el primer momento, a importar los signos de la potencia a la naturaleza, de una escisión esquizo que puede hacer realidad los sueños más descabellados mediante plusvalías de código sucesivas. Primero hay que soñar con una transmutación alquímica. Antes de desterritoiializar los signos matemáticos y las partículas físicas hay que desear. Es la simplificación dualista de la ciencia edípica capitalista, que tiende a esterilizar la ciencia a medida que va expandiéndose (la división entre la investigación, la producción, la tecnología, la enseñanza, el arte, la economía, etc.). Es la combinación de tres elementos: la máquina militar, el Estado y la ciencia, lo que permite encuadrar a esta última y delimita su alcance.

Habría que distinguir, por lo tanto, la *enunciación individuada edípica* (que sigue la línea de la biunivocidad, del objeto completo y de la aplicación representativa), de la *enunciación individuada esquizo* (que, por el contrario, lleva su potencia y sus catexis desterritorializadoras a todos los rincones del universo). El efecto físico no necesita ser «mentalizado», sino codificado y maquinado. Leer, comprender, interpretar, equivale a impotenciar. El signo tiene que renunciar a la nostalgia de las semióticas orales para transmutarse en

punto-signo maquínico, para decantarse sin dudas por el *phylum* maquínico.

El corte esquizo, que articula las cadenas desterritorializadas de los agenciamientos colectivos de la enunciación constitutivos de la máquina científica contemporánea, no es reductible a la suma de las intervenciones de los individuos. Es transindividual. El sabio esquizo produce individualmente signos desterritoriali- zados que son adyacentes al maqumismo. La punta maquínica es aquí el deseo, o mejor dicho la locura del sabio. El deseo se ha hecho signo de potencia al yuxtaponerse al maqumismo. El agenciamiento colectivo de la enunciación que conecta entre sí las cosas y las personas no invalida los «valores humanos». Lo que constituye la superpotenda de la máquina científica es el carácter de superhumanidad que el deseo transmite al corazón del ser. El deseo entendido como producción de signos desterri- torializados —superpartículas capaces de hacer estallar, de «mul- tiplicitar» las partículas «naturales», que de alguna forma se ven obligadas a ponerse a la defensiva— es un ddotrón más potente que los que usan los físicos.

La desmaterializadón de la naturaleza, las transmutaciones y las nuevas formas de producdón dependen de la potencia de te- rritorialización del deseo. La intensidad del deseo es más fuerte que las intensidades desterritorializadoras de las otras regiones naturales. No hablamos del deseo en sí, del deseo que produce ensoñadones, sino del deseo que está inscrito en los complejos maquínicos.

El carácter de presencia para sí, de condencia de la enunda- ción individuada, ¿proviene de la antiproducción?

Para esto hay dos respuestas posibles:

- sí, si se trata de la clásica simplificadón personológica, fami- liarista, centrada en el yo: el *cogito* cartesiano;
- no, si se considera que la máquina de conciencia es algo que anida en el signo y lo vacía desde dentro, cargándolo con una potencia desconocida, permitiéndole adherirse a cualquier cosa a una veloddad superior a la de la luz. Puede que el taquión sea una

partícula elemental de desterritorializadón que pertenece a la vez a la física y a los agendamientos semióticos. ¡O puede que el propio pensamiento desterritorializador sea lo que constituye una forma de antimateria!

La *nadificación*[91] de los fenomenólogos de la intencionalidad no recurre a una substancia que sería algo así como una Gran Nada, sino al poder omnímodo de un complejo de desterrito- rialización potencialmente capaz de multiplicitar todo lo que alcanza. La presencia para sí, la conciencia adyacente a la máquina colectiva de la enunciación produce una mayor «carga» maquínica de desterritorialización, especie de antienergía, de antimateria semiótica.

De modo que el plan de consistencia es aquello que permite que el conjunto de las estratificaciones del *socius*, de las técnicas, etc., puedan ser atravesadas, investidas, cargadas, descargadas y transferidas. ¿Nos lleva eso de vuelta a un Saber absoluto como fin de la historia, a una racionalidad superior? No, puesto que no constituye un referente en términos absolutos. La tesis del plan de consistencia maquínica como término imposible de la historia se resume en el rechazo de toda forma totalizadora, de todo repliegue sobre un orden de la representación, un código o una axiomática. Dicha tesis establece positivamente la posibilidad de escapar a los estratos de la referencia, desmintiendo la consistencia de la representación.

La consistencia niega la ek-sistenda de un *ser* que codificaría la esencia de la historia. Lo que se afirma es la coherencia, la consistencia de un proceso que escapa a las invariantes y a las teologías racionales. Las multiplicidades intensivas no tienen que

---

[91] El término filosófico *néantissation*, propio de la obra de autores como Heidegger o Sartre, presenta derta complejidad a la hora de ser traduado. Lo habitual es recurrir a palabras como «nihilización» o «anonadamiento», pero aquí hemos optado por una traducdón más literal para no desviar al lector de su sentido, que no coinade con la mera negadón: la nadificación no se limita a negar el ser, sino que pone de manifiesto el surgimiento de la nada en el mundo junto con el ser, en el trasfondo del ser (N. del T.).

ver con la razón ni con el caos, ni con ninguna significadón escatológica. El *phylum* maquínico atraviesa toda existencia que se encuentre en los estratos espacio-temporales de la enunciación individuada. El ser en sí, el ser como unidad, como esencia de lo mismo, es el resultado de la contingencia de una enunciación impotenciada.

Las conjunciones diagramáticas constituyen el motor de la desterritorialización. Ellas son las que dan origen al *phylum* maquínico. Los modos de subjetivación desvinculados de toda forma de producción aparecen cuando la representación se nivela con las síntesis disyuntivas excluyentes. El tiempo, la presencia para sí, no está unido al *cogito* individual. La conjunción de proceso de desterritorialización es el acontecimiento, el sentido, la emergencia de una mutación maquínica. Hay tantos tiempos coexistiendo como máquinas activas. El ser consciente humano no es otra cosa que la manifestación de una intensidad máxima en la conjunción de los procesos de desterritorialización, el punto caliente de la desterritorialización, el punto en que el signo empieza a corroerse, se curva sobre sí mismo y se abre a una escritura en contacto directo con lo real.

La finalidad de la historia no radica en un maqumismo ciego, sino en la finalidad del deseo, incluso del deseo más consciente, del deseo del superhombre que ha conquistado el dominio del para-sí. La soledad, la meditación, la contemplación deseante llevada a su extremo, la pérdida de la individuación en beneficio de los agenciamientos cósmicos, conducen a la conjunción paradójica entre una hipersubjetivación individuada del deseo (Beckett, etc.) y el abandono radical del sujeto a los agenciamientos colectivos, donde el hombre se encuentra yuxtapuesto al *phylum* maquínico.

El capitalismo se esfuerza por interiorizar el límite-ilimitado del plan de consistencia. Organiza los órganos, los objetos completos, las coordenadas; en suma, una subjetividad individuada. Lo que impide al cuerpo sin órganos urstaático abolir el plan de consistencia

en una segmentación indefinida es el despegue del *phylum* maquínico. Mientras que la protomáquina militar devora ciudades e incluso a sus propios combatientes, el *phylum* maquínico sobrevive.

En 1944 Alemania quedó arrasada, pero lo que quedó de la máquina semiótica alemana todavía sigue formando parte del *phylum* maquínico y está reconstruyendo una máquina aún más poderosa. La perspectiva revolucionaria se encuentra marcada por un doble movimiento contradictorio: por una parte, una exacerbación del despotismo significante del *Urstaat* y de la individuación edípica; por la otra, un desbordamiento masivo por parte de la subjetividad maquínica.

Los vietnamitas, por ejemplo, han sido capaces de codificar con mayor rapidez que los GI[39] los progresos maquínicos del armamento «clásico». Han conseguido desbaratar incluso la potencia de las armas atómicas mediante una estrategia que combinaba la política con la acción militar (incluyendo ciertos elementos de la política interna norteamericana).

¿Qué es, en resumen, el plan de consistencia?

No es algo eterno, porque está fuera del tiempo y del espacio. Es la pura intensidad de la desterritorializadón. El principio de intensidad da pie a la posibilidad actual de una conjunción de los procesos de desterritorializadón. Los puntos-signo del plan de consistenda están todavía más desterritorializados que los taquiones más enloquecidos. Constituye el lugar del sentido maquínico.

Detrás de los estratos físicos, detrás de los estratos de enunciación colectiva —protomáquina militar, máquina religiosa, semiótica oral, máquina burocrática de escritura, etc.—, no hay ya una ley, una axiomática totalizadora, sino un *phylum* que señala la irreversibilidad de las mutaciones maquínicas. La consistencia maquínica es la conquista de los puntos de conjunción entre

[39] Expresión usada para designar a los soldados estadounidenses en la Guerra de Vietnam (N.delT.).

procesos de desterritorialización, la síntesis que no puede realizarse

en ninguna parte, el punto de fuga, la garantía de que las multiplicidades maquínicas no pueden ser extinguidas.

El arte como culminación de la emancipación de las máquinas de signos conforma el horizonte de una emancipación de las ciencias. Del mismo modo que en una etapa anterior la religión fue el horizonte del *phylum* maquínico de la protomáquina militar, nuestra época se caracteriza por una transformación radical que es inherente a una pérdida suplementaria de substancia por parte del signo: el tránsito de la máquina de escritura a la escritura maquínica, el paso del significante semiótico a lo figural maquínico.

Hay que volver a examinar la dicotomía entre el yo y el sujeto, que normalmente se da por supuesta. Tras el espesor del yo se escondería un sujeto puro, una pura transparencia subjetiva que los lacanianos convertirán en el sujeto del inconsciente, pura articulación significante.

Pero ¿acaso no es el *sujeto* una forma de ser *otro* distinto de sí mismo? Aquí, el sí mismo no sería más que el resultado de las intensidades; es el cuerpo sin órganos de las intensidades. El sujeto de la enunciación es un yo (*moi-je)*[92] que forma un bloque de alteridad sobre el que van a estrellarse las intensidades. El enigma del *otro*, el misterio de la incomunicabilidad, son quimeras. El fenómeno de la subjetivadón produce a la vez al sujeto *y* al otro, de una sola pieza. Pero el sujeto en sí no es menos otro que el otro. En un cierto sentido, puede que lo sea aún más. Al menos al otro se lo puede circunscribir, pero el sujeto es inabarcable, nunca se lo acaba de aprehender, porque se adhiere a todas las cosas.

La dualidad impotenciadora sujeto-otro se inclina hada una significancia vacía; esa forma del para-otro que llamamos el para-sí se constituye como un bloque de alteridad en el propio seno de la

[92] El castellano no permite la distinción entre un yo-sujeto *(jé)* y un yo-objeto (tmri) como el francés. Esta distinción es fundamental en el pensamiento lacaniano cuya influencia en este texto es patente: el je es el yo que se expresa, y el *moi es* el yo del que se habla. Marcaremos la distinción cuando corresponda mediante paréntesis (N. del T.).

conciencia. Por lo tanto, ya no tenemos por un lado al sujeto y, por el otro lado, al otro y a la condenda. Desde el primer momento aparece ya como un todo en la economía significante que impotencia las intensidades; o por lo menos en el caso de la *individuación de la enunciación* y del régimen de las sustancias significantes dobles (contenido-expresión), o, si se pre-
fiere, del régimen de una doble substancia, de la dualidad impotenciadora que hace replegarse la desterritorialización sobre sí misma. Con los *agenciamientos* de la enunciación, la conciencia permanecía ciertamente separada del sistema sujeto-otro. Seguramente fuese menos intensiva, menos masoca, mientras que el sujeto era más colectivo. Y, lo que es más, el otro estaba sin duda menos delimitado por el sujeto. Una especie de transitividad sujeto-otro investía entonces todo el campo de la territorialización en su conjunto. Este desajuste era una consecuencia de que la economía de las semiologías simbólicas haya evitado volver a centrarse en la pareja desterritorializadora noesis-noema, que es constitutiva del proceso de formación de la conciencia [*conscien- tisation]*.

La doble articulación significante extrae de todos los elementos simbólicos el formalismo más diferenciado. La conciencia consiste de alguna manera en capitalizar todos los sistemas de reducción formalizada de las intensidades. Toda la potencia intensiva se encuentra consagrada a su propia impotenciación. Pero existen conciencias de todo tipo, tantas como formas de subjetividad y de alteridad. Por ejemplo: la conciencia del sueño, la conciencia del inconsciente que deja pasar las prohibiciones, confunde las coordenadas espacio-temporales y juega a hacer malabares con las sinestesias... O, por el contrario, la conciencia moral que fija su mirada culpabilizadora en un objeto preciso, las redundancias significativas, las redundancias del contenido del orden dominante,

que se apoyan en la máquina figural significante. La inminencia del sujeto y la trascendencia del otro son las dos caras de un mismo sistema de impotenciación y de ilusión. Por supuesto, siempre se trata de tener conciencia *de* algo... Pero ese algo no se plantea sino para ser evitado; la subjetividad le vuelve la espalda a fin de afirmar la hegemonía de la impotenciación. Todas las semiologías y todas las semióticas están centradas en un punto de impotenciación (punto de interpretación, punto de fuga del conjunto de las perspectivas paradigmáticas). La conciencia siempre es una llamada al otro. ¡Pero también existen infinitos grados de alteridad! Otro tanto sucede con la conciencia. Así atravesamos distintos niveles que llevan desde una alteridad débil, que se manifiesta durante el sueño o en el delirio, al ideal de una alteridad absoluta que toma cuerpo a través de la culpa de una conciencia moral cuya emergencia es correlativa a la de los flujos decodificados. La conciencia es el cuerpo sin órganos de todos los puntos de desterritoria- lización, el cuerpo sin órganos de la impotenciación. Para llegar a instaurarse, la conciencia «moderna» ha tenido que hacer traducibles, reducir, parcelar, formalizar y jerarquizar las substancias expresivas de las semiologías simbólicas, focalizándolas en el *agujero negro* de la impotenciación significante. La virulencia de las partículas asignificantes emitidas por este agujero negro dependerá del grado de focalización de todos los componentes de la impotenciación. Cada partícula es portadora de una especie de carga de nadificación. El vacío de la conciencia se transforma en la pérdida de inercia positiva del signo, que estará entonces capacitado para funcionar dentro del proceso de diagramatización. ¡Poco importa que los signos asignificantes hayan sido engendrados en medio de enormes esfuerzos y dolores de conciencia! Ahora mismo lo único importante es que los sistemas de inscripción hayan alcanzado una velocidad de des- territorialización, una capacidad de disociación que les permita duplicar, simular, catalizar los procesos de desterritorialización de los flujos materiales, de tal manera que la

potencia de la desterritorialización material venga a combinarse con la superpo- tencia de las desterritorializaciones maquínicas signo-partícula.

REDUNDANCIAS INTENSIVAS Y REDUNDANCIAS EXPRESIVAS (NOTAS)

Hay que distinguir las redundancias intensivas de las redundancias expresivas. Las redundancias intensivas funcionan mediante un modo de codificación intrínseco, sin recurrir a estratos de expresión específicos y, por lo tanto, permanecen prisioneras de las *estratificaciones de la codificación.* Por ejemplo: la estratificación intrínseca del campo de las partículas nucleares, de la organización atómica, molecular, química, biológica, etc. Cada una de esas formas de codificación, de reproducción, de mantenimiento y de interacción está fuertemente vinculada al estrato correspondiente. Entre los distintos estratos no hay relaciones expresivas, de concordancia, de interpretación, de referencia, etc., sino que permanecen indiferentes los unos a los otros. La transición de un estrato energético a un estrato material sólo podría realizarse mediante la *plusvalía de código,* una suerte de proliferación y entrecruzamiento de códigos, que respeta, no obstante, la autonomía de los estratos y no altera su delicada estructura. Los estratos acumulados van formando una especie de substrato. Es la teoría de las sopas: antes de la vida, una sopa biológica, y después de la sopa biológica, una sopa fisicoquímica, etc. Se trata, en efecto, de un proceso inagotable de codificación de la máquina semiótica. Las máquinas abstractas son prisioneras de los estratos.

Sólo sería posible pasar directamente de un estrato a otro si se pusieran en funcionamiento las máquinas semióticas específicas autonomizadas. En tal caso, no se trataría de una plusvalía de código, sino de una *transcodificación.* La máquina semiótica empleará un procedimiento de desterritorializadón absoluta susceptible de atravesar todas las estratificaciones. Semejante máquina semiótica

daría comienzo a su propio proceso de autonomización por medio de la máquina de reproducción biològica. En efecto, ésta prepara la especialización de ima máquina de lectura que allana las intensidades, que las exprime-expresa[93] (igual que se exprime el zumo de una fruta). La máquina de expresión genética implica que una línea de codificación se separe del resto para servir como molde para la copia. Así es como queda instalado un sistema de doble articulación: a partir de una línea de codificación desterritorializada, es decir, una línea que se separa lo más posible de la segunda y tercera dimensiones[94], una línea que se adhiere a las intensidades, que las diagramatiza.

Únicamente si logramos discernir esta línea podremos leer y transcribir un proceso complejo de forma diacrònica. El procedimiento de la copia en cristalografía, por ejemplo, ya no recurre a este sistema de alineación del código. Un cristal con tres dimensiones o una solución en proceso de cristalización sólo pueden «descifrar» la organización de otro cristal desde el exterior; lo único que sabe hacer es adaptarse a él, dejándose modelar. A diferencia de las cadenas de ADN y de ARN, un cristal está demasiado territorializado para poder acceder al nivel de las máquinas abstractas que gobiernan el proceso de desterritoria- lización físico-química. Pero no por ello la cadena genética deja de ser prisionera de otra forma de estratificación: el estrato del organismo. Aunque en menor medida, lo mismo sucede con la desterritoriahzación de los agenciamientos de la enunciación, como sucede en las sociedades primitivas. En estas sociedades da comienzo el juego de sistemas de transcodificación, si bien todavía no se trata de una forma de

[93] En este caso, Guattari hace un juego de palabras intraducibie basado en la homonimia del vetbo *exprima-* que puede significar «expresar» o «exprimir» (N. del T.).

[94] Las posiciones relativas de la dimensión temporal probablemente nos permitirían comprender la diferencia entre el código genético y el código lingüístico. Mientras que los tiempos de reproducción de las relaciones biunívocas son más estrictos y más rigurosos en la máquina genética, las formas o las estructuras del lenguaje, por el contrario, introducen un cierto desajuste entre la organización de los enunciados y la de los códigos (N. del A.).

transcodificación relativa y multicéntrica. Esta preocupación por lo multicéntrico traduce una especie de rechazo hacia la «gangrena» desterritorializado- ra. Dicho rechazo puede manifestarse por medio del sistema de encuadramiento maquínico (por ejemplo, las sociedades tradicionales trataban de limitar la expansión de la metalurgia, la escritura, etc., al emplearlas exclusivamente como útiles especializados). Sólo al llegar a término el proceso de degradación de las semiologías significantes coincidiendo con la emergencia del complejo de enunciación maquínico, comenzarán a hacerse operativas las líneas de diagramatización y los agendamientos colectivos sodo-materiales, de los cuales surgirán las máquinas de signos capaces de ejercer su poder sobre las estratificadones. La desterritorializadón de los signos implica —en física matemática, en informática, etc.— una espede de sublinealidad del signo. Podríamos induso preguntarnos si, en este caso, se trata todavía de un signo como tal. Hemos dejado el terreno de la expresión polívoca presignificante, en la que se mezdan gestos, palabras y danzas, o induso el de las semiologías recodificadas por el significante, y también hemos abandonado la esfera post-significante de las letras y los signos axiomatizados de la cienda y el arte, para optar por la vía tangencial que supone la expresión directa de los maqumismos abstractos. La distinción entre signo y partícula se vuelve cada vez menos clara; la diagramatización repudia toda forma de dominadón de los flujos materiales e, inversamente, las intensidades reales toman la voz cantante al incorporarse a la vía de máquinas que sólo conllevan un mínimo de inercia semio- lógica. Las teorías, los teóricos y los complejos económico-experimentales constituyen un circuito de substancias expresivas asignificantes que puede manifestar, sin mediación representativa, sus desterritorializaciones espacio-temporales.

A ese nivel, la distinción entre las distintas regiones científicas, por ejemplo, entre la astrofísica y la microfisica, ha dejado de tener sentido. Nos encontramos en presencia de un mismo universo de

máquinas abstractas que trabajan a la escala de las galaxias y a la de las partículas (véanse las teorías sobre el primer segundo de la expansión del universo). Y así la propia noción de escala cae bajo los envites del principio de relatividad, y si existen mundos extraterrestres semejantes al mundo de los humanos, hay tantas probabilidades de encontrarlos buscando en otras galaxias como en el mundo de la microfisica. ¡Pero eso no nos ayudaría en absoluto a comunicarnos con ellos! La existencia de máquinas semióticas, por lo tanto, corresponde a un estado intermedio del proceso de desterritorialización. «Antes» del signo, y por debajo de él, las máquinas abstractas están aprisionadas en la estatificación. «Después» del signo —con los complejos maquínicos asignificantes— salimos del registro semióti- co, para pasar a la inscripción directa de las máquinas abstractas sobre el plan de consistencia. «Antes» del signo está la redundancia hecha de pura información estratificada. «Después» del signo está la información desestratificada, la diagramatización desestratificante; es decir, un principio de transformación que refuerza las desterritorializaciones relativas y abre las estratificaciones intensivas apoyándose en la potencia de desterritorialización de las máquinas de signos. Entre los dos, están las semiologías de la redundancia significativa; o dicho de otro modo, todos los sistemas que contribuyen a la impotenciación de los procesos de desterritorialización intensivos. Al haberse derrumbado, uno tras otro, los códigos estratificados psicoquímicos, biológicos, ecológicos, etc., han facilitado en cierta medida los procesos de desterritorialización. Los estratos ya no están cerrados herméticamente los unos a los otros; entre ellos pasan los flujos de *desterritorialización intensiva.* Los sistemas de doble articulación de las redundancias suponen una tentativa de bloqueo absoluto. Pero el único resultado obtenido ha sido una *desterritorialización relativa*, una estratificación de la expresión que acabará por desviarse de su objetivo esencial, que era mantener controlada la creatividad potencial de las máquinas asignificantes (máquinas militares,

máquinas tecnológicas, máquinas de escritura, máquinas de signos monetarios, de signos científicos, etc.)- Después de derrumbarse los diques de la desterritoiialización «natural», caerán los de la desterritoiialización semiológica «artificial». Esto representa el fracaso para cualquier intento de dotar a las cosas de una naturaleza representativa basada en el mundo mental y los universos ficticios, como otras tantas formas de atrincherarse para resistir a la aceleración del proceso de desterritorialización.

La teoría de la información ha tratado de cubrirse las espaldas en esta cuestión de las semiologías de la significación definiendo las redundancias significativas en función de su relación inversa con la cantidad de información; pero esto no es más que un conflicto semiológico secundario. Lo cierto es que la transferencia de información depende de un proceso diagramático sin relación directa con las redundancias significativas propias de la «comprensión» humana. «Antes» del significante, la redundancia y la información coincidían en un proceso de diagramación [sic] intrínseco. «Después» del significante, la diagramatización desencadenó un proceso de transcodificación ilimitado. Sin embargo, entre los dos, la estratificación semiológica significante conserva un rol esencial: los residuos del proceso significante se acumulan en la misma medida que los de los otros estratos de código. Las líneas de interpretancia, con su jerarquía de contenidos, y las líneas de significancia, con su proliferación controlada, devienen una especie de material de base para el desarrollo de las máquinas de signos asignificantes. Los desechos del significante, las figuras expresivas, los agenciamientos prediagramáti- cos, son elementos esenciales para la ingeniería de aceleradores de signos-partículas cuya potencia desterritorializadora puede chocar con los estratos de codificación.

El ordenamiento del mundo viviente representaba ya un comienzo en la creación de este tipo de acelerador. Los organismos multicelulares siguen siendo, a un cierto nivel, como colonias,

manadas de organismos unicelulares que por una parte viven de un sistema de intracodificación y, por la otra, de uno de transcodificación. Pero este último, aunque está limitado por la necesidad de mantener estos códigos intrínsecos, se abre a las distintas estratificaciones intensivas cósmicas, para exprimirlas y reformularlas. Según esto, podríamos pensar que representa la escisión de la primera máquina semiótica asignificante; pero, evidentemente, tendremos que establecer una distinción radical entre esta máquina biológica y las máquinas asignificantes de los agenciamientos colectivos de la enunciación. Todavía no podemos considerarla una máquina de signos. El signo significante y el signo asignificante dependen de otros dos tipos muy particulares de máquina: primero, de esa especie de acelerador de la desterritorialización que la lleva al absoluto para impotenciarla, y, después, de las «fábricas de tratamiento semiótico» que producen esta desterritorialización absoluta en términos cuánticos. Sería absurdo plantear la hipótesis de que un mismo sistema de signos pueda atravesar al mismo tiempo todos los campos, el ámbito físico-químico, biológico, humano y maquí- nico. Únicamente las partículas asignificantes, que están en la tangente de las máquinas abstractas, son capaces de semejante hazaña. Sus condiciones de producción son muy particulares, puesto que dependen de que se efectúen agenciamientos ma- quínicos sin pretensiones de universalidad. Los signos de la semiología, así como los de prácticamente todas las semióticas, constituyen estratos exactamente igual que los demás. Asimismo, igual que hay estratos de partículas elementales, de elementos físicos, químicos, biológicos, etc., hay también estratos semióticos y estratos de maqumismos asignificantes que ponen en funcionamiento partículas cuánticas o *cuanta* de desterritorialización absoluta a distintos niveles. Si los signos permanecen así localizados en los estratos particulares, las máquinas abstractas, por el contrario, se encuentran implicadas en todos los estratos.

La desterritorialización se encuentra o bien encuadrada (ya sea en la «naturaleza» o en las máquinas semióticas binarias, en las que se la conjura a través del sistema consciencia-pensamiento), o bien liberada por las máquinas asignificantes de los agenciamientos colectivos de la enunciación. Al transitar de un estrato a otro, las máquinas abstractas asumen un grado mayor o menor de actualización y de potencia. Este grado de liberación se corresponde con el grado de intensidad de la desterritorialización'[13]. Es como si existiera «desde el principio» una desterritorialización lenta, encajada, inserta en códigos intrínsecos, y luego una desterritorialización acelerada, según un modelo de dientes de sierra. A cada pico de desterritorialización le corresponde la emisión de una máquina abstracta, seguida de una reestratificación. En el paso de un estrato a otro, el coeficiente de aceleración de la desterritorialización no hace más que aumentar. Las máquinas abstractas llevan la aceleración de la desterritorialización intensiva hasta un punto tal que hace que los estratos se co- lapsen. Cuando se llega al punto de explosión, significa que se ha atravesado un umbral, una especie de «muro de desterritorialización absoluta». Si la desterritorialización rebota contra este umbral, seguimos en un régimen de impotenciación semiológi- ca (sistema conciencia-significado); si lo franquea, entonces hemos pasado al régimen de las líneas de fuga de signos-partículas, asignificantes (agenciamientos colectivos de enunciación).

[45] Aquí habría que distinguir dos tipos de intensidades, las intensidades diferenciales entre estratos y la intensidad absoluta del cuerpo completo sin óiganos. La intensidad absoluta manifiesta a la vez toda la potencia de la desterritorialización, considerada en sí misma, y toda su impotencia en el momento en que la desterritorialización semiológica se desprende del sistema significante-consciencia (N. del A.).

Cualquier pronombre puede ser sustituido por él; el él subyace a toda pronominalidad, ya sea personal, demostrativa, posesiva,

relativa, interrogativa o indefinida; tanto si concierne a los pronombres, a los verbos o a los adjetivos. El él constituye la articulación potencial de encadenamientos de expresiones cuyos contenidos están relativamente menos formalizados y que, debido a ello, son los más susceptibles de dejarse reorganizar en función de una gran variedad de circunstancias; él no representa a un sujeto, él diagramatiza un agenciamiento. Él no recodifica los enunciados, no los trasciende como harían las distintas formas del sujeto de la enunciación; él evita que caigan bajo la tiranía de las constelaciones semiológicas que no tienen otra función que la de sugerir la presencia de un proceso trascendente de la enunciación. *Él* es la matriz semiológica asignificante de los enunciados —el sujeto del enunciado por excelencia— mientras que éstos logran liberarse del régimen de las formas de significación personales y sexuales dominantes, entrando en conjunción con los agenciamientos maquínicos de la enunciación.

Siempre puede darse por supuesto que haya un *yo* (*moi-je*) escondido detrás de cada función pronominal. El supuesto sujeto enunciador externo al lenguaje tiene entonces que imprimir su marca en el discurso; esta marca es lo que llamamos el sujeto de la enunciación. Un flujo de pura subjetividad que trasciende los enunciados y los trata de acuerdo con las normas económicas y sociales dominantes. Esta operación comienza por una fisura en el él; el descubrimiento simulado de que el él albergaba un *yo-pienso,* un *yo (moi-je).* Un sujeto de la enunciación se infiltra entre los eslabones de la expresión. Una redundancia vacía, una redundancia de segundo grado, duplica todas las redundancias expresivas. La expresión fónica deja de remitir, por ejemplo, a la expresión gestual, postural, ritual, sexual, etc. Antes de todo eso tiene que volverse hacia sí misma, separarse de la producción

deseante colectiva y organizarse a partir de los estratos semiológicos, segmentarios y jerarquizados. La escisión del *yo* (*moi- je)* es el momento fundacional de los sistemas de articulaciones recíprocas —doble articulación— entre las redundancias del contenido y las de la expresión significante. Los flujos materiales y semióticos se pliegan a un mundo mental constituido por una populación de representaciones mentales impotenciadas; las intensidades empiezan a deformarse como consecuencia de un fenómeno de «eco»; las conexiones maquínicas se disuelven; los enunciados ya no se refieren a nada que sea externo a ellos mismos o a la formalización de los enunciados dominantes. El signo ya no puede conectarse directamente con el referente, debe recurrir a la mediación de la máquina significante. El signo tendrá siempre que hacer referencia a las semiologías de las máquinas de poder con sus coordenadas sintagmáticas y paradigmáticas particulares para podec. producir un efecto de cualquier tipo sobre lo real. Para llegar a constituir la semiología del orden dominante, la función de subjetivación individúa, separa y articula dos estratos semióticos: un estrato fónico y otro escritural. Mientras que la plurivocidad de la palabra «primitiva» quedó aplastada bajo el formalismo despótico de la máquina escritural —máquina del poder inseparable de la fijación territorial de una máquina militar nómada—, el conjunto de las máquinas «primitivas» de escritura acabaría por depender de una única máquina de inscripción: la máquina significante de doble articulación. La letra castra la voz mediante la operación fonemàtica, y la voz mutila a su vez las potencialidades diagramáticas de los sistemas de archi-escritura mediante la operación monemática. Las intensidades deseantes seguirán dependiendo de un mundo de representaciones mentales organizado en torno a un sujeto ficticio que extrae su potencia de la impotenciación que ejerce sobre ella. Esta forma de semiología ya no implica una transcodificación directa —por lo que tampoco produce una plusvalía de código— de una semiótica a otra. Por

ejemplo, las semiologías «de la analogía», como se las llama, dependen de las semiologías significantes de doble articulación. Lo mismo sucederá con el conjunto de las semióticas perceptivas presignificantes, estéticas, amorosas, económicas, etc. La pretensión de hegemonía de las semiologías significantes es ilimitada; se extiende a todas las formas de codificación, ya sean asemióticas («naturales») o asignifi- cantes (maquínicas [sic] artificiales); poco a poco, el *splitting* de la enunciación contamina y recodifica todos los eslabones de la cadena semiótica. La expresión en su totalidad está llena de oquedades producidas por la pura reflexividad al desplegar sus mundos imaginarios a partir de sistemas de formalización de contenidos impotentes enfocados tanto hacia los flujos materiales «naturales» como hacia los flujos maquínicos artificiales. La instauración de la subjetivación significante conduce al él a una triangulación personológica que es en sí misma el resultado de la repetición en serie de esta primera fisura del *yo* (*moi-je*).

Los medios empleados por los agenciamientos de subjetivación individuada van a volverse en su contra. A una cierta escala, a la escala del individuo y la persona, habían logrado impotenciar el deseo en su relación con los flujos materiales —con las desterritorializaciones intensivas—, pero fueron incapaces de impedir que la fuga semiótica molecular y subhuma- na —la de las figuras asignificantes de la expresión— activase una nueva máquina de deseo con una escala y con una potencia completamente distintas. La desterritoiialización brutal y absoluta que ha fragmentado el deseo en sujeto y objeto, no ha sido capaz, a pesar de su carácter absoluto, de abolirse a sí misma en el goce paroxístico de una conciencia maquínica que hubiera conseguido realmente romper todas las amarras territoriales (y sin embargo, una conciencia sin amarras como ésta puede encontrarse en ciertas manifestaciones extremas de procesos asociados a la esquizofrenia, a la droga, al trance, etc.). A partir de ese momento, dichos residuos territoriales

van a reorganizarse en forma de partículas asignificantes, las cuales servirán como material de base para las máquinas semióticas asignificantes, fuera del alcance de los intentos de impotenciación de la conciencia reflexiva. Los cartesianos tenían razón en un sentido: el *cogito* escapa de manera radical al sistema de coordenadas espacio-temporales y substanciales de la representación. Pero el *cogito* no deja por ello de ser una ficción, una máquina-ficción. El proceso de desarrollo de la conciencia conduce al deseo a un punto tal de exceso, de desterritorialización irrefrenable, de desvinculación de todo referente, que ya no puede adherirse a nada y tiene que producir todo tipo de mediaciones para no ser aniquilado dentro de su propia nada. Ni siquiera podemos hablar aquí de una oposición binaria entre el ser y la nada, o del paso de todo a nada, ya que la conciencia es a la vez todo *y* nada. La potencia del deseo, llevada a ese punto de incandescencia de la nada, se consume en sí misma, como una especie de agujero negro de desterritorialización.

Desde ese momento se abren dos perspectivas: la del ascetismo y la castración, o bien la de una nueva economía de la desterritorialización, con sus máquinas de signos superpotentes capaces de conectarse directamente con los códigos asemióti- cos. Estas máquinas de signos de alguna manera son capaces de captar la desterritorialización absoluta de la conciencia representativa para ponerla al servicio de agenciamientos maquínicos artificiales, los flujos de figuras asignificantes vehiculados por estos agenciamientos, que se convierten en portadores de esta desterritorialización absoluta bajo una nueva forma cuántica.

Prefiero sustituir la oposición demasiado masiva propuesta por Lacan entre la realidad y *lo* real por una alternativa inspirada en la terminología de Hjelmslev, que plantea la distinción entre:

- una *realidad dominante* dividida en estratos por las distintas substancias semiológicas del contenido y la expresión;
- y las *materias intensivas* «no semióticamente formadas»; lo

cual hay que decir que para Hjelmslev no implica en ningún caso que no puedan haber sido «científicamente formadas»[45].

A partir de ahí, podríamos distinguir diferentes tipos de desterritorializaciones:

- una *desterritorialización absoluta,* ya sea en forma global con la máquina de consciencia, o bien en forma cuántica con las máquinas asignificantes;
- una *desterritorialización intensiva* al nivel de los flujos materiales;
- una *desterritorialización relativa* al nivel de las semiologías significantes y de las semióticas mixtas significantes-asignifican- tes, cuyo objetivo es garantizar el control de los efectos de desterritorialización por medio de estratos semióticos que dependen de la máquina significante.

A estas tres formas de codificación les corresponden tres ritmos de desterritorialización:

- una *desterritorialización lenta,* que actúa por craqueado, mediante el desbordamiento de los estratos que se han ido acumulando previamente. Pero el tiempo como coeficiente de desterritorialización, se acelera con cada ruptura (en realidad aquí tendríamos que hablar de interacciones espacio-tiempo). En ese punto se ha vuelto imposible sobrepasar la acumulación de conjuntos heterogéneos, la estratificación de sistemas de codificación, o al menos de todo lo que se resiste a los procesos de traductibilidad desde el interior de esos sistemas. Los distintos coeficientes de desterritorialización crean campos relativos de desterritorialización que producen por sí mismos una desterritorialización intensiva. La «sopa semiológica» acelera de algún modo y simultáneamente bloquea la «sopa ecológico-etológico-bioló- gica», al tiempo que esta última disimula, sin llegar a destruirla, la «sopa físico-química», etc. Las intensidades relativas continúan

[4S] Véase Louis TroUe Hjelmslev, *Essais [linguistiques*], París, Minuit, 1971, p. 58. Trad.cast.: *Ensayos lingüísticos,* Madrid, Gredos, 1987 (N. del A.).

dependiendo de un tipo de código estratificado (señales, figuras, índices, sin exaltación de ningún plano semiótico específico, por ejemplo: el estrés nervioso o los «mensajes» hormonales). No hay traducibilidad posible entre un estrato y otro. Lo que hay son plusvalías de código sin significancia; y todas las potencialidades de diagramatización se ralentizan al máximo;

- una *desterritorialización absoluta* que constituiría el correlato de una impotenciación absoluta con el régimen de los signos significantes;
- una *desterritorialización de superpotencia*, con los agencia- mientos maquínicos de la enunciación, una especie de acelerador de signos-partículas que captan, bajo formas cuánticas, la desterritorialización absoluta con el fin de desestratificar las máquinas del plan de expresión significante y las del plan de codificación de contenidos.

No sabemos cómo sortear la paradoja de una desterritorialización absoluta que ha sido tratada por medio de *quanta* discretos en los eslabones semióticos sin renunciar a explicar la capacidad de intervención de las máquinas de signos científicos, económicos, artísticos, etc., sobre los códigos intrínsecos a los agenciamientos materiales. La existencia de esta desterritorialización absoluta en la economía de los signos asignificantes se pone de manifiesto por dos de sus consecuencias:

- por el tránsito directo entre los flujos de signos y los flujos materiales en el proceso de diagramatización (el paso de una desterritorialización absoluta y cuántica a la desterritorialización intensiva de los flujos);
- y por el hecho de que los agendamientos asemióticos, por un lado, y los agendamientos asignificantes, por el otro, no pueden ser descompuestos de un modo binario. Es imposible reducirlos a unidades mínimas digitalizadas sin caer en la ilusión del estructuralismo. Es derto que siempre podrá traducirse cualquier proceso físico-químico, biológico, conductual o económico en los términos

de una lógica matemática que sea redudble a sistemas de oposiciones binarias y a una sintaxis axiomática. Pero por esta vía nunca conseguiremos explicar el fundonamiento real de los agendamientos diagramáticos de estos procesos, su capacidad de desterritorializadón o su inserdón dentro del *phylum* maquínico y de las mutadones abstractas que provocan en el plan de consis- tenda. Un signo-partícula diagramático es portador de un *quantum*[46] de desterritorializadón absoluta que lo pone siempre por encima de los procesos de desterritorializadón intensiva de los flujos materiales a los cuales va unido. El agendamiento de signos diagramáticos duplica la desterritorializadón real, ejecutando una danza muda e inmóvil sobre el plan de consistenda, lejos de toda manifestación maquínica en el tiempo, el espacio y las substancias expresivas. Es como si este inmenso despegue de la conciencia dentro del propio movimiento de su impotencia hubiera hecho estallar su capacidad de desterritorializadón y se hubiera hundido en un agujero negro desde el cual van a emitirse a partir de entonces flujos de un tipo completamente nuevo: las mil puntas aceradas de la desterritorializadón de los signos-partículas. Una superpotencia maquínica surge del deseo humano impotenciado. Los agenciamientos desterritorializados y los sujetos individuados de la enunciación seguirán consumiéndose en este absoluto global de la desterritorializadón, y en la amenaza permanente del hundimiento de la representación, que

[44] En física cuántica, los términos *quantum, cuanto* o *cuantió* denotan tanto el valor mínimo que puede tomar una determinada magnitud en un sistema físico como la mínima variación posible de este parámetro al pasar de un estado discreto a otro (N de los E.).

tratan de conjurar recurriendo a los dioses, por ejemplo. Tratarán de domesticar los maqumismos abstractos, pero sin conseguir impedir que, a una escala molecular, los *quanta* de potencial que han sido liberados de esta forma lleguen a entrar en contacto directo con los códigos naturales, económicos, sociales, etc.

Frente a la amenaza de este ascenso de los flujos moleculares nómadas, la máquina significante se ve impelida a redoblar sus defensas, multiplicando sus intentos de impotenciación. Para la subjetividad significante moderna ya no es suficiente con enfrentarse a dobles imaginarios, fantasmas o deidades benevolentes perfectamente adecuados al espacio de la representación, como era el caso en las economías presignificantes de las sociedades primitivas. Los mecanismos de clausura y los sistemas de reterritorialización colectivos están bloqueados. Por un movimiento de doble torsión, la subjetividad individuada se repliega sobre sí misma como reacción a esos flujos semióticos moleculares. Una forma de ver y entender a escala microscópica hace que todos los estratos de significancia se concentren en un punto ideal de subjetivación significante. A la subjetividad ya no le basta con nadificar el mundo de manera global, tiene que controlar cada eslabón semiótico atrapándolo en la pinza de la doble articulación formada por los planos del contenido y la expresión. Tendrá entonces que sintactizar, morfologizar, jerarquizar y axiomati- zar los enunciados, procedan de donde procedan (pensemos en las estructuras profundas de Chomsky). Todos los índices de desterritorialización intensiva serán reprimidos por el sistema de desterritorialización relativa de las redundancias semióticas. Una máquina asignificante que hubiera sido «liberada» —como en el caso del sistema bancario del triángulo Venecia-Génova-Pisa en el Renacimiento— seguiría estando regulada por una máquina de doble articulación que limitaría sus efectos, ajustándolos, cuando fuera necesario, al sistema de contenidos propio de una sociedad oligárquica. En el plano económico, las potencialidades

diagramáticas de esta misma máquina de signos monetaria estarían todavía encuadradas dentro de sistemas de significación sucesivos: los del capitalismo comercial, industrial, bancario, oligopólico, etc. Aunque hasta el presente no ha dejado de inclinarse sistemáticamente del lado de las reterritorializaciones capitalistas, aromatizadas a partir de la alienación del deseo y de la apropiación individuada de la plusvalía, no hay razones para pensar que la máquina bancaria —indudablemente más elaborada y más sofisticada— no podría también ponerse al servicio de otro sistema completamente distinto. En concreto, sería posible imaginar que una ordenación económica centralizada en tomo al deseo o, dicho de otra forma, sobre una optimización de la desterritorialización, pudiera sustentarse en máquinas de signos que serían, como poco, igual de sutiles que las del sistema bursátil, el cual ya es mucho más sutil que las distintas versiones actuales del planismo[95].

Los sistemas de doble articulación expresión-contenido no son exclusivos de la semiología del lenguaje; de hecho, podemos encontrarlos de una forma u otra, en un grado mayor o menor, allí donde las máquinas de signos cumplen una función diagramática: máquina militar, máquina tecnológica, musical, amorosa, etc.

En cualquier caso, la oposición entre semiologías significantes despóticas y semióticas asignificantes que proponemos aquí sigue siendo demasiado esquemática. En realidad, lo que hay son semióticas mixtas que forman parte de las dos en grados distintos. Una semiología significante siempre se encuentra bajo el control de una máquina de signos y, a la inversa, toda máquina de signos asignificantes siempre está siendo manipula

---

[95] Teoría económica desarrollada en los años treinta que trataba de corregir los efectos perversos de la economía de mercado mediante una estricta planificación. Esta teoría, introducida por Henri de Man, tuvo gran impacto en ámbitos socialistas y sindicalistas, pero también entre los fascistas y los democrístianos (N. del T.).

da por una semiología significante. Pero no deja de resultar útil ser capaz de distinguir las polaridades que definen dichos elementos, a saber: la semiología significante en cuanto ideal para- no-fascista y las semióticas asignificantes en cuanto ideal de dia- gramatización esquizo-revolucionaria que deja atrás al sistema de signos para adentrarse en el plan de consistencia de los signos-partículas. Desde el interior de las semióticas mixtas, los sistemas de redundancia de contenido se encuentran en manos de una forma de organización de la expresión que está sometida a las significaciones dominantes vehiculadas por el lenguaje tal y como se habla, tal y como *debe* hablarse. Todas las des- territorializaciones intensivas son atraídas hacia los estratos jerarquizados de las desterritorializaciones relativas (residuos de la máquina de desterritorialización absoluta). Sean del tipo que sean, las manifestaciones del sinsentido, la creatividad o la locura deberían ser puestas en relación con esas estructuras centrales de la recodificación. Todos los sistemas de formaliza- ción de contenidos sustituirán a los de los poderes dominantes a través de la redundancia subjetiva, que les sirve de canal; todas las instancias del poder marcarán el contenido de los enunciados, así como su expresión. Es imposible determinar qué va primero en esta misión de captura de flujos, si la redundancia paradigmática, conectada con los formalismos del poder, o la redundancia sintagmática, material a partir del cual se construye la máquina significante. La doble articulación está en el origen mismo del repliegue de la desterritorialización absoluta sobre la desterritorialización relativa de las semióticas mixtas.

Así, este segundo momento de desterritorialización absoluta que estamos tratando de actualizar es todo lo contrario de una operación dialéctica; sólo emplea su omnipotencia para bloquear los procesos de desterritorialización. La desterritorialización absoluta representa a la vez un muro y un agujero negro para las desterritorializaciones intensivas, puesto que posee

capacidad para la apertura y la superpotencia, y al mismo tiempo tiene capacidad de clausura y de impotenciación. Para mantener separados la expresión y el contenido, perpetúa la máquina de impotenciación significante: por un lado, hace funcionar los signos de acuerdo con una economía parcialmente asignificante, y por el otro, se asegura el control del sistema axiomatizándo- lo, alienándolo desde unos polos de significación inmutables. El flujo de la subjetividad vacía se desarrolla en detrimento de la verdadera libertad de acción de las máquinas de figuras asignifi- cantes. Se trata siempre de una bbertad para nada, la libertad de un sujeto vado, la libertad de la impotenda.

Por supuesto, este vacío del sujeto no se deja al azar, sino que ha sido cuidadosamente preparado en la escala de las reladones de poder: ¡todo el mundo se encuentra incómodo, todos se sienten vacíos e impotentes, pero cada uno debe quedarse en el sitio que se le ha asignado! El flujo de subjetividad vacía, resultado de la máquina significante capitalista, se solidifica en puntos fijos alrededor de los cuales giran los escapes nómadas del deseo. Eso es lo que pasa con la función pronominal de la que hablábamos al principio: los agenciamientos colectivos de la enunciación que se manifiestan en el él son distribuidos por dicha función sobre cuadrículas superpuestas. Por tanto, él depende de la oposición entre las distintas personas, en función de:

- el eje de la intersubjetividad: *yo-tú, nosotros-vosotros;*
- la separación entre lo sexuado y lo asexuado, mediante el *se,* el *eso,* etc.;
- la división sexual: él-ella, ellos-ellas;
- el reparto de las constelaciones subjetivas más allá y más acá del triángulo formado por las personas *yo-tú-él, nosotros-vosotros-ellos.* Tomemos en consideración, por ejemplo, el infinitivo *ir-hacia,* que también podría escribirse él-ir-hacia, convirtiéndolo en la expresión diagramática de una multiplicidad. Él-ir-hacia es el distintivo de una máquina abstracta que puede manifestarse con

independencia de toda atribución subjetiva. Ya se trate de una persona, un ejército, una pulga, un objeto, una máquina, un afecto o una idea, él se aplica a todas las modalidades del *ir-hacia,* y él conserva su carácter maquínico en la función del infinitivo. A este nivel no hay ni puede haber un yo (*moi-je*), ese yo que está implícito en el *yo, tú, él, se, nosotros,* etc. La función *yo (moi- je),* aplicada al *ir-hada,* organizará su enunciado según el sistema de redundancias semiológicas al que hacíamos referencia más arriba: la pareja emisor-receptor, el sexo, el singular y el plural, etc. De este modo, el cuerpo pleno sin órganos del *ir-hacia* va a desconectarse del plan de consistencia. Se volverá autónomo bajo la forma de un «objeto mental» compuesto por dos elementos: una intencionalidad vacía y un cuerpo significante canceroso, una «buena disposición» subjetiva y una maleabilidad de la expresión a prueba de todo.

El maqumismo abstracto desaparece ante el universo impotente de la representación y ante una forma de subjetivación que, en lo sucesivo, va a «carecer» de lo real. Esto no significa de ninguna manera que lo real vaya a desaparecer de escena. Por el contrario, su «carencia» tiene una connotación activa, en el sentido de que se le está inyectando esa carencia sin cesar. La máquina expresión-contenido de la relación moneda-mercancía de las semióticas mixtas de la economía capitalista, por ejemplo, contaminará todas las territorialidades con una axiomática propia. Al no tener otro recurso expresivo, las multiplicidades intensivas de la producción económica y social *deberán* pasar por tales sistemas de doble redundancia expresión-contenido, y el cuerpo pleno sin órganos de las intensidades será desagregado por el sistema de control de la significancia y de la subjetivación. El cuerpo sin órganos consigue sobrevivir, en mejores o peores condiciones, gracias a que se encuentra en una oscilación permanente entre el vado y el cáncer. Las intensidades serán abandonadas a la organizadón, a la jerarquía, a la bipolaridad, a la equivalenda y a la traducibilidad de los valores dominantes. El cuerpo sin órganos del *ir-hacia* pasa así a estar por

completo del lado de la organización lógico-sexual de un orden social específico. Mientras que la lógica del él permitía dejar abiertas todas las posibilidades de articulación entre los flujos prepersonales y todo tipo de contextos institucionales y políticos, la lógica del sujeto de la enunciación conduce a una reversibilidad, a una equivalencia, a una traducibilidad pronominal compatible con los flujos capitalistas, a partir de una rejilla formada por oposiciones excluyentes: in- ter-intrasubjetivo, sexuado-no sexuado, masculino-femenino y triangular-extratriangular. Hemos pasado de una *lógica material* —propia de las máquinas abstractas y correlativa a la irrupción del proceso de desterritorialización— a una *lógica axiomatizada,* que sólo retiene entre sus redes de significación aquello que conviene al mantenimiento del orden social dominante.

Todo lo que estamos diciendo aquí sobre la axiomatiza- dón represiva operada por las semiologías significantes con la función pronominal no es más que un ejemplo. Encontramos exactamente el mismo tipo de procedimiento presidiendo la totalidad de la organización sintáctica, morfemática, semántica, connotativa, retórica y poética del lenguaje. Todos los sistemas de estratos, todos los sistemas de doble articulación estratificada, incluidos los de las semióticas mixtas, coinciden en esta tarea de parcelación —nosotros decimos «semiologización»— de las multiplicidades. El objetivo es siempre el mismo: el flujo dia- gramático del él de los enunciados tiene que ser transformado en un flujo subjetivo del *yo* (*moi-je*), de tal manera que consiga particularizar, formalizar y substantificar cualquier situación, de modo que logre estratificar cada una de sus ramificaciones económicas, sexuales, estéticas, etc. Una subjetividad general, constitutiva de una realidad mental dominante, siempre atravesada por las intensidades reales, siempre culpable ante la ley, afectará a todos los modos de semiotización y siempre será percibida como algo exterior y atribuible a las funciones personológicas, por medio de un sistema de doble articulación semiológica. En términos cualitativos, todos los hombres serían en

principio iguales ante el flujo de esta subjetividad. Pero, en términos cuantitativos, cada uno recibe su parte en función del lugar que ocupa en la intersección de las diferentes formaciones de poder. Todos somos sujetos por derecho; si bien no siempre somos los sujetos *del* significante, al menos sí estamos sujetos *al* Saber, *al* Poder, *al* Dinero. Pero las distintas partes que componen este tipo de subjetividad son, de hecho, radicalmente desiguales entre sí, dependiendo de si se es niño, emigrante de un país subde- sarrollado, mujer, pobre, loco, etc. El él del enunciado actuaba mediante los *quanta* de desterritorializadón absoluta sobre las danzas arbitrarias de los signos-partículas, reforzando los procesos materiales intensivos. Con la economía del *yo (moi-je*), al contrario, el poder va a pasarse al lado de la desterritorializa- ción relativa; la desterritorializadón absoluta se convierte en el servidor de su propia impotenda por el juego de los sistemas de redundancias de la condencia, que produce sus efedos sobre los sistemas de oposiciones binarias exduyentes. Mientras que el él perfilaba semióticamente un agendamiento maquínico sin pronunciarse sobre el valor que habría que adjudicarle al *no-él*, la más mínima manifestación del yo (*moi-je*) estará sobredetermi- nada por el conjunto de las estratificaciones sociales, por el conjunto de las posiciones jerárquicas, de las relaciones de fuerza.

La producción de enunciados de los agenciamientos territoria- lizados gozaba ya de una cierta eficacia diagramática, un cierto influjo semiótico sobre las fuerzas materiales y sociales. Pero se trataba todavía de un diagramatismo controlado por el funcio- namiento del grupo territorial en su conjunto, el cual pretendía segmentarlo igual que haría con cualquier otro maqumismo susceptible de empezar a funcionar por cuenta propia. Con la individuación de la enunciación este diagramatismo tiende a diferenciarse y a especializarse; en lo que respecta a la lengua, va empobreciéndose y apagándose, pero en lo referente a las máquinas de signos, no hace más que desarrollarse y proliferar. Todo ello nos

conduce a establecer tres regiones semióticas:

1) la de las ciencias, las técnicas y la economía, constantemente modelada por máquinas diagramáticas que funcionan con enunciados matemáticos y algorítmicos;

2) la de los lenguajes del poder, los lenguajes burocráticos y religiosos, cuyo diagramatismo está completamente orientado hacia el control de las semiotizaciones residuales del deseo;

3) la de las lenguas habladas, que es el lugar donde se produce la composición de las distintas corrientes de desterritoriali- zación y de territorialización de los dos niveles anteriores. Así, el trabajo de depuración y de empobrecimiento que las lenguas territorializadas padecen bajo los flujos capitalistas tiende a desembocar en la aparición de dos especies bien diferenciadas de metalenguajes de «juicio» o de recodificación:

a) los metalenguajes algorítmicos, que articulan proposiciones en las que se emiten juicios de carácter científico, respaldados por una lógica formal y formalizadora cuya función es la de garantizar un cierto contenido de verdad «universal» a los enunciados que producen;

b) los metalenguajes burocráticos, que articulan las proposiciones del poder, cuya función también es la de imponer un cierto contenido de universalidad a los significados y a las formalizaciones que producen.

Así, puede considerarse que la verdad y el poder son formaciones que sustituyen a los cuerpos sin órganos de las semióticas territorializadas. La dominación sintáctica que ejercen las semióticas sobre la vertiente de la *praxis*, por un lado, y la semiotización producida por las máquinas de poder sobre la vertiente del *socius*, por el otro, aúnan esfuerzos para delimitar, concentrar y acelerar el diagramatismo de la antigua máquina territorial. Dichas

máquinas de formalización, capaces de modificar las estructuras existentes, están en manos de una formación de poder que domina la casta de los escribas. Pero una operación semejante sólo puede ser realizada en nombre de la universalidad del proceso derivado de ella —ése es el rol del monoteísmo desterritorializado, de la unidad de un poder trascendente— ciencia, racionalidad, legitimidad, etc. La verdad debe ser universal para que pueda ser aceptada y se interiorice la contingencia inherente a la formación del poder que controla las máquinas de signos responsables de la concatenación de las formalizaciones expresivas y de las formalizaciones de los contenidos dominantes. Pensar que los enunciados en cuanto tales pueden ser portadores de una formalización o de una especie de información universal, es lo mismo que inferir la existencia de un valor de intercambio universal a partir de la circulación de mercancías. La cesura entre los enunciados «superficiales» y las proposiciones de verdad de la lógica es el resultado de un método basado en la trascendentalización del significante al que son particularmente proclives los científicos; incluso constituye uno de los fundamentos en los que se basa su sistema de organización de casta; eso es lo que los distingue de los demás grupos. Hoy en día el depositario de los enunciados de verdad ya no es un déspota o una formación social despótica; tras los textos y bajo las relaciones de poder existe una verdad profunda inserta en el tejido lógico de las cadenas significantes. La verdad política ya no es sólo social, el valor del deseo o la arbitrariedad de los «descubrimientos» vienen acompañados de una verdad en sí. El lenguaje de la ciencia, igual que el del capitalismo, se considera a sí mismo como discurso en estado puro y único depositario de la potencia diagramatizadora que él pone en marcha. ¡Lo cierto es que el diagramatismo, por definición, no puede ser contenido en un estrato semiótico, porque siempre es transemiótico! La relación diagramática establecida entre un sistema de enunciados y un sistema maquínico material o social no depende de correspondencias u homologías formales. En este

caso, el diagramatismo emplea el *mismo* maquinismo interno —maqumismo abstracto de desterritorialización positiva— en el interior de los dos sistemas.

La negación de la existencia de proposiciones que trascienden los enunciados lingüísticos y los agenciamientos maquínicos no constituye más que una de las facetas de una negación más general que se aplica a toda ley formal universal. El diagramatismo pone en funcionamiento agenciamientos transemióticos más o menos desterritorializados, regímenes de signos, de códigos, de catálisis, etc., que permiten atravesar todo tipo de estratificaciones en función de modalidades específicas. En tales condiciones ya no puede plantearse el problema de una verdad en sí misma. Una proposición sólo puede ser cierta en relación con un cierto ámbito maquínico, y dejará de serlo cuando una máquina (material o semiótica) consiga modificar su forma de agenciamiento. Cuando pasa algo así, la verdad cambia. Ésta se detiene cuando las conexiones maquínicas se quedan bloqueadas. Por lo tanto, existen tantas lógicas —o tantas dimensiones de la verdad lógica— como tipos de agenciamiento. O, dicho de otra manera, la búsqueda de una lógica proposicional universal que presupon- ga la totalidad del discurso científico es ilusoria. Cada proposición que implique un juicio está vinculada a un tipo concreto de máquina de enunciación. Por eso aquí preferimos hablar de *proposiciones maquínicas.* Los enunciados lingüísticos no se contraponen a los valores derivados de verdades universales, sino a combinaciones singulares de proposiciones maquínicas (máquinas abstractas). La apreciación de los valores de verdad ha llevado a Meinong a tratar de superar la alternativa, demasiado simplista, entre la existencia y la no existencia: para él los objetos ideales subsisten (*bestehen*) pero no existen (*existieren*); además, propone una tercera manera de ser, la del *ausserseiend* del objeto puro situado «más allá del ser y del no ser», y luego una cuarta, así hasta la enésima forma;

todas ellas atribuibles al objeto por negaciones sucesivas[96]. Pero su lucha contra el «prejuicio en favor de lo real» no le hace caer en la ilusión de un *existente general* que transciende todas las manifestaciones contingentes. Nosotros, por el contrario, querríamos partir de la idea de que existen tantas formas de existencia como formas de agenciamiento, tantas como proposiciones maquínicas. Es absurdo preguntarse si el objeto de la intencionalidad tiene un referente real. Lo que está «detrás» de la semiotización perceptiva, etc., es una máquina abstracta que escapa a las coordenadas de la existencia (espacial, temporal y de la substancia expresiva). Dicho objeto, el núcleo de ese objeto, no puede ser ubicado en una especie de cielo de las representaciones. Está al mismo tiempo «en nuestra cabeza» y en las cosas. Escapa a todas las coordenadas. Su carácter de máquina desterritorializadora le permite pasar a través de las coordenadas lingüísticas y existenciales. No es ni un objeto mental ni un objeto material.

En tales condiciones, no hay ninguna razón para creer que existan diversos «grados» dentro de la existencia, o de la verdad. *Todo existe y todo es verdad:* el unicornio existe en un derto estrato de las proposiciones maquínicas definido en función de un derto tipo de agenciamiento de la enundadón, no menos de lo que el caballo o el dinosaurio existen en otros estratos distintos. El cuerpo sin órganos de la existencia, la existenda del objeto puro más allá del ser y del no ser no constituye una categoría universal e indiferenciada. Es el espacio donde tienen lugar todas las diferenciaciones maquínicas abstractas fuera de las coordenadas (plan de consistencia). Las multiplicidades intensivas, «antes» de ser definidas por las coordenadas de existenda de los distintos estratos, conforman una materia abstracta de pura diferenciación.

El funcionamiento de las máquinas no puede reducirse:

- ni a las articulaciones lógico-matemáticas;

[96] Léonard Linsky, *Le problème de la référence,* París, Seuil, 1974, p. 34 (N. del A.).

- ni a manifestaciones estáticas que habría que explorar a partir de una «ciencia» fenomenológica.

A la fenomenología se opone aquí lo *maquínico*, es decir, un sistema de agenciamiento de las proposidones maquínicas que no pueden ser reducidas ni a enundados lógico-matemáticos ni a regiones fenomenológicas.

Las proposiciones maquínicas no pueden ser jerarquizadas. No comienzan por lo simple para acabar en lo complejo. En sus componentes más elementales encontramos algo complejo y sus entidades molares fundonan perfectamente de un modo elemental. Lo maquínico no descansa sobre universales, no postula ninguna ley trascendente. No intenta fundar una lógica ma- quínica, sino que trata solamente de captar el fundonamiento de *phylums* y rizomas. Al no poder ser separadas de los estratos en los que se manifiestan, las proposidones maquínicas nunca cesan de atravesarlos, formando así líneas de fuga altamente di- ferendadas (líneas de desterritorializadón positiva). Éstas, por el contrario, servirán como base para su adaptadón a coordenadas espadotemporales y sustandales (coordenadas de des- territorialización negativa). *Las proposiciones maquínicas no son «simplijicables», «reductibles», como sí los son las fórmulas matemáticas o los enunciados lógicos.* Pero cuando no son reabsorbidas por un agujero negro de desterritorialización positiva y tampoco se organizan de una forma extraestática como una red de líneas de fuga, se acumulan en bloques residuales que servirán como materiales de base para la distribución de los estratos, como si fueran ladrillos en un muro. De esta manera pasamos de un sistema integrado por *quanta* de virtualidad, transportados por las líneas de fuga, a una manipostería de estratos en que las líneas se organizan en correspondencia unas con otras por medio de un sistema de articulaciones múltiples. En el primer caso, la virtualidad, que está en constante oscilación por una amenaza de aniquilación de tipo «agujero negro», aparece como garante de las posibilidades de apertura y remodelación que comporta la línea de

fuga; mientras que, en el segundo caso, los *quanta* son reorganizados formando bloques (infinitos-limitados-discontinuos) en los sistemas de articulación entre estratos. La discontinuidad de los estratos sustituye el régimen intensivo cuántico (finito-con- tiguo-continuo-ilimitado[49]). Por tanto, habría que contemplar una doble estratificación: una estratificación molar y visible del tipo que se da en la materia, la vida, la máquina de signos, etc., y una estratificación molecular transversal que capta la energía de desterritorialización y le hace dar vueltas sobre sí misma para no dejar que huya y genere un efecto de agujero negro. Siendo así, la totalidad de los procesos de desterritorialización —absolutos, relativos, etc.— tendrá que adaptarse de una manera u otra a los estados de estratificación de las proposiciones maquínicas, sin que haya nada capaz de hacer que los flujos dejen de estar estratificados del modo en que lo están, de manera que habría —para compensar el maqumismo abstracto— un «hecho consumado»,

[49] Véase Gilíes Deleuze y Félix Guattari, *Kafka, pour une littérature mineure,* París, Minuit, 1975. Trad. cast.: *Kafka, poruña literatura menor,* México DF, Era, 1999 (N. del A.).

una contingencia del *phylum* maquínico que vamos a examinar más adelante junto con la función de las máquinas concretas. En última instancia, al nivel de los agenciamientos maquínicos puestos en acto, la distinción entre máquina abstracta y estratificación desaparece: es como si la desterritorialización positiva del maqumismo abstracto y la desterritorialización negativa de las articulaciones entre estratos se neutralizasen mutuamente sin que nunca podamos llegar a hablar de una «síntesis dialéctica».

DESTERRITORIALIZACIÓN POSITIVA, DESTERRITORIALIZACIÓN NEGATIVA

La desterritorialización, considerada sólo en su relación con las líneas de fuga, «independientemente» de los estratos, tiene una doble

naturaleza, positiva y negativa.

La desterritorialización positiva se corresponde con un efecto de puro agujero negro, a una ausencia o a una abolición de coordenadas —la línea de fuga se distingue precisamente por su ausencia de coordenadas, igual que lo característico de la línea de abolición es su desterritorialización—, pero esta distinción evidencia la imposibilidad de analizar la desterritorialización positiva fuera de los estratos; en efecto, la línea de abolición incluye los estratos, y la línea de fuga es siempre una línea de evitación de estratos. Al contrario de esta desterritorialización intrínseca, la desterritorialización negativa es diferencial, constitutiva de los sistemas de coordenadas y las substancias expresivas. La desterritorialización positiva construye, a partir de las mutaciones de su sistema cuántico, *una* realidad maquínica abstracta, una realidad singular que no responde ante nadie, mientras que la desterritorialización negativa constituye *la* realidad concreta de los estratos a partir de los sistemas de conexión, de interacción, de codificación, de reproducción, etc.

Pero esta oposición nos parece todavía demasiado categórica. De hecho, la desterritorialización positiva interviene a diversos niveles en la formación de las proposiciones de coordenadas y de substancias. Hay una desterritorialización positiva del espacio a nivel astrofísico y particular, donde el tiempo a escala humana representa un proceso de desterritorialización positivo. Lo que sucede es que nosotros nunca interactuamos directamente con ese tiempo y ese espacio en su estado originario, sino a través de las máquinas expresivas que tratan las materias intensivas, que operan su substanciación a través de actividades de semiotiza- ción subjetivadora y estratificadora (máquinas concretas de semióticas simbólicas, máquinas significantes, maqumismo de poder, etc.).

He aquí un resumen sumario de algunas de las proposiciones maquínicas:

a) flujos;

b) estratos;
c) conjunto objeto-especie.

A. Proposición de flujo

Proposición 1: la desterritorialización positiva Es posible encontrarla en estado puro en el *agujero negro.* Pero es uno de los componentes básicos de las proposiciones de flujo intensivo (línea de fuga y línea de abolición). A decir verdad, la desterritorialización positiva «todavía» no es una proposición.

Pero tampoco es una antiproposición; existe antes y después de toda proposicionalidad.

Proposición 2: las máquinas de posicionalidad Ponen de manifiesto la imposibilidad de los agujeros negros en cuanto proposición de existencia. La desterritorialización positiva no puede existir fuera de las proposiciones maquínicas que la negativizan. El primer agenciamiento proposicional que reúne estos dos tipos de desterritorialización forma *el flujo extensivo.* En el ámbito de los sistemas estáticos, las máquinas de posicio- nalidad se especificarán ulteriormente en proposiciones de interacción, de cristalización, de catálisis, de molde, de reproducción, de efecto diagramático, etc.

Proposición 0 o - 1 : los flujos intensivos

Paradoja antidialéctica, esta proposición debería presentarse antes de las que abarcan las desterritorializaciones, aunque sólo puede existir en asociación con máquinas de proposicio- nalidad extensivas. Los flujos intensivos constituyen la vía de negociación de la desterritorialización positiva en las otras proposiciones.

Proposición 3: las máquinas abstractas

Constituyen el modo de organización cuántica propio de la

desterritorialización positiva de los flujos intensivos. La desterritorialización negativa de las proposiciones de posidonalidad (proposición 2) es así «re-positivada». La desterritorialización positiva se cuantifica y se aplica a los flujos y estratos en función de las fórmulas maquínicas que atraviesan y desbordan el sistema de las coordenadas y de las substancias. (Es evidente que no hay ninguna concatenación necesaria entre proposiciones, sino simplemente el agendamiento maquínico. De este modo, lo que en la proposidón 2 era determinadón por posidonalidad negativa —por ejemplo, determinadón por codificadón, por producción de carenda, por objetivación, por representadón, etc.—, es decir, todas las cosas que necesitan proposiciones estáticas «ulteriores», cede su lugar para permitir el regreso de una pura desterritorializadón positiva. No hay por tanto *Aufhebung* de ningún tipo; la proposidón 1, que está conectada con pro- posidones estáticas, fundona como una máquina abstracta de ruptura e innovadón sin conservar ninguna «ventaja» obtenida de la desterritorialización. Desde el punto de vista de la desterri- torializadón positiva, lo único que se obtiene son los residuos de las máquinas y los estratos).

Las máquinas también pueden ser definidas, aunque de forma mucho más «tardía» (proposición 17) como el resultado de la unión de varios procesos de desterritorialización positiva, lo cual implica la posibilidad y la autonomía de diversos procesos.

Proposición 4: naturaleza y velocidad de desterritorialización Es positiva y absoluta para los agujeros negros, cuántica para las líneas de fuga, negativa, continua y diferencial para las relaciones entre estratos, y nula para el cuerpo sin órganos de las estratificaciones. La velocidad de desterritorialización implica componentes preposicionales que, en una fenomenología dialéctica, no podrían intervenir sino «ulteriormente», es decir, determinaciones estráticas.

En efecto, la relación desterritorialización negativa - desterritorialización positiva modifica por completo su naturaleza y su velocidad dependiendo de los estratos dentro de los cuales funciona (estratos energéticos, biológicos, semióticos, etc.).

Hablaremos de velocidad positiva cuando un agendamiento se desterritorialice relativamente y de velocidad negativa cuando se reterritorialice relativamente. Es como si, en este último caso, la energía positiva girase sobre sí misma, como si el cuerpo sin órganos del estrato fundonase entonces como una suerte de *anti-agujero negro,* y el plan de consistencia fuera el espado de las desterritorializadones positivas potendales.

B. Proposición de estratos

Proposición 5: los nodos de intensidad

Constituyen los puntos de retorno, los puntos de osciladón entre proposidones de desterritorialización positiva y de desterritorialización negativa. Los nodos están en la «base» de los estratos, o más exactamente, del poder estratificador de las desterritorializaciones negativas en tanto que éstas obligan a las desterritorializaciones positivas a convertirse en enunciados de virtualidad abstracta[50].

Proposición 6: ¡as redundancias

Se trata de nodos de intensidad de segundo grado constitutivos de la propia textura de los estratos. Así, podemos distinguir tres niveles de estratificación:

a) el nivel molecular de los nodos de intensidad;

b) el nivel de la redundancia molar: organización intemodal que produce una entidad interestratificada cerrada sobre sí misma, anti-agujero negro; por ejemplo, las máquinas concretas del tipo de la máquina de rostridad;

c) el nivel de las lineas de desterritorializadón residual, que

servirán como coordenadas o como posibles conexiones, ya sea por un sistema de líneas de fuga o por un sistema de líneas de abolición.

Proposición 7: *las interacciones*

Son lo contrario de las redundancias. A partir de ellas, las estratificaciones de flujos podrán polarizarse hacia *zonas*, hacia un *campo, objeto, constelación*, etc.

La oposición redundancia-interacción representa, en el seno de la desterritorialización negativa estratificada, un incremento de la oposición del nivel A (proposición de flujo) entre la desterritorialización positiva y la desterritorialización negativa «en estado puro». Las proposiciones de interacción y de redundancia mantienen relaciones distintas según las distintas velocidades respectivas de desterritorialización.

[50] La virtualidad se convierte aquí en «secundaria» en relación con las proposiciones de estrato (N. del A.).

La interacción entre velocidades negativas de interacción y las velocidades negativas de redundancia corresponde a una forma «fría» de estratificación (por ejemplo, sociedad paleolítica).

La interacción de velocidades negativas de interacción y de velocidades positivas de redundancia produce líneas de abolición o líneas de retorno (por ejemplo, un rizoma fascista: mientras que las coordenadas económicas y materiales se «reifican», el cuerpo sin órganos del *socius* se desterritorializa positivamente, de manera que el conjunto se vacíe desde el interior).

La interacción de velocidades positivas de interacción y de velocidades negativas de redundancia produce líneas de fuga (por ejemplo, las sociedades capitalistas que se reterritorializan y se vuelven arcaicas a medida que se desterritorializan).

La interacción de velocidades positivas de interacción y de velocidades negativas de redundancia produce agenciamientos maquínicos que «sobrepasan» la oposición redundancia/interacción (sociedad revolucionaria que funcionaría a partir de flu- jos-

esquizo).

Más adelante (proposición 17) veremos que las máquinas abstractas también pueden ser definidas como sistemas de conjunción de flujos a velocidad positiva. La relación entre la máquina abstracta y el agenciamiento maquínico está determinada por la intervención «efectiva» de los estratos.

C. Proposiciones de conjunto, de objeto y de especie Proposición 8: las polarizaciones

Son el resultado del contraefecto de las proposiciones maquí- nicas de interacción sobre los sistemas de redundancia estratificada. Hablaremos de polarización cuando dentro de un agenciamiento dado coexistan velocidades de estratificación de signo contrario, en que la bipolarización no es más que un caso particular, la organización de zonas polarizadas que también pueden surgir a partir de un número «n» de umbrales de velocidad.

Proposición 9: los cortes

Efecto de la redundancia sobre los agenciamientos polarizados.

Proposición 10: los campos

Son resultado del contraefecto de las proposiciones de corte sobre los estratos polarizados.

Proposición 11: los conjuntos, los objetos y las especies Son resultado de la contraaplicación de una proposición de corte —de un corte de segundo grado— sobre los campos que, como consecuencia, pasan a ocupar una posición referencial[51]. Entonces, queda establecido un sistema de coordenadas particulares —estratificadas—; la doble articulación se objetiva y se especifica. Aquí volvemos a encontrarnos con un aspecto que ya habíamos mencionado al principio: el de los análisis de las distintas formas de codificación y de semiotización.

Proposición 12: los efectos

Constituyen el reverso de las proposiciones de objeto. De nuevo encontramos las mismas homologías entre:

1) la desterritorialización positiva y la desterritorialización negativa al nivel de los flujos;

2) las interacciones y las redundancias al nivel de los estratos.

Pero además encontramos aquí un factor de inercia, de estratificación de segundo grado. Los objetos, los conjuntos y las especies se reproducen por sí mismos a través de procesos de modelado, de catálisis, de cristalización, etc., mientras que las redundancias intrínsecas de estratos eran inseparables de las interacciones extrínsecas entre estratos. Los *efectos* estratifican un nuevo formalismo y aparece un nuevo principio de estratificación. Esta proposición de forma, de organismo, etc., tendrá de alguna forma un efecto retroactivo sobre el «origen» de los estratos.

[51] Máquinas concretas que establecen relaciones de tipo figura-fondo, órgano-organismo, etc. (N. del A.).

Proposición 13: los procesos

Se trata de efectos que implican una conexión con la línea de fuga de desterritorialización positiva.

Proposición 14: los códigos

Son resultado de la interacción de estratos cuyas velocidades de desterritorialización son negativas e implican los efectos de objetos y de conjuntos.

Proposición 15: las reproducciones codificadas Sistema de redundancia que conduce a la producción de especies que funcionan a partir de una desterritorialización negativa.

Proposición 16: los procesos diagramáticos

Son el resultado de la conjunción de la proposición de estratos y de las proposiciones de objetos con velocidades de desterritorialización

de signo contrario, bajo el dominio de las líneas de fuga positivas que conduce a la producción de objetos, de conjuntos o de especies con dos rasgos:

1) son reproductibles;

2) forman por sí mismos un estrato nuevo, más desterritorializado que los estratos de la composición original.

Aquí nos encontramos de nuevo con la paradoja del encadenamiento en forma de rizoma de las proposiciones: la reproducción diagramática parece, en efecto, depender de la reproducción codificada, cuando la primera es más «innovadora», más «creativa» que la última, puesto que las plusvalías de código siguen siendo tributarias de los estratos. Pero es necesario que haya proposiciones de estrato y de objeto para que la desterritorialización positiva de los procesos diagramáticos pueda desencadenar sus mutaciones semióticas en los agenciamien- tos maquínicos y viceversa. Señalemos además también puede encontrarse «un cierto diagramatismo» fuera de los códigos se- mióticos (mutaciones genéticas, etc.).

Proposición 17: las máquinas abstractas

Son resultado de la conjunción de *procesos* de desterritorialización positivos.

Así llegamos a la cuestión del doble origen de las máquinas abstractas:

- un origen «natural» al nivel de las proposiciones de flujo (n.° 3),
- y un origen «artificial», diagramático, al nivel de las proposiciones de objeto (n.° 16) lo que «implica» que están apuntaladas sobre la totalidad de los sistemas de estratificación.

En realidad, no hay ni un «antes» ni un «después»; las máquinas abstractas, como el diagramatismo, atraviesan por todas partes los sistemas de coordenadas, de estratos y de objetos.

¿Qué es lo que está funcionando en eso que hemos llamado rasgos

de rostridad, rasgos de paisajeidad, de corporeidad, etc.? ¿En qué reside el misterio de una mirada, de un objeto, de una calle, de un recuerdo? Todo lo que se ofrece ante nuestra mirada parece estar ocultando otra cosa. ¿Qué tipo de línea de fuga nos produce la impresión de que podrían realizarse encuentros increíbles, cuáles son esas potencialidades propias de un mundo distinto que funcionaría de acuerdo con otras coordenadas y con otros códigos? La intervención del recuerdo en la percepción debe ser sin duda un aspecto importante del trabajo de «misteri- zación». El recuerdo conjuga la desterritorialización y la reterri- torialización. Por una parte, selecciona ciertos elementos de la representación y, por otra parte, recompone un conjunto que se presenta como un único bloque, que ofrece un punto de apoyo, pero que, de hecho, es completamente subjetivo y que, en cierto sentido, ya no podrá escapar como se escapaba la realidad. Las líneas de fuga del recuerdo son siempre falsas líneas de fuga, simulacros de fuga, fugas con las que jugamos a asustarnos.

Algunos recuerdos adquieren un peso particular, asumen una función matricial, una función de organización de las formas de subjetivación; éstos son los que vamos a reagrupar bajo la rúbrica de los rasgos de rostridad, de animalidad, de corporeidad, etc. Lo cierto es que aquí el recuerdo ya no es en absoluto uno, porque funciona pegado a las cosas, puede que no debiéramos siquiera hablar de recuerdo, sino de un bloque: un bloque de infancia, a diferencia de un recuerdo de infancia, siempre es actual. Los rasgos de rostridad, la animalidad, etc., forman constelaciones o bloques que son como especies de máquinas de concreti- zar intensidades. Reagruparemos los distintos tipos de bloques bajo la rúbrica general de las máquinas concretas.

Estas máquinas concretas, o al menos las que funcionan desde el

registro de las semióticas simbólicas, tienen la función de producir una asociación entre dos tipos de redundancias:

1) Las redundancias de representación, que están en la base del semantismo icònico y de los paradigmas sintagmatizados de las semiologías significantes.

2) Las redundancias diagramáticas, que hacen que los elementos desterritorializados de las máquinas de signos trabajen directamente con lo real. Un ejemplo de redundancia diagra- mática son los planos, las descripciones físicas y matemáticas del avión Concorde: lo que retiene el registro semiótico son las articulaciones desterritorializadas de las distintas materias que componen el avión: aluminio, flujo eléctrico, flujos semióticos considerados bajo su aspecto material, etc. Pero un plano semejante sólo resulta interesante en tanto que sus propias articulaciones están lo suficientemente desterritorializadas y pueden ponerse en correspondencia con las articulaciones desterritorializadas de las materias expresivas. La diagramatización consiste en este paso, al nivel más desterritorializado posible, entre estos dos tipos de desterritorialización. Para que los extremos de la desterritorialización de los sistemas semióticos y de los sistemas materiales puedan llegar a unirse es necesario que los rasgos pertinentes de las materias expresivas empleadas —como si dijéramos, sus materiales básicos—, sean compatibles con la naturaleza de los rasgos articulatorios de desterritorialización del campo material. Hace falta que el plano de la expresión semiótica pueda «soportar» el tipo de consistencia maquínica del sistema material (o social) y que al mismo tiempo evite que salga disparado en todas direcciones. Tomemos un ejemplo muy simple: no se puede reproducir el perfil de una llave con cualquier material, hay que elegir un tipo de cera con unas cualidades particulares; si intentáramos hacer un molde con puré de patatas sería imposible retener y transferir la línea diagramática constitutiva de la llave. Si quisiéramos dibujar su contorno sobre un papel deberíamos utilizar

un pincel que no fuese demasiado grande, una tinta que no fuera demasiado fluida ni demasiado espesa; en resumen, habría que elegir materiales expresivos que fueran compatibles con los rasgos del maqumismo que se pretende transferir. De este modo, la redundancia diagramática depende, por un lado, de las articulaciones desterritorializadoras de los diferentes estratos materiales y semióticos que van a conectarse entre sí (el aluminio, el acero, la informática, las ecuaciones, etc.) y, por otro lado, de la capacidad de las materias expresivas para capitalizar o para maquinar, si podemos decirlo así, para organizar este sistema de conexión.

Lo que hemos llamado redundancias de representación no funciona a partir de este tipo de conjunciones diagramáticas, ni se hace en beneficio de un agenciamiento maquínico. Por ejemplo, una imagen o un retrato no organiza ninguna conjunción maquínica entre los elementos de desterritorialización del objeto denotado y del material expresivo, un retrato siempre añade algo a su modelo mientras que éste a su vez transforma los materiales en substancia expresiva. Es muy distinto lo que sucede, por ejemplo, con la imagen codificada por ordenador. Esta representación corresponde a una cifra que, desde el punto de vista «creativo», es absolutamente independiente de quien la ha programado; aquí todo lo que «destaca» está de más, el ideal de un diagrama como éste es que comporte la menor cantidad posible de inercia en el sentido de los medios expresivos y que transmita un mensaje reducido esencialmente a un código binario. En el diagramatismo, los residuos substanciales semánticos o significantes del objeto y del medio de expresión siempre están de más. El semantismo o la significancia no son tolerados, o sólo provisionalmente, y siempre se los intenta minimizar en las sucesivas etapas del progreso técnico y científico.

Las máquinas concretas de rostridad, de paisajeidad, etc., se sirven de los dos tipos de redundancias (redundancia de representación y redundancia de diagramatismo). Éstas precisan de semióticas mixtas, gestionando la negociación entre distintos

registros semióticos y materiales. Al nivel del plan de consistencia, esta negociación se hace posible (es posibilizada) por las máquinas abstractas; y, al nivel de los agenciamientos reales, es organizada por las máquinas concretas.- Igual que se dice que la conciencia representa la imposibilidad de una desterritorializa- ción absoluta, también definiremos ahora las máquinas abstractas por su capacidad para señalar la imposibilidad de una deste- rritorialización positiva cuántica[97]. Las máquinas abstractas no existen en una realidad trascendente, sino solamente al nivel de la posibilidad siempre abierta de su manifestación. Ellas constituyen la esencia de lo posible, un posible al que sólo le resulta imposible existir como substancia. Tampoco podemos afirmar la existencia de una substancia de la desterritorialización o un dualismo entre el ser y el devenir.

La rostridad como máquina concreta marca la imposibilidad de un devenir independiente del formalismo de los contenidos en el campo de la representación. Los contenidos no son nada fuera de las formaciones de poder, fuera de los operadores dia- gramáticos que funcionan en estratificaciones particulares. Los rasgos de rostridad manifiestan un micropoder real. Podríamos considerar incluso que en los sistemas capitalistas fundados en las estratificaciones significantes y las estratificaciones de la sub- jetivación no podría instaurarse ninguna forma de poder que no tuviera que ver con estas máquinas de rostridad. Un capitalista no posee el poder «en general», sino que controla un territorio dado o una fábrica dada en un país dado y, para cada uno de esos espacios, se apoya en un cierto número de esos convertidores de significación que son las máquinas concretas[98]. Los rasgos de rostridad dominantes —los de la madre,

---

[97] Igualmente podríamos definir la conciencia, de una forma un poco humorística, como el cuerpo sin órganos de las máquinas abstractas por oposición al plan de consistencia, que no puede ser definido ni como el conjunto de todos los conjuntos, ni como el cuerpo sin órganos del cuerpo sin óiganos (N. del A.).

[98] Los analizadores revolucionarios, en particular, tienden a detectar y neutralizar los efectos reterritorializadores de estas máquinas concretas, las cuales producen el apego a las jerarquías, a la

los del padre, el preceptor, el policía, el juez, el supervisor, el patrón, etc.— regulan, en cada una de esas situaciones, la supervivencia posible de otras máquinas concretas más «arcaicas»: los rasgos de animalidad, de paisajeidad, etc., que están vinculados a antiguos agenciamien- tos territorializados en el ámbito de la infancia, del espacio rural, de las sociedades primitivas, etc. Esta construcción de máquinas concretas de poder es la única vía que permite a un sistema capitalista tolerar y hacer funcionar por cuenta propia las líneas de fuga inherentes al desarrollo de las fuerzas productivas y a la destenitorialización de las relaciones de producción. Su poder icónico no sería nada sin la potencia diagramática de estas máquinas concretas reterritorializadoras.

Las máquinas concretas diagramatizan los estratos; son el punto de interacción entre las máquinas abstractas y los estratos del poder. Los devenires del deseo —devenir-homosexual, devenir-niño, devenir-vegetal, etc.— están obligados a pasar por esas máquinas concretas, que están jerarquizadas de tal forma que ciertos devenires se vuelven dependientes de otros, en particular de las máquinas de devenir-invisible de la culpa edípica y de devenir-mujer de la relación con el cuerpo sexuado. ¿Cómo aparece esta jerarquización de las máquinas concretas? Sucede tanto por la conjunción a nivel molecular de las proposiciones maquínicas como por la captación y concatenación a nivel molar de líneas de fuga muy diferenciadas. En efecto, las máquinas abstractas y las máquinas concretas no pertenecen, hablando con propiedad, ni al orden molar ni al orden molecular, debido a que ellas constituyen precisamente la posibilidad de articulación de esos dos niveles. Una máquina concreta no pertenece a un estrato particular, sino que señala las políticas de interestratificación posibles. Ella maquina concretamente un: «o bien, o bien»; un agendamiento que, o bien se repliega y se estratifica, o bien se abre a las líneas de fuga

falocracia, a la propiedad privada, al gusto por la dependencia, etc. (N. de los E.).

diagramáticas. La máquina concreta abre lo posible: ya sea en forma de círculos significantes, como los que giran en torno a los rasgos de rostridad, ya en forma de espirales postsignificantes que permiten escapar por la tangente que trazan las líneas de fuga. En el primer caso, la máquina concreta desarrolla territorialidades pesadas, irónicas, que se despliegan al menos en dos dimensiones; en el segundo, disemina una línea desterritorializada en signos partículas que tienden a escapar de las dimensiones espaciotemporales. Consideremos las prácticas de meditadón trascendental que actualmente hacen furor en Estados Unidos: se las ve desplegarse como cuerpo sin órganos que abre el deseo a un exterior no significante y también replegarse en tomo a una actividad significante que produce individuos alienados por los valores del poder. Pero con más frecuencia funcionan al mismo tiempo en las dos direcdones. (Señalemos, de paso, que el texto significante de un ritual no va necesariamente unido a la existencia de textos escritos, como los del budismo; también puede tratarse de un texto espacializa- do, como es el caso de la ceremonia del té). En el nazismo, por su parte, pueden encontrarse a nivel molar máquinas concretas —militares, policiales, estéticas— que organizan la conjunción de un poder estratificado desde hace mucho tiempo, arcaico incluso, con máquinas abstractas que se «buscan» siguiendo vías altamente desterritorializadas. Así es como los problemas modernos del capitalismo de Estado, de la ciencia, etc., han sido asociados, paradójicamente, a representaciones reaccionarias del tipo: «los judíos van a apoderarse del mundo con sus dedos ganchudos», «la puréza de sangre», etc., y lo mismo para la conjunción entre Stalin, el padredto del pueblo, Iván el Terrible y la planificación estatal (planismo) por parte del Estado burocrático. Las máquinas concretas metabolizan una conjunción de flujos semióticos, de flujos materiales y sociales, fuera de las relaciones causales o genealógicas características de las distintas redundancias de los estratos. Con éstas las cosas pueden desarrollarse en varios

niveles: así, podría por ejemplo decirse al mismo tiempo que la obra de Céline no tiene nada que ver con el fascismo y que tiene todo que ver con él. No tiene nada que ver por cuanto su máquina de desterritorialización literaria remite a las máquinas abstractas, al *phylum* de una expresión literaria sin relación alguna con las demostraciones de fuerza políticas y sociales coetáneas de ese momento histórico, y también tiene todo que ver puesto que la propia existencia de esta misma máquina sólo ha sido posible a partir de una concatenación singular de rasgos de rostridad, en concreto de rasgos racistas (pensemos en el particular rol de máquina concreta desempeñado por el fa- miliarismo, por el movimiento obrero, en el pasaje Choiseul, en Saint-Denis, bajo la férula de Doriot, etc.). Creemos que, dada esta situación, no se trata de establecer una distinción entre rasgos de rostridad buenos, que funcionan, por ejemplo, a partir de punto-signo, y rasgos malos, que funcionan de una forma icónica más territorializada; sin duda, las reterritorializadones fascistas pueden encontrarse tanto de un lado como del otro.

Ahora debemos establecer una segunda distinción desde el interior de las redundancias representativas entre las microrre-dundancias y las macrorredundancias.

En el caso de un estrato significante, el conjunto de redundancias expresivas locales está vinculado con las macrorredundancias de los efectos de significación. Un estrato significante no puede generar directamente líneas de fuga a menos que esté también en pleno proceso de destrucción. En el caso de las semióticas simbólicas o de las semióticas asignificantes, las cosas funcionan de modo muy distinto. Aquí no encontramos este tipo de centralización, de cercamiento concéntrico. Las semióticas simbólicas presignificantes están territorializadas a partir de una multiplicidad de centros que establece algo así como una segmentariedad semiótica que no concede preeminencia a ninguna de ellas, mientras que las semióticas asignificantes (postsignificantes) escapan al sistema de

territorialización y al sistema de codificación binaria lineal. De este modo, ni una ni otra impone a las líneas de fuga sistemas de centralización que las recodificarían y las harían aparecer como líneas externas, susceptibles de proyectarse sobre un sistema de coordenadas. La línea de fuga forma parte de un diagramatismo territoriali- zado o de un diagramatismo maquínico exactamente igual que los demás elementos del rizoma. La línea de fuga, por ejemplo, del loco en una sociedad primitiva, forma parte del agenciamiento colectivo territorializado de la enunciación. La línea de fuga de un efecto particular e imprevisto que entra en conflicto con el agenciamiento teórico-experimental forma parte del proceso científico. Así, las máquinas concretas se constituyen directamente a partir de las líneas de fuga sin pasar por las mediaciones y las recodificaciones propias de los sistemas de las semióticas significantes —en particular de los sistemas de significación de segundo grado—. Por tanto, las máquinas concretas que metabolizan diagramáticamente las líneas de fuga se contraponen a las que territorializan un poder significante. A todos los niveles, las máquinas concretas serán el lugar de negociación entre el diagramatismo de los agenciamientos y su recaída en los sistemas de analogía, de significancia, etc. Esta negociación va a constituir la política concreta de la desterritorialización: ya sea que la composición de las desterritorializaciones se organice bajo la dominación de una desterritorialización cuántica diagramática; ya sea que acabe por desembocar en una reterri- torialización vacíar-efí forma de conciencia vacía, de rostridad vacía, que recodifica todos los devenires del deseo y que puede manifestarse en forma de un Dios monoteísta trascendente, de una Dama abstracta, como en las relaciones marcadas por el amor cortés, o de un sistema de equivalencia general, como en el caso del Capital. Los grandes operadores, que se describen a sí mismos como simbólicos, de las significaciones de segundo grado (el Significante, el Capital, la Libido, etc.) no existen nunca en cuanto tales, sino que funcionan

gracias al apoyo de las máquinas concretas. No basta con decir que un cierto tipo de monoteísmo desterritorializado, como el que ha sido codificado por san Pablo o por san Agustín, debe ser puesto en relación con los flujos capitalistas que aparecerán a partir de la primera revolución industrial del siglo xix; habría que tener en cuenta también el proceso de producción de nuevas significaciones, de nuevas coordenadas interpretativas que surgen en el nivel de las constelaciones contingentes de los rasgos de rostridad que hacen que el sistema se incline de un lado más que de otro. En un momento distinto surgió la necesidad de elegir entre una representación de María como madre de Dios o como madre de un hombre; en otro hubo que tomar la decisión de dejar de adorar a los iconos de Cristo en cuanto imágenes, etc. Fue a través de todas estas formas de «negociación» como llegó a definirse el derecho a la existencia y la posibilidad de supervivencia de distintos devenires (devenir-animal, devenir-niño, devenir-mujer, devenir-cuerpo, devenir-intensidad musical, etc.). No sería válido describir las macrorredundancias de la representación capitalista partiendo de una sola lógica dualista que girase, por poner un ejemplo, alrededor del símbolo fálico. El falo no deviene operador general del poder sino en la medida en que depende de las constelaciones de rasgos de rostridad, de bloques históricos establecidos por las máquinas concretas, lo mismo que sucede con todos los demás objetos parciales del psicoanálisis.

Lo interesante de tener en cuenta las máquinas concretas es que éstas se opondrían a la tentación de describir la historia en términos de significado, y sobre todo de significaciones homogéneas en un nivel concreto, como el de las grandes formaciones de poder, en las que está basada toda una perspectiva genealógica que nos resulta bastante cuestionable. Es posible que no haya ninguna genealogía que pueda adscribirse por completo a la locura, a los ilegalismos, a la reclusión infantil, etc., sin hacer referencia a las máquinas concretas cuya emergencia no está condicionada por relaciones de fuerza molares, a las implicaciones diacrónicas del *phylum* maquínico en el ámbito de la economía, de la demografía, de las máquinas de guerra, etc. ¿Es legítimo afirmar que una forma particular de locura poética, una locura molecular, haya podido desencadenar esta especie de cepa viral que fue el amor cortés? Podría objetarse que ésta no es una cuestión fundamental, que se daban las condiciones necesarias, etc. Pero ¿no es posible que, a ese nivel de locura en particular y solamente a ese nivel, se hiciera posible distinguir las correspondencias, las relaciones transversales entre las distintas máquinas concretas que han metabolizado todos los significados de una época, tanto en el plano literario, erótico, estético, como en el militar, tecnológico, arquitectónico, etc.? La descripción de los rizomas maquínicos haría imposible perfilar los estratos homogéneos a un nivel molar. ¿Sería legítimo considerar que cada época dispone de distintos sistemas de máquinas concretas que se van infiltrando en las semióticas perceptivas, la senilidad, la memoria, etc., de tal manera que el *socins* acaba por hacer que las relaciones humanas cristalicen de una determinada manera? ¿Qué máquina concreta ha conseguido que la percepción colectiva no solamente considere que todos los hombres son iguales[1] ’ bres y las mujeres—, sino que también lo son

—los nom

las disti ntas etapas del desarrollo del ser humano? ¿De dónde surgen los sistemas de equivalencia generalizada entre el niño,

el hombre y la mujer, equivalencia que, por cierto, no ha hecho más que reforzar las relaciones de dependencia de las mujeres con respecto a los hombres, de los niños con respecto a los adultos, de los primitivos con respecto a los civilizados, etc.? ¿Qué tipo de máquina molar es la que ha impuesto sistemas de equivalencias libidinales entre el trabajo útil y la actividad inútil, entre el valor del deseo y el valor de uso, entre el valor del intercambio y el valor del deseo, etc.? El poder, cuando se encuentra al nivel de las mircorredundancias, no es nada sin los operadores dia- gramáticos que vacían de manera constante de su substancia las microrredundancias, haciéndolas trabajar en sentido contrario al de las conexiones desterritorializadoras (por ejemplo, la pue- rilización del sentimiento amoroso en el Romanticismo, que fue el correlato de la pérdida de la infancia para los propios niños, coincidiendo con la época de su entrada masiva en las escuelas y en las fábricas). El establecimiento por parte del capitalismo de una traductibilidad general de los valores también es tributario de las máquinas concretas. Esa operación de homogeneiza- ción de los campos personológicos ha sido inseparable de la que ha sido llevada a cabo en el campo inffapersonológico al nivel de la molecularización de las máquinas concretas. Dicho proceso constituye incluso una exigencia a la hora de garantizar que su desarrollo no se desbarate bajo el peso de contradicciones que, según Marx, habrían de conducir inexorablemente a su ruina. El poder que ejerce la burguesía sobre la clase obrera no se reduce a una relación de clase de tipo general; sino que se ejerce a partir de innumerables espacios de poder moleculares instituidos por máquinas concretas que «negocian» los distintos modos de desterritorialización y dan forma tanto a las multiplicidades moleculares como a las estratificaciones molares[99].

---

[99] Así, las máquinas concretas pueden llamarse molares si las consideramos desde su vertiente estratiflcadora, y moleculares desde su vertiente desterritorializadora diagramática (N. del A.).

En resumidas cuentas, las máquinas concretas coinciden con la existencia de la doble articulación de los estratos:

- por el lado de los metaestratos, las líneas de fuga y las máquinas abstractas del plan de consistencia consiguen materializar lo posible, contenido en la desterritorialización positiva cuántica;
- por el lado de los interestratos, ésta estratifica una desterritorialización negativa diferencial.

La máquina abstracta —o condensador diagramático— anuda la desterritorialización positiva cuántica del código a la desterritorialización negativa diferencial de flujos y, por lo tanto, debemos considerarla en cierto sentido como la primera entre las diferenciaciones de código natural, simbólico, significante y asignificante. En realidad, nuestra distinción entre macrorredundancia y microrredundancia en el caso concreto de los códigos semióticos se superpone a la de las semióticas significantes y las semióticas simbólicas, aunque el uso que hacemos de ella es más general, ya que se aplica al conjunto de materias *no se- mióticamente formadas;* consecuentemente, el interés que reviste radica principalmente en la posibilidad de transferir el efecto de las máquinas concretas diagramáticas fuera del caso particular de las semióticas asignificantes en donde la habíamos confinado hasta ahora.

Resulta evidente que esto que acabamos de decir no implica que debamos postular, al nivel de las máquinas concretas, una hegemonía de la economía molecular sobre la economía molar. Si para engendrar una línea de fuga diagramática en una estratificación molar es necesario que exista una máquina molecular muy poderosa (por ejemplo, un movimiento revolucionario), es posible que, a la inversa, también sea necesario que una enorme máquina motar concreta se ponga en funcionamiento para producir un efecto diagramático microscópico (por ejemplo, una máquina poética). Además, estos «efectos» se producen la mayor parte de las veces en

dos sentidos: por ejemplo, el complejo de La Borde tiene que funcionar como máquina concreta para que, en un momento dado, ciertos gestos particulares, como la forma de aceptar un cigarrillo o una manera determinada de servir un plato de comida, resulten pertinentes en función de las conjunciones realizadas por los modos de semiotización de los psicóticos. Y al contrario, para que La Borde puede constituir en sí misma un agenciamiento semejante, estos mismos psicóticos tienen que poder funcionar como máquinas concretas. La labor de extracción de una máquina concreta puede, en consecuencia, implicar una cantidad considerable de agenciamientos, como una especie de Pierrelatte[55] semiótico que, a partir de una veta territorializada, extraería la materia molar desterritorializada que sustentaría la producción de partículas desterritorializadas moleculares. Por lo tanto, es posible considerar un agencia- miento tanto desde el punto de vista de la producción particular como desde el de su organización macroscópica.

La rostridad siempre es un fenómeno con dos caras: una vuelta en dirección a las microrredundancias, abierta al despliegue rizomático de los sistemas semióticos, y la otra en dirección a las redundancias de la representación, desde las cuales siempre puede producirse una articulación con la jerarquía de las formaciones de poder; entonces la rostridad concreta se convierte en el equivalente de la rostridad pública del poder. Rostridad de máscara, puesto que la verdadera rostridad del poder, en un sistema capitalista, se avergüenza y debe ocultar constantemente la vacuidad de sus fundamentos, tiene que disfrazar, iconizar y analogizar el diagramatismo que está territorializando en función de un criterio arbitrario de clase y de casta. De esta contradicción resulta la fascinación que ejercen los personajes del juez, el policía, el profesor, etc., y el misterio de su doble diagramática:

[55] Referencia poco clara. ¿Se refiere aquí Guattari a la ciudad del departamento de Dróne? (N. de los E.).

el ladrón, la prostituta, el delincuente, etc. La clave del misterio de

la rostridad capitalista y de la individuación de la subjetividad reside sin duda en el hecho de estar en permanente oscilación entre la revelación de un poder invisible, binario y fäüco, y el estallido en todas direcciones del deseo provocado por el colapso de las antiguas territorialidades. Sin embargo, no se trata de que existan dos rostridades distintas, sino dos caras de una misma máquina concreta que conduce el deseo hasta el limite, que es la aniquilación de toda rostridad. Para que el sistema siga funcionando sólo es necesario retener del rostro un mínimo de rasgos de redundancia; a través de los medios de comunicación se reconstruye constantemente una rostridad artificial. Pero semejante devenir-invisible amenaza al sistema por todos los flancos; constituye en sí mismo el último foco de fascinación, el punto que capta toda la energía del deseo como deseo de aniquilación. ¿Por qué las máquinas de rostridad están fundamentalmente comprometidas con el modo de subjetivación individuado? ¿Por qué no a la animalidad o a tal o cual forma de corporalidad? El diagramatismo de los agenciamientos territorializados tiende a reconstituir los territorios, los conjuntos (por ejemplo, en las camisetas de las pandillas norteamericanas, que son una especie de tatuajes modernos), mientras que la extracción de los rasgos de rostridad resulta una operación constitutiva de las formaciones significantes desterritorializadas. Los rasgos pertinentes de la rostridad están ahí para permitir que el sistema asuma cierto control semiótico sobre los individuos, yuxtaponiéndolos al flujo descodificado de trabajo. El rostro nunca es reconocido como multiplicidad o emblema territorializado, sino sólo en cuanto permite universalizar las significaciones de poder —significaciones de equivalencia humana general—. El tótem animal, el cuerpo tatuado, no están abiertos a una lengua universal del mismo tipo que la lengua de la economía de intercambio. Con la rostridad, las singularidades del rostro y del cuerpo son puestas al servido de una forma particular de diagramatismo que desterritorializa las consteladones de máquinas deseantes y las yuxtapone a las

máquinas de producdón. El rostro constituye la substanda expresiva del significante por excelenda. Podríamos dedr que aquí el perfil humano sería como el de una llave: lo que cuenta no son sus características singulares sino la eficacia del cifrado que le permite operar. La rostridad capitalista siempre se pone al servido de una fórmula significante. Gradas a ella se produce la conquista del poder por parte del significante, la or- ganizadón de un derto modo de subjetivación individuada y el vértigo colectivo de una máquina de concienda vada y de un devenir imperceptible. En tales condidones, resulta imposible de concebir que pueda existir una fundón de la letra a nivel corporal: antes del rostro ya existían los rasgos de corporeidad, una sintaxis de la corporeidad; después del rostro desembocamos en un devenir invisible, un borrado, una vergüenza de los rasgos corporales que son tolerados como un residuo, al considerar que lo esencial de las leyes del poder reside en los rasgos escritúrales traducibles. Sin duda, sería absurdo desde todo punto de vista querer establecer, a partir de esos diferentes rasgos, una especie de escritura general, como tratan de hacer los estructuralistas.

La revolución molecular es el trigésimo cuarto libro de la colección La muchacha de dos cabezas. Compuesto en tipos Dante, se terminó de imprimir en los talleres de kad- mos por cuenta de errata naturae editores en febrero de 2017, cuarenta y cinco años después de que Jacques Lacan, tras una espantosa noche de insomnio que pasó leyendo *El Anti-Edipo* y haciendo indescifrables anotaciones en sus márgenes, prohibiera que en la Escuela Freudiana de París, fundada y regida por él mismo, se organizara ningún tipo de debate, charla o encuentro relativos o alusivos a la obra de Félix Guattari y Gilíes Deleuze.

i t

[65] La ley del 30 de junio de 1838, creada bajo los auspicios del alienista Esquirol, define el marco general del intemamiento psiquiátrico, que sólo se formulaba en términos administrativos. Esta ley fue revisada por la ley del 3 de enero de 1868, que cambiaba el estatuto de los «mayores de edad incapacitados» (Guattari hablará de ello en su texto), por la ley del 27 de junio de 1990, que remplazaba el término «intemamiento» por «hospitalización» e integraba la noción de «Ubre hospitalización», y, finalmente, la ley del 5 de juUo de 2011, que, si bien lleva las

restricciones ligadas a la hospitalización psiquiátrica mucho más allá de la hospitalización efectiva, también dota de un marco jurídico (y no meramente administrativo) al intemamiento dentro del hospital psiquiátrico (N. del T.).

[44] En este texto Guattari hace explícita a cada momento la doble dimensión del pronombre personal de primera persona singular, el yo como sujeto *(je)* o como objeto *(moi)* del discurso (N. del T.).